fce

Jacob Burckhardt

Del paganismo al cristianismo



REIMPRESIÓN • 1996

SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

DEL PAGANISMO AL CRISTIANISMO

JACOB BURCKHARDT

DEL PAGANISMO AL CRISTIANISMO

La época de Constantino el Grande

Versión en español
de
EUGENIO IMAZ



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en alemán, 1938
Primera edición en español, 1945
Segunda reimpresión, 1996

Título original:
Die Zeil Constantins des Grossen.
Bern: Hallwag, 1938

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-1148-9

Impreso en México

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION

No fué otro el propósito del autor de la presente obra que el de describir el admirable medio siglo que va desde la aparición de Diocleciano hasta la muerte de Constantino como una época de transición. No se trataba, por lo tanto, de una historia de la vida y del gobierno de Constantino ni de una enciclopedia de todo lo digno de saberse de esa época, sino, únicamente, de esbozar un cuadro vivo con los rasgos característicos del mundo de entonces.

El libro no ha logrado tal propósito más que en un sentido limitado, y acaso el lector no quiera reconocerle otro título que el de "estudios sobre la época de Constantino". Han sido omitidas aquellas circunstancias de la época que no era posible conocer de modo suficiente y que, por lo tanto, no podían entretejerse de un modo vivo en el conjunto; así, por ejemplo, las circunstancias referentes a la propiedad, a la vida de trabajo, a la hacienda pública y tantas otras cosas. No deseaba el autor, en modo alguno, prolongar las controversias científicas aportando nuevos datos que seguían sin resolverlas en lo esencial; no ha escrito pensando tanto en los académicos cuanto en toda clase de lectores inteligentes que se interesan por seguir una exposición en la medida que es ella capaz de ofrecer un cuadro de perfiles netos. De cualquier manera, mucho le agradará que los nuevos resultados a que cree haber llegado en los aspectos tratados en la presente obra encuentren aceptación entre los especialistas.

Prescindiendo de esta selección, no totalmente libre, del material, también el principio que ha inspirado su elaboración y su exposición deja, sin duda, mucho que desear, y tampoco cree el autor que en esto haya logrado lo mejor ni lo más justo. Tratándose de trabajos de historia universal se puede discrepar sobre los primeros prin-

cipios y los propósitos de suerte que un mismo hecho puede parecer a uno como esencial o muy importante y a otro como insignificante del todo, mera bisutería. Pero eso acepta el autor que su modo de tratar el asunto sea discutido como algo subjetivo. Hubiera sido, sin duda, más seguro fabricar, por ejemplo, una nueva historia de Constantino a base de las ya existentes, mediante un nuevo examen crítico, proveyéndola con el número correspondiente de citas de las fuentes; pero semejante empresa no hubiera tenido para el autor aquel atractivo que es capaz de compensar todos los desvelos. Con esto no queremos condenar los diversos modos de tratar esta materia; nos contentamos con que también se conceda al nuestro su modesto lugar al sol.

En cuanto a las citas el autor se ha impuesto cierta medida. Los conocedores se darán cuenta fácilmente en qué grado es deudor a Gibbon, Manso, Schlosser, Tzschirner, Clinton y otros predecesores, pero también en qué medida se hallaba abocado a un estudio propísimo de las fuentes. Digamos de pasada que el autor ha creído tener que desviarse por completo, en un aspecto, de la excelente obra de Tzschirner: le parecía, en efecto, que estimaba demasiado la influencia del cristianismo en el paganismo decadente y prefirió explicar los fenómenos correspondientes mediante un desarrollo interno del paganismo, por razones cuyo examen no corresponde a este lugar.

Las secciones (V y VI) dedicadas a este tema carecen, como se verá, de todo revestimiento sistemático. Estaba convencido el autor de que, en este aspecto, más le convenía pecar por defecto que por exceso. Pues en lo que se refiere al campo de las convicciones espirituales, especialmente en los dominios de la historia de la religión, prefiere ser motejado de prudente que de atrevido.

J. B.

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION

CUANDO HACE cerca de treinta años se juntó el material de este libro y se comenzó su elaboración, el propósito que albergaba el autor no era tanto el de un relato histórico completo como de una descripción histórico-cultural completa de la importante época de transición abarcada por el título. Tenía la conciencia de que en esa tarea se vería obligado a hacer una selección muy subjetiva de todo aquello que pertenece a la imagen del mundo de aquellos días, pero el eco que ha tenido el libro después le permite creer que ha dado con lo deseable para muchos lectores. Desde entonces, esa época ha sido muy estudiada y ha sido descrita, especialmente en sus aspectos políticos e histórico-eclesiásticos, de un modo nuevo; también esta segunda edición ofrecerá testimonio de cuánto debemos a tantos nuevos investigadores de valía como Vogel, Hunziker, von Görres y otros muchos, y más que nada a la excelente obra de Preuss sobre Diocleciano. Pero el presente libro no podía crecer demasiado y sus proporciones y la tendencia esencialmente histórico-cultural no debían ser perturbadas insistiendo en el detalle político y biográfico; bastaba con rectificar numerosos errores de hecho y completar en lo esencial la conexión histórica allí donde su conocimiento ha sido mejorado. De este modo encomendamos nuestro trabajo, en su nueva forma, a una generación de lectores en su mayor parte nueva.*

J. B.

* En la tercera edición (publicada en 1898, ya fallecido Burckhardt) la Editorial E. U. Seeman advierte que, dada la peculiaridad del libro, juzgó conveniente no introducir cambio alguno debido a manos extrañas.

PROLOGO A LA EDICION MEXICANA

HEMOS UTILIZADO esta tercera edición, publicada un año después del fallecimiento de Burckhardt. La primera es de 1853 y la segunda, retocada por el autor, aparece unos treinta años después. La "peculiaridad del libro" es también la que nos ha movido, no ya, sobra decir, a respetarlo íntegramente, sino a publicarlo ahora en español, porque consideramos que el cuadro que en él se ofrece, cuadro de conjunto de una época de transición —del paganismo al cristianismo— tan decisiva en la historia del Occidente, no ha sido superado todavía, y tardará mucho, como obra de rigurosa historia y, por lo tanto, de resurrección de un pasado que nos incumbe como pocos y que se actualiza también como pocos al borde de nuestros días.

Esta historia rigurosa está erizada, sin embargo, de un desfile de reticentes "acaso" y "probablemente" como sería difícil encontrar tan abundantes en cualquier ensayo de escéptica filosofía. Es una paradoja que invita a la reflexión, como también la afirmación que hace Burckhardt de no haber querido complicar con ningún dato nuevo las innumerables controversias científicas de detalle y de haberse atenido a una revisión personal de las fuentes conocidas para ofrecernos un resultado, sin duda, subjetivo, pero que reclama también, modestamente, su lugar al sol.

Con esta timidez aparente se expresa el gran Burckhardt, tan seguro de sí mismo, para no escandalizar demasiado los medios académicos, buscando el irónico rodeo del "lector inteligente" y pordioseando casi su rinconcito al sol. El se sabía muy bien por qué, pues todavía su famosa *Historia de la cultura griega* (1898-1902) tardó bastante tiempo en ser tomada en consideración. Pero nosotros, que tradujimos los dos primeros volúmenes de esa obra, quisiéramos aho-

ra que con ésta, y con la que no hace mucho salió de esta misma editorial —*Reflexiones sobre la historia universal*— y con la que hace un poco más publicó la editorial Losada —*La cultura del Renacimiento en Italia*— su fama, ya que no él, cobre entre la gente de habla castellana todo el calor glorioso que reclama.

Fué escrita la obra que presentamos cuando Burckhardt estaba en plena posesión de sus fuerzas, a los 35 años. Es su primera grande obra y en ella está ya todo él, con su preferencia por las épocas de transición —Renacimiento— y por los cuadros culturales —Renacimiento y Grecia—, con todas sus excelencias y también con sus limitaciones. Se diría que la gran pintura al fresco de un Ranke se ha hecho, por voluntad de ahondamiento, casi impresionista y su trazo seguro un poco deliberadamente vacilante, como si con los diversos toques imprecisos se lograra aquella justa "luz" interior, esa atmósfera espiritual de una época que llega a ser asimilada por nosotros como el aire que respiramos.

Por la concentración del cuadro —medio siglo— y por la juventud del pintor, parece que en esta obra se nos da la mejor medida del vigor minucioso, casi puntillista, de su paleta. Cuando trate de hacernos revivir el Renacimiento italiano y, más todavía, la cultura griega, acaso perderá en profundidad lo que gane en extensión, cosa que, por otra parte, es bien natural y no hay que achacarla al estrago de los años.

No sería oportuno insistir en las limitaciones que aparecen teóricamente confesadas en sus *Reflexiones*. Si a algunos, como Croce, les parece floja la mano de Ranke porque se contenta con destacar cada época nada más que en su relación directa con Dios y así su historia universal no registra con suficiente energía el camino doloroso del hombre, a otros, que pueden ser los mismos, les parecerá que Burckhardt lleva al extremo esa dirección contemplativa, estética del historiador, que se afana por revivir eludiendo el tiro enérgico de la República en marcha de los hombres. Pero de todo tiene que haber en la viña del Señor: crítica histórica depuradora de fuentes,

contemplación revividora y, finalmente, grandes relatos patéticos que pongan a nuestra conciencia en comunicación con sus verdaderas raíces en el tiempo. Unos, que son los más, como tiene que ser, se quedan en lo primero, y otros, que son ya menos, se quedan, como Huizinga, en lo segundo, o se atreven, como Croce, con lo tercero.

E. I.

DEL PAGANISMO AL CRISTIANISMO
LA EPOCA DE CONSTANTINO EL GRANDE

SECCION PRIMERA

EL PODER IMPERIAL EN EL SIGLO TERCERO

EN LA exposición que sigue de la época que va desde la aparición del emperador Diocleciano hasta la muerte de Constantino el Grande, cada una de las secciones requeriría su propia introducción, pues se trata de describir las cosas no según la sucesión temporal y la historia de los gobiernos sino teniendo en cuenta las direcciones dominantes de la vida. Pero si este libro ha de necesitar, de todos modos, una introducción general, habrá de contener de modo preferente la historia del poder estatal supremo del decadente Imperio romano en el siglo III después de Cristo. No quiere esto decir que de esa circunstancia se puedan derivar todas las demás situaciones, pero, de todos modos, ella nos proporciona la base para juzgar toda una serie de acontecimientos, tanto externos como espirituales, de los tiempos posteriores. En ese período han sido vividas, en sorprendente serie alternativa, todas las formas y grados que puede alcanzar la dominación, desde las más terribles hasta las más benéficas.

Bajo los buenos emperadores del siglo II, desde Nerva hasta Marco Aurelio (86-180 d. C.), el Imperio romano conoció un período de tranquilidad que bien pudo haber sido una época de felicidad si los arraigados achaques de las naciones senescentes fueran ya sanables por la buena voluntad o la prudencia de los mejores gobernantes. La grandeza interior y exterior de un Trajano, de un Adriano, de un Antonino y de un Marco Aurelio no deben cegarnos respecto a cosas y circunstancias que ya por entonces se manifestaban a la luz del día. Las tres grandes potencias, el emperador, el senado y el ejército tenían a la larga que enzarzarse y quebrantar aquella armonía artificialmente sostenida; más tarde, la confusión llegó a ex-

tremos irremediables cuando se añadieron, todavía, los ataques de los bárbaros, la rebelión de las provincias y espantosas catástrofes naturales.

Un prenuncio lo tenemos ya en el gobierno de Marco Aurelio. Sería ocioso hablar de su personalidad; entre las imperecederas figuras ideales de la antigüedad, este filósofo estoico, sentado en el trono del mundo, si no la más bella ni la más juvenil sí es, por lo menos, una de las más venerables. Sin embargo, ya pudo escuchar las aldabadas de los ominosos mensajeros de la futura caída a las puertas del imperio. En primer lugar, por lo que se refiere al régimen imperial se pudo ver en seguida que todo el sistema de las adopciones, que había trabado uno con otro a los cuatro grandes emperadores, podía ser quebrantado por un golpe de mano. Es lo que intentó, aunque sin éxito, el general más famoso del Imperio, Abidio Casio, después que, durante casi tres generaciones, se había gobernado de manera excelente o, por lo menos, benévola. En cuanto al ejército, cierto que Marco Aurelio lleva fama de "no haber lisonjeado con palabras a los soldados ni haber hecho nada por temor a ellos", pero se sometió en tal grado al abuso tradicional de hacerles regalos gigantescos al ocupar el poder, que todo soldado (por lo menos los que formaban la guardia) poseía una fortuna y la suma regalada por Marco Aurelio fué considerada después como la normal. En el capítulo de desdichas exteriores tenemos la primera irrupción violenta de una liga germano-sármata en el Imperio romano y una peste terrible. La peligrosísima guerra, las preocupaciones más profundas ensombrecieron los últimos años del emperador. En su tienda de campaña en el Danubio trató de elevarse por encima del momento angustioso y amenazador mediante el culto sereno de lo moral, de lo divino en la vida del hombre.

Parece que instituyó una especie de regencia, "los mejores entre los senadores", para su hijo Cómodo (180-192); lo cierto es que el joven príncipe se dejó guiar en las primeras semanas por los amigos de su padre. Pero con una rapidez vertiginosa se desarrolló en él aquella terrible "locura imperial" de la que se había perdido ya

la costumbre desde los tiempos de Domiciano. La idea de mandar sobre el mundo entero, el temor a todos los que pudieran disputarle ese dominio, el remedio desesperado de gozar rápidamente de lo presente y acallar así la preocupación incesante, todo esto podía producir en un hombre no dotado de demasiado vigor aquella mezcla espantosa de sed de sangre y de crápula. La ocasión pudo ser muy bien un atentado, al que no sería ajena la propia familia, pero que se achacó al senado. Nada de extraño, pues, que muy pronto el prefecto de la guardia, la personalidad más destacada del estado —que, como en los tiempos de Tiberio y de Claudio, garantizaba la vida del emperador—, y los pocos miles a sus órdenes se sintieran señores del Imperio. Uno de estos osados prefectos, Perenis, fué sacrificado, sin embargo, por Cómodo a una delegación del descontento ejército británico, que había llegado sin obstáculo hasta Roma en número de mil quinientos; al prefecto siguiente, Clender, lo entregó a la turbamulta famélica de Roma, cierto que no sin su culpa, pues en su ciega codicia se había ganado el odio del populacho al no contentarse con confiscaciones y ventas de altos cargos y echar mano también del monopolio de granos.

Cuando este príncipe cobarde y cruel aparece en el anfiteatro para dejarse admirar, con sus vestiduras de dios, por el senado, amenazado de muerte, se puede uno preguntar si este "senado comódico" merecía todavía el viejo nombre, aunque conservara cierta intervención en el gobierno de las provincias y en los derechos de nombramiento, dispusiera de una hacienda propia y gozara de honores externos. Tampoco podía ser llamado "romano" en sentido estricto, ya que la mayoría de sus miembros no eran siquiera italos sino gentes de las provincias en cuyas familias se había hecho a veces hereditaria la dignidad senatorial. Es fácil condenar severamente a esta asamblea indigna desde un punto de vista ideal, sobre todo porque no podemos figurarnos bien el efecto que una constante amenaza de muerte, que pendía sobre familias enteras y corporaciones, podía producir. Los contemporáneos juzgaban con menor rigor; cuando Clodio Albino no quiso aceptar la dignidad de César de las manos

sangrientas de un Cómodo, pensó que el senado poseía todavía vitalidad suficiente para poderse declarar abiertamente ante sus tropas por el establecimiento de un régimen republicano.[1] Es lo mismo que hablara o no con sinceridad; nos basta saber que el senado (como veremos más tarde) albergaba todavía muchos de los varones más nobles de aquellos días y en los momentos difíciles dió muestras de fuerza y de resolución para el gobierno del estado; hasta las mismas ilusiones en que veremos se halla prendido no alcanzan a deshonrarlo. Así se comprende también que, a pesar de que a veces se introducían en él sujetos indignos, pasaba por ser la representación, ya que no del Imperio, por lo menos de la sociedad romana, y era considerado como la presidencia natural de los llamados senados o curias de las ciudades provinciales;[2] no era posible imaginarse a Roma sin el senado, a pesar de que su campo de acción resultó a menudo secuestrado por largo tiempo gracias a las violencias de otros.[3]

Después que Cómodo obligó a los senadores a que aplacaran a la masa descontenta de la capital mediante cuantiosos regalos, cayó víctima de una vulgar conjuración de palacio.[4]

Lo más terrible en estos cambios de emperador radicaba en que nadie sabía a quién competía propiamente el nombramiento del nuevo. No se podía constituir una dinastía porque la locura de los emperadores —destino que conocieron, a tales alturas, todos los hombres no muy dotados— empujaba con necesidad a revoluciones períodicas. Y aun sin éstas, también la falta de hijos de los disolutos emperadores y aun de algunos de los mejores habría hecho imposible una sucesión regular; pero las adopciones, tal como ya ocurrieron en la familia de Augusto, sólo tenían visos de ser respetadas

[1] *Hist. Aug.* Clod. Alb. 13, 14.
[2] *Hist. Aug.* Florian. 5.
[3] No debe despistarnos en este capítulo el discurso de Septimio Severo en Dio Cass. 75, 8. El senado del tiempo de los Antoninos no podía parecerse a esto, ni aun después del gobierno intermedio de un Cómodo.
[4] Una explicación honda, especialmente de las cuestiones políticas y dinásticas en el medio siglo que sigue a Cómodo, en el artículo *Gordianus*, por Ersch y Gruber, de la Enciclopedia de Emil Müller.

cuando tanto el padre adoptante como el hijo adoptivo poseían cualidades suficientes para afirmarse.

Sin duda que el senado, al que el divino Augusto había ido acumulando un título de poder tras otro, poseía el derecho histórico mayor para el nombramiento de un nuevo emperador. Pero tan pronto como los emperadores empezaron a aborrecer el senado y confiaron únicamente en la guardia, se adueñó ésta de la elección imperial; pero no transcurrió mucho tiempo, y ya los ejércitos de las provincias compitieron con los cuarteles de la guardia pretoriana de Roma. Pronto vió ésta su provecho en gobiernos breves, pues a cada nuevo nombramiento se repetían las donaciones. Añádanse a esto los manejos turbios de osados intrigantes, cuyo interés bien podía ser apoyar a un aspirante cuya rápida caída preveían y deseaban.

De este modo los asesinos de Cómodo levantaron sobre el pavés, como para justificar su acción, al honrado Helvio Pertinax, que fué reconocido primero por los soldados y luego por el senado (193). Luego, apoyando a un tal Triario Materno le sonsacaron a Pertinax un enorme donativo, para cuyo pago se tuvo que enajenar el tesoro de Cómodo; la consecuencia natural fué un segundo y rápido ensayo a favor del cónsul Falco; la tercera vez las guardias repitieron la comedia con el asesinato del emperador. Y comenzó aquella inaudita subasta de la dignidad imperial; hubo un rico loco, Didio Juliano, que, a costa de unos seis mil francos a cada soldado, compró unas cuantas semanas de embriaguez y de miedo mortal. Pero ésta fué la última y más alta culminación de la arrogancia pretoriana. Tres ejércitos provinciales se habían dado también el gusto de proclamar como emperador a sus respectivos caudillos; entre ellos estaba el adusto africano Septimio Severo. El infeliz Juliano ensayó primero con el envío de sicarios; había un oficial, Aquilio, que ya se había distinguido en otras ocasiones por sus servicios en el asesinato de algunos grandes [5] y que acaso gozó de una fama parecida a la de Locusta en tiempos de Nerón. Por otra parte, Juliano, a quien la dignidad le había costado sus buenos dineros, quiso llevar el asunto por la vía

[5] *Hist. Aug.* Pescenn. 2 *Aquilium centurionem notum caedibus ducum.*

comercial; por si fuera poco, acabó por nombrar a Severo corregente, al ir acercándose éste a Roma; pero fué abandonado, escarnecido y ejecutado por disposición del senado cuando Severo se encontraba todavía a muchas jornadas de la capital.

Con Septimio Severo (193-211) se halla representada por primera vez de modo puro la dominación militar. Su arrogancia de militar y de caudillo, de que ya dió muestras como delegado,[6] tiene algo de no romano, de moderno. Pero cuán poco le importaba la dignidad del senado y en qué grado la iba a respetar pudo experimentarlo la delegación de cien senadores que salió a saludarle á Terni y que él mandó registrar por si llevaban armas ocultas. Pero siguió con la mayor lógica las exigencias de su dignidad imperial, cuando desarmó humillantemente a los pretorianos y los arrojó de Roma. No compaginaba con su sistema semejante guardia mimada, corroída y llena de pretensiones políticas. Al propio ejército suyo no le otorgó más que la quinta parte del donativo pedido. Con igual consecuencia se comportó en la lucha contra sus competidores Pescenio Niger y Clodio Albino; exterminó a todo su séquito; no podía comprender cómo cierto número de senadores había mantenido correspondencia con aquéllos y menos que nada que el senado se hubiera mantenido neutral. "Yo soy, escribió al senado,[7] quien procura trigo y aceite al pueblo romano, yo soy quien hace la guerra por vosotros, y ahora ¿cómo me lo pagáis?. . . Desde los tiempos de Trajano y Marco Aurelio os habéis deteriorado mucho". Fué arrasada Bizancio, donde los partidarios de Pescenio se defendieron durante más de un año, a pesar de su importancia decisiva como fortaleza fronteriza contra los bárbaros del Ponto, y toda la guarnición y muchos vecinos fueron pasados a cuchillo.[8] El mundo tenía así un ejemplo

[6] *Hist. Aug.* Sept. Sev. 2.
[7] *Hist. Aug.* Clod. Alb. 12.
[8] La larga resistencia de la guarnición no se explica tanto por la adhesión a Pescenio, el cual ya había muerto hacía mucho tiempo, cuanto porque los altos oficiales conocían a Severo y se imaginaban, por tanto, la suerte que les esperaba en caso de rendirse y creían, por otra parte, en una victoria de Albino. Mucho más destacada es la participación activa de la población civil,

de cómo había de irles a las ciudades y a las facciones que no descubrieran a tiempo, entre los varios usurpadores, al que merecía la obediencia permanente. No les fué mejor a los partidarios de Albino; Severo se hizo con su correspondencia y, como en otro tiempo hiciera César con la correspondencia de los pompeyanos, pudo haberla mandado quemar sin leerla. Esto hubiese sido muy noble pero un poco anacrónico, porque ya no se trataba de principios y de su amalgama mediante la conciliación personal, sino de un sojuzgamiento puro y simple. Fueron ejecutados toda una serie de senadores y gentes de rango de dentro y fuera de la capital; ante el senado, el pueblo y los soldados pronunció el emperador encomios en honor de Cómodo, no ciertamente por convicción sino para escarnecer al senado.

Durante la guerra se escuchó una vez en Roma, en los juegos del circo, una lamentación repentina de la muchedumbre que un testigo[9] no podía explicar más que por inspiración divina. "¡Oh Roma! ¡Reina! ¡Inmortal! (Así exclamaron al unísono miles de voces.) ¿Cuánto tiempo soportaremos esto todavía? ¿Cuánto tiempo va a durar esta guerra que se nos hace?" Mejor que no supieran la suerte que les aguardaba.

Cuando se restableció la paz en el interior, se pudieron convencer las gentes que la dominación militar se había convertido en un fin propio, con el ingrediente necesario de las guerras exteriores. Su centro lo constituía Severo, y toda su familia, que él quería convertir en dinastía, acaparaba los altos cargos; únicamente a su hermano, que muy a gusto hubiera sido corregente, mantuvo decididamente a distancia. La medida indicada para la afirmación del poder era la formación de una nueva guardia, que ahora fué cuatro veces más fuerte que la vieja; con esta guardia personal, a su disposición permanente, era posible hacer cara a los ejércitos de las provincias con otras perspectivas; como ocurrió más tarde, se la podía pasear

dispuesta a jugarse todo por salvar la ciudad. El castigo que habían sufrido los habitantes de Antioquía por haber sido partidarios de Pescenio fué más bien una influencia de segundo orden.

[9] Dio Cass. 75, 4.

por el Imperio, asesinado y saqueando a mansalva. La guardia anterior se solía componer de italos y, sobre todo, de gentes de los alrededores de Roma; Severo llenó a Roma con las figuras rudas y siniestras de los bárbaros. Si fué parco en el donativo, incrementó la soldada como ningún emperador; el dispendio, hecho de una vez, de unos cuantos millones, se convirtió en una explotación regular del Imperio a favor de los soldados. Es posible que aquel consejo paternal que se nos cuenta dió Severo a su hijo haya sido inventado por los contemporáneos, que se inspirarían en su estilo de gobernar, pero es bastante característico: "¡Sé firme, enriquece a los soldados y desprecia a todos los demás!" [10]

Se podría creer que esta casta de soldados, tan honrada y entrenada por un caudillo sin escrúpulos, habría de hacer honor a los grandes recuerdos militares de Roma. Nada de esto. El mismo Severo se lamenta abiertamente de la decadencia de la disciplina y en sus grandes campañas asiáticas ocurrieron casos de insubordinación que no pudo sofocar más que con consideraciones y regalos. ¿Podía ocultársele que su reforma no aseguraba más que a él y al tiempo de su gobierno mientras que fatalmente había de acarrear la caída de un sucesor débil que no fuera al mismo tiempo su propio prefecto? ¿O le era esto indiferente con tal de que se mantuviera la dominación de los soldados?

No hay que olvidar en este caso, como, en general, en los últimos siglos del paganismo, que los más poderosos obraban a menudo sin libertad, porque se entregaban a la astrología y a los augurios. Sólo de este modo nos podemos explicar, por ejemplo, tratándose de Severo, tan amante de la justicia, que sostuviera en la prefectura y en la más estrecha relación con su casa a un criminal tan impudente como Plautiano. Muchas supersticiones rodean la vida de Severo, desde su juventud hasta la tumba. Como la corona imperial se había convertido en el premio gordo de una lotería, vemos a padres de todas las clases observar cuidadosamente la vida cotidiana de sus hijos mejor dotados, para ver si no se anunciaba algún signo de su

[10] Dio Cass. 76, 15. De otro modo en Zonaras XII, 10.

futuro señorío; se toma nota cuando el muchacho pronuncia versos extraños, cuando se traen a la casa tortugas o aguiluchos o, simplemente, un huevo purpurino de paloma, cuando se encuentran en ella amigables serpientes, crecen laureles, etc.; y si una criatura viene al mundo con una corona marcada en la cabeza, o se utiliza para cubrir al recién nacido un trozo de tela purpúrea, es que ya está decidido su porvenir imperial.[11] Semejantes preocupaciones acompañan a algunos emperadores durante todo el reinado y orientan sus acciones en una forma de la que apenas podemos darnos cuenta. ¡Cómo compadecemos al anciano Severo cuando, después de su última victoria sobre los britanos, se alarma y enfurece por haber tropezado con un mauritano que lleva una corona de ciprés o porque se le ha llevado para los sacrificios a un templo equivocado y se han traído víctimas propiciatorias de color oscuro, que siguen tras las huellas del emperador hasta su morada!

Pero no necesitaba de los *omina* del palacio de York; el propio hijo, Caracalla, estaba acechando abiertamente contra su vida. Con implacabilidad consciente, Severo había reprimido toda idea de usurpación, pero en lo único que no había pensado era en la traición de su heredero, y tampoco en que su guardia se entendiera tan desvergonzadamente con él. Suena como una corroboración dolorosa de sus principios de mando cuando le dice a su hijo desnaturalizado: "Por lo menos, no me mates a la vista de todos".[12] Parece que también repitió a menudo estas palabras: "Yo lo era todo, pero de nada sirve."

Ahora ciñe la corona imperial esa espantosa calamidad que conocemos con el nombre de Caracalla (211-217). Desde su entrada en la adolescencia da muestras de una arrogancia de mala índole; se ufanaba de tener como modelo a Alejandro el Grande y hacía elogios de Tiberio y de Sila. Más tarde, acaso después del asesinato de su hermano Geta, le viene encima todavía la genuina locura imperial, que abusa de los medios y del poder de todo el imperio para urdir

[11] Véase la *Hist. Aug.*, en la mayoría de las biografías.
[12] Zonaras XII, 10.

su propia y segura caída. Su única medida de precaución, que a él le parecía bastante, fué la camaradería con los soldados, de cuya vida desabrida participó por algún tiempo; como procedió lo mismo con los gladiadores y cocheros, esto le granjeó la afición de la plebe romana; y para nada tenía necesidad de agradar a los mejores y más cultos. Después del asesinato del hermano, cosa que los soldados vieron al principio con malos ojos, Caracalla llega en su adulación a los últimos extremos; para aplacarlos, tiene que recurrir a confiscaciones enormes y manda matar a veinte mil hombres por ser partidarios de Geta, entre ellos a un hijo de Pertinax, cuando uno de los pocos rasgos simpáticos del sistema usurpatorio romano es que, por lo menos, se respete la vida de los parientes de los emperadores caídos. Por agradar a los soldados lleva a cabo Caracalla una campaña dentro del propio imperio, completamente pacífico, mientras que compra la paz de los bárbaros vecinos. Los asesinatos en masa de Alejandría muestran cómo se las arregla el despotismo con burlas más o menos ingeniosas. El castigo propio de tales barbaridades se halla (prescindiendo de los remordimientos de conciencia, mencionados por los autores) en la desconfianza creciente del tirano frente a sus mismos soldados; acabó rodeándose de puros bárbaros, que nada entendían de las cosas romanas, de celtas y sármatas, cuyas ropas vestía para que le cobraran afición. Solía decir a los enviados de estas gentes:[13] de ser asesinado, que lo fuera en Italia; Roma era fácil de conquistar. Podemos decir, sin embargo, que fué abatido en medio de esta guardia por instigación de aquellos que tenían que hacerlo desaparecer para no ser sus víctimas.

Los siguientes nombramientos de emperador habían de caer en manos del poderoso ejército. Se proclamó primero a uno de los dos prefectos de la guardia, Macrino, sin saber que había sido uno de los instigadores de la muerte de su querido Caracalla. Para alejar toda sospecha, adoptó su nombre y lo hizo enterrar magníficamente; con taimado cinismo saludó al senado para que lo confirmara y no sin vacilación recibió el título de emperador. Pero las primeras me-

[13] Dio Cass. 78, 6.

didas rigurosas para sujetar un poco al consentido ejército precipitaron su caída. Dos jóvenes sirios, parientes colaterales de los Antoninos y de Severo, se pusieron a la cabeza del Imperio; eran los dos primos, muy disparejos, Heliogábalo y Alejandro Severo, y con ellos sus madres, Soemia y Mammea, y la abuela común, Julia Mesa.

El gobierno de Heliogábalo (218-222), a pesar de toda la repugnancia que inspira y la enajenación que delata, no carece de interés para la historia del dominio romano; esa disolución increíble, esa pompa asiática idolátrica, esa vida insensata a la luz del día, constituye una reacción formal contra el militarismo consciente de Septimio Severo. El hecho de que Heliogábalo rompiera con todas las formas romanas, introdujera en el senado a su madre y a su abuela, repartiera los cargos más altos entre bailarines, corredores y barberos y vendiera numerosos empleos, no hubiera ocasionado su caída; ni siquiera el abandono en que tuvo a la capital se le hubiera tomado tan a pecho; lo que le perdió fué el sentimiento de vergüenza que se despertó entre los soldados, que coincidió con una conjura de su familia a favor de Alejandro. Los soldados sabían que este último estaba amenazado, y obligaron al tembloroso Heliogábalo a que limpiara su corte; nada le pasa mientras expulsa al senado de la ciudad, cosa que honra a éste y nos indica que no se componía de puros "esclavos con toga" como pretendía Heliogábalo. Por fin, la guardia acaba con él y proclama a Alejandro Severo.

Ninguno de los muchos emperadores despierta la simpatía de la posteridad como este hombre, figura incomprensible si pensamos en todo el ambiente que le rodea, un verdadero San Luis de la antigüedad. Se entrega a fondo al empeño de encarrilar las cosas por las vías de la justicia y de la moderación, atacando las degeneraciones del despotismo militar. También merece fama imperecedera su excelente madre Mammea; pero el mérito del emperador es el mayor porque, con un espíritu independiente, marcha por el camino iniciado y sabe hacer frente, por pura voluntad moral, a infinitos intentos de despotismo. Encontramos, sobre todo, un respeto del senado que es algo insólito desde los tiempos de Marco Aurelio, y ese considerar

a la clase de los caballeros, políticamente olvidada desde hacía mucho, como "seminario del senado". Una comisión del senado y un consejo de estado más reducido, compuesto de dieciséis miembros, toman parte en el gobierno; no se omite ningún esfuerzo en preparar para la administración a gentes concienzudas y en ejercer un control riguroso.[14] Funcionarios venales, propicios al soborno, era lo único que sacaba de quicio a Alejandro. Por lo que respecta a los soldados, no disimulaba que la suerte del estado dependía de ellos, y los equipó y cuidó excelentemente; pero si pudo ufanarse de haber disminuído los impuestos, también se atrevió a disolver una legión insubordinada.

Se nos cuenta de otras cosas que apenas si se compaginan con estos aspectos luminosos. En el ejército se manifiesta una fermentación constante; cambian los prefectos en circunstancias violentas y cuando, en el curso de una seria revuelta, fué asesinado el más destacado, Culpiano, el emperador escatima el castigo; sabemos que en esta ocasión el pueblo y los pretorianos combatieron en las calles de Roma durante tres días y que los últimos pudieron dominar al pueblo apelando al incendio. Los tipos más incapaces osaron presentarse como usurpadores frente al excelente príncipe; en un rasgo de irónica templanza, uno de ellos, Ovinio, fué nombrado corregente, pero perdió toda oportunidad cuando tuvo que participar en todas las incomodidades de una expedición militar; otro, proclamado por los soldados, huyó de ellos; un tercero, el esclavo Uranio, parece que fué castigado por el emperador.[15] Y como si Alejandro, lo mismo que su modelo Marco Aurelio, tuviera que ser víctima de especial infortunio, surgió en la frontera oriental un nuevo reino persa lleno de ardor bélico, el de los Sasánidas, al que hizo la guerra con un resultado más bien dudoso; entretanto, por las fronteras se agitaban amenazadores los germanos. Parece que el ánimo del príncipe, todavía joven, fué ensombreciéndose poco a poco; se pretendía notar en

[14] El que, por cierto, tuvo también su lado mezquino. Véase *Hist. Aug. Al. Sev.* 27, proyecto de un decreto sobre vestimenta.
[15] Zosim. I, 12.

él una afición a juntar tesoros, lo cual bien puede significar que la gente que le rodeaba no era ya capaz de dominar su voracidad ante la caja militar. En la campaña del Rin, no lejos de Maguncia, los soldados asesinaron a él y a su madre. Es completamente inútil tratar de examinar los motivos de esta acción, según suelen ser expuestos; el sucesor de un Severo, de un Caracalla y de un Heliogábalo, que había destituído a todos los funcionarios inicuos, se había mostrado serio con los soldados y, sin embargo, fué blando en las ocasiones más peligrosas, se hallaba predestinado a ser abatido violentamente; la conjuración era fruto del tiempo,[16] diríamos que estaba en el aire. Alejandro se empeñó inútilmente en granjearse el respeto en un siglo que no conocía más que el temor.

Subió al trono su presunto asesino, Maximino, un pastor tracio, hijo de un godo y de una alana, completamente bárbaro por su ascendencia y, además, por educación (235-238). Pero el ejército, que en esta ocasión abandonó todo escrúpulo, también se componía de puros bárbaros de la frontera oriental, a los que no importaba poco ni mucho si su candidato descendía de los Antoninos, si se había propasado con altos cargos o si había sido senador o no.[17] Maximino, con una talla de ocho pies y medio, era un gigante hercúleo y esbelto, que no tenía igual en el ejército.

Su dominio, si no por los resultados, fué por principio más terrible que el de ningún otro emperador. El viejo mundo con todos sus monumentos y bellezas, con toda su vida culta, excita en el bárbaro, que se avergüenza de su origen, una furia perversa; su usurpación no hubiera podido sostenerse con ponderación; tenía que recurrir a confiscaciones para contentar a sus soldados y he aquí que el emperador romano comienza su tarea planeada de destrucción de todo lo romano. No le gustaba dejarse ver en la odiada Roma; a su hijo, que en un principio había de residir en la capital, lo retuvo en

[16] Aur. Vict. *Caess.: Vitio temporum...*

[17] Cf. Sueton. *Vespas.* c. 6, cómo todavía en el año 69, las regiones rebeldes de Aquilea querían elegir su emperador solamente de las filas de los *legati consulares*.

campaña, en el Rin y en el Danubio, desde donde regía el imperio. Con espanto se dió cuenta Roma que un ejército fronterizo de bárbaros podía ser el cuartel general del imperio del mundo, un ejército que recordaba bastante al de Espartaco o de Atenion en la guerra de los esclavos. El odio más profundo de Maximino se dirigía contra todo lo que era distinguido, rico y educado, es decir, contra el senado, del que se creía despreciado y ante cuya curia mandó colocar grandes reproducciones de sus victorias alemanas; pero también había que fastidiar al pueblo de la capital —que por su parte hubiese visto a gusto la ejecución de todo el senado— y se le molestó disminuyendo las importaciones y retirando los fondos para los espectáculos públicos. Tampoco a las ciudades de provincia les fué mejor; para enriquecer al ejército, se saqueó su hacienda municipal y la hacienda de sus pudientes. Jamás se ha presentado en Occidente el dominio militar en una forma tan descarnada y pura.

Siguió una época de confusión indescriptible, cuyo máximo interés se encuentra en la actitud vigorosa y decidida del tan calumniado senado.[18] La desesperación provoca una rebelión de campesinos y soldados en Africa, y, más bien forzados, figuran a la cabeza dos varones prestigiosos, los Gordianos, padre e hijo. Al saber la noticia, también el senado se pone frente a Maximino; se podía saber de antemano que algunos miembros indignos del senado habrían de denunciar al tirano el acuerdo secreto; también eran muy osadas las invitaciones a la rebelión que el senado envió a las provincias; había que temer, por otra parte, si otros países y ejércitos de provincia no proclamarían su emperador junto a los Gordianos. El peligro culminó cuando un comandante de Africa, Capeliano (que aspiraba en secreto al imperio), venció en nombre de Maximino al joven Gordiano, sucumbiendo éste y ahorcándose su padre. Nombró el senado una comisión de veinte miembros, avezados en cuestiones militares, y proclamó por propio derecho dos emperadores, Pupieno y Balbino (238). El momento debió ser verdaderamente espantoso; el pue-

[18] Cf. especialmente *Hist. Aug.* Gord. 13, Pupieno 1-3 y 10, Maximino, 23 etc.

blo que ayudó en seguida a la proclamación de los dos emperadores, se puso de pronto del lado de la guardia que, molesta por la elección senatorial, pidió y consiguió el nombramiento de un tercer emperador o corregente, el más joven de la familia de los Gordianos, próximo pariente de los dos anteriores. Dada la confusión de las noticias que, por ejemplo, nos dan cuenta en pocas palabras de una lucha de exterminio entre pretorianos, gladiadores y reclutas en medio de Roma, no es posible emitir un juicio definitivo sobre la crisis; parece, sin embargo, que el senado dió muestras de un valor extraordinario, pues pudo sostener a sus dos emperadores junto al tercero, el favorito de la guardia pretoriana, mientras que tomaba sobre sí la lucha contra Maximino y sus comisarios preparaban las defensas en todas las provincias. De todos modos, favoreció estos esfuerzos la indignación de los provincianos con Maximino, de suerte que éste se encontró, por ejemplo, con el país de Carintia vacío de hombres y de provisiones y entró en la abandonada Hemona (Laybach) azacanado por un centenar de lobos. Sus mauritanos y celtas se hallaban ya muy descontentos por este motivo cuando llegó ante Aquilea. Mientras la ciudad se defendía desesperadamente bajo el mando de dos senadores, fué muerto por su ejército, que entabló las paces con el nuevo emperador.

No podemos decir si se hizo bien al llevar la mayoría de estas tropas a Roma; también hubieran sido peligrosas en las provincias. Pero, a causa del espíritu de cuerpo, eran de temer choques violentos entre el ejército, predominantemente germánico, de los emperadores nombrados por el senado y el ejército de Maximino; este último, siguiendo el estilo de tantos ejércitos y partidos en derrota, tenía que dar salida en alguna forma a su descontento. Las víctimas fueron los dos emperadores elegidos por el senado, tras cuyo asesinato los soldados y la plebe, en medio de un tumulto espantoso, proclamaron Augusto al todavía tan joven Gordiano (238-244). El senado fué dominado, pero no parece que se entregó; algunos soldados que penetraron en la asamblea (por entonces en el Capitolio) fueron abatidos por los senadores ante el altar de la Victoria.

Lo que vino en seguida fué un gobierno palaciego: eunucos e intrigantes en torno a un joven inexperto. Poco después se acerca a él un varón eminente, el orador Misiteo, quien despierta la parte noble de su naturaleza. Se convierte, no sabemos cómo, en tutor, regente y hasta suegro de Gordiano, quien le cede las dos prefecturas de la guardia y de la capital. La posición de Misiteo recuerda, hasta por el título que le concedió el senado, "padre del príncipe",[19] al Atabek del sultanato de los Seléucidas del siglo XII. No sabemos si se puso de acuerdo con el senado; en todo caso, este gobierno excelente duró poco. En una campaña, por lo demás afortunada, contra los persas, sucumbió el tutor al veneno del presunto árabe Filipo quien mediante una artificiosa huelga de hambre, provocó dificultades con la tropa, se impuso gracias a unos cuantos oficiales como corregente del desvalido Gordiano y le fué arrebatando, poco a poco, toda posición, hasta que acabó por quitarle la vida.

A la noticia de la muerte intervino rápidamente el senado, pero el emperador que nombró, Marco el filósofo, murió en seguida y también un tal Severo Hostiliano, que se había apoderado, no sabemos cómo, del cetro imperial.[20] Ahora es cuando se reconoció a Filipo (244-249) que, entretanto, había llegado a Roma y se había ganado a los senadores de más viso con palabras halagüeñas. Se hace demasiado honor a Filipo cuando se le considera como un sheik árabe; procedía de la malfamada estirpe de los sirios meridionales, al este del Jordán.

Si no fuera por la virtud cegadora del poder imperial, no habría manera de comprender por qué se figuraba éste que, dadas sus escasas dotes militares, podría dominar el imperio romano que le había caído en las manos repartiendo los cargos principales entre parientes y gentes de confianza. Mientras estaba celebrando en Roma el milenio de la ciudad, irrumpieron los bárbaros por diversos si-

[19] Su título completo era según *Hist. Aug.* Gord. 27: *Eminenti viro, parenti principum, praetori praefecto et totius urbis, tutori reipublicae.*

[20] Zonaras XII, 18, debe ser preferido en este punto a la *Hist. Aug.* Gord. 31. Comp. también con Zosim. I, 19.

tios y dos ejércitos por lo menos proclamaron nuevo emperador. En Siria se levantó contra el hermano de Filipo, Prisco, el aventurero Jotapiano, que se pretendía descendiente de Alejandro el Grande, nombre al que se dedicaba todavía un culto casi supersticioso.[21] Contra el yerno de Filipo, Severiano, se levantó en Mesia Marino, cuando ya se acercaban los godos.

El gran peligro del Imperio concitó una vez más el genio de Roma. La segunda mitad del siglo tercero es una de esas épocas que habría de ganar en nuestra consideración si conociéramos las personalidades y los motivos de su acción mejor de lo que nos informan las fuentes. Los dirigentes no son en su mayoría romanos de la ciudad sino ilirios, es decir, de las regiones situadas entre el mar Adriático y el Negro, pero la educación y la tradición romanas, especialmente en materia militar, los ha capacitado para salvar una vez más el mundo antiguo. Ya no era ninguna tarea agradable, sino una función llena de peligros, la de emperador romano; gentes indignas recibieron la púrpura, casi siempre obligadas, y tampoco los mejores se ofrecían con gusto sino que la aceptaban como deber o destino. No es posible desconocer cierto resurgimiento moral.

Los peligros ingentes pronto acabaron con Filipo. Completamente amedrentado, se dirigió al senado pidiendo la abdicación; todos callaron, hasta que el valiente Decio se ofreció para someter a Marino. Lo consiguió, pero pidió en seguida la abdicación del emperador porque previó que, dado el general desprecio que se sentía por Filipo, el ejército trataría de nombrarle a él. No accedió Filipo y ocurrió lo inevitable.[22] Durante una batalla contra Decio, o luego de ella, fué muerto Filipo en Verona por los soldados. El que su hermano Prisco pudiera ser todavía gobernador de Macedonia mues-

[21] *Hist. Aug.* XXX. Tyr. 13. — Septimio Severo había mandado cerrar la tumba de Alejandro "para que nadie más viese su cadáver". Dio Cass. LXXV, 13.

[22] No es posible poner de acuerdo la vaga exposición que hace Juan Antioqueño (Frag. 148) con las suposiciones que se han hecho sobre estos acontecimientos.

tra que Decio no tenía por qué avergonzarse de lo ocurrido. Prisco se lo agradeció más tarde traicionándole.

Decio (249-251) es lo que se dice un idealista, con las ilusiones consiguientes. Sus planes consistían en poner su poderosa fuerza bélica al servicio de un régimen senatorial ennoblecido,[23] restaurar las viejas costumbres y la religión romana y, mediante ellas, el poder del nombre romano, fijándolo para siempre. Por esto se explica que persiguiera a los cristianos; sesenta años más tarde quizás hubiera intentado con el mismo celo canalizar la capacidad de sacrificio de los cristianos para la salvación del Imperio.

Pero no le fué dado el logro de esta meta; junto a las incursiones de los bárbaros en todas las fronteras, tenemos el hambre y la peste, y estos factores tenían que producir cambios permanentes en toda la vida romana, porque una nación en declive no aguanta estos golpes lo mismo que un pueblo joven. La recompensa de Decio fué una muerte gloriosa en la guerra con los godos.

También esta vez afirmó el senado sus derechos; junto al emperador Galo, nombrado por los soldados, el senado (251)[24] nombra su propio emperador, Hostiliano, que pronto sucumbió a una enfermedad. Cuando Galo compró la paz de los godos con un tributo, se encontró un general de las tropas danubianas, el mauritano Emiliano, que habló a sus soldados del honor romano[25] y les prometió, para el caso de victoria, pasarles el tributo que ahora se pagaba a los godos; vencieron realmente y lo proclamaron emperador (253). Pero el espíritu de Decio seguía imperando, en tal forma que Emiliano no quiso ser más que el general del senado, entregando a éste el gobierno.[26]

Una laguna sensible en la *Historia augusta* nos impide cualquier enjuiciamiento decisivo de los acontecimientos inmediatos. Emiliano retorna a Italia; Galo, que ha partido contra él, es asesinado con su

[23] *Hist. Aug.* Valerian. 1 y 2.
[24] Aur. Vict. *Epit.*
[25] Τὸ Ρωμαίων ἀξίωμα. Zosim. I, 22.
[26] Zonaras XII, 21.

hijo por sus propias tropas; pero uno de sus generales, Valeriano, que se retira a los Alpes, se gana misteriosamente al ejército del victorioso Emiliano, que cae víctima de sus soldados "porque se trata de un soldado y no de un gobernante, porque Valeriano es mejor para emperador o porque se quiere ahorrar a los romanos una nueva guerra civil".[27] Se trasluce la verdadera realidad; parece seguro que no se trata ya de partidas de soldados asesinos sino, sin duda, de una transacción entre la alta oficialidad de los tres ejércitos. Sólo así fué posible la proclamación de Valeriano (253), quizá el único romano que, tanto en los cargos públicos como en la guerra, se había distinguido de los demás; los soldados por sí solos se hubieran apegado a su Emiliano o habrían echado mano de algún esbelto gigante con talentos de suboficial.

De todos modos, de aquí en adelante la elección imperial adopta una nueva forma. Parece que en las incesantes guerras con los bárbaros que conocemos a partir de Alejandro Severo, se ha formado un excelente generalato, dentro del cual se aprecian las figuras según su justo valor; Valeriano, a lo menos como emperador, se nos presenta como el alma de ese generalato.[28] Su correspondencia militar, que deliberadamente se ha salvado en parte en la *Historia augusta,* demuestra su conocimiento preciso de las personas y de sus condiciones, y nos deja una elevada idea del hombre que se dió cuenta del valor de un Póstumo, de un Claudio Gótico, de un Aureliano y de un Probo, elevándolos de rango. De haber habido paz en las fronteras, acaso el senado habría participado regularmente en el gobierno, en el sentido pretendido por un Decio y un Emiliano; pero como los ataques fronterizos de los bárbaros amenazaban acabar con todo el imperio y hacía tiempo que la verdadera Roma no radicaba

[27] Zosim. I, 29; Zonar. XII, 22.

[28] Podemos conocer una parte del estado mayor imperial en *Hist. Aug.* Aurelian. 12 y ss., con ocasión del solemne consejo de guerra en las Termas de Bizancio. En él se encontraban (a pesar de la alusión en Aurel. Vict. *Caess. sub Valeriano)* varios personajes de la antigua nobleza romana. Con esta ocasión se ve cómo el emperador entrega el consulado como prebenda a un general pobre pero capaz, ayudándole de su propia bolsa para los gastos de los juegos de circo y convenciendo a un romano rico para que lo adopte.

ya en las siete colinas del Tiber sino en los atrincherados campamentos de los caudillos romanos, era natural que el poder del estado se allegara cada vez más a los generales. Estos constituyen como un senado en armas esparcido por todas las fronteras. Por un breve espacio de tiempo el Imperio está fuera de sus goznes y la desbordada arbitrariedad de los soldados y la desesperación de las provincias va invistiendo con la púrpura al primero que se destaca; pero una vez pasado el primer golpe, los generales asientan en el trono a uno de sus filas. No podemos más que presumir en qué forma se concilian, en cada caso, el cálculo y la reflexión con la ambición y la violencia, y qué compromisos secretos aprietan las filas de esa junta. No vemos enemistad contra el senado, al contrario, encontramos hasta respeto y llegará un momento en que el senado podrá hacerse la ilusión de ser todavía el verdadero amo del Imperio.

Vale la pena de seguir al detalle estas notables transiciones.

Ya en tiempos de Valeriano había comenzado la separación de algunas regiones y cuando, gracias a una violación de todas las leyes del derecho de gentes, cayó [29] (260) prisionero del rey de los sasánidas Sapor en tanto que su hijo Galieno estaba ocupado en la guerra con los germanos, se produjo una confusión total. Mientras la misma Roma se vió amenazada por la irrupción de unas hordas innominadas y el senado se apresuró a formar un ejército de capitalinos, fueron apartándose poco a poco las comarcas orientales del Imperio. Primeramente, el incapaz y parricida Ciriades, se hizo presentar por Sapor como pretendiente al trono de Roma, hasta que, en calidad de salvador del Oriente romano, se levantó Macriano (260) con sus hijos y con su bravo prefecto Balista. Sapor tuvo que huir y su harem quedó prisionero; mencionemos de pasada la magnífica defensa de Cesárea en Capadocia.[30] La disolución del Imperio; generales y altos funcionarios tenían que proclamarse emperadores, nada más

[29] Lo que narra Zonaras XII, 23, da la impresión de una invención maliciosa de algún postergado; en qué medida podemos creer a Dionisio cuando habla de Macriano (Euseb. *Hist. Eccl.* VII, 23), se ve bien claro por el tono de su discurso.

[30] Detalles en Zonar. XII, 23.

que por salvar su pellejo de otros usurpadores, lo que no conseguían, sin embargo. Así en Grecia Valente el Tesalónico y Piso, enviado contra él por Macriano; así, poco después (261), el mismo Macriano, cuando se dirigió contra Aureolo, general de la región del Danubio afecto todavía a Galieno, al que parece abandonó una vez obtenida la victoria. Para llenar el hueco de Macriano y su familia se presenta en Oriente (262) Odenato, rico provinciano, uno de los muchos de este tipo que en la época aparecen como emperadores, aunque ninguno con tanto talento y éxito como este patricio de Palmira, que desde esta ciudad y con la ayuda de su heroica esposa Zenobia pudo fundar un gran reino oriental.[31]

Zenobia, descendiente de los Ptolomeos egipcios, también de la famosa Cleopatra, reinó más tarde (267-273) con una abigarrada corte de caudillos asiáticos y en nombre de sus hijos hasta los términos de Galacia y de Egipto, es decir, en regiones donde los generales de Galieno habían antes eliminado con éxito a usurpadores de menor monta; en el sudeste del Asia Menor al pirata Trebeliano, proclamado como señor por los salvajes isaurios; en Egipto, el que fuera comandante de Alejandría, Emiliano, quien, viéndose amenazado de muerte por una sublevación popular, se proclamó emperador (262-265) para escapar a la responsabilidad ante Galieno.

Ya hemos nombrado a Aureolo a propósito de las regiones danubianas, y a éste tuvo que reconocer Galieno durante cierto tiempo como emperador. Pero ya mucho antes (258) las tropas del Danubio habían proclamado emperador al gobernador Ingenuo con el fin de proteger mejor el país contra las arremetidas de los bárbaros; fué vencido por Galieno, quien castigó severamente toda la región; los provincianos, sedientos de venganza, proclamaron emperador al heroico dacio Regiliano (260), que decía descender del rey dacio Decébalo, el famoso enemigo de Trajano; pero temiendo las tropas el

[31] Una recopilación de las noticias sobre Zenobia y todo el reino de Palmira se encuentra en G. Hoyns *Geschichte der sogenannten dreissig Tyrannen*, Gottinga 1852. También las cifras de los años hasta Aureliano se apoyan en esta obra.

castigo del entonces tan cruel Galieno, lo abandonaron de nuevo. De un usurpador surgido en Bitinia no se conoce ni siquiera el nombre; también en Sicilia campan por sus respetos innumerables *latrones*. Pero la serie más sorprendente de usurpadores la encontramos en Occidente, sobre todo en las Galias, a las que se someten, de vez en cuando, España y Britania. Desde 259 y dada la situación indescriptible producida por los bárbaros, se levantan en las Galias contra Valeriano y contra su hijo y los generales de Galieno los poderosos defensores del país Póstumo, Leliano y Victorino; y no sólo como criaturas de los soldados sino con la participación ardiente y casi regular de los provincianos.[32] Se constituye un verdadero Imperio trasalpino cuyos notables constituyen el senado del emperador, que reside casi siempre en Tréveris; lejos de levantar como bandera la nacionalidad gala, britana o ibérica, ya medio olvidadas, esas comarcas pretenden instaurar un Imperio romano occidental, para proteger la cultura y las instituciones romanas frente a la barbarie, lo que no se podría decir del gobierno de Zenobia. Y, cosa sorprendente, es también una mujer, Victoria, la madre de Victorino, la que bajo este emperador introduce en Occidente adopciones y sucesiones y la que, como "madre de los campamentos", domina, como un ser sobrehumano, sobre los ejércitos. Su hijo y su nieto son abatidos ante sus propios ojos por los soldados furiosos, pero el arrepentimiento es tan grande que se le concede el nombramiento de un nuevo emperador. Por dar gusto a los soldados nombra primeramente (267) al vigoroso armero Mario, pero después de su asesinato, y en forma muy osada, a un varón desconocido para el ejército, su pariente Tétrico, cuyo gobierno no militar fué tolerado por los soldados (desde 267) por lo menos hasta la muerte repentina de Victoria.[33]

El último lugar de estas usurpaciones corresponde, sin duda, a la de Celso en Africa, pues fué la menos justificada y la más insignificante por sus resultados. Sin el motivo o la excusa de un ataque

[32] Thierry, *Hist. de la Gaule*, vol. 2, pp. 350 *ss*.

[33] En la moneda que eterniza su apoteosis, ella se titula *Imperator*, como la María Teresa se llamaba en Hungría "Rey".

de los bárbaros, los africanos (probablemente sólo los cartagineses) proclamaron al tribuno Celso por instigación de su procónsul y de un general; para encubrir la falta de derecho divino se recurrió al manto de la "diosa celeste" que se veneraba en el famoso oráculo de Cartago, revistiéndose con él al usurpador. También en este caso desempeña el papel principal una mujer; a los siete días fué asesinado por instigación de un primo de Galieno, y su cadáver desgarrado por los perros, lo que presenciaron impertérritos los habitantes de Sicca por lealtad al emperador. Todavía se crucificó a Celso *in effigie*.

No parece que Galieno se comportara en esta situación inaudita —que no era, en gran parte, culpa suya—, de la manera indolente y cobarde que nos insinúa la *Historia augusta*. A algunos de los llamados "treinta tiranos" les reparte títulos de Césares y de Augustos pero a otros los combate con ardor. Es posible que aquella famosa indolencia se apoderara de él en ocasiones, pero también debía sacudírsela de pronto; ahora bien, una campaña en Persia para liberar a su padre, que era lo que se pedía de él, hubiera sido imposible en aquellas circunstancias. Se puede parangonar su relación con los emperadores de provincia reconocidos por él con la de los califas con las dinastías rebeldes, con la diferencia de que no se le reservaron, siquiera, los regalos honoríficos y la invocación de su nombre en los templos. Pero mantuvo a Italia con toda energía para sí solo; además le fueron fieles varios de los generales más importantes de su padre. Parece que impidió cuidadosamente al senado toda participación en el gobierno y hasta la mera visita a su ejército, pues le dominaba, en estos tiempos antiparlamentarios, el miedo a un régimen senatorial militar.[34]

Cuando Aureolo le ataca también en Italia, responde con energía, le obliga a concentrarse en Milán, a la que pone sitio. Ya estaba Aureolo en situación desesperada cuando fué asesinado Galieno (268). Fué el asesino un oficial de la caballería dálmata, los organizadores un prefecto de la guardia y un general de las tropas danubianas; pero los verdaderos instigadores, Aureliano (más tarde

[34] Aur. Vict. *Caess.*

emperador), que se había juntado con su caballería al ejército sitiador, y el ilirio Claudio, un favorito del senado y, además, uno de los caudillos más destacados de su tiempo, que no disimulaba el disgusto que le causaba la indolencia de Galieno y que acaso por esto tenía su cuartel en Pavía. Parece que hubo un consejo formal entre estos generales en el que se decidió de la vida de Galieno y acaso se decidiera también la sucesión en favor de Claudio.[35]

Bien miradas las cosas, un complot semejante se disculpa en parte en esta época extraordinaria; fué un tribunal de gentes no del todo incompetentes el que pronunció sentencia. Si el Imperio había de recobrar su unidad, la figura de Galieno tenía que desaparecer de la escena, cosa que no podía ocurrir por las buenas, puesto que éste no podía vivir sin el halago de ser emperador. Además, es posible que Claudio previera la inminencia de la próxima irrupción de los godos, la más terrible de aquel siglo, y era ésta una necesidad que no conocía ley. Aparte de esto, ya los alamanes estaban en Italia mientras Galieno sitiaba a Milán, y su sojuzgamiento había de ser la acción más perentoria de Claudio, luego de acabar rápidamente con Aureolo en la batalla de Pontirolo. En el epitafio del último dice Claudio que le hubiera dejado con vida si no fuera por consideración a su excelente ejército.[36] No tenemos por qué dudar de la sinceridad de estas palabras.

Claudio (268-270) podía emprender ahora el trabajo gigantesco de restaurar el Imperio y para ello tenía que dejar en la estacada a su partido de la Galia; pero fué sobre todo su victoria sobre los godos en Naissus lo que rejuveneció al viejo mundo. Apenas si el Imperio pudo disfrutar de sus otras cualidades excelentes, ya que murió casi al año; pero sería injusto dudar de esas cualidades porque haya tenido la desgracia de caer en manos de los panegiristas. Su verdadero panegírico lo tenemos en el orgullo que sentía la caballería ilíri-

[35] No podemos explicar aquí el valor de la obra de Aurelio Victor *(Caessares)* frente a otras fuentes.

[36] Según Juan Antioqueño, que, como indica esta lápida, atribuye al ejército un odio especial contra la usurpación como tal, los soldados mataron a Aureolo, que ya se había entregado, en las cercanías de Claudio.

ca de contarle entre sus paisanos, en su animosa confianza para enfrentarse con los bárbaros, que se comunicó, tras su victoria, a algunas ciudades y provincias postradas. España se había separado ya de Tétrico para someterse a él.

Tenía un excelente hermano, Quintilo, que el senado nombró emperador por consideración al fallecido. Pero en su lecho de muerte el mismo Claudio había designado, ante los generales,[37] a Aureliano, que fué reconocido en seguida por el ejército. Que Quintilo se suicidara en seguida, abriéndose las venas, nada tiene de particular en aquellos tiempos.

Aureliano, originario de la región de Belgrado, se nos aparece como un poco más bárbaro que su antecesor,[38] pero, en lo esencial, apenas menos digno que él. En una brillante campaña (272) sometió a Zenobia y al Oriente, lo que acrecentó extraordinariamente su fama de invencible. Marcelino, gobernador de Mesopotamia, fué incitado a la usurpación por parte de su ejército, pero lo comunicó él mismo al emperador. Aureliano perdonó a Antíoco, que había sido proclamado por los insensatos ciudadanos de Palmira, pero castigó a éstos; ordenó que el acaudalado Firmo, que pretendía Egipto, fuera crucificado como un ladrón, probablemente para hacer una demostración del desprecio profundo, tradicional, que los romanos sentían por el carácter nacional egipcio. Finalmente, otorgó un alto cargo a Tétrico, que se sentía terriblemente deprimido por su falsa posición ante los soldados y en la batalla de Chalons (272) traicionó a su propio ejército. Si a estas luchas por la restauración del Imperio añadimos las constantes victorias sobre los bárbaros, podremos adivinar fácilmente qué incomparable escuela militar significó el gobierno de Aureliano; las figuras más importantes entre sus sucesores se formaron a sus órdenes y a las de Probo.

[37] Zonaras XII, 26.

[38] Sus diversiones *Hist. Aug.* Aurel. 50. Sus expresiones groseras sobre Zenobia *ib.* Firmus 5. Según Malalas vol. XII también la trató con malos modos.

No son tan encomiables sus relaciones con el senado, que se nos pintan como similares a las que mantuvo Septimio Severo. Le culpa de conjuraciones y revueltas de toda clase en la capital y manda ejecutar a varios miembros.[39] Como quiera que consideremos los escasos testimonios de aquella época, no son bastantes para emitir un juicio definitivo y no podemos decir si es que Aureliano pretendía extender a la vida civil la férrea disciplina del campamento o el senado no se dió cuenta de los tiempos que corrían y pretendió compartir el gobierno con los rescatadores del Imperio. Que Aureliano no era personalmente cruel y que gustó de evitar el derramamiento de sangre, lo sabemos por rasgos muy característicos de su vida; tampoco se le llamaba el "asesino" sino el "pedagogo del senado". Pero es menester tener un alma bien templada para, en circunstancias como las suyas, no endurecerse por desprecio a los hombres y no hacerse sanguinario por cobardía y comodidad. No es fácil ponerse en la situación de aquellos emperadores y totalmente imposible predecir cómo habría de comportarse a la larga, en tal situación, aun el hombre más generoso. Más tarde nos ocuparemos del culto al sol de Aureliano, la religión que predomina entre los soldados en esta última época pagana.

En su campaña contra los persas fué asesinado Aureliano por gentes de su propio séquito, no lejos de Bizancio. Tenemos que suponer que, a lo sumo, sólo uno de los generales más prestigiosos, Mucapor, participó en el hecho; los otros asesinos eran gente de la guardia, a los que un secretario comprometido, que había de temer el castigo, supo meterles el miedo en el cuerpo valiéndose de una firma falsa.

Inmediatamente se conciertan los generales para dirigirse al senado en estos términos: "Los afortunados y valientes ejércitos al senado y al pueblo de Roma. Nuestro emperador Aureliano ha sido asesinado por la trampa de un hombre y por el engaño de buenos y malos. ¡Honorables y prepotentes padres! Elevadlo hasta los dioses y enviadnos un emperador de entre vosotros, uno que vosotros con-

[39] La noticia más breve y, acaso, la más exacta, en Zosim. I, 49

sideréis digno. Porque no podemos soportar que uno de aquellos que, engañados o a sabiendas, han hecho el mal, mande sobre nosotros."

Esta carta honra a todos, a Aureliano, tan bellamente exculpado, al senado y a los ejércitos, en cuyo nombre, seguramente, los generales han llegado a una transacción.[40] No podemos pensar que sea un bello arrebato un documento firmado por quienes ayudaron a Aureliano a someter al mundo.

Pero el senado, cuyo sacrosanto prestigio tradicional es reconocido en forma tan extraordinaria, rechazó el honor. Después de tantos gobiernos militares, como tuvieron que serlo los últimos, el nombramiento de un emperador por el senado sería algo absolutamente inconveniente; además, acaso pensaran en Roma que, en el espacio de dos meses, los que transcurrirían entre la solicitud y la respuesta, muy bien podía cambiar la opinión del ejército de Oriente, fuera espontáneamente o por intrigas. Pero el ejército se mantuvo firme en su decisión; se cambiaron escritos por tres veces, hasta que por fin el senado se decidió por la elección. Durante este medio año todos los altos funcionarios siguieron ocupando sus puestos; ningún ejército se atrevió a anticiparse al de Oriente; en forma bien insólita, el temor o el respeto mantuvo a las diversas fuerzas en equilibrio expectante.

Si después de un milenio y medio nos fuera permitido emitir un juicio a base de un conocimiento tan deficiente de los documentos, tendríamos que reconocer que hizo bien el senado en nombrar, por fin, emperador, pero debió haber elegido a uno de entre los famosos generales que no habían participado en el crimen, por ejemplo, a Probo. En lugar de esto se decidió por un anciano senador, Tácito, hombre honesto y experto militar, y se produjo un gran alborozo por el maestro golpe constitucional. Se mandaron cartas entusiastas a las provincias comunicando cómo el senado había rescatado su viejo derecho de elegir emperador, cómo en lo futuro dictaría leyes, reci-

[40] Lo que dice la *Hist. Aug.* Tac. 2, que el ejército habría actuado así contra la voluntad de los generales, apenas si merece ser refutado.

biría los homenajes de los príncipes bárbaros y decidiría sobre la guerra y la paz; los senadores sacrificaron blancas víctimas, marcharon con sus albas togas y abrieron en los patios de sus palacios los armarios que contenían las imágenes de los antepasados, mientras Tácito renunciaba a su vida tranquila, regalaba al senado su fortuna colosal y se incorporaba al ejército. El senado, apoyándose en una minucia reglamentaria, le negó el nombramiento de su hermano Floriano para cónsul, y se nos dice que el emperador hasta se alegró con este síntoma de renovada conciencia constitucional, cosa que no vamos a discutir.

En el Oriente luchó Tácito con fortuna contra godos y alanos, pero una facción de oficiales, reforzada por los amenazados asesinos de Aureliano, acabó, primero, con el pariente cercano del emperador, Maximino, comandante de Siria, y luego, por temor al castigo, con el mismo emperador, en el país del Ponto. Su hermano Floriano cometió la torpeza de proclamarse sucesor en Tarso sin la aquiescencia del senado ni del ejército, como si el Imperio fuera hereditario, en cuyo caso tendrían derecho preferente, de todas maneras, los hijos de Tácito. A las pocas semanas pereció también a manos de sus soldados.

Entre tanto, una elección por puros soldados había elevado al trono [41] al poderoso Probo, paisano de Aureliano y designado por éste, como si dijéramos premonitoriamente, para sucesor. El senado lo reconoció sin rechistar y Probo tuvo el tacto suficiente para apaciguar el humor un poco sombrío de los padres de la patria distribuyendo algunos títulos honoríficos. Hizo que se le presentaran los asesinos de Aureliano y de Tácito, y los mandó matar, señalándolos antes con su desprecio. Dijo a los soldados, cuando lo eligieron, que no encontrarían en él a un adulador y cumplió lo que dijo. Con una férrea disciplina, los condujo a aquellas extraordinarias victorias que

[41] *Hist. Aug.* Prob. 10. La elección se efectuó en campo abierto bajo la influencia de los oficiales, que anduvieron de compañía en compañía. — No se puede probar ni negar la participación de Probo en la caída de Floriano. Según Zosim. I, 64, se podía creer que Probo quiso tan sólo la destitución de Floriano.

limpiaron de germanos las Galias y costaron la vida a 400,000 bárbaros. Si con esto no se logró más que la conservación del *status quo*, ni se consiguió, a pesar de la clara visión de Probo, la condición fundamental de la seguridad de Roma, a saber, el sojuzgamiento de toda la Germania, no se le puede achacar la culpa a él. Marcha desde el Rin y el Neckar hacia el Oriente y sus generales vencen en el lejano sudeste. La rebelión de algunos usurpadores (Saturnino, Próculo, Bonoso) no se debió al descontento de los soldados por su rigor sino a la desesperada osadía de los egipcios, al temor de los lioneses y de su partido ante un castigo imperial y al miedo de una partida de borrachos por abandono de servicio en la frontera. El señorío fué, cada vez, de corta duración.

Pero el gran príncipe, a quien fácilmente se consideraría como un emperador exclusivamente militar, abrigaba un ideal muy diferente; no ocultaba su pensamiento de que, luego de vencer por completo o de debilitar notablemente a los pueblos bárbaros, el estado romano no necesitaría de más soldados y advendría un período de paz y de reconstrucción. Podemos seguir la descripción nostálgica de este siglo saturnino en la *Historia augusta*; [42] pero nos basta saber que tales conversaciones llegaron a oídos de los mismos soldados, que ya estaban bastante fastidiados porque el emperador los empleaba en la plantación de viñedos, en la construcción de caminos y canales. Fué asesinado en su propia patria, con ocasión de la construcción del canal de Sirmio, probablemente sin premeditación,[43] con súbito arrepentimiento. Su familia, como la de tantos emperadores derrocados, abandonó Roma para ir a residir en la Italia superior.

Esta vez el ejército no pensó en el senado; también en esta ocasión podemos creer que fueron los oficiales de alta graduación los que hicieron la elección o, por lo menos, la dirigieron, ya que fué investido con la púrpura un anciano terriblemente duro, el ilirio Caro. Partió en seguida para terminar con la guerra sármata y reanudar

[42] Prob. 20 y 23.

[43] Cf. para esto Juan Antioqueño, frag. 160, en que se nos dice que Caro había comenzado con una sublevación.

la guerra contra los persas, acompañado de su hijo mejor y más joven, Numeriano; nombró corregente al terrible Carino y le encomendó el mando supremo frente a los germanos; parece, sin embargo, que se arrepintió de este nombramiento y pensó sustituir al insensato hijo por el eficaz y noble Constantino Cloro (el padre de Constantino); notable emancipación de las ideas dinásticas si se hubiera verificado.[44]

Caro, primero, y, poco después, Numeriano (284), fallecieron en el Oriente en circunstancias misteriosas. El último víctima de un ardid del prefecto de la guardia, Aper, que no se menciona entre los generales de la gran escuela [45] y que, probablemente, no contaba con mayores recursos para su usurpación que su propia osadía.[46] Cuando se tuvo noticia de la muerte del César parece que Aper perdió la serenidad y se intimidó, presentándose ante un tribunal de guerra en presencia de todo el ejército. Luego que, "por la elección de los generales y de los oficiales", fué proclamado emperador uno de los caudillos más destacados, Diocleciano, éste se arrojó contra Aper, que se hallaba ante el tribunal para ser escuchado, y lo atravesó de parte a parte. Sería injusto atribuir a Diocleciano participación en el crimen de Aper; la explicación sencilla del asombroso hecho la tenemos en que una druída de las Galias había presagiado a Diocleciano la corona imperial después que hubiera matado un jabalí *(aper)*. Desde entonces, en todas las cacerías había estado persiguiendo jabalíes; en aquél momento, le impaciencia movió su brazo al ver la anhelada ocasión.

[44] A los crímenes de Carino en Roma se refiere probablemente la acusación en V(I) *Ecloge* de Calpurnio Sículo, pp. 60 *ss.*, sobre el encarcelamiento y el asesinato de muchos senadores y el completo desprestigio del consulado. También se nos abre un abismo que no podamos aclarar. En la última égloga Carino es exaltado otra vez. De la gran hambre y de los grandes incendios provocados por los que trabajaban en las obras públicas que arruinaron la región entre el Palatinado y el Capitolio se informa sólo con unas palabras. Cf. Mommsen, edic. del cronógrafo del año 354 en las Actas de la Real Sociedad de Ciencias de Sajonia, vol. I, p. 648.

[45] *Hist. Aug.* Prob. 22, los enumera nominalmente.

[46] Ha sido siempre un misterio cómo Aper hizo del César su yerno y fué capaz de sacrificarlo después.

No había más obstáculo que Carino para quedarse con el imperio del mundo. Este no carecía de dotes militares; parece que, de camino en la Italia superior (285), venció fácilmente a un usurpador Juliano; la guerra con Diocleciano duró medio año y en la batalla de Margo (no lejos de Semendria), que pasa por ser la decisiva, venció acaso Carino. Pero las enemistades personales que se había granjeado con sus excesos, le costaron la vida. El que Diocleciano fuera reconocido inmediatamente por los dos ejércitos, que no destituyera a ninguno ni se quedara con la fortuna de nadie y hasta que mantuviera en su puesto al prefecto de la guardia Aristóbulo, se podría explicar por negociaciones previas llevadas a cabo con el ejército de Carino, pero preferimos atribuirlo, con el viejo Aurelio Victor, a la templanza y la visión superior del nuevo emperador y de su séquito. Según sus afirmaciones, tampoco deseó la muerte de Carino por ambición sino porque le dolía la suerte de la república. A quien, por lo demás, procede con una contención tan extraordinaria, se le debe creer también esto.

SECCION SEGUNDA

DIOCLECIANO. EL SISTEMA DE SUS ADOPCIONES. SU GOBIERNO

SE CUMPLIERON los presagios y quedaron corroborados los oráculos cuando el hijo de una esclava dálmata que había pertenecido al senador romano Anulino, subió al trono a la edad de treinta y nueve años. La madre y el hijo habían recibido su nombre del país de origen, de la pequeña Dioclea, no lejos de Cataro; Diocles, "el famoso de Zeus", se llamó ahora, por dar gusto a los romanos, Diocleciano,[1] sin por ello renunciar a la relación con el príncipe de los dioses, al que recordaba también su nuevo apelativo latino, Jovius.

Ya nos ocuparemos de sus hechos de guerra, de su gobierno y de su carácter, tan discutido; pero ahora nos interesa la forma peculiar en que concibió su poder imperial y cómo trató de asegurarlo, de distribuirlo, de transmitirlo.

Los últimos emperadores no pudieron disponer del cetro en parte por causa de su muerte violenta, pero también es cierto que abandonaron la decisión a los generales; el hecho de que Caro nombrara heredero a su hijo fué acaso uno de los motivos más poderosos de su pérdida. Diocleciano, a quien su esposa Prisca, a lo que parece, no le dió más que una hija, Valeria, tenía que pensar en otro procedimiento. De haber estado el Imperio apaciguado acaso hubiera demorado toda decisión, pero es el caso que en el exterior se

[1] El nombre es en la obra de Orelli, *Insc. lat. sel.* Nr. 1052: Gaius Aurelius Valerius Diocletianus. — Había sido ya anteriormente gobernador de Mesia, otra vez *Consul suffectus,* y había acompañado a Caro al Oriente, con el alto cargo de *Comes domesticorum.* — Cf.: Theodor Preuss, *Kaiser Diocletian und seine Zeit* (Leipzig 1869) pp. 19 *ss.* Volveremos a referirnos a esta excelente monografía.

multiplicaban las irrupciones y el interior, desde los tiempos de Caro, hervía en usurpadores, sin que se librara el propio gobierno de Diocleciano que, sin embargo, había sido reconocido por el senado. ¿Cómo remediar esta situación?

Lo llevado a cabo por Diocleciano nos lo revela, sin duda, como un espíritu superior, penetrante, pero también nos aparece como un tanto particular y misterioso.

La experiencia de los últimos diez años había mostrado que tampoco los emperadores más vigorosos, los salvadores del Imperio, podían escapar a la consabida muerte traicionera y a la sublevación de los soldados. Los grandes generales que formaban su séquito no lo podían impedir y, algunos, tampoco lo querían, porque su ambición apuntaba, con espanto y todo, hacia el trono. A la larga, hubiera sido inevitable una situación como la de los tiempos de Galieno y los treinta tiranos, lo que parecía muy verosímil por el año 285, y el Imperio se hubiera fragmentado de nuevo, acaso para siempre. Diocleciano acudió al verdadero remedio; se rodeó de sucesores y corregentes. De este modo se habían limado las uñas de la ambición y se había dificultado mucho el éxito de cualquier sublevación militar. Porque si caía uno de los emperadores o Césares, y no se conseguía acabar en el mismo día con los dos o cuatro corregentes de Nicomedia, Alejandría, Milán y Tréveris, por ejemplo, los actores tenían que contar, indefectiblemente, con uno o varios vengadores; todas las gentes honradas sabían, en ese caso, a quién tenían que acudir, y ya no había necesidad de abrazarse, con un miedo insensato, a la primera elección hecha por los soldados. La segunda gran ventaja de la medida adoptada por Diocleciano radicaba en la repartición del gobierno del Imperio, que ahora podría ser gobernado con tranquilidad y reflexión, según planes comunes y sólidos y, en conjunto, de una manera gloriosa.

Pero no deja de parecernos misterioso el sistema artificioso de estas adopciones. Parece que el remedio más sencillo hubiera consistido en que Diocleciano adoptara a una familia distinguida, con varios hermanos, y repartiera entre ellos las provincias y las tareas de

gobierno. Lo que le fracasó a la familia de Caro, en parte por culpa de Carino, podía resultar bien ahora, es decir, el paso de un cesarismo cambiante [2] a una dinastía hereditaria, a la que tiende necesariamente toda dominación monárquica. ¿O es que acaso temía ser eliminado por una familia elevada de esta forma? Una figura de su categoría no se deja eliminar sin más. ¿O no atribuía ninguna eficacia moral al vínculo de la sangre en esta época corrompida? El mismo ha convertido, después, a los Césares en yernos de los emperadores. ¿Trataba quizá de aplacar la mayor cantidad de ambiciosos mediante la adopción o la esperanza de ella? Sabía mejor que nadie que no hay manera de aplacar a los más peligrosos y tampoco estaba en su carácter el esforzarse demasiado por aplacar y satisfacer a todos. Pero si examinamos detenidamente cada hecho y los motivos demostrables o presumibles de ellos, las lagunas de la tradición nos dejan, es cierto, algunas cosas sin explicación, pero esa tradición, en conjunto, nos marca quizá la verdadera pista.

En vista de la guerra campesina de las Galias, Diocleciano inviste todavía en el año 285 a su camarada Maximiano con el título de César y, al año siguiente, con el de Augusto; [3] la relación de la adopción se expresa ya en su apelativo Herculio, que está tomado del hijo de Zeus. Después que, durante seis años ininterrumpidos, combaten contra bárbaros, provincias en rebelión y usurpadores por todos los rincones del Imperio, sin habérselo repartido formalmente, nombran como Césares (292) a los generales Galerio y a Constancio Cloro, en cuya ocasión dice expresamente Diocleciano que "de ahí en adelante habría dos mayores en el estado, como señores, y dos menores, como auxiliares". [4] El hijo de Maximiano, Majencio, es pasado por alto sin muchas consideraciones, [5] pero se establece un

[2] No puedo explicarme por qué la ciencia se resiste a aceptar esta expresión fijada por Romieu, pues indica la cosa con gran exactitud.

[3] Sobre el uso de estos dos títulos cf. la investigación de Preuss, *ob. cit.* pp. 147 *ss.*

[4] *De mortibus persecutorum* 18.

[5] El panegirista Mamertino había indicado ya a éste, en el mismo año, como presunto heredero de la corona (*Panegyr.* III, 14).

nuevo vínculo artificioso de piedad al tener que casar los Césares con las hijas de los emperadores, Galerio con Valeria, Constancio con Teodora, esta última, en rigor, nada más que hija adoptiva de Maximiano.[6] Los Césares habían sido formados en la escuela de Aurelio y de Probo. Constancio era de elevada cuna y, por parte de madre, sobrino nieto de Claudio Gótico; Galerio, un hijo de pastor con trazas de gigante, que tanto más fácilmente admitió ahora que su madre había sido preñada por un ser divino en forma de serpiente o, como Rea Silvia, por Marte mismo. Había ahora cuatro cortes, administraciones y ejércitos; Constancio gobernaba las Galias y Britania, los países del Danubio y Grecia correspondieron a Galerio, a Maximiano Italia, España y Africa, y al fundador de su poder, Tracia, Asia y Egipto. Más de doce años duró la más extraña concordia entre hombres tan diferentes y, en parte, tan rudos,[7] tanto más inexplicable cuando se ve cómo uno gobierna también en los dominios de otro y acaudilla ejércitos, y cuán poco se cuida, por ejemplo, Diocleciano, de tener las consideraciones debidas con el apasionado Galerio en presencia de todo el ejército. Lo que proviene de él, los planes de guerra más difíciles, las órdenes más escabrosas, se realiza con una sumisión infantil; en ningún momento se duda que es él el alma del todo. "Lo miraban, dice Aurelio Victor, como a un padre o como a un dios supremo; lo que esto quiere decir se ve bien claro cuando se tiene en cuenta todos los asesinatos de familias ocurridos desde Rómulo hasta nuestros días."

La verdadera prueba de obediencia tuvo lugar en la sucesión del coemperador Maximiano, cuando Diocleciano, después de veinte años de corregencia, le obligó a la abdicación común, apalabrada mucho antes (305). Maximiano se sometió,[8] si bien con una gran

[6] Si sus mujeres anteriores, que fueron repudiadas por ellos, eran esposas legítimas, no ha podido ser averiguado en el caso de la mujer de Galerio; la Elena de Constantino fué, seguramente, una mera concubina.

[7] El tetracordio armónico, dijo Juliano en los *Césares*. En las monedas se ensalza constantemente esta concordia. Sobre la personalidad y el origen de los dos Césares informa detalladamente Preuss *ob. cit.* pp. 48 *ss.*

[8] *Panegyr.* VI (Max. et Const. M.), 9: *consilii* olim *inter vos placiti constantia et pietate fraterna.*

desgana; también permitió esta vez que, al nombrar dos nuevos Césares (en el lugar de Galerio y Constancio, promovidos a emperadores), se pasara por alto de nuevo a su hijo Majencio, y que él mismo, el viejo vencedor de los bagaudas, los germanos y los mauritanos, nada tuviera que ver en la elección de los Césares; Diocleciano la había reservado a su hijo adoptivo Galerio,[9] quien promovió a un oficial, confidente suyo, Severo, como César de Occidente, y a su sobrino, Maximino Daza, para César de Oriente. A Constancio Cloro le ocurrió lo que a Maximiano: aunque fué promovido a la dignidad imperial, tuvo que reconocer como César a Severo en lugar de a un hijo suyo, con cuyo motivo los autores cristianos[10] celebran, desplazadamente, su modestia.

En una obra redactada no mucho tiempo después[11] se nos pintan dramáticamente los motivos personales de estas medidas políticas. Ya Gibbon se dió cuenta que no nos hallamos en presencia de una historia limpia sino ante el relato de un enemigo enconado que se equivoca, precisamente, cuando nos presenta a los viejos emperadores que abdican aterrorizados por Galerio. Pero hay un rasgo muy sorprendente que no ha sido inventado:[12] se atribuye a Galerio la intención de *abdicar igual que Diocleciano, después de un gobierno de veinte años*, una vez que se haya fijado la sucesión del trono por un largo tiempo. El autor considera esto como una decisión voluntaria, de la que nos da cuenta con muy poca gana debido a su ardiente odio contra Galerio; pero si todo no nos engaña, nos ha-

[9] En el único caso análogo de tiempos anteriores hay precisamente en esto una diferencia; Adriano adoptó a Antonino bajo la condición de que éste, por su parte, adoptase a Lucio Vero y a Marco Aurelio; Diocleciano deja en libertad al futuro emperador supremo.

[10] Orosius VII, 25. — También en la obra de Eutrop. X, 1, esta suposición está basada en una equivocación.

[11] *De mortibus persecutorum*. Anteriormente no creía que la obra fuera de Lactancio, pero ahora me adhiero a las muchas y convincentes razones que Ebert (en las Actas de la Real Sociedad de Ciencias de Sajonia, 1870) hizo valer con respecto a su origen.

[12] Cap. 20. — Las demás intenciones, dirigidas a un futuro probablemente lejano, que el autor presupone ya en Galerio el año 305, no pasan de ser meras ficciones.

llamos en presencia de una ley capital impuesta por el sistema de Diocleciano y que los coetáneos no pudieron adivinar sino en parte. Esta fijación de la duración del gobierno a veinte años constituye la clave de bóveda reguladora de todo el sistema. Serviría para imprimir a las adopciones y sucesiones en el trono el sello de lo ineductable, de lo necesario.

Al año siguiente (306) todo este sistema se quebranta y perturba de modo definitivo por la usurpación de los hijos de los emperadores que se creía haber puesto de lado: Constantino (el Grande) hereda, con ayuda de sus soldados, el gobierno de su padre, Majencio se proclama en Italia y también el viejo Maximiano abandona su obligado reposo para juntarse con su hijo. Diocleciano, que veía estropeada toda su obra ordenadora por esta irrupción del derecho hereditario, debió pensar que, con ella, se perdía también el Imperio; [13] sus últimos años, que pasó enfermo y cansado de la vida en su patria, en los patios de su palacio de Espalato, lo más parecido a un campamento, estuvieron ensombrecidos, sin duda, por esta preocupación.

En realidad, su ideal de ordenamiento del Imperio había sido algo sorprendente. Y teniendo en cuenta las consecuencias posibles de los gobiernos de generales, que eran los emperadores de entonces, hay que estar preparados también para lo sorprendente; no sabemos qué clase de experiencias reserva Europa a nuestros descendientes. Dos emperadores a veinte años, con abdicación obligada; el nombramiento de los Césares reservado exclusivamente al emperador más antiguo; cada uno de los corregentes (aunque hubieran sido modelos de abnegación) constantemente irritados y heridos por la exclusión de sus hijos. Todo esto para formar una dinastía artificial. Se puede conceder que, por razón de la defensa del Imperio, fuera necesaria una distribución del poder y que la usurpación contra cuatro regentes sería mucho más difícil que contra uno solo; pero ¿cómo evitarla en las mismas familias imperiales? Y esto

[13] Según Aur. Vict. *Caess.*, él esperaba: *Intestinas clades et quasi fragorem quendam status romani.*

sin tener en cuenta otras circunstancias que sumen la actitud de Diocleciano en los nimbos del misterio.

No es posible llegar a descifrarlo con sólo razones políticas y psicológicas. No hay manera de completar las cosas si no tenemos también en cuenta una *superstición religiosa* que domina todas esas circunstancias.

Ya hicimos mención de la importancia que tuvieron en la vida de Diocleciano los presagios y los pronósticos.[14] Se le tiene por escudriñador de las cosas futuras, "propenso siempre a las prácticas santas"; lo encontramos, rodeado de sacerdotes, examinando celosamente las entrañas de las víctimas, henchido de preocupación a causa de rayos ominosos.[15] Hasta en los nombres propios ve prenuncios; Galerio se tiene que llamar Maximiano, para de este modo vincularse mágicamente a la lealtad comprobada del viejo Maximiano, y también el joven Daza recibe más tarde, por la misma razón, el nombre parecido de Maximino. Probablemente el emperador trataba de llegar a una relación muy especial con su dios patronímico Júpiter, que, por ejemplo, aparece con una frecuencia chocante en el reverso de sus monedas. La abdicación tuvo lugar en los campos de Nicomedia bajo una columna con la estatua de Zeus y en el palacio de Espalato el templo octoédrico de Júpiter atrae todas las miradas. También en los documentos públicos [16] reconocemos una tendencia religiosa innegable; el proemio a la ley matrimonial del año 295 parece un sermón y la ley de 296 contra los maniqueos transpira un celo completamente personal.

Los corregentes nos son también conocidos, casi todos, por sus supersticiones, sin las cuales, por otra parte, no se podría explicar su larga obediencia. Sabrían, seguramente, que su nombramiento lo

[14] Aurel. Vict. *Caess.* — Euseb. *Vita Const.* II, 51. — Zosim. II, 10. — *De mort. pers.* 10, 18, 10. — ¿Acaso los historiadores de la *Historia Augusta*, que le dedicaron sus biografías, están tan empeñados en el relato de la *omina*, por dar gusto al emperador?

[15] Const. M. *orat. ad sanctor. coetum*, c. 25 debe ser interpretado sin duda así.

[16] *Codex Gregorian.* V, 1 y XIV, 4.

debían a consideraciones de ese tipo. ¡Qué extrañas preocupaciones, absolutamente incomprensibles para nosotros, precedieron a las adopciones de Diocleciano! Por ejemplo, se le aparece en sueños una figura que insiste penosamente en que tiene que elegir para sucesor a una determinada persona, cuyo nombre pronuncia. Sospecha Diocleciano que es víctima de algún encantamiento, manda traer ante sí al aludido y le dice: ¡Para ti el Imperio que me estás pidiendo todas las noches, pero no perturbes el sueño del emperador! No sabemos a quién se refiere esta anécdota palaciega [17] ni tampoco su grado de verdad, pero es muy característica.

Maximiano era un gran caudillo; por lo menos, muy eficaz, y acaso Diocleciano le debía alguna consideración como partícipe primero de sus grandes planes; [18] pero lo que probablemente decidió su nombramiento fué la circunstancia de que había nacido en el mismo día del mes que Diocleciano.[19] En cuanto a Constancio, podemos suponer con cierta seguridad que fué nombrado César por Diocleciano en virtud de la predicción de las sacerdotisas druídas.[20]

Como dijimos, era Constancio un dálmata, Maximiano un hijo de campesino originario de Sirmio (Mitrovicz en el Save), la patria de los emperadores más valientes del siglo III; [21] Galerio un pastor procedente de Dacia o de Sárdica (la actual Sofía en Bulgaria); Maximino Daza es, probablemente, de la misma región; Constancio Cloro habitaba, cuando le nació su hijo Constantino, en Nissa de Serbia; el amigo de los galos, Licinio, que aparece más tarde, es un campesino del bajo Danubio; se desconoce la patria de Severo. No podemos saber si alguna religión o superstición local vinculaba todavía más estrechamente a los imperantes. De la abdicación de Ma-

[17] *Fragm. anonymi*, en Müller, *Fragm. hist. graec.*, vol. IV, 198.

[18] *Hist. Aug.* Numerian. 15.

[19] *Panegyr.* III *(Mamertini genethliacus ad Max. Herc.)*, cap. 1 y 2.

[20] *Hist. Aug.* Aurel. 44.

[21] No lejos de Sirmio se veía el palacio que mandó construir en el lugar donde sus padres habían trabajado como jornaleros. Aurel. Vict. *epit.* 40. Galerio tampoco se avergonzó de tales recuerdos y dió al lugar de su nacimiento el nombre de su madre Rómula, Romulianum. *ibid.*

ximiano no conocemos más que las palabras que pronunció en el templo del dios capitolino (probablemente en Milán): "Recobra, oh Júpiter, lo que prestaste." [22] Diocleciano pretendería sustituir con juramentos, sacrificios y consagraciones lo que a su combinación política le faltaba en fuerza y solidez.

Quien no quiera aceptar esta explicación nuestra podrá suponer que Diocleciano tuvo que nombrar a Maximiano porque no podía prescindir de su sumisión y de sus dotes de caudillo, mientras que puso de lado a su hijo Majencio porque Galerio se hallaba enemistado desde siempre con él.[23] Pero pensemos un momento si tal manera de obrar se compagina con todo su carácter y con todo el tamaño de sus dotes de gobernante, que nadie podrá negar a Diocleciano. Hay una seriedad profunda en todos sus ordenamientos, hasta en ese rebajamiento de la dignidad imperial a una función por tiempo determinado. Si otros iban a tomarla como asunto de disfrute, no era culpa suya; la consideraba como un cargo terrible y lleno de responsabilidad, del que, para dicha de ellos y del Imperio, había que eliminar a los niños y a los viejos. Pero al mismo tiempo se tenía en cuenta la ambición legítima de los Césares; podían prever el día y la hora en que, de no fallecer entre tanto, habrían de subir al trono. El emperador, con los sentimientos de un hombre que conoce el día de su muerte, podía celebrar de cinco en cinco años las quinquenalias, las decenalias y las quindicenalias; se acercaban irremisiblemente las vicenalias, en que habría de despojarse de la púrpura. Pues así lo querían "las superpotentes diosas del destino", que celebra en una moneda del año de la abdicación.[24] También sa-

[22] *Panegyr.* VI (Max. et Const. M.), 12 y VII (Const. M.), 15. Malalas, I, XII, ed. Bonn, p. 310, hace presidir a Diocleciano en Antioquía las fiestas olímpicas en calidad de alitarca (presidente), atribuyéndole el haber dicho en relación a su traje de ceremonias: "Yo renuncio a mi poder, he llevado el traje de Zeus inmortal." Lo mismo se repite también a propósito de Maximiano. Probablemente hay en el fondo una tradición auténtica, sólo que deformada.

[23] *De mort. pers.* 18.

[24] Con la inscripción: FATIS. VICTRICIBVS. — Que Diocleciano no apreciaba en mucho las dotes hereditarias como calidades para reinar, se ha

bía Diocleciano que no se puede comprometer eternamente a los sucesores, pero, a lo que parece, quería dar un ejemplo. Además, el plazo de veinte años impuesto a la dignidad imperial garantizaba la exclusión de los hijos del emperador, cosa que, de ser vitalicia, no se podría lograr. Cabe preguntar si se hacía bien en señalar un término fijo para que los enemigos y los ambiciosos llevaran a cabo una rebelión victoriosa; pero también es cierto que podían prepararse, de antemano, los medios de resistencia. Durante la enfermedad de Diocleciano que precedió a su abdicación, el pueblo permaneció tres meses y medio con la incertidumbre de si vivía [25] y, sin embargo, nadie se movió en el estado bien sujeto.[26]

Es cosa curiosa que las mismas cuestiones, los mismos acontecimientos se agitaban en el país fronterizo enemigo, el reino de los Sasánidas. En tiempo de Bahram III, que no reinó más que algunos meses del año 293, observaban los autores [27] por primera vez: el rey de Persia ha nombrado al hijo o hermano destinado a sucederle, príncipe de una provincia, con el título de Schah, y el mismo Bahram fué antes Schah de Segán o Sistán mientras vivía su padre Bahram II. Después de su breve reinado, acompañado probablemente de circunstancias violentas, le sucede su hermano más joven Narsi, y éste corona como sucesor a su hijo Hormuz, para en el año 301 retirarse a la vida privada "bajo la sombra del buen Dios". Según Mirkhond

podido deducir, con cierta razón, de la *Hist. Aug.* Sept. Sever. 20, en la cual el autor, dirigiéndose directamente a él, declara como cosa sabida que ningún hombre grande ha dejado hijo digno y capaz.

[25] *De mort. pers.* 17.

[26] *Romanam gentem modestam atque tranquillam... Cod. Gregor.* XIV, IV. — Las razones y consecuencias más circunstanciadas del sistema de Diocleciano fueron explicadas con una crítica muy prudente en la obra de Hunziker "Zur Regierung und Christen-verfolgung Diocletian's", p. 250 (en *Untersuchungen zur röm. Kaisergeschichte* de Büdinger; vol. II). Probablemente el mando supremo del imperio tenía que alternarse entre el Orientey el Occidente. Los Augustos retirados, en posesión de los honores imperiales, podían servir como una especie de tribunal supremo en caso de conflictos entre sus sucesores. Sobre el grado de poder del otro Augusto y del César frente al emperador supremo cf. las investigaciones exactas en Preuss, *ob. cit.* pp. 88 *ss.*

[27] *Hamza Ispahanens.* ed Gottwaldt, p. 36 *seq.* — Mirkhond, ed. Sacy, p. 299. — Cf. Clinton, *fasti Rom.* vol. I ad a. 301 y vol. II, p. 260.

le movió a ello la idea de la muerte, "cuyo momento se halla predeterminado por decretos eternos y es irremisible". Posiblemente, los magos le habían predicho el momento de su muerte y le habían privado así de todo gusto por la vida; pero también se nos dice que Narsi quería sustraerse a las alternativas del destino real, que había experimentado de modo suficiente en sus guerras con los romanos. "El camino es largo, solía decir, y con frecuencia hay que subir y bajar." No es improbable que este ejemplo hiciera alguna mella en el ánimo de Diocleciano.

El incremento repentino del ceremonial de la corte guarda, sin duda, estrecha relación con la solemnidad que rodea a la vida de Diocleciano, condicionada por la superstición. ¿O habrá que pensar que, como ocurre con los advenedizos, no le bastara con la pompa tradicional, según opina el viejo Aurelio Victor? Pero en tal caso sería extraño que ninguno otro de los grandes emperadores de origen militar del siglo III se le anticipara en esto, pues casi todos habían llegado al trono desde las condiciones más humildes. Vemos, por ejemplo, cómo el poderoso Aureliano alterna inocentemente con sus viejos amigos, a los que equipa de tal suerte que ya no pueden llamarse pobres; pero los vestidos de seda le parecen demasiado caros; no le gusta que el oro reluzca en los adornos de los edificios y en los ropajes, y si permite que otros se aderecen con las joyas más costosas, él renuncia a ellas; a sus criados no los viste mejor que antes de ser emperador; no se encuentra a gusto en los magníficos palacios del Palatino, cuyas paredes de mármol tantas veces se mancharon con sangre de emperadores; prefiere (como en otro tiempo Vespasiano) los jardines de Salustio, en cuyas larguísimas avenidas se le ve a diario haciendo ejercicio y desbravando caballos.[28] Ahora cambió todo esto. Diocleciano tenía viejos amigos, pero la confianza había desaparecido, acaso por ambos lados; temía, y no sin razón, que su intimidad con terceras personas podría perturbar su artificial armonía con los colegas. En lugar de la simple púrpura con que se

[28] *Hist. Aug.* Aurelian. 45-50, pero las noticias en Aur. Vict. *Epit.* y en Malalas sobre la diadema no autorizan conclusiones generales.

habían contentado casi todos los emperadores anteriores (excepción hecha de los dementes) viste (desde 293) ropajes de seda recamados de oro y salpica sus sandalias de piedras preciosas y perlas; ciñe la cabeza con la diadema, una cinta blanca cubierta de perlas. Este era el uniforme oficial en que se presentaba en las ocasiones solemnes; en sus rápidos viajes y en sus campañas militares, él y su colega Maximiano debieron de presentarse de otra manera, y más los Césares, que andaban siempre de un sitio para otro,[29] sobre todo Constancio, el más sencillo de todos. Pero en Nicomedia Diocleciano gustaba de lo solemne. El acceso a su sagrada persona se hizo cada día más difícil, a causa del creciente ceremonial. En las salas y vestíbulos del palacio había colocados oficiales, cortesanos y guardias; en el interior mandaban eunucos influyentes; quien, por el asunto o por el rango, podía llegar hasta el emperador, tenía que prosternarse, a la manera oriental. Con ocasión del encuentro de Diocleciano y Maximiano en Milán (291) el panegirista Mamertino[30] describe la solemne corte como una "adoración escondida en lo más íntimo del santuario, que había de asombrar únicamente los ánimos de aquellos a los que su rango les permitiera llegar hasta vos" Y no quedaban las cosas en formalismos mudos, pues también se pronunció la palabra escabrosa; el emperador no se nombraba ya según los títulos, tan inocuos entonces, de la Roma republicana, el cónsul, el poder tribunicio, etc.; se llamaba *dominus,* el señor.[31] El sentimiento romano se había resistido pertinazmente al título de *rex* porque le evocaba recuerdos muy desagradables; por el contrario, los griegos, que no habían perdido la costumbre del título de rey en Esparta y en los países vecinos semibárbaros, y que lo habían utilizado durante siglos bajo el dominio de los sucesores de Alejandro, no tuvieron empa-

[29] "Como servidores siempre de viaje", Ammian. XIV, 11. § 10.

[30] *Panegyr.* III, 11. — Constantino entusiasmó más tarde a los obispos al dejarlos pasar "hasta los aposentos más íntimos". Euseb. *V. C.* III, 1.

[31] En el tratamiento acostumbrado al emperador este título había sido utilizado ya desde hacía mucho tiempo, y también de vez en cuando en inscripciones, por ejemplo, en Valeriano y Galieno; cf. Millin, *Voyage dans les dép. du Midi,* III, p. 6. También luego en Aureliano.

cho en llamar desde un principio a los emperadores romanos Βασιλεῖσ, reyes, pues el mantenimiento de la ficción republicana hubiera carecido de sentido en ellos.[32] Ahora se sobrepasó este título y se introdujo uno nuevo que expresaba la relación de señorío completo y de servidumbre. Pronto, no podría extrañar un verdadero endiosamiento; hacía tiempo que el senado había ejercido derechos de canonización con los emperadores fallecidos y, de hecho, se les habían rendido esos honores en vida mediante sacrificios y juramentos ante sus estatuas, aunque se empleara en esas ocasiones la tan vaga expresión, por eso mismo intraducible, de *numen imperatoris*. (Maximiano, siguiendo el ejemplo de Cómodo y otros predecesores de la misma calaña, tuvo, por lo demás, la debilidad de acuñar monedas con la piel de león de su héroe patronímico.)

Un hombre de la significación y de las experiencias de Diocleciano no toma sobre sí el peso de una representación tan onerosa sin que tenga para ello motivos suficientes; además, sabemos que se lamentaba a menudo de los inconvenientes de este hermetismo.[33] Sabía muy bien la gran ventaja que supone el contacto personal con los súbditos, desde los altos funcionarios hasta el último solicitante. "Cuatro o cinco de ellos se juntan para engañar al emperador; le presentan una resolución; él, encerrado en su casa, no conoce la verdadera situación de las cosas; tiene que saber, únicamente, lo que aquéllos le dicen; nombra funcionarios que mejor hubiera sido no emplearlos, y destituye a los que debieran haber ocupado su lugar, y, de este modo, hasta el mejor emperador y el más precavido resulta vendido."

Podemos presentar una razón que, a pesar de esta visión tan clara, pudo haberle movido a tomar las medidas que hemos señalado. Es posible que desde las guerras de Aureliano y Probo la corte y, sobre todo, el estado mayor se llenara de un gran número de oficiales bárbaros que, dada su abigarrada mezcla y su educación no

[32] Cf. el mito fabricado de Basileia y Tyrannis en el primer discurso de Dion Crisóstomo, probablemente dirigido a Trajano.

[33] *Hist. Aug.* Aurelian. 43.

romana, desafinara un poco con el tono de la corte imperial, que más bien había sido de confianza y hasta de camaradería. Además,[34] hasta que se producen las grandes persecuciones, encontramos en las diversas cortes muchos cristianos a los que, gracias al ceremonial, se les evitan tantas discusiones desagradables. Es cierto que Diocleciano gustaba del tono patético, hasta en los edictos, pero en cuán poco grado le inspiró una frívola vanidad y la afición a la pompa se ve por el hecho de que fué demorando hasta los finales de su gobierno (303) el único triunfo después de toda una serie tan formidable de victorias, celebrándolo entonces con poco boato.[35]

De todos modos, Diocleciano había roto abiertamente, en más de un aspecto, con la tradición romana. A esto se añade que, al comienzo de su dominio, no mantuvo ninguna relación con la ciudad misma de Roma. Los emperadores del siglo III habían tenido su residencia normal en el Palatino de Roma, menos, sin duda, por razones de piedad, por los recuerdos sagrados y los santuarios de la urbe, que por razón de su situación central, de su magnificencia y de las ocasiones de recreo que ofrecía, cosas que hacían de ella la mejor ciudad residencial, y, además, porque, junto con sus viejas pretensiones, poseía todavía un resto de poder efectivo. En ella, en efecto, tenía su sede el senado, quien no hacía mucho tiempo había destituído, elegido o reconocido emperadores. Sólo un Heliogábalo se atrevió a expulsarlo de la ciudad, pero nadie antes ni después de él; otros emperadores lo trataron en forma desconsiderada y procuraron desmoralizarlo. Pero los más sagaces trataron de entenderse con él. Junto a esta razón, la preocupación por la plebe levantisca y por el resto de las cohortes pretorianas ocupa un lugar secundario, por lo menos en el ánimo de un emperador resuelto; para un príncipe débil, había en Roma tanto peligro como fuera de ella.

Pero si había que distribuir el poder imperial por consideración a la defensa de las fronteras, era imposible que Roma fuera la residencia de los dos o de los cuatro corregentes. Tenía más impor-

[34] Euseb. *Hist. eccles.* VIII, 1.
[35] A estos juegos fueron llevados sólo 13 elefantes y 250 caballos.

tancia la conservación de las fronteras que la amistad del senado y esta última siempre se habría podido asegurar un príncipe de verdaderos sentimientos romanos. A Maximiano se le fijó como residencia Milán, que, con las reiteradas incursiones de los alamanes que tienen lugar después de la muerte de Probo, bien se podía considerar como puesto fronterizo; y además, había sido elegida para el aseguramiento de las Galias, con todo el acierto que lo permitía el tratarse de un punto al sur de los Alpes, pues, desde Milán, había que vigilar a un tiempo a Italia y estar presto a intervenir en Africa. Al César Constancio, que anda de guerra, lo encontramos casi siempre en Tréveris, más tarde también en York. Diocleciano sentó sus reales en Nicomedia de Bitinia, en el centro de un profundo golfo del Mar de Mármara; desde ahí podía vigilar los movimientos de los godos y otros pueblos del Ponto, es decir, dominar la amenazada zona del bajo Danubio, y no estaba tampoco demasiado lejos de los campos del alto Eufrates, donde se solían decidir las guerras con los persas. Por lo demás, en los primeros años no fué posible ninguna residencia fija; los dos Augustos se apresuran de un campo de batalla a otro y también, después, los Césares. El afán constructivo, un poco atormentado, de Diocleciano, no produjo, sin embargo, mucho daño, pues convirtió el campo militar de Nicomedia en un palacio enorme que, como ocurrió después con el de Salona, adoptó acaso la forma de un campamento. Había en él basílicas, un circo, una casa de moneda, un arsenal, habitaciones particulares para su esposa y sus hijas.[35a] Es natural que esta ciudad creciera como suelen crecer las ciudades residenciales. A principios del siglo IV Nicomedia tenía el aspecto de un barrio *(regio)* de Roma.[36] En Milán, Maximiano edificó acaso la mayor parte de lo que celebra el poeta del siglo IV.[37]

[35a] Esta enumeración, *De mort. pers.* 7, se refiere sin duda al palacio de Nicomedia.

[36] Ammian. Marc. XXII, 9.

[37] Auson. *ordo nobil. urb.* — Las dieciséis columnas delante de San Lorenzo y el plano básico, incluídas algunas partes de la iglesia misma, son probablemente restos del palacio de Maximiano y hasta de las Termas.

Aunque Roma no sufriera ninguna pérdida exterior, sintió sin duda algún resquemor. La fuente adversa ya citada nos informa: "El voraz Maximiano saqueó a ricos senadores, que fueron acusados falsamente de aspirar a la máxima dignidad, y así se fueron apagando las luces del senado y fueron cerrados sus ojos." [38] Cualquier intento de hacer justicia a una de las partes está abocado al fracaso. En las obras de Zósimo, el único que al describir y juzgar el carácter y el gobierno de Diocleciano trata de acercarse lo más posible a la verdad, hay en este punto una laguna de veinte años. Quizá les pareciera a algunos cristianos celosos que la última gran persecución había sido descrita demasiado a favor del perseguidor, y les fué más fácil mutilar la obra que refutarla; lo mismo que hicieron por entonces los paganos, quienes mutilaron la obra de Cicerón *De la naturaleza de los dioses,*[39] para que los cristianos no encontraran argumentos en su polémica contra el politeísmo.

Sin duda existe una tensión entre el senado y el emperador, pues Diocleciano se había proclamado sin contar con aquél y lo mismo hizo al nombrar los corregentes. El senado no tuvo más que reconocerlo todo y traspasar, por puro formalismo, la dignidad consular, con la cual tuvo Diocleciano, más tarde, tan pocos miramientos que se ausentó de Roma unos días antes de su inauguración solemne.[40] En el encuentro ya citado de Milán (291) se hallaba también una diputación senatorial, probablemente para testimoniar la sumisión del senado. El panegirista Mamertino proclama en presencia de Maximiano: [41] "El senado ha otorgado a la ciudad de Milán un reflejo de su alteza, para que el lugar en que se han dado cita los dos emperadores tenga el aspecto de ser la sede del Imperio." Alusión, seguramente, muy poco amable y que no sabemos cómo fué acogida; pero cuando menos podemos presumir que por esos años la relación del emperador con el senado no fué de franca hostilidad. Es un mis-

[38] *De mort. pers.* 8.

[39] Arnob. *adv. gentes.* I, III. — Desgraciadamente faltan también Amiano Marcelino y otros muchos más.

[40] *De mort. pers.* 17. En el año 303, cf. abajo.

[41] *Panegyr.* III. Geneth. Max. c. 12.

terio saber cuándo y cómo empeoraron las relaciones. Maximiano era, por temperamento, cruel y artero, y tampoco Diocleciano evitaría siempre un crimen provechoso; no le gustaban demasiado los romanos, con su manera de hablar, si no desvergonzada, por lo menos bastante libre; [42] tampoco las aclamaciones preparadas, insistentemente repetidas, con las que los senadores al recibirlo y el pueblo en el circo le hacían llegar, a la vez, sus deseos y su pleitesía, podían ser del agrado del nuevo señor; pero los jefes del senado no las hacían, cuando era llegado el momento, sin razón plausible, a no ser que ese autor nos haya convertido, según su manera, una pequeñez en un desafuero.

Pero frente a los habitantes [43] de Roma (para no emplear el nombre, ya desvirtuado, de "pueblo romano"), Diocleciano y sus corregentes se mostraron, más tarde, deliberadamente lisonjeros; como si no hubiera en Roma centros bastantes de recreo, construyeron en el Viminal las más grandes termas romanas (299). Entre unas diez termas de emperadores anteriores y de personas particulares, se hallaban las gigantescas de Caracalla, con cuyas bóvedas amplísimas ya no podía competir el arte decadente; pero, por lo menos, esta vez se las ganó en tamaño, pues llegaron a abarcar más de 1,200 pasos con 3,000 cámaras, y el asombroso cuerpo central con sus columnas de granito de 15 pies de contorno constituye ahora la parte mayor de la actual iglesia de los Cartujos, mientras el resto hay que buscarlo en los claustros, viñedos y algunas calles. En el mismo año [44] empezó a construir Maximiano unas termas en Cartago, posiblemente con igual propósito de congraciarse con los habitantes. Hasta entonces Cartago había sido el escenario principal en la aparición de los usurpadores. Entre otras construcciones llevadas a cabo por ese régimen en Roma se suelen mencionar: [45] la restauración del palacio senatorial,

[42] *De mort. pers.* 16, y especialmente Ammian. Marc. XVI, 10.

[43] Aquel *vulgus urbis Romae,* al que Carino prometió en otro tiempo los bienes del senado, como si se tratase del *populus romanus.* Cf. *Hist. Aug.* Carin. 1.

[44] Euseb. *chronicon.*

[45] *Vid.* Mommsen, ed. del cronógrafo del año 354, p. 648.

incendiado bajo Carino, del *Forum Caesaris*, de la basílica Julia y del teatro de Pompeyo; como construcciones nuevas, además de las termas, los dos pórticos que llevan los nombres de Jovia y Hercúlea, tres linfeos, un templo de Isis y otro de Serapis y un arco de triunfo. Acaso la gran cantidad de magníficos edificios con que Diocleciano regaló a los maldicientes y peligrosos antioqueños [46] no tuvieron otra finalidad que distraerlos de los pensamientos políticos. Se mencionan un templo de Zeus olímpico, de Hécate, de Némesis y de Apolo, un palacio en la ciudad y otro en Dafne, varias termas, comedores, un estadio, etc., en su mayoría construcciones nuevas.

En Roma no se interrumpieron nunca las distribuciones públicas [47] ni los espectáculos; sólo después del año 305 se atrevió Galerio a perder toda consideración por la vieja señora del mundo. Pero ya Diocleciano había pasado por alto otro aspecto de Roma, ya indicado por nosotros. Detrás de sus termas, rodeado en tres partes por las murallas urbanas de Aureliano, existe un gran majuelo, que más tarde perteneció a los jesuítas, que presenta en sus muros cámaras abovedadas medio derruidas. Se trata de los viejos cuarteles pretorianos, cuyos moradores tantas veces habían llevado la púrpura imperial en la punta de sus espadas. A menudo se había tratado de disolverlos, de sustituirlos, pero parece que fué en el curso del siglo III cuando se restableció la antigua condición, es decir, que se agrupó en los alrededores de Roma y en otras regiones italas cercanas a unos pocos miles que apenas si podemos considerar ya como guardia imperial y sí como guarnición de la capital. Diocleciano disminuyó su número considerablemente,[48] no sólo por temor a los inquietos y exigentes italos sino también por razones de economía y porque las circunstancias habían ido creando un nuevo cuerpo en su lugar. Una serie magnífica de emperadores ilirios, a partir de

[46] Malalas I, XII. ed. Bonn; p. 306.
[47] Aur. Vict. *Caess.*
[48] Aur. Vict. *Caess.* — Véase también *De mort. pers.* 26, donde esta medida se atribuye falsamente a Galerio. — Actualmente este lugar se ha transformado otra vez en un *Campo militare*.

Decio, había salvado al Imperio;[49] nada tiene de extraño que en el curso de treinta años de guerra se formara en torno a ellos una hueste fidelísima de coterráneos, más próximos a ellos en todos los aspectos que aquellos latinos y sabinos y que, por otra parte, se recomendaban por el uso de un arma nacional. Constituyen las dos legiones, de seis mil hombres cada una, que en recompensa fueron designadas con los nombres de Jovia y Herculia, apelativos de los emperadores;[50] antes se habían llamado los *marquiabarbuli*, en razón del arma de plomo que llevaban cada cinco de ellos (¿cinco parejas?) sujeta a los escudos y que disparaban con la celeridad y la potencia de una flecha. Gozaron de la preferencia oficial frente a las demás legiones, sin que esto quiera decir que su guarnición permanente estuviera en los alrededores del emperador. Si antes los pretorianos provocaban casi siempre el temor y el odio del pueblo romano, en esta ocasión se consideró su disolución como un ataque a la majestad de la capital; se fundieron antipatías comunes, y los pocos pretorianos que quedaron de guarnición en Roma tomaron parte con el senado y con el pueblo en la rebelión contra Galerio.[51]

Bien podían los romanos lamentar y aborrecer este nuevo sesgo de las cosas pero, en el fondo, no se cometió con ellos ninguna injusticia. Alguna vez tenía que cesar la gran ilusión de que el emperador siguiera funcionando como el representante de la vida y del pueblo romano o itálico, en cuyo nombre había de dominar sobre la tierra.

[49] *Panegyr.* II (Mamert. ad. Max. Herc.), 2. *Italia gentium domina gloriae vetustate, sed Pannonia virtute.* — Por otro lado también la envidia había hecho circular un apodo sobre los ilirios; este apodo era *sabaiarius*, que quiere decir tanto como "mocoso". Ammian. Marc. XXVI, 8.

[50] Vegetius *de re milit.* I, 17. — Si su arma se componía de proyectiles de plomo, ligados cada dos por tiras de cuero, se explican entonces los homicidios con proyectiles de plomo, que son mencionados por Zosim. V, 2.

[51] Además, Diocleciano disminuyó el número de "las gentes armadas del pueblo", *in armis vulgi*, según Aur. Vict. *Caess.* — Más fácil parece referirse esto a la guardia cívica que, según Zosim. I, 37, fué instituída por el senado durante la llamada invasión de los escitas, en tiempos de Galieno, y cuya existencia podía haberse utilizado muy bien para la construcción de las murallas de la ciudad, en tiempos de Aureliano. — Otros aplican este decreto, de un modo algo forzado, a las *cohortes urbanae*, o leen: *inermis vulgi*.

Si Diocleciano no hubiera sellado visiblemente la muerte de este prejuicio, cambiando de residencia, organizando la corte a la oriental, encarándose con el senado y disminuyendo la guardia de pretorianos, poco después el cristianismo hubiera tenido que realizar a su manera la misma faena, pues se había creado un nuevo centro de gravedad del poder.

Ya relataremos las circunstancias terribles y violentas en medio de las cuales se fueron imponiendo las reformas de Diocleciano, mientras él y sus corregentes defendían el Imperio en todas las fronteras y lo rescataban de manos de los usurpadores, cosas que no habrá que olvidar al enjuiciarlos. Por lo que se refiere al tono más estirado y al nuevo ceremonial de la corte, hubo sin duda bastante gente que lo aceptó con gusto. En una época de transición, como era ésta, el emperador siente todavía la necesidad de ser exaltado públicamente, ha menester de una especie de reconocimiento del que el despotismo militar desarrollado puede prescindir y hasta despreciar y evitar a toda costa. Se acababa apenas de salir del viejo mundo y de su atmósfera, lo público; toda la educación era todavía retórica, y los discursos de circunstancias tenían una importancia en la vida entera del hombre antiguo como no podemos figurarnos. A esto se añadían los panegíricos que, con ocasión de las fiestas anuales u otras ocasiones solemnes, eran recitados por el retórico de la ciudad o de la localidad en presencia del emperador o de un alto funcionario. Se ha conservado el conocido panegírico del joven Plinio en honor de Trajano; después de una gran laguna tenemos todo un haz de panegíricos dirigidos a los corregentes de Diocleciano y otros pocos dirigidos a emperadores posteriores.[52] Hay que usar con precaución estos discursos si se les quiere tomar como fuentes históricas, pero en ciertos aspectos son provechosos y literariamente no del todo despreciables. El estilo lisonjero es, probablemente, el mismo que dominaba en los panegíricos perdidos del siglo III. Con gran viveza, y casi

[52] Cito la edición de *In usum Delph.*, París 1676. La numeración varía según se incluya o no el discurso de Plinio. — La avidez de Constantino en este punto se deduce de *Panegyr. (incerti)* IX, cap. 1.

con insolencia, se coloca el retórico en la persona, ennoblecida lo más posible, del emperador presente, y le va adivinando, uno tras otro, sus pensamientos, planes y sentimientos, que el resabiado cortesano compone artificialmente, pues en este terreno hasta la poesía idealizadora es indiscreta, y no digamos la verdad. Pero esto está compensado por un fuerte aroma de adulación directa, propia para regalar los oídos de un Maximiano, aunque difícilmente tuviera éste la cultura suficiente para comprender tan alambicados conceptos. Se utiliza, sobre todo,[53] el sobrenombre de Herculio para hacer un paralelo con la historia de Hércules, que se queda un poco corta porque la victoria de Maximiano sobre los bagaudas es algo bien diferente de la victoria del Alcida contra Gerión. El símil se encarama hasta Júpiter, comparación reservada, por lo general, al viejo emperador; la infancia de Júpiter estuvo rodeada del estrépito de las armas, igual que la de Maximiano, criado a orillas del Danubio. Incansablemente amontona el orador imagen tras imagen para ensalzar el espíritu del emperador, y su concordia con el viejo: el gobierno les es común como la luz del día a los dos ojos; así como han nacido en el mismo día, así también es su Imperio un imperio de gemelos como el de los reyes Heráclidas en Esparta; Roma es ahora más feliz que en tiempos de Rómulo y Remo, pues uno mató a otro, y debe llamarse ahora, al mismo tiempo, Herculia y Jovia. Así como a Maximiano se le aplica la leyenda de Hércules, a Diocleciano el mito de Zeus, hasta por lo que se refiere a la omnipresencia, que encuentra su réplica en los rápidos viajes imperiales. Pero en la cadencia bien medida de esas frases resuena una preferencia osada y hasta desvergonzada por Maximiano, quien acaso oiría tales cosas sin pestañear. "Al hacerte cargo de la corregencia, has dado más a Diocleciano que recibido de él... Tú imitas a Escipión el Africano y Diocleciano a ti." Estas y parecidas cosas se atrevía a proclamar Mamertino en el palacio de Tréveris, ante toda la corte. Es cierto que la lluvia de flores alcanza a los dos. "Así como el Rin puede secarse

[53] *Panegyr.* II (Mamertin. ad Max.) y III (Genethliacus), de los años 289 y 291 y, además, los dos de 292.

muy bien después de las conquistas de Maximiano, al otro lado, tampoco el Eufrates necesita bañar a Siria desde Que Diocleciano lo cruzó. . . Demoráis los triunfos porque esperáis nuevas victorias; os apresuráis a cosas siempre mayores." Hasta los hechos menores son exaltados artificiosamente. Con ocasión del encuentro del año 291, cuando Diocleciano se apresura a llegar a Milán desde el Oriente y Maximiano atraviesa los Alpes en medio del invierno, exclama Mamertino: "Quien no viajó con vosotros podía creer que el sol y la luna os habían prestado su carro de día y de noche. Vuestra propia majestad os protegió contra la rigurosa helada; todo se congelaba en torno pero a vosotros os seguían los aires primaverales y la luz del sol. ¿Dónde queda Aníbal con su viaje de los Alpes?" Así se explica también que,, desde que rigen estos emperadores, hasta la misma tierra se ha hecho más fértil. En un tono parecido, sólo que más bucólico, unos años antes el poeta Calpurnio Sículo (en la octava o cuarta égloga) había cantado al César Numeriano, en cuya presencia la selva se calla reverentemente, los corderos se hacen valientes, abundan la lana y la leche, son más ricas las cosechas y más frondosos los árboles, porque tras su figura mortal se esconde un dios, acaso el mismo Júpiter supremo. De una manera más fina procede el orador Eumenio con el culto César Constancio Cloro [54] cuando, por ejemplo, promete conducir a la juventud de las Galias ante el gran mapa que se halla pintado en la basílica de Autun (entre el templo de Apolo y el Capitolio con el santuario de Minerva): "Haznos ver cómo la ponderación de Diocleciano apacigua la salvaje sublevación de los egipcios, cómo Maximiano destroza a los mauritanos, cómo bajo tu diestra, ¡oh Constancio! Batavia y Britania asoman su preocupado rostro desde los bosques o cómo tú, César Galerio, derribas y pisoteas carros y cocheros persas. Porque ahora proporciona alegría contemplar la tierra pintada, pues ya nada hay en ella que no sea nuestro." Junto a esta hiperbólica descripción de la renovada edad de oro podemos seguir el simbolismo juguetón del orador a propósito del número cuatro de los regentes. Se le aparece

[54] *Paneg.* IV y V *(pro scholis* y *ad Constantium),* de los años 295 y 297.

como base y fundamento del orden cósmico en los cuatro elementos, en las cuatro estaciones, hasta en los cuatro continentes;[55] no por casualidad tenemos cada cuatro años un lustro; en el cielo, un tiro de cuatro caballos con el carro del sol, y a los dos grandes astros, el sol y la luna, se les da por compañía la estrella matutina y la vespertina. No habría de extrañarnos que en algún lugar de la vieja Galia se desenterrara algún mosaico que tuviera por asunto esta magnífica composición. Las artes plásticas y la retórica tendrían que recurrir, a menudo, a los mismos argumentos para temas de este género. Eumenio no sólo se distingue de los demás panegiristas por su tacto y su talento; se trata, también, de un patriota honorable, que no adula por provecho propio. Aquí, como en otros mil casos, el juicio histórico tratará de separar cuidadosamente lo que la época y el ambiente imponen a cada uno y lo que cada cual hace por propia iniciativa.

No sabemos si en la corte de Diocleciano el lenguaje no era todavía algo más servil y hasta mezclado con frases de adoración. En todo caso, el ceremonial, por lo que se refiere a la persona imperial, debió de ser todavía un poco inocente y no muy alambicado: de seguro que no se le puede comparar con la corte bizantina, en la que en el siglo X, el emperador Constantino Porfirogeneta actúa en persona de maestro de ceremonias de la corte para conducir con un hilo sistemático a los contemporáneos y a la posteridad a través de aquel laberinto de prácticas sagradas, cuyo carácter servil se va imponiendo poco a poco a los autócratas sacrosantos y divinos desde que se entrelazan y se exaltan recíprocamente el ceremonial eclesiástico y el cortesano.

Si, del trono para abajo, el régimen de títulos y de rangos se fué apoderando poco a poco de la sociedad romana, no hay que achacarlo, sin más, a Diocleciano. El proceso natural de anquilosamiento de la vida antigua tenía que adoptar inevitablemente esta

[55] *Orbis quadrifariam duplici discretus Oceano, Paneg.* V, 4. Palabras cuya explicación queda a cargo de los expertos de los conceptos geográficos de antaño.

forma. Hacía largo tiempo que el gobierno venía siendo casi por completo un gobierno de soldados; ahora bien, un régimen semejante conformará siempre todo el aparato estatal a su imagen y semejanza, es decir, con un orden riguroso y visible de grados y dignidades, porque su alma es la subordinación. Muchas disposiciones externas de este tipo que se suelen atribuir a Diocleciano, posiblemente se presentaron ya antes, pero la transformación definitiva de la vida estatal tuvo lugar bajo Constantino.

Cierto que Diocleciano aumentó considerablemente el número de funcionarios. Pero los gastos se aumentaron más por las cuatro administraciones que por las cuatro cortes. Si escuchamos a Lactancio[56] tendríamos que hacer los siguientes cargos a su gobierno: "Cada uno de los cuatro corregentes tenía más soldados para sí que nunca tuvieron emperadores anteriores. Los impuestos aumentaron sobremanera; el número de los que recibían sobrepasaba en tal grado a los que daban que los colonos esquilmados abandonaron los campos y la tierra labrantía se convirtió en matorral. Para llenarlo todo de espanto, se dividieron las provincias en trozos y se cargó cada comarca, cada ciudad, con enjambres de funcionarios, arrendadores de contribuciones, vicarios de los prefectos, etc., con el resultado de que muy poco hubiera de provecho común y sí mucho de condenaciones, confiscaciones, depredaciones, acompañadas de intolerables violencias." A Diocleciano se le acusa de tesaurizar sin medida.

Hagamos una pausa para escuchar a otro cristiano, no menos partidista.[57] "¡Qué palabras bastarían, exclama Eusebio, para describir la abundancia de bienes y los benditos tiempos anteriores a la persecución, cuando los emperadores vivían todavía con nosotros en paz y amistad, cuando se celebraban sus vicenalias con fiestas, espectáculos, banquetes y toda clase de regocijos, en profunda paz!" ¿Qué queda de todos aquellos lamentos?

El aumento de tropas por Diocleciano fué algo muy necesario, pues, como veremos, tuvo que rescatar la mitad del Imperio de ma-

[56] *De mort. persec.* 7.
[57] Euseb. *Hist. eccl.* VIII, 13.

nos de los usurpadores y de los bárbaros. Nadie mejor que él podía juzgar hasta qué grado había que acrecentar el poder guerrero. No poseemos ninguna información precisa sobre la intensidad del aumento; que, por comparación con los ejércitos de un Aureliano y de un Probo, representara más del cuádruplo, puede creérselo el que quiera a aquel escritor de novelas.

Viene luego esa lamentación habitual contra la tesaurización, a la que no se puede sustraer ningún príncipe. Realmente, muchos gobernantes han acumulado grandes tesoros por una falsa idea del valor único de los metales nobles, y no han tenido arranque para gastarlos debidamente en el momento oportuno. El despotismo oriental padece generalmente de este mal y los súbditos imitan al déspota y entierran cada doblón. Pero difícilmente se puede hablar de algo semejante en el caso de Diocleciano; los gastos que importaba la recuperación y restauración del Imperio tambaleante eran demasiado cuantiosos para que pudiera quedar todavía en las cajas un excedente considerable. Las fortificaciones fronterizas por sí solas, aquellos castillos que desde los Países Bajos llegaban hasta el Mar Rojo, junto con sus guarniciones, impidieron el atesoramiento hasta en la última época, más tranquila, de su gobierno.

Sin duda que el Imperio tuvo que extremar los recursos, pero cuando nos encontramos con fines tan grandes, logrados casi siempre felizmente, no hay que tomar demasiado en serio las acusaciones contra Diocleciano como si se tratara de un azote de la humanidad sin otro pensamiento que devorar por sí solo el oro y la plata. Cierto que sus numerosas construcciones pueden despertar la sospecha del derroche, pero la mayoría, según parece, tenían el propósito de halagar a ciertas ciudades, con lo que se ahorraba más de una guarnición. Comparadas con las edificaciones de Constantino, apenas si entran en consideración. El palacio de Espalato era un gran edificio cuadrado, pero sus diversas construcciones no sobresalían ni por su altura ni por su tamaño ni admitían comparación con las termas gigantescas de Roma. Es posible que al reconstruir Nicomedia procediera violentamente, como solían hacer los diadocos al edificar

ciudades y como se hizo más tarde cuando se volvió a fundar Bizancio, pero que por todas partes —*ubicunque*— donde Diocleciano veía una bella finca, un palacio elegante, se le incoara al propietario un proceso de pena capital, puede creerlo quienquiera. Bastante lamentable es ya que, por la necesidad de hacerse con dinero, se cayera sobre algunos pudientes, pero esto era, sin duda, la obra de funcionarios desaprensivos, que ya mucho antes de Diocleciano infestaban el Imperio.[58]

La nueva división del Imperio en ciento once provincias y doce diócesis, no fué introducida, como es obvio, por un gobierno como éste, sin que hubiera razones serias, y tampoco se aumentaría el número de funcionarios sin necesidad. El mismo Diocleciano era el funcionario más celoso del Imperio; fuera de sus campañas, lo encontramos a menudo en viajes incesantes, gobernando siempre y resolviendo, de tal suerte que, por ejemplo, su itinerario de los años 293 y 294 lo tenemos señalado semana por semana y hasta día por día en las fechas de los rescriptos; en las copilaciones de derecho encontramos más de mil doscientos rescriptos (de derecho privado) que proceden de él.[59] Si buscamos un motivo plausible de esa nueva división del Imperio en pequeñas provincias y del incremento de funcionarios, habremos de encontrarlo en el hecho de que no le bastaban al emperador los órganos de que disponía y que consideraba necesaria una inspección más alerta y una ejecución puntual de sus órdenes. Claro que tenía que trabajar con el material que encontró, y que tal material no era inmejorable lo sabría él de sobra. En todo caso, las últimas diferencias provinciales desaparecieron en favor de una administración homogénea. Lo comenzado por Diocleciano fué llevado a término por Constantino.

[58] *De mort persec.* 7: *Hoc enim usitatum et fere licitum consuetudine malorum.*

[59] Cf. sobre todo esto Preuss, *ob. cit.*, pp. 43, 47, 68, 85, 288 *ss.* Y en parte en el trabajo de Mommsen sobre el orden cronológico de los decretos de Diocleciano contenidos en las recopilaciones (Memoria de la Academia de Berlín, 1869). El registro exacto de las nuevas diócesis y provincias, con el escalafón de los funcionarios, se encuentra en la obra de Preuss, pp. 91 *ss.*

Todos están de acuerdo en que el sistema financiero romano era, en su conjunto, malo y opresivo, y no tenemos motivo alguno para suponer a Diocleciano una visión hacendística superior, virtud de que tampoco gozaron los emperadores más capaces; además, la situación actual de los grandes estados europeos nos enseña en qué medida hasta un conocimiento profundo de estas materias significa efectivamente una eliminación real de todos los abusos. Pero lo que en el caso de Diocleciano sirve de reproche especial por parte de uno de los autores de juicio más ponderado, el viejo Aurelio Victor, fácilmente podría revertir en su favor. En un pasaje, por desgracia poco claro y estropeado,[60] se lamenta de que una parte de Italia fué sometida a ciertos impuestos y cargas (pensiones) generales que, en las proporciones moderadas de entonces, no pesaron mucho, pero que en el curso del siglo IV fueron la perdición del país. Cualquiera que haya sido el género de estos impuestos, de todos modos era justo que Italia ayudara también a pagarlos una vez que ya no era capaz de salvar y mandar el Imperio. Para juzgar del sistema hacendístico romano en general nos remitimos a las investigaciones pertinentes de Hegewisch, Naudet, Dureau, Mommsen y otros; únicamente rozaremos un punto especial.

En diversos anales encontramos, para el año 302, esta noticia: "Entonces mandaron los emperadores que hubiera baratura", es decir, que Diocleciano fijó precios topes a las subsistencias. Según la opinión corriente ahora, ninguna medida más funesta que la de los precios topes, para cuyo sostenimiento es necesario el funcionamiento ininterrumpido de la guillotina, como lo muestra el instructivo ejemplo de la Convención nacional. Esta medida, o bien presupone la necesidad más extrema y desesperada, o un desconocimiento total de los verdaderos conceptos del valor y del precio. Por eso las consecuencias fueron las inevitables: [61] hubo ocultación de mercan-

[60] Aur. Vict. *Caess.* 39, § 31. Se trataba del impuesto sobre la renta, cf. Preuss, p. 110 y notas.

[61] *De mort. persc.* 7.

cías, que encarecieron a pesar de la prohibición, y la pena capital castigó a innumerables vendedores, hasta que se derogó la ley.

Tenemos un registro exacto de esta medida en la famosa inscripción de Stratonicea,[62] que reproduce todo el edicto con varios cientos de fijaciones de precios (en parte ilegibles y difícilmente aclarables). Los emperadores se expresan así en el preámbulo: "Los precios de las cosas que se compran en el mercado o que se traen cada día a las ciudades han sobrepasado todos los límites, de tal suerte que el afán desatado de ganancia no se atempera ni por las cosechas abundantes ni por el excedente de mercancías... El latrocinio merodea por todas partes a donde se trasladan nuestros ejércitos por exigencias del bien público, y no sólo en las aldeas y ciudades sino en todas las calzadas, de modo que los precios de las subsistencias no sólo se han cuadruplicado y hasta octuplicado sino que sobrepasan toda medida. Ha ocurrido a menudo que, con la compra de unas cuantas mercancías, se ha arrebatado a los militares su soldada y nuestros donativos... Esta voracidad tiene que encontrar un tope en nuestra ley." (Para ello se amenaza a los contraventores con los castigos más severos.)

Los motivos resultan tan misteriosos como la medida misma. Lo primero que uno piensa es que, en el Oriente, una cofradía de especuladores elevó rápidamente el precio de los artículos de primera necesidad, en forma tal que todos padecían por ello, pero los sufrimientos del ejército amenazaban con los mayores peligros. El Imperio, cuyos ingresos consistían en su mayor parte en especies, acaso no podría abastecer oportunamente a cada guarnición. Y como la

[62] Completo en los apéndices de *Antiq. Rom. monum. legalia*, de Haubold-Spangenberg. — Comentarios en Dureau de la Malle, *Economie politique des Romains*, vol. I., y, después, en el ensayo de Th. Mommsen: El edicto de Diocleciano *de pretiis rerum venalium* del año 301, prescindiendo de suplementos posteriores debidos a fragmentos nuevamente descubiertos; cf. Preuss *ob. cit.*, p. 115 y Vogel, *Der Kaiser Diocletian*, pp. 78 *ss.* — El edicto dictado en nombre de los cuatro gobernantes, estaba destinado al Oriente y probablemente fué publicado solamente allí (entre septiembre de 301 y marzo de 302).

medida de emergencia fué adoptada, acaso, con prisas y de mal humor, se extendió la protección a todas las clases de la sociedad y a toda clase de valores, pensando sobre todo en las masas urbanas.

La tabla de precios es un documento de primera categoría porque ofrece la relación entre los valores de las cosas y de los trabajos, fijándola oficialmente para aquella temporada. Pero resulta difícil convertir cada valor a nuestra unidad monetaria. Todavía no se han puesto de acuerdo los autores acerca de la unidad que en el edicto es señalada con un asterisco; de suerte que unos fijan el denario de plata *(9 sous)* y otros, por el contrario,[63] el denario de cobre (medio *sou)*; en el primer caso tendríamos unos precios enormes y en el segundo precios que no se apartan mucho de los nuestros y que parecen los más probables si se tiene también una idea justa de las medidas y pesos aludidos. Si se tratara efectivamente del denario de cobre, los resultados principales serían los siguientes: los jornales parecen un poco inferiores a la media válida hace unos treinta años en Francia, que era de un franco veinticinco céntimos; el siervo de la gleba recibía diariamente sesenta y cinco céntimos, el albañil, el carpintero, el herrero, el panadero, el cocedor de cal, un franco veinticinco, el mozo de mulas, el pastor, el aguador, el limpiador de cloacas, etc., la comida y de 50 a 65 céntimos; entre los maestros, el pedagogo recibía por cada pupilo un franco veinticinco al mes, y lo mismo el que enseñaba a leer y a escribir; el que enseñaba a calcular y a escribir de prisa, un franco noventa, el gramático de lengua griega, cinco francos, y lo mismo el de latín y el geómetra. Un par de zapatos costarían: para aldeanos y acarreadores de animales, tres francos, para los soldados, dos francos cincuenta, para los patricios, tres francos setenta y cinco, para las mujeres, un franco cincuenta, variando en cada caso, como es natural, la forma y el trabajo requerido. Los precios de la carne, calculados en libras romanas, eran de

[63] Así Dureau de la Malle. Más alta, pero todavía no bastante, es la valoración de esta unidad por Mommsen (10 céntimos) y por Waddington (6,2 cents.).

veinticuatro céntimos para la carne de vaca y carnero, treinta y cinco para la carne de cordero y de cerdo; omitimos el capítulo de legumbres, enumeradas muy circunstancialmente, y las golosinas. El vino corriente, calculando el sextario como un medio litro, se fijó a un precio más bajo que el de ahora, veinte céntimos; el vino añejo, sesenta céntimos; los vinos generosos italianos de Sabina y Falerno, setenta y cinco céntimos; la cerveza *(cervesia cami?)* a diez céntimos, y una clase inferior *(zythum)* a cinco céntimos. Hemos señalado estos precios, calculados acaso un poco por lo bajo (tomándolos de Durau de la Malle), porque bastan para poner de manifiesto el único fin que, por ahora, podemos perseguir, hacer resaltar la proporción entre los valores. Por desgracia falta por completo el precio del trigo, que sería decisivo. En el edicto los precios se fijaron sin duda por lo alto, pues con precios bajos nada se podría alcanzar, y no hay que dejarse despistar por aquella frase del anal idiatánico: "mandaron los emperadores que hubiera baratura".

De toda la administración de Diocleciano lo que más se le pueda reprochar sea acaso la introducción de estos precios fijos. Por una vez el estado absoluto se había equivocado del todo al confiar en sus medidas coactivas, pero tampoco se podrá desconocer por completo la buena intención. También se revela esta intención en el nuevo catastro impuesto por Diocleciano a todo el Imperio en el último año de su gobierno (305). Es cierto [64] que se nos dice que mandó medir la tierra y la cargó de impuestos, pero no debió de ser ésta la única consideración sino también una distribución fiscal más equitativa.

Teniéndolo todo en cuenta, acaso sea el gobierno de Diocleciano uno de los más eficaces y mejor intencionados que conoció el Imperio. Si se libera uno de los espantosos cuadros de las persecuciones a los cristianos[64a] y de las deformaciones y exageraciones de Lactancio, los rasgos del gran príncipe cobran una expresión dife-

[64] Joh. Lydus, *De magistrat.* Rom. I, 4.

[64a] De cuyas probables causas se habla en la sección octava.

rente. Acaso no se querrá reconocer como testimonio valedero el de un contemporáneo que le dedicó una obra; de todos modos, no hay que olvidar que, según el biógrafo de Marco Aurelio en la *Historia Augusta* (cap. 19), este noble príncipe fué, por sus costumbres lo mismo que por su templanza, el modelo de Diocleciano, y que ocupó en su culto doméstico un lugar de preferencia. Escuchemos a un hombre posterior. El viejo Aurelio Victor, que en modo alguno es ciego para los aspectos sombríos y que, en tratándose de Italia, hasta resulta un adversario, dice de él: "Se hizo llamar el señor, pero se comportó como un padre; el hombre prudente quiso, sin duda, mostrar que lo que decide no son los nombres malos sino los hechos malos." Y, después de describir las guerras: "También se consolidaron las instituciones de la paz mediante leyes justas... se trabajó con celo y aplicación para el abastecimiento, para Roma, para el bien de los funcionarios, fomentando la inclinación al bien con la promoción de los probos y el castigo de los abusones"... Finalmente, con ocasión de la abdicación, dice Victor: "En la contradicción de las opiniones se ha perdido el sentido para la realidad de las cosas; pero nuestra opinión es que fué menester una gran disposición [65] para descender otra vez a la vida común con desprecio de toda pompa."

Y este señor absoluto que tuvo que arrancar poco a poco el país a los usurpadores, fué lo bastante generoso para acabar con el espionaje político.[66] Probablemente, vió que su poder estaba tan asegurado mediante la división que ya no necesitaba del espionaje. Además, el oficio de espía había caído en manos de una corporación que podía resultar peligrosa hasta para el gobierno; se solía emplear a los *frumentarios*, en un principio intendentes que se adelantaban al ejército, luego utilizados como ordenanzas y, finalmente, encargados de la ejecución de órdenes escabrosas; convertidos en una capilla ce-

[65] *Excellens natura.* — La apariencia exterior, pero según una fuente muy tardía, era la siguiente: un tipo alto y delgado, cara pálida, con una nariz fuerte, ojos grises con expresión severa (Preuss, *ob. cit.* p. 128).

[66] Aurel. Vict. *Caess. ibid.* c. 39.

rrada, abusaban de las gentes distinguidas de las provincias lejanas mediante falsas acusaciones y el temor que con ellas provocaban. No conocemos mucho más de este asunto,[67] pero hay que pensar que el abuso fué espantoso; una banda de forajidos bajo alta protección, amparándose mutuamente, despertando en el alma del que mandaba toda clase de recelos para explotarlos a su favor; frente a ellos, completamente desarmadas, las familias ricas y prestigiosas de las Galias, de España o de Siria, amedrentadas y forzadas a los mayores sacrificios, para no ser denunciadas como partícipes en conjuraciones fantásticas. Más tarde, a partir de Constantino, que por lo demás odiaba a los soplones,[68] volvió la cosa, sólo que con otro nombre; de nuevo fueron los empresarios del abastecimiento imperial quienes, como *agentes in rebus*, como *veredarii*, desempeñaron aquel papel vergonzoso.

Por lo demás, el despotismo del emperador romano no se halla sobrecargado con esa vigilancia penosa de todas las pequeñeces, con esa intervención ubicua ni con ese dictar y controlar en asuntos del espíritu, cosas más propias del estado moderno. La malfamada dominación imperial, que tan poco apreciaba la vida de los individuos, que estableció impuestos tan opresores, que se cuidaba tan mal de la seguridad pública, se contentó, sin embargo, con los fines más estrictos, y abandonó a las provincias que habían sido sometidas con ríos de sangre a su vida local. Y también dejó pasar cosas donde pudo haber intervenido. Esto se ve no sólo a propósito de las diferencias locales sino también de las clases, que dejó subsistir y hasta que se formaran nuevas. Por ejemplo, se constituyó una aristocracia, exenta de impuestos, con las familias senatoriales, los maestros y médicos

[67] De la *Hist. Aug.* Hadr. 10. Commod. 4. Max. et. Balb. 10. Claud. goth. 17, se desprende que ya Adriano utilizó a los frumentarios para el espionaje y que éstos después pudieron ser utilizados como mensajeros e incluso para misiones en campo enemigo, porque lograron llegar a todas partes.— Cf. Preuss, pp. 111 *ss*.

[68] Aur. Vict. *Epit.* 41. La ley contra los delatores, del año 319, *Cod. Theodos.* x, 10. — El complemento de la ley sobre el crimen de lesa majestad del año 314; *ibid.* IX, 5.

empleados por el estado y otras categorías, a las que pronto se agregó la de los sacerdotes cristianos. No podía ser cuestión de una nueva articulación viva de la vida pública; lo más que un gobernante como Diocleciano podía esperar era la conservación del Imperio con sus fronteras y un simple alivio de los males en el interior.[69]

[69] Sobre las mejoras en el sistema monetario véase Preuss (según Mommsen), p. 112. — Para el índice de todas las construcciones conocidas de este gobierno, véase pp. 117 *ss.*

SECCION TERCERA

ALGUNAS PROVINCIAS Y PAISES VECINOS. EL OCCIDENTE

No disimulamos en la sección anterior cuánto se dificulta el juicio medio de las cuestiones más importantes de esta época del Imperio. Falta la base esencial: el conocimiento del estado de las diversas provincias. Cierto que algunas noticias desperdigadas de los emperadores, la masa de inscripciones y los restos de monumentos nos ofrecen algunos hechos seguros y preciosos, a veces de un modo directo, otras a través de inferencias, pero tanto más sensibles son las lagunas con que tropezamos. Sólo en forma digresiva podemos agrupar lo esencial acerca de aquellas provincias que, como úlceras abiertas en el cuerpo postrado del Imperio, atraen, por lo mismo, la máxima atención: en primer lugar las Galias, cuya suerte se halla en estrecha conexión con la de Britania.[1]

Los grandes tiranos de las Galias habían defendido a veces con todas sus fuerzas el Occidente contra la invasión de los germanos. Pero las violencias que acompañan a su sucesión, la guerra constante con el exterior y, por último, la guerra civil entre el partido de Tétrico y el del emperador itálico —cuyo término está representado por la campaña de Aureliano con la batalla de Chalons sur Marne— habían aumentado en forma intolerable la miseria general y la relajación de todos los vínculos políticos y morales. Ahora se reanuda la lucha contra francos y alamanes; todavía bajo Aureliano, el general

[1] Cf. entre otros, Am. Thierry, *Hist. de la Gaule sous l'administration rom.*, vol. 2. — *Hallische Welthistorie*, anejos, vol. 6.

Constancio Cloro venció a los segundos en Windisch (274),[2] el mismo día en que nació su hijo Constantino; pero las victorias no parecían tener otro efecto que el atraer nuevas huestes de estos jóvenes pueblos inagotables del otro lado del Rin. Ya no servía, como antes, el embriagar en un festín a sus emisarios para hablarles en tal estado. Tampoco producía ninguna impresión que el emperador recibiese a sus embajadores con una pompa rebuscada, en formación semicircular, montado él mismo en un alto estrado y revestido de la púrpura, rodeado de las áureas águilas de la legión, de las efigies de los emperadores y de las enseñas recamadas de oro sobre lanzas de plata.[3] En tiempos de Probo la guerra cobró proporciones enormes y, sin el talento y el valor heroico del gran emperador, las Galias se hubieran perdido definitivamente. Pero siempre se agitaba, sobre todo en Lyon y sus contornos, un partido que pugnaba por la continuación del Imperio galo según el modelo de Póstumo y Victorina. Cuando Diocleciano repartió el poder tuvo acaso en cuenta esta circunstancia. Pero antes de que llevara a cabo esta medida se habían perdido las conquistas de Probo en el sur de Alemania y la desdichada Galia se vió invadida de nuevo por las hordas germánicas; fueron vencidas por Carino, quien asentó su ejército en el lugar, pero tuvo que retirarlo de nuevo para su guerra contra el usurpador Juliano y contra Diocleciano, con lo cual se volvió a trastornar toda la situación social de las Galias.

Ahora los protagonistas son campesinos que, desde entonces, se han levantado más de una vez, bruscamente y con una fuerza terrible, en las grandes crisis de la vieja Francia. Vivían en una especie de esclavitud tradicional, aunque su estado no recibiera, por lo general, este nombre.[4] Cierto número de campesinos eran verdaderos siervos de la gleba, otros eran siervos corporales, y había también

[2] Este es el supuesto cronológico admitido hasta ahora; según Preuss, *ob. cit.* p. 65, la victoria de Vindonissa es muy posterior, alrededor de 298, y después de la batalla de Langres.

[3] *Hist. Aug.* Bonosus. c. 14. — Dexippi Fragm. 24. ap. Müller. *Fragm. hist. graec.* III.

[4] Guizot, *Hist. de la civilisation en France,* vol. I, p. 73.

colonos, es decir, modestos aparceros;[5] tampoco faltaban arrendatarios de más categoría; finalmente, encontramos toda una masa de trabajadores libres y de jornaleros. Pero todos participaban en el mismo infortunio. Los propietarios, exprimidos por los gastos enormes que reclamaba la insurrección en la esfera del gobierno, procuraban resarcirse con sus campesinos, lo mismo que hizo la aristocracia francesa después de la batalla de Poitiers, cuando se trató de la suma para el rescate de los caballeros hechos prisioneros con el rey Juan el Bueno. Los levantiscos se llamaron, una vez, la Bagauda, y otra, la Jacquerie (1358). Campesinos y pastores fueron abandonando, por enjambres, sus cabañas, para entregarse a la mendicidad. Rechazados de todas partes y perseguidos por las guarniciones de las ciudades, formaron las bagaudas, es decir, partidas o bandas. Sacrificaron el ganado y lo devoraron, se armaron con los trebejos de labranza y, cabalgando sus caballerías, recorrieron la campiña, no sólo para aplacar el hambre sino para devastarla en loca desesperación.[6] Amenazaron a las ciudades, en las que, a menudo, una plebe misérrima, ansiosa del saqueo, les abría las puertas. La desesperación general y el gusto de la aventura, característico de los galos, hizo crecer su ejército en tal forma en poco tiempo que hasta se atrevieron a proclamar emperadores a dos de los suyos, Eliano y Amando, renovando así la pretensión de un imperio galo. La corte de estos emperadores rústicos debió ofrecer un aspecto muy singular; es verdad que en el siglo III escalan el trono imperial bastantes hijos de campesinos y de esclavos pero, por lo general, se trata de gentes que se habían acostumbrado al mando en el ejército y en el estado mayor imperial. Eliano y Amando no tenían esta condición, pero acaso

[5] Sobre el presunto origen de estos colonos, en primer lugar de los germanos asentados desde Augusto, cf. Preuss, *Kaiser Diocletian*, pp. 25 *ss.* donde se describe al detalle toda la situación de la Galia.

[6] *Panegyr.* II (Mamertin. ad. Max. H.), c. 4: *cum arator peditem, cum pastor equitem, cum hostem barbarum suorum cultorum rusticus vastator imitatus est.* — Cf. también *Paneg.* IV y VIII (Eumenius pro rest. schol. y gratiar. actio) y las pocas palabras en los historiadores. ¿Fué la guerra civil de las Galias que Eutropio IX, 4, coloca en tiempos de Decio, un preludio de esta Bagauda?

poseyeron otras que compensarían la que les faltaba. La leyenda cristiana, que podemos seguir a partir del siglo VII, los hace cristianos [7] y les presta así un derecho frente a los emperadores idólatras. Podemos suponer, por lo menos, que entre los pobres y los miserables que se juntaron a los bagaudas había muchos cristianos. También había perseguidos de todas clases y hasta criminales.[8]

Parece que el sur y el oeste de las Galias no fueron tan afectados por el movimiento como el norte y el este, donde la desesperación tenía que ser mayor a causa de los bárbaros. A una hora de camino de Vincennes, el curso angosto del Marne forma, poco antes de desembocar en el Sena, una península a cuyas espaldas se levantó más tarde la abadía benedictina de St. Maur-les-fossés. Ya los viejos celtas habían preferido tales lugares para erigir sus fortalezas *(oppida)* y es cierto que en ese lugar existían sepulcros y murallas de viejos tiempos [9] cuando Eliano y Amando convirtieron la península en el "palacio de los bagaudas", nombre que se ha conservado durante siglos, aunque no podemos figurarnos que en el año que va de 285 a 286 pudieran construir lo más mínimo. Desde este punto inexpugnable, al que no era posible acceder por ningún vado, arrancaban sus incursiones por alrededores y lejanías; en él guardaban también su botín. Con el tiempo, se sintieron lo bastante fuertes no sólo para arrasar pequeñas villas indefensas sino para sitiar a las fuertes. Se

[7] Las monedas cuyos reversos paganos demostrarían lo contrario, son notoriamente monedas falsificadas a base de monedas de emperadores anteriores a los que se les ha cambiado el nombre.

[8] La leyenda del martirio de la legión tebana, que Máximo quería dirigir contra los bagaudas, fué destruída totalmente por la crítica. Cf. Rettberg, *Kirchengeschichte Deutschlands* I, p. 94, y (contra el intento de Gelpke de salvar en parte la veracidad de la leyenda): Hunziker, *Zur Regierung und Christenverfolgung Diocletian's*, pp. 265 *ss.* — Vogel, *Der Kaiser Diocletian*, p. 93, menciona con ocasión de las bagaudas a los circumceliones africanos, que surgieron treinta años más tarde como una secta cristiana y, al mismo tiempo, como un ejemplo de la transformación de la vida campesina en una vida de vagabundeo.

[9] La "vita S. Baboleni", en Bouquet, *Scriptores*, vol. III, no deja ningún lugar a duda si a este respecto se la compara con las fortificaciones celtas del Bremgarten, cerca de Berna, y de otras penínsulas. Como en todas partes, la leyenda popular designó en S. Maur a César como constructor.

hicieron dueños de la vieja Augustodunum (Autun), en la que no respetaron ni templos ni mercados ni termas; saquearon y destruyeron todo, sumiendo a sus habitantes en la miseria.

Era menester acabar con los bagaudas antes de que, en esta forma, fueran destruyendo villa tras villa y, con ello, todos los puntos de resistencia contra los bárbaros. Esta fué la misión del César Maximiano Herculio, que se ganó así el título de Augusto. Sólo sabemos que dominó en seguida la situación, ya acabando con las partidas, ya forzándolas a rendirse por hambre, en lo que le ayudó la peste. Parece muy dudoso que se produjera ningún alivio directo de la situación que había provocado la insurrección, pues las quejas contra la carga excesiva de los impuestos más bien parecen aumentar. Sin embargo, mejoró la situación de un modo indirecto cuando, durante varias décadas, se mantuvo en respeto a los germanos y cesaron las usurpaciones; pero en el siglo V, y acaso ya en el IV, causas parecidas produjeron efectos semejantes; los bagaudas levantaron de nuevo cabeza [10] y hasta podemos presumir que no habían desaparecido por completo.

Pero volvamos a los tiempos de Diocleciano. Muchas tierras de las Galias siguieron largo tiempo en barbecho; los endeudados terratenientes de Autun, por ejemplo, no se habían recuperado todavía en tiempos de Constantino [11] hasta el punto de poder hacer funcionar los viejos riegos y drenajes, de suerte que se empantanó la tierra y se cubrió de abrojos; el ganado perecía; la boscosa serranía se infestó de animales salvajes. "La llanura, hasta el Saona, fué en un tiempo alegre y rica mientras se pudo mantener en orden el sistema de riegos, pero ahora las riberas se han convertido en cauces o en pantanos; se han resecado los espléndidos viñedos de otros días y se han hecho silvestres [12] y ya no es posible plantar nuevos... Des-

[10] Salvianus, *De vero judicio et providentia Dei,* I, V. — Marii Victoris ep. ad Salmonem, en Wernsdorf, *Poëtae lat. min.* V. III. — Zosim. VI, 2.

[11] *Paneg.* VIII (Eumen. gratiar. actio), c. 6. Del año 311, mientras que *Paneg.* IV (pro rest. schol.), con su himno sobre los nuevos cultivos en los campos y la reconstrucción de las ciudades, no puede servir de testimonio.

[12] Todavía hoy, nos dicen, se encuentra en la Selva Negra, cerca de

de ese punto en que el camino nos lleva hacia la Galia belga [casi en las inmediaciones de Autun] todo es yermo, árido y desolado; hasta las calzadas son malas y están llenas de baches y se hace difícil el transporte tanto de los frutos como de los suministros oficiales." También en la Edad Media ocurrió una vez, allá por los tiempos de Juana de Arco, que la situación fué tal que se solía decir que, desde la Picardía hasta la Lorena, ningún caserío se mantenía en pie; pero lo que una nación llena de vida recupera en una veintena de años, consume mortalmente a una nación en declive.

¿Para qué sirvieron los grandes y constantes esfuerzos de Maximiano y Constancio? Con la ocupación del Rin, para la que pusieron a contribución todo su valor y todo su talento, no se tenía más que la posibilidad de sanar al país, pero estaba todavía lejos la salud misma. De todos modos, la actividad de estos dos príncipes produjo un efecto duradero, pues los germanos resintieron durante mucho tiempo los golpes recibidos. Varias veces invade Maximiano la región del Rin, lo mismo que Probo, y sujeta (287-288) a los burgundos, alamanes, hérulos y francos;[13] Constancio libra de los francos el país de los batavos (294) y derrota en la terrible batalla de Langres (298, y no 300) a los obstinados alamanes, que pierden 60,000 hombres. Es verdad que les ayudó a los romanos una crisis interna entre los germanos de la que, por desgracia, conocemos muy poco. "Los ostrogodos, se nos dice,[14] destrozan a los burgundos pero acuden en ayuda de éstos los alamanes; los visigodos luchan contra los vándalos y los gépidas. . . los burgundos se han apoderado de la tierra de los alamanes, pero a un alto precio, y los alamanes quieren recuperar lo perdido." Aquí tenemos, sin duda, la explicación de la extraña paz, interrumpida sólo de vez en cuando y por breve tiempo, entre los romanos y los alamanes bajo Constantino el Grande; el cambio histórico-universal que él habría de dirigir podría deslizarse

Pforzheim, entre los restos romanos de todas clases, viñas salvajes, *vitis labrusca*. cf. Creuzer, *Zur Geschichte der altrömischen Kultur am Oberrhein und Neckar*, p. 67.

[13] Cf. Preuss, ob. cit. pp. 37 *ss*.

[14] *Panegyr*. III (Mamert. genethl. ad Max. Herc.), 16-18.

sin grandes perturbaciones del exterior; a esto se añadiría la paz del año 297 en el lejano Oriente y la menor edad del rey Sasánida Sapor II.

Maximiano y Constancio habían llevado a cabo, entre tanto, la fortificación fronteriza del Rin. A estos "castillos con escuadrones de caballería y cohortes" en las proximidades del río, habrá que reducir la pretendida reconstrucción de las "ciudades sumidas en la noche de los bosques, visitadas por animales salvajes", aunque el panegirista a quien debemos estas palabras [15] se apoye en ellas para cantar el retorno de la edad dorada. Donde antes había ciudades, el siglo IV ve levantarse castillos, y esto con vacíos patentes.[16]

Acaso se pueda hablar de la espléndida restauración de la residencia norteña de Tréveris. De los escombros que había dejado tras sí la riada de los francos, y acaso también la de los bagaudas, se levanta un gran circo, varias basílicas, un nuevo foro, un magnífico palacio y otros edificios suntuosos.[17] La desdichada Autun encontró un apasionado padrino en Eumenio, a quien en este caso conocemos en su mejor aspecto. Había sido secretario *(magister sacrae memoriae)* de Constancio y disfrutaba (probablemente a consecuencia de servicios importantes) de una pensión de más de veintiséis mil francos suizos, además de la sinecura de la presidencia de las escuelas de Autun, donde ya su abuelo, de origen ateniense, había enseñado. Toda su ambición se cifra ahora en regalar su renta (aunque tenía familia) a estas escuelas y en ganarse, primero, la gracia de Constancio y después la de Constantino en favor de sus edificios abando-

[15] *Paneg.* IV (Eumen. pro rest. schol.), c. 18.

[16] Ammian. Marc. XVI, 3. — La inscripción de Oberwinterthur en la obra de Orelli, *Inscr. lat. sell.* N. 467. — Sobre los diversos lugares de la alta ribera derecha del Rin que también, según Probo, fueron temporalmente romanos, cf. Mone, *Urgeschichte der badischen Landes,* II, p. 286. En general, se perdió la región del sudoeste de Alemania, la llamada *agri decumates,* desde Caro hasta Juliano, y el Rin fué considerado como frontera.

[17] *Panegyr.* VII (Eumen. Constantino, del año 310), c. 22, donde todo esto es considerado como obra de Constantino. Lo habían comenzado, probablemente, Maximiano y Constancio Cloro. — Porta Nigra es considerada hoy como mucho más antigua, como una obra del siglo I después de Jesucristo.

nados y de la ciudad en ruinas. Se trata de ese viejo patriotismo local que en las descripciones de Filostrato nos reconcilia con tantos sofistas griegos y asiáticos de los siglos I y II después de Cristo. Hay que aceptar esta extraña mezcla de nobleza y adulación, tal como la produjo esa época. "Esta pensión, dice Eumenio, la recibo con veneración por lo que respecta al honor que supone, pero la regalo yo también... Pues ¿quién será tan miserable, tan sustraído a todo afán de gloria, que no quiera dejar un recuerdo y una buena memoria?" En las escuelas restauradas se aprenderá a ensalzar, como es debido, a los príncipes, y no puede hacerse un uso mejor de la elocuencia. Hasta el viejo Maximiano aparece aquí en un paralelo desproporcionado con el Hércules Masageta, que preside a las Musas; pues ha dado tanta importancia al nombramiento de un escolarca para Autun como si se tratara de un escuadrón de caballería o de una cohorte pretoriana.[18] Pero tuvo que pasar todavía mucho tiempo para que se restaurara toda la ciudad; sólo Constantino pudo ayudar de manera decisiva con una importante exención de impuestos y con subvenciones. Eumenio describe su entrada en la ciudad (311) en términos casi conmovedores: "Te hemos adornado pobremente las calles que conducen a palacio; pero, por lo menos, hemos llevado también los símbolos de todos nuestros gremios y corporaciones y las imágenes de todos nuestros dioses; varias veces habrás tropezado con unos cuantos instrumentos musicales, con los que nos adelantábamos a ti por caminos laterales. Sin duda, no te pasó inadvertida la bien intencionada vanidad de la pobreza."[19]

En la parte norte y oriental de las Galias, tan desoladas, había que continuar, bien o mal, con el sistema inaugurado en tiempos de Claudio y de Probo, colocando a los prisioneros germanos como siervos de la gleba y a veces como campesinos libres y hasta como guardas de la frontera. Los panegiristas[20] celebran cómo los mercados

[18] *Panegyr.* IV, pro rest. schol. *passim.* — Del año 295. — Para más detalles sobre Eumenio, cf. Preuss, *ob. cit.*, pp. 60 *ss.*

[19] *Panegyr.* VIII (gratiarum actio, del año 311), c. 8.

[20] *Panegyr.* V (Eumen. Constantio, del año 297) y VII (Constantio, del año 310), *passim.* Cf. *Hist. Aug.* Probus 15.

se hallan repletos de prisioneros, que esperan que se decida su suerte; cómo los chamavos, los frisios —antes ladrones de pie ligero— labran sudorosamente la tierra y concurren a los mercados con ganado y cereales; cómo se tienen que someter al reclutamiento y a la disciplina militar romana; cómo Constancio ha recogido a los francos de las regiones bárbaras más apartadas para educarlos [21] en la agricultura y el servicio militar en los yermos de las Galias; y así cuentan otras cosas por el estilo, pero, en realidad, no se trata más que de otros tantos expedientes impuestos por la necesidad y hasta peligrosos, pues el norte de las Galias ya estaba medio germanizado. Si no había transcurrido mucho tiempo, los hermanos de estos prisioneros que irrumpieran de nuevo en las Galias podían encontrar en ellos otros tantos aliados.

La fortuna, el talento y la crueldad de Constantino pudieron hacer frente a esta eventualidad cuando, en el primer año después de la muerte de su padre (306), tuvo que combatir la liga de diversas tribus francas que pertenecían a los que después se llamaron francos ripuarios (probablemente chates y ampsivarios junto con brúcteros). Habían atravesado el Rin en vida de su padre; los derrotó y cogió prisioneros a sus príncipes Ascarico y Merogaiso.[22] En el anfiteatro de Tréveris, cuyos poderosos vestigios podemos buscar por entre los viñedos, fueron arrojados a las fieras; lo mismo ocurrió con los brúcteros prisioneros, que eran demasiado inseguros para servir como soldados y demasiado díscolos para tenerlos como esclavos; las bestias feroces acabaron con la masa de sus víctimas. Todavía dos veces, en los años 313 y 319, se mencionan dos campañas contra los francos pero con muy pocas palabras, lo que revela su poca importancia.[23] Constantino se apoderó de nuevo de un trozo de la

[21] Existen pruebas de esto, por ejemplo, en los Vosgos, donde todavía en la Edad Media había una región de los chamavos y otra de los chatuarios. Cf. para toda la invasión de los bárbaros: Zeuss, *Die Deutschen und ihre Nachbarstämme*, y Wietersheim, *Geschichte der Völkerwanderung*.

[22] *Panegyr.* VI (Eumen. Constantino), c. 11, 12.

[23] Algo más detallado *Panegyr.* IX 23 y X, 17 y 18, aquí con visible exageración. En una de estas campañas, se dice que Constantino mismo, dis-

margen derecha del Rin y construyó en Colonia un gran puente de piedra que subsistió hasta mediados del siglo x, pero en un estado tan lamentable que el arzobispo Bruno, hermano de Otón el Grande, lo mandó derruir.[24] La cabeza de puente la formaban los *castra divitencia,* la actual Deutz. Unas fiestas periódicas, los juegos francos *(ludi francici),* eternizaron esta victoria. En la celebración de la victoria del año 313, los francos destinados a la muerte se precipitaron con impaciencia hacia las fieras.

Es inútil pretender completar el cuadro de la vieja Galia en los tiempos de Diocleciano y de Constantino, pues las fuentes más expresivas comienzan a correr en los tiempos de Valentiniano I. Por lo arriba expuesto podemos hacernos una idea aproximada de la suerte de la población, pero el galo resentía su miseria más vivamente que otras poblaciones del Imperio. Físicamente aventajados, duros y vigorosos, tenían en estimación su persona, amaban la limpieza y aborrecían la miseria. No eran muy sobrios, y gustaban especialmente del vino y otras bebidas embriagadoras, pero poseían todas las cualidades del soldado nato, que no conoce el miedo ni excusa ningún esfuerzo hasta muy entrado en años. Se creía que esto tenía que ver con su temperamento sanguíneo, y se les comparaba con aquellos meridionales resecos y degenerados que, si bien podían aplacar su hambre con una cebolla, ahorraban en la guerra la poca sangre que tenían.[25] Tampoco las rubias mujeres galas, de fuerte figura, tenían miedo a la pelea; eran terribles cuando levantaban sus blancos brazos y repartían puñetazos y puntapiés "como disparos de catapulta".[26] Un campesinado de este temple no se hace mucho de rogar y bastaba cierto grado de miseria para que se levantara, como ocurrió por entonces. Pero también en las ciudades reinaba la miseria y el

frazado, exploró el campo contrario y provocó al enemigo a un ataque convenciéndole con adulaciones.

[24] Fiedler, *Römische Geschichte,* 3a. ed. p. 433. — Todavía en 1766 se podían ver algunos de estos pilares en los momentos en que el nivel del Rin era bajo.

[25] Veget., *De re milit.* I, 2.

[26] Ammian. Marc. XV, 12.

hambre; en este país casi exclusivamente agrícola la propiedad más importante del habitante de las villas era la tierra cedida en arriendo o cultivada directamente por siervos, cuya desdicha compartía el propietario íntegramente. Y en este país, lo mismo que en todo el Imperio, el estado oprimía a los pudientes con el sistema de los decuriones, pues a los propietarios de más de veinticinco fanegas de tierra se les hacía solidariamente responsables de los impuestos fijos del distrito, que a menudo se elevaban arbitrariamente; situación a la que los individuos trataban de escapar a veces con medidas de desesperación y, más tarde, hasta buscando refugio entre los bárbaros. Si encontramos todavía ejemplos de mucho lujo y de gentes extraordinariamente ricas, debemos explicárnoslo, en primer lugar, por la persistencia de las llamadas familias senatoriales, miembros hereditarios del senado romano, y quienes, además del título de *clarissimi* y otros derechos honoríficos, se sustraían a la ruina de los otros ciudadanos que formaban el decurionato. Otra razón la encontramos en un rasgo extraño del viejo carácter nacional galo que, por afición a partidismos de toda clase, y también más tarde por necesidad, tendía a entrar constantemente en relaciones de clientela y ponerse bajo la protección de los poderosos. Ya César [27] tropezó, en este aspecto, con una situación muy corrompida; la masa se encontraba en servidumbre de la nobleza. Pero después de quinientos años se repite, casi en los mismos términos, idéntica queja; Salviano [28] lamenta la suerte de los propietarios modestos que, desesperados por la presión de los funcionarios y la iniquidad de los jueces, se entregan con todo y bienes a los grandes del país. "¡Ya no poseen más tierra que la calzada [29] y son los colonos de los ricos! ¡El hijo no hereda nada porque su padre tuvo necesidad de protección!" De este modo fué posible que algunas personas pudientes, los grandes arrendatarios de tierras públicas, etc., pudieran juntar latifundios enormes y, al estilo antiguo, ser muy generosos con su localidad o

[27] *Bellum gall.* VI, 13.
[28] *De vero iudicio et provid. Dei.* I. V.
[29] Si se puede traducir así *fundos viarum quaerunt.*

su provincia, por ejemplo, erigiendo magníficos edificios públicos, mientras en su torno los demás se morían o vivían de su favor. Si no nos es posible demostrar esto circunstancialmente por lo que se refiere a las Galias, el caso es que resulta la única explicación del contraste que existe entre el aspecto magnífico de las ciudades, cuando no es debido a la munificencia imperial, y la miseria innegable. Por lo que se refiere a templos, anfiteatros, teatros, arcos de triunfo, fuentes, termas, puertas dobles, las ciudades meridionales de la Galia podían competir con las ciudades italas, como lo revelan sus ruinas, que constituyen todavía hoy el ornato de esas localidades, como en otros tiempos encantaron, intactas, al poeta Ausonio. Pero aparte de los donativos, es seguro que los decuriones tendrían que contribuir a menudo a esos gastos con sus propios bienes y con los bienes municipales. Ya hablaremos luego de las instituciones de enseñanza de las Galias. Gracias a ellas, el país mantuvo su importante posición en la vida espiritual romana, de la que tan orgullosa estaba. Porque ya no se pensaba en volver a la vieja vida céltica sino, por el contrario, romanizarse lo más posible; así, por ejemplo, el pueblo trató de olvidar su vieja lengua [30] con verdadero celo, pues la colonización y la administración romana, por sí solas, no la hubieran podido desplazar a tal grado. La situación que en este aspecto ofrecía Alsacia sirve acaso para ilustrar la situación de todo el país; la lengua vernácula se usa en la vida diaria pero al tratarse de la educación superior o de algún asunto oficial se impone el latín, del que todo el mundo conoce lo suficiente, aunque sea de mala manera. También la vieja religión de los galos tuvo que vestirse a la romana, y los dioses se adaptaron al estilo romano no sólo, cuando fué hacedero, en el nombre, sino hasta en la representación plástica, si bien ofrecen un aspecto bastante provinciano y bárbaro si se los compara con las viejas ciudades del sur, de tan alto sentido artístico. Pero en un caso, por lo menos, el escultor clásico ha te-

[30] L. Dieffenbach, *Celtica*, II, 84. Todavía a principios del siglo III, algunos títulos fueron redactados en idioma celta. — Cf. especialmente *Panegyr.* IX, c. 1.

nido que plasmar un ideal divino puramente celta, a saber, las misteriosas matronas[31] que aparecen sentadas en número de tres con su extraño casquete y su bandeja de frutas en el regazo. De toda una serie de divinidades locales, cuyos nombres, por tal razón, no pueden traducirse al latín, poseemos tan sólo las inscripciones votivas,[32] sin imagen alguna.

Pero ¿qué pasó con el poderoso sacerdocio de esta religión, los druidas? En otros tiempos habían constituído con la nobleza la clase dominante; la nobleza mandaba política y militarmente y los sacerdotes hacían de jueces y cultivaban las ciencias secretas, las poderosas supersticiones con que tenían envuelta toda la vida del pueblo. Su proscripción era el castigo más terrible; aquél a quien excluían de los sacrificios se convertía en impuro y fuera de ley. Como consagrados a la divinidad, estaban libres del servicio militar y de toda clase de contribuciones. Acaso sus santuarios (o templos, si se pueden llamar así) poseían considerables dominios, y no hay duda de que atesoraban metales preciosos en cantidades que se hicieron proverbiales.

Pero hacía tiempo que los druidas habían descendido de esta alta posición, sin que podamos decir desde cuándo ni cómo. Las considerables extorsiones de César se cebaron, sin duda, en esos tesoros de los templos, y con ello padeció el poder de los druidas, que fué mermando cada vez más con la mezcla del culto romano y la introducción de su sacerdocio. En los tiempos de Augusto y de Tiberio debió de haber alguna agitación; por lo menos, el último encontró ocasión para "suprimir a los druidas galos y adivinadores y médicos semejantes".[33] Pero perduraron aun después de que Claudio "suprimió su cruel religión, cuya práctica había sido prohibida por

[31] Cf. H. Schreiber, *Die Feen in Europa,* Friburgo, 1842. También esta excelente monografía nos hacía desear que su autor —fallecido entretanto—, al que estaba dedicada la primera edición de esta obra, enriqueciera la ciencia alemana con una exposición general de la vida de los celtas.

[32] Orelli, *Inscr. lat. sel.* I, cap. IV, § § 36 y 37. — Véase la sección V.

[33] Plin. *Hist. nat.* XXX, 4. — Quedó totalmente a oscuras en qué grado el druidismo participó en las diversas sublevaciones de las Galias.

Augusto a los ciudadanos romanos".[34] Se alude con esto a los sacrificios humanos, a lo que en el caso de Claudio se añadiría su repugnancia por los peligrosos amuletos, que seguían empleando los druidas, por ejemplo, los huevos de ciertas serpientes, con los cuales se creía asegurar la victoria en toda lucha y el acceso a los príncipes.[35] La clase como tal tuvo que perder su conexión, tuvieron que desaparecer poco a poco las asambleas druidas entre Dreux y Chartres, suspenderse las peregrinaciones de los novicios druidas a Britania, que también se había romanizado, pues esa isla era considerada desde tiempos remotos como la sede de la sabiduría druídica; pero, sin duda, siguió habiendo druidas hasta los tiempos cristianos, pues el pueblo no quería renunciar en la vida cotidiana a la superstición cultivada por ellos. Es fácil hacerse una idea de su situación en el siglo tercero; la gente culta se ha entregado hace tiempo a la vida romana y no mantiene ninguna relación con la vieja clase sacerdotal; así ha perdido ésta su viejo prestigio sacro y de sacerdotes se han convertido en hechiceros, ensalmadores y adivinos, cosa que ocurrió también en parte en Egipto. Las sacerdotisas druidas funcionan en la antigüedad decadente como una especie de gitanas. Aureliano consultó a muchas de ellas —posiblemente a todo un colegio de sacerdotisas—[36] sobre la sucesión en el Imperio y no, ciertamente, por broma, pues la broma en estas cuestiones era peligrosa. También ofrecían sus predicciones sin ser consultadas, como aquella osada mujer que le espetó en galo a Alejandro Severo: "¡Márchate, no esperes ninguna victoria y no confíes en tus soldados!" o como aquella hospedera druida con la que se alojaba (cerca de Lieja) el entonces

[34] Sueton. *Claud.* 25.

[35] Plin. *Hist. nat.* XXIX, 12.

[36] La existencia por lo menos de una *Druis antistita* (y cierto número de sacerdotisas subordinadas a ella) ha sido demostrada por la inscripción de Metz, en Orelli h. 2200. Pero lleva el nombre griego de *Areté* y la consagración, a la cual le "animó una visión en sueños" está dedicada a Silvano y las ninfas. — Lo siguiente es de la *Hist. Aug.* Aurelian. 44, Alex. Sev. 59, Numerian. 14. — La exposición de Amiano sobre el druidismo (XV, 9) ha sido tomada probablemente de fuentes mucho más viejas, que fueron al mismo tiempo las fuentes de Estrabón y no pueden aplicarse al siglo IV.

suboficial Diocles, más tarde Diocleciano. "Eres demasiado avaro, demasiado ahorrador", le dijo. "Seré generoso cuando sea emperador", contestó él. "No bromees —replicó la mujer—; serás emperador cuando hayas abatido un jabalí."

Donde más largamente se conservó el sacerdocio druida fué en aquellas regiones que todavía conservan, en parte, su idioma y nacionalidad celtas, es decir, en Bretaña y en el oeste de Normandía. Todavía en el siglo IV, conocemos a una familia de druidas, procedente de esas regiones, cuyos miembros se contaban entre los retóricos más instruídos de la escuela de Burdeos. Gozaban de cierto prestigio sagrado porque se sabía que en su familia había sido hereditario el sacerdocio del dios solar céltico Beleno. Pero, y esto es muy significativo, creyeron conveniente helenizar toda esta circunstancia, adoptando los nombres de Febicio y Delfidio.[37]

Probablemente, allí donde había todavía druidas cuidarían en lo posible del culto que el pueblo común estuvo dedicando hasta muy dentro de los siglos cristianos a esos poderosos e informes monumentos de piedra del viejo celtismo, dólmenes, túmulos, menhires, etc., donde por las noches se encendían luminarias, se quemaban víctimas y se celebraban grandes ágapes. Pero una densa oscuridad cubre el ocaso de la paganía céltica; más tarde los druidas, crecidos con la distancia, pervivirían como gigantes y las druidas como hadas y sobre los monumentos de piedra, que no son santos lugares, lanzará la iglesia sus vanos exorcismos.[38]

Mientras Maximiano sometía a las Galias se produjo la separación de Britania,[39] que constituye, por una parte, el eco de la usurpación salvadora de los treinta tiranos de los tiempos de Galieno,

[37] Auson. *Proff. Burd.* 4 y 10.
[38] Cf. Schreiber *ob. cit.* p. 76.
[39] Véase ante todo Gibbon, cap. 13, quien ha conservado lo comprobado de los relatos antiguos sobre Carausio, tan fantásticos por lo demás. — El material se encuentra en el tratado de Genebrier, en el tomo VI de los apéndices a la *Welthistorie* de Halle. — Las fuentes principales, *Panegíricos,* II hasta V.

pero, por otra, el preludio de la pérdida definitiva de Britania, que ocurrirá unos 140 años más tarde.

Desde los tiempos de Probo, la isla, lo mismo que las costas galas, estaba infestada de piratas, que unas veces son designados como francos (y después como salios) y otras como sajones. Hubo necesidad de equipar una flota en Boulogne (Gessoriacum); su mando lo encomendó Maximiano al gran Carausio, perito en cosas de mar y probado ya en la guerra de los bagaudas; era un menapio (del Brabante) de origen oscuro, probablemente no romano. Carausio inauguró su mando con un juego muy particular. Dejó que los piratas prosiguieran en sus incursiones y los capturó al regreso, para apoderarse del botín. Su riqueza no pudo menos de llamar la atención y Maximiano, que se había enterado de todo, dió órdenes de que lo mataran, pero Carausio supo esquivar a tiempo el golpe. Gracias a su generosidad, se había ganado a sus soldados, lo mismo que a los francos y a los sajones, a tal grado que pudo proclamarse emperador de las Galias (286), pero no para quedarse allí. Marchó con toda su flota a Britania, donde las tropas romanas se pasaron a él, dominando así todo el país, mientras que Maximiano carecía de los medios necesarios para su persecución. Durante siete años dominó en la isla, entonces rica, defendiendo la frontera del norte contra los viejos enemigos, los caledonios; también conservó Boulogne y sus inmediaciones como puerto de embarque y base de sus piraterías, papel que en la Edad Media desempeñó el puerto de Calais. Como señor de Britania trató de mantener la cultura y el arte romanos, pero, por consideraciones a su alianza con los francos de los Países Bajos, él y sus romanos vistieron a la franca y tuvo en su ejército y en su flota gente franca que pudo aprender toda la disciplina militar romana. No cabe duda que Inglaterra, con el largo aislamiento que suponía el mando de un Carausio y de otros sucesores parecidos, se hubiera barbarizado antes de poder asimilar la cultura romano-cristiana, que representaba el legado más importante del viejo *orbis terrarum*. Por otra parte, tenemos como si dijéramos los prenuncios de los destinos de esta isla que parece darse

cuenta de su futuro papel de potencia marítima pues un osado rebelde domina desde ella las desembocaduras del Sena y del Rin y mantiene en espanto toda la costa del Océano. Su popularidad no podía descansar más que en el hecho de que los piratas, ahora a su servicio, ya no asolaban las costas, y también en la defensa que hacía de la costa norte.

Maximiano tuvo que equipar una nueva flota (289) pero parece que su empresa no conoció buena fortuna; el usurpador tenía consigo a toda la experimentada gente de mar. Ante el temor de que su señorío pudiera todavía extenderse, los emperadores decidieron (290) entrar en arreglos con él; mantuvo la isla y el título de Augusto o, por lo menos, no se pudo impedir que siguiera llamándose así. Pero en lo que menos se pensaba era en consentirle a la larga su usurpación. En cuanto fueron adoptados los dos Césares se rompió con él, no sabemos con qué excusa, acaso a propósito de Boulogne (293). Constancio Cloro tuvo que sitiar la ciudad; la guarnición del puerto dejó tontamente que le cerraran la entrada y cayó en manos del sitiador.[40] Quizá la repercusión de este acontecimiento en la opinión de Inglaterra fué la que animó a un compañero del usurpador, Allecto, a asesinarlo, tras lo cual fué reconocido por el pueblo y los soldados. Constancio se tomó tiempo para preparar una base firme para la futura conquista de la isla y trató de asegurarse el flanco derecho sometiendo a los francos que ocupaban el país de los batavos. Los derrotó (294) y trasladó a una gran parte a los dominios romanos, cerca de Tréveris y de Luxemburgo. Se equipó una nueva flota y, dos años más tarde (296), todo estaba preparado para el ataque principal. Allecto había colocado una escuadrilla de observación en la isla Wight, pero el almirante imperial, Asclepiodoto, que había partido de la desembocadura del Sena, pudo zafarse entre la niebla y desembarcar en algún lugar de la costa occidental, quemando en seguida las naves, seguramente porque no contaba con gente suficiente para repartirla entre un ejército de ataque y un cuer-

[40] *Panegyr.* v (Eumen. Constantio), c. 6, donde se han pasado por alto circunstancias sin las cuales no es posible enjuiciar esta acción de guerra.

po de protección para la flota. Allecto, que esperaba el ataque principal de la flota de Constancio en la región de Londres, perdió la serenidad y marchó sin preparación alguna hacia el oeste, donde tropezó con Asclepiodoto. Un encuentro seguramente insignificante, entre unos cuantos miles de hombres, en el que perdió la vida Allecto, decidió la suerte de Inglaterra, en tal forma que, al desembarcar Constancio en Kent, encontró todo el país sometido. El panegirista se consuela de la sangre derramada en esta guerra porque no era sino sangre de bárbaros alquilados.

Constancio tuvo que conceder a la isla las mismas ventajas de que gozó bajo Carausio: principalmente, la protección contra el exterior y, luego, la residencia frecuente. Lo primero no le fué difícil, dada la reciente humillación del franco; para lo segundo, en los tiempos tranquilos cambia de residencia entre Tréveris y York, donde murió (306).

Así se salvó la muy importante cultura romana que ya entonces hacía una diferencia tan grande, sensible todavía hoy, entre Inglaterra y Escocia, situada más allá del valle de Adriano, e Irlanda, situada al otro lado del estrecho. Los acontecimientos del siglo quinto llegaron demasiado tarde para borrar por completo las huellas de este hecho.

Nos correspondería ahora describir el estado de los germanos, no sólo en los confines del Imperio, sino en todos los puntos del Norte y Oriente donde puedan seguirse sus pasos. Como futuros herederos del Imperio, merecen la consideración más atenta, aunque, por accidente, la época de Constantino habría de ser para ellos una época de retroceso y de descomposición interna; hasta las noticias e indicaciones más leves deberían poseer para nosotros un gran valor a los efectos de trazar, en la medida de lo posible, el cuadro, siempre difuminado y roto, de ese gran haz de pueblos.

Pero el que esto escribe pierde el valor de semejante empeño al tener en cuenta la discusión científica promovida estos últimos años en torno a las cuestiones capitales de la vieja historia germánica, discusión en la que en modo alguno se cree autorizado a intervenir.

Los resultados de la *Historia de la lengua alemana*, de Jacobo Grimm, no sólo han cambiado en muchos aspectos lo que hasta ahora se venía creyendo acerca de los germanos de Occidente sino que, en un grado mayor o menor, ha incorporado al tronco germánico a los pueblos del Danubio y del Ponto, sobre todo a los dacios y a los getas y hasta a los mismos escitas, y ha identificado a los getas como los godos posteriores. Así se ha cambiado todo el cuadro del poder y expansión de los germanos y también la historia primitiva de los eslavos, a quienes tendríamos que figurarnos como los sármatas de la antigüedad, viviendo entre los germanos o sometidos a ellos.

Pero aun concediendo que pudiéramos fijar con exactitud, cuando menos, la marcha de las migraciones y de las mezclas de los pueblos fronterizos desde los Países Bajos al Mar Negro en el medio siglo que va de Diocleciano hasta la muerte de Constantino, nos quedaría el misterio indescifrable de su situación interna. ¿Quién nos ofrece alguna noticia sobre la fermentación y la transformación de lo germánico desde los tiempos de Tácito? ¿Y de las causas de las grandes alianzas? ¿O del repentino afán de conquista de los godos del Ponto, en el siglo tercero? ¿O de su no menos sorprendente quietud [41] en la primera mitad del siglo cuarto? ¿Dónde encontrar un patrón para medir el grado de la introducción de las costumbres romanas en los pueblos germánicos fronterizos? Conocemos muy poco acerca de las costumbres y estado de los germanos acogidos en el Imperio romano, tanto de los soldados como de los colonos. Nos habremos de contentar, por lo tanto, con mencionar brevemente, en paralelo con las luchas antes citadas de las fronteras del Rin, las otras guerras en la zona norte del Imperio. No parece que estas últimas revistieron gran importancia, a juzgar por las escasas referencias de las fuentes; [42] casi todas las circunstancias y hasta el punto y lugar quedan completamente a oscuras.

[41] Véase la excepción en la p. 89.

[42] Los datos se hallan reunidos, entre otros, en la obra de Manso, *Das Leben Constantins*, y la obra de Clinton, *Fasti Rom.*, *passim*. Cf. también Ammian Marc. XXVIII, 1.

"Los marcomanos fueron aniquilados." Esto nos dice la única noticia que durante mucho tiempo se tuvo sobre ese pueblo (299) que, en los tiempos de Marco Aurelio, había puesto en peligro al Imperio funcionando de pivote de una gran liga.

Los bastarnos y carpos, probablemente godos del bajo Danubio, son vencidos (294-295) por Diocleciano y Galerio, y toda la nación de los carpos es trasladada a suelo romano, después que cien mil bastarnos habían conocido la misma suerte con Probo.

Los sármatas, probablemente eslavos del Danubio, fueron motivo de una preocupación constante. Diocleciano luchó primero solo (289), luego con Galerio (294) y trasladó también a muchos de ellos a tierras del Imperio. Irrupciones posteriores las castigó Constantino con una campaña (319) que costó la vida a su rey Rausimodo; pero en los últimos años de su vida (334) acogió, según se dice, no menos de trescientos mil sármatas en el Imperio, luego que éstos habían sido arrojados de su patria por una rebelión de sus esclavos (probablemente un pueblo sojuzgado antes). Por desgracia nos falta el conocimiento de todas las circunstancias que pudieran explicar semejantes acogidas en masa de pueblos enteros, y no conociendo los límites entre lo necesario y lo libre ni los cálculos militares y económicos que guiaron a los emperadores romanos en tales acciones, mal podríamos juzgarlas debidamente. Un solo pacto que se conservara arrojaría mucha más luz sobre estos asuntos que todas esas suposiciones que tratan de reconstruir el curso soterrado valiéndose de analogías.[43]

[43] Nos bastará con referirnos a una obra maestra de crítica reconstructiva y, al mismo tiempo, concienzuda, de Gaupp, *Die germanischen Ansiedelungen und Landestheilungen in den Provinzien des römischen Westreiches*. La investigación sobre los germanos durante la invasión de los bárbaros ha progresado extraordinariamente desde la primera edición de nuestra obra, pero no es todavía definitiva y puede ser pasada por alto dada la brevedad que nos hemos impuesto, pues los contactos con los germanos durante el largo gobierno de Constantino carecieron, relativamente, de importancia. Sobre los germanos dentro del Imperio, en calidad de colonos, guerreros, funcionarios y cortesanos, encontramos un relato excelentemente condensado en la obra de Richter, *Das weströmische Reich* (Berlín, 1865), vol. I, cap. 3.

También se menciona una irrupción de los godos (323), probablemente de un género distinto de las anteriores y las posteriores, acaso la acción de una sola tribu que fué atraída por artes romanas hacia la mal vigilada frontera. Al acudir Constantino se espantó el enemigo, que fué derrotado y obligado a devolver los prisioneros. La conexión con el ataque contra Licinio (del que hablaremos luego) arroja una luz sospechosa sobre toda esta guerra. Unos años después (332) marcha Constantino, con su hijo de igual nombre, al país de los godos entre Moldavia y Valaquia, a petición de los amenazados sármatas, y parece que en esta ocasión sucumbieron al hambre y al frío cien mil hombres (probablemente de los dos bandos); entre los rehenes se contaba el hijo del rey Ariarico. De aquí se siguió la intervención ya citada en los asuntos de los sármatas y su trasplante a tierras del Imperio.

Queda siempre la cuestión de quiénes son los godos y sármatas de que se habla cada vez.[44] Porque estos nombres abarcan toda una serie de tribus primitivamente unidas pero hacía tiempo separadas, cuyo estado de cultura representaba, acaso, todos los grados y matices que existen entre una cultura urbana, casi romana, y una vida salvaje de cazadores. Las conclusiones a que, por ejemplo, nos autorizan la existencia y la contextura de la Biblia gótica de Ulfilas (muy poco después de Constantino) acusarían una gran cultura de las tribus correspondientes ya en los tiempos de Constantino, mientras que otros vestigios nos hablan de una rudeza bárbara. Pero tratar de construir con los rasgos dispersos un cuadro completo, excede a nuestras intenciones y también a nuestras fuerzas.

Tampoco a la contrafigura de esto, los países danubianos romanos o que habían sido romanos, Dacia (Transilvania, Hungría inferior, Moldavia y Valaquia), Panonia (Hungría superior, junto con las regiones vecinas del oeste y el sur) y Mesia (servios y búlga-

[44] Lo que no está dicho, por ejemplo, en ningún lugar del famoso capítulo 21 de Jordanes. — Sobre si Constantino erigió en la Curia de Constantinopla estatuas de reyes godos, cf. Richter, *ob. cit.*, p. 230, siguiendo a Temistio.

ros), podemos prestarle la atención que merece, porque el autor ignora los importantes descubrimientos llevados a cabo en estas regiones. En la época de que se trata constituían una frontera militar, como lo son todavía en parte, sólo que entonces contra el norte y no contra el sur; desde los tiempos de Filipo el Arabe no sosegaban las armas en estas regiones [45] y Aureliano casi tuvo que abandonar la Dacia, peligrosa conquista de Trajano, a los godos. Pero en las regiones menos amenazadas parece que antes y aun después floreció una importante cultura romana cuyas huellas no han podido ser borradas en estas tierras tan agitadas por las invasiones y, por ejemplo, los habitantes de la Valaquia conservan todavía su idioma románico. Ciudades como Vindobona (Viena) Carnuntum (Santa Petronila), Mursa (Essek), Taurunum (Semlin), Sirmium (Mitrovicz) sobre todo, más lejos, todavía, Naissus (Nissa), Sárdica (Sofía), Nicópolis, y en general todo el rico itinerario del Danubio, nos hacen sospechar un tipo de existencia que acaso estuviera muy por encima del de la frontera renana. Cuando manos modernas lleguen a limpiar las viejas ciudades danubianas de la escombrera eslava y turca, reaparecerá sin duda la vida romana de esas regiones. La historia universal pudo haber tomado otro sesgo si un pueblo germánico, capaz de cultura, hubiera podido fundar en estas comarcas, mezclándose con los vigorosos habitantes de la Iliria nórdica, un reino poderoso y estable.

Finalmente, los germanos, junto con otros bárbaros, tropiezan en el Mar Negro con las colonias griegas, en su mayoría milesias,[46] que, en calidad de avanzadas nórdicas del helenismo, habían convertido desde hacía más de ocho siglos al Ponto en un "huésped" *(euxeinos)*. Una parte de esas colonias se había fusionado con algunas tribus bárbaras para formar el llamado reino bosfórico que abarcaba más de la mitad de Crimea y la estribación del Cáucaso

[45] *Panegyr.* III genethl. Max. c. 3: *in quibus (provinciis) omnis vita militia est...* Ya los señalamos como escuela de héroes.

[46] Para lo que sigue véase Böckh, *Corpus inscrr. graecc.* vol. II, pars. XI, especialmente la introducción. — *Hallische Welthistorie,* apéndices, vol. IV.

que comienza al otro lado del estrecho de Kertsch, dominando también la entrada del Mar de Azof y acaso porciones considerables de su ribera. Monedas e inscripciones nos señalan una serie ininterrumpida de reyes hasta los tiempos de Alejandro Severo [47] y luego, con algunas lagunas, los nombres de Inintimeuos, Teiranes, Totorses, Fareances y, en tiempos de Constantino (317-320), un rey llamado Radamsadis. Cuando Roma fué convirtiendo sucesivamente en provincias los pequeños reinos de su frontera oriental, quedaron fuera de su órbita únicamente Armenia y el Bósforo, que fueron desligándose cada vez más y barbarizándose. En los tiempos de Diocleciano, los del Bósforo, aliados con los sármatas, promovieron una desdichada guerra [48] contra sus vecinos de toda la parte oriental del Ponto; Constancio Cloro, que se hallaba en campaña contra ellos al norte del Asia Menor, instigó a los del Quersoneso para que irrumpieran desde el oeste en el país del Bósforo, lo que llevaron a cabo con éxito. Los bosforeños se vieron obligados a celebrar un tratado por el cual tuvieron que entregar casi toda la Crimea, hasta la región de Kertsch (Panticapaeum, la antigua capital del gran Mitrídates.) La colonia griega había reconocido, por suerte suya, su condición de tributaria del Imperio romano, mientras que el príncipe del Bósforo, viendo la situación del Imperio, se había considerado desligado de toda obligación. En su relación con las ciudades marítimas griegas esos reyes no llevaban más nombre que el de Arcontes, que en la Hélade solía ser título de los funcionarios supremos; con respecto a los no griegos, se pudieron titular hasta "rey de reyes", como en otro tiempo los reyes persas.

Pero volvámonos otra vez de estos pequeños reinos hacia el oeste. En la rica teoría de viejas colonias griegas cuyos hallazgos comienzan a enriquecer los museos de la Rusia meridional, dos son las que despiertan, sobre todo, nuestro interés, por su celo en man-

[47] Varios príncipes de esta serie llevan extrañamente los mismos nombres que figuran entre los reyes de Tracia, muertos hacía mucho; Cotys, Rhoemetalces, Rhescuporis.

[48] Constantin. Porphyrog. *De administr. imp.* cap. 53, ofrece un relato cuyo valor queda en tela de juicio.

tener la vida griega íntegra y pura, a pesar del ambiente. El victorioso Quersoneso, ahora Sebastopol, era una colonia de Heraclea en el Ponto y, de modo indirecto, de Megara. La ladera próxima, Parthenium, era sede de recuerdos venerables; todavía se levantaba en ella el templo de la terrible Artemis Táurica, a la que hubo que propiciar mediante sacrificios humanos hasta los tiempos del sacerdocio de Ifigenia; en las monedas de la ciudad vemos la imagen de la diosa. Bajo la dominación romana renació Quersoneso y, como dijimos, bajo Diocleciano amplió sus dominios urbanos, manteniendo en el interior todas las instituciones griegas y consiguiendo, con la victoria, la completa exención de tributos.[49] Los ciudadanos forman todavía un demos; entre los arcontes que se hallan a la cabeza del consejo, hay uno a cuyo nombre se cuentan los años, como en Atenas; siguen cargos urbanos de todo género, estrategas, agoranomos, gimnasiarcas, más que nada funcionarios honoríficos con la obligación de ciertos servicios, que a veces habrían de costar mucho a los particulares. Así, una inscripción [50] de la última época pagana celebra a Demócrates, hijo de Aristógenes, no sólo por sus excelentes propuestas y discursos y por haber revestido dos veces la dignidad de arconte, sino por haber viajado en varias ocasiones a su propia costa como embajador ante los emperadores (¿Diocleciano y Constancio?), por haber sufragado fiestas y servicios públicos de todo género y administrado honrosamente: "al conservador, al incomparable, al amigo de la patria, el honorable consejo y el pueblo augusto como testimonio de su reconocimiento" Su recompensa fué esta inscripción y la lectura anual, solemne, de un decreto honorífico especial. La ciudad disponía, como las ciudades libres del Imperio en la Edad Media, de una excelente artillería; en la guerra contra las gentes del Bósforo marchó con sus carros de guerra que llevaban aparatos de artillería; también sus balistas eran famosos.

[49] Bajo Constantino el Grande, a quien el Quersoneso ayudó una vez considerablemente, esta región recibió todavía más derechos honoríficos, una estatua de oro del emperador, sellos especiales, inmunidad para los barcos, etc.
[50] En la obra de Böckh, 1. c. N. 2099. Cf. también N. 2097.

No se conservó menos helénica la en otros tiempos poderosa Olbia,[51] fundada por los milesios (no lejos de la actual Oczakow). Los olbiopolitas delataban su origen jonio por su lenguaje y costumbres; se sabían la *Ilíada* de memoria pero descuidaban en cambio a los poetas no jónicos; muchos distinguidos escritores de la baja helenidad procedían de aquí. Su organización interna no cedía a la del Quersoneso. La ciudad logró mantenerse casi siempre libre de los bárbaros, que la rodeaban, aunque en ocasiones fué su tributaria. Todavía Antonino Pío les ayudó contra los escitas del Tauro; pero no sabemos cómo se las arregló más tarde la ciudad con la gran potencia goda que se agitaba en su torno.

Los griegos, que se enfrentaban con una permanente situación de amenaza, mantenían a todo lo largo de sus colonias al norte del Ponto una veneración especial por el héroe máximo de su raza, Aquiles. Es el verdadero señor del Ponto (ποντάρχης), como se le titula en muchas inscripciones; en Olbia, como en todas las ciudades de la costa, florecían sus templos; se sacrificaba en su honor "por la paz, la riqueza y la bravura de la ciudad";[52] se celebraban agones públicos con lanzamiento de disco y concursos musicales de flauta doble, pero eran célebres, sobre todo, las carreras de muchachos en una duna cercana que llevaba el nombre de "pista de Aquiles" porque se suponía que alguna vez el héroe mismo había corrido por ella. La duna estaba habitada por bárbaros de origen asiático (los sinder) pero una isla del Ponto, Leuce, no lejos de la desembocadura del Danubio, era dominio reservado por entero a la sombra de Aquiles.[53] Un blanco promontorio (según relatan las inscripciones) surge

[51] Véase especialmente el discurso 36 de Dión Crisóstomo.

[52] Böckh, 1. c. N. 2076 *ss.* — La descripción de las regiones del Ponto en la obra de Ammian. Marcell. XXII, 8.

[53] Si hay que tomar a la letra las descripciones de los antiguos resulta tan difícil identificar en la actualidad esta Leuce como las Islas Afortunadas y las de las Hespérides. Si no se trata más que de una localidad en general, en torno a la cual tejían el mito y la poesía sus quimeras, basta con cualquiera de las pequeñas islas en la desembocadura del Danubio, o con un punto cualquiera en cualquier duna de cualquier playa. Un autor como Amiano, que insiste en la existencia de Leuce, debía estar enterado. — Los pasajes

del mar, en parte con paredes cortadas a pico; ninguna morada humana, ninguna voz humana en toda la isla, sólo bandadas de blancas aves que revolotean sobre el acantilado. Un temor sagrado invade a los navegantes; quien penetra en la isla no se atreve a pasar la noche en ella; una vez visitado el templo y el sepulcro de Aquiles y luego de haber contemplado las ofrendas que se han venido depositando desde antiguo por otros visitantes, se retorna a la nave antes de anochecido. Este fué el lugar recomendado por Poseidón a la divina Tetis para su hijo, pero no como sepulcro tan sólo sino para que llevara en él una vida beata. No es Aquiles el único morador, pues la leyenda le va dando por compañeros otros héroes y espíritus beatos que llevaron sobre la tierra una existencia inocente y a los que Zeus no quiso entregar al tenebroso Orco. Con veneración se contemplaban aquellas blancas aves que, por su aspecto, se parecían al alción; acaso ésta era la figura visible de aquellas almas dichosas cuya suerte tanto anheló el paganismo tardío.

reunidos, entre otros, por Wernsdorf, *Poëtae latt. minores,* a propósito de Avieno, vol. v. — Una creencia parecida existe en lo que refiere a las islas alrededor de la Gran Bretaña; cf. Plutarco, *De defectu orac.* 18.

SECCION CUARTA

ALGUNAS PROVINCIAS Y PAISES VECINOS. EL ORIENTE

VAMOS a ocuparnos ahora de las regiones fronterizas orientales del Imperio romano. También en ellas lucha éste por su existencia; Diocleciano recibe en herencia rebeliones y guerras muy sangrientas; él y sus corregentes tienen que defender el Oriente con grandes esfuerzos y hasta reconquistarlo en parte.

Cierto que duerme todavía el enemigo futuro más terrible, el árabe, que alguna vez se adueñará del Oriente con la espada y el Corán; los árabes viven todavía a las espaldas de Siria y de Palestina, dispersos en centenares de tribus, entregados al culto de los astros y de los ídolos, a la adivinación y los sacrificios; algunos han ingresado en el judaísmo y, en el siglo siguiente, hasta encontramos unas cuantas tribus cristianas. El centro de la nación lo constituye la Kaaba de la Meca, fundada por Ismael; en las proximidades, en Ocadh, se celebra la feria anual de veinte días y, junto al tráfico y a la piedad, tenemos las porfías poéticas cuyos restos —siete poemas, el *Muallakat*— han llegado hasta nuestros días. Los contactos con Roma[1] son, en ocasiones, amistosos; jinetes árabes sirven en el ejército romano y no raras veces gentes árabes visitan los viejos santuarios de Palestina, que son al mismo tiempo mercados, como, por ejemplo, la encina de Abraham en Mamre.[2] Pero en su mayoría constituyen los peligrosos vecinos de este país. Sabemos que Diocleciano cogió prisioneros a vencidos sarracenos,[3] sin que se nos diga nada

[1] Ammian. Marc. XIV, 4.
[2] Sozomenus II, 4.
[3] *Panegyr.* III. Mamert. genethl. 4.

más. En las luchas de los emperadores por Mesopotamia y Egipto se los nombra por primera vez hacia fines del siglo IV; no había sonado todavía su hora.

Mucho mayor e inmediato era el peligro que representaba, desde la época de Alejandro Severo, el reino de los Sasánidas. Si se tiene en cuenta su moderada extensión y su población no muy densa, parece que todas las ventajas están de parte del Imperio romano. ¿No le será fácil resistir a las poblaciones que se extienden desde el alto Eufrates hasta el Mar Caspio y hasta el Golfo Pérsico, hasta el camino de Ormuz, por el este? En realidad, los ataques de los Sasánidas ofrecían más carácter de bandidaje que de guerras de conquista, pero el peligro siguió siendo grande y perturbador, pues los emperadores se hallaban amenazados siempre por los germanos y, a menudo, por desmembraciones y usurpaciones, y no podían llevar a Oriente más que fuerzas limitadas. En su condición de enemigo del Imperio romano y también a causa de su situación interna sorprendente, el reino de los Sasánidas[4] merece una breve descripción.

Se trata de un producto surgido artificialmente con la pretensión de restaurar una situación de otros tiempos. El viejo Imperio persa, conquistado por Alejandro, había correspondido en su mayor parte a los Seléucidas; con la separación de Mesopotamia y de las regiones montañosas del este se había constituído el reino parto de los Arsácidas, que se barbarizó muy pronto, y con el que los romanos, en su condición de herederos del Próximo Oriente, tuvieron que mantener guerras muy duras; menos por razón de las fuerzas internas de este reino poco consistente, cuyo rey veía su poder muy limitado por los grandes vasallos, que por la índole de la comarca, desventajosa para un ejército atacante. Después que el último rey, Artabán, había obligado al sucesor de Caracalla, Macrino, a cele-

[4] La época de los Sasánidas en leyendas fragmentarias, Firdusi, cf. Görres, *Heldenbuch von Iran* y von Schack, *Heldensagen*, introducción. — Silvestre de Sacy, *Mémoires sur diverses antiquités de la Perse*, con la traducción francesa de Mirkhond. — *Hamzae Ispahanensis Annales*, ed. Gottwaldt. — Ammian. XXIII, 6. — Agathias lib. II, III, IV, *passim*. — Malcolm, *Geschichte von Persien*, I. Parte.

brar una paz vergonzosa y a retirarse, cayó en manos del usurpador Artajerjes Sasán (Ardeschir Babecán), que pretendía descender de los antiguos señores de Persia y agrupó a los persas en Farsistán para colocar a la manera oriental un nuevo pueblo en el lugar de los partos hasta entonces dominantes. Pero no se trata sólo de restaurar el estado de los viejos Aqueménidas, de Darío y de Jerjes, con todas sus instituciones,[5] pues también la vieja doctrina de Zoroastro tenía que vencer la idolatría y el culto de los astros de los partos. Los magos, en número de cuatro mil, se reunieron en concilio; mediante un milagro se restaura la presuntamente olvidada religión pura del fuego y el rey se convierte en el primero de los magos, cuyos consejos y adivinaciones resultan una verdadera corregencia. Le conceden, es cierto, el título de dios, del rango de Izeds, el servidor de Ormuz; tiene la misma dignidad que los astros y se puede llamar hermano del Sol y de la Luna.[6] Los cristianos, que no reconocían ninguna pretensión de este género, tuvieron seguramente una situación aún peor que en el Imperio romano, ya que tropezaban con un fanatismo dogmático que no encontramos en la prescripción romana de sacrificar en honor del emperador. Parece que en la época de los partos se habían refugiado en este país muchos cristianos, a los que es probable que los Arsácidas tolerasen por razones políticas; todos estos cristianos cayeron ahora en manos de los magos. Más tarde, bajo Sapor II (310-382) parece que los judíos residentes en Persia, tan poderosos que tenían a su lado al rey, participaron en aquella gran persecución a la que sucumbieron, entre otros, no menos de veintidós obispos.[7]

En un murallón rocoso no lejos de Persépolis podemos ver los sepulcros de los viejos reyes de Persia, de grandes proporciones y esculpidos con el rudo estilo de la vieja Persia. Los Sasánidas no querían abandonar estos lugares sagrados; toda una serie de relie-

[5] Incluso los 10,000 inmortales, como núcleo del ejército, son mencionados otra vez. Procop., *Bell. pers.* I, 10.
[6] Ammian. Marc. XVII, 5.
[7] Sozomenus II, 8 *ss.*

ves representan escenas de guerra, ceremonias y cacerías en las que el rey figura como personaje principal.[8] Parece que el Imperio romano suministró los artistas (acaso prisioneros de guerra); por lo menos, estas esculturas, lo mismo que las pocas construcciones que se conservan, muestran la influencia del arte romano decadente. Se trata principalmente de unas cuantas entradas abovedadas a las grutas rocosas y de los palacios de Firuz-Abad y de Sarbistán, compuestos al estilo romano de las Termas pero ya muy bárbaros en su ejecución, con grandes nichos y cúpulas.[9] No había templos propiamente dichos;[10] los pireos o altares del fuego constituían el hogar del culto; en sus peldaños encontramos, en general, al rey rodeado de los magos.

La ortodoxia se había convertido en un principio político necesario. Es inútil que se presente en Persia, con su tabla de símbolos pintados, el reformador Mani, quien, a base de la religión cristiana, de la pársica y de la budista, pretendió componer algo superior; Bahram I lo refuta por medio de sus doctores y luego lo hace descuartizar vivo, exponiendo su cabeza para escarmiento general en la puerta de Djondischapur.[11] Pero una vez, por lo menos, un rey de su linaje trata de libertar la dinastía de la opresión de los magos; Yezdegerd I Alathim (400-421) se las compone para que su hijo Bahram-gur sea educado, lejos de la corte, por un árabe idólatra, más tarde convertido al cristianismo, el cabecilla Noman de Hira; pero el príncipe no fué reconocido porque había adoptado costumbres árabes y tuvo que disputar, literalmente, el trono a Kesra o

[8] Otros de la misma clase se encuentran en Sapor y Nackschi-Redjeb.

[9] Sobre los dos palacios que hizo construir Yezdegerd Alathim, alrededor del año 400, por el arquitecto griego Sinmar, véase Mirkhond, pp. 324 *ss.*

[10] Ritter, *Erdkunde* VIII, pag. 770, parece considerar el edificio de Firuz-Abad como un templo del fuego. — El autor no se siente en condiciones de decidir sobre esto. — Strabo XV, 3, utiliza la palabra de doble sentido σηκός, que puede indicar tanto un lugar cercano como una verdadera capilla. Zonaras (en Heraclio) dice solamente τεμένη, es decir, lugares sagrados. Otros, sin embargo, utilizan la palabra ἱερόν, νεώς, etc.

[11] Mirkhond, p. 296; lo siguiente pp. 323 y *ss.* Del maniqueísmo, el cual se conservó a pesar de la muerte mártir de su fundador en Persia y que se infiltró muy pronto en el imperio romano, seguiremos hablando.

Khosru, nombrado por los grandes. No lejos de la residencia de Madain, es colocada la tiara del rey de los Sasánidas entre dos leones hambrientos y se pregunta cuál de los dos aspirantes al trono será el primero en echar mano de ella. Kesra hace pasar primero a Bahram-gur pero éste mata a los dos leones y se ciñe la tiara. Mas la ortodoxia siguió imperando. Cuando más tarde (491-498) el rey Cobad se dió a la herejía de Mazdak, que predicaba la comunidad de mujeres y el comunismo, hubo una rebelión general contra él y tuvo que pasar cierto tiempo en el "palacio del olvido" Sólo en los últimos días del Imperio se puede notar un gran relajamiento religioso.

En el aspecto político tenemos el cuadro corriente del despotismo asiático. Lo único que puede hacer el pueblo es adorar; cuando un nuevo rey ha pronunciadó sus primeras palabras,[12] se postran todos con el rostro en tierra y permanecen en esta posición hasta que el rey ordena que se incorporen. Tuvo que pasar mucho tiempo para que este tipo de servilismo penetrara también en el Imperio romano de Oriente; en tiempos de Diocleciano la veneración se limita al interior de palacio. También encontramos ese gusto de los orientales por actos de gracia y de justicia llamativos, que acusan una consoladora igualdad ante el despotismo. Pero el rey se ve rodeado de una aristocracia de origen incierto, acaso las familias de los grandes traídos por Andeschir a Farsistán. Esta aristocracia parece repartirse con los magos la influencia en la corte y ha ensayado más de una revolución; ella es la que, de acuerdo con el archimago (el Mobed de los Mobed), fuerza a Bahram II (296-301) a ceder, la que obliga a Bahram III a subir al trono contra su voluntad (301) y la que corta la cuerda en la tienda de Sapor, o Shapur, III, de suerte que el rey sucumbe bajo su peso. Pero en muchas cuestiones del trono ejerce su decisivo poder en sentido tan conveniente que el Imperio romano bien podía envidiar a los persas este elemento de su vida política. Es que la aristocracia tiene que proveer a la conservación

[12] Mirkhond, p. 304.

de la dinastía, pues su propio prestigio se basa en el derecho hereditario.[13] ¡Qué contraste nos ofrece con los cambios violentos del trono imperial romano esa anécdota de que los grandes de Persia coronan con la tiara el cuerpo en cinta de una de las esposas del difunto Hormuz II (310)! Afirmaban saber que la criatura sería varón y que el mismo Hormuz sabía por los astrólogos que le habría de nacer un gran rey victorioso. Nació el muchacho y los nobles le nombraron Sapor II; gobernaron el país hasta su mayor edad; diez veces al día se le rendía en palacio pleitesía solemne. Por fortuna, se trataba de una naturaleza vigorosa, que se desarrolló pronto y con independencia; su vida y su reino duraron setenta y dos años, los mismos que vivió Luis XIV. Una semejanza casual con este último la tenemos también en que Sapor II obligó a su nobleza a abandonar sus castillos campestres y a residir en la capital Madain (la antigua Tesifonte de Seleucia).

Tampoco faltan sucesiones violentas al trono, aunque los reyes tratan de evitarlas coronando en vida a un príncipe. Los grandes, y acaso los magos, tomaron partido con frecuencia por diversos príncipes de la familia de los Sasánidas; también los reyes reconocidos temían una usurpación por parte de los suyos. Hormuz I, para disipar una sospecha de esta clase, envía a su padre Sapor I (con esa transferencia, tan oriental, de lo simbólico a la realidad) su mano derecha cortada; pero el padre no acepta esta heroica explicación de incapacidad para el trono.

En el interior, el gobierno persiguió fines más altos y con medios superiores que antes lo hicieran los rudos partos. De varios reyes Sasánidas se nos cuentan esas buenas acciones que han representado siempre el ideal de un príncipe oriental: protección de la agricultura, obras públicas y suntuosas, por lo menos en las grandes calzadas reales, nuevas fundaciones de ciudades, mecenazgo en favor de sabios y artistas de cerca y de lejos. Una poesía sentenciosa al

[13] Una consecuencia lógica, cuyo desconocimiento se hará sentir.

estilo oriental nos revela el prestigio exterior[14] y la mentalidad de cada uno de los reyes.

La sentencia del fundador, Ardeschir I, parece marcar el destino de su reino: "No existe realeza alguna sin soldados, ni soldados sin dinero, ni dinero sin población, ni población sin justicia." ¡Por este rodeo llega a reconocer el rey el fin moral del estado! De todos modos, la protección militar constituye la misión primera. Porque este reino, que tantos quebraderos de cabeza daba a los romanos, sufría de los mismos peligros exteriores que el Imperio. Por el sur se veía amenazado por los árabes; parece que los magos sabían ya que alguna vez habrían de conquistar a Persia.[15] Sapor II, en cuya menor edad se perdieron porciones enteras del reino, emprende a los dieciséis años una terrible campaña de venganza contra ellos (326); construye una flota en el Golfo Pérsico y se dirige a Arabia; después de entrar a sangre y fuego en la isla Bahrein y entre las tribus Temin, Becr-Ben-Waiel, Abdolkais y otras, manda que a los supervivientes se les perforen las espaldas, atravesándoselas con unas cuerdas que sirven de riendas, por el mismo tiempo en que Constantino se contenta con arrojar a las fieras a sus prisioneros germanos en el circo de Tréveris. Otro enemigo peligroso amenaza por el norte, desde las regiones del Mar Caspio: los effalitas, erróneamente llamados hunos blancos, una de aquellas tribus turcas que parecían nacidas para ejecutar los decretos del destino sobre el próximo Oriente en los diversos siglos. La guerra victoriosa que contra ellos condujo Bahram-gur (420-438) forma parte, con otras muchas aventuras, de la novela de su vida; de todos modos parece ser verdad que re-

[14] Del "Libro de las imágenes", exactamente indicado por Hanza de Ispahan, que hace de esto su misión esencial; por ejemplo: Narsés I (abd. 301) está pintado con un traje rojo bordado, con pantalones azules bordados y con tiara verde, las manos apoyadas en la espada; Hormuz II († 310) del mismo modo; Sapor II († 382) está retratado en traje rosa bordado, con pantalones rojos bordados, en la mano un hacha; está sentado sobre un trono, su tiara, azul con oro, tiene arriba dos puntas y una luna de oro. — Trajes a los cuales se agregó, según Ammian. Marc. XIX, 1, la cabeza de oro de un carnero como adorno principal para la cabeza.

[15] Mirkhond, p. 310. Así, por lo menos, se contó más tarde.

chazó a los nómadas más allá del Oxus. Pero no mucho después (456) tuvieron ocasión de mezclarse en la disputa de los dos hijos de Yezdegerd II, colocando en el trono de Persia al hermano mayor, Firuz, que había sido destronado y se refugió entre ellos, ayudándole con un gran ejército. Desde ese momento ya no es posible evitar su influencia ni su intervención y los Sasánidas les pagan a menudo un tributo anual.

No puede ocuparnos la suerte ulterior del reino, su último período de esplendor bajo Koshru Nuschirvan. Detengámonos únicamente en los acontecimientos particulares que corresponden a la época de Diocleciano y de Constantino.

En tiempos de Galieno y de los treinta tiranos, el reino de Palmira se había adelantado a Roma en la lucha contra los persas; Odenato había derrotado a Sapor I, el vencedor de Valeriano, y lo había perseguido hasta Tesifonte. Pero cuando más tarde Aureliano atacó a los de Palmira, la política de los Sasánidas se puso de su parte para sostener al débil vecino; Bahram I envió a Zenobia tropas de socorro que sucumbieron ante el emperador romano, lo mismo que el ejército de la reina. Fué menester aplacar con regalos a Aureliano y después a Probo; el último se preparó para una guerra contra los persas, que fué emprendida por su sucesor Caro; una vez más, brillantes victorias llevaron al ejército romano hasta más allá del Tigris, pero no dieron fruto por la muerte súbita de Caro y el retorno a la patria de su hijo Numeriano (283). Era de esperar que Bahram II, luego de ciertas vacilaciones,[16] aprovechara celosamente la gran confusión promovida en el Imperio romano a la entrada de Diocleciano para consolidarse y extenderse hacia el oeste. Los emperadores tuvieron que dejarlo estar, pues les preocupaban peligros más inmediatos. En su lugar, emprendió la lucha Armenia.[17]

[16] Los pasajes de *Panegyr.* II (Mamertin. Maxim.), c. 7, 9, 10, demuestran sólo que, todavía en el año 286, el rey de Persia envió regalos a Diocleciano, que se encontraba a orillas del Eufrates.

[17] Gibbon, cap. XIII, pp. 114 *s.* — *Moses Chorenensis* ed. Whiston, lib. II. cap. 73 *ss.* (la conquista del país se coloca en tiempos de Artajerjes).

Este país, bajo el señorío de una rama colateral de la derrocada casa real parta de los Arsácidas, había disfrutado antes de la protección de la soberanía romana. Pero cuando, en tiempos de Valeriano y de Galieno, empezó a desmembrarse el Imperio romano, Sapor I sometió a Armenia con la ayuda de partidarios de dentro del país; el hijo del asesinado rey Cosroes, Tiridates, fué salvado por la lealtad de los servidores reales y educado bajo la protección de los emperadores romanos. Dotado de un gran valor y de hercúleas fuerzas, honrado como vencedor de los juegos olímpicos, parecía el llamado a rescatar el reino de su padre. Como otra vez hiciera Nerón con un antepasado de igual nombre, parece que Diocleciano[18] le cedió en feudo a Armenia (286). Tiridates encontró a su patria sujeta a una opresión sistemática, también de tipo religioso; el intolerante parsismo de los dominadores había destruído las estatuas de los divinizados reyes de Armenia y las imágenes sagradas del Sol y de la Luna, erigiendo en su lugar, en la montaña Bagavan, un pireo para el fuego sagrado. Rápidamente se agruparon en torno al príncipe nobles y villanos; se expulsó a los persas y se salvaron tesoros y hasta una princesa. Un cabecilla pretendidamente escita pero probablemente turcomano, Mamgo, que había sido desterrado a Armenia por Sapor, se pasó con su horda al nuevo señor. Pero Narsés I concentró sus fuerzas, reconquistó Armenia y obligó a Tiridates a buscar una vez más refugio entre los romanos.

Entretanto, Diocleciano y sus corregentes habían dominado a casi todos sus enemigos y se podían dirigir ahora al Oriente. Mientras Diocleciano se dirigía a someter Egipto, desde largo tiempo en rebeldía, encomendó a su César Galerio la lucha contra Narsés; el cuartel general de ambos estaba en Antioquía. Pero dos batallas indecisas y una tercera que fué perdida por Galerio por culpa de una marcha demasiado atrevida, regaron una vez más con sangre romana la árida llanura entre Carrhe y el Eufrates, donde otrora Craso había llevado a sus legionarios a la muerte. Diocleciano, que había sometido entretanto a Egipto, mientras el César de Maximiano, Cons-

[18] Contra esto, hay dudas justificadas en Preuss, *ob. cit.* p. 41, notas.

tancio Cloro, rescataba de nuevo a Britania, sentía doblemente que en el Eufrates las armas romanas tuvieran la desventaja. Al regreso se encontró en Siria con el César vencido; le hizo marchar en presencia de los soldados y de la corte a una distancia de una milla de su carro, y cubierto con el manto de púrpura. Mejor que cualquier otra anécdota nos revela ésta el verdadero tono del mando diocleciano.[19] No por esto se conmueve lo más mínimo la sumisión de Galerio; su único deseo es que le autorice a borrar la mancha con una victoria. Pero en lugar de asiáticos, poco eficaces, hay que equipar invencibles ilirios, junto con una tropa auxiliar de godos mercenarios, en total, nada más que veinticinco mil hombres, pero de la mejor calidad. Esta vez (297) Galerio se dirige al otro lado del Eufrates, a la Armenia montañosa, donde encuentra el pueblo en buena disposición para con los romanos y donde el ejército persa, compuesto en su mayor parte de jinetes, no podía serle tan temible como en campo abierto. (La infantería, según nos cuenta Amiano, servía entre los persas de tropa auxiliar.) El mismo inspeccionó con dos acompañantes el desprevenido campamento persa[20] y cayó sobre él por sorpresa. El éxito fué extraordinario; después de una carnicería general, el rey Narsés, herido, huyó a Media; sus tiendas de campaña y las de sus grandes cayeron, con rico botín, en manos del vencedor, y también sus mujeres y muchos familiares. Galerio, que conocía muy bien el valor de una prenda semejante, trató a estos prisioneros con mucha consideración. Si las noticias sobre la guerra son tan escasas no ocurre así con las de las negociaciones de paz que se siguieron.[21] Al abrirse las mismas con la visita de Farbán, confidente de Narsés, a Galerio, la adulación soberbia de los asiáticos produce un efecto cómico. Roma y Persia son, para él, las dos luminarias, los dos ojos del mundo, que no deben pelear entre sí;

[19] Que la cuestión llamó grandemente la atención, se ve porque la mencionan hasta los recopiladores más escuetos, como Eutropio, Aurelio Victor, Sexto Rufo y, como precedente, Ammian. XIV, 11.

[20] Como Constantino en una de las guerras del Rin. Cf. la nota 11.

[21] Excerpta de legationibus: Petrus Patricius, en la obra de Müller, *Fragm. hist. graec.* IV, p. 188.

sólo un príncipe tan grande como Galerio pudo haber vencido a Narsés; por lo demás, las cosas humanas cambian mucho. Cuán desesperada debió de ser la situación de Persia podemos presumirlo por el hecho de que el rey abandona todas las condiciones políticas a la "decisión filantrópica" de los romanos y sólo pide la devolución de su familia. Galerio, que recibe al embajador con rudeza y le recuerda al emperador Valeriano, que los persas atormentaron hasta la muerte, pronuncia por fin algunas palabras más consoladoras. Poco después el emperador y el César[22] se encontraron en Nisibis, sobre el Eufrates; esta vez Galerio fué recibido como triunfador con los máximos honores, pero una vez más sacrifica su propósito a la visión superior de Diocleciano y renuncia a la fácil y segura conquista de la parte anterior de Persia, de la que sólo se incorporarán los distritos fronterizos más valiosos. Un secretario, Sicorio Probo, fué enviado a Narsés, que se había retirado hasta Media para ganar tiempo y allegar tropas, cuyo aspecto debió de imponer un poco al fatigado embajador romano. Probo fué recibido en audiencia en el río Asprudo y firmó un tratado en cuya virtud Narsés cedía cinco provincias, es decir, el país de los curdos y la región superior del Tigris hasta el lago Wan.[23] De este modo los romanos aseguraban su antigua posesión, el alto Eufrates, y erigían, a la vez, un valladar que protegía al reino de Armenia, amparado por los romanos; claro que este valladar estaba hecho de la tierra que antes de las conquistas de los partos había pertenecido a los armenios; además, se les arrebató en el sudeste una porción no insignificante de territorio y se colocó a Tiridates como rey. También el rey de Iberia tuvo que someterse como vasallo de Roma, medida muy importante, porque esta región montañosa salvaje, situada al norte de Armenia (aproximadamente la actual Georgia) podía funcionar, con sus belicosos habitantes, como una guardia fronteriza frente a los bárbaros del otro lado del

[22] Gibbon se desvía conscientemente de la sucesión de los hechos.

[23] Cf. Spruner, *Hist. Atlas*, hoja 2, según Gibbon, difiere de Preuss, *ob. cit.* pp. 81 *ss.*, quien supone una desmembración de toda Mesopotamia.

Cáucaso.[24] En cumplimiento del tratado, se le devolvió a Narsés su familia, que había sido custodiada en Antioquía.

Se instalaron fortalezas y guarniciones a lo largo de toda la frontera. El cercano Oriente conoció una época de tranquilidad que duró casi cuarenta años, hasta los últimos días de Constantino. No sospechaban los victoriosos emperadores que con estas grandes victorias habían abierto el camino para la expansión pacífica del odiado cristianismo. Más tarde nos ocuparemos de cómo Persia, por su parte, influyó también en sentido contrario sobre el Imperio romano gracias a su maniqueísmo y a numerosas supersticiones.

A pesar de todas las mezclas ulteriores, a pesar también del mahometismo schita y de la cultura por él condicionada, todavía hoy podemos reconocer en parte la población y las costumbres descritas por Amiano en el siglo IV y por Agatías en el VI. Se caracterizan los persas por su mirada traicionera bajo unas cejas enarcadas que se juntan en el centro, y por su barba bien cuidada; todavía rigen, como entonces, ciertas reglas de elegancia; algo queda, por lo menos, de la vieja fama de moderación; esa mezcla extraña de disipación feminoide y de gran valor personal los caracteriza todavía, lo mismo que la hinchada vanidad y la astucia egoísta. También llamó la atención de los romanos su vestimenta abigarrada y su reluciente aderezo.[25] Lo que dependía de la religión, se ha conservado, como es natural, allí donde todavía persiste el parsismo, por ejemplo, el abandono de los cadáveres a los perros y a las aves. Muchas supersticiones han sido extirpadas por el mahometismo o fijadas en leyendas; para los persas del tiempo de los Sasánidas la vida de cada día, cada paso que se daba estaba nimbado de encantamientos angustiosos o seductores y el fuego sagrado de los pireos emitía constantemente oráculos. El gran Sapor II no se contentó con esto; entre los

[24] La condición discutida por los romanos, que Nisibis, una ciudad también entregada a los romanos, debía convertirse en τοπος τῶν συναλλαγμάτων, tampoco ha podido ser aclarada por Gibbon.

[25] Strabo XV, 3.

magos había también nigromantes que, en ocasiones importantes, tuvieron que conjurarle espíritus, como el de Pompeyo.[26]

Se ha observado a menudo que este régimen sasánida recuerda en alguno de sus rasgos a la Edad Media occidental. Así, la abstinencia claustral de los magos; su posición junto a los nobles como una especie de clero. Es lamentable que no conozcamos más detalles sobre el particular ni siquiera sobre cómo se mantuvieron por esta época como un estamento. La nobleza misma, con su ruda caballería, ofrece un carácter muy occidental. Probablemente, mantenía con los reyes una relación formal de feudalismo, cuya obligación principal sería el servicio de guerra. En su representación plástica estos caballeros persas, con sus armaduras y sus yelmos floridos, con sus lanzas y espadas, con el magnífico enjaezamiento de sus caballos, se parecen a los caballeros medievales. El alma de su vida la constituía también la aventura, sea en la guerra o en el amor, y la leyenda plasmó muy pronto la figura de Bahram-gur como dechado de caballeros, aunque ya poseía sus héroes de los tiempos míticos, un Rostem y un Feridún, muy venerados. Este romanticismo, como todo lo que carece de plan, se halla en fuerte contraste con la vida romana.

Volvamos nuestra mirada a Armenia. Este país, con un pueblo bravo y apto para la cultura, había atendido siempre a las influencias de fuera y había sido capaz de producir una cultura relativamente modesta, pero pronto habría de conocer una indigencia y servidumbre duraderas. Entretanto, tenemos como episodio brillante la época de Tiridates, que fué también la de la conversión al cristianismo; y éste, cuando se forme la iglesia armenia, se convertirá en una de las bases fundamentales de la nacionalidad armenia.

Moisés de Corene, cronista de la nación, cuenta lo siguiente:[27] Gregorio "el iluminador", descendiente de una rama colateral de la familia real de los Arsácidas, fué conducido, siendo niño, por una extraña cadena de circunstancias, a la Capadocia romana y en ella educado por una familia cristiana, casándose más tarde con una cris-

[26] Ammian. XVIII, 4 y *ss.* — Meyer, *Anthol. lat.* N. 741.
[27] *Ob. cit.* II, 27, 71, 77 *ss.* Moisés escribió alrededor del año 440.

tiana, María. Después de un matrimonio de tres años se separaron para servir a Dios con voto de castidad; de sus dos hijos, el más joven se hizo anacoreta y el mayor prolongó la familia. Gregorio volvió a Armenia con Tiridates, pagano todavía, y comenzó a convertir el país, arrostrando los mayores peligros. Otras fuentes nos informan de que con él actuaba una santa mujer, Ripsima, que padeció el martirio, progresando la conversión rápidamente; antes de la persecución de Diocleciano, el año 302, Gregorio bautizó a Tiridates y a una gran parte del pueblo. Sobrevivió al concilio niceno, que por humildad no quiso visitar, y, a partir del año 332, pasó su ancianidad de anacoreta en una montaña que lleva el nombre de "cueva de Mania"; como sucesor en el episcopado o sacerdocio supremo colocó a su propio hijo, Aristacès. Murió desconocido, y fué enterrado por pastores; sólo mucho más tarde fué descubierto su cadáver y enterrado solemnemente en Tordán. Tiridates sobrevivió a Constantino y fué envenenado por instigación de un partido aristócrata, en el año 342. Pronto las guerras civiles y las intervenciones extranjeras llevaron la miseria y la confusión tanto a la realeza arsacídica como al sacerdocio arsacídico, igualmente hereditario.[28] Pero la acción de la conversión persistió bajo todas las dominaciones y el cristianismo, petrificado en el monofisismo, agrupa aún a los armenios, que se extienden hasta Austria, con excepción de los unidos a Roma, que parecen contar entre sus filas a los mejores y más cultos de la nación.

Esta era la situación de las vecindades amigas y enemigas de Roma en el Oriente. Las provincias asiáticas del Imperio gozaron en la época de Diocleciano y de Constantino de una paz que sólo brevemente fué interrumpida por las grandes guerras de Roma. La descripción de la vida de Siria y del Asia Menor en esta época constituiría el objeto de una investigación especial considerable. Limitaremos

[28] Queda muy dudoso si el ataque de Maximino Daza contra Armenia, mencionado por Euseb. *Hist. eccl.* IX, 8, ha tenido verdaderamente el significado de una guerra religiosa.

nuestra atención a un punto vulnerable, que durante siglos significó una vergüenza en el cuerpo del Imperio, el país de bandidos de Isauria, capítulo siempre presente en todas las historias de la época imperial.

Todavía más famosa fué la piratería y la trata de esclavos, bastante anterior, de los cilicios, que prosperan con la caída de los reinos de los diadocos y en el último siglo de la República son vencidos por el gran Pompeyo, después de haber ofrecido refugio y apoyo, durante largo tiempo, a toda la piratería del Mediterráneo. Ya por entonces[29] se señala como uno de los nidos de piratería a la vieja Isauria, nombre que se extendió a toda la región detrás de la propia Cilicia, una serranía abrupta de formación volcánica y altas cumbres, cuyas ciudades podían pasar mejor por fortalezas.[30] Ya sea que en estas tierras se conservara el vestigio de los tiempos de las guerras de los piratas o que la falta de vigilancia de la época imperial indujera a la población a reanudar su estilo de vida, lo cierto es que los isaurios representan en el siglo tercero una de las calamidades efectivas del Asia Menor meridional. En la época de los treinta tiranos,[31] creyeron conveniente proclamar emperador a uno de sus caudillos, Trebeliano, que tuvo su corte en Isauria, acuñó moneda y se sostuvo bastante tiempo en las abruptas montañas. No sabemos en qué forma uno de los generales de Galieno, Causisoleo, logró echarle el guante, pero lejos de significar su muerte el sojuzgamiento del país los isaurios resistieron con mayor firmeza por temor a la venganza del emperador romano. Bajo Claudio Gótico se emprendió un nuevo ataque contra ellos, al parecer con mucho mayor éxito; el emperador se proponía trasladar a los montañeses a Cilicia, mientras un servidor leal recibiría en propiedad la desolada Isauria, haciendo im-

[29] Floro III, 6.

[30] Plinio, *Hist. Nat.* V, 33 (o 27) conoce en el país vecino de los homonadas un *oppidio* y 44 castillos "escondidos entre los abruptos barrancos". Durante uno de los ataques, mencionados en el texto, los romanos deben haber conquistado y destruído a Isauria, si Ammian, Marc. XIV, 8, no se refiere ya a la destrucción por Sevilio Isaurico.

[31] *Hist. Aug.* XXX. Tyr. c. 25.

posible de este modo una nueva rebelión. Pero parece que la muerte prematura de Claudio hizo vano el proyecto y los isaurios se rebelaron con la misma osadía de antes. En los tiempos de Probo,[32] uno de esos capitanes piratas, Lidio, amenazó la seguridad de Licia y Panfilia; y no sólo pudo resguardarse contra todo ataque en la inaccesible Kremna (en Pisidia) sino también contra el hambre, sembrando y recolectando; a los desdichados moradores que él había desalojado y que el comandante romano quiso imponerle de nuevo, los arrojó desde lo alto de las murallas. Una vía subterránea conducía desde Kremna, por debajo del campamento romano, a un lugar alejado y escondido; de este modo sus huestes llevaban a la ciudad el ganado y las provisiones robadas, hasta que el enemigo cayó en la cuenta. Desde ese momento se vió obligado Lidio a reducir violentamente su propia gente, hasta llegar al número imprescindible; también quedaron unas cuantas mujeres, que eran propiedad común. Por último, su mejor artillero, con quien había reñido, se pasó a los romanos y disparó desde el campamento contra el vano de las murallas desde donde solía atisbar Lidio. El capitán de bandidos, mortalmente herido, hizo jurar a los suyos que no entregarían la fortaleza, lo que no impidió que quebrantaran su palabra en cuanto exhaló el último suspiro. Pero si con esta victoria quedó asegurada por cierto tiempo la Pisidia, la Isauria, que lindaba con ella por el este, siguió, como antes, en manos de los bandidos. Una fuente del tiempo de Diocleciano[33] nos habla sobre el particular con toda la claridad posible: "Desde los tiempos de Trebeliano se tiene a los isaurios por bárbaros y, como su país se halla enclavado en los dominios romanos, han sido rodeados, como si se tratara de una frontera enemiga, con un nuevo género de guardias fronterizas. El terreno es lo único que les protege, pues ellos mismos no poseen una fuerte organización ni son peligrosos por su bravura, no se destacan por su armamento ni son especialmente inteligentes; su única defensa es la inaccesibilidad de sus nidos de águila."

[32] Zosim. I, 67 y *ss.*
[33] *Hist. Aug. loc. cit.*

En ocasiones diversas podemos enterarnos, en el curso del siglo IV, de ese nuevo género de guardia fronteriza y de su táctica contra los bandidos.[34] El Imperio empleó para esta sola finalidad no menos que tres legiones y, más tarde, por lo menos dos; el cuartel general se hallaba probablemente en Tarso de Cilicia y en Side en Panfilia, la intendencia en Paleas, mientras que las tropas estaban acuarteladas en las villas y castillos del interior o formaban columnas volantes. Pero no se adentraban mucho por las montañas desde que se sabía que de nada servía la táctica romana en las escarpadas en cuanto se arrojaban peñascos desde arriba. Había que esperar a los isaurios en campo abierto, en el curso de sus correrías por Cilicia, Panfilia, Pisidia y Licaonia; entonces era fácil vencerlos y aniquilarlos, o se les enviaba a las luchas con las fieras de los anfiteatros de las grandes ciudades como, por ejemplo, Iconium. Pero ni siquiera fué posible asegurar del todo las playas de Cilicia; se desató de nuevo el viejo temperamento pirata cuando los montañeses tuvieron en su poder durante algún tiempo (por ejemplo, hacia 353) algunos trozos de costa, obligando a toda la navegación a buscar refugio en la isla de Chipre, que se hallaba enfrente. No les pareció cosa demasiado atrevida sitiar la importante Seleucia Traquea, la segunda ciudad de Cilicia; sólo una fuerte tropa romana pudo forzarles la retirada. Pero se logró, por fin, encerrarlos en sus montañas durante varios años, gracias a un sistema de trincheras y defensas campestres, hasta que en el año 359 irrumpen de nuevo en grandes bandadas y siembran el terror por el país con sus devastaciones; parece que fueron sosegados con amenazas adecuadas más que con castigos. Del año 368 se nos cuenta una nueva irrupción sobre Panfilia y Cilicia, donde asesinaron a mansalva. Una formación de tropas ligeras romanas, que llevaba a su cabeza a uno de los supremos funcionarios del Imperio, el neoplatónico Musonio, fué sorprendida en una garganta estrecha y aniquilada. Después de esta hazaña se les persiguió sin tregua de lugar a lugar, hasta que tuvieron que pedir la paz,

[34] *Notitia dignitatum* etc. c. 26, con notas de Böcking. Ammian. Marcell, XIV, 2. 8; XIX, 13; XXVII, 9. Zosimo IV, 20; V, 20. 25.

que obtuvieron a cambio de rehenes. Una de sus localidades mejores, Germanicópolis, llevó, como de costumbre, las negociaciones; no se habla de cabecillas o príncipes importantes. Ocho años después, vuelven a levantar cabeza en tiempos de Valente; hacia el año 400 el general Fravito tiene que limpiar de bandidos Cilicia; en el año 404 el general Arbazacio vence a los isaurios pero se deja sobornar por ellos y durante muchos años siguen haciendo de las suyas. Así marchan las cosas hasta muy entrada la época bizantina, con ataques, defensas y sometimiento aparente. La pequeña y poco poblada nación debió de ser completamente bárbara; los romanos se acercaron a ellos, como es natural, únicamente como enemigos, si bien es de lamentar que no se haya conservado ninguna descripción de la situación política, moral y religiosa de esta gente singular. Su relación con Roma debía de ser parecida en muchos aspectos a la de los cherqueses con Rusia pero diferente en los puntos principales. Isauria había sido helenizada por lo menos superficialmente y más tarde fué rebarbarizándose poco a poco; pero que tal cosa pudiera suceder sin más, es bastante revelador de la situación interior del Imperio romano en más de un aspecto. Dirijámonos ahora a la ribera meridional del Mediterráneo.

Entre los países más desdichados del Imperio volvemos a encontrar a Egipto, donde Diocleciano se ganara un triste renombre por la represión cruel de una de aquellas rebeliones en que es tan rica la historia de Egipto desde que fué conquistada por el hijo de Ciro.

El sentimiento de los romanos con respecto a Egipto presenta una singular dualidad; al desprecio profundo y la vigilancia rigurosa de los nativos —lo mismo de los egipcios que de los griegos y judíos de las colonias— se une la veneración por los recuerdos y monumentos de la época faraónica, vieja de milenios, y por los vestigios, todavía vivos, de la misma. Nos referimos a aquella misteriosa religión sacerdotal, cuyo culto de Isis, cuyos símbolos, consagraciones y artes mágicas, era de lo que menos podía prescindir el mundo ro-

mano tardío. El mismo prefecto epistratega romano, que acaso gobierne al pueblo con crueldad y predatoriamente, peregrinará a la Tebas de cien puertas y a File, y hará inscribir su nombre en el pedestal de la estatua de Memnón,[35] después de asegurarnos que ha oído su voz famosa a la salida del sol. También la curiosidad profana de los viajeros y de los arqueólogos, y el anhelo romántico de la gente culta estaban dedicados en gran medida al país de antiquísima cultura. En estos lugares se desenvuelven las novelas de Jenofonte de Efeso y de Heliodoro; en las abigarradas historias de sus amantes Antia y Habrocomes, Teágenes y Clariquea, las partidas de bandoleros egipcios desempeñan un papel parecido al que los escritores modernos atribuyen a los bandidos italianos, para no hablar de la novela simbólica de Sinesio, que recubre acontecimientos del tiempo de Arcadio con ropaje del viejo Egipto. "Todo lo que se cuenta de los egipcios —dice Heliodoro— interesa muy especialmente a los oyentes helénicos." [36] También en las artes plásticas se había puesto de moda lo egipcio, gracias especialmente a Adriano, y todavía mucho más tarde gustaban los paisajes egipcios, poblados de animales maravillosos, de embarcaciones, de jardines y monumentos en las playas animadas por el Nilo, poco más o menos como nuestra moda se ha servido algunas veces de los asuntos chinos. De este tipo es el mosaico famoso de Palestina.

Pero las relaciones efectivas eran serias y terribles. Viejos pueblos civilizados que, después de un pasado glorioso, han caído en manos extranjeras, de conquistadores relativamente más bárbaros, y que pasan durante siglos de mano en mano, cobran poco a poco una fisonomía que al dominador extranjero se le figura de taimada maldad, aunque sólo en parte pueda merecer este nombre. El co-

[35] Böckh, *Corpus inscr. graec.* III, fasc. II, donde está indicado todo el álbum petreo de la estatua de Memnon, etc. Cf. también Nr. 4699. — Las más importantes inscripciones latinas en Orelli, Vol. I, § 8. — Sobre el interés de los romanos por Egipto cf. especialmente Friedlaender, *Sittengeschichte Rom's*, Vol. II, pp. 79 *ss*.

[36] Aethiop. II, 27. Αἰγύπτιον γὰρ ἄκουσμα καὶ διήγημα πᾶν ἑλληνικῆς ἀκοῆς ἐπαγωγότατον.

mienzo lo representa la conquista persa, que amargó de manera espantosa y duradera a los egipcios, no sólo por el sometimiento y la opresión sino por el desprecio de que fué objeto su vieja religión. El sencillo culto de la luz de los persas chocó con el enorme mundo de divinidades semianimales de los egipcios; para los persas era impuro lo que para los egipcios era sagrado. De aquí aquellas insurrecciones sin cuento, que no podían contenerse con ríos de sangre. Los dominadores griegos, que siguieron a los persas, no trajeron consigo ninguna escisión semejante; su fe helénica no buscaba en el politeísmo del cercano Oriente y de Egipto las divergencias sino, por el contrario, se aplicaba a encontrar afinidades. Para Alejandro Magno, Ammón es lo mismo que Zeus, a quien considera como progenitor suyo; y si los griegos no habían dudado que su Apolo era una misma cosa que el Horus egipcio, su Dionysos lo mismo que Osiris, y su Démeter lo mismo que Isis, ahora se encuentra algo parecido para la mitad del Olimpo. Ptolomeo, el hijo de Lago, a quien en el reparto de la gran herencia entre los generales le había correspondido el Egipto, y lo mismo sus sucesores inmediatos, que instituyeron el Imperio Nuevo,[37] se esforzaron por condescender con los egipcios en algunos aspectos. No les interesaba aquella brutal manera persa de pisotear, sin necesidad, toda característica nacional, provocando así las sublevaciones más desesperadas; se apoyaron en un estado funcionario y militar compacto, bien organizado, y ejerciendo toda la presión que fué necesaria para allegar a las cajas del rey todo el dinero del país, en el que, a pesar de los trescientos mil soldados y los cuatro mil navíos, quedaban todavía inactivas sumas increíbles. Se respetaron las viejas divisiones agrarias del país en *nomos*; su mismo sistema de castas carecía de peligros, ya que no existía ninguna casta militar de los nativos; se protegió y cuidó a los sacerdotes y sus jerarquías sagradas, hasta con una solemne participación propia, pero haciéndoles pagar al mismo tiempo impuestos considerables. Ptolomeo Evergetes construyó el magnífico templo de Esne, con un estilo que apenas si se desvía del viejo; los reyes y

[37] Cf. Droysen, *Geschichte des Hellenismus* Vol. 2.

su dinastía se hicieron embalsamar y hasta adorar, junto y por encima de Isis y Osiris, como dioses "providentes". Era éste el símbolo más claro de una amalgama que se fué consolidando cada vez más, porque los griegos no se encerraron ya en factorías sino que vivían dispersos por el país, en medio de los egipcios. De todos modos, la nueva ciudad cosmopolita, Alejandría, fué predominantemente helénica; de ella irradiaba el helenismo, que se había hecho ya cosmopolitamente comunicable, en todo su resplandor. Durante cierto tiempo no hubo otra ciudad en el mundo que pudiera compararse a ella en magnificencia y en actividad exterior intelectual, pero tampoco ninguna otra conocía un grado tal de corrupción como esta Alejandría donde tres pueblos distintos (contando también a los judíos), perdida su vieja idiosincrasia nacional, tenían que ser gobernados con medios policíacos.

Cuando después de la victoria de Accio Augusto tomó posesión[38] del país, que entre tanto había decaído un poco, éste se vió reducido a la condición de granero y dominio rico de Roma. Ninguna otra provincia fué tan vigilada tanto en razón del peligroso espíritu nacional y de los escabrosos vaticinios como por su importancia extraordinaria. Ningún senador ni caballero romano podía visitarla sin permiso imperial; el cargo de prefecto de Egipto era uno de los de máxima confianza, porque en ninguna otra parte se trataba de evitar con mayor celo el desmembramiento y la usurpación. Claro que había que concederle grandes poderes; su aparato exterior debía recordar a los egipcios la vieja realeza, por lo menos en sus imponentes visitas oficiales. Se le veía seguido de un gran cortejo, que comprendía también sacerdotes, navegando aguas arriba y abajo del Nilo en aquellas naves doradas inventadas por el lujo de los Ptolomeos. A partir del prefecto, la jerarquía de los funcionarios se ordena casi en la misma forma que en tiempos de los Ptolomeos; del pueblo apenas si se habla, y no sabemos si elegía a los funcionarios más modestos y si se reunía para alguna otra finalidad que no fuera la de acordar homenajes al emperador. Las tropas que tenían que vi-

[38] Cf. Varges, *De statu Aegypti provinciae rom.*, Gottinga, 1842.

gilar el país contra enemigos de dentro y de fuera, son muy pocas, aun teniendo en cuenta el ahorrador sistema romano; muy poco después de Augusto tenemos, para ocho millones de habitantes (entre ellos un millón de judíos), a lo más veinte mil soldados. Los romanos, lo mismo que más tarde los árabes, reconocieron el extraordinario valor estratégico de la región en torno a la vieja Menfis, allí donde el Nilo empieza a dividirse; por eso había siempre una legión acuartelada en Babilonia, el viejo Cairo de ahora. En los períodos de paz los soldados tenían que dragar los canales, secar los pantanos, etc.; Probo los empleó hasta para construir templos y otros edificios suntuosos. La administración del país no debía costar demasiado si había de rendir los beneficios esperados. Roma los procuró a base de enormes contribuciones; había que entregar al estado, como impuesto sobre la tierra, una quinta parte de toda la producción de trigo (como en los tiempos de los faraones) o un equivalente en dinero (si no se trataba, conjuntamente, del diezmo doble y del impuesto sobre la renta). Tampoco las propiedades de los templos se hallaban libres de esta contribución. Además de los tres millones y medio de fanegas de trigo que salían anualmente del país en esta forma, tenemos las capitaciones y grandes impuestos de aduanas, que aportaban más que en tiempos de los Ptolomeos, porque poco a poco todo el Imperio romano se había acostumbrado a ciertas mercancías de la India que, en su mayor parte, se transportaban a través de Egipto. Se mencionan los castillos aduaneros desde la desembocadura del Nilo hasta el alto Egipto y el Mar Rojo; los administradores eran egipcios, acaso porque nadie más apto que ellos para este odioso menester. En cuanto a las minas, acaso sólo la más pequeña parte servía para el estado; los minerales más preciosos de Egipto, la esmeralda de Coptos, el granito rojo de Siene, el pórfido de las montañas claudianas, servían al lujo de los vestidos y de las construcciones; junto a los árabes, que tenían una habilidad especial para encontrar las vetas, trabajaban miles de condenados.

Por lo que se refiere a las ocupaciones y a la situación económica del pueblo, hay que suponer que el Egipto superior y el medio,

en la medida en que estaban regados por el Nilo, se hallaban dedicados a la agricultura, y que la animada fabricación de tejidos de toda clase y de artículos de cristal y de alfarería se limitaba al bajo Egipto, donde el delta, con sus tierras adyacentes, ofrecía además las condiciones mejores para la agricultura. Tenemos que figurarnos a las grandes ciudades antiguas del alto Egipto como bastante abandonadas, y reducidas a sus templos y palacios indestructibles;[39] por lo menos la fundación tardía de Ptolemais (en Girgeh) llega a igualarlas y estaba a la misma altura de la Menfis de entonces, lo que acaso no quiere decir mucho. En su mayor parte, la población del bajo Egipto era, a lo que parece, gente asalariada, desposeída y de pocas necesidades, y su laboriosidad, por lo menos en Alejandría, fué celebrada por el emperador Adriano:[40] "Aquí nadie está ocioso; unos fabrican cristal, otros papel; otros son tejedores; cada cual pertenece a algún oficio y lo reconoce; también los ciegos y los atacados de la podagra encuentran ocupación, y ni siquiera los que tienen las manos impedidas se hallan sin hacer nada." No podemos saber si a esto iba unida una gran fragmentación de la propiedad territorial o, por el contrario, su acumulación en pocas manos, puesto que ignoramos, por ejemplo, cuál era la extensión de los bienes de los templos y de los dominios imperiales en el bajo Egipto; por lo demás, aquellos impuestos tremendos habían convertido también a la propiedad libre en sometida de hecho.

Junto a esto, se nos describe un distrito de los alrededores de la actual Damieta, la llamada Bucolia,[41] en la que una vieja población,

[39] Ya Germánico no encuentra de Tebas más que los *magna vestigia*. Tac. *Ann.* II, 60. Iuvenal XV, 6. Ammian. Marc. XVII, 4.

[40] *Hist. Aug.* Saturnin. 8. — En la región mareótica cerca de Alejandría, Sócrates encuentra todavía en el siglo V *(Hist. eccl.* I, 27): "muchas y muy pobladas aldeas con preciosas iglesias".

[41] Dio Cass. 71, 4. Heliodoro I, 5 *ss.*, 28 *ss.*; II, 17 *ss.*; también VI, 13. El novelista que, sin duda, conocía Egipto, nos puede servir en este caso como fuente. Escribió probablemente en el siglo cuarto y utiliza las concepciones de esta época, a pesar de que la acción de su novela se desarrolla bajo el dominio de los persas. En una época muy anterior se conoce al "rey del pantano" Amyrteos y la frase de Tucidides (I, 110): μαχιμώτατοί εἰσι τῶν Αἰγυπτίων οἱ ἕλειοι.

acaso abandonada durante siglos, se había especializado en el bandidaje. El Imperio consiente que en Italia misma prosperen las partidas de bandoleros; ante la poderosa mirada de Septimio Severo[42] y de su victorioso ejército, el genial Bulla Felix estuvo devastando toda la Vía Apia durante dos años sin más que seiscientos hombres; hacia unos veinte años más tarde,[43] se nos menciona, como de pasada, una rica dinastía de bandidos en la ribera genovesa, en Albenga, que podía tener a su servicio hasta dos mil esclavos armados. Ya hemos hablado de Isauria y de la situación allí tolerada. Ya Marco Aurelio se vió obligado a hacer la guerra a los egipcios de Bucolia. "Se rebelaron, dice Dión, e incitaron a los demás griegos a que se separaran de Roma; estaban acaudillados por un sacerdote y por Isidoro. Sorprendieron a un capitán romano cuando, disfrazados de mujer, se le acercaron a ofrecerle oro en rescate de sus maridos; le asesinaron, lo mismo que a sus acompañantes, juraron una alianza sobre las entrañas y luego se las comieron... Vencieron a los romanos en combate abierto y se hubieran apoderado de Alejandría a no ser porque Avidio Casio, que acudió desde Siria, acertó a sujetarlos sembrando la división entre ellos, pues no se podía pensar en una lucha contra toda la masa enloquecida."

No eran acaso más de unos cuantos miles de bucolios y, tratándose de la historia del Imperio romano, podríamos prescindir muy bien de esta anécdota si en tales materias lo decisivo fuera el número. Si no fueran tan escasas las fuentes de la historia provincial, conoceríamos de seguro en todo el Imperio a otras muchas poblaciones antiguas, oprimidas y rebarbarizadas. El nombre de bucolios, pastores de vacas, nos hace sospechar que se trata de los restos de la vieja casta de este nombre; pero, probablemente, ya no pastoreaban vacas, fuera de las que robaban. Uno de los brazos centrales del Nilo alimentaba, no lejos del mar, un gran lago, cuya pantanosa

[42] Dio Cass. 76, 10. La insolencia de los bandidos sirios, 75, 2. Un distrito de bandidos sirios alrededor de Apamea, Ammian. Marc. XXVIII, 2.

[43] *Hist. Aug.* Proculo 12. — Sobre los kostobocos en Grecia, Pausan. X, 34, 2.

junquera constituía la sede o por lo menos el saliente habitado por estos parias, acaso el lugar más insano de Egipto, que por eso nadie les disputaba. Aquí vivían, en barcas o en islotes con cabañas; ataban a los niños con cuerdas, para que no cayeran al agua. Había caminos abiertos que dejaban paso a sus barcas y nadie, fuera de ellos, podía acertar en aquel laberinto. También se nos informa de aldeas de bandidos, aunque es posible que se trate de estas instalaciones en el lago. A estos bucolios se solían juntar todos los que tenían cuentas con las autoridades; la historia que nos refiere su rebelión en tiempos de Marco Aurelio nos instruye sobre las costumbres que allí se criaron; ya el simple aspecto de la gente, con sus cabellos hasta los ojos y por la espalda, era terrible.[44] ¡Qué contraste en un espacio de pocas jornadas! La rica Alejandría industrial, el estado pantanoso de los bandidos y, por el oeste, en el lago Mareótico, los últimos colonizadores judíos y, ya cerca de los desiertos nitrosos, los primeros cristianos. Los bucolios nada quisieron saber del cristianismo; a fines del siglo IV no había ningún cristiano entre estos bárbaros salvajes.[45]

Pero ya es hora que nos ocupemos del carácter y de la suerte especial que conocieron los egipcios en los últimos tiempos de Roma.

Dice Amiano[46] que los egipcios se avergüenzan cuando no pueden señalar en su piel seca y morena las cicatrices ganadas por haberse resistido a pagar los impuestos. No se ha podido inventar ninguna tortura física capaz de obligar a ningún endurecido ladrón egipcio a confesar su nombre. Esta era la actitud de las clases bajas frente a las autoridades: en cualquier calamidad general, ya fuera la guerra o la mala cosecha, la queja iba contra el gobierno; el estado de ánimo de la masa era de perpetua revuelta y lo hubiera sido también contra mejores gobernantes. En tiempos normales esto se manifestaba por una burla enconada, que estallaba en medio de las adulaciones más desorbitadas. Una honorable matrona romana,[47] que

[44] Una alusión, de pasada, a analogías con las condiciones de la India moderna.

[45] Hieronym. *vita S. Hilarion.* 43.

[46] Ammian. Marc. XXII, 16, cf. XXVIII, 5 y XXI, 6.

[47] Séneca, *Consol. ad. Helv.* 17. — Esta afición a la burla es también la

tuvo que vivir en Egipto como esposa de un prefecto, no apareció en público durante trece años ni dejó entrar en su casa a ningún egipcio para pasar así inadvertida; pero quien no supiera protegerse de este modo tenía que aguantar las palabras y las coplas más procaces; cosas[48] que a los alejandrinos podrían parecerles muy lindas pero que eran muy molestas para los interesados. En tiempos de Caracalla llegaron a extremos odiosos; el emperador se vengó con una matanza de varios miles, premeditada desde años. Augusto y Nerón[49] habían procedido con mayor prudencia, pasaron por alto las burlas de los alejandrinos y gozaron de su talento para la adulación y el aplauso.

Pero no sólo frente a las autoridades sino también entre ellos mostraban los egipcios una gran necesidad de disputa y de pelea, es decir, una afición sin par a los procesos. En tal ocasión se podía ver a estos hombres tan correctos *(moestoires)* inflamarse de cólera y vomitar insultos por naderías como la de no haber respondido a un saludo, no haber cedido sitio en los baños[50] o cualquier otra presunta ofensa a su quisquillosa vanidad. Como la menor provocación podía servir para que estallara la fermentación interna de miles de hombres enconados, siempre existía un peligro general en estos negocios, y el funcionario que tenía a su cargo asegurar la tranquilidad y la obediencia podía justificar fácilmente ante el emperador una represión completamente inhumana. Ya se sabía que no se restablecería la tranquilidad si no se derramaba sangre.[51] Caracteriza muy bien a la ciudad de Alejandría el que en ella, antes que en cualquier otro lugar, quizá en tiempo de los Ptolomeos, las facciones en pro y contra de los corredores del hipódromo[52] solían derivar regularmente en el asesinato.

queja que se repite constantemente en el discurso 32 de Dión Crisóstomo, que trata del estado de Alejandría en el primer siglo después de Jesucristo.

[48] Herodian. IV, 9.

[49] Sueton. Aug. 97. Nero 20.

[50] *Hist. Aug.* XXX. Tyr. 22, Firmus 3 *s.* Saturninus 7 *s.*

[51] Sócrates, *Hist. eccl.* VII, 13.

[52] Philostratus, *Vita Apollon.* V, 26.

Hay una cosa que, más que nada, puede incitar a viejas naciones incomprendidas y maltratadas a una rebelión insensata: la vieja religión que, si bien degenerada y habiendo perdido toda inspiración moral, ocupa, sin embargo, el lugar del perdido vínculo nacional. Así, entre los egipcios, su paganismo primero, y más tarde su cristianismo, han sido el canal por donde ha derivado su cólera difusa y reprimida. Había una necesidad de alboroto fanático; el tiempo y la ocasión hacían el resto. La Roma pagana se guardaba muy bien de dar el menor pretexto; al visitar el país, los emperadores asistían a las consagraciones y sacrificios; en sus estatuas se presentan como los viejos reyes egipcios, con inscripciones: "el que vive eternamente", "el amado de Isis", "el amado de Phtha"; construyeron o se les dedicaron templos, otros fueron terminados por ellos.[53] Pero dentro de Egipto mismo había motivos suficientes para la cizaña religiosa por los celos entre templo y templo, cosa que se manifestaba especialmente por los partidos en favor de los animales sagrados. Juvenal y Plutarco nos han ofrecido con este tema cuadros de género que leeríamos con el mayor placer si no fuera porque la sombra del pueblo civilizado más viejo de la tierra tiene siempre algo de venerable que no se puede ver sin pena rodando por los suelos.[54] En una ciudad, la ortodoxia no se opone a que se coma el mismo animal que en otra es adorado; en Cinópolis (ciudad de los perros) es matado un esturión, lo que los de la ciudad de Oxirinco (ciudad del esturión) desfacen sacrificando un perro y comiéndoselo; por este motivo surge entre las dos localidades una guerra sangrienta que los romanos tienen que dominar con mano dura. Hasta aquí Plutarco; en la descripción que nos hace Juvenal del ataque de los tentiritas a la ciudad de Ombos, que se encuentra totalmente desprevenida, entregada a la embria-

[53] El uso de los jeroglíficos fué notorio hasta Caracalla; se seguían comprendiendo durante todo el siglo quinto. — Cf. la introducción a la sección correspondiente en la obra de Böckh, *Corpus inscr. graec.* III, fasc. II.

[54] Juv. *Sat.* XV. — Cf. Plutarco, *De Iside et Os.* 72. — Hieronym., *Adv. Jovinian.* II, 7. — Los dos animales, de los que se habla aquí, pertenecen, según Estrabón XVII, 1, a los animales idolatrados en todo el país, y no a los animales sagrados de un distrito.

guez de la fiesta, no sólo encontramos mutilaciones espantosas y asesinatos sino que se distribuyen también los trozos de un cadáver, como en el caso de los bucolios antes relatado.[55] Fácilmente se podría formar la leyenda de que la sabiduría de un viejo rey había impuesto diferentes cultos animales a las diversas localidades porque, sin las luchas promovidas por este motivo, no hubiera sido posible sujetar a este pueblo inquieto y grande. Cuando nos ocupemos del paganismo tendremos ocasión de referirnos a esta religión poderosa, a sus sacerdotes y magos y a su orgullosa relación con el paganismo greco-romano.

El lenguaje egipcio,[56] que pervive todavía, y que más tarde se prolongó en el idioma copto, no era ya por entonces el vehículo esencial de esta religión. Gentes de todas las partes del Imperio se entregaron celosamente a las supersticiones de moda. La Alejandría predominantemente griega, contaba en sus factorías y en el puerto con una plebe tan fanática como cualquiera otra del Nilo, como pronto experimentaron los cristianos. Un año se anticipó en esta ciudad la persecución de Decio (251),[57] pues un adivino había excitado a la población con bárbaras improvisaciones. También tropezamos con ese refinamiento de la tortura propio de los pueblos oprimidos; se pica en la cara y en los ojos a los perseguidos con punzantes hierros, se los arrastra por el suelo, se les arrancan los dientes, se les quebrantan los miembros, etc., para no hablar del tormento judicial.[58]

Los romanos sentían una repugnancia especial por todo el carácter de este pueblo; en cualquier parte del Imperio que tropezara

[55] Cf. los excesos de los judíos en Egipto y Cirenaica bajo Adriano, Dio Cass. LXVIII, 32.

[56] Este era, todavía, el idioma dominante en el país. Cf. *Hechos de los Apóstoles* XXI, vers. 37 *s.* También los egipcios de la nobleza se limitaron al uso de su idioma y utilizaban intérpretes para el trato con los griegos. Así, por ejemplo, San Antonio, cuyo conocimiento de la Biblia nos permite hacer deducciones sobre la antigüedad de la traducción egipcia de la Biblia. Cf. Athanas., *Vita S. Anton.* col. 473 *s.*

[57] Euseb., *Hist. eccl.* VI, 41.

[58] Detalladamente narra Sócrates, *Hist. eccl.* VII, 15, cómo todavía en la era cristiana, en el año 415, la filósofa Hipatia fué lapidada y su cadáver descuartizado.

uno con viajeros egipcios[59] "se podía contar con la mayor torpeza porque son de por sí mal educados". Era intolerable su desvergonzado gritar ante los funcionarios, así se tratara del emperador. Por eso, no se tenían muchas contemplaciones cuando se trataba de hacerlos entrar en razón. Dentro del infortunio general del Imperio a partir de mediados del siglo tercero, con el cúmulo de guerras y pestes que despoblaron la tierra, este país conoció todavía una desdicha particular.

Ocurrió en tiempos de Galieno (254-268) que el esclavo de un funcionario alejandrino[60] fué castigado a latigazos a la manera militar porque (sin duda, con sarcasmo egipcio) había dicho que sus sandalias valían más que las de los soldados. La plebe tomó partido y se arremolinó una gran masa ante la residencia del prefecto Emiliano, sin que se supiera al principio de qué se trataba. Pronto cayeron piedras, salieron a relucir las espadas, y el tumulto y la furia crecieron sin límite; o bien el prefecto era la víctima de la plebe o (si se hacía dueño de la situación con un gran esfuerzo) tenía que temer la destitución y el castigo. En esta situación se proclamó emperador, a lo que parece por petición de las tropas, que odiaban al indolente Galieno y necesitaban frente a los bárbaros que amenazaban el país un caudillo que estuviera libre de pequeñas responsabilidades. Recorrió Egipto, sometió a los pueblos en revuelta y cobró el impuesto de granos; había que esperar una salvación como la que encontró por entonces el Occidente con Póstumo y sus sucesores. Pero cuando Emiliano se preparaba a una expedición por el Mar Rojo, Egipto le entregó al general Teodoto, enviado por Galieno, quien lo envió prisionero a su señor. Acaso fué estrangulado en la cárcel Tulia de Roma, en el mismo lugar en que Yugurta sucumbió a la huelga de hambre.

No sabemos si el país sufrió todavía la venganza de Galieno. En todo caso, no le sirvió para mucho, pues muy pronto vuelve a

[59] Eunap. *vitae philoss.*, sub Aedesio.

[60] *Hist. Aug.* XXX. Tyr. 22, y Gallien. 4. Los motivos casi siempre quedan obscuros.

perder Egipto (261),[61] si bien por poco tiempo, pero en unas circunstancias espantosas que no más podemos presumir. Durante un año es Macriano señor del Oriente; tampoco conocemos las luchas que hubo por entonces en Alejandría y entre quiénes; pero el obispo Dionisio describe cómo la ciudad ha quedado desconocida después de todos estos horrores, y cómo la gran calzada, quizás aquella de treinta estadios de larga, se halla tan yerma como los desiertos del Sinaí, y cómo en el puerto parado de la ciudad el agua se halla tinta en sangre y el próximo canal del Nilo rebosando cadáveres.[62]

Otra vez vuelve Galieno a hacerse dueño de la situación, pero bajo sus sucesores Claudio Gótico y Aureliano, la gran reina de Palmira, nieta de los Ptolomeos, se apodera de Egipto y de Alejandría por lo menos dos veces.[63] Como en otras provincias, es por entonces cuando se manifiesta el último movimiento nacional de grandes proporciones de este pueblo, por lo demás poco belicoso y envejecido; se toma partido en pro y en contra de Zenobia, milicias populares refuerzan, según parece, a las tropas de ambos bandos. Resultan vencedores los de Palmira; pero no mucho después cae su propio reino por la gran campaña de Aureliano (273). El partido palmirino, enemigo de Roma, no podía esperar ya más que un duro castigo; apoyado probablemente en la desesperación de este partido, un rico seléucida residente en Egipto se proclama emperador: Firmo. El único escritor que se ocupa del asunto[64] nos promete no confundir a los tres Firmos que figuraban por entonces en Africa; pero nos pinta al usurpador de Egipto con perfiles tan fantásticamente dispares que creemos tener que distribuirlos entre varios hombres. Su Firmo cabalga sobre avestruces y puede digerir todo un avestruz y

[61] Manso, *Das Leben Constantin's*, p. 468, cree que la sublevación de Emiliano hay que colocarla en el año 263, y cita para ello, seguramente por descuido, *Hist. Aug.* Gallien., cap. 9. Del cap. 4, *ibid.*, se puede deducir lo contrario, es decir, que este acontecimiento es anterior a 259, o sea anterior a la sublevación de Póstumo.

[62] En Euseb., *Hist. eccl.* VII, 21 y 23. Valesio refiere esta descripción a los acontecimientos de la época de Emiliano.

[63] Zosim. I, 44.

[64] *Hist. Aug.* Firmus 2 *ss.* y Aureliano 32.

carne de hipopótamo, para no hablar de su familiaridad con los cocodrilos. Se deja colocar un yunque sobre el cuerpo para aguantar así los golpes de martillo. Este mismo es el amigo y compañero de Zenobia y uno de los comerciantes y fabricantes más ricos de Egipto. Con lo que le producen sus fábricas de papel podría, según dice, sostener un ejército; tenía grandes contratas de suministro con los árabes, lo mismo que con los blemmyer, que hacían de intermediarios en el comercio hacia el Mar Rojo y con el Africa interior; sus navíos marchan con frecuencia a la India. Por todas partes la púrpura imperial es revestida por oficiales, nobles de la provincia y aventureros de toda suerte y resulta muy característico de Egipto que también el gran comerciante haga la prueba luego que la guerra incesante le ha puesto a punto de la ruina.

Pero Aureliano quería acabar rápidamente con el "ladrón del trono"; ganó una batalla y lo sitió en Alejandría.[65] Parece que Firmo se mantuvo bastante tiempo con su partido en la región de la vieja fortaleza real, Bruquion; por lo menos le pareció oportuno a Aureliano, después que apresó y mató a Firmo, arrasar aquella magnífica fortaleza.[66] Cayó en escombros el palacio de los Ptolomeos, el museo donde confluían todos los recuerdos espirituales de la baja helenidad y las columnas gigantes de los propileos que sostenían una inmensa cúpula; para no mencionar los teatros, mercados, jardines, etc. ¿Se trataba de pura venganza o se inspiró en razones estratégicas? No hay que olvidar que algunas regiones del Imperio podían pasar hambre si el Egipto sublevado, como ocurrió con Firmo, impedía la exportación. Pero siempre quedará como un triste signo de dominadores y dominados el que haya que llegar a tales sacrificios extremados para arrebatar a una ciudad la posibilidad de la rebelión y de la defensa.

Entre los egipcios esta acción operó como una provocación más. En tiempos de Probo (276-282), o ya antes, llegó al país uno de los generales más capaces, el galo Saturnino, a quien los atrevidos

[65] Matter, *Hist. de l'école d'Alexandrie* I, p. 300.
[66] Strabo XVII, 1.

alejandrinos saludaron en seguida como emperador. Indignado Saturnino, se sustrajo a la tentación marchando a Palestina; pero como no conocía la magnanimidad de Probo,[67] se consideró perdido y se vistió entre lamentos el manto purpúreo de una imagen de Afrodita, mientras era adorado por los suyos. Su consuelo sería que, por lo menos, no moriría solo. Probo tuvo que enviar un ejército; contra su voluntad, el desgraciado usurpador fué estrangulado cuando cayó prisionero. Más tarde Probo tuvo que hacer una vez más la guerra en Egipto, porque la tribu nubia de los blemmyer, peligrosa desde hacía tiempo, se había apoderado de una parte del alto Egipto, es decir, de la citada Ptolemais en el Nilo, de acuerdo con los habitantes, rebeldes pertinaces. Esa tribu, gente morena y temible del desierto,[68] tenía en sus manos el transporte desde los puertos del Mar Rojo hasta el Nilo; había sido siempre imposible someterlos o aniquilarlos y no hubo más remedio que entrar en componendas con ellos. También esta vez los generales romanos se hicieron dueños de la situación, aunque no sin apelar a duros castigos. Pero bajo Diocleciano se desmiembra de nuevo Egipto, esta vez por toda una serie de años; mientras, los emperadores tratan de rescatar Britania desde la Galia, apenas dominada, luchan contra un usurpador en Cartago, contienen los ataques de los mauritanos y sostienen la guerra en todas las fronteras. Mientras los blemmyer se apoderan una vez más del alto Egipto, se proclama Augusto, en Alejandría, un personaje por lo demás desconocido, L. Elpidio Aquileo (286).[69] Sólo después de diez años (296) estuvo Diocleciano en situación de intervenir. Desde Palestina marchó a Egipto, acompañado[70] de Constantino, por entonces de veintidós años y con una figura mayestática que eclipsaba la del

[67] *Hist. Aug.* Saturnin. 11.

[68] Avienus, *Orbis terr. descr.* vs. 329. — Gibbon, cap. 13, no aprecia como se debe las dificultades de una lucha contra tales pueblos, a los que no es posible combatir con un gran ejército.

[69] Probablemente un egipcio; su nombre recuerda al tristemente célebre ministro de los últimos Ptolomeos, al patriarca de Alejandría, elegido en 311, y otros del mismo nombre.

[70] Según los títulos del edicto de Galerio (en Euseb., *H. E.* VIII, 17) parece que también éste se hallaba presente.

emperador a los ojos de los hombres. Una vez más un largo asedio, de ocho meses, de Alejandría, con la destrucción del acueducto y, luego de muerto Aquileo, un nuevo castigo ejemplar. Se entrega la capital al saqueo del ejército, probablemente muy enfurecido, se destierra a los partidarios del usurpador y se cuelga a toda una serie de personas. Al montar Diocleciano a caballo, dice la leyenda, mandó matar hasta que la sangre llegara a las ancas; pero no lejos de la puerta resbaló el animal sobre los cadáveres y sangró de las rodillas, con lo que se dió orden de parar la matanza.[71] Un caballo de bronce recordaba durante mucho tiempo el lugar. En el Egipto medio se arrasó por completo la ciudad de Busiris. No le fué mejor a los del alto Egipto; en él el rico emporio de Comtos, donde los blemmyer habían fijado sus residencias, padeció la misma suerte que Busiris.[72] Pero en esta ocasión Diocleciano (como dice Eutropio y lo calla su colaborador cristiano Orosio) tomó muchas medidas sensatas que luego tuvieron validez permanente. Suprimió, sin duda por alguna razón, la vieja división por distritos y la organización del país que procedía de Augusto, y lo distribuyó en tres provincias, siguiendo la organización de los otros dominios del Imperio.[73] Se cuidó de la seguridad del tráfico comercial trayendo desde el gran oasis otra tribu africana, los nobatos, para enfrentarla a los blemmyer, poniéndola a sueldo del Imperio y concediéndole una región poco rica más allá de Siene, donde habría de habitar como salvaguarda de la frontera.[74] No era culpa de Diocleciano si medidas de este tipo se habían hecho necesarias por el agotamiento de los ejércitos y de la caja pública y si había que pagar a los nobatos y a los blemmyer una especie de tributo. Pero es muy al estilo de Diocleciano el modo como se los tomó a servicio; en la isla fronteriza de File, que fué nuevamente fortificada, se construyeron templos y altares para consagraciones

[71] Malalas, I, XII, ed. Bonn, pag. 309.

[72] Euseb., *Chron.* y Zonaras XII, 31, creen que la catástrofe de estas dos ciudades corresponde a una campaña anterior del emperador a Egipto, la de la primera en el año 294 (es decir, según nuestra cronología, 291).

[73] Preuss *ob. cit.* p. 73.

[74] Procop., *Bell. pers.* I, 15.

comunes entre ellos y los romanos o se consagraron de nuevo los templos antiguos y se colocaron sacerdotes de los dos cultos. Las dos tribus del desierto tenían la fe egipcia, los blemmyer con especial propensión a los sacrificios humanos; recibieron o conservaron el derecho a recoger durante ciertas fiestas sagradas la imagen de Isis de File para llevarla a su país y guardarla allí cierto tiempo. Una inscripción[75] nos describe el templo náutico que lleva la imagen de la diosa navegando solemnemente por el río.

Surgió una nueva ciudad en el alto Egipto cerca de la arrasada Comtos, Maximinianópolis, bautizada así por el emperador según el nombre de su corregente más viejo. Acaso no era más que un cuartel militar y quizá se hallaba debajo la vieja Apolinópolis, rebautizada esta vez.[76]

Hasta la misma arruinada Alejandría tuvo un pequeño consuelo; le concedió Diocleciano algunos repartos de trigo, gracia que desde hacía largo tiempo disfrutaban muchas ciudades fuera de Italia. Los alejandrinos empezaron a contar los años [77] por los de su reinado; el prefecto Pompeyo erigió en el año 302 la columna que indebidamente lleva su nombre y que conserva todavía la inscripción de su consagración: al "santísimo autócrata", al "genio de la ciudad de Alejandría",[78] al "invicto Diocleciano". Sustraído de algún edificio antiguo o destinado a un edificio que no fué terminado, el gigantesco monolito se yergue entre los restos apenas reconocibles del Serapeum.

Finalmente, una fuente posterior[79] y en parte adulterada, nos dice que Diocleciano fué recogiendo las obras de los viejos egipcios sobre la producción de oro y de plata y las mandó quemar, para que los egipcios no las utilizaran para crear riquezas y, con tal arrogan-

[75] Böckh, *Corp. inscr. gr.* I, c. N. 4943.
[76] Cf. Bocking, *Notitia imperii* I, p. 320.
[77] Cf. *L'art de vérifier les dates*, Introducción.
[78] Böckh, *Corp. inscr. gr.* I. c. N. 4681. Difícilmente se puede traducir πολιοῦχος de otro modo.
[79] Suidas, *sub. v. Diocletianus,* además de varios posteriores. — Como observa Gibbon, se trata de la mención más antigua de la alquimia.

cia, no se levantaran contra Roma. Con razón se ha objetado que, de haber creído en la posibilidad de la alquimia, Diocleciano hubiera guardado los libros para uso propio y del Imperio. Pero tampoco se puede explicar esta acción como lo hace Gibbon por puros propósitos de ilustración. Acaso el alquimismo egipcio guardaba relación con otras supersticiones execrables, con las que quería acabar el príncipe, piadoso a su manera.

Con Diocleciano cesan de pronto las rebeliones de Egipto por un largo tiempo. ¿Acaso su prudencia había sido capaz de ayudar considerablemente al país, de mejorar el carácter de sus habitantes o de intimidarlos, por lo menos, duraderamente? ¿Bastó la nueva organización del Imperio para hacerles la rebelión costosa e imposible? La explicación probable fué indicada ya por nosotros: el reparto del poder imperial impidió, de todos modos, que surgieran usurpadores locales en las provincias; además, a partir de Constantino la pasión egipcia encontró en las disputas eclesiásticas un campo encizañado que se acordaba mejor con las fuerzas decadentes de la desdichada nación que la lucha desesperada contra los funcionarios y el ejército romano. Las disputas de los meletianos y de los arrianos inician esta larga serie de pugnas teológicas tan pronto como se proclama el cristianismo; pero también los paganos defienden su religión mediante sublevaciones sangrientas, como en ninguna parte del Imperio.[80]

En un aspecto era Egipto, como toda Africa, la posesión más segura del Imperio romano; prescindiendo de un cierto número de naciones semisalvajes cuyos ataques se podían rechazar fácilmente si se tenía cierta vigilancia, a sus espaldas no había más que el desierto. Mientras que las fronteras del Rhin, del Danubio y del Eufrates estaban amenazadas por naciones poderosas, aquí bastaban guarniciones relativamente poco numerosas, bien distribuídas.[81] Pues en aquel tiempo nadie podía presumir que algún día saldría de Arabia

[80] Sócrates, *Hist. eccl.* III, 2; V, 16. Sozom. V, 10.

[81] Su actitud en tiempos posteriores en la *Notitia imp. Rom.* I, caps. 25, 28; II, caps. 23, 24, 29, 30.

un fanatismo religioso y conquistador que absorbería en su marcha irresistible todo el sur y el este del Imperio romano y llegaría a asimilárselos.[82] La costa norte de Africa se hallaba mucho más poblada en el siglo tercero que lo haya podido estar después. Los monumentos de Argelia, el gran número de diócesis que se han podido señalar luego, el movimiento espiritual considerable y el lugar que le corresponde en la literatura de la baja latinidad nos permiten presumir una situación que no se debe juzgar por la pobreza relativa de acontecimientos externos. Sobre todo, la Cartago restaurada por César se había convertido, por su situación, en una de las primeras ciudades del Imperio,[83] aunque también en una de las más peligrosas. Pasaremos por alto las corrompidas costumbres,[84] que más tarde hicieron de esta ciudad la Capua de los bravos vándalos; el templo de la diosa celeste, Astarté, fundado antes de Dido, fué fatal para el Imperio, menos por los hieródulos que por los oráculos subversivos que dictaba[85] y por la protección que prestó a más de un usurpador. El manto de púrpura que pendía de los hombros de la imagen, asentada en un trono leonino, teniendo en sus manos el rayo y el cetro, ha cubierto las espaldas de más de un usurpador. También esta vez, al subir al trono Diocleciano, se le enfrenta en Africa un cierto Juliano, de cuyo origen y vida no se sabe nada más;[86] parece que encabezó a los quincuagintianos, a los que tuvo que hacer frente Maximiano y de los que no sabemos mucho más. Sin duda se trataba de

[82] ¿O barruntó aquel pagano tardío que conocemos con el nombre de Apuleyo, que los escitas, indios u otros bárbaros habitarían el Egipto? Apul., *De natura Deorum*, ed. Bipont. vol. II, 307 *s.* — Su gran opinión sobre Egipto es que éste sería *imago coeli, translatio aut descensio omnium quae gubernantur atque exercentur in coelo* —y hasta: *totius mundi templum.*

[83] Auson., *Ordo nob. urb.* Al lado de Roma y Constantinopla: *tertia dici fastidit.*

[84] Salvian. I. c. lib. VII y VIII. Todavía en tiempos cristianos se conservó un culto secreto del *daemon coelestis* y entre los cristianos mismos.

[85] Cf. *Hist. Aug.* Macrin. 3. Pertinax 4.

[86] La única mención en Aurel. Vict. *Caess.* y en las *Epit.* — Además, una moneda dudosa.

mauritanos,[87] es decir, de la mitad occidental del norte de Africa, donde el Atlas debía albergar, como hoy en día, toda una serie de pequeños pueblos con los que era difícil acabar bélicamente; no había que temer de ellos una ocupación seria si los funcionarios romanos no hacían dejación de sus deberes.[88] Pasados unos cuantos años, se ocupó Maximiano de esta guerra (297), por lo que podemos inferir que el peligro no era muy apremiante y que los suministros de trigo a Italia no habían sido interrumpidos. Como la separación de Egipto había durado hasta el año anterior, el Imperio podía prescindir menos que nunca del cereal africano.

[87] Lo demostró Manso, *ob. cit.* 325 *ss.* No tienen nada que ver con la Pentápolis libia.
[88] Véase Ammian. Marc. XXVII, 9 y especialmente XXVIII, 6.

SECCION QUINTA

EL PAGANISMO Y SU MEZCLA DE DIOSES

La última época de Diocleciano y Maximiano se ha ganado mala fama a causa de las torturas y del derramamiento de sangre de la gran persecución contra los cristianos. Ha sido inútil tratar de fijar la amplitud y el número de víctimas de esa persecución, siquiera de modo aproximado, pues falta la base de todo posible cálculo, a saber, un dato seguro acerca del número de cristianos existentes por entonces en el Imperio romano. Según Staudlin representarían la mitad de la población, según Matter una quinta parte, según Gibbon una vigésima, nada más, según La Bastie una doceava parte, lo que acaso se halle más cerca de la verdad. Pero, con más exactitud, habría que suponer, para el Occidente, una quinceava, y, para el Oriente, una décima parte.[1]

Pero prescindamos de momento de la cuestión del número y consideremos la situación interna de los dos grandes organismos en lucha, cristianismo y paganismo.

El cristianismo respondía en la tierra a una alta necesidad histórica, como término del mundo antiguo, como ruptura con él y, al mismo tiempo, salvación parcial y trasmisión a los nuevos pueblos quienes, en su condición de paganos, al enfrentarse con un Imperio puramente pagano, acaso lo hubieran barbarizado por completo y destruído. Pero había llegado el momento en que el hombre tenía que ponerse en una relación completamente nueva con las cosas naturales y sobrenaturales y en que el amor de Dios y del prójimo y el

[1] Chastel, *Hist. de la destruction du Paganisme dans l'emp. d'Orient*, p. 36.

despego por lo terreno habrían de ocupar el lugar de la vieja concepción de lo divino y del mundo.

Tres siglos habían impreso una forma sólida a la vida y a la doctrina de los cristianos; la amenaza constante y las frecuentes persecuciones habían evitado la decadencia prematura de la comunidad y la habían capacitado para superar las más peligrosas escisiones. Había apartado de sí victoriosamente tanto a los fanáticos ascetas, montanistas y otros, como a los fantasiosos y especuladores que querían trasmutar el cristianismo dentro de los marcos de los filosofemas platónicos y orientales (los gnósticos); apenas había empezado la lucha con el más reciente y poderoso intento de esta clase, el maniqueísmo; los heraldos del arrianismo —disputa sobre la segunda persona de la divinidad— parecían ya acallados; finalmente, las numerosas discrepancias que existían en esta época de la *ecclesia pressa* en torno a diversos puntos de la disciplina eclesiástica no eran todavía tan peligrosas como lo fueron más tarde, en los siglos de la iglesia triunfante, que en estas cuestiones encontró ocasión para disensiones definitivas.

Había muchas cosas que encontraban todavía libre juego dentro del cristianismo y que más tarde ya no se podrían conciliar con él. En los siglos IV y V se asombraban ya de cómo fué posible tolerar en la iglesia la especulación y la interpretación simbólica del cristianismo de un Orígenes; pero también en otras figuras que en los tiempos de la iglesia militante eran consideradas como Padres se reconocerá más tarde a personalidades medio heréticas. Los catecúmenos acuden a la iglesia desde lados demasiado diferentes, con una educación muy diversa y por motivos también muy distintos para que fuera posible una igualdad completa de la doctrina y de la vida. Los tipos ideales, llenos de una profundidad espiritual y en entrega completa, representaban, de seguro, la pequeña minoría, como en todas las cosas humanas; la gran masa se había sentido atraída por el perdón de los pecados, que figuraba en primer plano, por la inmortalidad prometida, por el misterio que rodeaba a los sacramentos y que, para muchos, no era más que un paralelo de los misterios pa-

ganos. A los esclavos les atraía la libertad y el amor fraternal de los cristianos, a muchos indeseables las considerables limosnas que afluían a Roma desde las diversas comunidades, en una proporción verdaderamente universal.[2]

El gran número de heroicos martirios que de tiempo en tiempo restablecían la tensión en las degeneradas comunidades y volvían a plantar el desprecio a la muerte, demuestra menos la perfección interna de la iglesia que la victoria futura prometida a una causa que es defendida con tanto sacrificio. La creencia firme en una inmediata entrada en el reino de los cielos animaba, sin duda, a muchos hombres, interiormente confusos y hasta caídos, a la entrega de sus vidas, cuyo precio, por lo demás, era en aquella época de sufrimiento y de despotismo menor que en los siglos del mundo germano-románico. A veces, solía reinar una verdadera epidemia de sacrificio; los cristianos buscaban la muerte y tenían que ser amonestados por sus maestros para que ahorraran sus vidas. Pronto se convierten los mártires en los ideales luminosos de la vida; surge un verdadero culto en torno a sus sepulturas y su valimiento ante Dios representa una de las mayores esperanzas de los cristianos. Su superioridad con respecto a los demás santos es algo obvio; entre todas las religiones, ninguna ha enaltecido tanto a sus mártires como el cristianismo y de este modo ha remachado tanto en la memoria el recuerdo de su expansión. Allí donde habían padecido los mártires existía un lugar sacrosanto y las persecuciones de emperadores anteriores, hasta las de Decio, ya se habían encargado de sembrar por todas partes lugares de esta clase. Con esta larga persistencia del culto a los mártires la persecución de Diocleciano ofrecía, desde el primer momento, los más graves inconvenientes políticos.

La constitución de la iglesia muestra ya en esta época los comienzos de una jerarquía. Cierto que las comunidades podían elegir a sus sacerdotes o, por lo menos, confirmarlos, pero se fueron separando, cada vez más, en calidad de clero, de los laicos; surgieron diferencias de rango entre los obispos, según la categoría de sus ciudades

[2] Euseb., *Hist. eccl.* IV, 23, VI, 43, VII, 5.

y, sobre todo, la procedencia apostólica de algunas iglesias. Los sínodos, que se reunieron por las causas más diversas, solían agrupar a los obispos como una clase superior. Pero también entre ellos se manifestó en el siglo tercero una seria degeneración; encontramos a varios entregados a la pompa mundana, como funcionarios romanos, como comerciantes y hasta como usureros; con razón se piensa que el escandaloso ejemplo de Pablo de Samosata no fué un caso aislado.[3] Claro que junto a la secularización tenemos también la oposición más ruda: el retiro del mundo, del estado y de la sociedad a la soledad, a la vida eremítica, cuyo origen nos ocupará todavía a la par de otros de los puntos mencionados.

Una bibliografía muy amplia, que abarca varias de las obras históricas modernas más destacadas, expone todo lo anterior al detalle según el punto de vista adoptado por el autor y reclamado por el lector. No se nos tomará a mal que nuestro punto de vista no sea el de la edificación que, por ejemplo, no está nada desplazada tratándose de un Neander.

Tratemos de imaginarnos por un momento la fuerza verdadera de las iglesias cristianas a comienzos de la última persecución y veremos que no se debía ni al número de sus miembros ni tampoco a una elevada moralidad media de los mismos, ni tampoco a una disposición interior especialmente íntegra, sino a la firme creencia en la beata inmortalidad, de la que acaso estaba impregnado todo buen cristiano.[4] Ya veremos cómo todo el afán del paganismo tardío anduvo tras el mismo fin, pero siempre por rodeos más oscuros y laberínticos y sin aquella convicción victoriosa; a la larga, no podría resistir la competencia del cristianismo, pues éste había simplificado enormemente todo el problema. En segundo lugar, a la necesidad política del mundo antiguo, que andaba tan despistado en todas las cuestiones de estado desde la dominación violenta de Roma, se le ofrecía un nuevo estado, una nueva democracia, hasta una nueva

[3] Schlosser, *Universelle historische Uebersicht der alten Welt,* III, 2. p. 119.

[4] Lactantius, *Divin. Inst.* III, 12, termina sus investigaciones sobre el bien sumo con las palabras: *Id vero nihil aliud potest esse quam immortalitas.*

sociedad civil, caso de que hubiera podido conservarse pura. Mucha ambición antigua, que no encontraba ocupación en el estado, que se sentía amenazada y obligada al silencio, ha penetrado en las comunidades de los fieles, y hasta en las sedes episcopales, para hacerse valer de algún modo; por otra parte, las comunidades ofrecían a los mejores y más humildes un asilo sagrado que los protegía de la invasión del tráfago romano, que daba muestras de podredumbre.

Frente a estas poderosas ventajas encontramos a la gentilidad [5] en proceso de plena disolución, en una situación que, aun sin la presencia del cristianismo, no hubiera podido perdurar mucho. Supongamos, por ejemplo, que Mahoma hubiera podido fabricar su mahometismo fanático sin ninguna influencia del lado cristiano, y de seguro que el paganismo del Mediterráneo hubiera sucumbido a su primera acometida como sucumbió el paganismo del cercano Oriente. Se hallaba mortalmente debilitado por un proceso de disolución interna y por la presencia de nuevos ingredientes extraños.

La religión oficial del Imperio, de la que tenemos que partir, era el politeísmo greco-romano, tal como se había constituído por la afinidad primitiva y la ulterior amalgama de estos dos cultos. A base de divinidades naturales y de dioses protectores de todas las relaciones imaginables de la vida, se había producido un círculo admirable de figuras sobrehumanas, en cuyo mito el hombre antiguo reconocía por doquier su propia imagen. La relación de la moral con esta religión era libre, encomendada al sentimiento de cada uno; los dioses debían premiar el bien y castigar el mal, pero eran imaginados mucho más como donantes y protectores de la existencia y de la fortuna que como potencias morales superiores. Lo que los diversos misterios de los griegos aportaban por encima de la fe popular no era una religión más pura, y menos todavía una sabia iluminación de los ini-

[5] De la bibliografía pertinente, se debe citar, en primer lugar, Tzschirner, *Der Fall des Heidenthumes* (ed. por Niedner, incompleto); Beugnot, *Hist. de la destruction du Paganisme en occident*, 2 vol.; Eckermann, *Lehrbuch der Religionsgeschichte und Mythologie*, Vol. II, pp. 205 *ss.* Y, por último, la gran exposición del estado religioso en el siglo primero y segundo que encontramos en la obra de Friedlaender, *Sittengeschichte Roms*, Vol. III, pp. 423 *ss.*

ciados, sino solamente un rito secreto de adoración que harían al iniciado acepto a los dioses. Pero, por lo menos, producían un efecto bienhechor con la condición que solían imponer de costumbres puras lo mismo que con la avivación del sentimiento nacional que en ellos se producía con una fuerza sólo comparable a la de los agones solemnes.

Frente a esta religión, la filosofía, tan pronto como se elevó por encima de las cuestiones cosmológicas, había sostenido con mayor o menor claridad la unidad del ser divino. Con esto se había abierto el camino a la religiosidad suprema, a los ideales morales más bellos, pero también al panteísmo y hasta al ateísmo, que podían pretender la misma libertad frente a la fe popular. Quien no negaba a los dioses los declaraba, panteístamente, como fuerzas fundamentales del universo o los relegaba, como los epicúreos, a una ociosa vecindad del mundo. También la genuina ilustración se mezclaba en el asunto; Euhemeros y sus adeptos hacía tiempo que habían convertido a los dioses en antiguos estadistas, caudillos, etc., y habían explicado, racionalmente, los milagros por el engaño y la incomprensión; un falso camino por el que se dejaron llevar también más tarde los Padres de la iglesia y los apologistas al condenar el paganismo. Todo este estado de fermentación habían acogido los romanos junto con la cultura griega, y el ocuparse de estas cuestiones fué, entre los cultos, cosa tanto de convencimiento como de moda. En las clases altas de la sociedad se desarrolló también la incredulidad, junto a toda clase de supersticiones, aunque los verdaderos ateos fueran pocos. Pero esta situación cambió visiblemente en el siglo tercero bajo la acción de los grandes peligros del Imperio y comenzó a prevalecer una cierta fe que benefició más a los cultos extranjeros que a la vieja religión nacional. Por lo demás, en Roma el viejo culto se hallaba tan estrechamente fundido con la vida estatal y la superstición correspondiente fundada tan vigorosamente [6] que

[6] Cf. Gerlach y Bachofen, *Geschichte der Roemer,* Vol. I, sección 2 pp. 211 *ss.* — Una extraña consulta de los libros sibilicos en el *Epitome* de Aurel. Vict., con ocasión de Claudio Gótico.

tanto el incrédulo como el creyente de otra religión tenían que ser oficialmente piadosos a la romana en cuanto se tratara del fuego sagrado de las vestales, de las garantías misteriosas del dominio y de los auspicios oficiales, pues la eternidad de Roma dependía de estas entidades sagradas. Los mismos emperadores, no sólo eran pontífices máximos, con ciertas obligaciones rituales, sino que también su apelativo de Augustos señala una consagración, una legitimidad y una inviolabilidad sagradas, y no se trata de una pura adulación cuando la superstición última les atribuye la categoría de demonios,[7] luego que el cristianismo había puesto fin a sus tres siglos de apoteosis habituales, a sus templos, altares y sacerdocios.

Pero tampoco se puede dudar que, en los últimos tiempos del paganismo, en muchos individuos esta auténtica religión greco-romana no había sido desplazada por divinidades extranjeras, no había sido sustituída por la magia y las encantaciones ni disuelta por la abstracción filosófica. Esto es algo imposible de demostrar directamente, porque la adoración de los dioses antiguos no excluyó la de los nuevos y porque, en la confusión de dioses de que hablaremos más tarde, se podía adorar bajo el nombre de un dios antiguo a un dios nuevo y viceversa. Pero apenas si podemos rechazar tal presunción cuando, en una u otra ocasión, vemos que irrumpe con fuerza poderosa la vieja relación ingenua del hombre antiguo sano con los dioses y con el destino. "A ti te venero, exclama Avieno,[8] dirigiéndose a la Fortuna etrusca, Norcia, yo, nacido de los bulsinios, que habitan en Roma, dos veces honrado con el proconsulado, consagrado a la poesía, sin culpa y sin deudas, dichoso con mi mujer Plácida, con mis numerosos y vigorosos hijos. Lo demás puede cumplirse según la ley del Destino." En otros la vieja religión con su concepción del mundo se afirmaba muy expresamente junto a los nuevos ingredientes. De este género pudo ser la fe de Diocleciano, por lo menos sabemos que permaneció fiel a la aruspicina etrusca, a

[7] Firmicus Maternus, *Libri Mathesos* II, c. 38. — Las curaciones milagrosas que se le piden en Alejandría a Vespasiano. Tacit. *Histor.* IV, 81.

[8] En Wernsdorf, *Poetae latt. min.* V. par II.

la que no le disputan el campo en la corte, como luego, en tiempos de Juliano, los neoplatónicos conjuradores de demonios.[9] Su dios protector siguió siendo Júpiter y el oráculo al que consulta en una cuestión importantísima es el Apolo Milesio. Su moral y su religiosidad, tal como se revela, por ejemplo, en las leyes, a lo que más se parece es a la moral y a la religiosidad de Decio;[10] en cuanto al culto al "buen emperador",[11] en la especie Marco Aurelio, venerado como demonio, se asemeja a Alejandro Severo. Pero también tenemos que suponer que muchos elementos y consecuencias de la vieja religión habían fenecido hacía tiempo y estaban olvidados. Así ocurrió, acaso, con toda aquella masa de pequeñas divinidades protectoras de cosas triviales, pues por mucho que se escandalicen los autores cristianos[12] como de algo persistente, en su mayor parte corresponde al dominio de las antigüedades.[13] De seguro ya no se pensaba, a propósito del fuego del hogar, en el dios Laterano, de los ungüentos en Unxia, de los cinturones en Cinxia, de los rodrigones en

[9] *De mort. pers.* 10, 11. Su preocupación por los rayos ominosos, *Const. M. orat. ad sanctor. coet.* c. 25.

[10] Una inscripción de Diocleciano consagrada a Mitra se menciona en Orelli Nº 1051, otra dirigida al Sol y otra más a Beleno son citadas por Bertoli, *Le antichità d'Aquileja* Nº 71 y 643. — Los templos que mandó edificar en Antioquía están consagrados a los dioses clásicos, a Zeus olímpico, a Némesis, a Apolo, y a Hécate; cf. Malalas XII. Sobre la religión de Galieno, que en momentos de gran peligro para el Imperio invoca a todos los antiguos dioses como "conservadores" en el reverso de las monedas, cf. Creuzer, *Zur röm. Gesch. und Altkunde*. El que adorara también los antiguos dioses egipcios y orientales, que son visibles en las monedas de las ciudades de Alejandría y Asia con su retrato y el de Salonina, no parece tan seguro como lo supone este excelente tratado.

[11] *Hist. Aug.* Marc. Aurel. c. 19. — Vemos por un calendario de los últimos tiempos del siglo IV (Kollar, *Analecta Vindobon.* I) que por entonces se celebraba todavía el día del nacimiento (natales, lo que puede significar también el día de su entrada al gobierno) de los siguientes emperadores: Augusto, Vespasiano, Tito, Nerva, Trajano, Adriano, Marco Aurelio, Pertinax (¿Septimio?) Severo, Alejandro Severo, Gordiano, Claudio Gótico, Aureliano, Probo, y, naturalmente, Constantino y su linaje. — Por cierto, también el culto de Antinoó duró todavía hasta el siglo IV.

[12] Arnob., *Adversus Gentes* I. I y IV, al comienzo. — Lactant. *Inst. divin.* I. 20.

[13] No son mencionados ni en las inscripciones ni en los monumentos.

Puta, del nudo de los cereales en Nodutis, de la cría de abejas en Mellonia, del umbral de la casa en Limentino, etc.; porque una idea distinta, más general, del mundo de los genios y de los demonios se había apoderado desde hacía tiempo de los espíritus. Muchas de esas cosas no habían pasado de ser creencias romanas puramente locales. Grecia conservó por completo en la época imperial su predilección por los cultos locales y por los misterios locales. Pausanias, que describe la Hélade en el siglo II, nos ofrece numerosos testimonios del culto particular de dioses y héroes de cada ciudad y de cada comarca, junto con los sacerdotes más diversos dedicados a su servicio; que nada dijera de los misterios se explica porque el mutismo representaba para él un deber sagrado, cuya trasgresión le hubiera agradecido, sin embargo, la posteridad.

Así como el estado romano necesitaba de ciertos *sacra* para su perduración de suerte que, por ejemplo, las vestales velaron el fuego sagrado hasta muy entrada la época cristiana, también la vida privada se hallaba impregnada, desde la cuna hasta la sepultura, de prácticas religiosas. En la casa los sacrificios y los banquetes iban a la par; en las calles de la ciudad se tropezaba con aquellas procesiones y manifestaciones, en parte bellas y dignas, en parte bacánticas y relajadas, que llenaban el calendario griego y romano, y en el campo tampoco tenían fin los sacrificios en las capillas, grutas, encrucijadas y viejos árboles poderosos. El neófito Arnobio nos cuenta cómo siendo pagano había sentido devoción al pasar por delante de árboles encintados o de rocas con rastro del óleo derramado.[14] Resulta difícil destacar el contenido ético-religioso de este culto de apariencias tan exteriores, a menudo tan frívolas, y muchos propenderán a negárselo. Sin embargo ¿no se promueve la misma cuestión, después de un milenio y medio, ante las celebraciones de los católicos meridionales? Una música completamente sensual, interrumpida por el disparo de salvas, rodea y acompaña a la custodia; un animado mer-

[14] Cf. Apulejus, *De magia oratio*, p. 62. ed. Bipont. Vol. II, para ver cómo *lapis unctus, ramus coronatus* era lo mínimo en un propietario rústico para demostrar su devoción.

cado, comidas copiosas, algazara general y, al atardecer, los inevitables fuegos de artificio, constituyen la segunda parte de la fiesta. Nada podemos hacer contra el que se enfade por estas manifestaciones externas, pero no hay que olvidar que ellas no constituyen toda la religión y que los sentimientos supremos suelen ser acogidos en cada pueblo de manera diferente. Si sustraemos al mundo antiguo el sentimiento cristiano del pecado y la humildad, de los que ese mundo no era capaz,[15] acaso podamos apreciar mejor el culto pagano.

El detalle de la mitología, que nunca fué cosa de fe, había sido abondonado por completo aun antes de que Luciano hubiera adoptado su actitud burlesca. Los apologistas cristianos, que van seleccionando todo lo vergonzoso de los mitos más diversos y, debido a su incomprensión y a la mezcla de lo más dispar, proyectan sobre la vieja fe el aura del ridículo, no son en este punto muy honrados; tenían que saber muy bien que las lamentaciones de este tipo, que recogían de los viejos poetas y mitógrafos, sólo en muy pequeña parte convenían a su siglo; con el mismo derecho, por ejemplo, se podría hacer responsable al protestantismo de las indecencias de algunas leyendas. La conciencia religiosa de las masas no tenía ya que ver mucho con el mito y se contentaba con la existencia de las diversas divinidades como señoras y protectoras de la naturaleza y de la vida del hombre. Ya nos ocuparemos del grado en que la filosofía de entonces disolvió los mitos. Pero los paganos prestaban las mejores armas a la polémica cristiana con su representación dramática de algunos mitos, que con frecuencia eran los más chocantes.

Pues había un dominio que pertenecía a la mitología y donde ella reinó hasta los últimos tiempos: el del arte y el de la poesía. Homero, Fidias y los trágicos ayudaron a crear los dioses y los héroes, y en la piedra, los colores, las máscaras, en la letra y en la música, pervivía lo que había ya desaparecido de la fe. Perc con una vida cada vez más fantasmal. Nos ocuparemos todavía de la suerte que le cupo a las artes plásticas y de las causas de su decadencia; pero

[15] La humildad de estoicos como Epicteto no hace sino demostrar la regla por excepción.

ya podemos indicar que, lejos de servir de refuerzo a la vieja mitología, se pusieron al servicio de la filosofía mitificadora y hasta de los cultos extranjeros. El drama, en su mayor parte, si no por completo, había sido desplazado por el mimo y por la pantomima, con música y danza,[16] con lo que toda relación religiosa, que en otros tiempos pudo convertir en un acto de culto al viejo drama ático, se fué disipando. La descripción del magnífico *ballet* corintio *Paris en el monte Ida* en el libro décimo de Apuleyo, nos revela cómo en tiempo de los Antoninos el teatro, aun en la misma Grecia, no era más que un placer de los ojos. En este caso podemos figurarnos que se hace alusión a una obra artística noblemente estilizada, mientras que en las regiones latinas del Imperio y, sobre todo, en las romanizadas a medias por las colonias militares, las representaciones debieron de desembocar en la mayor grosería, si es que los teatros se ocuparon, en general, de alguna representación dramática y no se dieron por contentos con luchas de gladiadores, de fieras y cosas parecidas. Salió a primer plano el aspecto escabroso de la mitología;[17] se exhibieron, con la mayor algazara, todos los adulterios de Júpiter, también cuando, a estos efectos, se metamorfosea en animal, y todos los escándalos de Venus; hasta en los mimos corrientes se intercalaban figuras divinas, seguramente del mismo género. Un público aristofanesco podía aguantar ese espectáculo sin menoscabo de su creencia en los dioses, pero en una época enferma ello representaba el golpe de gracia para la vieja religión. Pasemos de esta esfera, en la que mandan el maestro de música y el escenificador, a la poesía artística, en la medida en que podemos seguirla en lo poco que se nos conserva de fines del siglo tercero, y veremos que muestra a veces un gran talento en el tratamiento de asuntos mitológicos que encontrarán su representante más brillante, cien años más tarde, en Claudiano; pero ni rastro encontramos ya de una convicción íntima. Así, por ejem-

[16] Probablemente también con canciones. — Luciano, *De saltatione*, passim. — Meyer, *Anthologia lat. ep.* 954.

[17] Cf. entre otros Arnobio, *Adv. Gentes* IV, p. 151 y VII, p. 238. — Firmicus, *De errore*, p. 10.

plo, el poema de un cierto Reposiano,[18] que parece floreció hacia el año 300, describe el encuentro de Marte y de Venus con la misma intención que hemos de suponer imperaba en las pantomimas: bonitas imágenes sensuales, para lo que no importa una ordinariez más o menos. Venus, que espera al dios de la guerra, se entretiene danzando y el poeta describe sus actitudes con un sentido muy refinado de la coquetería de su tiempo; cuando Marte aparece invoca para que lo desvistan a Cupido, las Gracias y las muchachas de Biblos. Pero ¡qué Marte!, tan rematadamente cansado como divertida está la diosa. Se deja caer con la pesadez del plomo sobre el lecho de rosas y en la descripción de su sueño el lector no puede reprimir la carcajada. Cuando, por ejemplo, Rubens se ocupa a su manera del mito antiguo, podemos congraciarnos con él por la impresión de una energía poderosa, aunque equivocada; pero ahora nos encontramos en el último escalón del rebajamiento de la vieja leyenda divina, sin otra compensación que la de los bonitos versos. Un satírico cristiano no hubiese podido comenzar en forma más apropiada y estaríamos dispuestos a una explicación de este tipo si no apareciera, entretanto, la linda figura de Cupido, que inspecciona con curiosidad las armas de Marte, las restriega con flores y se esconde tras el escudo cuando entra Vulcano con su pata coja. Pero también había poetas que ya no podían soportar la mitología como camino demasiado trillado. "¡Quién no ha cantado ya, exclama Nemesiano, la lamentación de la desesperada Niobe y de Sémele y. . . ! (siguen treinta hexámetros de títulos de mitos). Todo esto ha ocupado a una porción de grandes poetas y toda la leyenda del viejo mundo está ya gastada." [19] El poeta se dirige, por lo tanto, a los bosques y a los verdes prados, pero no para crear una poesía bucólica sino para volver a su propio tema, la cría de los perros de caza. Después, cuando ha terminado con esto, piensa también en los hechos de sus Mecenas, los Césares Carino y Numeriano. Un senti-

[18] En Wernsdorf, *Poëtae latt. m.* IV, par. I.

[19] Nemes, *Cynegeticon*. Vs. 47. *Omnis et antiqui vulgata est fabula secli.* Del año 283.

miento semejante había procurado hacía tiempo a la poesía didáctica romana aquella su posición ventajosa frente a la poesía épica; pero no se había expresado todavía esta preferencia con tan secas palabras.[20] Podemos referirnos a un amable poema de contenido mitológico, el *Baco* de Calpurnio Sículo (égloga III), porque depende, en forma sorprendente, de obras de arte plástico; nos recuerda las descripciones de pinturas de Filostrato, al que sobrepasa, con mucho, en estilo. No falta el viejo Sileno, quien mece en sus brazos al pequeño Baco, le hace reír, le divierte tocando las castañuelas y se deja estirar bonachonamente de las orejas, del mentón y de los pelos del pecho; luego, el niño aprende del sátiro la primera lección vinácea, hasta que se embriaga, se embadurna de mosto y empieza a raptar Ninfas. Esta bacanal en la que el dios da de beber también de su copa a la pantera, es una de las últimas obras antiguas de viva belleza.[21]

Después de todo esto habrá que reconocer que la mitología más bien representaba una carga que un refuerzo para la religión clásica en decadencia. Ya nos ocuparemos después de la interpretación filosófica con la que se trataba de conservar y justificar los mitos.

Pero esta religión clásica se hallaba adulterada y quebrantada de otra manera, a saber, por su mezcla con los cultos de las provincias sometidas y del extranjero. Nos hallamos en la época de la "teocracia" completa (mezcla de dioses).

Se produjo no por la mezcla de razas en el Imperio[22] o por

[20] Cf. Juvenal, *Sat.* I, al comienzo.

[21] Sobre la extraña suerte ulterior de la mitología entre los poetas cristianos y su infiltración en el arte cristiano véase: Piper, *Mythologie und Symbolik der christlichen Kunst,* vol. I. A partir de Ausonio los dioses se transforman cada vez más en puros ornamentos y frases o en símbolos abstractos de las relaciones de la vida. Además de Marciano Capella, es muy típico de esta transformación el *Epithalamiun Auspicii et Aëllae,* de un cierto Patricio, al que Wernsdorf coloca en el siglo IV (IV, II) y Meyer *(Anthol. lat.)* probablemente con mayor razón en el siglo VI. En la época constantiniana no era posible todavía manejar tan arbitrariamente el mito y, por ejemplo, presentar a Cupido como hermana de Venus.

[22] El cambio de las guarniciones, el comercio y la trata de esclavos habían llevado, por ejemplo, a egipcios y asiáticos hasta las fronteras alemanas.

pura arbitrariedad y moda, sino en virtud del primitivo afán de las religiones politeístas en acercarse unas a otras, en buscar los parecidos y convertirlos en identidades. En todas las épocas ha surgido de paralelos de este género la idea arrebatadora de una primitiva religión común, que cada cual se figura a su manera, el politeísta en forma diferente que el monoteísta.[23] Así, en parte inconscientemente, en parte con conciencia filosófica, los creyentes de divinidades parecidas se buscaban y se encontraban ante los mismos altares. Se reconocía con gusto a la Afrodita griega en la Astarté del Asia Menor, en la Athyr de los egipcios, en la Diosa Celeste de Cartago, y lo mismo ocurrió con toda una serie de divinidades. Esto es también lo que hay que tener más en cuenta en la época romana última; la mezcla de dioses es, al mismo tiempo, una fusión; las divinidades extranjeras no sólo se extienden junto a las aborígenes sino que las van sustituyendo según su afinidad interna.

Como una causa segunda de la teocracia se suele admitir el reconocimiento, por decirlo así político, que los griegos y los romanos, y el politeísta en general, prestan a los dioses de otras naciones. Para él son dioses, aunque no sean los suyos. Ningún sistema dogmático riguroso protege las fronteras de la fe nacional; y aunque las supersticiones patrias se mantengan con rigor frente a las extranjeras, más bien se siente inclinación que odio. Algunas trasmisiones solemnes de divinidades de país a país hasta llegan a ser recomendadas por los oráculos y otras premoniciones sobrenaturales; así ocurrió con la Serapis de Sinope, cuando fué trasladada a Alejandría en los tiempos de Ptolomeo I [24] y así también con la Gran Madre Pesinúntica, cuando fué trasladada a Roma durante la segunda guerra púnica. Entre los romanos se había convertido en un principio casi consciente, semipolítico, semirreligioso, el no agraviar a los dioses de

Tac. *Ann.* XIV, 42, dice de los esclavos en Roma: *nationes in familiis habemus quibus diversi ritus, externa sacra aut nulla sunt...*

[23] Un monoteísmo primitivo de todos los pueblos es sostenido, por ejemplo, por Lactancio, *Div. Inst.* II, I.

[24] El hecho de que anteriormente Serapis fuera adorado en Egipto no entra aquí en consideración.

las diversas naciones sometidas sino, por el contrario, mostrarles más bien veneración y hasta acogerlos entre los propios dioses. La conducta de las provincias en este particular fué muy diversa; las del Asia Menor, por ejemplo, se acomodaban muy bien a esta práctica romana; el egipcio, por el contrario, se mantuvo reservado y tradujo a su propio rito y a sus propias formas de arte lo que acogió de los Ptolomeos y de los romanos, mientras que por su parte el romano le mostró la deferencia de adorar a los dioses egipcios en una figura también egipcia, por lo menos aproximadamente. Por último, el judío no quiso tener que ver nada con la religión romana, mientras que los romanos de buen tono observaban su sábado y los emperadores solían orar en el templo de Moriah. Se estableció, como veremos en seguida, una mezcla de dioses, unas veces más activa y otras más pasiva.

Una tercera causa del predominio que va adquiriendo el culto extranjero radica en el temor y la angustia que se apodera de los paganos que se han hecho incrédulos de sus dioses. Ya no se dice, con el bello sentido de siglos anteriores, "dioses por todas partes", sino que el reflexivo busca cada día nuevos símbolos, el insensato cada día nuevos fetiches, tanto mejor acogidos cuanto su origen parecía más lejano y misterioso. La confusión se multiplicaba todavía por una razón particular. El politeísmo de los viejos pueblos civilizados persiste, al mismo tiempo, con todas sus etapas de desarrollo:[25] como fetichismo ora ante los aerolitos y los amuletos, como sabeísmo ruega a los astros y a los elementos, como antropomorfismo a los dioses de la naturaleza, en parte, a los protectores de la vida, por otra, mientras que la gente culta se ha despojado hace tiempo interiormente de estas envolturas y oscila entre el panteísmo y el monoteísmo. Y todas estas etapas de las diversas paganías confluyen en el paganismo greco-romano como éste revierte en ellas. Se nos da noticia de resultados sorprendentes, no raras veces del género más triste. Nerón había sido educado en la religión romana; pronto la despreció y se apegó a la diosa siria; también abandonó a ésta y trató su

[25] Pueden proceder en parte de muy antiguas mezclas de pueblos.

imagen con escarnio, y ya no creyó más que en un amuleto que le regaló un hombre del pueblo y al que sacrificaba tres veces al día.[26]

Este ejemplo, que puede representar a muchos, nos abre una visión del culto de los dioses en general. No se acercaban a ellos como a los viejos dioses olímpicos; arrancados de su contorno nacional, sin conexión con la vida romana, con el régimen estatal y con el clima, no podían aparecer a los romanos más que como potencias inquietantes, demoníacas, a las que no podía uno acercarse más que por vía de misterio y de prácticas mágicas, y acaso también con gran dispendio. No sin razón Luciano, en su *Júpiter como trágico* (cap. 8), al jerarquizar a los dioses concede los primeros lugares a los extranjeros, fijándose en el material de sus imágenes; la superstición más medrosa se apoyaba de preferencia en los metales más preciosos. "Los dioses griegos, como ves, son graciosos, bellos de aspecto y fabricados artísticamente, pero no pasan de ser de piedra y, todo lo más, de marfil y un poco dorados; por el contrario, Bendis, Anubis, Attis, Mitra y Men son de oro macizo, pesados y muy caros." Pero este género de culto desmoralizaba también la relación con los viejos dioses nacionales.

Examinemos, en primer lugar, la mezcla activa de dioses (vista desde el punto de vista romano), en la que los romanos más donaban que recibían.

Resulta obvio que esta situación se dió principalmente entre aquellos pueblos que Roma había acogido en un estado semibárbaro y entre los que, junto a su religión, podía hacer valer el romano su cultura superior, por ejemplo, entre los galos, los hispanos y los britanos. Por desgracia, sólo conocemos relativamente el estado religioso de las Galias, pero casi nada más que a través de inscripciones votivas[27] y de estatuas.

Los romanos últimos, en su superstición verdaderamente universal, practicaron en las Galias, lo mismo que en otros lugares, el culto local mientras se mantuvo vivo; no sólo interrogaban a los drui-

[26] Sueton. *Nero*, cap. 56.
[27] Encontramos una selección en Orelli, *Inscr. lat. sel.* I, cap. IV, § § 36, 37.

das por el porvenir, como indicamos antes, sino que participaron también en las consagraciones. Así, el emperador Pescenio Niger celebró en las Galias un misterio al cual únicamente podían ser invitados los castos.[28] Pero no se llevó ningún dios galo a Italia,[29] al Africa o a Grecia. (Pues si, por ejemplo, encontramos al dios solar celta, Beleno, en Aquilea, otras divinidades celtas en Salzburgo y Estiria, a Apolo Grano en Lauingen de Suabia, etc., no se trata de trasmisiones de la época de la teocracia sino de que la primitiva población celta de estas comarcas rinde un último testimonio de su existencia antes de que los germanos, eslavos y ávaros trasmonten los Alpes.) En las mismas Galias se esforzaron en cubrir la religión popular con un ropaje romano. No sólo los dioses adoptan nombres romanos sino también la forma artística del antropomorfismo clásico. Tarán tiene que llamarse Júpiter y ser modelado como tal, Teutates como Mercurio, Heso o Camulo como Marte. Otras divinidades conservan, por lo menos, sus viejos nombres, exclusivamente o junto con los romanos: Beleno o Apolo Beleno; con frecuencia también Apolo Grano, Marte Camulo, Minerva Belisana, etc. Además, a los dioses romanizados se les juntan apelativos especiales, a veces de origen local, a veces explicables sólo por presunción o de ninguna manera: Diana Abnoba (designación de la Selva Negra); Diana Ardorinna (acaso las Ardenas); Marte Vincio (Vence, en el mediodía de Francia); Hércules Magusano y Saxano (especialmente en los Países Bajos); Marte Lacabo (en Nimes); Apolo Toutiorix (de Wiesbaden); o se empareja al dios romanizado una divinidad no romanizada, acaso afín, así, a Apolo el Veringodumno (en Amiens), la Sirona (en Burdeos y en el sur de Alemania), que habrá que considerar como una Diana o Minerva (como ocurre con Belisana).

[28] *Hist. Aug.* Pescenius, c. 6.

[29] Las inscripciones de dioses galos que aparecen dispersas en las colecciones romanas pueden haber sido trasladadas a Roma o erigidas en ella por galos, que vivían allí. Cf. Orelli, I, cap. N. 1960, 1978, 2001 y 2006. El hecho de que Caracalla, según Dio, LXXVII, 15, adorara a Apolo Granno, tendría sus causas especiales en el encantamiento de que le habrían hecho víctima unos supuestos celtas (en realidad alamanes).

Pero la romanizacion no llega más allá; toda una serie de divinidades conservan sus nombres celtas pero precedidos de Deus, Sanctus y hasta de Augustus, que en este caso no guarda ninguna relación con el título imperial. De pronto uno se inclina a considerar a todos estos dioses como dioses locales, y muchos lo son, sin duda, como el Vosego de Bergzabern, el Nemauso de Nimes, la Aventia de Aventicum, el Vesoncio de Besançon, el Luxovio de Luxeuil, la Celeia de Cilly; pero otros no llevan ninguna indicación semejante, por ejemplo, el Abellio de Convennes, la Acionna de Orleans, el Agho de Bagneres, el Bemilucio de París, la Hariasa de Colonia, el Intarabo de Tréveris; y algunos se nos presentan en localidades muy distantes, como Taranuco en Heilbronn y en Dalmacia, la diosa marina Nehalennia en Francia y en los Países Bajos. Con qué gusto se romaniza a las deidades cuando ello es hacedero, nos lo muestran esas designaciones latino-genéricas de las numerosas divinidades colectivas: Madres, Matronas, Campestres (espíritus del agro) Silvanos (espíritus del bosque) Bivias, Trivias, Cuadrivias (dioses de las encrucijadas) Proxumes y Vicanes (genios de la vecindad), etc. Las Sulevias y Comedovas, que pertenecen al mismo género, se debieron resistir a la traducción. El genio de la localidad, el genio de la comarca, no representan en rigor más que modos romanos de adoración y sólo presuntamente célticos. Pero el dios más poderoso, hasta muy entrado el siglo IV, sigue siendo Teutates-Mercurio, que todavía prestó la mayor resistencia a San Martín de Tours, mientras que Júpiter se le presenta al santo como *brutus atque heves,* como tonto y estúpido.[30]

La repercusión de estas religiones occidentales sobre Roma fué, como dijimos, muy parca o acaso nula.

Algo muy diferente ocurrió con los viejos pueblos civilizados del Oriente, persas, egipcios, Asia Menor y semitas. A los últimos les sirvió mucho la expansión geográfica de sus establecimientos; porque el romano no empezaba a conocer sus cultos en Siria; desde hacía muchos siglos los fenicios y los cartagineses habían extendido

[30] Sulpic. Sever., *Dial.* II, al final.

por todo el Mediterráneo y hasta más allá de las columnas de Hércules la religión semita; con la incorporación gradual de España, Africa y las Islas, Roma acogió toda una masa de dominios púnicos y de culto púnico. Se había odiado a Cartago pero no a sus dioses. Por el contrario, el dualismo persa, precisamente en su ulterior restauración ortodoxa debida a los Sasánidas, se resistió a toda mezcla y componenda con el círculo de divinidades greco-romanas, lo mismo que el monoteísmo judío; pero contó con una metamorfosis del parsismo más vieja, degenerada, y de ésta tomó Roma el culto de Mitra.

El cercano Oriente, desde el Eufrates hasta el Mediterráneo, el archipiélago y el Ponto, con los que se suele comenzar, no son en modo alguno de una misma estirpe pero sus religiones se hallan desde los tiempos más primitivos tan entremezcladas que nosotros tenemos que considerarlas en esta época tardía como una sola; la averiguación de los orígenes no corresponde a este lugar y, además, nos llevaría demasiado lejos. Ya mucho antes de las victorias romanas sobre Antíoco el Grande había tenido lugar otra mezcla de dioses, la del culto del Asia Menor con el culto helénico, que ocurre después que se heleniza el Asia Menor y se incrementa en la época de los sucesores de Alejandro; a esta mezcla acompañó la de la educación y la lengua de griegos y orientales. Las magníficas ciudades griegas, que brotan en cantidad increíble en las tierras de los Diadocos, conservan con su idioma, su régimen político y sus costumbres helénicas las deidades griegas; pero en el campo, a cierta distancia del mar, se conserva con mayor o menor tenacidad la lengua vernácula y cuando se produce el cansancio interno de los elementos civilizadores griegos cobra nuevas fuerzas. En Palestina, claro que bajo la protección de una religión y un estilo de vida altamente exclusivistas, se mantiene lo arameo a pesar de los más terribles avatares históricos; en Siria, en cuanto se trata de efectividad popular y no ya de clásica elegancia, se recurre al idioma del país, como sucede en el siglo II con el gnóstico Bardesane, en el IV con San Efrén y como lo muestra suficientemente la traducción de la Biblia al siríaco. No conocemos muchos detalles de cómo pasaron las cosas en el Asia Menor en lo

que respecta al lenguaje.[31] Pero con el lenguaje popular se conservaron también los dioses populares.

La base de estas religiones[32] es, en conjunto, el culto de los astros, pero adulterado hasta lo incognoscible por una idolatría que se debe en parte a ingredientes extraños y, en parte, corresponde a un necesario desarrollo interior. Unos sacrificios muy circunstanciados trataban de aplacar a los dioses inmolándoles principalmente vidas animales, comprendiendo también, en forma regular o extraordinaria, sacrificios humanos. Estos últimos se mantuvieron con extraordinaria tenacidad en las regiones de cultura fenicia y sobrevivieron mucho tiempo a la caída y a la reconstrucción de Cartago, de suerte que el mismo Tiberio tuvo que intervenir apelando a los más duros castigos.[33] La pareja divina suprema, Baal y Astarté (el sol y la luna, la estrella matutina y la vespertina) persistía en la época romana en numerosos templos bajo los nombres y personificaciones más diversos, como Señor y Señora de la vida toda. Conocemos, por el Antiguo Testamento, a Baal-Sebub, Baal-Peor, Baal-Berith, etc., cuyos nombres se habrían olvidado hacía tiempo. Parece que en Palmira se desdobló Baal en dos divinidades, para el sol y para la luna, como Aglibo y Malachbel, que aparecen representados[34] en un relieve muy posterior del museo capitolino con el nombre greco-romano del donante: Lucio Aurelio Heliodoro, hijo de Antíoco Adriano. En el grandioso templo de Emesa se guardaba la "piedra negra", un aerolito que pasaba por imagen del dios solar Heliogábalo[35] y que fué venerado como tal en una gran extensión. Su sacerdote se paseaba con una larga túnica de púrpura recamada de oro y una diadema de piedras preciosas. En el templo de Hierápolis tenemos, junto a la

[31] Cf. la importante indicación de los *Hechos de los Apóstoles,* 14, vers. 5, 11 y *ss.*, por cierto sobre una ciudad muy del interior.

[32] Cf. C. Schwenck, *Die Mythologie der Semiten.*

[33] Tertulian., *Apolog.* 9.

[34] Si no es que, a pesar de la media luna, se trata sólo de los sacerdotes y no de las divinidades.

[35] No comparto las objeciones de Schwenck (p. 197) contra la cualidad solar de Heliogábalo. — Heliodoro se llama al final de su *Aethiopica* un emesenio y τῶν ἀφ' Ἡλίου γένος, de la estirpe de los hijos del Sol.

famosa diosa siria (de la que se hablará más tarde), la estatua de oro de Baal, representado, como Zeus, sobre un carro tirado por toros. En Heliópolis (Baalbek) se veneró a Baal en una personificación semirromana muy tardía. Su estatua de oro no sólo llevaba el látigo del dios solar romano sino también el rayo de Júpiter. Antonino Pío había edificado el nuevo templo sobre los cimientos colosales de un templo antiguo, y ese nuevo templo justifica todavía con sus ruinas el título que entonces se le otorgó de "maravilla del mundo".[36] El nombre de Zeus, al que Antonino dedicó el santuario, no debe despistarnos, según lo que llevamos dicho, pues el viejo nombre local nos refiere a Baal y el griego a Helios. Este templo, lo mismo que el de Emesa, era muy famoso por su oráculo, que se podía consultar también por carta, circunstancia que no es rara en los oráculos asiáticos. Podemos pasar por alto algunos vestigios más dudosos y menos importantes del culto de Baal en tiempo de los emperadores; nos basta con saber que este culto, más o menos transformado, representaba todavía una de las devociones principales del cercano Oriente, que a él estaban dedicados algunos de los templos más importantes y probablemente otros muchos de los que no tenemos noticia. Acaso el dios Carmelo, que poseía altar sobre la montaña del mismo nombre y pronunciaba oráculos, fuera también una transformación de Baal.[37] En las avanzadas de este culto hacia el sur tenemos a Marnas, el dios de Gaza, si realmente se trata de una forma del gran dios. Fué él quien llegó a desesperar[38] a los misioneros y eremitas cristianos de aquella región durante todo el siglo IV y quien convertía a la región de Gaza en un reducto casi indestructible del paganismo. Tropezaremos con él como enemigo personal de San Hilarión.

Este viejo dios semita penetró ciertamente en más de una forma en la religión romana. Romanos que vivían o habían vivido en el Oriente le venerarían como Zeus, como Júpiter, pero la adoración

[36] Malalas, XI, p. 119. — Cf. Macrob., *Sat.* I, 23. El culto procedería de Egipto. — El mayor de los templos se considera hoy como templo de Baal, y el más pequeño como templo de Júpiter.
[37] I.*Reyes* 18, vers. 19. Tacit., *Hist.* II, 78.
[38] Hieronym., *Vita S. Hilarionis*. 14, 20. Sozom. V, 9, 10; VII, 15.

del dios solar, que tanto prevalecerá posteriormente, se ha debido repartir esencialmente entre Baal y Mitra, mientras que se pensaba poco en el viejo Sol-Helios. Heliogábalo conoció por unos cuantos años un lugar solemne en el panteón de los dioses romanos, gracias al insensato adolescente que tomó el nombre del dios al subir al trono del mundo, y cuyo sacerdote había sido y seguía siendo. Cuando este Antonino Basiano llevó a Roma (entre 218 y 222) la "piedra negra" de Emesa se podía decir que la teocracia se acercaba a su culminación. El nuevo dios recibió un gran templo y sacrificios colosales y pronto hasta una esposa. El emperador hizo traer la imagen y los tesoros de la Diosa Celeste del templo de Cartago y la casó con Heliogábalo, a lo cual nada le autorizaba mitológicamente. Roma e Italia tuvieron que celebrar estos desposorios jubilosamente. También llevó al templo del nuevo dios, el Paladio, el fuego de Vesta y otros *sacra* romanos. Después del asesinato del imperial sacerdote, la piedra debió de ser devuelta a Siria, probablemente a causa de los espantosos recuerdos vinculados a ella.[39]

Pero en forma mucho más poderosa que el culto a Baal está representado en el Imperio romano el culto de la gran diosa de los muchos nombres. En relación con el dios solar es la Luna, pero en un sentido más amplio la Madre de toda vida, la Naturaleza; desde remotos tiempos el cercano Oriente la ha celebrado con salvajes orgías, como correspondía a una divinidad despojada de todos los atributos morales; gritos de júbilo y lamentaciones, danzas frenéticas y fúnebres sones de flauta, prostitución de las mujeres y mutilación de los hombres, han sido siempre el cortejo de este culto de la vida natural sensual; un mito no muy amplio, pero acuñado muy diversamente según países y tiempos, se ha enroscado a estas fiestas y todavía muy tarde ha dado motivo a los romanos para sorprendentes misterios.

Prescindimos de momento de la Isis egipcia, que no es más que una forma secundaria de esta Gran Diosa, y perseguimos los vestigios de ésta en las figuras suyas señalables todavía en el siglo tercero.

[39] Las fuentes conocidas: Herodiano, Dión Casio y la *Hist. Aug.*

El Antiguo Testamento la conocía y la condenaba como Astharoth, y había todavía en Fenicia templos dedicados a Astarté. Luciano conocía uno en Sidón. Nos habla de él, de pasada, en su famoso libro sobre la diosa siria, que nos interesa primordialmente como fuente de hechos pero no menos porque revela tan claramente la actitud de un sirio frívolo, helenizado, con respecto al culto de su patria. Jamás se llevó la burla a tales extremos como en este caso en que se nos presenta e imita ingenuamente el estilo y el dialecto jonio del venerable Horodoto para impresionarnos con toda la gloriosa ridiculez de aquella idolatría. Y también nos enteramos de las imágenes que rodeaban y dominaban la juventud del satírico, hasta que rompió con todos los cultos y religiones. Un ateniense no hubiera sido capaz de escribir este libro.

Desde Fenicia se propaga ese mismo culto, bajo el nombre de la Diosa Celeste, más allá del mar Mediterráneo, y se mezcla con el culto clásico; los griegos la reconocen como Afrodita Urania, los romanos como Venus Celeste, y estos nombres prosperan también más tarde en los propios países semitas. No se pensaba en Afrodita como diosa del amor y de la sensualidad sino como Genitriz.[40] La isla de Chipre, donde confluían la cultura griega y la semítica, se hallaba dedicada preferentemente a esta diosa, y Pafos y Amatunte, literalmente a su culto. También la isla de Citerea y el santuario de la montaña Eryx en Sicilia, estaban dedicados a Urania; en Cartago fué la divinidad principal en su transformación posterior, y acaso en el mismo nombre de la ciudad de Gades, Gadeira (Cádiz), apunte la localidad de un viejo templo de Urania. Estos templos se hallaban instalados en forma muy diferente que los de los griegos; en un alto nicho[41] sin cubrir y a cielo abierto estaba colocado el ídolo, a menudo no otra cosa que una piedra de forma cónica; celdas, almacenes y patios, donde revoloteaban bandadas de palomas, rodeaban

[40] Sobre si Afrodita, en general, e incluso por su nombre, era de origen semita, cf. Schwenck, *ob. cit.*, p. 210.

[41] Un *Sacellum* de esta clase, como objeto usual en una de las pinturas pompeyanas *Antichità di Ercol.* III, 52. El templo de Pafos se figura a menudo en las monedas de los emperadores romanos.

el santuario; también encontramos columnas solitarias que nos hacen recordar los pilares de Jachin y Booz delante del templo de Jerusalén.

Una transformación del nombre Astarté es el de Atargatis, la diosa con figura humana de medio cuerpo para arriba y figura de pez de medio cuerpo para abajo. También poseyó, sin duda, un templo que fué famoso, en Ascalón, en las proximidades del viejo dios pisciforme Filisteo Dagón y en alguna otra parte. Con una forma posterior, helenizada, reinaba en el famoso templo de Hierápolis, en el norte de Siria, templo que describe Luciano y parece que se conservó intacto hasta el siglo cuarto. Detrás, en un espacio elevado,[42] que sólo los sacerdotes podían pisar, se veía, junto al Baal-Zeus ya citado, la estatua de oro de la diosa sobre un carro tirado por leones.[43] Sus atributos habían sido recogidos de las diosas griegas más diversas; en las manos el cetro y el uso, en el talle el cinturón de Urania, en la cabeza rayos y una corona mural; junto a una piedra que, durante la noche, iluminaba todo el espacio del templo.[44] Además, estaban alojadas en el templo otras divinidades griegas o helenizadas; así, un Apolo barbado y vestido, que se movía cuando se solicitaba de él un oráculo; los sacerdotes, en ese caso, lo llevaban en andas por el camino que él les guiaba; hacia adelante valía como sí, hacia atrás como no a las preguntas planteadas; parece que sudaban copiosamente en esa faena. También había dentro un Atlas, un Hermes, una Ilitia y, fuera, junto al gran altar que solía estar ante el pórtico, se solía ver toda una serie de estatuas de bronce, reyes y sacerdotes desde los tiempos más antiguos hasta la época de los Seléucidas, y también en las proximidades toda una serie de figuras de la leyenda homérica. Pero lo más admirable no eran las estatuas

[42] En el pequeño templo de Baalbek podemos encontrar todavía un tal coro o *Thalamos*.

[43] Probablemente se encontraba sentada encima de los leones mismos, la expresión es poco clara.

[44] Con el *Semeion*, que se encontraría en medio de los dos dioses, Luciano sigue bromeando (*ob. cit.*, cap. 33), como en otros muchos detalles cuyo sentido irónico salta a la vista.

sino el culto mismo, de cuyo bárbaro carácter multitudinario podemos hacernos en esta ocasión una idea completa. En el gran patio del templo se paseaban libremente toros y caballos sagrados, leones y osos domesticados; había un estanque lleno de peces sagrados y en su centro un altar, al que se dirigían diariamente los devotos en cumplimiento de sus promesas, nadando hasta coronarlo. En torno al templo vivía toda una muchedumbre de flautistas, sacerdotes eunucos *(galli)* y mujeres en frenesí que pasaban el tiempo con pomposas y alborotadas procesiones, con sacrificios y con toda clase de excesos. Las fiestas de primavera, a las que concurría una enorme peregrinación de toda la Siria, parecían estar consagradas por completo a la locura. En esta ocasión, no sólo se incendiaba medio bosque con ofrendas de toda clase (animales, vestidos, objetos de valor) sino que parece que se reclutaba también a los *galli*[45] mientras el frenético tumulto hacía presa en muchos desdichados que se consagraban a la diosa emasculándose. Este templo era uno de los más venerados del cercano Oriente y a su tesoro habían contribuído Capadocia, Asiria, Cilicia y Fenicia. Situado en un altozano y asentado sobre terrazas amuralladas con poderosos propileos, dominaba a toda la ciudad con sus vistosas columnas jónicas. Y, cosa sorprendente, en el ámbito de este templo, donde pasan cosas tan extravagantes, encontramos también el modelo de los futuros santos estilitas; de los propileos emergían dos enormes símbolos de piedra[46] (representaciones plásticas de la fuerza genésica) parecidos a los que se veían por las regiones del Asia Menor donde se practicaba un culto semejante, y sobre ellos montaba todos los años un hombre para orar durante siete días seguidos con sus noches; quien deseara su patrocinio, depositaba una dádiva adecuada al pie de la columna. ¿Cabía acaso

[45] *Ob. cit.*, pp. 49 y 50 donde Luciano quiere enlazar los dos fenómenos. La mayoría de los castrados, sin embargo, parecen haber sido esclavos, que llegaron al templo regalados por sus dueños. Cf. Strabo, XI, final.

[46] Los φαλλοὶ τριηκοσίων οργυιέων, *ob. cit.*, p. 28, se basan en una exageración intencionada de Luciano o en una falsa interpretación de la palabra τριάκοντα. Se puede uno imaginar el tamaño enorme de las columnas caso de admitir un *orgyje* de 5½ pies.

mejor procedimiento de purificación de estos monumentos de un culto abominable que el que tuvo lugar en los días cristianos cuando un santo penitente se encaramaba en ellos para servir a Dios, a su manera, no durante semanas sino durante años? [47]

Un culto especialmente abominable de esta diosa, que vuelve a ser designada como Afrodita, lo encontramos en el solitario templo de Afaca en el Líbano. La prostitución y la procacidad de los mutilados abandonaban todo freno; sin embargo, año tras año llegaban los devotos y arrojaban los objetos más valiosos a la laguna de las proximidades y se sentaban a esperar el milagro, es decir, la bola de fuego que aparecía en la cuspide de la montaña y descendía hasta el agua. Se creía que era la misma Urania.[48]

Junto a esta Madre de la vida, tan multiforme, se presenta, también en las formas más diferentes, una personificación de lo producido por ella, de lo que florece en primavera y muere en invierno. Ora se trata de su hijo, de su hija, ora de su esposo y, más que nada, de su amante. Al júbilo salvaje de la fiesta primaveral sigue más tarde el duelo y la lamentación por el ido, y al mismo tiempo se celebra el dolor de la Gran Diosa. Así como en Egipto se lleva duelo por Isis y por el asesinado Osiris, en Fenicia el duelo es por la Afrodita Celeste a causa de Adonis, el Señor, que en la isla de Chipre será completamente popular y también penetrará mucho en el culto griego, a tal punto que en Roma será recibido como un dios griego. Pero fué en Alejandría donde se celebró este culto con mayor pompa y donde sobrevivió en un siglo a la introducción del cristianismo, aunque difícilmente en la forma espléndida que nos describe Teócrito, bajo los primeros Ptolomeos, en sus Adoniadas (idilio XV.) La fiesta terminaba con una procesión de mujeres que bordeaba la costa y sumergía en el mar la imagen de Adonis. También en Antioquía

[47] No se toma en cuenta que los bizantinos representan más tarde a San Efrén encima de una verdadera columna o pilar.

[48] Euseb., *Vita Const.* III, 55. Zosim. I, 58. Sozom. II, 5.

fueron las celebraciones de Adonis una de las fiestas paganas más pertinaces.[49]

Si este dios podía pasar por un greco-romano gracias a su posición excepcional en el círculo clásico de los dioses, no ocurría lo mismo con otra figura suya, propia especialmente del Asia Menor. En Frigia y países vecinos conocemos a la Gran Diosa como Cibeles, como Magna Mater, como Acdestis, como Dindymene, como Berecintia, como Pesinuntis, etc., y, junto a ella, su amante Atys o Attis,[50] y se lamenta su mutilación y su muerte. El viejo templo de Pesinunte con sus sacerdotes príncipes y sus grandes ingresos, había enviado hacía tiempo su ídolo y su culto a Roma y, todavía antes,[51] también los griegos habían adoptado a la diosa bajo diferentes nombres, en tal forma que ya se estaba acostumbrado a su imagen con la corona mural y el carro tirado por leones, y en Roma se acogió a los emasculados sacerdotes frigios. Pero en un principio se tuvo cuidado de que este enjambre de eunucos, flautistas, trompeteros, cimbalistas, etc., no se aumentara con la población de Roma; y si en lo sucesivo no se les permitió, como antes, el limosneo, también pudo servir esto para mantener a este culto apartado de la auténtica vida romana. Había sido acogido por recomendación de los libros sibilinos y del oráculo de Delfos; ni la Roma republicana ni durante mucho tiempo la imperial estuvieron dispuestas a extenderlo libremente por las provincias. Juvenal encuentra en una posada de mala nota a estos eunucos, bien borrachos y confundidos con marineros, ladrones, esclavos fugitivos y asesinos; junto a ellos está el tamboril. Pero al socaire de la mendicidad, los sacerdotes de la Gran Madre, de la Madre de los dioses, se cuelan con sus gorros frigios en las casas de

[49] Ammian. Marc. XXII, 9. La penetración de la adoración de Adonis en el Occidente, Firmicus, *De errore etc.*, p. 14.

[50] Cf. Zoega, *Bassirilievi*, XIII, con notas de Welcker. — Una muy antigua modificación de la Gran Madre de la vida representa, como es sabido, la Artemisa de Efeso, que es mencionada también más tarde, en ejemplares romanos, "la naturaleza multiforme y la madre de todas las cosas".

[51] Según la opinión corriente en la época de la gran peste, a comienzos de la guerra del Peloponeso, 430 a. c. El Metroon de Atenas servía al mismo tiempo de archivo del estado.

los ricos y explotan la superstición de las mujeres que, a cambio de regalos de huevos y de vestidos usados, reciben consejos contra la fiebre otoñal.[52] No había más que un paso desde esta presencia de los *galli* en el *boudoir* de las damas distinguidas a su acogida en la vida familiar y en el trato personal. Las supersticiones se extendían con tanta mayor celeridad cuanto más estrambóticas eran. Pronto encontramos inscripciones de sacerdotes de la Gran Madre, archigallos y archisacerdotisas de nombre romano; los santuarios de su culto comenzaron a extenderse por toda Italia y por las Galias. Se forman sacerdocios ambulantes que, como un desecho de la sociedad, viajan por enjambres de lugar en lugar y en nombre de la pequeña imagen que llevan sobre un asno practican la pedigüeñería más desvergonzada. Vestidos femenilmente y empolvados, cantan y danzan acompañados del tamboril y de la flauta, se disciplinan y hieren[53] para asegurarse la impunidad de sus robos y excesos sin nombre. Así son descritos estos sacerdotes mendicantes en tiempos de los Antoninos por Luciano y Apuleyo. Por lo menos en Roma, este culto de la Gran Diosa ha debido de ofrecer más tarde un aspecto más honorable, detenida la castración, ya que no podríamos explicarnos de otra manera la participación de muchas gentes distinguidas que se nos confiesa públicamente en los monumentos. Más tarde hablaremos de los misterios propiamente dichos que, a partir por lo menos del siglo tercero, se juntaron a esta diosa.

La gran fiesta del mes de abril solía escandalizar especialmente a los escritores cristianos,[54] por sus prácticas simbólicas, que ya no se comprendían. Comenzaba con una vigilia nocturna; se derribaba un pino en el bosque —el árbol aquel bajo cuya sombra se había mutilado Atys— y era llevado en procesión al templo de la diosa que, en Roma, se hallaba en el monte Palatino. Más tarde se menciona con frecuencia en las inscripciones una dignidad especial, la de los portadores del árbol (dendroforos); los *galli* aparecían en esta oca-

[52] Juvenal, *Sat.* VI, 511; cf. con VIII, 172 *s.*
[53] Cf. I. *Reyes* 18, vers. 28.
[54] Especialmente Arnob., *Adv. gentes,* V. — Los pasajes en Zoega, *ob. cit.*

sión con sus desmelenados cabellos y se golpeaban el pecho como presas de un dolor frenético. En el segundo día se buscaba al perdido Atys con ruido de trompetas; el tercer día se llama "día de sangre" porque los galli, en honor de la memoria de Atys, se herían a la sombra del pino adornado con coronas de violetas y una imagen del infortunado adolescente. Estos tres días son de duelo tétrico y salvaje, como una especie de cuaresma. Al cuarto día, en las llamadas *hilarias*, se desata la alegría y en ella participa toda Roma, seguramente porque se había fundido con esas celebraciones alguna vieja fiesta primaveral; la fiesta de ahora simbolizaba la acogida de Atys entre los inmortales. El quinto día había una pausa; al sexto, la imagen de la diosa —una cabeza de piedra negra engastada en una figura de plata— era inmersa, junto con los adminículos sagrados, en el agua (en Roma en el arroyo Almo), lavada allí y retornada al templo en una desbordada procesión de descalzos.

Si el Occidente no podía calar mucho en el sentido mitológico primitivo de esta celebración, eso mismo favorecía la acción conjunta del hábito y de la ocasión del relajo. En lo sucesivo la ceremonia fué una de aquellas a la que los paganos no querían renunciar fácilmente y, a pesar de ser distinto el mes, el árbol colocado ante las iglesias, que en Italia se conoce con el nombre de *Piantar il Maggio*, puede ser un último eco de la fiesta de la Gran Madre. Otra consecuencia de este culto la podemos presumir en parte en esa adopción del séquito de eunucos por parte de los romanos y romanas elegantes. En el siglo IV esta servidumbre de eunucos es algo obvio hasta en piadosas familias cristianas,[55] pero sin duda que no se hubiese impuesto esa costumbre como una mera moda oriental si no se estuviera acostumbrado ya por el séquito de la diosa pesinúntica al aspecto nada agradable de aquellos hombres mutilados.

Aludamos brevemente a otra forma de la Gran Diosa: la Anaitis

[55] Hieronym., *Vita S. Hilar.* 14. Epist. 22. ad. Eustoch., c. 16 y 32. — Domiciano prohibió rigurosamente en toda la extensión del Imperio cualquier clase de castración (Amiano, XVIII, 4) y el prefecto de la guardia de Septimio Severo, Plautiano, sólo pudo adquirir un séquito de eunucos para su hija Plautilla en forma violenta. (Dio Cass. LXXV, 14 *s.)*

(Enyo) del este del Asia Menor, con un culto no menos relajado. A ella pertenecía el poderoso dominio sacerdotal de Comana en Capadocia, con sus numerosos hieródulos de ambos sexos. Se creía reconocerla[56] en la vieja diosa romana de la guerra, Bellona, cuyos sacerdotes se herían los brazos con furia salvaje todos los años. Más tarde, en el siglo tercero, hubo bajo este nombre misterios en los que la sangre de los sacerdotes de Bellona era recogida en un escudo y distribuída entre los iniciandos.[57]

No debemos pasar por alto, junto a estas dos grandes, una tercera divinidad semita, aunque su inclusión en la religión greco-romana no pertenece a la época imperial sino que es antiquísima: a saber, el Melkarte de los fenicios, del que no es más que un aspecto el Heracles griego. Su culto, aunque ahora bajo nombre romano, se extendió en tiempos por todas las colonias fenicias y cartaginesas, y uno de los templos más famosos era el de Gades (Cádiz). En Italia y en Grecia pudieron contentarse con la versión clásica del hijo de Zeus y Alquemene, pero la mezcla de dioses posterior acogió en su gran panteón expresamente al llamado Hércules Tirio. Le está dedicada una inscripción de la baja Italia del tiempo de Galieno, poco más o menos como en la época moderna se repiten en muchos altares los nombres y las copias de imágenes milagrosas muy dispares.

A pesar de todo lo relatado no nos hallamos en situación de esbozar un cuadro verdaderamente vivo del estado religioso del Asia Menor y de Siria en la época imperial tardía. La mezcla era en cada caso muy diferente según que se hubiera impuesto o se hubiera refrenado la vida griega. Todavía producen una impresión turbia aquellos templos magníficos de estilo greco-romano[58] construídos para

[56] Schwenck, *ob. cit.*, pp. 271 *s.*; donde, erróneamente, se traslada la fiesta de Bellona, que era el 3 de junio (Ovid., *Fasti*, VI, 199) al día de la sangre de la Gran Madre y se identifica con ella.

[57] En la obra *Metam.* de Apuleyo, VIII, el sacerdote mendicante invoca cuatro personificaciones diferentes de la Gran Diosa: *Dea Syrie... et Bellona et mater Idaea, cum suo Adone Venus domina...*

[58] La hermosa obra de Texier, *Desc. de l'Asie mineure*, ofrece, entre otras cosas, la construcción mejor conservada del interior, el templo de Aizani.

no importa qué ídolo asiático informe, haciendo así que lo más noble y bello se pusiera al servicio de lo más odioso, acaso porque los señores de un templo disponían de bastantes dominios, dineros y limosnas para construir un suntuoso edificio de primer orden. Y la superstición creciente iba empujando cada vez más a los griegos y romanos del Asia Menor hacia esos altares de dioses orientales y hasta de divinidades de nuevo cuño; bastaba que el intérprete o el sacerdote de los mismos tuviera suficiente desparpajo. Luciano nos da a conocer al farsante Alejandro que con su pequeña divinidad serpentina pudo embaucar en el siglo II a los sencillos paflagonios de Abonoteicos, primero, pero en seguida a toda el Asia Menor y a los funcionarios romanos más encopetados.

Por desgracia nos faltan noticias suficientes sobre la persistencia de aquellos señoríos de templos que Estrabón conoció en tiempos de Augusto en número bastante considerable.[59] Hasta en lo que respecta a Palmira, no resulta clara la relación que guardaba la aristocracia bélica y mercantil de la ciudad con el gran templo solar y sus tesoros. ¡Cuántas ruinas mudas esconde este cercano Oriente de la época romana! Comenzando por la magnífica Petra de Arabia, por la ciudad de las columnas, Gerasa, al este del Jordán, localidades ambas de las que apenas si se conocía más que el nombre a través de los autores de la época imperial, y cuya magnificencia han podido describir con asombro los viajeros.

En la acogida de las divinidades del cercano Oriente se trató, simplemente, de una nueva superstición y de una ampliación del culto divino; pero con este culto no llegó a Roma ningún nuevo elemento civilizador. Los dioses egipcios entran en la gran mezcla en forma más imponente. Les acompañaba la vieja veneración de los griegos por la sabiduría sacerdotal egipcia en la que creían culminaba la teología, la astronomía, la observación de la naturaleza, la medicina y la mántica. No se trata de mutilados entregados al paroxismo sino de una casta sacerdotal que en un tiempo dominó a los faraones y a su pueblo y que había dejado tras sí los más grandes monumentos.

[59] Strabo, XI, 14; XII, 2, 3, 5, 8; XIV, 2, *ob. cit.*

Parece que esta casta se halla ya muy en decadencia en tiempo de los Ptolomeos y los bienes de los templos contribuyen sin resistencia a soportar las cargas del estado. Había desaparecido el viejo prejuicio en torno a su recóndita sabiduría desde que en las dunas del delta se levantó la ciudad de Alejandro, donde sabios griegos y egipcios formados a la griega, establecieron los más grandes talleres, modernos entonces, para la recopilación, la investigación y el saber críticos. El rey macedónico, sus funcionarios y soldados no son ya guiados desde el templo, y ya no vale tampoco la pena de conservar el viejo y grandioso sistema de la sabiduría sacerdotal. Nos cuenta Estrabón, con ocasión de su visita a Heliópolis, en el bajo Egipto:[60] "Vimos también grandes casas, habitadas por los sacerdotes, en otros tiempos filósofos y astrónomos; pero la corporación y la tradición han desaparecido, por lo menos no vimos a ningún presidente de este género sino únicamente sacrificadores y custodios que explicaban a los extranjeros las maravillas del templo." Se mostraba, entre otras cosas, el lugar en que Platón vivió durante trece años sin que lograra sonsacar a los sacerdotes lo esencial de sus arcanos; pero quien pretendiera ahora dar importancia a estas cosas provocaría la burla de la gente culta. Pero Egipto recobra por la vertiente de la superstición el influjo que había perdido por el lado del saber.

En primer lugar, la vieja religión se sostiene muy firmemente en el campo. Acaso se deba esto a la congénita obstinación de los egipcios, que no tenían mejor manera de proteger su nacionalidad contra la dominación extranjera, y en parte se deba también a la persistencia del organismo tradicional. Ningún pueblo del mundo antiguo había hecho depender su vida entera tan completamente de sus doctrinas y prescripciones sagradas como el egipcio. Las mejores fuerzas de la nación se han aplicado desde miles de años a magnificar, mediante símbolos, la relación con lo supraterreno; la construcción de templos, las fiestas, los sacrificios y los enterramientos ocupan un lugar junto al cual la vida civil, la agricultura y el comercio no podían afirmarse más que secundariamente. Semejante situación,

[60] Strabo I, XVII.

que no había sido desarraigada o desplazada por algo esencialmente nuevo, tenía que persistir con la mayor fuerza. La mayoría de los templos se conservaba intacta; en la época romana se conservaba todavía vivo el recuerdo espantoso de la destrucción llevada a cabo por Cambises y los persas. Los sacerdotes, que tenían sus palacios junto a los templos, y dentro de ellos, hicieron sin duda todo lo posible para mantener la pompa de los oráculos y sacrificios y para celebrar con todo esplendor las procesiones a través de los amplios patios y avenidas, entre las hileras de esfinges. Si suponemos que la jerarquía se conservó con las mismas proporciones que muestra en la época de los Ptolomeos,[61] nos hallamos, sencillamente, ante un verdadero ejército de personas sagradas. Cierto que se había enervado la fuerza de esta potencia peligrosa; los Ptolomeos habían identificado al sumo sacerdote de su propia persona divinizada con el sumo sacerdote de todo el Egipto y le habían fijado su sede en Alejandría· también los romanos supieron arreglárselas, pues, por lo menos en tiempos de Adriano, el puesto de sumo sacerdote de Alejandría y de Egipto correspondió a un romano, L. J. Vestino, que era al mismo tiempo director del museo de Alejandría.[62] Pero sin duda que la masa de sacerdotes se componía de egipcios; tenemos al profeta, que emitía oráculos o realizaba ciertos sacrificios especiales; los hieróstolos, que cuidaban el guardarropa de las imágenes sagradas; los pteróforos, que llevaban alas en la cabeza; los hierogranmateos, que en tiempos manejaron toda la santa sabiduría pero que ahora habían descendido al nivel de intérpretes de sueños; los horóscopos o astrólogos; los pastóforos, que llevaban en las procesiones las arcas con las imágenes de los dioses; los cantantes; los cuidadores de los animales para el sacrificio; los selladores de las víctimas; los guardianes de los animales sagrados; las diferentes categorías de embalsamadores y celadores de las tumbas; finalmente, numerosos esclavos de los templos de los que, unos, vivían como monjes en clausura voluntaria

[61] Para lo que sigue, véase Boeckh, *Corpus inscr. graec.* III, fasc. II, introducción.

[62] Compárese con Estrabón, XVII, 1.

y otros caminaban mendigando. En torno al templo de Serapis, es decir, en los alrededores de Menfis, tenemos ya desde el siglo II antes de Cristo las celdas de aquellos reclusos que esperaban purificarse por su encierro vitalicio en las cercanías del dios; por lo que se ve, son el modelo innegable de los *reclusi* cristianos; recibían la comida por un ventanuco y morían en estos agujeros.[63] Conservada de manera completa o incompleta, toda esta muchedumbre no tenía más que un interés; mantener en todo vigor las supersticiones egipcias y causar la mayor impresión posible a los romanos.

Junto a un gran número de dioses de carácter más o menos local las divinidades egipcias generales, Isis, Osiris, Anubis, poseían sus templos por todas partes. En Alejandría y otras varias ciudades se añadía Serapis, procedente de Sipone, como dios de los muertos, probablemente emparentado con Osiris, y su templo pasaba por una de las maravillas de la arquitectura antigua y se hallaba rodeado de construcciones que, después de la destrucción del *Museion* en los tiempos de Aureliano, albergaban los institutos científicos más importantes, entre otros una gran biblioteca. Vale la pena que escuchemos las manifestaciones de Rufino,[64] aunque de aire tan fabuloso y confuso, en lo que se refieren a estas construcciones extraordinarias, pues nos podremos dar cuenta mejor que nunca en qué grados supo acomodarse el helenismo a la mentalidad nacional en esta patria de todas las supersticiones. El *Serapeion*, que se erguía sobre una plataforma de más de cien peldaños, parece haber sido una gigantesca construcción, abovedada, rodeada en sus cuatro costados por cámaras, escaleras y pasillos secretos y, por arriba, de habitaciones para los sacerdotes y de aquellas celdas de penitentes; un pórtico cuádruple corría en torno al edificio mismo o acaso en torno a un patio. No se había escatimado el material más noble, hasta oro y marfil. En el gran ámbito central se hallaba la imagen del dios, tan colosal que sus brazos extendidos tocaban con los muros colate-

[63] Weingarten; *Der Ursprung des Moenchthums*, pp. 30 *ss.*, según Brunet de Presle y Letronne.
[64] *Hist. eccl.* II, 23 *s.* — Ammian. XXII, 16. — *Avieni orbis descr.* Vs. 374.

rales;[65] al estilo de las estatuas criselefantinas, había sido fabricado revistiendo un núcleo de madera, seguramente sagrada, con diferentes metales. Las paredes se hallaban revestidas de metal, y la fantasía alejandrina se imaginaba la existencia de un segundo revestimiento de plata y un tercero de hojas de oro. Todo este gran ámbito estaba a oscuras y, seguramente, disponía de iluminación artificial; sólo el día de la fiesta en que se llevaba la imagen del dios solar a visitar a Serapis se descubría, por un momento, una pequeña abertura hacia el este, de la que descendían los cálidos rayos de sol sobre los labios de la estatua, y esto se designaba como "beso del Sol" No se nos describen con más detalles otros artificios ópticos y mecánicos para los que el templo debió estar dispuesto como un teatro, o acaso se trata de puras fantasías, como esa historia del imán en el techo, que mantenía, meciéndose en el aire, la imagen del Sol, compuesta de una delgada lámina de hojalata, cosa que se nos contará también más tarde del sepulcro de Mahoma. El templo era famoso, además, como todos los templos de Serapis, por la llamada "incubación"; los enfermos dormían allí o enviaban a otras personas a dormir para que en el sueño[66] inspirado por la divinidad conocieran la cura apropiada; un método que los griegos empleaban también en su templo de Asclepios y que dió motivo para identificar casi a los dos dioses. Además, en toda la ciudad las paredes y las puertas se adornaban con un símbolo del gran dios y por las calles se veía una infinidad de templos, capillas y estatuas de todas las otras divinidades.[67] Se creía que los artificios teatrales existían también en otros templos; así, en el templo de un dios que en la fuente romana es señalado como Saturno,[68] su imagen colosal, hueca, estaba apoyada en la pared, de

[65] O podría haberlos tocado; en el Serapis estilizado como Zeus, unos brazos extendidos hubieran sido demasiado llamativos.

[66] Tacit., *Hist.* IV, 81.

[67] Strabo XVII, 1: la ciudad está llena de lugares sagrados y de templos. Rufin. I. c.

[68] También Eutychius, *Alex.* p. 435 ed. Oxon. conoce un templo de Saturno con una gran estatua de bronce; sin embargo, en este caso, como en el de Rufino, se puede tratar también de Serapis, que muchas veces es identificado con Saturno.

modo que podía colarse un sacerdote y hablar por su boca abierta; la iluminación del templo se podía apagar instantáneamente. Muchas de estas cosas no eran un engaño intencionado sino un artificio, admitido y conocido por todos, para realce de las grandes fiestas simbólicas que tanto abundaban desde antiguo en Egipto; si en la ocasión el fanatismo de alguno le inducía a creer en el milagro, los sacerdotes no le habrían de desengañar. Veremos que éstos manejaron la teurgia y la conjuración de espíritus, pero ellos mismos son víctimas de la superstición o, por lo menos, no están por completo al margen como unos embaucadores. Porque la superstición se había convertido en el aire que se respiraba; todavía muy tardíamente, la familia egipcia de dioses acoge nuevas criaturas como, por ejemplo, Serapis y al horrible Canopo, que era venerado en la ciudad del delta del mismo nombre como una vasija de cabeza y miembros humanos. En tiempos de Estrabón, Canopo, con sus posadas, era el lugar preferido por los alejandrinos para sus vacaciones; el canal del Nilo por el que se navegaba se hallaba animado día y noche de barcas repletas de hombres y mujeres que danzaban al son de las flautas y se entregaban a todos los excesos.[69] Por entonces existía todavía un templo de Serapis, el edificio más importante de la ciudad, donde se practicaba también la cura del sueño; más tarde el santuario de Canopo ocupará el primer rango y en el siglo cuarto se convertirá en una alta escuela de toda clase de hechicerías.[70]

En la sección cuarta nos hemos ocupado ya de la persistencia y rivalidad de los diversos cultos zoolátricos.[71] Cada nomo o distrito veneraba su animal particular, la oveja, el lobo, el faisán, el águila, el león, el macho cabrío, etc. Gozaban de un culto general los dos famosos animales: Mnefis, que, todavía en tiempos de Estrabón, era mantenido en una capilla del templo de Heliópolis, y

[69] Todavía Amiano XXII, 16, celebra las posadas alegres y el aire dulce. Adriano se hizo construir en su villa de Tibur, entre otras maravillas del mundo antiguo, un Canopo en miniatura.

[70] Rufin. *Hist. eccl.* II, 26.

[71] Las diversas explicaciones resumidas por Plutarco: *De Iside et Osiride*, 72.

Apis, en el que sobrevivía el alma de Osiris, en la ciudad de Menfis. No siempre había un toro negro con una pinta blanca en el testuz y una mancha de forma lunar a un lado; una vez, en el siglo cuarto, se anduvo buscándolo durante mucho tiempo.[72] Cuando se topó con él, fué llevado hasta Menfis en procesión solemne con la vaca que lo había parido, y allí fué recibido por diez sacerdotes que lo llevaron al templo que habría de servirle de establo. Aquí y desde el patio inmediato lo observaban los forasteros, que adivinaban en cada uno de sus movimientos algún presagio. Ocurrió una vez que no quiso comer de las manos de Germánico, lo que según las gentes no pronosticaba nada bueno. En Arsinoe había todavía sacerdotes que se las entendían para domesticar o por lo menos para alimentar al cocodrilo divino allí venerado. Entre los numerosos seres naturales que recibían adoración divina no podía faltar el más poderoso de todos, al que Egipto debía su existencia; el Nilo tenía su propio colegio sacerdotal de eunucos, que le dedicaban ofrendas y sacrificios para que se portara bien con el país. Constantino, que según nos cuenta Eusebio[73] suprimió el colegio, se debió de quedar en el mero intento, pues siguió subsistiendo mucho después. Lo que pudo hacer se limitaría acaso a trasladar el medidor del Nilo del *Serapeum* a una iglesia cristiana.

De los demás sacerdotes egipcios, tal y como existen hasta la época de Trajano, Plutarco nos describe[74] a los sacerdotes de Isis con cierto exceso de veneración e interpreta sus usos y ceremonias bastante plásticamente. Sus distintivos eran, sobre todo, vestidos de lino blanco y la cabeza rapada. Vivían con cierta abstinencia y evitaban ciertos manjares para no engordar y por toda otra clase de motivos simbólicos; evitaban hasta el mar y la sal. Pero su culto, a pesar del duelo que retorna eternamente, está desprovisto de dignidad; tenemos en su lugar lamentaciones salvajes y un comportamiento báquico; en unos sitios se precipitaba un asno desde la roca,

[72] Ammian. XXII, 14, cf. *Hist. Aug.* Hadrian., c. 11.
[73] *Vita Const.* IV, 25, cf. con Liban., *Pro templis*, p. 182.
[74] Plutarco, *De Iside et Osiride*, passim.

en otros se pasea un buey dorado cubierto de una negra gualdrapa; un aparato para producir ruido, el sistro, parecía destinado a intimidar al malo Tifón (el principio destructor). Muchas cosas hay en este culto que parecen llevar el sello de ser ociosa invención tardía o pura explotación; se viste a la imagen de Isis de colores diversos, unas veces oscuros, otras claros, para personificar el día, la noche, el fuego, el agua, la vida y la muerte; los inciensos son diferentes según las horas del día, por la mañana resina, para ahuyentar los vapores de la noche, al mediodía mirra, por la noche un producto, *kyphi*, compuesto con dieciséis ingredientes durante un rezo continuo, que también se obtenía en forma potable; se trata de un específico cuyos componentes podrían interpretarse simbólicamente pero cuyo efecto debió de ser el de un narcótico.

Plutarco, que trata el tema con seriedad, nos da a entender que también había entre los egipcios gentes para quienes resultaba ya excesiva la superstición y, especialmente, el culto a los animales. "Mientras los débiles y simples, nos dice, caen en una total superstición, hombres más osados y obstinados tienen que desembocar en ideas ateas y bárbaras." Habrá que ver ahora cuánto de esta religión y con qué sentido se apropió la Roma floreciente y más tarde la decadente.

Prescindiendo de la acogida puramente artística por la cual se llevaron a Roma en los tiempos de Adriano toda una serie de figuras y de formas decorativas egipcias, apenas si otra cosa que el círculo de Isis encontró acogida desde siglos en la religión griega y en la romana.

Isis, la tierra y el bendito Egipto mismo, y Osiris, la corriente fertilizadora del Nilo, han sido considerados ya por los egipcios como símbolos generales de toda vida y preparados así para su entrada en el culto de otros pueblos. Una interpretación accesoria, que acaso le vino a esta pareja del lado semítico, la de Luna y Sol, ya en tiempos de Herodoto había perdido importancia; los griegos se ponen, como si dijéramos, de acuerdo para reconocer en Isis a Déméter y en Osiris a Dionysos, sin renunciar por ello totalmente a la cualidad de Isis

como diosa lunar; y va cobrando participación en los asuntos de los seres divinos más diversos,[75] como diosa del mundo subterráneo, de los sueños, del parto y hasta como señora del mar Cuando después de la conquista de Alejandro entra el Egipto en el gran horizonte de la vida greco-oriental, el culto de Isis se va extendiendo todavía por todo el mundo helénico,[76] hasta pasar finalmente a Roma, donde aparece a partir de Sila, no sin una gran resistencia pública en los primeros cien años. Entre los romanos Isis se presenta unas veces acompañada de su esposo Osiris, pero con mucha mayor frecuencia por Serapis, el Osiris del mundo subterráneo; otras de Anubis, el de cabeza de perro (un bastardo de Osiris que fué identificado con Hermes como mensajero entre los dioses y el mundo subterráneo); finalmente, de Horus, en griego Harpócrates, que fué dado a luz por Isis después de la muerte de Osiris. El significado mitológico primitivo de estos seres no nos bastaría, aun siendo indiscutible, para dar con el sentido que los romanos ponían en todo esto. Serapis cobra, junto a su significación de dios de la salud, la de un dios solar,[77] como toda una serie de dioses extranjeros y hasta autóctonos que desembocaron en esto; pero no por eso pierde el señorío sobre las almas en la vida y en la muerte. En forma parecida Isis y las otras divinidades se transforman en deidades de salvación o de la simple salud, sin por eso perder su relación con el mundo subterráneo. En esta etapa es difícil distinguir a Isis de la diosa subterránea de las tres figuras, Hécate, que reina en el cielo como Luna, en la tierra como Diana y en el infierno como Proserpina. Entre los poetas elegíacos es, por el contrario, la temible y a menudo aplacada señora de los negocios de amor. Cuantos más aspectos de la vida se le van sometiendo, tanto más difícil será reducir su naturaleza, tal como la concibieron los romanos en los últimos tiempos, a los términos de una definición; pues la encontramos, después de las metamorfosis

[75] Cf. Pauly, *Realencyclopedie der klassischen Alter Welt,* artículo Isis, de Georgii.

[76] Cómo el culto de Isis se fué acercando al templo délfico, según *Tithorea,* en Pausanias X, 32.

[77] Numerosas inscripciones, entre otras en Orelli I, cap. IV, § 32.

más varias, hasta en calidad de Fortuna o de Tyche,[78] para no hablar de la interpretación puramente filosófica que acabó por descubrir en ella a la gran divinidad universal. Hacía tiempo que la figura de la diosa se había romanizado y había abandonado los conocidos atributos capilares egipcios; el ropaje de la sacerdotisa parece haber reemplazado a la de la vieja diosa; un manto con flecos enlazado a la altura del pecho con la túnica y en la mano el sistro; estos son los distintivos que encontramos en pinturas y estatuas.

Las armas romanas llevaron el culto de Isis hasta las fronteras del Imperio, a los Países Bajos, Suiza y, en el sur, Alemania; penetró en la vida privada antes y más profundamente que el culto de la Gran Diosa semita. Gozó del favor imperial a partir de Vespasiano, que rinde culto expreso en Alejandría a Serapis; su hijo Domiciano edificó en Roma un *Isium* y *Serapium*, siendo así que hasta entonces las dos divinidades se habían contentado con unos modestos templos dentro de las murallas. Más tarde hubo en Roma varios santuarios de la diosa de bastante importancia. En el templo de Isis encontrado en Pompeya, que había sido ya restaurado dieciséis años antes de la catástrofe, existe una escalera secreta y un ahondamiento detrás del pedestal que soportaba la imagen, y esto, junto con una edificación pequeña accesoria con subterráneo, nos permite algunas conjeturas; pero ni el espacio ni las construcciones son apropiadas para grandes y deslumbrantes fantasmagorías, lo que no ha impedido que la fantasía de arqueólogos y poetas haya montado grandes pensamientos sobre estas edificaciones de poca importancia. Los sacerdotes de Isis, que en las grandes ciudades formaban numerosos colegios (como pastoforos, etc.) gozaban todavía en el siglo primero de bastante mala fama, entre otras cosas como zurcidores de voluntades en cuestiones de amoríos, que, como vimos, también se colocaron bajo la advocación de Isis y de su templo. Juvenal [79] trata con el

[78] Con lo que no está en contradicción en modo alguno la protección que a sus consagrados presta Isis contra la Fortuna, imaginada como azar (Apul. *Metam.* XI).

[79] Juvenal, *Sat.* VI, 522.

mayor desprecio al blanco y rapado enjambre que, con lamentaciones sacerdotales, penetra en la cámara de la romana distinguida que acababan de abandonar los eunucos de la Gran Diosa siria. Estos últimos se limitaban a mendigar, mientras que los sacerdotes de Isis, vestidos con el indumento de Anubis, llegaban a amenazar y a imponer penitencias por ciertos pecados agradables; y aunque mandaran un baño en el Tiber en medio del invierno, encontraban obediencia, porque la dama tenía una fe ciega y pretendía haber oído en sueños la voz de Isis. A partir del siglo II, el culto de Isis, junto con el de la Magna Mater, cobra un tono más digno y probablemente también mayor solemnidad, debido a la participación del emperador y de las clases altas.[80] La diferencia en comparación con las prácticas anteriores fué tan grande, que casi se podría pensar que fueron Cómodo o Caracalla los que introdujeron este culto en Roma. En las grandes procesiones se hacen pausas, es decir, estaciones con instalaciones suntuosas. Cómodo mandó representar en mosaico una de estas procesiones en los pórticos de unos jardines. El mismo, que se había hecho sacerdote, solía llevar la imagen de Anubis para aporrear con ella la cabeza de los inmediatos sacerdotes de Isis. La descripción más detallada de una procesión de Isis, que puede servir de modelo de esta clase de celebraciones en la época, nos la ofrece Apuleyo en el último libro de sus *Metamorfosis*. La escena transcurre en la relajada Corinto. Se inicia el cortejo con aires de carnaval, con las máscaras abigarradas de soldados, cazadores, gladiadores, mujeres de vida alegre magníficamente peinadas, magistrados, filósofos (con capa, bastón, sandalias y barbas de chivo) pajareros y pescadores; sigue, portado en andas, un oso amaestrado vestido de vieja; luego un mono disfrazado de Ganímedes, con una gorra y vestido color naranja, llevando en su mano un cáliz de oro, en seguida, un asno alado remedando a Pegaso y, junto a él, un hombrecito lisiado en calidad de Belerofonte. Pero ahora es cuando empieza la verdadera pompa; mujeres coronadas y vestidas de blanco, que asisten a la toilette de Isis, esparcen flores y perfumes y gesticulan con espejos y

[80] *Hist. Aug.* Commodus 9. Pescennius 6. Carac. 9.

peines; sigue toda una muchedumbre de ambos sexos, con antorchas y cirios en honor de las divinidades astrales; citaristas, flautistas y un albo coro; los flautistas de Serapis, que entonan una melodía ritual, y los heraldos que abren paso. Llegan luego los iniciados de todas las clases y edades, con blancas vestiduras de lino, las mujeres con los cabellos untados y con velos transparentes, los hombres rapados; los sistros que agitan ruidosamente son de plata y de oro, según las posibilidades de cada cual. Ahora es cuando aparecen los sacerdotes con los símbolos misteriosos de la diosa: lámparas, altarcitos, palmeras, bastón serpentino, mano abierta y diversas vasijas de forma particular; otros llevan las imágenes de los dioses, la de Anubis con su cabeza de perro medio negra, medio dorada, una vaca sobre sus cuatro patas, una cesta mística; por último, el sumo sacerdote que lleva la urna de oro de asas serpentinas que representa a la diosa apretada contra el pecho. En este orden marcha la procesión desde la ciudad de Corinto hasta el mar. La "barca de Isis", pintada con jeroglíficos, es lanzada a las aguas, frente al santuario instalado en la playa, con muchas ceremonias y luego de haber sido saturada de perfumes y ofrendas; la inscripción que lleva en las velas, "buena navegación en el nuevo año" y el dato que conocemos por otra parte del *navigium Isidis,* que solían festejar los romanos el cinco de marzo, nos indican que la fiesta celebraba la apertura del mar, cerrado durante todo el invierno.[81] Pues precisamente en esta condición tardía, no egipcia, de señora del mar, es venerada Isis en el Mediterráneo, y los corintios, con sus dos visitados golfos, tenían que sentir debilidad por ella. La procesión torna al templo y, ante la puerta, un sacerdote pronuncia desde un púlpito una salutación o bendición para el emperador, el senado, los caballeros, el pueblo romano, la navegación y todo el Imperio; cierra con la fórmula λαοῖς ἄφεσις, que viene a significar lo mismo que el *ite missa est* del culto

[81] También el barco fué paseado encima de una carroza por la ciudad. El desfile de este *carrus navalis* (carro náutico) es, probablemente, la forma primitiva del moderno carnaval, que, debido al ayuno, no podía quedar en la fecha del 5 de marzo, y se transformó en una fiesta móvil.

cristiano. En toda esta fiesta se distinguen la multitud alegre y piadosa y los iniciados en los misterios, de los que nos ocuparemos en la sección siguiente.

Puede ser verdad lo que en ésta y otras ocasiones parecidas se nos cuenta de inscripciones sagradas, en parte de tipo jeroglífico, en parte de otro tipo misterioso cualquiera; pero el sacerdote de Isis, romano, griego o galo, que conservaba estas inscripciones y que acaso podía copiarlas y leerlas, de seguro que no entendía una palabra. Muy lejos de acarrear del Egipto sacerdotal, cuyo lado fuerte ya no era la doctrina, ninguna ciencia profunda, Roma acogió, sin gran fidelidad teológica, a los susodichos dioses, con un sentido arbitrariamente cambiado. Ya lo hemos observado por lo que respecta a Isis; otro ejemplo muy instructivo es el que nos suministra Harpócrates, cuyo ademán (con el dedo hacia la boca) significa al amamantado por Isis; en la excelente estatua capitolina de la época de Adriano encontramos, en lugar del ídolo egipcio, un amorcillo que impone silencio llevándose el dedo a los labios, en calidad de *Deus silentii.* Por el contrario, Anubis, aunque se le identificaba con Hermes, mantuvo su cabeza de perro, que produce una impresión bastante detonante colocada sobre un cuerpo humano con vestimenta romana.

Encontramos todo un cúmulo de símbolos de este círculo en esas manos de bronce que se conocen como exvotos de las paridas a su patrona Isis.[82] Los dedos, en actitud de jurar, y la palma y el dorso de la mano se hallan recubiertos de atributos, de adminículos del culto y de diminutos bustos de Isis, Serapis, Osiris y Anubis, pero estos últimos en figura de Dionysos y Hermes. No corresponde a este lugar la enumeración de esos símbolos; obedecían acaso a otros tantos ruegos provocados por la necesidad.

Con las divinidades extranjeras citadas hasta ahora no hemos agotado, ni mucho menos, el tema de la mezcla de cultos; mucha de la materia pertinente será tratada con mayor oportunidad en la sección siguiente. Hasta ahora nos ocupamos de los *sacra peregrina* recono-

[82] Véase en Montfaucon, *Ant. expl.* II, p. 330, edición pequeña, p. 78.

cidos oficialmente y extendidos por todas partes; cada devoto disponía de la libertad de almacenar según su deseo las imágenes y los símbolos de todos los países y religiones. ¡Cuán distinta y, al mismo tiempo, cuán característica en este respecto la subjetividad de aquellos dos primos tan dispares, Heliogábalo y Alejandro Severo! El primero se lleva a su casa ídolos semitas, el paladion de Roma y la piedra de Orestes conservada en el templo de Diana de Laodicea, para agruparlo todo mecánicamente; y así como celebra el matrimonio de la piedra negra de Emesa con la estatua de la Urania de Cartago, el sacerdote imperial se casa con la vestal máxima; hasta parece que manifestó la intención de convertir su santuario central en punto de convergencia del culto de los samaritanos, de los judíos y de los cristianos. Todos los dioses tenían que ser servidores de su gran dios y todos los misterios se tenían que concentrar en su sacerdocio. Por el contrario, Alejandro Severo celebra a los fundadores de todas las religiones como ideales de la humanidad y junta sus imágenes en su capilla doméstica; en ella encuentran lugar Abraham y Cristo junto a Orfeo, como presunto fundador de los misterios griegos, y Apolonio de Tiana, como filósofo taumaturgo; también los mejores de entre los emperadores[83] estaban instalados allí, dedicándoseles, además, estatuas colosales en el foro de Nerva; una segunda capilla contenía las estatuas de Virgilio, Cicerón, Aquiles y otros grandes hombres; el noble y desdichado príncipe hace todo lo que puede para organizar un nuevo Olimpo. Pero lo que ocurre en el palacio imperial de Roma de seguro que se repitió diversamente en grado menor. Muchos de los más nobles hubieran acogido a gusto los aspectos del cristianismo que les eran más comprensibles; pero con mayor anhelo todavía dirigiría su mirada hacia los misterios cristianos la superstición general, que se sentiría atraída muy especialmente por el hecho de que sus adeptos eran capaces de una

[83] Se puede confrontar, en paralelo, la *Hist. Aug.* Tacit., cap. 9. *Divorum templum fieri iussit, in quo essent statuae principum bonorum*, etc. Especialmente las estatuas de Marco Aurelio se encontraban todavía en tiempos de Diocleciano en muchas casas debajo de los *Dii penates*. *Hist. Aug.* Marc. Aur., cap. 18, 5.

actitud tan admirable en la vida y en la muerte. Es difícil imaginarse de una manera viva este sentimiento, mezcla de repugnancia y de deseo, de algunos paganos, y apenas si tenemos sobre el particular ninguna noticia directa, a no ser que consideremos como tal la historia del mago samaritano Simón.[84] Luego nos ocuparemos del acercamiento filosófico entre las dos religiones.

Si, pues, había desaparecido por completo la repugnancia ante los dioses extranjeros y si en los cultos orientales se sentía, sobre todo, el incentivo poderoso de lo misterioso, no era fácil prever el punto en que habría de detenerse esta apropiación de lo extranjero.[85] Con la filosofía neoplatónica y con el maniqueísmo penetran en el mundo romano no sólo principios religiosos persas sino también de la India; era seguro que se acogería todo lo que de alguna manera presentara un aspecto misterioso y ofreciera algún rasgo de afinidad con el panteón romano.

Conservamos, precisamente de esta época tardía, numerosas inscripciones dedicadas a "todos los dioses y diosas", a "todos los celestiales", a la "asamblea de los dioses", etc. Sin duda que en tal ocasión se pensaba también en los dioses extranjeros y a ninguno de ellos se quería agraviar. A menudo se transfirieron también los atributos de toda una serie de divinidades indígenas y extranjeras a una sola figura, que era designada como *Deus pantheus,* como "Dios omnidivino" Así tenemos a Silvarun Pantheus, a Liber Pantheus; en las estatuas de Fortuna vemos, además de la rueda y el cuerno de la abundancia, que le corresponden, la coraza de Minerva, el loto de Isis, el haz de rayos de Júpiter, la piel de ciervo de Baco, el gallo de Esculapio, etc. Acaso se trata de una expresión compendiada de todo el enjambre de dioses, y habrá que distinguirla, por lo tanto, del monoteísmo filosófico, que reconocía una identidad real de todos los dioses en un ser supremo.

84 Además de las indicaciones que nos da Euseb., *Hist. eccl.* II, 1. La secta de Simón existía todavía bajo Constantino y se infiltraba "como la peste y le lepra" en la propia iglesia.

85 Roma como *templum mundi totius,* en Amiano XVII, 4. Cf. p. 132, nota 3, según la cual Egipto reclama los mismos derechos.

Existe una conocida declaración del filósofo Temistio,[86] de época bastante tardía, según la cual el emperador Valente persiguió rudamente, como arriano que era, a los cristianos ortodoxos. "Las divergencias de fe entre los cristianos no deben extrañarnos —nos dice el filósofo—; apenas si tienen importancia junto a la masa y confusión de las diversas creencias paganas. Pues en ellas encontramos más de trescientas sectas, ya que la divinidad desea ser glorificada de diferentes maneras y cada una disfruta de tanta mayor consideración cuantos menos son los que participan en su conocimiento" La cifra que se nos ofrece acaso sea un poco exagerada y, por otra parte, tampoco estas sectas paganas se excluyen como las cristianas, de suerte que se podía pertenecer a varias de ellas. De todos modos, trescientas maneras diversas de adorar a los dioses, aunque no se contradigan, testimonian una disolución del paganismo que no es posible fuera producto de la mera admisión de divinidades extrañas. Ya veremos cómo tuvo que producirse una variedad infinita en la decadente religión pagana, no sólo en virtud de la diversidad del culto sino merced, sobre todo, a los principios internos del culto mismo, mientras que, por otra parte, se manifestaban grandes tendencias simplificadoras.

[86] Sócrates, *Hist. eccl.* IV, 32.

SECCION SEXTA

LA INMORTALIDAD Y SUS MISTERIOS. LOS DEMONIOS INVADEN EL PAGANISMO

JUNTO al viejo culto y a los cultos extranjeros adoptados, tenemos que la gente instruída había caído, como ya dijimos, en una incredulidad que, en el mejor de los casos, presentaba un cariz filosófico. Pero en el siglo tercero y bajo la presión de las grandes calamidades del Imperio, se había operado en las clases altas un notable cambio de opinión; una parte se sentía arrastrada por el mismo afán de prodigios y por las mismas supersticiones que la demás gente, mientras que la otra manejaba un nuevo instrumento espiritual tratando de conciliar la filosofía con la exaltada superstición: el llamado neoplatonismo.

Así como en la vida de entonces no estaban muy separadas ambas direcciones, tampoco podremos separarlas mucho en nuestra exposición. Es absolutamente imposible decir dónde acaba la creencia popular y dónde empieza la superstición filosófica; la última reconoce, por lo general, a la primera, para subordinarla dentro de su sistema, es decir, dentro de su demonología.

Los diversos fenómenos, esto es, el ansia creciente de prodigios y el fanatismo pagano, la mística y la abstinencia fervorosa, los podemos reconocer claramente en cada página de la historia del siglo tercero. Pero la impresión general es que toda la relación con lo sobrenatural se había alterado y había cambiado por completo de sentido. Lo podemos observar, en primer lugar, si consideramos las opiniones sobre el destino último del hombre.

Los enemigos del cristianismo le achacan constantemente que es una religión del más allá, que considera la vida en el mundo como

una estación de tránsito, turbia y llena de pruebas, para una vida ultraterrena y eterna; le oponen la alegría de la vida del paganismo, que enseñó al hombre antiguo a vivir en este mundo en la forma y con las disposiciones adecuadas para cada uno. Se podría objetar que ya la concepción del mundo del helenismo más vigoroso no fué, en modo alguno, algo tan sereno y alegre como suele creerse; de todos modos hay que subrayar que el paganismo del siglo tercero no puede merecer de pleno esta alabanza, o como se la quiera considerar, pues se había convertido también en una religión del más allá. La dogmática cristiana planta su doctrina de la muerte y la inmortalidad al final de la vida del hombre y en el caso actual tenemos que comenzar por aquí, pues toda la comprensión de la religión pagana tardía depende de este punto.

Cierto que la situación lamentable del estado y de la sociedad es responsable, en gran parte, del desarrollo de esta allendidad, pero no lo explica por completo. Semejantes direcciones nuevas suelen recoger su fuerza esencial de profundidades insondables; no es posible deducirlas como meras consecuencias de estados anteriores. La idea pagana anterior reconocía a los hombres una perduración tras la muerte, pero en forma de sombras, como una inerme vida de sueño; el que pretendía ser más sabio hablaba, según la doctrina egipcia o asiática, de una trasmigración de las almas; sólo muy pocos amigos de los dioses moraban en el Elíseo o en las Islas Afortunadas. Con la crisis del paganismo se amplía el círculo de estos privilegiados y pronto cada cual tendrá sus pretensiones de beatitud. En numerosos sarcófagos encontramos representaciones de Tritones y Nereidas de bastante belleza, en ocasiones, para estos tiempos tardíos; de esta suerte se alude al viaje a las Islas Afortunadas. Pero son los epitafios los que no permiten ninguna duda sobre el particular.[1] "Vosotros, desdichados supervivientes, lloráis este caso de muerte; pero

[1] Cf. Meyes, *Anthologia lat.* N. 1182, 1195, 1246, 1252, 1265, 1282, 1318, 1329, 1401, 1402 y otros. Cuán limitadas eran las esperanzas de los estoicos ulteriores en este aspecto lo indica M. Antonin. III, 3; X, 31; XII, 5, 14 y otros pasajes.

vosotros, ¡oh dioses y diosas! os regocijáis con este nuevo ciudadano". En otra ocasión se reconoce plenamente que la verdadera vida comienza en el más allá. "Ahora es cuando vives tu tiempo feliz, y, libre de todos los azares de la tierra, disfrutas con los dioses en la altura de los cielos del néctar y la ambrosía." También para los niños, para niñas de ocho años, se pretende esta inmortalidad. "Vosotras, ensalzadas almas piadosas, conducid a vuestros aposentos a la inocente Magnilla, a través de las praderas del Elíseo." Hasta una criatura de diez meses nos habla en estos términos: "Mi alma celeste, divina, no se detendrá en las sombras: el universo y las estrellas la acogen; la tierra sólo tiene mi cuerpo, la piedra ha recogido únicamente mi nombre." Una viuda quiere conocer el astro donde mora su esposo, es la corona de Berenice, en las cercanías de Andrómeda.[2] La oración de un hijo es más modesta: "¡Dioses del mundo subterráneo! Abrid a mi padre las praderas donde luce un día eterno." También se expresa la esperanza de volverse a ver, si bien en una lápida del siglo IV.[3] Tampoco parece faltar otra consecuencia de la fe en la inmortalidad: la creencia en la protección para los que quedan acá; un alto funcionario nos dice: "Así como os cuidé en la tierra me ocuparé de vosotros entre los dioses."[4] Sin razón alguna se ha querido atribuir a muchas de estas inscripciones un origen cristiano, presunción que se refuta fácilmente por los claros complementos mitológicos que encontramos. El apóstrofe que dirige Arnobio[5] a los paganos nos demuestra que en la época de Diocleciano la fe en la inmortalidad estaba generalizada: "No os hagáis ilusiones con vanas esperanzas cuando vagamente os afirman que, habiendo nacido de Dios, no estáis sometidos a las leyes del destino; luego de una vida decente, os estarían abiertas las moradas de Dios, y luego de la muer-

[2] Sobre esta significación de los astros se hablará todavía más tarde. Cf. S. Hieronym., *Epist.* 23, donde una viuda coloca a su marido en la Vía Láctea.

[3] Meyer, *ob. cit.*, N. 1318.

[4] *In superis,* quedando en este caso en duda si el que habla no es imaginado como dios.

[5] *Adversus gentes,* II, p. 86.

te podríais ascender a ellas sin obstáculo alguno, como a la propia patria." Lo mejor del caso es que la idea, tan arraigada, de un *fatum* terrenal no se hallaba ya en hostilidad manifiesta con la moralidad desde el momento en que se admitía el destino ultraterreno del hombre.

Desde el punto de vista del paganismo, estas creencias piadosas no requerían más que un monoteísmo ilustrado y una moralidad rigurosa, tal como se había dado, por ejemplo, entre los estoicos, por lo pronto en cuanto a los principios y también parcialmente en la vida. Pero el problema no se planteaba de una manera tan sencilla para los hombres de entonces; entre ellos y las cuestiones supremas de la existencia se habían instalado numerosos dioses y sistemas de dioses y era menester tratar con estos poderes demoníacos. Hasta en los casos en que, en esta época, el pagano desemboca en un cierto monoteísmo, lo veremos vinculado, de manera sorprendente, a la idea de estos seres divinos intermedios que tienen también que ser venerados y aplacados a su manera. El ansia de inmortalidad, lejos de entregarse confiadamente en brazos de la eternidad en virtud de un acto ético-religioso directo, tuvo que dar un largo rodeo. Desde siempre los cultos antiguos habían conocido ciertos misterios que acercaban al iniciado al dios y contenían, al mismo tiempo, indicaciones más o menos claras de una inmortalidad mejor que aquella vida de sombra del Hades. En los misterios griegos de Démeter, lo mismo que en los de Dionysos, esta esperanza se junta a las celebraciones de la muerte y resurrección de la naturaleza, sin que se presente en un primer plano como algo esencial. Estos misterios siguieron celebrándose; emperadores y gentes de calidad que viajaban a Grecia se iniciaban con gusto. Aquel famoso escrito del cristiano Fírmico al hijo de Constantino[6] denuncia las consagraciones de Eleusis, los misterios cretenses de Dionysos y los *sacra* de las coribantes como cosas que subsistían todavía; y hasta acaso tendríamos que su-

[6] I. Firmicus, *De errore profanarum religionum, passim.* — Tratado antes que él por varios apologistas cristianos, y con especial fervor en Arnob., *Adv. gentes* V.

poner que todo aquel enjambre de misterios que pululan aún por la Grecia en tiempos de Pausanias[7] (siglo II) sigue manteniéndose en su mayor parte, aunque en forma deteriorada, hasta la época de Teodosio.[8]

Pero por muy admirables que sean estos ritos místicos no tienen que ocuparnos mayormente porque más bien nos remiten al helenismo anterior y, sobre todo, están afectados de una vinculación local y hasta ciudadana y mal podían, por lo tanto, extenderse. Por la misma razón tenemos que pasar por alto los misterios romanos de la *Bona Dea* y otros semejantes. Pero cosa muy distinta ocurre con los misterios universales, extendidos por todo el mapa romano, de la época imperial, en los que se celebraba de preferencia a los dioses extranjeros.

No es culpa de los investigadores modernos que en este punto ignoremos con frecuencia lo esencial y muchas afirmaciones no pasen de meras conjeturas. Tenemos que indicar, por adelantado, que sigue siendo un misterio la participación tanto cualitativa como cuantitativa en estos misterios según las diversas regiones, clases y masas de población. Puede ser que los iniciados fueran unos miles más o menos o también unos cientos de miles más o menos; algunas regiones han podido aficionarse por casualidad o por motivos internos, o también puede ocurrir que los testimonios correspondientes —inscripciones y estatuas— se hallen todavía bajo tierra. Pero podemos sacar una impresión general: estos misterios existen ya en Roma muy pronto, en parte en tiempos de la República, sólo que en forma insignificante y hasta desdeñados; pero con el siglo tercero aumenta la participación tanto en lo que concierne al número como a la calidad de las personas y, al mismo tiempo, se insinúa un contenido

[7] Un ejemplo extraordinariamente interesante, que puede suplir a muchos, el oráculo de Trofonio en Lebadea, Pausan. IX, 39.

[8] Cf. Zosim. IV, 3, en el cual el procónsul de Acaya explica al emperador Valentiniano I cómo sin los misterios la vida sería insoportable para los griegos.

nuevo y más profundo, cuyo centro lo constituye el anhelo de inmortalidad.[9]

A las puertas de este laberinto tropezamos con las dos bellas figuras de Amor y Psique,[10] alegoría inspirada en la representación que hace Platón del alma humana. Puede ser que esas dos figuras se presenten ya antes en algunos monumentos, pero el hecho es que entre los mármoles conocidos ninguno va más allá del siglo II y que ambos, separados o acariciándose, gozando o padeciendo, se repiten con mucha frecuencia en los sarcófagos desde ese momento hasta la época más tardía. Pero la al parecer única descripción circunstanciada del mito, que debemos a Apuleyo,[11] en la época de los Antoninos, sirve más bien para despistar al lector; se trata de una leyenda cuya semejanza con la alegoría se reduce casi a que también en Apuleyo tenemos a dos amantes, desgraciados por una larga separación, culpa de una de las partes, que se vuelven a encontrar para siempre. Sólo de modo parcial y poco consecuente el poeta, al escoger los dos nombres, ha utilizado en cierto grado la tendencia de la alegoría pero no ha transformado ni mucho menos el relato en ese sentido. Sin tener nada que ver con su relato, persiste en aquella época la doctrina del alma humana. De origen divino, ha caído, sin embargo, y es presa en la tierra del error; mediante pruebas y purificaciones habrá de ser capacitada para una vida beata; el Eros celeste que se apodera de ella y la conduce como novia es una revelación de la divinidad que se apropia de nuevo de la humanidad perdida y la une consigo.

No sabemos si en la época romana se juntaban a este símbolo cultos o consagraciones especiales. No hacía sino expresar de un modo general un cierto sentir. El círculo de las obras de arte y de

[9] Sólo la entrega especial a un "dios" lleva hacia la inmortalidad beatífica. Esto dice muy claramente el epitafio griego de Aix, en la obra de Millin, *Voyage dans les Départements du Midi* II, p. 198: "Entre los muertos hay dos grupos, unos vagan por la tierra, otros danzan con los astros etéreos: a los últimos pertenezco yo, porque recibí a un dios como guía."

[10] Cf. Creuzer, *Symbolik,* vol. III. pp. 536 *ss.*

[11] Cf. el apéndice de la obra de Friedlaender, *Sittengeschichte Roms,* vol. I. pp. 431 *ss.* (Pronto aparecerá la traducción castellana.)

las alusiones poéticas se amplía todavía con ciertas figuraciones colaterales; Psique es representada como mariposa a través de una serie de escenas como, por ejemplo, cuando Palas la va enviando desde su cabeza a los hombres creados por Prometeo, y cuando sale del difunto y es conducida por Hermes al mundo subterráneo, y en este punto se le junta,[12] como clara imagen de la redención definitiva, el Prometeo aherrojado en la roca al que Heracles libra del águila de un saetazo; de aquí en adelante vivirá divinamente en el Olimpo.

Pasemos de estos símbolos generales del tardío anhelo romano por la inmortalidad a aquellos misterios en que podemos reconocer un contenido análogo.

Acaso tengamos que excluir los misterios de Baco, extendidos todavía entonces por el Imperio. No nos es posible conocer su contenido por esta época;[13] se sabe únicamente que se seguía comiendo, cruda y chorreante, la carne de un cabritillo, y que los iniciados se ceñían de serpientes el cuerpo en su sagrada locura.

Más cerca de la creencia en la inmortalidad parecen estar los misterios de la diosa subterránea de las tres figuras, Hécate (como Luna, Diana y Proserpina). Los autores no nos informan sobre el particular; pero en las inscripciones este culto es mencionado paralelamente a los misterios más importantes, los de Mitra y de la Gran Madre, así que no debió de carecer de importancia. En una estatua de esta *Diva triformis* que se encuentra en Hermannstadt (Transilvania) se pueden observar vestigios de relieves que parecen representar toda clase de escenas y grados de iniciación. De la disposición del templo de Hécate,[14] construído por Diocleciano en Antioquía a una profundidad de trescientos sesenta y cinco escalones, se puede infe-

[12] En el famoso sarcófago de un niño, de la época tardía de Roma, en el Museo del Capitolio.

[13] Arnob. y, habla de bacanales en general; I. Firmicus, p. 9, habla especialmente de bacanales cretas y tebanas. — Según Creuzer, vol. III, la doctrina mística de los partidarios de Baco se refiere a la transmigración de las almas, pero no a la inmortalidad pura.

[14] Malalas, I. XII.

rir, caso de que la noticia sea cierta, qué recursos considerables se destinaron a este culto secreto.

Tampoco conocemos la forma ulterior de los misterios de Venus, que aparecen mencionados aquí y allá.[15] Pero los misterios más importantes se refieren a algunos dioses extranjeros.

Tenemos dos clases de misterios relacionados con el culto frigio. Una de sus formas, la más antigua, que encontramos ya en el período del esplendor helénico, es el misterio de Sabazios,[16] quien acaso corresponda entre los antiguos tracios al dios solar, entre los frigios a Attys, pero que en Grecia pasaba casi siempre por una personificación de Dionysos y gozó también en esta condición de un culto público. Según el estilo asiático, las ceremonias principales se concertaban de cánticos ruidosos con címbalos y tamboriles y la danza salvaje de *sikinnis.* Conocemos el rito externo por lo que se refiere a la consagración misterial tal como se celebraba en la época griega: cubrirse con una piel de ciervo y de ternera *(negris),* beber ciertos brebajes, purificaciones, etc., para terminar con la vieja imprecación de los iniciados: "huí del mal y encontré el bien", haciendo rodar una especie de cuna. Pero nada sabemos acerca de la doctrina secreta (según Creuzer, cosmogónica) y tampoco tenemos que formarnos una gran idea de la misma, pues, en fin de cuentas, para la mayoría la finalidad de las consagraciones se concretaba en los excesos nocturnos del género más grosero, lo que atrajo el desprecio más grande a todo el culto de Sabazios. Más tarde lo encontramos extendido en el Imperio romano, posiblemente con un contenido filosófico-religioso nuevo; también se pone en contacto con el culto de Mitra, del que hablaremos más tarde. Ahora, si es que no ocurría ya antes, mientras se pronuncian fórmulas simbólicas se introduce por la ropa una serpiente de oro que se recoge por debajo, pro-

[15] Por ejemplo en Arnob., *Adv. gentes,* v. — En Ferreti, *Musae lapidariae,* p. 240 se vanagloria un alma salvada: *Nom me sancta Venus sedes non nosse silentum Jussit, et in coeli lucida templa tuli(t).*

[16] Cf. Pauly, *Real-Encyclop.,* vol. VI, art. Sebazius.

bablemente en conmemoración de los amores de Zeus y Démeter.[17] Luego el iniciado es llevado a lo más íntimo del santuario, mientras pronuncia las palabras: "he comido sobre el tamboril", "he bebido sobre el zímbalo", "ya soy un consagrado", y otras fórmulas incomprensibles. Podemos presumir que, por lo menos en los siglos tercero y cuarto, estas consagraciones cobraron acaso una nueva significación y un aspecto más elevado. Los escritores cristianos,[18] quienes veían en la serpiente de oro una manifestación visible de Satanás, que por fin se presenta con su propio nombre, no hubieran callado de seguro si la ceremonia hubiese terminado en una orgía. Además, parece que participaron gentes muy distinguidas; Fírmico nos habla, hacia el 340, de personas de rango que, vestidas de púrpura y coronadas de oro y laurel, tomaban parte en los misterios.

Mucho más interesante aunque, por desgracia, no mucho más conocida, es la segunda forma que adoptan los misterios frigios en el Imperio romano: las *taurobolias*, que se vinculan directamente a las figuras de la Gran Madre y de Attys y que contenían una promesa directa de inmortalidad.[19]

Desde los Antoninos encontramos inscripciones según las cuales se presentan como ofrendas a la Gran Madre y a Attys un *taurobolium* (sacrificio del toro) y un *kriobolium* (sacrificio del carnero) el sacrificador se gloría de ser IN AETERNVM RENATVS, es decir, renacido eternamente. No sabemos nada de la doctrina que ofrecía esta esperanza y muy poco de las ceremonias. El lugar clásico de las consagraciones se encontraba en Roma, en el monte Vaticano, y desde aquí pudo haber tenido lugar una comunicación constante con las provincias. La hora propicia solía ser la media noche *(mesonyctium)* Después de haberse hecho una profunda excavación en la tierra y haber sido cubierta con una especie de criba, se colocaba en

[17] Arnob., *Adv. gentes,* v.

[18] Cf. entre otros Arnob., *Adv. gentes,* v. — Iul. Firmicus, *De errore,* pp. 23 *ss.* y 34.

[19] Las inscripciones, entre otros, en Orelli, I, cap. IV, 1899 *s.*, cap. v, 2319 *s.* — La descripción principal en Prudencio, *Peristef.* x, ver. 1011 *s.* — Un fragmento en Meyer, *Anthol. lat.* N. 605. — Cf. *Marmora Taurinensia,* vol. I.

ella el iniciado,[20] cubierto con adornos de oro y con un ropaje simbólico; se sacrificaban arriba el toro y el carnero, y a veces también un cabra, y el iniciado procuraba recibir en la cara, el pelo y el vestido la mayor cantidad posible de sangre derramada.[21] Pero no se limitaba todo a esta ceremonia repugnante; había que llevar públicamente los empapados vestidos, exponiéndose así, durante mucho tiempo, a la veneración y a la burla. Parece también que esta purificación por la sangre no valía más que para un plazo de veinte años y había que repetirla, sin perjuicio, sin duda, de la eternidad antes lograda. Sin embargo, se trataba de las consagraciones más extendidas y no se ejecutaban únicamente para uno mismo sino también para otras personas, para la salvación de la familia imperial y hasta de toda la ciudad, por lo menos en los siglos II y III.[22] No sabemos cómo cambiaba la ceremonia cuando participaban en ella corporaciones enteras. Solía ocurrir que la misma Gran Madre ordenaba semejantes consagraciones, probablemente apareciéndose en sueños. Por mucho que nos resistamos a creer que a estas crudas ceremonias podría vincularse algún pensamiento alto, lo cierto es que los *Vires aeternae*, la eterna consagración por la sangre (del toro), representaba un consuelo para esta época alambicada. Un iniciado, procónsul de Africa y prefecto de la ciudad de Roma, da las gracias[23] muy en serio a los dioses porque, ahora, habrán de proteger su alma.

El que Attys aparezca a menudo en las piedras votivas, hasta

[20] Prudencio en la *ob. cit.*, limita esto al *Summus Sacerdos* (¿de la Gran Madre?), sin duda injustificadamente, porque las inscripciones mencionan a los adeptos al lado de los sacerdotes. También las mujeres recibían la consagración y el sacerdocio. Además, encontramos en estos actos o en los sacerdocios de la Gran Madre, en general, colegios enteros de *quindecemviros*, tanto en las inscripciones galas como en las italas. — De un rito etrusco, que intenta lograr la inmortalidad por medio de la sangre del sacrificio de determinados animales y que está indicado en los "libros aquerónticos" escribe Arnob., *Adv. gentes*, II, p. 87.

[21] Habrá que entender este acto bajo la expresión *vires excipere*, que, por lo demás, se refiere a los testículos y a los cuernos del toro.

[22] Queda en duda en qué forma cambió el taurobolismo en el siglo cuarto.

[23] En Orelli, *ob. cit.*, 1900.

en las más tardías, con el nombre de Menotyrannus, demuestra su identidad primitiva o su identificación posterior con el dios lunar[24] del Asia Menor, Men, pero en nada más nos aclara estos misterios.

Más importantes, y en todo caso de un estilo más noble, fueron los misterios de Isis, que también han dejado vestigios más claros en la literatura. Se buscaban prosélitos por medio de esos libros que parecen escritos principalmente al servicio de este culto. Así, ante todo, las *Metamorfosis* de Apuleyo e, igualmente, la novela de Jenofonte de Efeso sobre los amores de Anthia y Habrokomes, escrita en el siglo II.[25] En esta novela es Isis la divinidad que protege la suerte de la pareja amorosa, que conoce infinitas aventuras. La misma Isis ha mejorado; ya no ofrece, como anteriormente en tantos de sus templos, ocasión para el relajamiento, sino que asegura la castidad de la muchacha, cuyo triunfo constituye el contenido loable de muchas de estas novelas tardías.

No vamos a ocuparnos de las viejas y genuinas fiestas de Isis en Egipto, en las que se buscaba y se encontraba al despedazado Osiris,[26] sino que nos limitaremos a los misterios universales de Isis de la época imperial. Es tanto más difícil rastrear el sentido y el contenido de estos misterios cuanto que la misma creencia popular de los romanos en Isis ofrecía una forma fluctuante y diversa. La única noticia un poco trabada nos la ofrece Apuleyo en el último libro de las *Metamorfosis*, aunque con un sentido tal que no sabemos si por boca de Lucio habla el filósofo especulativo o el iniciado creyente. Pero hay una cosa fuera de duda: también estos abigarrados misterios

[24] Strabo, XII, 3 y 8. — Se trata del mismo *Deus Lunus*, que tenía en Carrhae de Mesopotamia aquel templo mundialmente famoso. *Hist. Aug.* Carrac. 6 y 7.

[25] Las pruebas se encuentran en la *Biographie univ.*, art. "Xénophon l'éphésien".—Llamamos de paso la atención sobre una indicación de Ammian. Marcell. (XVI, 12) que supone todavía como existentes a comienzos del siglo cuarto los misterios de Isis en las Galias. Un alamano consagrado da a su hijo el nombre de Serapio.

[26] En Egipto persistieron hasta muy entrado el siglo cuarto; I. Firmicus, *De errore*, pp. 3 ss. — Lactant., *Divin. Inst.* I. 21.

prometían una beata inmortalidad. La "reina Isis", que se da a conocer como madre naturaleza y como forma fundamental de todo lo divino, reclama del desdichado Lucio, como precio de su retransformación de asno en hombre, que no ha de olvidar que, de ahí en adelante, su vida le pertenece hasta que exhale el último aliento. "Pero tú vivirás felizmente, lleno de gloria por mi protección; y cuando haya pasado tu tiempo y te encamines al infierno, allí me encontrarás también, así como me ves ahora, brillante en la oscuridad del Aqueronte, dominando sobre las profundidades estigias y, como morador de los campos Elíseos, implorarás mi gracia sin descanso." También, en el mismo momento, le promete Isis una larga vida sobre la tierra si Lucio se le hace agradable por su culto celoso y por sus mortificaciones, y luego el sumo sacerdote le promete protegerle contra el destino corriente que depende de las estrellas. Parece que semejantes fantasmagorías encontraban todavía creyentes.

Seguro que la enseñanza sagrada a que eran sometidos los iniciandos, probablemente a base de libros jeroglíficos, no era muy profunda; el pomposo ceremonial externo ocupa demasiado lugar para que se pudiera producir un elemento espiritual superior, un cambio de sentir y hasta un ascetismo duradero del ánimo del iniciado (misto). ¿Era instruído, en verdad, acerca de que Isis era la naturaleza y, al mismo tiempo, la suma de todo lo divino,[27] o se trata únicamente de la opinión personal y tendenciosa de Apuleyo? Como dijimos no sabemos sino que estos misterios constituían una de las formas preferidas entonces para asegurarse, mediante ciertas ceremonias y artes mágicas, contra las desdichas en la tierra y una vida penosa en el más allá, o contra el aniquilamiento total después de la muerte. Lo único que en estas consagraciones alude a un tratamiento sistemático del hombre espiritual son los sueños constantes, sin duda, no del todo indeliberados, en los cuales se llega a conocer la voluntad de Isis sobre toda clase de asuntos. Tenemos que pensar que, junto al engaño auténtico, consistente en soplar algo al dormido du-

[27] Cf. con esto una inscripción en el museo de Nápoles *(Inscr. sacrae,* Col. v): *Te tibi, una quae es omnia, Dea Isis, Arrius Balbinus.* V. C.

rante el sueño, también sería posible una excitación nerviosa duradera y artificiosamente sostenida. Los ritos externos, o bien han sido recogidos de Egipto y comprendidos a medias, o se practican con vistas a una imaginación peculiarmente excitable. Los preparativos durante la instrucción eran los mismos que en la mayoría de los misterios: abstinencia del vino, de la carne y de la voluptuosidad durante diez días, un baño, asperjes de agua bendita, etc.; los amigos y los compañeros de iniciación traen regalos de padrino. En la noche de la consagración, dominada por visiones oníricas, se permanece en el templo, al principio con un vestido de lino crudo, luego se cambia por doce veces de indumento y se recibe, finalmente, una capa floreada y la estola olímpica, pintada con las místicas figuras animales. De las revelaciones y apariciones en que participa el iniciado Lucio, no puede comunicarnos otra cosa sino que tenía que morir simbólicamente y resucitar por la gracia de Isis *(precaria salus)* "Traspasé las puertas de la muerte, miré el umbral de Proserpina y, luego de haber viajado por todos los elementos, volví donde antes. En medio de la noche vi el sol en todo su resplandor. Estuve ante los dioses de abajo y de arriba y oré en su proximidad." Son cosas sobre las que nunca se hará la debida luz.[28] ¿Habrá que pensar que, para cada consagración, se emplearon aquellas artes ópticas y dioramáticas que serían necesarias, según nuestras medidas, hasta para producir un ilusión superficial? Es cierto que, como lo veremos en otras circunstancias, se disponía de medios suficientes para que los iniciandos creyeran en esta o aquella conjuración de espíritus o aparición, pero el sentir de la época se hallaba todavía lo bastante impregnado del valor de todo lo simbólico para que, mediante la presentación ritual e imponente de ciertos símbolos, se desatara un gran efecto imaginativo. Nuestro mundo contemporáneo, por lo contrario, se halla infestado en tal medida por la aversión y el desprecio de lo simbólico, que apenas si podemos comprender un punto de vista diferente, y tantas formalidades y ceremonias provocan nuestra impaciencia. Pero lo peor es que aplicamos este sentimiento al

[28] Espanto que mantuvo alejados a los profanos, cf. Pausan. x, 32, c. 10.

pasado. Antes de reconocer el efecto profundo producido por los símbolos, propenderemos a suponer la existencia de costosas artes de ilusión óptica y mecánica, es decir, de engaño efectivo.

Pero volvamos al templo de Isis en Corinto. Es por la mañana; Lucio, con sus abigarradas vestiduras y una encendida antorcha en la mano, con una corona radiante, hecha de hojas de palma, sobre la cabeza, se halla en un estrado de madera ante la imagen de la diosa; de repente, se descorre el velo y la muchedumbre, agrupada fuera en la nave del templo, la mira como imagen viva del sol. Cierran la fiesta ágapes solemnes.

Pero la verdadera *sacrosanta civitas* es, para el devoto de Isis, Roma misma, y Lucio marcha a sentar sus reales en el templo de la Isis campensis. Al año siguiente, se le advierte en sueños que no olvide a Osiris y que se dirija a un determinado pastoforo quien, como es natural, también había soñado con Lucio. Después de toda clase de dificultades, en parte de tipo pecuniario, recibe el paciente devoto la consagración de Osiris; éste, el "más grande de los más grandes dioses", le promete expresamente su bendición en la carrera de abogado que acaba de emprender y le destina, también en un sueño, para miembro del colegio de los pastoforos. El autor no hace ninguna otra descripción de estas consagraciones. Según sus propias manifestaciones,[29] había sido iniciado en casi todos los misterios de Grecia, pero daba la mayor importancia a los misterios del círculo de Isis.

Pero la religión misterial más poderosa, y también con promesa de redención e inmortalidad, la tenemos en el culto de Mitra.[30]

La religión persa más antigua conoce un dios solar, Mitra, a quien más tarde la doctrina de Zoroastro, al no poderlo eliminar,

[29] *De magia oratio*, *Obras*, ed. Bipont, vol. II. p. 68.

[30] Sobre esto, numerosos trabajos de Lajard, Hammer-Purgstall, Seel y otros. Especialmente indicamos la obra *Symbolik*, de Creuzer, vol. I. — *Das Mithreum von Neuenheim*, del mismo autor; — Niclas Mueller, *Mithras*; — C. Schwenck, *Die Mythologie der Perser*, pp. 185 *ss.*;— Stark, "Zwei Mithräen in der grossherzogl. Alterthümersammlung in Carlsruhe." *(Festschrift des Jubiläums von Heidelberg,* 1865.)

le atribuye la condición de un mediador entre Ormuz y Ahrimán, o la luz y la tiniebla. Mitra se convierte en el primero de los Izid celestes y (por referencia a la puesta del sol) también en un protector del reino de los muertos, y juzga a las almas en el puente Dschinevat. Pero, sobre todo, es el protector de la tierra, de la agricultura, de la fertilidad, cuyo símbolo —el toro— le corresponde desde tiempos remotísimos. En el Zendavesta se conservan numerosas invocaciones.

Pero nos equivocaríamos si pretendiéramos encontrar los rasgos incambiados de este viejo Mitra de los ortodoxos persas en el Mitra del Imperio romano decadente. Ya la fuerte influencia posterior de la fe babilónica[31] sobre la persa había convertido a Mitra en un dios solar, el jefe del mundo planetario. Además, la tradición que había llegado a los romanos era herética, es decir, que surgió de un partido religioso persa enemigo de los magos; por último, fué recibida de segunda mano y probablemente muy alterada, a saber, con ocasión de la guerra de exterminio que emprendió el gran Pompeyo contra los piratas procedentes, en su mayoría, de Cilicia.[32] Estos, se nos dice, celebraban diversos misterios y proporcionaron también el de Mitra, que se conservó desde entonces. De algún modo, este trozo de la creencia persa se había consolidado en el Asia Menor con un aspecto semiasirio. Toda la investigación sobre el culto de Mitra padece de una acumulación de hipótesis curiosas y tenemos que precavernos para no aumentar, sin necesidad, este montón de hipótesis; pero el entendido puede permitirnos esta cuestión: ¿No adoptó acaso el culto de Mitra entre los piratas cilícicos, como religión marcial de bandidos, la forma que le haría después especialmente apto para la religión marcial romana? Lo cierto es que se habían esparcido mucho, como traficantes de esclavos, y que habían traído consigo su culto.

Numerosos relieves, algunos de grandes proporciones, repartidos por la mayoría de los museos arqueológicos de Europa, nos representan este misterio semita, pero sin explicarlo. Por lo general, se trata de obras de arte insignificantes y que, en el mejor de los casos,

[31] Herodot. I, 131.
[32] Plutarch., *Vita Pomp.*, c. 24.

no van más allá de la época de los Antoninos. Se ve una gruta sobre la que se esbozan los carros solares ascendente y descendente o, también, el sol y la luna. En la gruta un muchacho, vestido a la frigia —es Mitra— cabalga sobre un toro a quien incrusta un puñal en la cerviz. Del rabo del animal crecen espigas; un perro acomete al animal, una serpiente lame su sangre y un escorpión roe los testículos. A cada lado hay un portador de antorcha, el uno la levanta, el otro la inclina. Pero sobre Mitra se cierne un cuervo, como es sabido, ave agorera, y acaso se ha de interpretar también como ave de los campos de batalla. Un león o cabeza de león, que a veces es visible en la esquina derecha, sería un símbolo de la luz, del sol. Pasamos por alto otros numerosos ingredientes que aparecen en diversos relieves.[33]

Con bastante seguridad se ha interpretado el sentido original de estos símbolos;[34] en primer lugar se trata de la victoria del héroe solar sobre el toro, símbolo lunar o del rápido cambio en el tiempo, que tiene que morir para que nazca un nuevo año; las espigas representan la fertilidad del año, el perro simboliza al voraz Sirio, el escorpión el otoño, es decir, la muerte de la naturaleza que se aproxima; los portadores de antorchas (que se han solido explicar como estrella matutina y vespertina) simbolizan los equinoccios. También los relieves a ambos lados y sobre la caverna, que se presentan en algunos ejemplares especialmente ricos, se interpretan ahora, en parte, como fenómenos astrales y elementales, mientras que antes se creía reconocer algunos momentos de las consagraciones secretas; varias cosas quedan sin aclarar. Se comprende que, ya desde los viejos tiempos de Persia, todo ello tuviera una trabazón superior.

Pero de esto al sentido que vinculó a esas imágenes la época romana tardía hay un gran trecho. Por fortuna, las inscripciones nos ofrecen, por lo menos, una pequeña clave; dicen: al invicto dios Mi-

[33] Véase el aspecto general, casi completo en los detalles principales, en las ilustraciones de la obra *Mithras*, de N. Müller.

[34] Stark, *ob. cit.*, pp. 42 *s.*

tra, al invicto Sol Mitra, al Sol, el compañero invicto, etc.;[35] esta última inscripción es una de las más frecuentes en las monedas[36] de Constantino el Grande, quien acaso no se desprendió en toda su vida por completo de las exterioridades de la fe mitraica. El "invicto" era también, de seguro, dispensador de la victoria y dios de la guerra por excelencia, una condición que, según investigaciones recientes,[37] se halla indicada asimismo, por lo menos secundariamente en el viejo Mitra de Persia. Finalmente, Mitra es el conductor de las almas, a las que lleva de la vida terrestre, en que han caído, otra vez hacia la luz, de donde partieron. En esto se apoya el sentimiento del mundo romano tardío; no aprendió por primera vez de las religiones y de la sabiduría de orientales y egipcios, y mucho menos del cristianismo, que la vida en la tierra no es más que un tránsito para una vida superior; su propio dolor y su propia conciencia de envejecimiento le dicen con suficiente claridad que la existencia terrestre no es más que lamentación y amargura.[38] El culto de Mitra representa una de las religiones salvadoras más importantes, si no la más importante, del paganismo senescente; pero el hombre antiguo tiene el sentimiento de la miseria sin el del pecado; por esto, poco le alivia el perdón de los pecados por la palabra; necesita una redención de un tipo especial. Para poder juntarse al dios salvador, cada uno tiene que ser su propio salvador, en virtud de espantosos sufrimientos voluntarios, que, en estos misterios, eran cosas bastante más serias que en los demás. Por eso surgieron en las consagraciones mitraicas las llamadas "pruebas", frente a las cuales el *taurobolium* y las pruebas de Isis no son más que juegos de niños. Las cosas de que se trata no fueron mera invención para contener a los indignos y a

[35] Cf. Orelli I. c. I, cap. IV, § 34 y cap. V, § 17.—Una inscripción, N. 1912, denomina a Mitra el dios inconcebible, INDEPRENSIBILIS, lo que deben tener en cuenta también los comentadores modernos.

[36] El auténtico Mitra de los relieves de las grutas no debía ser profanado en los reversos de las monedas; ocupa su lugar la figura corriente del dios Sol, con corona radiante, globo o látigo.

[37] Schwenck, *ob. cit.*, p. 201.

[38] Porphyrius, *De antro nympharum*, en la edición micílica del Homero, p. 235.

la masa, se denominan "disciplinas" y a muchos debieron de costar la vida.[39] Se cuentan ochenta momentos diferentes de mortificación y entre ellos están: ayunos hasta de cincuenta días, natación en grande, tocar fuego, yacer en la nieve hasta veinte días, espantos de toda clase, azotes por dos días, acostarse en un lecho de tortura, aguantar posturas dolorosas, ayunar otra vez en el desierto, etc. Se mencionan siete etapas diferentes de la consagración, aunque no es muy seguro el ordenamiento, y sabemos de un grado de cuervo, otro de guerrero, otro de león; los que habían alcanzado el grado supremo se llamaban padres. No sabemos a cuál de estos grados correspondían aquellas consagraciones que los cristianos solían señalar como sacramento. Con ocasión del grado de león, se untaban las manos de miel y se juraba mantenerlas puras de toda fechoría.[40] También se solía presentar pan y un cáliz con agua y hasta un baño purificador;[41] al "guerrero de Mitra" se le arrojaba con la espada una corona a la cabeza, que él arrancaba con sus manos y la oprimía contra las espaldas, porque Mitra era su verdadera corona. Considerando los muchos emperadores, cortesanos y poderosos de la tierra que participaron en este culto, se ha supuesto insistentemente que las consagraciones y mortificaciones no se tomaban tan en serio y que muchas prácticas se habrían convertido en mero símbolo y convención. ¿Quién podría, por ejemplo, ordenar a un Cómodo que se sometiera a aquellas torturas extraordinarias? Por otra parte, sabemos cuán condescendientes eran los hierofantes de los diversos misterios frente a los grandes personajes. Pero el caso es que las manifestaciones sobre la realidad de aquellas mortificaciones son demasiado concretas para poderlas eliminar con hipótesis.[42] Sólo una cosa podemos con-

[39] Los pasajes en la obra de Creuzer, *D. M. von Neuenheim*, pp. 24 y 71..

[40] Porphyr., *De antro*, p. 234.

[41] Tertullian., *De praescript.*, habla de una *expiatio delictorum* formal, cosa que parece dudosa. Sin embargo, después deja seguir un acto simbólico, que indica la resurrección, *imaginem resurrectionis*, y ésta es probablemente un rasgo auténtico. — Varios grados son indicados también en la inscripción de la obra de Orelli, N. 2343.

[42] El pasaje de la *Hist. Aug.* Commod. 9, alega la contraprueba. Debe-

ceder: que el rito de un culto que no estaba protegido ni dirigido por una jerarquía común tenía que adoptar formas muy diferentes en las diversas regiones del Imperio. Hasta donde alcanzan los conocimientos del autor, las piedras de Mitra que contienen un gran número de pequeñas representaciones en relieve a los lados y por encima de la caverna, se han encontrado todas en el Rin, en Tirol y en Transilvania; se trata de las piedras de Heddernheim, no lejos de Francfort, de Neuenheim en Heidelberg, de Osterburken entre el Neckar y el Tauber, de Apuleum, no lejos de Carlsburgo, de Sarmizegethusa, igualmente en Transilvania, y la tan importante de Mauls en Tirol, que ahora se encuentra en Viena; en ésta, dos series de relieves a los lados del relieve principal, representan escenas en las que se creyó reconocer antes la representación plástica de las diversas torturas de la iniciación: el mantenerse en la nieve y en el agua, el lecho de tortura, el contacto con el fuego, etc., y que ahora se podrían explicar de otra manera; pero lo interesante es que en estas regiones, y por motivos que nos son del todo desconocidos, se consideró necesaria una representación circunstanciada. Por el contrario, las piedras encontradas en Italia no ofrècen nada semejante. Cada una de las "logias" de la orden (con tal de que no se tomen demasiado al pie de la letra estas expresiones equívocas) ha podido diferir mucho en cuanto a la recepción, doctrina y culto. Además, los monumentos arriba señalados proceden en su mayoría del siglo tercero, época de fermentación de la gentilidad que, por entonces, con el vivo sentimiento de su disolución interna, trataba de recuperarse parcialmente y, a veces, desarrollaba un brusco fanatismo. ¿Quién podría decir si, en este caso, junto a las diferencias locales no operan otras debidas al tiempo?

Las piedras de Mitra del norte de los Alpes y del Danubio, mencionadas arriba, proceden probablemente, y en parte comprobadamente, de soldados romanos.[43] ¿Qué importancia tenía la consagra-

mos recordar aquí la espantosa austeridad de los *electi* maniqueos, de los anacoretas cristianos, etc.

[43] Stark. *ob. cit.*, p. 9, cree que el relieve de Neuenheim debe ser co-

ción en la vida militar diaria? ¿Qué relación guardaba toda esta devoción con las tareas militares y políticas de la alta oficialidad? ¿Constituía, acaso, un vínculo efectivo entre ellos? ¿Se debió a ella, en parte, que la vida romana se recuperara todavía en la segunda mitad del siglo tercero? Todas estas preguntas quedarán sin contestación mientras no conozcamos la doctrina de Mitra más que por los escasos pasajes de autores en su mayoría cristianos. Los lugares donde se encuentran las piedras de Mitra son cuevas naturales o artificiales, a veces edificaciones libres, a menudo de pocos pies de extensión, cuya pared posterior estaba ocupada por los relieves; un espacio que, todo lo más, puede abarcar a unos cuantos hombres; caso de reunirse una muchedumbre, habría que pensarla fuera del recinto. Ni el mismo gran Mithreun de Heddernheim es más de 40' de largo y de sus 25' de ancho no quedan, a causa de las cámaras adjuntas, más que 8' de paso libre. En el pequeño Mithreum de Neuenheim, que es un cuadrado de 8', el interior se hallaba impedido con altares y estatuas de dioses afines, como, por ejemplo, Hércules, Júpiter, Victoria, y también se encontraban lámparas, vasijas y varios adminículos. Otros elementos constructivos tales como columnas muy ornamentadas y cosas parecidas, nos indican que en modo alguno estos santuarios trataban de sustraerse a las miradas del vulgo. Por otra parte, ¿quién se hubiera atrevido a profanarlos? Los soldados que celebraban los misterios eran los señores del mundo.[44]

La gruta de Mitra en Roma (en la colina Capitolina)[45] tenemos que figurárnosla más grande y espléndida, y lo mismo ha de ocurrir con las de otras grandes ciudades. En Alejandría, el san-

locado en la época de los Antoninos, y el de Osterburken en los años 220-240. Sobre el aspecto general de los monumentos de Mitra, tal como se presenta según los descubrimientos de los últimos años, pp. 27 *ss.*

[44] Uno de los monumentos más extraños de Mitra, elevado sobre una fuente entre dos rocas, cerca de San Andeol, no lejos de Viviers en el bajo Ródano, lo describe entre otros Millin, *Voyage dans les dép. du midi* II, p. 116, con ilustraciones.

[45] Que existían además otras grutas de Mitra en Roma se infiere de unas inscripciones de la obra de Orelli, N. 2346.

tuario se hallaba a gran profundidad del suelo;[46] cuando fué puesto al descubierto en la época cristiana para construir allí una iglesia, corrió todavía una turbia leyenda de los muchos asesinatos cometidos en aquel recinto y, ciertamente, no es imposible que las "mortificaciones" hubieran costado la vida a algunos; pero al encontrarse de verdad calaveras, se explicó el hallazgo erróneamente diciendo que procedían de los asesinados para el examen de sus entrañas y para conjurar espíritus. El culto de Mitra nada tenía que ver con esto, pero la fantasía de los egipcios se hallaba llena de tales atrocidades, como vamos a ver.

Unos cien relives e inscripciones[47] demuestran la extensión de este culto por todo el Imperio; acaso haya miles todavía escondidos bajo tierra y sólo es de desear que las excavaciones se lleven a cabo por manos tan expertas como las de Heddernheim, Neunheim y Osterburken. Acaso lo almacenado en una sola de estas cavernas bien conservada pueda arrojar una luz meridiana sobre el más sorprendente de los misterios de esta época.

Pero tampoco este misterio se sustrajo a la gran corriente de todas las supersticiones del tiempo. En primer lugar, había muchos que no se hartaban de misterios y que participaban al mismo tiempo, para mayor seguridad, en la Diana de las tres figuras, en el *taurobolium* de la Gran Madre, en los cultos báquicos, en el de Isis y en el de Mitra; fusión de todos los misterios paganos que se convirtió en regla en el curso del siglo cuarto[48] pero que tampoco fué rara antes. Bajo la influencia de la doctrina de la unidad de todo lo divino, tenía que producirse una indiferencia frente a cualquier separación rigurosa de los diversos cultos, de suerte que cada uno fué tomando de los demás. También la filosofía neoplatónica se mez-

[46] Κατὰ βάθους πολλοῦ, no *mirae altitudinis*, como dice el traductor, Sócrates, *Hist. eccl.* III, 2; V, 16. Sozom. V, 7. Rufin, II, 22.

[47] Véase Creuzer, *ob. cit.*, p. 65.

[48] Inscripciones occidentales de este contenido encontramos en Beugnot, vol. I, *passim.* y en Orelli, *ob. cit.* Ya en la obra *Metam.* XI de Apuleyo, el pontífice de Isis se llama él mismo en Corinto, Mitra, igual que en la obra *Necyomantia*, cap. 6. de Luciano, el taumaturgo babilónico Mithrobarzanes.

claba en la fe mitraica, como en todo lo misterioso, y a uno de sus partidarios más famosos, Porfirio, debemos casi la única descripción pagana. Pero esta obra sobre "las grutas de las Ninfas",[49] tantas veces aducida, no se interesa tanto por la situación de entonces cuanto de su sentido original, y también en este aspecto sólo desde un punto de vista unilateral, inspirado por la interpretación simbólica de la escuela.[50] Nos instruye esa obra de que la gruta es una imagen del cosmos; por eso Zoroastro consagró en las montañas de Persia una caverna florida y rica en aguas en honor del creador y gobernador del mundo, Mitra; a esta caverna prístina se llevaron los símbolos de los elementos y de las zonas del mundo; de aquí surgieron todos los misterios cavernícolas. Pero, por otra parte, toda la obra se enlaza con la gruta de Itaca, cantada por Homero,[51] y coloca el hogar del simbolismo en ella. Porfirio padece de esa manía sin fundamento que se empeña por encontrarlo todo idéntico en los mitos y engarzar un detalle en otro. Pero algunas indicaciones de pasada tienen gran valor, por ejemplo, cuando pone en relación las puertas norte y sur de su gruta cósmica con las almas que descienden para encarnar en la tierra y con las que suben, a través de la muerte, hacia los dioses, con la génesis, por lo tanto, y la apogénesis, y las refiere varias veces a la vida y purificación de las almas.

Finalmente, tenemos una afinidad natural de Mitra con la persona del dios solar greco-romano, ya nos lo imaginemos como Apolo o como Sol, Helios, distinto de aquél. No habrá manera de conocer hasta qué punto Mitra se fundió con Helios; acaso a ese *Sol invictus*, que desde mediados del siglo III va siendo cada vez más frecuente en las monedas e inscripciones, habrá que considerarlo como Mitra,[52]

[49] Además cf. Porphyr., *De abstinentia*, IV, 16.
[50] Cf. Schwenck, *ob. cit.*, p. 213.
[51] *Odis.* XIII, 102-112, 346 *ss.*
[52] El apodo de *invictus*, incluso *invictus comes*, es aplicado muchas veces en las inscripciones a Hércules, cf. Orelli, 1, cap. I, N. 1541 *ss.*, pero es probable que se pensara también en Mitra teniendo en cuenta la vieja calidad solar de Hércules. Lo mismo que Mitra ὁ θεὸς ἐκ πέτρας, también Hércules *in petra*, Orelli, I, N. 1543.

aunque siempre fué representado como dios solar únicamente. El culto solar de emperadores anteriores pudo basarse en cultos semitas, y a propósito, por ejemplo, de Heliogábalo y de Aureliano,[53] quedamos totalmente a oscuras de cuál era propiamente su religión. Su madre era sacerdotisa del Sol en una localidad del bajo Danubio, y si alguien quisiera considerarla como una de aquellas devotas de Mitra de las que se nos habla en ocasiones, como una "leona" por ejemplo, no hay en ello imposibilidad alguna. Cuando fué saqueado el templo solar de Palmira, ordenó su reconstrucción a uno de sus generales y añadió: "voy a escribir al senado para rogarle que envíe un pontífice que vuelva a consagrar el templo", lo cual presupone el rito romano corriente, aunque se trata del santuario de un Baal semita. Pero en Roma misma construye un templo solar magnífico, en el que deposita quince mil libras de oro (pues esta noticia no se refiere a ningún otro templo), y este edificio se apoya por detrás en el monte Quirinal, de suerte que no se puede rechazar de un modo absoluto la idea de una alusión mitraica.[54] Pues Mitra sigue siendo el "dios de las rocas"[55] y por eso todos sus santuarios tenían que tener algo de gruta, independientemente de que ésta fuera un símbolo del mundo visible. Ya dijimos que en las representaciones plásticas la muerte del toro ocurre en una cueva. En las monedas de Aureliano encontramos el *Sol invictus*. La relación de los emperadores siguientes con el culto de Mitra es incierta;[56] con ocasión de Constantino volveremos sobre este punto.

Acaso provoque reparos el que asociemos al culto de Mitra el maniqueísmo, que penetra en el Imperio desde Persia y que no forma

[53] *Hist. Aug.* Aurelian. 4, 31, 41.

[54] Zosim. I, 64: Aureliano "colocó las imágenes de Helios y Belos". Es decir, una divinidad solar junto a Baal. ¿O Aglibol y Malachbel?

[55] Firmicus Matern., *De errore*, etc., p. 26. — Mitra ha surgido de una roca encendida.

[56] En las monedas de Carausio había inscripciones mitraicas. En Probo a menudo el *sol invictus*, pero con cuadriga.

parte de los misterios. Pero tampoco debe ser considerado como secta cristiana sino, más bien, como una religión de salvación predominantemente pagana. Nada sabemos de si en manos romanas adoptó una forma más romano-pagana que la que poseía en el reino de los Sasánidas y tampoco acerca de su tardía penetración en la iglesia cristiana. Con su dualismo abarca y penetra toda la fe clásica, pues lo resuelve todo en puros símbolos, en los que se manifiestan los dos grandes principios, la luz y las tinieblas, Dios y la materia. El ser supremo, el Cristo de este sistema (con patente conexión con Mitra) es el alma del mundo, hijo de la luz eterna y redentor, pero apenas si una persona; su aparición histórica es figurada en un cuerpo aparente. Tampoco la redención es el acto de una sola vez, por ejemplo, una muerte en holocausto, sino continua. Cristo ayuda constantemente a los hombres para que suban al reino de la luz desde el estado, moralmente servil, de lucha entre el espíritu y la materia (o entre las buenas y malas almas). Es difícil decidir en qué medida se pudiera hablar de una inmortalidad concebida en términos personales rigurosos: la "carta fundamental" de la secta habla de todas maneras de una "vida eterna y gloriosa" y esto era también, seguramente, lo que más halagaba a los prosélitos romanos. No deben ocuparnos más detalles de este sistema sorprendente. El fundador, Mani, había enviado apóstoles y, a pesar de todas las persecuciones, había dejado tras sí los gérmenes de una jerarquía de la comunidad. Apenas diez o veinte años después de su martirio (272-275), su doctrina se halla muy extendida por todo el Imperio. Un rescripto imperial (287 o, mejor, 296) dirigido al procónsul de Africa, Juliano,[57] lo prueba por lo que se refiere al *Africa proconsularis*. Parece que se produjeron desórdenes de importancia con ocasión de la nueva secta y se sabía también que, al igual de varias religiones orientales, el maniqueísmo se manifestaba frente a lo romano más bien excluyente y, por si no bastara, se hacía doblemente sospechoso y odioso debido a su origen

[57] Con abundantes variantes en la edición de Hänel del *Cod. Theodos.* y *Cod. Gregor.* XIV. IV. En la fecha y título son falsos los nombres o los años y el lugar.

persa. Diocleciano se hallaba en la peor disposición; ordenó quemar a los fundadores, junto con sus libros, y a los adeptos, en parte matarlos, en parte (si se trataba de gentes del rango de los *honorati* o de alguna otra dignidad) enviarlos a las minas, después de confiscarles sus bienes. El motivo es, en lo esencial, la animadversión que la nueva religión siente por la vieja, que se considera titular de un derecho sacratísimo como fundación remotísima de dioses y de hombres.

Después de esta mención excepcional perdemos de vista al maniqueísmo durante muchas décadas. No parece que hasta la muerte de Constantino pudo desempeñar ningún papel importante, por lo menos no es mencionado en el gran edicto contra los herejes.[58] Sólo en el siglo quinto volvió a levantar cabeza por cierto tiempo como enemigo peligroso de la iglesia.[59]

La exposición anterior nos muestra que los paganos de la última época ya no rogaban a los dioses únicamente pidiendo la fecundidad, la riqueza y la victoria; se ha apoderado de ellos una oscura preocupación por el más allá que les lleva hacia las doctrinas y consagraciones más extrañas.

Pero también el aquende aparece con otra iluminación. Ya indicamos a propósito de los misterios de Isis cómo mediante la protección, penosamente granjeable, de una gran divinidad, no sólo se esperaba escapar a la muerte del alma sino también a los turbios destinos que nos envían las estrellas. Habrá que mostrar ahora cómo todo lo sobrenatural se encontraba en otra conexión con la vida terrenal que antes, y cómo las relaciones astrológicas, mágicas y demoníacas fueron predominando sobre los antiguos sacrificios, oráculos

[58] Euseb., *Vita Const.* III, 64. Sozom. II, 32. Que Constantino se hizo informar también sobre los maniqueos, lo indica Amiano Marc. XV, 13.

[59] Apenas si hace falta señalar que, al lado de estos cultos especiales, existía una infinidad de medios mágicos encaminados a lograr la inmortalidad. Arnob. II, p. 87, habla de ellos: *Neque quod Magi spondent, commendaticias habere se preces, quibus emolitae nescio quae potestates vias faciles praebeant ad coelum contendentibus subvolare...* Otros misterios de inmortalidad en Marcian. Capella, L. II, p. 36, ed. Grotii.

y expiaciones. Siempre existieron[60] tales relaciones y ya Homero había retratado como arquetipo de toda magia a Circe. Platón nos habla de milagreros ambulantes que con prácticas misteriosas pretendían atraer bendiciones o plagas; por otra parte, encontramos también hechiceros que pretenden disponer del buen tiempo y de las cosechas, de las tormentas y de las bonanzas. Tesalia sigue siendo, hasta muy entrada la época imperial, el país clásico de los encantamientos de amor, tanto por conjuros como por medios secretos. Pero la vieja Italia no cedía mucho en esto a Grecia, pues, por ejemplo, la conjuración de espíritus, que fué tan fatal para Tulio Hostilio, tenía acogida en el viejo culto romano. En qué forma la magia desembocó en todo un cúmulo de supersticiosos medios caseros para curar enfermedades y otras cosas semejantes, nos lo muestran, de modo suficiente, el libro veintiocho y el treinta de Plinio. Especialmente famosa era la magia de los etruscos, sabinos y marsos, es decir, de casi todos los antiguos pobladores de la Italia central. Prescindiendo de las curaciones mágicas de todo género, los romanos creyeron desde siempre que estas artes tenían poder para asegurar las cosechas, provocar las lluvias, despertar el amor y el odio, metamorfosear y para otras muchas cosas. Esta creencia se reflejaba en las figuras fantasmales más extrañas, por ejemplo, las lamias y empusas, chupadoras de sangre. Le podía ir bien al que supiera protegerse con abundantes remedios mágicos. A este propósito se llenaban el cuerpo de amuletos; y hasta existía todo un gran sistema de defensa mágica, del que vamos a destacar, de pasada, algunos rasgos.

Al considerar todo el cúmulo de rasgos de este mundo mágico que nos ha sido trasmitido, bien podríamos figurarnos que el mundo antiguo se hallaba totalmente infestado y que la vida diaria padecía una opresión angustiosa. Y, sin embargo, estas viejas y prolíficas supersticiones no perturbaban a la vieja religión, es decir, no quebrantaban la relación ingenua del hombre con la divinidad, en el mismo

[60] Cf. Soldan, *Geschichte der Hexenprocesse*, pp. 23 *ss.*, donde se demuestra que los antiguos magos persas no fueron hechiceros y que los romanos les atribuyen falsamente su propia magia.

grado, ni mucho menos, que la superstición sistemática de más tarde, que empezó a dominar en la época imperial.

Examinemos, en primer lugar, la astrología, que pasaba como un viejo privilegio del Oriente y cuyos adeptos se llamaban, por lo general, caldeos, aunque sólo una mínima parte procedía realmente del país del bajo Eufrates. Por lo menos los más famosos de entre ellos, el Trasilo de Tiberio, los Seleuco y Ptolomeo de los Otones llevan nombres griegos. Pero, además de a la sabiduría babilónica, se acudía a la egipcia, que se enlaza con los nombres de Petosiris y Necepso, que pasaban como autores de las obras astrológicas más extendidas.

Aun prescindiendo de que los astrólogos no siempre se contentaban con la mera astrología sino que apelaban también a otros medios espantosos de escrutación del futuro, la astrología ofrecía la ocasión más propicia para el ateísmo. El hombre astrológicamente consecuente tiene que burlarse de toda consideración moral y de todas las religiones, pues no le pueden proporcionar ni consuelo ni ayuda frente al destino que la interpretación de las estrellas le señala. La práctica de esta ciencia secreta es la que, de modo preferente, ha acarreado las maldiciones más terribles a los emperadores del siglo primero. Los caldeos son desterrados continuamente, porque su ciencia no se puede convertir en un privilegio imperial, y todo el mundo acude a sus predicciones, y con la misma frecuencia vemos que son llamados de nuevo porque ya no se puede prescindir de ellos. Quien en esa ocasión volvía a Roma con las huellas de las ligaduras que había llevado en alguna isla del mar Egeo, ya sabía que se lo iban a disputar.[61] El contenido de esta ciencia, en breves palabras, consiste en que existe una indicación de un destino peculiar para todas las posiciones posibles de los planetas con respecto a los signos del Zodíaco. La hora es lo decisivo; se pueden establecer horóscopos para los asuntos más triviales, por ejemplo, un paseo, un baño, lo mismo que para la vida entera de un hombre, con tal de que se conozca la constelación del momento de su nacimiento. Quien

[61] Juvenal, VI, 553 s.

tuviera la cabeza sobre sus hombros vería la indignidad de toda esta farsa y podía desenmascararla.[62] ¿Cómo era posible que las constelaciones tuvieran cualquiera significación respecto al destino, puesto que en la misma hora ofrecían un aspecto diferente para el observador de Mesopotamia y para el del Danubio o el del Nilo? ¿Y cómo es que hombres nacidos en la misma hora no conocen el mismo destino? ¿Por qué la constelación natalicia debe ser preferida a la de la concepción? ¿Cómo es que la mayor diferencia en la hora de nacimiento no evita una suerte pareja, por ejemplo, en los terremotos, en las conquistas, en las catástrofes del mar, etc.? Y este destino astral ¿se extenderá también a las moscas, a los gusanos y a otros insectos? Y hasta se llega a preguntar si no habrá más planetas de los conocidos hasta entonces. En definitiva, todos los hombres sensatos reconocen que no supone dicha alguna conocer el futuro y, en todo caso, es una desdicha aprender algo falso sobre el particular.

Pero no había razones capaces de desarraigar esta pretendida ciencia en un pueblo que ya en la época de esplendor de su cultura había sido extraño a la idea de un ordenamiento divino del mundo, de un sistema moral que lo impregnara todo, y que en este momento, más que en ningún otro, oscilaba en medio de la incertidumbre y de la angustia en todo lo referente al destino. La superstición se hacía cada vez más necesaria a medida que iba disipándose la energía natural con la que el individuo se había enfrentado en otros tiempos al destino. Pero en la época imperial tardía la astrología trata de adecentarse, de la misma manera extraña que otros varios cultos misteriales malfamados.[63] Tenemos al particular un testimonio completo en los "ocho libros de Mathesis" del pagano Fírmico Materno,[64] quien los redactó poco después de la muerte de Constantino.

[62] Así, por ejemplo, Favorino en A. *Gellius*, XIV, 1. — Todavía más completo San Hipólito en el comienzo del libro IV de su *Refutación de las herejías*.

[63] La transición se muestra ya bajo Alejandro Severo, quien, según *Hist. Aug.* Al. Sev. 44, pagó a los astrólogos de parte del estado y los reconoció así públicamente.

[64] *Firmici Materni Matheseos libri* VIII, ed. Basil. 1551. (Algunas lagunas fueron llenadas por Lessing. Véase: *Obras completas de Lessing*, Ed. de

Al final del segundo libro de esta teoría completa de toda la astrología se hace una solemne advertencia al astrólogo, advertencia que no tiene, sin duda, otro objeto que desligar el oficio de todo lo comprometedor, inquietante, turbio.[65] El "matemático" habrá de llevar una vida divina, ya que anda en tratos con los dioses; habrá de ser abordable, leal y poco amigo del dinero; dé sus respuestas en público y haga saber al interrogador que habrá de contestarle en voz alta para de este modo evitar las preguntas indecorosas. Habrá de tener mujer e hijos y amigos honorables y conocidos; no tendrá tratos secretos con nadie y se mostrará ante la gente, pero manteniéndose alejado de toda disputa y sin dar acogida a ninguna cuestión que se encamine al daño o perdición de alguien, o a satisfacer el odio y la venganza. Luzca siempre como hombre de honor y no junte a su oficio ningún negocio usurario (cosa que los malfamados astrólogos practicaban, al parecer, con frecuencia). Juramento, ni lo prestará ni lo pedirá, especialmente en cosas de dinero. Trate de influir benéficamente entre sus conocidos, y no sólo con decretos formales procedentes de las estrellas, sino buscando también, mediante el consejo amistoso, que los hombres apasionados vayan por el camino recto. Evite sacrificios y ceremonias nocturnas, tanto en público como en secreto; también las fiestas del circo, para que nadie crea que su presencia tiene algo que ver con el triunfo de algún partido, los verdes o los azules. A la cuestión, siempre muy escabrosa, acerca de la *genitura*, el horóscopo de un tercero, conteste siempre con reticencia y vergüenza, para que no parezca que quiere convertir en reproche para alguien lo que estrellas malignas han determinado para él. La palabra *decretum* es la expresión técnica que encontramos a cada paso.

La incriminación más peligrosa que se hiciera a los astrólogos y que en los dos primeros siglos del Imperio a menudo les acarreó la desgracia a ellos y a sus clientes, era que solían inquirir el destino del

Lachmann, vol. IX.) Se ha desistido de la identidad con el autor cristiano, del mismo nombre, de la obra: *De errore profanar. religionum.*

[65] Una intención parecida en Amiano Marc. XIX, 12.

emperador. Una vez, Alejandro el Grande, lejos de tomar a mal que se indagara su destino, lo alabó;[66] ahora el asunto parecía más peligroso. El trono del César, sin dinastía, se hallaba rodeado siempre de ambiciosos que pretendían saber por las estrellas cuándo y cómo moriría el emperador y quién habría de sucederle. La teoría supo ampararse con un rodeo. Fírmico Materno nos explica cómo no es posible saber nada sobre el destino del emperador, porque no está sometido a los astros sino que depende directamente de la divinidad suprema. El emperador, como señor del mundo, posee el rango de uno de los muchos demonios que han sido colocados sobre el mundo por la divinidad como potencias creadoras y conservadoras y, por tal razón, las estrellas, que representan una potencia inferior, nada pueden decirnos sobre ellos. En el mismo caso se encuentran los arúspices, cuando tratan de conocer el destino del emperador inspeccionando las entrañas de animales, y suelen trastornar las venas y las fibras intencionadamente para no tener que dar una respuesta. Pero tales concesiones no le sirvieron de mucho a la astrología en el siglo cuarto; confundida con todos los demás géneros de superstición, tenía en frente al trono y al cristianismo, y sucumbió, junto con la magia y todas las demás artes similares, ante las prohibiciones y persecuciones generales.

No contamos con espacio suficiente para hacer un extracto del libro de Fírmico y tampoco creemos que haya nadie capaz de leerlo hoy por completo, fuera de quien se halle presa de la misma insensatez o de quien trate de editar al autor, cosa que no parece importuna dada la rareza de las ediciones más antiguas. Los verdaderos secretos para cuyo mantenimiento exige el autor al personaje al que se lo dedica (Mavorcio Loliano, un alto funcionario) un juramento grave ante el dios máximo, se encuentran en los dos últimos libros. Se trata de la indicación de aquellas constelaciones que convierten a los hombres en asesinos, incestuosos, monstruos, o en gladiadores, abogados, esclavos, expósitos, etc. A consecuencia de este sistema de predeterminación es natural que cese toda imputación moral y,

[66] Arrian. VII, 18.

sin duda, esta fué la opinión de los caldeos anteriores, gentes sin conciencia; pero la renacida moralidad ejerce la suficiente influencia para que el autor de la época de Constantino tenga que buscar cierta compensación moral que, en él, sea acaso más que una pura manera de hablar. Cree (por ejemplo, libro I, cap. 3.) que se puede resistir a los decretos más terribles de los astros con muchas oraciones y un culto celoso por los dioses; así, Sócrates, tuvo por las estrellas todas las pasiones y las llevaba retratadas en la cara, pero las dominó por fuerza del hábito. "Porque a los astros pertenece aquello que padecemos y aquello que nos incita como con botones de fuego [esto es, las pasiones], pero nuestra fuerza para resistir corresponde a la divinidad del espíritu." La desgracia de los buenos y la felicidad de los malos es, de modo preferente, acción de las estrellas. Pero esta rectificación del sistema parece algo pegadizo y tiene poca fuerza junto a la teoría que, con un orden conveniente, se extiende por unos cuantos cientos de folios y comienza repartiendo entre los siete planetas cada uno de los temperamentos y los miembros del cuerpo y entre los doce signos del Zodíaco los colores, gustos, climas, regiones, posiciones en la vida y enfermedades. El Cáncer, por ejemplo, significa un gusto salado muy acentuado, los colores claros y blancos, los animales reptantes y acuáticos, el clima séptimo, las aguas tranquilas o en corriente, los hombres medianos y todas las enfermedades del corazón y del diafragma. Por el contrario, el astrólogo deja en libertad por lo que se refiere a las razas y a los caracteres nacionales; le basta con que los individuos estén determinados por las estrellas. No podemos detenernos en examinar otros miles de detalles curiosos esparcidos a lo largo de la obra.[67]

En este sistema muchas veces se habla de un Dios supremo al que están sometidos todos los demás seres sobrehumanos como meras potencias intermedias. ¿No podría la filosofía apoderarse de una vez de este Dios supremo y hacer valer un teísmo razonable?

Prueba bien brillante de la falta de libertad del espíritu huma-

[67] De la antigua literatura astrológica habla Fírmico, especialmente en II, Prooem. y IV, Prooem. 10, 11, 16.

no frente a las grandes potencias históricas la tenemos en el hecho de que la filosofía de entonces, representada en parte por personalidades verdaderamente nobles y equipada con todos los conocimientos del mundo antiguo, se perdió precisamente en este punto por los caminos más oscuros y, por lo menos en lo que se refiere a los comienzos del siglo cuarto, no le podemos asignar otro lugar que el que le corresponde entre dos supersticiones, aunque en el aspecto moral signifique un progreso.

Con el cambio espiritual [68] que tiene lugar desde fines del siglo segundo marcha paralela la extinción de las viejas escuelas de filosofía; epicúreos, cínicos, peripatéticos, etc., van desapareciendo y hasta los mismos estoicos, cuyo sentir compagina tan bien con el lado mejor del carácter romano, conocen la misma suerte. La burla franca de un Luciano había proclamado, junto a un excepticismo teórico muy desarrollado, la insignificancia de todas las diferencias de secta,[69] mientras aguardaba a la puerta, como reacción, una nueva doctrina, más dogmática que todas las anteriores y, en cierto modo, en armonía con el nuevo movimiento religioso. Se trata del neoplatonismo. De él partió una alianza particular con las supersticiones orientales y un estudio celoso de los vestigios de la vieja y hacía tiempo extinguida escuela de Pitágoras, cuya sabiduría se consideró, también, de origen oriental; por lo demás se extrajo del sistema platónico lo esencial para el nuevo sistema. El representante de la escuela a mediados del siglo tercero, Plotino, aparece como un pensador de importancia y el sistema, con su ímpetu místico, como una ganancia posible frente al estéril escepticismo que había reinado antes. Hay algo de verdad y todavía más de belleza poética en la doctrina de la emanación de todas las cosas a partir de Dios, en grados sucesivos de existencia, según la mayor o menor mezcla con la materia. Ningún sistema ha asignado al alma humana un rango más alto; es una emanación directa del ser divino y puede unirse por momentos con El, con lo cual

[68] Cf. H. Ritter, *Geschichte der Philosophie*, vol. IV. — Tzschirner, *Fall des Heidenthums*, pp. 404 *ss.*

[69] Cf. entre otras, su obra: *El banquete o los lapitas.*

se cierne sobre toda vida y pensamiento corrientes. Pero nos interesa menos la doctrina de la escuela que la posición práctica, tanto moral como religiosa, que el neoplatonismo señalaba o permitía a sus discípulos. Se repitió el viejo y nuevo fenómeno de que un sistema especulativo, contra lo que se cree, representa no más que el vínculo, el haz accidental, y en modo alguno el centro dominante, de aquellas direcciones y fuerzas que también habrían de darse sin la presencia suya.

Esta secta filosófica, la más tardía de la Antigüedad, no señala, como hay que advertirlo en seguida, ningún avance desde el punto de vista del monoteísmo, que en muchos pensadores anteriores aparece mucho más desarrollado que en el "Uno", el "Uno puro y simple" o como quiera que se llame la divinidad suprema o el protoser que, ciertamente, es pensado como consciente pero, en forma panteísta, inherente al mundo. Además todo el politeísmo se incorporó al sistema en forma de creencia en los demonios, que, en su condición de infradioses, habrían de representar a los diversos países, a la naturaleza, a las relaciones de la vida. Los demonios existen desde siempre en la religión griega, pero en una forma muy fluctuante, distinguiéndose, unas veces más, otras menos, de los dioses y engarzados muy pronto en un sistema teológico por la filosofía, no sin alguna arbitrariedad. Más tarde, la creencia popular les reviste, por lo general, de una forma inquietante, espectral, y los considera como vengadores de maldades y como protectores, pero, sobre todo, como nuncios de enfermedad.[70] La filosofía neoplatónica los concibe, como vamos a verlo, como seres demiúrgicos.

De esta suerte los viejos dioses son cosa superflua, a no ser que hubieran entrado en las filas de los demonios. Ya no es posible hacer ningún uso de la mitología vulgar y por eso los mitos fueron interpretados de manera simbólica, como encubridores de verdades físicas, religiosas y morales, tarea en lo que florecen a veces las explicaciones más insensatas, como ocurre con el euhemerismo, del que esta ten-

[70] La terrible historia del demonio de la peste en Efeso, Filostrato, *Vita Apollon.* IV, 10.

dencia constituye el reverso. Por lo que se refiere a la doctrina del alma humana, aunque ésta se halle colocada tan en alto como emanación divina, el sistema no llega a la beatitud eterna sino tan sólo a la transmigración, que entre los mejores se modifica en el sentido de una morada en determinadas estrellas; ya vimos cómo los que quedaban en la tierra creían adivinar a veces la estrella en cuestión. Y ya en esta tierra los iniciados gozaban en muy raros momentos de la beatitud, pues que creían contemplar a Dios.

Más importante que esta teosofía, ya que se trata de un rasgo importante de este siglo, es la confluencia de los neoplatónicos con esa dirección de la época hacia la moral y el ascetismo. Suele oponerse éste, como algo específicamente cristiano, a la libre moral antigua, lo mismo que se contrapone la allendidad cristiana a la terrenidad antigua, pero con la misma falta de razón que nos revela una consideración adecuada del paganismo del siglo tercero. También en este punto vemos como un espejismo o anticipación sorprendente de aquello que el siglo siguiente había de traer consigo.

Pues el neoplatonismo establece ideales paganos y elabora leyendas de amigos agraciados de los dioses, que, viviendo con abstinencia absoluta, transitan por todos los pueblos de la antigüedad, estudian su sabiduría y sus misterios y, por su trato continuo con la divinidad, se convierten en seres que hacen prodigios y se hallan colocados por encima de los hombres. No se fabricó semejante leyenda con la persona, demasiado bien conocida históricamente, del divino Platón, aunque en la escuela gozó de cierto prestigio de demonio; un cierto Nicágoras de Atenas, por ejemplo, que por la época de Constantino visitó las maravillas de Egipto, hizo poner junto a su nombre, en la tumba de Tebas, la advocación: "¡Séasme también aquí gracioso, Platón!" [71] Pero Pitágoras se hallaba instalado en una lejanía mítica que invitaba a elaborar su vida en este sentido, cosa que se llevó a cabo en tiempos de Constantino por Yámblico, después que su antecesor inmediato, Porfirio, había descrito a Pitágoras en una forma histórica más sensata. Por otra parte, la vida del milagrero Apolonio de

[71] Boeckh, *Corp. inscr. gr.* III, fasc. II, N. 4770.

Tiana, aunque pertenece al primer siglo después de Cristo, había sido lo bastante oscura y extraordinaria para que pudiera ser trabajada en este sentido tendencioso, y ya en tiempos de Septimio Severo se dedicó a la faena Filostrato.[72] No es éste el lugar para analizar libro tan extraordinario y sólo debemos llamar la atención sobre el extraño compromiso a que llegan en él la vieja subjetividad griega y la taumaturgia y el ascetismo orientales. Ese mismo Apolonio que marcha descalzo con su túnica de lino, que no prueba la carne y se abstiene del vino, que no tiene contacto con mujer, regala sus bienes y todo lo sabe[73] —hasta el lenguaje de los animales— que aparece, como un dios, en medio de la calamidad, en cuanto es llamado, hace milagro tras milagro, exorciza demonios y resucita muertos, es también el que practica todo el culto griego de la personalidad y, en ocasiones, muestra la vana arrogancia de un sofista rezagado. De buena familia, de bella figura, habla con un depurado acento ático y ya muchacho está al cabo de la calle de todos los sistemas; recibe con la mayor gravedad homenajes de todo género; pronto se da cuenta de que ha llegado el momento en que ya no tiene que investigar sino comunicar lo investigado. De humildad no hay que hablar, el santo varón más bien trata de humillar a los demás y a quien se ríe mientras perora lo declara poseso y le expulsa los demonios. Algunos de los rasgos de este retrato los recoge cien años después Yámblico para adornar con ellos su figura de Pitágoras que, por lo demás, se apoya en la vieja tradición más o menos auténtica. También Pitágoras, para mostrarse como un alma conducida por Apolo y hasta como Apolo encarnado, hecho hombre, no sólo tiene que vivir ascéticamente sino hacer milagros, pasearse por el mar, conjurar fieras, mostrar ubicuidad y otras cosas por el estilo.

[72] Se ha abandonado la antigua opinión de una tendencia polémica de Filostrato contra los cristianos o incluso la de un paralelo intencional con Cristo. Cf. Ritter, *ob. cit.*, p. 494 N. — Vestigios de otra tradición sobre Apolonio, que se presenta como taumaturgo para ciudades enteras, por medio de *Telesmata*, en Malalas x, ed. Bonn, pp. 264 *ss.*

[73] "Conozco todas las lenguas de los hombres y también aquello que callan", dice Apolonio de sí mismo, I, 19.

Los modelos del ascetismo personificado plásticamente en estas figuras ideales hay que buscarlos, sin duda, en los penitentes de las diversas religiones orientales, desde los nasireos y terapeutas judíos hasta los magos abstinentes de Persia y los faquires indios, que ya los griegos conocían como gimnosofistas. Pero también la doctrina de la caída del alma humana, que conduce teóricamente hacia la moralidad, de su polución por la materia y de su necesidad de purificación son de origen oriental y, sobre todo, indio.[74] Pero ni la penitencia ni su fundamento especulativo hubieran podido entrar desde el Oriente si los ánimos no estuvieran ya de por sí agitados por el mismo movimiento. Tampoco podían faltar algunos sorprendentes contactos del sistema con el cristianismo y hasta influencias recíprocas.

Esta escuela, que luce el nombre de Platón, se deja llevar a las supersticiones más sórdidas y desemboca, a veces de modo formal, en la magia y en la teurgia. En esa jerarquía de seres emanados de Dios cada espíritu actúa sobre otro y sobre la naturaleza en forma mágica y las claves de esta magia las posee el iniciado; lo que se creía respecto a aquellos taumaturgos semimíticos, de un Pitágoras o de un Apolonio, esto mismo se arrogaba cada inciado. Los neoplatónicos vivían como maestros de retórica, sofistas, educadores, secretarios, lo mismo que los filósofos de la época imperial anterior; pero en medio de esta actividad ejercen a veces la de conjuradores de dioses, demonios y almas, la de curanderos prodigiosos y amigos misteriosos de los fantasmas.

En el egipcio Plotino (205-270), el más noble de la escuela, este aspecto no se destaca mucho;[75] su pureza moral y su ascetismo, de los que contagia también a muchos romanos distinguidos, le proporcionan los dones de la adivinación; no acude a la conjuración más que

[74] Ritter, *ob. cit.*, pp. 414 *ss.* Tzschirner, *ob. cit.*, p. 590. No sabemos si en los neoplatónicos esta doctrina conducía hacia un sentimiento vivo de la pecaminosidad. El orgullo persiste.

[75] Cf. la vida de Plotino, de Porfirio, especialmente cap. 7. — Sobre lo siguiente, véase la *Vitae philosophorum*, de Eunapio, ed. de Boissonade y Wyttenbach.

obligado por las circunstancias. De todos modos, gozó de un prestigio más que humano y mientras hubo paganos "no se apagaron sus altares". En su discípulo, el fenicio Porfirio (nacido el 233), hasta notamos una aversión franca por la magia; duda de toda la demonología de su escuela y, por eso mismo, despierta su desconfianza. Sus objeciones recibieron una respuesta que nos es conocida con el título inexacto de "sobre los misterios de los egipcios" y que se atribuye, también acaso injustificadamente, al celesirio Yámblico, que pasaba en tiempos de Constantino como el jefe de la escuela.[76] Conocemos por la vieja India y por la Edad Media germánica la mística, a veces grandiosa, de un panteísmo más o menos consciente; pero en este caso se trata de una mística del politeísmo cuyos dioses, es cierto, han descendido a la categoría de demonios de diversas categorías, sin una personalidad determinada. El contenido de esta triste obra es, en pocas palabras, el modo de adorar a los espíritus, de invocarlos, de distinguirlos, y cómo toda la vida del sabio amado por los dioses tiene que desenvolverse en un culto semejante. La escuela del siglo cuarto toma demasiadas veces este sesgo degenerado y llega a reconocer en la teurgia un arma esencial en la lucha contra el cristianismo. Desde ese momento, su doctrina y especulación platónicas no eran más que puro añadido.

No será impertinente dirigir una rápida ojeada a este sistema de la conjuración de los demonios. La posibilidad para esta acción descansa en que el alma que la intenta se coloca en un estado de falta absoluta de pasión y consigue una unidad interna con el espíritu correspondiente que llega hasta la identidad; esto último no se consigue mediante conjuro o sortilegio sino que más bien el alma se eleva a ese estado. Los objetos que se utilizan en el encantamiento no son mero símbolo sino que guardan una afinidad mística con la divinidad en cuestión. También se habla del "Uno", del Dios supremo que se basta a sí mismo, pero la unión con El está reservada

[76] Según Ritter, *ob. cit.*, la obra se apoya en el egipcio Abammón. Sin embargo, representa las concepciones oficiales del neoplatonismo tardío y no puede ser considerada, completamente, como preponderantemente egipcia.

a muy pocos y el individuo que la consigue lo hace después que ha adorado a los demonios y se ha unido con ellos. Las jerarquías de los seres espirituales a partir del Dios supremo, heredadas en parte de la teología judía, son: dioses, arcángeles, ángeles, demonios, dominaciones, héroes, tronos y almas;[77] las últimas son totalmente individuales y, de ahí en adelante, los espíritus se van aproximando cada vez más a la Unidad o Esencia. Las ocho jerarquías están clasificadas en una tabla según la forma, la especie, el metamorfismo, la manera de presentarse, su belleza, rapidez, tamaño, esplendor, etc. Tiene más importancia lo que respecta a sus disposiciones y dones para con los humanos. Los dioses limpian las almas por completo y envían la salud, la virtud, la honradez, la longevidad; los arcángeles, lo mismo pero no en tal cantidad ni tan duradero; los ángeles desatan las almas de las ligaduras de la materia y distribuyen dones parecidos, pero en un sentido más especial; los demonios tiran de las almas hacia las cosas naturales, apesadumbran el cuerpo, envían enfermedades y castigos; los héroes conducen a las almas para que se ocupen con las cosas sensibles y las estimulan para grandes y nobles hechos pero por lo demás se comportan como los demonios; las dominaciones disponen de la marcha de las cosas mundanas y reparten los bienes seculares; los tronos pertenecen por completo al orden material y no conceden más que cosas de la tierra; las almas finalmente, cuando aparecen, incitan a la generación pero se comportan de muy distinta manera según su valor. Cada espíritu aparece con un séquito de la jerarquía que le sigue, por ejemplo, los arcángeles con ángeles, etc. Los buenos demonios aportan consigo las buenas acciones; los demonios de la venganza muestran plásticamente tormentos futuros; los malos demonios aparecen con animales furiosos. Todos estos espíritus poseen también sus cuerpos pero son tanto más independientes de ellos cuanto más altos estén de la escala. Si falla algo en el ritual tendremos en lugar de los espíritus conjurados los malos

[77] Tenían un reconocimiento general sólo los dioses, demonios, héroes y almas.

espíritus,[78] que adoptan la forma de aquellos pero a quienes el sacerdote puede reconocer por su fanfarronería. Pero un ritual bien conducido tenía siempre sus consecuencias aunque el conjurador fuera un ignorante, pues no es el conocimiento el que une al sacrificador con el dios, ya que en tal caso los meros filósofos se quedarían con todo el honor. Salta a la vista la contradicción entre esta indiferencia sacramental de la persona con la apatía y otros preparativos del alma arriba indicados, pero en este libro encontramos todavía mayores inconsecuencias. También aprendemos algo en lo que toca al aparato externo y a las fórmulas. En oposición con el resto de la doctrina neoplatónica, que no permite más que sacrificios incruentos, en este libro se reclama, seguramente por influencia egipcia, que se sacrifique a cada dios aquel animal presidido por él y con el cual se halla mágicamente emparentado. Por lo demás, valen piedras, yerbas, aromas y cosas parecidas. Se previene expresamente contra las malas maneras de ciertos conjuradores egipcios, contra sus groseras amenazas a los dioses; semejantes procedimientos tienen su efecto sobre ciertos demonios de poca monta y los caldeos solían evitarlos. Tampoco los trazos mágicos de que se sirven algunos conjuran más que fantasmas insignificantes y desmoralizan al conjurador, que es fácil víctima entonces de demonios malignos y falaces.

Salgamos por un momento de estas nieblas para preguntar: ¿hasta qué punto se contaba en las apariciones con la realidad misma? Porque no se puede hacer mucho con meras imágenes de la fantasía. Como es sabido, los espiritistas del siglo XVIII se han debido servir preferentemente de la linterna mágica, cuyas imágenes se reflejaban sobre espesos vapores, de efectos narcóticos además. Algo parecido solía pasar entre los conjuradores de la época de Porfirio; se habla expresamente de un arte que hacía aparecer las imágenes de los dioses en el aire en el momento oportuno sobre ciertos vapores producidos con fuego. Yámblico o Abammon tampoco reconoce el engaño en este género menor de conjuración; sin duda que tiene lugar un efecto mágico real pero, nos dice, figuras aparentes de este género,

[78] Sobre esta llamada *Antithei* cf. Arnob., *Adv. gent.* IV, p. 134.

que desaparecerán en cuanto se disipe el vapor, son poco estimadas por aquellos sacerdotes que vieron alguna vez verdaderas figuras divinas; la magia no alcanza, esta vez, más que la cáscara exterior, una imagen de sombra de la divinidad. Pero tampoco cabe duda alguna que se practicó el embaucamiento desde siempre y en grandes proporciones. No contamos en este renglón el empleo de un niño para contemplar la aparición y para profetizar, aunque Apuleyo, a quien no tenemos por un embaucador, creía en ello; cree que el espíritu infantil y sencillo es el más predispuesto para entrar en un estado semiconsciente *(soporari)* mediante fórmulas y sahumerios, y de este modo se despierta su verdadera naturaleza, la divina, hasta que llega a predecir el futuro; cita al efecto a Varrón, quien hizo que un muchacho predijera a los habitantes de Tralles el resultado de la guerra contra Mitrídates, muchacho que vió en una vasija de agua una imagen de Mercurio (no sabemos si colocada allí o si meramente reflejada) y describió el futuro en ciento sesenta versos *(puerum in aquam simulacrum Mercurii contemplantem)*.[79] Pero a principios del siglo tercero San Hipólito reveló toda una serie de trampas de los conjuradores en su "refutación de las herejías"[80] Con lo primero que tropezamos es con el muchacho que sirve, como en el caso de Cagliostro en Mietau, muy intimidado y completamente trastornado por las fantasmagorías. Pero a quienes se toma verdaderamente el pelo es a los clientes; sus preguntas a los dioses, escritas con caracteres invisibles, según creen ellos, el conjurador puede leerlas utilizando medios químicos y acomodar así las respuestas; pero cuando llega el momento de que se presente el demonio deseado, se cuenta con que los mismos clientes, que acechan dentro de un aposento oscuro, "agitando el laurel y dando gritos", estarán muy contentos de que no se les aparezca; visibilidad, se dice, no se puede pedir a los dioses, ya es bastante con que se hallen presentes. El muchacho trasmitirá

[79] Apulejus, *De magia oratio*, *Obras*, ed. Bipont. vol II, p. 47.

[80] En el vol. IV, cap. 28-42. Desgraciadamente narrado de un modo muy desordenado, con tan poco sentido crítico que en algunos pasajes hasta resulta incomprensible.

entonces lo que comunican los demonios, es decir, lo que el conjurador le sopla a través de una artificiosa caña hueca. Bolas de incienso, que contienen materias explosivas o que se encienden con un rojo vivo, alumbre sobre el que, tan pronto se funde, los carbones del altar parecen danzar, todo esto ayuda a la ilusión y, finalmente, se dispone para los acuciosos de cualquier sentencia oracular completamente ininteligible. Muchas de las cosas que nos revelan no son exclusivas de los conjuradores sino que las conocen también los prestidigitadores, hasta nuestros mismos días: huevos pintarrajeados por dentro, jugar con fuego, metiendo la mano, andando sobre él, exhalando lumbre; ya son más escabrosas las recetas para abrir, sin dejar huella, los sellos de los documentos secretos, y de cuando en vez vuelve a aparecer claramente el conjurador propiamente dicho. Cabras y machos cabríos caen muertos gracias a medios misteriosos y hasta los corderos se suicidan (?); una casa (restregada con el jugo de cierto animal marino), se incendia; retumba el trueno a discreción.[81] En el hígado de la víctima aparece una escritura (porque el embaucador la ha escrito antes con su mano izquierda, en la que descansaba el hígado, valiéndose de un color fuerte y en dirección contraria). Una calavera, que yace en tierra, habla y desaparece, aunque no es más que un núcleo modelado con cera que se derrite por los efectos de algún carbón encendido; las palabras habían sido pronunciadas por un ayudante escondido, a través de un tubo preparado con un cuello de grulla. Se tiene preparada la luna para cuando se apaguen las luces; una luz escondida ilumina un recipiente de agua colocado en tierra y éste se refleja, a su vez, en un espejo del techo; otras veces se abre un agujero en el techo, que se cubre con un tambor, y el ayudante lo ilumina luego que, a una señal convenida, retira una tapa; todavía es más sencillo el truco de una luz dentro de una vasija angosta, cuyo reflejo en el techo produce por lo menos un círculo iluminado. El cielo estrellado se aparenta con escamas de pescado colocadas en el techo, pues en la sorda iluminación

[81] Por desgracia no se conserva íntegramente en este manuscrito la receta para un terremoto.

del aposento fosforecen un poco. Ahora vienen las verdaderas apariciones de dioses, no muy difíciles para el conjurador, pues podía contar con el espanto y la obediencia de los clientes. Les mostraba en la oscuridad de una noche sin luna a Hécate caminando por el cielo, para lo cual el ayudante, una vez pronunciado el conjuro, soltaba un gallo infeliz envuelto en flecos encendidos; pero en el momento en que se veía volar por los cielos un fuego, había que ocultar la cara y postrarse en silencio en el suelo. Más complicada era, por ejemplo, la aparición de un Asklepios de fuego; en la pared había un Asklepios, acaso de tamaño natural, modelado con fuerte relieve e impregnado de sustancias ígneas, que, en el momento en que el conjurador soltaba su hexámetro, se encendía e iluminaba por un momento. Ya resultaba más costosa la aparición de dioses que se movían como seres vivos. Para esto era necesario disponer de una bodega por donde se movían comparsas disfrazados; arriba, los fieles miraban a un pétreo recipiente de agua colocado sobre el suelo y cuyo fondo era de cristal.

Por lo tanto, se trata con frecuencia, no de alucinaciones y arrobos extáticos, sino de cosas que suceden de verdad. Si además de embaucadores había también teurgos serios, que hacían uso, ciertamente, del engaño pero como fraude piadoso, es cosa que no vamos a discutir y tampoco si Yámblico (o quien quiera que sea el autor del libro citado) se dirigía a gentes de esta última especie.

Y no sólo nos da noticia de la conjuración de espíritus sino también de otros fenómenos "sobrenaturales". Nos cuenta, por ejemplo, de las inspiraciones de origen divino que no llegan en el sueño profundo sino que, en un estado de duermevela o de perfecta vigilia, el hombre escucha unas breves palabras: "haz esto o aquello"; se siente envuelto por un hálito espiritual y, a veces, contempla una luz pura y serena. Por el contrario, no se estima en mucho el valor adivinatorio de los sueños corrientes. De algunos divinamente inspirados se nos cuenta que vivían una vida divina y no animal, y no sentían, por lo tanto, ni el fuego ni las punzadas ni otras torturas; por lo demás, la presencia divina puede afectar solamente al alma o

algunas partes del cuerpo, así que unos danzan y cantan, otros se mantienen en suspenso, se mecen por los aires o aparecen envueltos en llamas y se escuchan voces divinas, fuertes o suaves. En un plano más bajo se encuentra la excitación mágica mediante ciertos sahumerios, brebajes o fórmulas, etc., de suerte que se adivina lo recóndito y lo futuro en el agua, en el puro aire de la noche, en el sol, en ciertos muros cubiertos de signos sagrados. Pero el mundo visible entero está atravesado por una corriente tan poderosa de adivinación y presagio, es decir, el sistema está tan poco dispuesto a desprenderse de ninguna superstición popular, que hasta las mismas piedras, las maderas, el trigo, etc., y hasta las palabras de los locos pueden revelar el futuro. También el vuelo de las aves es dirigido por fuerzas divinas para que describan ciertos signos, de suerte que hasta la pura libertad del vuelo se convierte en una falta de libertad. La astrología corriente es rebajada a la categoría de un rodeo ocioso y hasta de un error, puesto que no son las constelaciones ni los elementos los que deciden del destino sino toda la tónica del universo en el momento en que el alma desciende a la tierra. Pero esto no ha impedido a los astrólogos ponerse en contacto con el sistema, como nos lo muestra, por ejemplo, Fírmico Materno en muchos pasajes. Hay un rasgo, notémoslo de pasada, que denota el origen nada griego y sí verdaderamente bárbaro de esta teoría de conjuradores, a saber, la complacencia por el abracadabra de conjuros extraños, sobre todo orientales, de los que no nos enteramos en Yámblico pero sí en otras fuentes, y que se han conservado en gran parte en la actual literatura del género. Son preferidos tales nombres extraños no sólo por más viejos o intraducibles, sino por su "énfasis", es decir, porque suenan de un modo impresionante y característico. La falta de fuerza de muchos conjuros, que se viene lamentando últimamente, no tiene otra razón sino el afán griego por las novedades, que introduce modificaciones en el viejo ritual. "Sólo los bárbaros conocen costumbres graves y son constantes en sus fórmulas de oración y

por eso, también, son amigos a quienes los dioses escuchan atentamente." [82]

Este sistema insensato, acaso sólo por muy pocos tomado a la letra, ha dominado, sin embargo, en más o en menos a la filosofía del siglo cuarto y ningún pagano culto ha quedado incontaminado. De la vida misma de los filósofos, tal como la describe Eunapio, rezuma la superstición como una pesadilla. Yámblico, por ejemplo, hace creer a sus discípulos que al orar se cierne diez codos sobre la tierra y aparece de un tinte dorado; en los baños termales de Gadara en Siria, invoca en las dos fuentes a los genios Eros y Anteros, y éstos aparecen, por fin, con gran asombro de los discípulos y circunstantes, en la forma de dos muchachos, uno de cabellos de oro, otro de azabache, que se confunden con ellos hasta que los hace retornar a las fuentes. Su discípulo Edesio, que ha olvidado los hexámetros que le había enseñado un dios en sueños, encuentra al despertar que los tiene escritos en su mano izquierda, a la que, por esa razón, adora. La filósofa Sosípatra de Efeso es educada desde la niñez por dos demonios, que se colaron en su casa disfrazados de campesinos; también toda su vida posterior es de inspiración mágica y adivinatoria. Pasamos por alto otras historias, en parte muy pintorescas. Se comprende que estos filósofos no estuvieran muy acordes ni en género de vida ni en doctrina. Dentro de la escuela neoplatónica misma encontramos un ejemplo bastante antiguo de conjuro maligno, que el alejandrino Olimpo trata de atribuir al gran Plotino. En presencia de Yámblico y de otros muchos un conjurador evoca a Apolo, pero Yámblico demuestra que la aparición no es más que la figura aparente (εἴδωλον) de un gladiador recientemente fallecido. Lo que uno realiza, otro lo rebaja en lo posible. El filósofo Máximo logra en presencia de muchos en el templo de Hécate en Efeso que la imagen sonría y que las antorchas de su mano se enciendan por sí solas, pero el cario Eusebio no encuentra en ello nada de particular. Más tarde, cuando

[82] Ya Aelian., *Var. hist.* II, 31, dice con insistencia: Μηδεὶς τῶν βαρβάρων ἄθεος. — En *Jupiter Traegoedus*, de Luciano (cap. 53) consuela Hermes a los dioses, diciéndoles que todavía todos los bárbaros tienen fe en ellos.

el paganismo en ocaso trata de concentrar todas sus fuerzas, tendrán que posponerse un poco estas discrepancias; se formará aquella mezcla confusa de filosofía, magia y misterios que presta su fisonomía particular a la época de Juliano. Si en tiempos de Constantino y de sus hijos la teurgia tendrá que retirarse cada vez más,[83] se hace valer por breve tiempo en forma extremada después de haber acompañado con su conjuro, desde la juventud, a aquel príncipe excelente pero abocado a la desgracia. Su maestro Edesio le había dicho: "Cuando tomes parte en los misterios te avergonzarás de haber nacido sólo hombre." Hay para admirar que un tipo tan presa ya del mundo de los espíritus pudiera dar luego una figura tal de gobernante y de guerrero. En esta época tardía la graciosa Canopo, en la costa egipcia, se convirtió en una especie de universidad de la magia,[84] en "fuente del tráfico demoníaco". La concurrencia fué extraordinaria, especialmente cuando se asentó allí uno de los hijos de Sosípatra, Antonino, que no practicó ninguna teurgia pero gozó de un prestigio sobrehumano como profeta y asceta. Quien llegaba a pie o en barco a Canopo para cumplir con sus devociones, iba a interrogar a Antonino y a escuchar sus vaticinios. "Estos templos, prorrumpía a menudo, pronto se convertirán en sepulcros", cosa que se cumplió cuando se rehabilitaron para conventos y fueron provistos de las reliquias de los mártires.

Un doble efecto sorprendente tenía que producirse con todo esto. Por un lado, el sistema exigía una vida moral y abnegada: por otro, ya no era capaz de aprovechar los restos de la auténtica moralidad y religiosidad paganas, fuera de este arte de conjuración para los iniciados, que se desentendía del gran montón y hasta lo confundía en cuanto a sus viejos dioses y héroes. Pues mientras se negaba o se interpretaba simbólicamente el mito, los dioses eran manejados como demonios y hasta los mismos héroes se acomodaban en el sis-

[83] Eunapio trasluce en varios pasajes, especialmente en la narración de la vida de Edesio, el temor que había por entonces y cómo se sabía disimular.
[84] Cf. Rufin. II, 26. Eunap. en *Aedesio*, p. 41 *ss.* (vet. ed., p. 73 *ss.*).

tema. Cuando en tiempos de Constantino[85] se registraron algunos templos, recogiéndose el oro y la plata de las imágenes para su fundición, muchos paganos se asombraron de que en el corazón del templo y dentro de las imágenes mismas no se encontrara ningún demonio, ningún ser vaticinador ni siquiera un vagoroso fantasma de poco más o menos. Se llegó a separar la forma artística, bellamente humana, del dios, de su naturaleza de demonio. Mención especial merece el culto de Aquiles en esta forma demoníaca, que prosperó tanto en el siglo tercero.[86] Se aparece a los habitantes de la llanura de Troya no ya como el ideal de la belleza heroica sino con una forma espantosa, lo cual es muy significativo.

De todo lo dicho se desprende también lo que ocurre con el monoteísmo de la paganía tardía. Cierto que había todavía almas puras y pensadores agudos que, siguiendo la inspiración de tiempos mejores, mantuvieron la idea de la unidad de Dios. Pero, en la mayoría, esta conciencia se halla enturbiada por los ingredientes demoníacos. Por ejemplo, no admiraremos bastante el paganismo de un Amiano Marcelino, que es uno de los mejores entre los del siglo cuarto y que vió el juego de los conjuradores filósofos de la corte de su héroe Juliano; pero ¡cuán limitado era su monoteísmo! Cada uno de los dioses se convierte, si no directamente en demonio, en una cualidad de un carácter casi personal: Némesis es un derecho sublime de la divinidad actuante, pero se llama también hija de Justicia; Temis es la ley eterna, pero tiene que presidir los auspicios en forma personal; Mercurio se llama *mundi velocior sensus*, es decir, algo así como el principio del movimiento del universo; finalmente, es Fortuna quien dispone de los destinos humanos. La divinidad suprema tiene que renunciar, entre estos paganos de la última época, a su primera cuali-

[85] Euseb., *Vita Const.* III, 57.

[86] Filostrato, *Vita Apollon.* IV, 11. — Maxim. Tyr., *Or.* 9. — Zosim. IV, 18; V, 6. — Un ejemplo colosal de la creencia en los demonios lo encontramos en Dio Cass. LXXIX, 18: en tiempos de Heliogábalo aparece sobre el Danubio un demonio en figura de Alejandro Magno y marcha con una legión de 400 demonios báquicos (u hombres), atravesando Bizancio, a Calcedonia, donde desaparecen todos, luego de haber ofrecido una serie de sacrificios.

dad, es decir, la personalidad, en favor de los dioses inferiores y de los demonios, a los que se dedica el culto casi con exclusividad. Acaso mantiene el mayor grado de personalidad entre los adoradores del sol, que reconducen todos los dioses al Sol y consideran a este último como un principio físico y espiritual de toda la existencia.[87] Parece que Constantino estaba entregado a esta creencia, por lo menos exteriormente, si bien la concebía en la forma mitraica, cosa de que hablaremos más por extenso. A su padre Constancio Cloro se le atribuye muy expresamente el culto de un solo Dios verdadero, a no ser que Eusebio[88] vuelva a ser inexacto una vez más y haya idealizado el culto ordinario de Mitra hasta darle proporciones de un monoteísmo puro. En esta época de mezcla de todas las religiones encontramos a veces transiciones del judaísmo al paganismo y al parsismo como, por ejemplo, entre los hipsistarios (adoradores de un dios supremo) de Capadocia a comienzos del siglo cuarto, quienes eran verdaderos monoteístas pero de los que no nos ocuparemos porque no rebasaron los límites provincianos.[89] Finalmente, se manifiesta también un monoteísmo sin gran valor en aquellos que quieran navegar a todos los vientos y evitar todo contratiempo cuando Constantino trastorna todos los puntos de vista con su edicto de tolerancia. De este género es la oración de uno de aquellos panegiristas que hemos caracterizado antes.[90] "A ti te invocamos, exclama, causa suprema de todas las cosas, que tienes tantos nombres cuantas len-

[87] A esta concepción consagra Macrobio un monumento, *Saturn.* I, 17 *ss.* El Fírmico cristiano, 14, atribuye al Sol un discurso muy divertido dirigido a todos los fieles de todos los mitos aplicados a él: Algunos me ahogan en el Nilo, otros me mutilan y lloran por mí, otros atraviesan mis miembros destrozados con siete lanzas; otros más me guisan en una olla, etc. "¡Llorad a Liber!", se dice, "Llorad a Proserpina! ¡Llorad a Atys! ¡Llorad a Osiris!" Pero que sea sin menoscabar mi dignidad. ¡No me arrastréis por todas las tumbas! Dios me creó para andar de día, y esto me basta.

[88] *Vita Const.* I, 17 y 27.

[89] Cf. Ullmann, *Gregorius von Nazianz*, pp. 558 *ss.* Los eufemitas sirios, de que se habla en la p. 562, debieron ser una secta monoteísta pagana, acaso bajo influencia persa que, reconociendo la existencia de varios dioses, sólo a uno le dedicaban, como prepotente, un culto de fuego.

[90] *Paneg.* IX (Incerti ad Const. M. del año 313), cap. 26.

guas has dado a las naciones, sin que sepamos cuál es el nombre que tú propiamente quieres. Existe en ti una fuerza divina y una inteligencia mediante las cuales, derramándote por todo el universo, te mezclas con todos los elementos y te mueves a ti mismo sin ninguna fuerza exterior, o tú eres un poder que se cierne por encima de todos los cielos y contemplas esa obra tuya como de un castillo encumbrado; a ti te invocamos e impetramos para que nos conserves a este príncipe eternamente." Como vemos, el orador deja libre la elección entre un Dios inmanente al mundo o un Dios extramundano, y si luego atribuye la omnipotencia y la bondad absoluta a este ser supremo indeterminado, se las anula con la frase final: "Si niegas la recompensa a los méritos, entonces fallan o tu poder o tu bondad." Este retórico de las Galias representa a un número seguramente muy grande de indecisos y precavidos que acechaban el sesgo que iban a tomar los acontecimientos.

Después de considerar la demonología filosófica y su influencia en el monoteísmo pagano será necesario dirigir una mirada a aquellas supersticiones y prácticas mágicas del período de transición que pertenecen más bien a la superstición popular. Pero una separación rigurosa es, como vimos, imposible.

Muchas de estas cosas no serán más que la persistencia de lo antes habitual. Así, por ejemplo, persiste la aruspicina etrusca y, hasta con un brillo todavía mayor después que, como es sabido, estuvo a punto de desaparecer en el siglo primero.[91] La corte imperial la consulta oficialmente y, además, ejerce por su cuenta, por lo menos en Italia.[92] En sentido extricto su ocupación concierne a la indagación del futuro por las entrañas de las víctimas y por el vuelo de las aves, la adivinación de la voluntad divina por el rayo, y hasta la

[91] Tacit., *Annal.* IX, 15. Y precisamente entonces "porque dominaban las supersticiones extranjeras".

[92] La demostración, por ejemplo, en las prohibiciones ulteriores, *Cod. Theodos.* XI, 16, del año 319.

conjuración del rayo,[93] las reglas de la fundación de ciudades, etc.; pero en el curso del tiempo se había mezclado con las otras supersticiones, hasta las astrológico-caldeas, y tampoco los autores que tratan de estas materias se distinguen siempre adecuadamente de los de otras ramas de la teurgia.

Tampoco los oráculos,[94] esto es, las respuestas que se reciben en algunos santos lugares cuando se preguntaba por el futuro, habían enmudecido, aunque los conjuradores ambulantes suponían una competencia muy sensible. Las diversas religiones paganas del Imperio coincidían en conocer la existencia de ciertos lugares agraciados donde se podía percibir la voluntad de los dioses con más claridad que en ninguna otra parte, y así, había templos oraculares, fuentes oraculares, grutas oraculares, etc., en todas las provincias, a menudo desde épocas remotas, prerromanas, con toda clase de preguntas y respuestas. A este género corresponde aquel pasar la noche en los templos de Esculapio y Serapis, para obtener sueños salutíferos,[95] ocasión en la cual solía reunirse a menudo una sociedad muy distinguida. De todos modos habían cesado las grandes consultas oficiales, políticas, o los interrogadores, amparados en el más profundo secreto, preferían dirigirse a los conjuradores; y aunque ya no se aconsejó en hexámetros a ningún Creso que marchara a Halys, los oráculos más famosos se siguieron sosteniendo gracias a peregrinos de todas las clases que llevaban sus ofrendas; Pausanias fué visitando los oráculos de Grecia guiado por la piedad y por la curiosidad.[96] Por lo que se refiere a Delfos toda una serie de testimonios, si escasa no con gran-

[93] Todavía utilizado contra Alarico y sus godos, Zosim. v, 41. — Una interesante respuesta del arúspice (después del año 276), que se puede interpretar, un poco artificiosamente, como referente a la casa de Habsburgo, *Hist. Aug.* Florian., cap. 2.

[94] Ant. van Dale, *De oraculis,* Amstelod. 1683. Recopilación todavía utilizable; para una época más tardía encontramos una exposición amplia en Wolf, *De novissima oraculorum aetate.*

[95] El dios ordenaba a veces no remedios médicos, sino puramente supersticiosos, como se ve por la inscripción griega del templo de Esculapio de la isla del Tiber en Roma, véase Gruter., *Thes. inscr.*, p. 71.

[96] Cómo cree que la profecía no se ha extinguido todavía, x, 12.

des lagunas, llega hasta Constantino y vuelve aparecer todavía más tarde. En una época relativamente tardía encontramos todavía menciones aisladas de los oráculos helénicos y del Asia Menor, tales como Abe, Delos, Mileto, Colofón, etc., y no hay que dejarse engañar por los autores eclesiásticos en los que se ha convertido en una especie de dogma que los oráculos han enmudecido desde el nacimiento de Cristo. Acaso se podría aplicar esto al antiquísimo oráculo de Dodona. Roma poseía y consultaba los libros sibilinos, que representaban el oráculo supremo por lo que se refiere a la suerte del estado; sin embargo, parece que la última vez que se consultaron esos libros, cuando la invasión de los bárbaros en tiempos de Aureliano, protestó en el senado un partido ilustrado o de otra creencia.[97] El oráculo privado preferido, que también fué consultado por los emperadores, se hallaba en las cercanías de Roma, en el magnífico templo de Fortuna de Preneste, que dominaba la región desde un altozano. Junto a las revelaciones de este templo las de los templos de Antium y Tibur, por lo demás famosos, tenían una categoría inferior. En la Italia superior la fuente termal de Apono, no lejos de Padua, gozaba de un gran crédito, no sólo por sus virtudes curativas sino también por su oráculo,[98] del que sabemos que respondió a Claudio Gótico en hexámetros virgilianos. También la fuente de Clitumnus, no lejos de Espoleto, con sus encantadores alrededores, seguía siendo un lugar sagrado hasta la época de Plinio el joven;[99] en los templos y capillas que adornaban antes este lugar se pusieron en la época cristiana emblemas cristianos, probablemente para exorcizar a los proféticos demonios.

En Africa, hasta la época de Diocleciano, la Diosa Celeste de Cartago goza de un gran prestigio oracular. Tampoco las Galias ca-

[97] *Hist. Aug.* Aurel., cap. 19 *ss.* Majencio consulta esos libros abriéndolos al azar, Zosim, II, 16. — Una consulta anterior, en la nota 6 de la sec. quinta.

[98] *Hist. Aug.* Claud. Goth. cap. 10, donde en lugar de Apennino se debe leer Aponino. — Claudian., *Eidyll.* VI.

[99] Plin., *Epist.* VIII, 8.

recen de oráculo; por lo menos, tenemos la fuente termal del templo de Apolo en Autun,[100] que decide sobre juramentos y perjurios.

Por lo que se refiere a los oráculos de la parte oriental del Imperio encontramos algunas noticias sueltas acerca del templo de Esculapio en Egea, de Apolo Sarpedónico de Seleucia y del templo de Mallos, los tres en Cilicia, y acaso del templo de Venus en Pafos, Chipre, el oráculo, sin templo, del Monte Carmelo y varios santuarios de Egipto. De los grandes templos del interior del Asia ninguno acaso dejaba de tener pretensiones de este tipo;[101] en el templo de Baalbek, todavía a fines del siglo cuarto la imagen del dios solía ser paseada periódicamente y presagiaba (como el Apolo de Hierápolis) por la dirección que comunicaba a sus portadores; otras respuestas de menor importancia se recibían por carta y mediante símbolos. Es extraña la aplicación que muestran los de Palmira en la interrogación de los dioses, dirigiéndose al Apolo Sarpedónico y a la Afrodita Celeste de Afaca para informarse de la duración de su reino.

No será posible, por causas comprensibles, obtener una estadística segura del sistema oracular en la época de Constantino. Junto al oráculo tenemos la escrutación cotidiana del futuro fijándose en cualidades puramente exteriores a las que la superstición atribuía carácter omnímodo. Abrir, por donde salga, el libro de Virgilio constituye uno de los recursos más elegantes; al ocuparnos de Septimio Severo pudimos observar una sumisión de mucho peor gusto a supersticiones de este género, pues Severo aceptaba, además de los *omina,* la interpretación de sueños, la astrología, la magia, los misterios áticos, etc. A las viejas supersticiones romanas se añadieron con el curso del tiempo la de los pueblos sometidos y las del Oriente; mientras que, a cada momento, los *omina* y *portenta* asustaban a la gente o la decidían a obrar, por cada paso dado fuera de casa se consultaba el libro de horas caldeo o egipcio. Eusebio nos cuenta de Maxi-

[100] *Panegyr.* VII (Eumen. Constantino), cap. 21.

[101] Sobre la fuente castalia de Dafne cerca de Antioquía, especialmente famosa por sus oráculos sobre los destinos de la corona, cf. Amiano Marc. XXII, 12. De la cesación de estos oráculos trata entre otros Symmachus, *Ep* IV, 33.

mino Daza que apenas si se atrevía a mover un dedo sin antes acudir a la adivinación y el oráculo.[102]

¡Si las cosas no hubieran pasado de aquí! En parte por anticipar algo futuro, en parte para operarlo mágicamente, el romano de los primeros tiempos imperiales apelaba no raras veces a los medios más reprobables y, por lo general, se solía echar mano de los mismos caldeos que se dedicaban a vaticinar por las estrellas. A menudo, los fines mismos eran criminales y, en cuanto a los medios, no se tenía el menor reparo. Cuando Germánico fué envuelto con una magia mortal y amedrentado, realmente, hasta la muerte,[103] apenas si reparamos en que para cometer este crimen hubo antes que perpetrar otros asesinatos a fin de proveer al mago con los necesarios despojos humanos, pero también en los casos en que no se trataba de un encantamiento positivo, de un hechizo, sino de la mera averiguación del porvenir o de esquivar una desgracia, las prácticas solían ser a menudo del género más horrible. Mientras hubo paganismo no cesó por completo el escudriño de entrañas humanas; el solicitar una muerte voluntaria para el emperador Adriano costó la vida a su favorito Antinoo; el descuartizamiento de cadáveres para protegerse contra un hechizo, el conjurarlos para una vida aparente y, finalmente, la conjuración de las almas seguían siendo viejos y no raros medios de adivinación, para no hablar de otros encantamientos de menor cuantía, especialmente los filtros amorosos. El miedo a los magos debió estar tan extendido que se podía calumniar peligrosamente a gente prestigiosa y culta con acusaciones de este tipo.[104]

¿Qué relación guardan estas prácticas mágicas con la nueva dirección del siglo tercero en el sentido de la religiosidad y moralidad paganas y de la filosofía neoplatónica?

Lo que de las ciencias secretas no era precisamente criminal y re-

[102] Euseb., *Hist. eccl.* VIII, 14.
[103] Tacit., *Ann.* II, 69.
[104] La demostración principal en el discurso que en defensa propia redacta Apuleyo, *Obras,* ed. Bipont., vol. II. Tuvo que rechazar incluso la acusación de haber conquistado a su esposa debido a sus artes de magia, I. c. pp. 84, 93.

pulsivo persistió sin ser combatido y hasta fué protegido oficialmente, pues ya sabemos que el piadoso Alejandro Severo asignó sueldos oficiales a los arúspices y astrólogos y les obligó a dar cursos de su especialidad. Pero lo que sobrepasaba de esto y sólo se podía conseguir mediante crímenes, no fué utilizado por la mayoría de los emperadores cuando una vida guerrera sin tregua prestó a la corte un tono más vigoroso y sano y Decio convirtió en meta política el restablecimiento de la vieja religión. Todavía el supersticioso Diocleciano parece, por lo que sabemos, irreprochable en este respecto, mientras que sus corregentes se sumen en el oprobio.

Por lo que se refiere a los neoplatónicos, su demonología tenía contactos demasiado directos con algunas partes de la magia corriente, así que no se pudo evitar una estrecha complicidad; y su conjuración de los espíritus no es, en parte, más que una derivación de la creencia mágica popular de Oriente y Occidente.

Tenemos en tercer lugar que los cristianos con su fe, en parte judaizante, en parte popular, en los demonios, marchan a una con los paganos y no dudan lo más mínimo de que existen numerosas potencias intermedias que actúan en la vida de los hombres, que pueden ser conjuradas por éstos y son pensadas como ángeles caídos o como gigantes, es decir, como hijos de los ángeles y de las hijas de los hombres.[105] Pero tales espíritus son siempre malignos, enemigos del reino de Dios y de la salvación de los hombres; muchos los consideran como causantes de las calamidades naturales, por ejemplo, terremotos y plagas y también de las desdichas del mundo moral; son los fautores de todo el insensato y pecaminoso paganismo, a cuyos efectos han seducido al género humano para tenerlo en sus garras y que no se pueda salvar. Eran viejas opiniones, heredadas en parte del judaísmo, pero se fueron desarrollando todavía. Escuchemos a Lactancio, como testigo de la época que sigue a la gran persecución diocleciana:[106] "Estos demonios de sobre la tierra y de la tierra saben

[105] Pasajes de los padres de la iglesia recopilados por L. Usteri, *Entwicklung des paulin. Lehrbegriffs*, apéndice.
[106] Lactant., *Divin. Institut.* II, 14, 5.

mucho del futuro pero no todo; no saben el auténtico decreto de Dios. Ellos son los que se dejan conjurar por los magos y, bajo su invocación, engañan los sentidos de los hombres con cegadoras prestidigitaciones, de suerte que las gentes ya no ven lo que es sino que creen ver lo que no es... Producen enfermedades, sueños, locura, para tener cada vez más sujetos a los hombres mediante el espanto... Pero no por esto habrá que adorarlos por temor, pues sólo son dañinos cuando se los teme; en invocando a Dios tienen que huir y el hombre piadoso hasta podrá obligarles a que digan su nombre... Han enseñado a los hombres a hacer estatuas de los reyes, héroes, inventores, etc., muertos, y a adorarlos como a dioses; pero bajo sus nombres se esconden ellos mismos, como tras una máscara. Los magos no invocan al demonio con estos nombres de dioses con que se encubre, sino con su nombre verdadero, supraterreno... "Reconoce además que los demonios moran realmente en los templos y que operan milagros, y todo para tener más sujetos a los desdichados humanos; la presciencia, que poseían de hecho como espíritus originariamente divinos, la emplearon en decir a veces la verdad a través del oráculo, para ganar así el prestigio de ser ellos mismos los que habían realizado los hechos. De la misma época son las manifestaciones de Arnobio,[107] que admite la realidad objetiva de la magia con una gran amplitud y, por ejemplo, encuentra una diferencia sustancial entre Cristo y los magos porque Aquél realizó sus milagros por la fuerza de su propio nombre, mientras que éstos los han producido con la ayuda de los demonios. Se refiere a los prodigios de Simón el Mago, especialmente a su carro de fuego, como a algo conocido por todo el mundo. Cierto que no se puede saber si en todas estas invocaciones y conjuraciones no aparece siempre el mismo ente, es decir, Satanás.

Teníamos que adelantar todo esto para caracterizar en cierto modo el grado de la creencia mágica general que imperaba todavía. Acaso ni los mejores de la época se hallaban completamente exentos.

[107] *Advers. gent.* I, p. 25; IV, p. 134. — Pasajes parecidos muy fuertes en Tertuliano, *Apolog.* 22, 23. — Véase también Euseb., *Hist. eccl.* VII, 10.

Los ejemplos de las diversas especies de magia nos harán entrar en mayores detalles.

Como dijimos antes, los conjuradores neoplatónicos conocían, como una categoría peculiar, la conjuración de las almas de los hombres. Mucho tiempo antes, con independencia, pues, de su sistema,[108] tropezamos a menudo con este tipo de conjuración, pues de los difuntos se espera siempre comunicaciones importantes y el muerto es considerado como un genio en muchos viejos sistemas religiosos. En los dos primeros siglos se habla a menudo de conjuraciones de esta clase, realizadas en parte en circunstancias espantosas, y basta con que recordemos a la Canidia de Horacio y a Nerón. En el siglo tercero encontramos a Caracalla[109] que, en una fiebre delirante, se cree perseguido con espadas por su padre Severo y su asesinado hermano Geta, y que invoca todo un montón de almas para preguntarles por el remedio; Cómodo, el mismo Severo, concurren al llamamiento, pero al último le acompaña el alma de Geta y el espantado conjurador no escuchó consuelo alguno sino salvajes amenazas. Nada parecido se nos cuenta de los emperadores posteriores[110] pero la invocación de las almas siguió en uso y los autores cristianos hablan a menudo del asunto, con espanto, como de algo subsistente, y las lamentaciones y las prohibiciones llegan hasta muy dentro de la época cristiana.[111] Pero en la última época no siempre es fácil distinguirlas de las lamentaciones y prohibiciones generales del llamado crimen *veneficium*, que abarca, además de los envenenamientos, cualquier efecto ilegal obtenido por medios externos. Entraban en este capítulo, por ejemplo, las brujerías con las que los aurigas del circo trataban de asegurarse la victoria. Seguía habiendo en Roma maestros de magia negra y quien no se decidía a enviarles su hijo procuraba que se les acercara un esclavo de su confianza. Todavía a me-

[108] Como prácticas griegas muy antiguas y conocidas, en el libro XI de la Odisea.

[109] Dio Cass. LXXVII, 15.

[110] La aparición a los emperadores Tácito y Floriano de la sombra de su madre (*Hist. Aug.* Flor. 4) no fué consecuencia de una conjuración.

[111] Ammian. Marc. XIX, 12; XXVI, 3; XXVIII, 1.

diados del siglo cuarto encontramos una esclava sarda que es muy ducha en "conjurar almas malévolas y en hacer vaticinar a los fantasmas".

Pero el verdadero mago sabía también devolver la vida, por corto tiempo, a un cadáver y hacerle hablar. Grecia había tenido desde antiguo su oráculo de los muertos, pero en la época tardía, de la que nos ocupamos ahora, este arte espantoso tiene su sede principal en Egipto y aunque no procediera de aquí adoptaba fácilmente en sus conjuros el tono egipcio.[112] Apuleyo nos coloca una escena semejante, en el segundo libro de la *Metamorfosis,* en el foro de Larisa en Tesalia, donde, por otra parte, tampoco escaseaban los magos nativos; pero se presenta un egipcio, Zachlas, con blancas vestiduras de lino y la cabeza rapada, que colocando por tres veces ciertas hierbas en la boca y el pecho del cadáver y musitando una oración, realiza el portento a la salida del sol. En Heliodoro[113] encontramos otra historia de esta clase, relatada con crudo detallismo egipcio y sin el humor apuleyano; esta vez, es una madre quien conjura a un hijo muerto en la guerra y el cadáver dice la verdad, mientras que en el caso anterior queda en el aire si el mago no habrá embutido al cuerpo inerte una vida falaz y mentirosa. El autor, bajo la máscara del sabio sacerdote Calasiris, rechaza esta conjuración de muertos y, en otra ocasión,[114] opone a esta mántica ínfima una sabiduría superior, auténticamente egipcia, que mira al cielo, trata con los dioses, etc.; pero todo esto son circunloquios propios del siglo cuarto, cuando el poder político ya no estaba para bromas en cosas de magia, o quizás se trate de un eco de la noble doctrina plotínico-porfiriana, que se apartaba decididamente de toda magia operativa. Pero ¿qué habremos de pensar cuando tropecemos con algunos ejemplos de conjuración de muertos entre piadosos sacerdotes cristianos, y no ya en la Edad Media sino en los siglos cuarto y quinto? San Espiridión,

[112] Así actuó en la obra de Luciano, *Philopseudes* (cap. 31) el neopitagórico Arignotos frente al fantasma de Corinto, αἰγυπτιάζων τῇ φωνῇ.

[113] Heliodor., *Aethiop.* VI, 14.

[114] *Aethiop.* III, 16, 17; cf. IX, 5, 7, 12.

obispo de Trimitunte en Chipre,[115] que estuvo presente luego en el concilio de Nicea, tenía una hija Irene, a la que un conocido había confiado un objeto de valor; murió ella entre tanto, y Espiridión, que tenía que devolver el tesoro y no sabía dónde lo había guardado su hija, conjuró a ésta hasta que le dió la indicación requerida desde el fondo de la tumba. Un relator posterior cohonesta el hecho con estas palabras: "Imploraba para que Dios le mostrara, antes del tiempo, un ejemplo de la resurrección prometida", cuando no es otra cosa que un vestigio de la fe pagana. De los últimos años del Imperio romano occidental conocemos una conjuración de muertos[116] mucho más importante y que, teniendo en cuenta las circunstancias, produce una gran impresión. San Severino, abrumado por la profunda miseria de su feligresía en las márgenes del Danubio, invoca a un presbítero difunto para que resucite repentinamente y le pregunta si permitirá que pida de nuevo a Dios su vida; el muerto implora que se le deje en su paz eterna y vuelve a desplomarse, ya sin alma. Aquí tenemos, de todas maneras, una idea psicológica muy distinta y esencialmente cristiana, de la que no podemos, sin embargo, ocuparnos.

Finalmente, hemos de tratar del empleo de trozos de cadáver como instrumento mágico. Si quisiéramos averiguar las formas primitivas de este conjuro particular, habríamos de descender muy profundamente a los orígenes de toda magia; ya sabemos que en toda especie de magia se habla de la carne y de los huesos humanos, tanto para escrutar el futuro como para embrujar. Es posible que en un principio se pensara en la sombra de aquellos de cuyos cadáveres se habían tomado los trozos, pero, más tarde, no siempre se destaca esta relación de un modo claro; se ha convertido en un medio general y, a partir de la época griega, podríamos recopilar toda una serie de ejemplos diversos de su aplicación. Sin embargo, un solo caso, muy característico, podrá ahorrarnos el paseo nada agradable por estos tenebrosos vericuetos. Se recordará el famoso relato de Hero-

115 Sócrates, *Hist. eccles.* I, 12. Sozomen. I, 11. Sacado de Rufin. I, 5.
116 Eugippius, *Vita S. Severini*, cap. 16.

doto acerca del tesoro de Rampsinit y de la mano cortada del ladrón, detalle en el que podemos figurarnos alguna representación mágica: la mano derecha ha sido, después de la calavera, la parte más solicitada del cadáver. Pues bien, en tiempos de Constantino y, una vez más, en Egipto, hogar de toda magia espantosa, ocurre que se utiliza una mano cortada para fines mágicos[117] y nada menos que a Atanasio de Alejandría se atribuye que, con fines mágicos, mandó matar, y cortar la mano, a un obispo de la Tebaida, Arsenio, de la secta meletiánica. En el sínodo de Tiro, y en presencia de los más famosos obispos del Imperio, los clérigos egipcios se enfrentan a su adversario, no con la simple acusación sino con el presunto cuerpo del delito; una mano verdadera, y sólo Dios sabe si de alguien asesinado exprofeso o de cualquier difunto, es expuesta ante los ojos de los Padres. Atanasio destruye la acusación con un golpe de teatro, presentando en medio de la asamblea al mismísimo Arsenio, vivo y con todos sus miembros cabales. De todos modos, el hecho de que se pudiera hacer una afirmación semejante en una asamblea de esa categoría habla bastante claro sobre la generalidad y la frecuencia de estas brujerías.

La inspección de las entrañas humanas, que parte de otro principio, fué ya practicada en los viejos tiempos y entre pueblos muy diversos con los prisioneros de guerra.[118] Es esencialmente de tipo adivinatorio, pero también le acompaña una magia operativa, o es supuesta, sin más, por los informadores, pues la creencia popular en el valor mágico de los despojos de un cadáver se halla demasiado arraigada para contentarse únicamente con la mera investigación del futuro. También nos bastará un solo ejemplo para mostrar la persistencia de esta horrible práctica. Entre los príncipes, casi todos supersticiosos, de esta época, Majencio, el hijo de Maximiano Herculio, es inculpado especialmente de haber desventrado mujeres en cinta y hasta niños para inspeccionar las entrañas y de haber conjurado demonios mediante prácticas secretas. Aunque esto nos lo

[117] Sócrates, *Hist. eccles.* I, 27 *s.* — Sozomen. II, 23.
[118] Strabo. III, 3, cuenta esto, por ejemplo, de los lusitanos.

cuenta Eusebio,[119] que no siempre tiene del paganismo el concepto más justo ni tampoco quiere decir siempre la verdad, sin embargo, la perversa brutalidad de Majencio no nos permite ninguna duda fundada. Tampoco nos puede extrañar ya lo que nos revela otra fuente,[120] que dos días antes de su muerte abandonó el *Palatium*, manchado de sangre, y se fué a una casa particular, pues en aquél los demonios de la venganza no lo dejaban conciliar el sueño. Cosas parecidas han ocurrido con frecuencia, sin duda alguna, en todo el curso del siglo tercero. Por lo demás, estos dos géneros de utilización mágica de los cuerpos humanos no agotan el asunto; se buscaban, por ejemplo, efectos simpatéticos por medio de la sangre, en la que, según la opinión corriente, residía la genuina fuerza vital. Una historia de este tipo se nos cuenta a propósito de Marco Aurelio,[121] que sería tan triste como sucia si hubiera que tomarla en serio, pero que, en su mera condición de fábula, arroja una cruda luz sobre la época cuya gente culta podía creer en semejantes patrañas.

En lo tocante a todo este sistema de magia la historia habrá de preguntar siempre por la realidad objetiva. Paganos, judíos y cristianos se hallaban igualmente convencidos de que se podían conjurar espíritus y muertos; no se trata, como en la brujería de los siglos pasados, de confesiones arrancadas brutalmente a las gentes, sino de cientos de relatos implacables, libres y, por esto mismo, de tenor muy diverso, procedentes, en parte, de autores muy sensatos y que merecen nuestro crédito. Sigue siendo un misterio cuánto hay en todo esto de engaño consciente, cuánto de fraude piadoso y cuánto de ilusión y de visión extática, lo mismo que en el caso de las conjuraciones neoplatónicas. Pues cada siglo tiene su idea propia acerca de lo suprasensible dentro y fuera de los hombres, idea en la que la posteridad no puede adentrarse por entero.

Con esta descripción del paganismo no nos proponíamos más que subrayar las direcciones fundamentales de la creencia de enton-

[119] Euseb., *Hist. eccl.* VIII, 14 y *Vita Const.* I, 36.
[120] *Panegyr.* IX, 16.
[121] *Hist. Aug.*, Marc. Aurel., cap. 19.

ces. Si tuviéramos que aludir a todos los detalles de que nos informan las fuentes, referirnos a tantas concepciones divergentes del mundo de los dioses y enumerar todos los cultos de amuletos y símbolos en un siglo en el que mucha gente se contentaba con la adoración de una serpiente, en calidad de Agatodemonio, sin creer ya en ninguna otra cosa, entonces habría que demostrar, por lo menos hipotéticamente, la existencia de las trescientas sectas conocidas por el filósofo Temistio. El cristianismo tendrá que enfrentarse todavía, en una lucha decisiva, con esta "locura politeísta".[122] Esta lucha, por fortuna, ofrecía también un aspecto literario. Los defensores racionales del cristianismo en esta época de crisis, los tan frecuentemente citados Arnobio y Lactancio, cobran todavía una significación mayor por su descripción del paganismo en ocaso. Cierto que se apoyan en sus predecesores, especialmente Clemente de Alejandría, pero también aportan muchas cosas nuevas, muy características de la década de persecución y de las opiniones en boga. El libro de Lactancio, interesante en extremo, se nos presenta como el resultado de estudios amplios y profundos; la espontánea obra de Arnobio, en la que rezuma el descontento ardiente y sombrío de un neófito, es testimonio directo del momento. La apasionada desfiguración del paganismo en lo que se refiere a sus orígenes y a su desarrollo, ya no perturba al lector actual; sabe a qué atenerse respecto al euhemerismo de estos escritores eclesiásticos, y recoge con ansiedad todas las preciosas noticias que van entretejidas con ese error.

Resumiendo todo lo dicho hasta aquí, veremos que no sólo la disolución del paganismo favorece, de un modo general, al cristianismo, sino que muchos de los síntomas de esa disolución contienen como un prenuncio del cristianismo, se acercan a él. En primer lugar, la mezcla de dioses era muy apropiada para preparar el terreno a una nueva religión. Desnacionalizaba lo divino y lo hacía universal; quebrantó el orgullo de griegos y romanos por su viejo culto nacional; el prejuicio en favor de todo lo oriental tenía que desembocar, a la larga, después de recorrer todos los vericuetos de la insen-

[122] Euseb., *Vita Const.* II, 45 ἡ πολύθεος μανία.

satez, en ventaja del cristianismo. Además, el contenido esencial de las ideas paganas tardías era bastante análogo al cristianismo; el fin de la existencia no se limita ya a la vida de la tierra, a sus placeres y a sus avatares, sino a un más allá y hasta a una unión con la divinidad. Algunos creen asegurarse la inmortalidad mediante misteriosas consagraciones; otros pretenden sonsacarla a la divinidad sumiéndose en las cosas más altas o apelando a la magia; pero todos respetan el concepto, esencialmente nuevo, de la moralidad consciente, que se eleva a veces hasta la mortificación y si no se practica en vida vale, por lo menos, como ideal teórico. El reflejo de esto lo tenemos en esa eliminación o transformación filosófica de los mitos griegos que no se acomodaban a este punto de vista. El paganismo senescente se acerca al monoteísmo, en algunos momentos, con prodigiosos saltos, aunque pronto se enredaran sus pies con la fe en los demonios. Parece muy dudoso que los paganos llegaran a tener una conciencia del pecado, pero los supuestos previos los encontramos, con bastante claridad, en la doctrina neoplatónica, que considera la presencia de las almas en la tierra como una caída y su salida de ella como una especie de salvación.

El cristianismo tenía que vencer a la larga porque contestaba a todas estas cuestiones por cuya solución tanto se afanaba aquella edad en fermentación y las contestaba de un modo incomparablemente más sencillo y con una conexión grandiosa e iluminadora.

SECCION SEPTIMA

ENVEJECIMIENTO DE LA VIDA ANTIGUA Y DE SU CULTURA

Si en algún punto se manifiesta claramente la crisis vital del mundo antiguo es en el ocaso del paganismo, que hemos tratado de describir con sus verdaderos colores. Nos preguntamos ahora si no estará destinado el cristianismo a rejuvenecer las nacionalidades y a dar también un nuevo vigor al sistema estatal; si no será capaz de refutar aquella acusación habitual entre los paganos del siglo tercero:[1] que el género humano no conoce ninguna bendición desde que esta religión sigue progresando. Pues se afirmaba, con el mayor aplomo, que por causa del cristianismo habían renunciado los dioses a gobernar los asuntos humanos, que habían huído *(exterminatos)* del mundo miserable donde ahora campaban la peste, la guerra, el hambre, la sequía, las plagas, el granizo, etc., mientras que los bárbaros acosaban al Imperio por todas partes. Los apologistas cristianos tenían que abordar la refutación circunstancial de todos estos ataques. "¡Cuán poco honrosa sería para vuestros dioses paganos una cólera tan infantil! ¿Y por qué no os dan ni salud ni felicidad si tratan sólo de castigarnos a nosotros cristianos? La naturaleza no ha cambiado; el sol y la luna siguen apareciendo, prospera la simiente, los árboles florecen, se recogen el aceite y el vino y la vida civil marcha como antes; guerras las ha habido siempre desde los tiempos de Nino de Asiria y después de Cristo hasta han disminuído. Las calamidades actuales, innegables, son procesos cósmicos necesarios mediante los cuales las cosas de la tierra tratan de rejuvenecerse *(rerum innovatio)*."

[1] Arnob., *Adv. gentes* I. — Tertuliano en muchos pasajes.

Pero esta esperanza, como lo comprendía el autor, era vana. Prescindamos por un momento de la dirección unilateral que adoptó el cristianismo en cuanto se convirtió en religión del estado y que no era adecuada, en modo alguno, para infundir nuevo vigor al Imperio. En esto reside precisamente el gran privilegio de esa religión cuyo reino no es de este mundo y que no se propone dirigir un determinado sistema estatal, una determinada cultura, como lo habían hecho las religiones del paganismo, y que es capaz, más bien, de reconciliar los pueblos y edades diferentes, estados y culturas diversas y mediar entre ellos. No podía, pues, el cristianismo insuflar una segunda juventud al Imperio senescente, pero podía preparar a los conquistadores germanos hasta el punto, al menos, de que no pisotearan, sin remedio, la cultura romana. Siglo y medio después, cuando en los campos cataláunicos estuvo en litigio si los hunos habían de extender su manto de muerte sobre la vida occidental, como más tarde lo hicieron los mongoles con la vida asiática, esta amistad con los bárbaros dió sus frutos; romanos y visigodos estuvieron codo con codo y contuvieron la avalancha.

Toda la historia de esta época es un testimonio elocuente del envejecimiento y decadencia de la vida romana, en lo que no incumbe culpa alguna al cristianismo, y en nuestra exposición anterior fuimos marcando en cada página los síntomas pertinentes. Pero ha llegado el momento de que concentremos algunos rasgos característicos de la senectud de este mundo antiguo. Así podremos también aclarar mejor la posición histórica del cristianismo.

Todos los siglos que han dejado una literatura son ricos en lamentaciones sobre los malos tiempos. Pero en el Imperio romano se confiesa la decadencia en forma que no deja lugar a dudas. El sentimiento de que todo lo que ocurre ahora es mezquino comparado con un pasado que cada vez se pinta con más bellos colores, va creciendo paralelamente con el aparato colosal del Imperio romano y de sus intereses, y aun aquellos que ponen desesperadamente en duda la grandeza de los tiempos antiguos lo hacen únicamente para reba-

jar todavía más el presente. Cuando Séneca,[2] en su polémica filosófica contra la historia, trata a Filipo y a Alejandro de Macedonia como bandidos, añade: vemos estas cosas como grandes porque nosotros somos pequeños. Pero un testimonio mucho más fuerte, aunque tácito, lo tenemos en que todos los filósofos y retóricos —y también los poetas cuando no se dedican a mendigar—, es decir, que toda la literatura libre de los siglos II, III y IV no habla de ningún hombre ni de ningún tema que llegue más acá de los finales de la República. Se diría que había una consigna. Los sofistas griegos escogen de preferencia para sus ejercicios escolares situaciones de la edad de oro del helenismo, de las guerras persas, de las guerras del Peloponeso y hasta de la vida de Alejandro el Grande. Hacen hablar a Jenofonte, que pide morir en lugar de Sócrates, o a Solón, que se enfrenta a Pisístrato por una ley injusta, o a Demóstenes, que aconseja a los atenienses que se refugien en la flota, etc.[3] Dión Crisóstomo (en tiempos de Trajano) cree tener que excusarse de alguna manera por haber mencionado en un discurso acontecimientos de la época imperial, "cosas modernas y sin gloria";[4] presume que su adversario le desprecia y le moteja de charlatán, porque no habla, a la manera de todos, de Ciro o de Alcibíades. Las "declamaciones" atribuídas a Quintiliano, o bien tratan de cosas muy remotas o de casos

[2] *Quaest. natur.* III, Praef. Empleó la palabra *latrocinia*. — Las quejas sobre la corrupción de las diversas capas de la vida intelectual a partir de la época imperial, ocuparían un lugar demasiado extenso. Lo que los Plinio, padre e hijo, Petronio y otros dicen sobre el arte y la literatura, ha sido citado ya muchas veces. Plinio, hijo, reconoce en *Ep.* IV, 21, por lo menos, que la naturaleza no está agotada todavía y sigue produciendo hombres de talento. Cf. también III, 21 y el proemio de Floro, que reconoce la edad senil del mundo romano, y que, sin embargo, habla en su Trajano de un rejuvenecimiento.

[3] Filostrato ofrece en su obra *Vitae Sophistarum* muchos ejemplos; véase por ejemplo, II, 9.

[4] Νεωτέρων τε καὶ ἀδόξων. Dio Chrys., *Orat.* XXI, p. 271. Encontramos una indicación parecida también en la narración de Dión Casio, LXVI, 25, de las fiestas con ocasión de la inauguración del Coliseo y de las Termas de Tito; las batallas navales, efectuadas en las piscinas, no representan victorias romanas, sino las luchas entre corcireos, siracusanos y atenienses, de la época de la guerra del Peloponeso.

jurídicos inventados, que no corresponden a ninguna época determinada. Sería fácil pero totalmente erróneo suponer que el gobierno veía con desagrado y hasta prohibía ocuparse de la época imperial. No entraba en las maneras del Imperio una vigilancia de esta especie sobre la literatura y las escuelas y, por lo general, no se ocupaba de dirigir y espiar los movimientos espirituales. Tan es así que los temas preferidos entonces para los ejercicios de oratoria más bien eran, a nuestro entender, un poco escabrosos; en la Roma de Domiciano se lamenta Juvenal [5] del aburrimiento mortal del retórico quien tiene que escuchar por centésima vez "cómo la numerosa clase mata a crueles tiranos". Las historias de Bruto, de Harmodio y Aristogitón eran, literalmente, un tema favorito, mientras que los hechos sobresalientes de la época imperial, que además podían ser tratados panegíricamente, como, por ejemplo, la guerra contra los judíos, las hazañas de Trajano, el gobierno de los Antoninos, no eran tocados espontáneamente y sí abandonados a los panegiristas oficiales.

Pero no sólo ocurre esto con los oradores, pues tampoco ese grupo especial de copiladores latinos y griegos que se suele designar con el nombre de "gramáticos" se ocupa fácilmente de cosas posteriores a la República. Por ejemplo, Aulo Gelio lo hace, únicamente, cuando habla de la educación de su época y de sus propios estudios; Eliano en sus "historias pintorescas" casi nunca; Alcifrón sitúa sus epístolas (véase, especialmente, II, 3) en los primeros tiempos macedónicos; Ateneo, en su gran enciclopedia acerca del bien vivir antiguo, prescinde intencionadamente de la época imperial y todavía dos siglos más tarde, Macrobio nos ofrece en sus *Saturnalia,* como última noticia, una recopilación de anécdotas y chistes de Augusto, además de una breve mención de pasada de Trajano. Especialistas filólogos, más familiarizados con esta literatura que el autor, podrían corroborar probablemente esta observación en términos más amplios.

Esta época, así negada e ignorada, de la que huían los escritores para refugiarse en siglos anteriores, recibió de pronto un nuevo

[5] *Sat.* VII, vers. 151. — Sobre las alusiones hechas en el teatro véase Filostrato, *Vita Apollon.* VII, 5.

contenido gracias al cristianismo. Una literatura cristiana preparada de largo irrumpió como una inundación en el cauce vacío de este siglo y, en breve tiempo, desbordó la masa de la literatura pagana conservada hasta entonces.

Pero Roma, sede y compendio del señorío universal, debía ser eterna; la *Roma aeterna* aparece en todos los monumentos y monedas como el consuelo general, especialmente durante los siglos II y III. Mientras Roma personificó el paganismo, la odiada Babilonia de la Revelación, esta idea fué para los cristianos una locura; era, como dice abiertamente Arnobio,[6] nada menos que la "ciudad creada para perdición del género humano y por cuyo imperio había sido subyugada la tierra entera en un grado inmerecido". Claro que sólo un africano podía hablar en estos términos; también en la época pagana se hacía la distinción entre Roma y el Imperio y se oraba por el bien de ésta lo mismo que por el del emperador pagano y sus ejércitos.[7] Más tarde, con los emperadores cristianos, la reconciliación con el señorío universal de Roma fué completa; Prudencio[8] ve en el Imperio la suprema obra histórica de la Providencia: "¡Mirad cómo toda la especie de los mortales se halla bajo el dominio de Romulo, y cómo se han fundido las costumbres y mentalidades más diversas; así se hallaba predeterminado para que la dignidad del nombre cristiano abarcara hasta los confines de la tierra con un solo vínculo." Pero lo más conmovedor lo encontramos en el cántico de un pagano (hacia 417), Claudio Rutilio Numatiano,[9] que consuela a Roma, profundamente sacudida, como a una madre vencida por el peso de los años y saca de su grandeza histórico-universal la nueva esperanza de duración eterna.

[6] Arnob., *Adv. gentes,* VII, al final.

[7] Así durante la persecución de Decio, cf. en Ruinart, *Acta Martyrum sincera,* la *Diputatio S. Achatii.* — También, bajo Valeriano, la narración del obispo Dionisio de Alejandría. Pasajes de los apologistas cristianos, que hablan muy claramente en este sentido, en Lasaulx, *Der Untergang des Hellenismus,* pp. 12 *ss.*

[8] Prudent., *Peristeph. Hymn.* II, estrofa 105 y *ss.*

[9] Cf. Rutil. Numat., *Iter in Gall.* I, vers. 47 y *ss.* Completamente profético es el verso 133: *Porrige victuras romana in saecula leges.*

En qué medida la organización estatal y la situación exterior podían justificar tales esperanzas no es cosa que se pueda saber con seguridad por medio de meros razonamientos. Un régimen como el romano puede mantenerse ilimitadamente a pesar de su creciente desvencijamiento, como lo demuestra el imperio bizantino. Si la ciudad de Roma hubiera sido tan inexpugnable y apta para la defensa como lo fué de intento, más tarde, Constantinopla, también el Imperio Occidental pudo haber durado mucho más tiempo y rescatado más de una vez, desde la elevada urbe, las provincias perdidas. El estado puede sobrevivir a la nacionalidad como ésta puede sobrevivir al estado. Por lo tanto, no hay que entender el concepto de envejecimiento como una imposibilidad de pervivencia sino como la mengua gradual de aquellas fuentes de vida que en un tiempo prestaron a la nación su noble cuño espiritual y corporal.

Podríamos comenzar por las condiciones topográficas. A las gentes se les figuraba ya que los ríos se iban secando y que las montañas se rebajaban; el Etna ya no era tan visible desde el mar como antes y lo mismo se decía del Parnaso y del Olimpo. Atentos observadores de la naturaleza llegaban a opinar que el mismo cosmos se hallaba en un proceso de decadencia.[10]

Si miramos al tipo físico no podremos negar que en esta época se produce una degeneración de la raza, por lo menos en las clases altas. El juicio no se basa únicamente en las manifestaciones de autores que, en diversas ocasiones, aludieron ya muy pronto a algo parecido,[11] sino que es el arte mismo quien nos proporciona la prueba más irrefutable en numerosos monumentos, hasta en aquellos que no permiten ninguna excusa por virtud de la torpeza del artista.

En la mayoría de las esculturas de este tiempo domina, en parte, una fealdad natural, en parte, algo enfermizo, escrofuloso, abotagado o decadente. Monumentos funerarios, monedas, mosaicos, fon-

[10] Así Aeliano, VIII, 11, en la época de Adriano.

[11] De las extrañas manifestaciones en Dio Chrysost., *Orat.* XXI, pp. 269 ss., se desprende que se había observado una disminución de la belleza masculina y un aumento de la belleza femenina.

dos de vaso, todo coincide en esto que decimos. Los corregentes de Diocleciano y sus sucesores inmediatos, con sus rasgos a las veces verdaderamente repelentes, acaso no representan, por su condición de ilirios, un buen término medio. Constantino, cuyo rostro conocemos muy bien por las estatuas y las monedas, muestra, en general, un aspecto sano pero con cierto aire de perfidia y, sin embargo, los panegiristas y los escritores eclesiásticos coinciden en admirar su belleza, lo que no es mera adulación sino, también, un testimonio claro del bajo nivel del juicio. En la fisonomía de sus hijos se observa un nuevo género de expresión, con el que tropezaremos con frecuencia; vemos lo que, en un sentido peyorativo, se llama lo "clerical"; Constantino II presenta, como su padre, una testa redonda, no muy agradable, y Constante y Constancio más bien alargada. Pero con más claridad que estos rostros ilirios y acaso que todos los bustos, nos hablan las figuras ideales de la época, en las que los artistas tratan de decantar lo más apreciable, poniendo así en evidencia el empeoramiento del tipo humano de entonces. El arco de Constantino junto al Coliseo es, después de todo, una obra apresurada, lo que excusa y explica, suficientemente, la rudeza de la ejecución plástica, pero no la fealdad de las figuras y el encogimiento de los rasgos. Cierto que hay épocas en las que el arte pretende encontrar su meta en lo característico en lugar de lo bello, descendiendo hasta lo feo, sin que el mundo que rodea al artista sea culpable de ello. Pero en esta ocasión no se puede hablar de esta debilidad por lo característico sino, sencillamente, de la incapacidad de mantenerse, aunque sea superficialmente, en los ideales clásicos de belleza cuando el mundo exterior ya no ofrece ningún punto de contacto con ellos. En el siglo quinto los mosaicos nos muestran el mismo espectáculo. Y téngase en cuenta que el arte no busca todavía la expresión de la santidad en el encanijamiento ascético, como más tarde los mosaicos bizantinos; no son todavía figuras macilentas pero, por lo general, ofrecen rasgos fisiognómicos feos e irregulares. Ni siquiera trabajos excelentes en los que todo el resto, vestiduras, ademanes, acomodo en el espacio, etc., es tan bueno como se puede esperar de la época de Teodosio,

por ejemplo, los doce apóstoles del Baptisterio ortodoxo de Rávena, significan una excepción en este aspecto.

El tipo humano del Imperio fué desde siempre muy diverso según las diferentes comarcas y la suerte que conocieron; algunas poblaciones podemos figurárnoslas como espléndidas, otras como esmirriadas. Pero la forma media que prevalece en las artes plásticas es, en esta época, la de Italia. ¿Cuándo y en virtud de qué acontecimientos ha empeorado el tipo humano aquí y, acaso, en todo el Imperio?

La respuesta no hay que buscarla muy lejos. Dos pestes terribles en tiempos de Marco Aurelio (167) y otra vez a partir de Galo (252) habían azotado de modo irremediable la población del Imperio; la última de esas pestes[12] parece haber durado quince años, sin que se escapara ninguna región y habiendo sido vaciadas algunas ciudades. Si a esto se añaden las guerras incesantes, tanto para disputarse el trono como contra los bárbaros, tendremos necesariamente el abandono de la labranza y las hambres periódicas propicias a todas las enfermedades. En cuanto a las clases altas, nunca se vieron libres de aflicciones y cuidados. Los asentamientos de bárbaros hicieron lo restante para cambiar por completo el tipo humano, pero esto más bien en un sentido favorable.

Pero en tiempos de tanta desdicha un tipo no se pierde sólo físicamente; van muriendo viejos usos y costumbres, se apagan ideas nacionales, afanes espirituales de todo género. No quiere esto decir que también la moral se hallara en bancarrota; más bien podríamos mostrar en la segunda mitad del siglo tercero una recuperación en este sentido. En cuanto a los emperadores, difícilmente se podrá negar; pasaron los tiempos de Caracalla y Maximino; Carino sucumbe porque representa, en su década, una anomalía de otros tiempos. En las calamidades que luego aparecen, como ese Majencio, la disolución y el crimen ofrecen un cariz pequeño-burgués al compararlos

[12] Véase las partes en Clinton, *Fasti rom.* ad. a. 252.

con lo anterior. Aumenta la policía de costumbres[13] y, con ella, la decencia exterior; Diocleciano se esfuerza seriamente en arreglar las caóticas situaciones familiares,[14] oponiéndose a los matrimonios dentro de la misma familia y entre parientes próximos. Los escándalos de gran envergadura disminuyeron a ojos vistas. Teniendo en cuenta el silencio que a este respecto guardan los autores que le son adversos, se ha concluído, con razón, que la vida privada de Constantino no se vió contaminada en este respecto. El gobierno adopta cada vez más medidas humanitarias y reconoce el deber de preocuparse por el bienestar de los súbitos mientras que, al mismo tiempo, tiene que ejercer una gran presión, equivocándose muchas veces en las medidas a que recurre como, por ejemplo, la de los precios topes de las subsistencias y las penas completamente bárbaras contra los crímenes. Ya señalamos ciertos síntomas de este aumento de moralidad en el paganismo tardío y en el idealismo ascético de los filósofos, pero tenemos que abordar una vez más el asunto en su conjunto. Pues, acaso, esta vuelta a la sensatez y a la moderación fuera también un síntoma del envejecimiento que ahora nos ocupa; por lo tanto, mal podía rejuvenecer al senescente mundo antiguo.

Luego de haber constatado la mengua del tipo físico, observemos otras exterioridades y, en primer lugar, el vestido. En este aspecto las artes plásticas no nos revelan la verdad, pues mantienen, por lo general, los ropajes de las épocas florecientes del arte, ha tiempo fenecidas, y ya sabemos que, desde un principio, eran de tipo ideal; así, por ejemplo, la teoría de las Panateneas del Partenón no representa el atavío real de los atenienses de la época de Fidias sino elementos suyos bellamente simplificados. Si, pues, en la plástica romana del tiempo de Constantino vemos que dominan la toga y la túnica, junto con la clámide en las figuras desnudas, no debemos inferir que se trata del indumento corriente. Será más conveniente seguir las indicaciones de los autores cristianos que nos hablan de

[13] Obsérvase lo que dice Aurel. Vict. *Caess.* 28 sobre Felipe al Arabe y los comentaristas.

[14] Leyes del año 287 y 295, *Cod. Gregor.* v, 1.

una vestimenta recargada, degenerada, que bien se podría llamar "rococó romano", si se nos permite el uso de esta expresión profana.

En lugar de trasladar a estas páginas una sección de la historia del vestido contentémonos con unas cuantas indicaciones. Existe un poema[15] de Arborio, tío de Ausonio, de la primera mitad del siglo cuarto, dedicado a una "ninfa demasiado acicalada" en el que se nos describe a una muchacha de las Galias. Sus cabellos, entreverados de cintas, lucen un gran moño en espiral *(in multiplicem orbem)* rematado por un copete de oro; el collar parece de coral rojo; el vestido le llega hasta el cuello y se halla ceñido de cintas que forman una especie de cotilla. Abundan las zarandajas y las mangas son excesivas.[16] Los moños en espiral eran cosa antiquísima y algunos bustos estaban dispuestos de forma que se les podía cambiar el peinado según la marcha de la moda. Antes que Arborio se lamenta Arnobio de las cintas, probablemente de oro, con que muchas damas se cubren la frente, así como de sus cabellos quemados, a la manera de los hombres. Completamente antipático resulta el maquillaje, que no sólo da una color distinta a la cara sino hasta le cambia la forma. Se recargan tanto los colores rojo y blanco que las mujeres "parecen" ídolos y cada lágrima que se desliza deja un verdadero surco en la mejilla. Así lo ve, por lo menos, San Jerónimo, quien estaba bien enterado por su vida anterior. Un cambio importante, que acaso ocurre en este tiempo, es la aparición de telas repujadas y floridas, en contraste con las telas de un solo color, únicas dignas del hombre, porque no son más que masa y pliegues, y de este modo acusan la forma, el ademán y el movimiento del cuerpo. Constantino recibió de unos embajadores extranjeros el agasajo de unos "vestidos bárbaros recamados de oro y flores";[17] poco después esta clase de

[15] En Wernsdorf, *Poetae lat. min.*, vol. III.

[16] Véase Hieronym. *Ep.* 38 *ad. Marcellam.* y *Ep.* 130.

[17] Euseb., *Vita Const.* IV, 7. — Las tiendas de campaña del príncipe Herodes de Palmira con figuras bordadas *Hist. Aug.* XXX Tyr. 15 (16), son mencionadas todavía como algo típicamente persa. Trajes abigarrados con figuras de animales forman ya la moda a mediados del siglo IV, cf. Amiano Marc. XIV, 6. — Trajes bordados y tejidos con figuras menciona Claudiano,

vestidos serán el traje de ceremonia de los mosaicos de las iglesias y no tardará mucho para que se borden historias enteras en las vestiduras de los sacerdotes y en los manteles del altar. Lo exótico y, en general, lo bárbaro, es lo preferido por la moda romana tardía por ser más caro y difícil de conseguir. Bajo Teodosio el Grande, el famoso Símaco renuncia a un suntuoso coche oficial, de estilo exótico, con el que el emperador creía dignificar las visitas de los prefectos urbanos.[18]

Pero esta barbarización va más allá del vestido. La presencia de oficiales germanos, especialmente godos y francos, en el ejército y en la corte, la influencia de la etiqueta y las costumbres orientales, tenían que ir transformando poco a poco todo el aspecto exterior de la vida, dándole un cuño no romano. Así, nada tiene de tradicional esa distribución de la sociedad en clases y rangos que se lleva a cabo mediante el reparto de títulos; nada más contrario al concepto de ciudadanía que había nutrido al mundo clásico. También el cristianismo, que fué consumiendo con su poderosa llama tantos elementos de la educación antigua, influyó indirectamente en la barbarización,[19] como podremos ver en seguida si dirigimos una ojeada al arte y a la literatura de esta época.

El arte, en el sentido más alto del vocablo, había sido el aliento del pueblo griego. Ninguna otra nación pudo atreverse a jalonar su cronología con el desarrollo de lo bello a manos de poetas y artistas, como ocurre, por ejemplo, con la crónica de mármol de Paros. Con las armas victoriosas de Alejandro y de los Diadocos, marchó también el arte griego a través del Oriente y fué desplazando las viejas formas nacionales de Alejandría en adelante, con la única

Epigr. 20 hasta 23. — En Prob. y Olybr. Cos. 224. — En VI, cos. Honor, 166. *Rapt. Proserp.* I, 245; II, 44. — Laud. *Stil.* II, 230, 249, 340, 385.

[18] Symmachi, *Ep.* X, 24. Considera que, desde los tiempos de Camilo, no se quiere en Roma tales *externa miracula* y atribuye así, excepcionalmente, a la antigua metrópoli, un gusto más distinguido. — Carros frigios y celtas, como artículos de moda, ya en el siglo segundo, Filostrato, *Vitae soph.* I, 25.

[19] La palabra βαρβαροῦσθαι en Zosimo I, 58 y II, 7, parece indicar únicamente la dominación de comarcas imperiales por tribus bárbaras; anteriormente tuvo también una significación ética.

excepción de la arquitectura y de la escultura de Egipto. También los romanos lo acogieron en su servicio, no tanto como objeto de lujo sino porque correspondía a la necesidad de belleza que les animaba pero cuyo desenvolvimiento fué impedido por el predominio de lo marcial y lo político. Contribuyó en la forma más grandiosa a prestar un aire nobilísimo a la magnificencia nacional y religiosa de Roma aunque no sin padecer en su unidad orgánica. Desde Roma, todo el Occidente acogió este arte romanizado como una ley del vencedor, y lo fué hablando a su manera, como hizo con el lenguaje. Y donde por el Occidente se conservaron colonias de origen italo pudo obedecer también a una necesidad.

Pero el arte no alcanzó en esta época del dominio de Roma la posición que tuvo en Grecia en la época de su esplendor. Ya no oímos decir que la profanación de lo bello es una blasfemia, como en aquella ocasión en que el poeta Estesícoro quedó ciego porque había injuriado a Elena, el prototipo de toda belleza.[20] Luciano, que no respeta ni a dioses ni a hombres, se atreve a burlarse de los viejos ideales de toda belleza, aunque, por otra parte, su gusto artístico es tan seguro. Aquella serie maestra de diálogos de los muertos en los que, con la máscara del cínico Menipo, da rienda suelta a su sarcasmo, contiene una escena en el mundo subterráneo[21] en la que Hermes muestra a Menipo los esqueletos de las famosas bellezas de otro tiempo, Narciso, Mireo, etc. "Pero ¡si no veo más que huesos y calaveras! ¡Muéstrame a Elena!" —"Esta calavera es Elena". — "¿Y por esto la flota de los mil navíos, la muerte de innumerables y la destrucción de las ciudades?" — "¡Oh Menipo!, contesta Hermes, tú no viste a esa mujer en vida." Sin embargo, esta primera época imperial, que los estetas de entonces, Petronio y Plinio el viejo, acusan, con relativa razón, de época de decadencia artística, todavía siente, por lo menos en Italia, la necesidad del decoro artístico de la existencia. Según la expresión de Goethe, sólo Pompeya nos revela "un afán artístico y plástico de todo un pueblo, del que ni

[20] Hesych. Miles, en Mueller, *Fragm. hist. gr.* IV, p. 174.
[21] Luciano, *Dial. Mortuor.* XVIII.

el más ardiente aficionado de hoy tiene idea ni sentimiento ni necesidad". Si aplicamos este patrón a la Roma de entonces, nos encontraremos ante una situación que produce vértigo.

Es cierto que en el siglo tercero el arte encontró un enemigo material peligroso en los destrozos que en el Imperio iban causando la peste, la guerra y el empobrecimiento general. Como los emperadores, especialmente desde Aureliano, construyeron mucho[22] y, sin duda, también protegieron las demás artes, pudo haberse compensado esa pérdida a no ser por la presión creciente sobre los ricos que producía una pérdida constante.

Si suponemos que la naturaleza distribuía siempre una buena proporción de talentos, cosa de la que, con frecuencia, no se puede dudar ni en los casos de decadencia de todas las formas, cabe preguntarse de dónde procedían las falsas direcciones en las que se perdieron tantos talentos. Y de dónde procede ese anonimato que cubre a casi todo el arte de los siglos III y IV con un manto de silencio.

Es un hecho que, aproximadamente desde mediados del siglo segundo, cesa la siempre viva reproducción de lo bello y degenera en una mera réplica externa; a partir de este momento, marchan paralelamente el empobrecimiento interior y la ampulosidad de las formas.

No será posible explicar jamás o captar en palabras las causas más profundas de este fenómeno. Si el desarrollado sistema formal de los griegos se sostuvo durante seis siglos en las condiciones más diversas y tuvo siempre sus florecimientos ¿cómo ocurrió que a partir de los Antoninos se fuera enervando? ¿Por qué no persistió hasta el siglo cuarto? Acaso podamos ofrecer una respuesta *a priori* apoyándonos en una consideración filosófica general de las épocas; pero reconozcamos modestamente que no nos es posible calcular la duración necesaria de una potencia espiritual de este rango.

Pero, por eso mismo, son tanto más claras las causas secundarias de ese fenómeno: los cambios acaecidos en el material, en los fines y en los temas del arte, es decir, indirectamente, el gusto dife-

[22] Cf. Malalas, lib. XII *passim*.

rente del que encarga la obra. Sigamos los avatares de la arquitectura. En esto la capital es el prototipo de la degeneración general. Roma disponía en el Travertino y en el Peperino de un material serio, poderoso para las construcciones monumentales. Pero cuando, a partir especialmente de Augusto, ya no se supo prescindir del mármol de Carrara y de Africa por el encanto de su plasticidad y de su luminosa belleza, los sentidos de los romanos se acostumbraron a considerar como dos cosas distintas y separables, el armazón de ladrillo del edificio y su revestimiento de mármol. A la larga, este revestimiento tenía que aparecer como una envoltura arbitraria, como una decoración. Sin embargo, el mármol blanco forzaba siempre a los artistas a plasmar las formas con la mayor nobleza posible. Pero a medida que fué creciendo la afición a los materiales más caros y raros, y se anduvo buscando por el Oriente y por Africa preciosos materiales de construcción,[23] pórfido, jaspe, ágata y mármol de todos los colores, y fué prevaleciendo en proporciones insensatas el dorado recargado,[24] por fuerza el arte y los artistas tenían que pasar a un segundo plano. El material y el color atraen la atención y se pasan por alto los más bellos perfiles y ornamentos; además, la dureza extraordinaria de algunas de estas piedras pone límites al cincel. El que suministra los materiales y el que los pule resultan, en tales circunstancias, más importantes que el artista que traza el dibujo. Y cuando el mármol blanco u otro material sencillo mantienen su lugar, tienen que competir, sin embargo, acudiendo al amontonamiento de miembros y a la multiplicación de los ornamentos, pues ya se había perdido el sentido de la sencillez. Con frecuencia la impresión es extraordinariamente trivial y confusa, pues cuando la riqueza arquitectónica exterior se convierte en principio director, pronto se saltan todos los límites e invade también a aquellos elementos arquitectónicos que, en virtud de su propia función,

[23] Pasaje clásico en Statius, *Sylvae* I, V, vers. 34 *ss.*

[24] Ya hemos visto la aversión de Aureliano a todo esto; Constantino hizo dorar lo que los anteriores emperadores habían construído, entre otras cosas, las columnas del Circo Máximo. *Panegyr.* X, 35.

no pueden tolerar esta invasión. No vamos a enumerar los monumentos de este estilo del que son exponentes conocidos el palacio de Palmira y el palacio de Diocleciano en Salona (Espalato). En la medida en que por las proporciones y el ordenamiento no nos hacen recordar tiempos mejores, pertenecen por completo a la decadencia, y ni siquiera reemplazan lo perdido con el encanto de la perspectiva que, por ejemplo, ha podido desarrollar el estilo moderno degenerado en manos de un Bernini. Este es capaz de concentrar nuestra mirada, mientras que allí reinan la inquietud y la dispersión: Bernini desprecia el detalle y siempre trabaja con los ojos puestos en el conjunto; en el otro caso, las formas singulares amontonadas quieren significar algo por sí mismas.

Si el lujo, en el sentido señalado, encaminó a la arquitectura a una forzosa decadencia, también hubo otro factor que significaba un avance hacia lo nuevo y que, sin embargo, hizo saltar definitivamente el sistema arquitectónico heredado de los griegos. Nos referimos a esas nuevas edificaciones de grandes interiores, preferentemente abovedados. En la mejor época imperial encontramos, por ejemplo, que en la construcción de las Termas las columnas y sus cornisas entroncan con la cúpula, las bóvedas cilíndricas y en cruz en tal forma que se nos ofrecen como un organismo propio. Una consideración de este tipo no podía subsistir a la larga, es decir, cuando, con la época cristiana, creció de modo extraordinario la necesidad de tales edificaciones y, al mismo tiempo, la tendencia suntuosa hacía acallar cualquier otra consideración. La basílica cristiana, el primer gran modelo de todo interior con propósitos de perspectiva,[25] cargó arcos y pesados muros sobre sus series de columnas; la iglesia de cúpula, con galerías arriba y abajo o con capillas laterales,[26] negaba por completo la idea de sostén y utilizaba

[25] Como basílicas, por lo menos como construcciones alargadas, fueron descritas entre otras: la antigua iglesia de S. Sofía, S. Agatónico y S. Isaac en Constantinopla. *Anonym. Banduri*, p. 55.

[26] La catedral de Antioquía, Euseb., *Vita Const.* III, 50. La iglesia de los Apóstoles en Constantinopla IV, 58; probablemente una cruz griega con cúpula. (Cf. *Anonym. Banduri*, p. 32). La iglesia del Santo Sepulcro en Je-

las columnas únicamente para producir un efecto agradable. Esto persiste hasta muy entrada la Edad Media, cuando la arquitectura cristiana cambia las formas antiguas, repetidas con tal creciente incomprensión que ya no son apenas reconocibles, por una estructura nueva más adecuada a su principio.

Finalmente, la arquitectura cristiana tuvo que ceder desde un principio a las exigencias de la tendencia clerical. La Iglesia quería que todo el edificio y hasta cada piedra fuera un símbolo de su poderío y de su victoria; esto explica el predominio de los adornos más costosos y brillantes[27] y de las representaciones plásticas tanto en el interior como en la fachada. No era posible que con una profusión de mosaicos que recubría todos los espacios libres con figuras y relatos bíblicos de colores metálicos pudiera prosperar ninguna articulación arquitectónica y de esta suerte los ensamblamentos se convierten en unas tiras insignificantes o son simplemente aludidos por ornamentos de mosaico.

De todos modos la arquitectura conservó el sentido de los interiores magníficamente dispuestos, construídos con fantasía y de un gran virtuosismo mecánico. Esto último se lo debemos a algunos artistas de la época bizantina, si es que es posible destacarlos del anonimato antes señalado.

La decadencia de las artes plásticas y de la pintura marcha paralelamente con la de la arquitectura y por las mismas o parecidas razones, aunque también hay circunstancias especiales. Otra vez el lujo del material ha ejercido una influencia funesta. Como se hizo costumbre fabricar las estatuas con tres y hasta cuatro géneros de piedras, a veces de muy difícil trabajo —para no hablar de tantas

rusalén, III, 25 hasta 40. Sócrates, I, 9. La construcción alta, τὸ ὕφοῦν, significa probablemente una gran consideración, Euseb., V. C. I. 42; II, 45.

[27] Véase antes. La iglesia de los Apóstoles "resplandeciente, desde el suelo hasta el techo, de piedras de colores... El techo ¿abovedado? con finas cuadrículas de artesonado cubierto completamente de oro... La cubierta exterior de bronce dorado, que resplandece a lo lejos... La parte superior cubierta de adornos, en forma de mallas, de bronce y oro..." El edificio se levanta libremente en medio de un patio grande, a su alrededor grandes avenidas, cámaras imperiales, baños, fondas y viviendas para los guardas, etc.

estatuas hechas de oro y de plata—[28] es natural que el estilo padeciera a la larga pues él tiene que ser lo capital para poder prosperar. Así vemos, por ejemplo, en las galerías vaticanas los colosales sarcófagos de pórfido de Elena y de Constancia (la madre y la hija de Constantino), uno de ellos con teorías de jinetes, el otro con genios que trabajan el vino y de estilo muy mediocre. Parece que la simple restauración del primer sarcófago en tiempos de Pío IV ha necesitado el empleo de veinticinco hombres durante nueve años,[29] con lo que podemos hacernos una idea del trabajo que pudo costar su fabricación. En presencia de esta piedra increíblemente dura y seca no cabe hablar de ningún rasgo directo de genialidad artística, se trata de un trabajo servil, apegándose a un modelo. En forma parecida ha tenido que perjudicar el mosaico a la pintura. Mientras no se emplearon más que en los suelos podía pasar como una manifestación de afición excesiva a lo artístico que no abandonaba ningún rincón en que pudiera posarse la mirada, aunque hay siempre algo de bárbaro en eso de preferir composiciones como esa pompeyana conocida por batalla de Alejandro. Pero desde Plinio el mosaico empieza a subir por las paredes y las bóvedas;[30] podía justificarse este cambio en las Termas, donde la pintura corría peligro por la humedad, pero en otros edificios le despojó al artista, sin necesidad alguna, de toda participación manual en su creación y le desanimó porque el espectador se fijaba en la magnificencia y en el coste, luego en el tema y, por último, si es que llegaba a ella, en la representación artística. Con la introducción del cristianismo el mosaico se con-

[28] *Hist. Aug.* Claud. goth. 2 (3) Heliogabal. 2. Tacit. 9. — Estatuas de oro y plata, instalados por Constantino en Roma, Aurel. Vict., *Caess.* 40. Cf. *Anonym. Banduri*, p. 14.

[29] Véase el catálogo oficial del Museo Pío-Clementino de Roma 1844, p. 199.

[30] Plin., *Hist. nat.* XXXVI, 25. — Statius. I, c. — *Hist. Aug.* Pescenn. 6. Caracalla 9 (se debe referir probablemente a mosaicos). XXX Tyr. 24 (25). Symmachus, *Ep.* VI, 49; VIII, 42. — A cuyo tenor hay que rectificar un error que por mi culpa fué introducido en la segunda edición de la obra de Kugler, *Geschichte der Malerei*, vol. I, p. 24, nota.

virtió, cuando había medios para ello, en el adorno principal de todas las superficies y bóvedas de las iglesias.

Pero la decadencia se revela todavía con mayor fuerza en otros síntomas, que nos remiten a otros motivos. Llama la atención, en primer lugar, el pequeño número de estatuas de dioses importantes que pudieran atribuirse, con seguridad, a la época posterior a Alejandro Severo; por el contrario, predominan las imágenes de Mitra, los espantosos Eones, los Panteos, las estatuas de Diana de Efeso, etc. Esto se debe, seguramente, a la religión. Nada más apropiado para perturbar las ideas de los artistas acerca de los viejos tipos de los dioses que aquella intrusión de informes divinidades exóticas, y la demonificación de las divinidades nacionales, que en este proceso padecieron en su bella personalidad antropomórfica; por lo menos, tenía que serle difícil al artista sentirlas con la vieja piedad, caso que se le pidiera esto. En cambio tenemos la fabricación de miles de sarcófagos,[31] que ocuparon más que cualquier otra cosa las manos de los escultores del siglo tercero. Es cierto que sus relieves representan puros mitos griegos y se hallan libres, por lo tanto, de las informidades de las divinidades extranjeras, pero tampoco podían, por otras razones, cobrar un valor artístico destacado. La fusión de las leyes plásticas y dramáticas en un puro y perfecto estilo del relieve no puede ser sino obra de las más altas épocas artísticas; tan pronto como la búsqueda del efecto se convirtió en una pasión —por lo tanto, ya en aquella época helénica tardía que, por lo demás, creó cosas tan bellas— también el relieve tuvo que perder su centro de gravedad. Por eso, aun los más bellos trabajos de la mejor época romana que derivan, en primer lugar, de esta tradición helénica, como, por ejemplo, los relieves del arco de Tito, pasan de tener un valor relativo.[32] Pero más tarde, cuando la suntuosidad desplaza a la belleza, cuando, a partir de los relieves en espiral de la columna de

[31] Como es sabido, después de los Antoninos los entierros prevalecen sobre las incineraciones.

[32] Probablemente, el fuerte renacimiento del estilo arcaico en el Imperio fué una reacción muy consciente.

Trajano y sus imitaciones y de los recargados arcos de triunfo, se acostumbra el gusto a todo género de derroche plástico, es natural que el número y hasta la profusión de las figuras, lo mismo que en arquitectura la multiplicación de los miembros, disiparan todo efecto grande y verdadero. Además, se mercantilizó la plástica de los sarcófagos, pues rara vez se trabajaba por encargo y como era ofrecida en venta al público tenía que servir al mal gusto reinante, amigo de la pompa. Finalmente, predominó el tema y con una concepción trascendental que iba en menoscabo del arte. Los mitos son presentados como figuraciones simbólicas de ideas generales, con una separación entre forma y contenido que, a la larga, tenía que corromper el arte. Tras las representaciones míticas de Meleagro, Baco y Ariadna, Amor y Psique, Luna y Endimión, Plutón y Proserpina, tras las luchas de centauros y amazonas, bacanales, teorías de Nereidas, etc., se esconden ideas abstractas sobre el destino, la muerte y la inmortalidad. Semejante simbolismo despierta, sin duda, la participación histórica y poética del espectador, pero el arte hace dejación de otra misión suya: la de evocarnos en cada una de sus figuras, gracias a la excelencia de la forma, lo eterno e imperecedero.

El cristianismo sustituyó las figuras paganas de los sarcófagos por las de Cristo y los apóstoles o por ciertas escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, en forma paralela o aislada. No se puede esperar ningún progreso en cuanto al estilo; vuelve a predominar lo "tendencioso", la expresión simbólica. Por la incapacidad creciente para representar un relato en marcha, que es esencial al relieve, se divide el sarcófago, por medio de columnitas y arcadas, en tantos campos como personajes o historias se representan. En este abigarramiento la ejecución degenera muy pronto y denuncia una torpeza caquéxica e infantil.

A la escultura le quedó todavía como tema el retrato, en estatua o en busto y, especialmente, la media figura en relieve. Encontramos a menudo en piedras conmemorativas y en sarcófagos esas amables representaciones del esposo y la esposa en un nicho, con las manos entrelazadas; no deja de tener importancia el que, como ocurre

también en las monedas de la segunda mitad del siglo tercero, se reproduzca la mitad superior del cuerpo. Los bustos propiamente dichos son raros, de suerte que, por ejemplo, a los grandes emperadores ilirios los conocemos casi exclusivamente por las monedas. Poseemos muchos testimonios de estatuas-retratos[33] pero apenas si se ha conservado algo con excepción de algunas erigidas en honor de Constantino, las que, por sus formas pesadas y zurdas, apenas si nos permiten lamentar lo perdido. Lo mismo que el material, en otros casos fué objeto de pasmo lo colosal. Se apreciaba sobremanera el efecto de los grandes monolitos; ya desde largo se estaba acostumbrado a ver los obeliscos egipcios acarreados desde las orillas del Nilo; Heliogábalo había soñado con traer desde Tebas un bloque de piedra que contenía una escalera de caracol y había de servir de escabel a sus ídolos;[34] Diocleciano, por su parte, mandó traer del Oriente para sus Termas las enormes columnas de granito de quince pies de perímetro y Constantino trasladó el mayor de todos los obeliscos de Heliópolis a Alejandría, el mismo que más tarde Constancio hizo traer a Roma.[35] El trozo más grande de pórfido, una columna de cien pies, serviría para sostener la estatua del nuevo fundador de la ciudad en Constantinopla. Estas proporciones cúbicas aplicaron también con gusto los siglos III y IV a las creaciones de la plástica. Alejandro Severo mandó instalar en Roma toda una serie de estatuas colosales;[36] a estos efectos, reunió artistas de todos los rincones. Galieno se deja retratar como dios solar a un tamaño de unos doscientos pies;[37] la lanza que su mano sostenía tenía que ser lo bastante fuerte para que un niño pudiera trepar por dentro de ella, los caballos y el carro habían de ser de la misma proporción y el conjunto debía coronar el

[33] Por ejemplo en Amiano Marc. XIV, 6, § 8.
[34] *Hist. Aug.* Heliogab. 23.
[35] Cf. Amiano XVII, 4. Se trata del obelisco que se levanta ahora junto al Laterano y que, con base y cruz, mide 136 pies.
[36] *Hist. Aug.*, Alex. Sev. 24.
[37] *Hist. Aug.* Gallien. 18. La estatua parecía el doble de grande que el coloso del sol de Nerón, muy famoso, cuya altura fué calculada en unos 120 pies.

punto más alto de Roma, el Esquilino. Afortunadamente, parece que la obra quedó sin terminar. Más modestas fueron las dos estatuas de mármol del emperador Tácito y de su hermano Floriano,[38] en Terni, cada una de treinta pies, que fueron abatidas por el rayo poco después de haber sido montadas. Desde las estatuas gigantes de Fidias y los cien colosos solares de Rodas, conocemos representaciones colosales de dioses y hombres que no perjudican al arte, pero en una época de decadencia general, cuando el dibujo y el modelado no están ya a la altura de su cometido en lo pequeño, las grandes proporciones adquieren un aspecto monstruoso y estropean el gusto de generaciones enteras con su gigantismo omnipresente. Esta gran profusión de estatuas-retratos tiene, por otra parte, su significación especial, que guarda relación con la suerte que conoció la pintura.

La pintura nos muestra una ley interna o, por lo menos, su curso se da en tal forma que a los períodos de representación idealista sigue una época realista, ya porque en la primera época no se han estudiado bastante las formas de la naturaleza y hay que satisfacerse con lo general, o porque se ha agotado el círculo de sus creaciones necesarias y se cree encontrar en un rudo naturalismo nuevos medios para lograr un efecto. Una trayectoria semejante hace que muy pronto se desarrollen con vida independiente artes menores, sobre todo los asuntos de género. Algo de esto ocurre en el arte antiguo. Ya desde la época de esplendor tenemos gran cantidad de estatuas y cuadros de género; escuelas enteras se habían caracterizado por su apego a la realidad pero todo el empeño iba encaminado, en el fondo, a captar los últimos aspectos nuevos de lo bello y por eso el interés por la figura concreta se mantuvo siempre a cierta altura. ¿No estaríamos en el siglo tercero muy próximos a un verdadero naturalismo, a un pintoresquismo completo, a una búsqueda de una ilusoria realidad viva? No faltan por completo los paralelismos, por ejemplo, en la literatura, como veremos luego.

Pero es el caso que el supuesto principal de toda desarrollada pintura de género, el fino y agudo sentido de la naturaleza, lejos de ir

[38] *Hist. Aug.* Florian. 2.

en aumento se iba embotando; hacía tiempo que se había olvidado de darle su lugar correspondiente entre el lujo del material y la pompa decorativa. Las pocas pinturas míticas al fresco que se conservan nos señalan una torpe repetición de los viejos temas y un anquilosamiento y empobrecimiento totales del antes tan gracioso sistema de arabescos. Las pinturas de las catacumbas nos cautivan por la sencillez e inocencia de la representación y también son admirables como primeros testimonios de los tipos de santos personajes, pero en la disposición de las figuras no menos que en la ejecución de los detalles se acusa una gran torpeza cuando no puras reminiscencias. Las nuevas figuraciones cristianas encienden con el oro del crepúsculo los últimos días del arte antiguo, pero no aparece ninguna sustancia fresca junto al nuevo contenido. Pronto se empleará el mosaico para ilustrar los programas poderosos de la fe triunfante y todos los espacios disponibles de las iglesias se pueblan de figuras y relatos, con desconocimiento tanto de las ideas arquitectónicas como de las pictóricas, y hay que asombrarse todavía al encontrar unos cuantos trabajos excelentes hasta el siglo sexto. La significación eclesiástica y la representación acabada constituyen, junto al lujo de la ejecución, lo único que importa. Apenas si se puede hablar de una alegría personal del artista en su obra; el arte se había puesto al servicio de un símbolo exterior al artista, que no había crecido con él, y el artista, aun con un talento destacado, no era más que el ejecutante anónimo de una cosa general, como ocurrió en otros tiempos en Egipto. En las miniaturas de los manuscritos, conocidos directamente o por copias posteriores, sorprendemos a veces alegorías felices y buenas ocurrencias, lo que demuestra que, por lo menos el arte no oficial, guarda todavía cierta vitalidad; en las estampas de un calendario pagano de la segunda mitad del siglo cuarto se conservan algunas preciosas figuras de género con sus ropajes y paisaje barrocos.[39] Pero la dirección general se encaminaba, irremisiblemente, en un sentido bien diferente.

[39] *Analecta Vindobonens.* Vol. I, ed. Kollar.

De poder hablar, en algún aspecto, de un triunfo del realismo, lo haríamos a propósito del auge de la pintura de retrato a partir del siglo tercero. Ya vimos cómo el retrato colosal constituyó un tema principal de la escultura; también en los sarcófagos la figura principal del mito llevaba, por lo general, los rasgos del difunto. Pero por todo lo que sabemos podemos inferir que la afición de la época, en lo que a la pintura se refiere, se encaminaba mucho menos a la representación veraz de los caracteres que a la exaltación de las figuras, a veces la familia entera, con trajes de ceremonia y ademanes solemnes y hasta con ingredientes simbólicos. Era natural semejante estilo tratándose de los emperadores y altos funcionarios, y los particulares se pusieron a imitar. La importancia que tenía en estas ocasiones el ropaje lo podemos ver por aquella tabla del palacio de los Quintilios[40] que representaba al emperador Tácito cinco veces con indumento diferente (toga, clámide, traje de guerra, palio, traje de caza). Nada de extraño tiene que también en las monedas y en las pinturas funerarias no sólo se exhibiera la cabeza sino la mitad superior del cuerpo, pues así se podían ver el rango y la dignidad. Los dos Tétricos mandaron hacer un cuadro de mosaico en su palacio en el cual aparece Aureliano en el medio recibiendo de ellos los símbolos de pleitesía, el cetro y la corona de roble.[41] En el palacio de Aquilea se encontraba en la pared de un comedor un retrato familiar que exaltaba las circunstancias de las familias de Maximiano y de Constancio Cloro; se veía al todavía joven Constantino recibiendo de la pequeña Fausta (su futura esposa) un casco de oro con plumas de pavo real.[42] En forma parecida podemos imaginarnos los retratos familiares en las mansiones urbanas y campestres de las gentes distinguidas.[43] Un eco de este género, por lo demás desaparecido, lo tenemos en los cuadros de los dípticos de marfil que rodean

[40] *Hist. Aug.* Florian 3.
[41] *Hist. Aug.* XXX Tyr. 24 (25).
[42] *Panegyr.* VI. (Incerti), cap. 6.
[43] Símaco, *Ep.* I, 1, donde se enoja sobre las incorrecciones del indumento. — IX, 50, se menciona a un pintor Lucilo.

de signos simbólicos al emperador o al funcionario, reproducidos realistamente y con el detallado traje oficial.

En esta época que no conoce la imprenta, la pintura tiene a menudo el cometido de presentar al pueblo el poder de los imperantes en el sentido que incumbe hoy a los manifiestos y proclamas. Lo primero que se hace en una ascensión al trono es enviar el retrato del nuevo emperador,[44] que es recibido en todas partes con ceremonias. Se llevan a campaña retratos transportables, que se instalan en el pretorio;[45] hasta en los emblemas militares encontramos retratos hechos sobre metal.[46] Se pintan las victorias en lienzos enormes y se exponen públicamente;[47] teorías de los embajadores de pueblos extranjeros,[48] fiestas y espectáculos,[49] marchas triunfales y solemnidades de todo género[50] son representados en forma monumental en los frisos de los palacios. Constantino celebró su victoria sobre Licinio con una gran pintura a la encáustica,[51] de contenido simbólico, que lucía ante las puertas de la residencia; se le veía a él y a sus hijos y, a sus pies, el vencido, como dragón flechado, y abajo el abismo; sobre el conjunto se cernía el signo de la cruz. Más tarde se hizo representar en el frontis de una puerta de palacio en posición de orante.[52] Después de su muerte, se exhibió en Roma[53] una gran pintura en su honor que representaba una alegoría del cielo en el que se le veía entronizado.

Improvisaciones de este tipo tenían poco que ver con el verdadero arte. Pero expresan un aspecto del destino total del arte en

[44] *De mort. persec.* 25. — Zosim. II, 9. 12 y otros.
[45] *Dexippi fragm.* 24.
[46] Euseb., *Vita Const.* I, 31.
[47] *Hist. Aug.* Maximin. 12.
[48] Euseb., *Vita Const.* IV, 7, compara por lo menos tales exposiciones con un cuadro.
[49] *Hist. Aug.* Gordd. 3. Carus 19.
[50] *Hist. Aug.* Pescenn. 6. Carac. 9.
[51] Euseb., *Vita Const.* III, 1; cf. III, 3.
[52] Euseb., 1, c. IV, 15.
[53] Euseb. 1, c. IV, 69.

la medida en que, ya en la época pagana, se había convertido en servidor de la "tendencia" y con la victoria del cristianismo pudo cambiar de señor pero no de actitud. Durante muchos siglos, dominado por los temas, no seguirá su propia ley interna o sólo de modo imperfecto, y de esta suerte se expresa de modo efectivo una de las más fuertes negaciones de la antigua concepción del mundo.

El predominio de los temas sobre la forma fué también lo que en el arte cristiano proporcionó a la pintura lugar preferente con respecto a la escultura. El tipo plástico de los santos, por sí mismo, aun ejecutado con los medios artísticos de un Fidias, hubiera parecido una idolatría; revestido con las formas de la época decadente no era, comparado con las obras de la antigüedad, más que una caricatura;[54] por eso, cuando el cristianismo trató de impresionar por la vía artística, tuvo que recurrir al arte simbólico, rico en figuras, y se vió abocado a la pintura o al género intermedio del relieve. Eso sin tener en cuenta la falsa actitud personal con respecto a los escultores, que fueron despreciados como servidores de los ídolos.

Lo que las artes plásticas no pudieron aportar en esta época tampoco habría de traerlo la poesía. Desligada de su conexión viva con el drama, repugnando el tratamiento épico de la materia mítica por puro cansancio, despreciando la poesía histórica como toda la historia reciente, tenía que buscar refugio en la lírica y en la novela. Cierto que se seguían cultivando académicamente, y a sabiendas, casi todos los géneros, pero una literatura no puede vivir de las reminiscencias, cada vez más pálidas, de tiempos mejores como, por ejemplo, las que ofrecían los bucólicos y didácticos del siglo tercero, un Calpurnio Sículo, un Nemesiano, un Sereno Sammoniaco y otros, por mucho talento que derrochen en algunas ocasiones. Pero la lírica, lo mismo que el corazón humano, puede rejuvenecerse eternamente y hasta producir en épocas de postración general algunos magníficos ramilletes, siquiera con deficiencias; por otra parte, la novela

[54] Véase, por ejemplo, las míseras estatuas del Buen Pastor en la galería del Laterano.

constituye el sustitutivo adecuado cuando ya se acabó la fuerza popular de la epopeya y del drama.[55]

Por desgracia toda esta literatura de la paganía última ha llegado a nuestros días en forma muy fragmentaria e inconexa, si bien por lo que respecta a la novela conservamos monumentos de importancia.[56] Por ejemplo, se han conservado "relatos pastoriles" en lengua griega, que se atribuyen a un cierto Longo, nombre que bien pudiera ser resultado de un equívoco y que, por otra parte, no se acierta a situar cronológicamente. El cautivador relato de Dafnis y Cloe habría de ayudarnos a fijar el juicio estético sobre el siglo en cuestión, probablemente el tercero. Estas descripciones con su minucioso ambiente naturalista, con su fina observación psicológica se destacan mucho del horizonte bucólico legado por Teócrito; una época que pudo engendrar este libro no estaba lejos, me parece, de una pintura de género y de paisaje muy desarrollada. Pero es el caso que esta obra aparece aislada y si la queremos comparar con otras novelas del helenismo tardío también éstas y sus autores se sustraen en parte a una localización cronológica exacta. Por lo que respecta al tan citado Heliodoro, el autor de la *Etiópica*, es dudoso si se trata del obispo de Trica, en Tesalia, hacia el año 400, o si no será que al pagano emesénico de más de cien años antes (como tal se presenta el autor) se le adscribió el título de obispo para dar entrada a su libro en las bibliotecas cristianas. El tema del autor, lo mismo que en Jenofonte de Efeso, es una embrollada serie de aventuras, en lo que autores posteriores tratarán de competir con él; nada hay que

[55] Sin embargo ¿por qué ni la edad de oro ni la de plata han podido acarrear un nuevo florecimiento de la comedia? Las clases cultas de la nación poseían en alto grado la capacidad de observar críticamente el carácter de su época y sus necedades y de plasmarlas de un modo cómico. ¡Cuántos trozos de Horacio, Juvenal y, entre los griegos, de Luciano, podrían ser considerados como escenas perfectas de una comedia! Sin embargo, el teatro romano no ha aprovechado la posibilidad de reflejar la sociedad romana, e incluso la bufonada *(mimus)* perece muy pronto.

[56] Remitimos a la obra de Rohde, *Der griechische Roman und seine Vorlaeufer, Leipzig 1876,* en la que van unidas una investigación profunda y una exposición completa.

recuerde la primorosa descripción de caracteres ni la medida parquedad en lo tocante a vestidos y localidades que encontramos en Longo; es lectura de entretenimiento y, a menudo, bastante aburrida.

Heliodoro se demora en ocasiones (por ejemplo, al principio de la obra) en las descripciones de paisaje y también en Longo tropezamos con intentos semejantes. No me atrevo a resumir la historia del sentimiento del paisaje[57] trazada por Humboldt y me contento con remitir a esa descripción incomparable que explica en forma magistral el asunto mismo y su relación con las demás direcciones espirituales de la época tardía.[58]

No conservamos nada de la verdadera lírica de esta época, caso de que existiera; canciones como *Pervigilium Veneris* (¿hacia 252?), *Voto al Océano,*[59] difícilmente alcanzan más allá de la mitad del siglo tercero. No pueden sustituirlas algunas muestras del género elegíaco y epigramático que llegan hasta el siglo quinto. Lo que de este género encontramos en Ausonio tiene un excesivo regusto escolar y se halla demasiado deliberadamente construído como ejemplo del género correspondiente para que pudiera producirnos una impresión viva. Muy tardíamente tenemos todavía al talentudo improvisador Claudiano, con sus panegíricos, relatos míticos e idilios (es decir, poesías mixtas); un adulador indigno en una época estéticamente degenerada y que, sin embargo, recuerda algo a Ovidio por la brillantez de la invención y la ejecución; advertencia eterna para que la historia literaria no establezca límites demasiado rígidos entre sus períodos. Tampoco al citado Rutilio Numantiano (hacia 417) le falta el aspecto noble y amable, pero su gigantomaquia resulta, en conjunto, informe.

[57] *Kosmos*, vol. II.

[58] El Emperador Juliano, también iluso en este punto, considera que las descripciones de la naturaleza de Homero están por encima de la propia naturaleza. — *Misopogon.*, p. 152. — Entre los escritores modernos se debe consultar sobre este tema especialmente a Friedlaender (*Sittengeschichte Roms*, vol. II), con sus exposiciones muy ricas y finamente razonadas.

[59] Wernsdorf, *Poetae lat. min.* IV, 1.

Lo que en la época de Constantino pasaba oficialmente por poesía y era admirado como tal es precisamente lo peor, el juego de palabras y de versos. Desempeñaban un gran papel los centones extraídos de Virgilio, es decir, la utilización fragmentaria de sus versos para fabricar nuevos poemas de los más diversos temas. Mucha violencia tiene que sufrir el sentido de ese modo, pero, por lo menos, son los versos romanos más sonoros con que contamos. Hay otras artificiosidades más molestas todavía; así, la epanalepsis, que repite las palabras iniciales del hexámetro al final del pentámetro;[60] poemas-dibujos que, escritos cuidadosamente, representan, por ejemplo, un altar, una flauta de pastor;[61] aglomeración de todas las medidas en un solo poema; enumeración de voces animales, versos anacíclicos, que lo mismo pueden leerse para adelante que para atrás, y cosas parecidas. Un tal Publilio Optatiano Porfirio[62] ha llegado en estos virtuosismos a extremos inauditos. Había sido desterrado por algún motivo y se propuso congraciarse a Constantino con desesperadas proezas poéticas, cosa que consiguió. Tenemos veintiséis trozos de poseía, la mayoría de veinte a cuarenta hexámetros, cada uno con el mismo número de letras, de tal suerte que cada poema ofrece el aspecto de un cuadrado. Cierta serie de letras, distinguibles por su color rojo, forman juntas una figura, una abreviatura, un adorno, y leídas juntas quieren decir también algo. La tortura que sufre el lector permite adivinar la del poeta, que trata de expresar en formas tan penosas el tema más banal, cumplidos dirigidos a Constantino y a Crispo. Al final tenemos cuatro hexámetros cuyas palabras se pueden combinar entre sí de dieciocho maneras diferentes, de suerte que siempre resulta algún sentido y algún metro. Constantino, en una amable carta a Optatiano, considera la superación de tales dificultades como un verdadero progreso del arte y con cierto gesto de protector le dice: "Mi oído propicio sigue como

60 Por ejemplo en Pentadio, Wernsdorf III.

61 Obras más antiguas de este género son mencionadas, por ejemplo, en la *Anthologia graeca*.

62 Probablemente un africano cristiano distinguido. La obra ha sido editada completa por Welfer. Ejemplos en Wernsdorf y Meyer.

a un dulce hálito a quien en mi siglo escribe y poetiza". El artista fué llamado del destierro;[63] acaso el prefecto urbano de Roma del mismo nombre que aparece por los años 329 y 333 sea el mismo poeta. Podríamos haber pasado por alto esta anécdota si no revelara el gusto personal del emperador.

Con la irrupción del cristianismo en la poesía antigua no se gana tanto como podría figurarse. Los relatos bíblicos no se prestan a la elaboración poética como el mito antiguo; éste, en su libre multiformidad, se había convertido a través de la poesía en una revelación constante de lo bello; los relatos de la Biblia, por el contrario, se entregan a la poesía como algo fijo y acabado cuya ornamentación épico-plástica hubiera sido peligrosa en el aspecto dogmático. De aquí la sequedad de las armonías evangélicas en verso, empezando por las del español Juvencio (329). Lejos de compensar esto el elemento declamatorio, revela demasiado la propensión retórica de los poetas cristianos de entonces. El más importante entre ellos, Prudencio (hacia el 400), español también, ofrece buenos y hasta líricos pasajes de este género y en sus poesías de los mártires *(Peristephanon)* se mueve con una libertad épica mayor que la que pudieran permitir los temas puramente bíblicos; pero, en conjunto, su poesía produce una impresión retórica. Sin embargo, algunos excelentes himnos de él y de su coetáno Ambrosio, pasan por ser, con razón, el germen de toda la lírica cristiana. El predominio del acento sobre la cantidad, que aparece por primera vez sin restricción alguna, significa un tránsito exterior pero de todos modos sorprendente hacia la poesía medieval, que más tarde sabrá insuflar al latín anquilosado una nueva alma.

Pero dominaba la retórica. A ella estaba encomendada la educación.[64] De las llamadas siete artes liberales, gramática, retórica, dialéctica, aritmética, música, geometría y astronomía, que habían constituído antes la educación de los jóvenes distinguidos, las tres

[63] Hieron., *Chron.* (equivocadamente) del año 332.

[64] Cf. Westermann, *Geschichte der Beredsamkeit.* — Krause, *Geschichte der Erziehung,* etc., *bei den Griechen, Etrusken und Roemern.*

primeras seguían manteniendo este lugar, mientras que las otras cuatro se habían convertido, por acumulación de la materia, en ramas especiales de la instrucción. A las primeras se juntó en la época imperial lo que todavía quedaba vivo de la filosofía y también los prácticos del derecho consideraban las escuelas de los retóricos como su principal institución de enseñanza. Nos es difícil hacernos una idea de la extensión e importancia de todo este negocio. Era imprescindible en la vida diaria la expresión fácil y rica, y el triunfo máximo lo representaba un buen discurso.[65] Toda ciudad importante se preocupaba por contar con uno o varios retóricos de valor; en Roma los griegos disputaban a los nativos el primer puesto; encontramos institutos propios de estas disciplinas en Francia: Marsella, Narbona, Tolosa, Burdeos, Autun, Tréveris y Reims; España: Córdoba; Africa: Cartago, Sicca, Madaura, etc.; en Grecia y en el próximo Oriente los "sofistas" eran a menudo los personajes más importantes de la ciudad, pues además de realizar su cometido pedagógico fungían, en cada ocasión, como partidarios de una determinada secta filosófica, como abogados, como oradores públicos.[66] No pocas veces se dedicaban a estas tareas gentes muy ricas y venían a ser figuras tan importantes como lo permitía un régimen como el romano. Finalmente, el estado se decidió a tomar a su cargo, en ocasiones, la educación superior, abandonada hasta entonces a las ciudades y a los particulares, nombrando al efecto, según el rango de la ciudad, más o menos sofistas; pero las disposiciones de este género que encontramos a partir de Adriano y Antonino Pío difícilmente han podido mantenerse en vigor durante mucho tiempo. Todavía Constantino confirma a los profesores oficiales y a los médicos, también muy privilegiados, junto con sus familias, la exención de cargos y servicios

[65] Símaco, *Ep.* I, 96: *Vetus sententia est, artes honore nutriri; quis autem tam cumulatus honor quam palma dicendi?*

[66] Sobre los sofistas del Imperio véase las exposiciones detalladas de Rohde, *Der griechische Roman*, pp. 288 *ss.*, su obscurecimiento relativo en el siglo tercero y su nuevo florecimiento en el siglo cuarto, pp. 358 *ss.* Renunciamos a más citas, porque, en tal caso, tendríamos que recoger directamente una gran parte de esta sección.

engorrosos, es decir, el temido decurionato y el servicio militar.[67] El mismo, como veremos después, era gran aficionado a la retórica, cosa que se celebra también de una serie de antecesores suyos hasta Numeriano. Pero no parece que en estas materias su gusto fuera mejor que en las poéticas. Todo lo que, a partir de Diocleciano, sale del gabinete imperial, epístolas, edictos y leyes, ofrece un carácter torpe y recargado; los emperadores solían nombrar secretarios y otros importantes funcionarios de la corte de entre los retóricos[68] y pronto se debieron fijar más en los talentos prácticos que en el estilo. De todos modos, Eumenio, secretario de Cloro, figuraría como una excepción digna de nota.

¿Es que la Antigüedad no ha sobreestimado la retórica y el estilo? ¿No hubiera sido mejor llenar las cabezas de los muchachos con conocimientos reales y útiles? La respuesta es que ya no estamos en disposición de decidir sobre el asunto, pues ni al hablar ni al escribir nos cuidamos de la forma y de entre cien personas instruídas apenas si una tiene idea de cómo se construyen los períodos. La retórica con sus ciencias afines representaba para los antiguos el complemento imprescindible de su bella y libre existencia, de su arte, de su poesía. Nuestra vida actual posee, acaso, principios y metas superiores, pero es descompasada e inarmónica; lo más bello y delicado convive junto a lo más bárbaro; nuestras múltiples ocupaciones no nos dejan tiempo para sentirnos heridos.

Basta una ojeada a los manuales de la retórica tardía[69] para que nos sintamos profundamente avergonzados. Estas obras de un Rutilio Lupo, Aquila, Rufiniano, Fortunatiano, Rufino, etc., no son, en parte, producciones genuinamente romanas sino, acaso, recensiones premiosas de modelos griegos, desde Gorgias y Aristóteles, pero, con todo, muestran a qué altura se mantenía todavía la retórica en la época imperial más tardía. No sólo ocurre que todo modo sintác-

[67] *Cod. Theodos.* XIII, 3, Leyes del año 321, 326 y 333.
[68] *Panegyr.* IV (Eumen, *pro Schol. rest.)*, cap. 5. — *Panegyr.* VII (Eumen, Constantino), cap. 23.
[69] *Antiqui Rhetores latini,* ed. Capperonnerius, Argentorati 1796.

tico, toda figura del lenguaje, todas las artes de la construcción —que sin la ayuda de los antiguos no conoceríamos siquiera de nombre y que en nuestras actuales manuales apenas si utilizamos ni en una décima parte— reciben en estos sistemas su nombre y lugar apropiados sino que tratan también detalladamente sobre los géneros del estilo retórico, sobre la construcción y desarrollo del discurso. Una idea, por ejemplo, de la extraordinaria finura de oído en aquellos días nos puede dar el hecho de que existe una teoría minuciosa (en Rufino) que distribuye las diferencias métricas de las palabras, imperceptibles para nosotros, entre las diversas partes de la oración, entradas, salidas, etc.; era una cuestión importante saber en qué casos una frase tenía que comenzar anapésticamente, espondéicamente, etc. El arte de hablar y de presentarse en general (en Fortunatiano) cierra toda esta disciplina y nos da a conocer, una vez más, que nuestra manera retórica no es más que puro naturalismo y que la belleza se logra en forma inconsciente y por dotes personales. Cada movimiento de la mano, cada disposición de la toga tenía su norma; lo mismo que el escultor, el orador sabía que no se pueden extender al mismo tiempo el pie y el brazo del mismo lado y cosas semejantes. Sólo así fué posible convertir el arte retórica en un virtuosismo que abarcaba al hombre íntegro.

Pero el inconveniente de éste como de todo virtuosismo fué la creciente indiferencia por el contenido, y la vanidad personal. Los sofistas griegos de la primera época imperial, tal como los retrata Filostrato, se exhiben con los temas que ya indicamos en una forma fanfarrona peculiar, y se dejan agasajar poco más o menos como los músicos actuales, que tanto se les parecen en sus pretensiones. No corresponde a este lugar mostrar cómo también en el Occidente la elocuencia política desembocó en el panegírico y la elocuencia forense fué empeorando cada vez más. De la época de Diocleciano y Constantino, los panegíricos de emperadores y Césares de que hemos venido hablando acaso sean lo mejor; les sirven de compensación los edictos de la misma época con su pésima redacción.

Entre los cristianos el estilo había sido hasta ahora cosa secundaria;[70] sólo unas décadas después comenzará la serie de famosos predicadores en los que el nuevo contenido se revestirá, por fin, con la forma tradicional, pero cambiada. Hubo que superar un notable dualismo, pues la veneración por el estilo clásico iba emparejada con la prevención por las referencias paganas, y el apego por el lenguaje bíblico, a su vez, con la conciencia de su impureza. Este dualismo se resuelve en San Jerónimo con una espantosa visión soñada en la que el Juez del mundo le quería condenar por ser un *ciceronianus, non christianus.*[71]

Pero para los paganos, y también para muchos cristianos, la retórica fué algo vital durante el siglo cuarto. Algunas regiones, como las Galias y el Africa, se jactaban de poseer ciertas peculiaridades de estilo[72] y los retóricos se contaban entre sus gentes más distinguidas. En los países griegos los sofistas trataban de mantener a todo precio el puesto que habían disfrutado en la época de los Antoninos.[73] Pero como al mismo tiempo funcionaban como filósofos y milagreros neoplatónicos, su historiador Eunapio ha dedicado menos atención a sus actividades retóricas; lo más que hace es describirnos su vitola exterior y admirar sus pretensiones. En la última sección del libro nos ocuparemos de Atenas y en esta ocasión sólo nos referiremos a la competencia inevitable entre los sofistas paganos y los predicadores cristianos. La lucha, a la larga, fué demasiado desigual, teniendo en cuenta la participación pública. Pero no todos los retóricos se consolarían con el dicho de Temistio:[74] "Las palabras de los filósofos no valen menos porque se pronuncien solitariamente debajo de un plátano y no las escuchen más que las cigarras."

[70] La clase de erudición de algunos obispos cristianos véase en Euseb., *Hist. eccl.* VII, 32 *ss.*

[71] S. Hieronym. *Ep.* 22 ad. Eustoch., cap. 29. Cf. *Ep.* 70.

[72] Símaco, *Ep.* IX, 88.

[73] Eunapio tenía la convicción de que el linaje de los grandes filósofos llega únicamente hasta Septimio Severo (*Vet. ed.*, p. 11), lo que no le impide adorar a los filósofos de épocas más modernas.

[74] Themisti, Βασανιστής.

Aunque en casi todo lo que se nos conserva del siglo cuarto se trasluce la decadencia en la forma rebuscada y retorcida, en la acumulación de sentencias, en el abuso de metáforas hasta para lo sencillo y cotidiano, en la hinchazón para lo moderno y la artificiosa sequedad para lo antiguo, sin embargo, algunos escritores brillan todavía con un destello de la época clásica. Muestran una necesidad de estilo artístico, cosa que, por lo general, nos es ajena; que esto se dé de manera consciente y rebuscada es culpa de la época decadente, que se sentía a sí misma y a su educación como algo secundario y derivado, y que imitaba medrosamente los grandes modelos. No cabe subestimar a escritores como, por ejemplo, Libanio y Símaco, que convierten cada epístola en una pequeña obra de arte, aunque se den demasiada importancia y piensen más en el público lector que en el destinatario, como en tiempos de Plinio y otros. Por lo demás, Símaco sabía muy bien que ya habían pasado los días de Cicerón para el género epistolar.[75]

¿Es que la decadencia formal de la poesía y de la representación plástica significa siempre en un pueblo una decadencia nacional? ¿No se trata de flores que han de caer antes de que pueda madurar un fruto? ¿No puede, acaso, entrar lo verdadero en lugar de lo bello? ¿Lo útil en lugar de lo agradable?

Quede sin respuesta la cuestión general, que acaso no sea posible reducir a una disyunción de este género. Pero quienquiera se haya asomado a la antigüedad clásica, aunque sea en su hora vespertina, siente que junto a la belleza y la libertad fué pereciendo también la verdadera vida antigua, la parte más noble del genio nacional, y que la ortodoxia retorizante, lo único que quedó del mundo griego, sólo puede pasar como una decantación muerta de la admirable existencia de otros tiempos.

[75] Símaco, *Ep.* II, 35. Otros pasajes extraños sobre la epistolografía I, 45; IV, 28; V, 86; VII, 9.

SECCION OCTAVA

LA PERSECUCION DE LOS CRISTIANOS. CONSTANTINO Y EL DERECHO AL TRONO

EN MEDIO de las circunstancias más claras, históricamente conocidas, surge a veces un hecho de la mayor importancia cuyas razones más hondas se escapan a la atención del curioso. Un hecho semejante lo tenemos en la gran persecución de los cristianos por Diocleciano, la última guerra de exterminio del paganismo contra el cristianismo. A primera vista nada parece extraño; muchos fueron los predecesores de Diocleciano en el trono del mundo que habían pretendido, también, aniquilar a los cristianos, y de un pagano tan celoso y tan tradicionalista como él era apenas si se podía esperar otra cosa. Pero la cuestión cobra un aspecto bien diferente si tenemos en cuenta las circunstancias. Desde los tiempos de Galieno, es decir, hacía más de cuarenta años, habían cesado las persecuciones de cristianos y dentro de ese período caen los primeros dieciocho años del régimen de Diocleciano. Después que hubo perseguido a los maniqueos con el fuego (296) dejó en paz a los cristianos durante siete años. Parece que su esposa Prisca y su hija Valeria simpatizaban con los cristianos; hasta toleró que en torno a su sagrada persona[1] se movieran pajes y mayordomos cristianos a los que trataba como un padre; ante sus propios ojos, las gentes de la corte podían entregarse a las prácticas cristianas con sus familias; algunos cristianos, enviados por él en calidad de gobernadores a las provincias, fueron dispensados de los sacrificios solemnes vinculados a estos puestos. Con esta segu-

[1] Euseb., *Hist. eccl.* VIII, 1 y 6. Lo mencionado es dicho en relación a todos los regentes en general, sin distinción; sin embargo, es comprensible que el emperador máximo diera aquí el tono, como en todas las demás cosas.

ridad, la comunidad cristiana, prosperó mucho, hasta el punto que ya no bastaban los antiguos centros de reunión. Por todas partes hubo que edificar nuevos centros; en las grandes ciudades se alzaron sin reparo magníficas iglesias. De haber abrigado el gobierno la menor idea de una futura persecución no hubiera permitido que los cristianos fueran cobrando poder en el estado sin resistencia. Acaso se dirá que sólo más tarde, y poco a poco, se percató Diocleciano de que el cristianismo, caso de ser tolerado, habría de afanarse por la hegemonía,[2] pero el emperador no era un hombre tan ligero. Me parece imposible que la persecución surgiera sin un motivo especial si partimos de su tolerancia inicial o paulatina. Para ponderar el juicio tenemos que partir del supuesto de que se trata de uno de los emperadores romanos más grandes, uno de los salvadores del Imperio y de la civilización, el crítico más penetrante de su época, cuya fama política sería muy otra de haber fallecido en el año 302. "Era un hombre extraordinario, sagaz, celoso por el estado, celoso por los suyos, bien equipado para afrontar cualquier empresa, insondable siempre en sus pensamientos, algunas veces equivocado pero, por lo demás, precavido; dominaba los movimientos de su ánimo inquieto con una tenacidad poderosa."[3] Se trata de ver si la acción que empaña tan ilustre memoria fué la explosión de una crueldad y brutalidad congénitas, una consecuencia de la superstición que hemos descrito antes, una lamentable concesión a los corregentes, tan inferiores a él, o si, por el contrario, no se encontrará el historiador ante el deber de buscar una explicación que le libre de todas estas alternativas. Los cristianos han llenado de maldiciones el nombre de Diocleciano; tampoco los paganos de educación greco-romana le podían ser muy afectos, pues introdujo el orientalismo en la vida política y social; pero los únicos historiadores que probablemente ofre-

[2] La posición del poder de los cristianos frente al imperio pagano ha sido bien expuesta aunque de un modo un poco majestuoso por Preuss en su obra *Kaiser Diocletian*, pp. 136 *ss.* — Ya hablaremos antes de las diversas hipótesis sobre su número.

[3] *Hist. Aug.* Numerian., cap. 13. Probablemente el juicio más coherente sobre el carácter de Diocleciano.

cían un trasunto fiel —Amiano y Zósimo— nos han llegado incompletos en este punto, acaso por tal razón. En estas circunstancias es completamente ocioso tratar de sonsacar a las fuentes de que disponemos lo esencial del asunto.

El testimonio que suele servir generalmente, a saber, la obra de Lactancio *De mortibus persecutorum*, comienza[4] con una falsedad notoria. Una importante inspección de entrañas en presencia del emperador es perturbada porque los cortesanos cristianos hacen la señal de la cruz[5] y expulsan de esta suerte a los demonios; se repite en vano el sacrificio, hasta que el presidente de los arúspices presume la causa y la denuncia. Furioso Diocleciano, exige el sacrificio a los ídolos de todos los cortesanos y hasta extiende la orden al ejército, bajo amenaza de expulsión, y ahí quedaron las cosas por el momento. Esta leyenda se apoya en la opinión, desmentida suficientemente por Eusebio, de que el emperador ignoraba que tenía cristianos a su alrededor y que no los toleraba. Lo más probable es que los mayordomos y pajes cristianos no tuvieran que estar presentes en los sacrificios y, de estarlo, se comportaran en forma conveniente;[6] una escena como la descrita o debiera ya de haber ocurrido mucho antes, por ejemplo, en su ascención al trono, o es totalmente imposible. Las convicciones paganas del emperador, que toleró durante dieciocho años la existencia y el poder de los cristianos, no pudieron ser el motivo decisivo de la persecución, aunque sabemos lo serias que eran esas convicciones.

La segunda falsedad del relato la tenemos en la medrosa dejación que hace Diocleciano frente a Galerio, quien (procedente probablemente del Danubio) había llegado a Nicomedia para convencerle de la necesidad de la persecución; por su parte, Galerio habría sido acuciado por su madre Rómula. Era ésta una celosa

[4] *De mortibus persecutorum*, cap. 10 *ss.* — Las muy dudosas manifestaciones atribuídas a Constantino, Euseb., *Vita* C. II, 50 *s.*

[5] O sujetaron a sus frentes verdaderas cruces, según se explique.

[6] Su principio en estas cosas se refleja claramente en la ley contra los maniqueos: *Neque reprehendi a nova vetus religio debet.* La polémica tiene que callar.

servidora de la Magna Mater (que en la fuente es designada como diosa de la montaña) y tomó muy a mal que los cristianos de la localidad no quisieran participar, como los paganos, en sus sacrificios diarios. Todo este cuento que pretende hacernos creer que ese gran hecho se explicaría por el humor de una mujer fanática se desvanece pensando que Diocleciano no temía en modo alguno a Galerio y que el autor es víctima de los errores más groseros en lo tocante al carácter del príncipe.[7] Tampoco podemos admitir las pretendidas entrevistas que habrían tenido lugar en el invierno del 302 al 303 en Nicomedia, pues el autor se nos revela en otro lugar como muy aficionado a las ficciones dramáticas. Trata de presentarnos a Diocleciano como resistiéndose y siendo el más sensato, para concentrar así todo el odio contra el espantoso Galerio. "Después que estuvieron discutiendo todo el invierno, sin que se admitiera a nadie,[8] creyendo todo el mundo que anduvieron tratando de negocios del estado, el viejo se resistió largo tiempo a la furia de su colega, haciéndole ver cuán peligroso sería poner en agitación el mundo y derramar sangre en abundancia. Los cristianos morían a gusto.[9] Bastaría con que desistieran los cortesanos y los soldados de esta religión. Pero Galerio se mantuvo firme y Diocleciano convocó un consejo secreto de juristas y oficiales para decidir sobre la cuestión de la persecución. Pues este era su estilo, que cuando se trataba de medidas odiosas se dejaba aconsejar para que la responsabilidad cayera sobre sus consejeros mientras que las buenas medidas las hacía sin consejo alguno para acaparar todas las alabanzas." Pero por todo lo que sabemos de Diocleciano semejante manera de proceder es totalmente inverosímil.

[7] Así, con ocasión de la guerra persa, se dice de Diocleciano *in omni tumultu meticulosus animique disiectus,* cuando mató a Aper delante del tribunal y mandó personalmente las batallas más terribles. Un hombre indeciso hubiera aguardado probablemente, en el año 303, el término próximo de los 20 años de gobierno y la abdicación para dejar la terrible empresa contra los cristianos en manos de nuevos emperadores y Césares.

[8] Lo que incita a preguntar de dónde conocía el autor estas negociaciones.

[9] Los pasajes fuertes de los apologistas acerca de la fuerza rejuvenecedora de los martirios, en Lasaulx, *Der Untergang des Hellenismus,* pp. 14 *s.*

La idea señorial que le inspira nada tiene que ver con la distinción popular entre lo agradable y lo odioso y toma la responsabilidad aun de aquello que otros ejecutan, mal o bien, en su nombre. Pues todo lo que ocurriera reconocidamente sin la voluntad del señor, habría de menoscabar su poder, que constituía su primero y último pensamiento. Prosigamos. Una vez que el consejo secreto ha decidido en sentido afirmativo todavía Diocleciano manda, sin necesidad alguna, que se consulte al Apolo Milesio y, naturalmente, obtiene la misma respuesta, pero tampoco cede más que bajo la condición de que no se derrame sangre, mientras que Galerio ardía en deseos de quemar vivos a los cristianos. Pero acabamos de escuchar de labios de Diocleciano que preveía un gran número de martirios y él mejor que nadie podía saber que, o había que dejar tranquilos a los cristianos, o, de combatirlos, se tenía que recurrir a los medios más extremados, así que resultaba una insensatez poner como condición un proceder incruento.

De esta clase es, pues, la única descripción congruente de la gran catástrofe. Lactancio estaba por entonces en Nicomedia y nos pudo haber transmitido, si no las negociaciones secretas, por lo menos el curso esencial de los sucesos; su obra nos es imprescindible para muchos detalles en la medida en que puede serlo un escrito tan partidista.

Eusebio considera oportuno no decir una palabra de los motivos especiales de la persecución. Aurelio Victor, Rufo Festo, Eutropio y otros ni siquiera la mencionan.

Diocleciano no puede defenderse; sus edictos han desaparecido y los consejos secretos bien pudieron haber sido, precisamente, lo contrario de lo que se dice de ellos.

En esta situación son legítimas las hipótesis, con tal que no se apoyen en el aire sino que traten de aferrarse a los vestigios existentes y se acomoden al carácter de la época y de los actores.

En primer lugar se puede presumir que los regentes, como varios de sus antecesores, tuvieron que ceder al odio popular contra los cristianos. Pero semejante cosa no se manifiesta ni una vez en el

curso de los acontecimientos y el poder del estado era lo bastante fuerte para no tener que plegarse a tales sugestiones. Cierto que una vez, en los juegos del Circo Máximo de Roma, se le hizo oír a Maximiano diez y doce veces aquel grito de *Christiani tollantur! Christiani non sint!* pero, probablemente, esto ocurría cuando hacía tiempo que la persecución estaba en marcha[10] y demostraciones de este género no querían decir gran cosa.

O también se podría suponer que los sacerdotes paganos exigieron bruscamente la persecución y que el emperador se convenció de su necesidad por cualquier razón supersticiosa. Diocleciano, a pesar de todo su talento, se encuentra en este aspecto lo bastante prisionero para poder dar acogida a negras insinuaciones; en todo caso, no se podría demostrar lo contrario. Pero de haber sucedido así, se nos hubiera nombrado a algunos sacerdotes poderosos, y la sola mención[11] del gobernador Hierocles de Bitinia (del que, por otra parte, sabemos que era un celoso neoplatónico) entre los incitadores y cooperadores no es suficiente.

¿O estuvo en juego, acaso, su moral privada? En esto no era indiferente; la aruspicina, que tenía que presagiarle constantemente el futuro y el destino, no le había alejado, sin embargo, de la moralidad. Si hay en esto una inconsecuencia se trata de una inconsecuencia honorable; por otra parte, esta mezcla de puntos de vista no es exclusiva de él sino común, como vimos, a los mejores del siglo tercero, en los que la creencia en la inmortalidad si no había logrado conciliar el fatalismo y la moral por lo menos los había obligado a convivir. La vida privada del emperador no ofrece ningún blanco ni aun a la crítica de los escrupulosos cristianos y por eso poseía también un derecho personal para poder proclamar al estado protector de la

[10] Hunziker, *Zur Regierung und Christenverfolgung Diocletian's* (impreso en la obra de Büdinger, *Untersuchungen zur römischen Kaisergeschichte,* vol. II), pp. 189 *ss.*, tomado de la *Passio S. Sabini.*

[11] *De mort. persec.*, cap. 16. — Cf. Keim, *Der Uebertritt Constantin's,* pp. 73 *ss.*, donde están recogidas las noticias sobre Hierocles, y otras influencias neoplatónicas sobre los gobernantes de esta época. — Sobre Hierocles véase también Preuss, p. 143.

moralidad pública. Así lo hizo, por ejemplo, en la ley matrimonial del año 295, con expresiones muy claras: "Los dioses inmortales seguirán siendo, como hasta ahora, propicios al nombre romano, si nos cuidamos nosotros de que todos nuestros súbditos lleven una vida piadosa, tranquila y moral... La magnificencia de Roma ha llegado a tal altura con el favor de los dioses[12] porque una vida piadosa y casta formó la clave de toda la legislación, etc." ¿Es que acaso dieron los cristianos algún motivo de índole moral?

Sabido es que en los siglos I y II andaban en lenguas entre los romanos los espantosos excesos que tenían lugar con ocasión del culto cristiano. Pero esto ya no puede servirnos, pues hacía tiempo que se habían acallado estos rumores[13] y el mismo Diocleciano, que todos los días veía en la corte a muchos cristianos, en ningún momento pudo haber prestado oídos a tales maledicencias.

Pero otra cosa ocurre con las lamentaciones de Eusebio [14] sobre la corrupción interna de las comunidades cristianas, inmediatamente antes de la persecución, pues gran cantidad de gentes indignas habían entrado en la iglesia y hasta se habían apoderado de las sillas episcopales. Entre los males menciona, sobre todo, las disputas entre los obispos y entre las diversas comunidades, la hipocresía y la simulación, la incredulidad, casi atea, las maldades (κακίας) y las riñas, envidias, odios y ansias de poder de los clérigos.

Pero nada de esto llega a la categoría de inmoralidades como aquéllas que el estado se creía en el deber de perseguir y que encontraba en grande entre los paganos. Pero, cosa sorprendente, uno de los pocos documentos paganos conservados, el edicto de revocación de Galerio,[15] del año 311, parece darnos a entender como motivo principal de la persecución las múltiples y graves disensiones entre los cristianos. Habían abandonado la fe de sus mayores y constituído sectas; por esto se les ordenó que volvieran a las costumbres de los

[12] Textualmente *Quoniam (maiestas rom.) omnes leges suas religione sapienti pudorisque observatione devinxit.*
[13] Acerca de esto una declaración formal en Euseb., *Hist. eccl.* IV, 7.
[14] Euseb., *Hist. eccl.* VIII, 1.
[15] *De mort. persec.*, cap. 34. En griego en Euseb., *H. e.*, VIII, 17.

antepasados, etc. Cierto que en este documento cada palabra es tan señaladamente desmañada y equívoca que la mayoría de los intérpretes pudieron entender con las palabras "mayores" y "antepasados" a los mismos paganos, pero otras varias expresiones parecen reprochar a los cristianos el haberse desviado de sus propios principios. Se dice en ese documento: "Vimos que ni rindieron el debido culto a los dioses ni honraron tampoco al dios de los cristianos." Esto nos haría recordar los principios que inspiraron al partido católico en la Guerra de los Treinta Años y según los cuales se creía estar en el mismo terreno jurídico que los luteranos, mientras que se aborrecía a los calvinistas como a una secta contraria.

Pero tampoco esta pista parece muy segura. Es imposible que las rencillas y divisiones entre los cristianos fueran de tal consideración que el estado se viera en la necesidad de acabar con todas las comunidades. En cuanto pensaran un poco, nada podían desear mejor los paganos celosos que la continuación de este proceso de disolución, que entregaba a los cristianos a su poder.

¿Qué explicación nos queda entonces? Creo que jugó un gran papel un importante acontecimiento personal cuyas huellas se han hecho desaparecer luego con el mayor celo. Una inscripción en honor de Diocleciano[16] achaca a los cristianos que pretendían derrocar el estado, *rempublicam evertebant,* expresión que, en tal forma, parece carecer de valor pero que muy bien puede encerrar un núcleo de verdad. ¿Trataron acaso los cristianos, en la sensación que tenían de su expansión creciente, de apoderarse de la dignidad imperial?

Tal cosa podía ocurrir muy bien por vía pacífica, convirtiendo al mismo Diocleciano. Y que algo semejante se trató, casi se puede demostrar con rigor. Se conserva una carta que un obispo, Theonas, dirige a un mayordomo cristiano, de nombre Luciano,[17] con indica-

[16] Gruter, p. 280, N. 3. — En Muratori, t. III, p. 1797, esta inscripción se encuentra con algunas parecidas, sólo que mucho más sospechosas, de Ascoli, entre las no auténticas.

[17] Impreso en d'Achery, *Spicilegium, etc.,* vol. III, p. 297. — Cf. Neander, *Allgemeine Geschichte der christlichen Religion und Kirche,* II edición, vol. I, p. 244.

ciones acerca de la conducta procedente en la corte de un emperador pagano y, según la opinión general, alude a Diocleciano. Luciano ha trabajado ya mucho en su medio y ha convertido a muchos que habían ingresado en el servicio de la corte siendo todavía paganos; así, se han convertido al cristianismo los inspectores del tesoro y del guardarropa imperial; y le parece a Theonas que sería muy importante que, por ejemplo, un mayordomo cristiano se encargara de la biblioteca del emperador y, con ocasión de conversaciones literarias,[18] fuera persuadiéndole con cautela de la verdad de la religión cristiana. Probablemente, la seriedad y el carácter moral del gran príncipe hacía gran impresión en los cristianos, y se darían cuenta de que, ahora, con el enorme incremento de poder que suponían las victorias sobre los bárbaros y los usurpadores y la reorganización de todo el régimen interno, la conversión del emperador sería de más peso que nunca; pero apenas si hace falta decir que, con un pagano de la calidad de Diocleciano, eran vanos todos los intentos de este género.

Pero consideremos cómo comenzó la persecución. Eusebio y Lactancio[19] coinciden en decirnos que, cierto tiempo antes de que se tomaran las grandes medidas, los cristianos habían sido expulsados del ejército. Ya en el año 298,[20] o quizá antes, tiene lugar una depuración en la cual se da a elegir a los soldados cristianos entre hacerse paganos y conservar sus cargos o perder éstos, alternativa en la que la mayoría prefiere lo último sin titubear; a algunos la decisión debió de costarles la vida. Es claro que no se tomaría tal medida muy a gusto, pues los buenos soldados y oficiales significaban entonces el mejor tesoro del Imperio. Podríamos, además, suponer que esta depuración del ejército no obedeció a un motivo religioso sino,

[18] Diocleciano no era tan inculto como lo describe Gibbon, cap. XIII (segundo vol. p. 144); para su uso, por ejemplo, fué escrita una gran parte de la *Historia Augusta*, y el romano Samonico escribió para él una obra histórica, con el título de "Diversas investigaciones". Cf. Joh. Lydus, *De magistrat.* III, 32.

[19] *De mort. pers.* 10 y Euseb., *Hist. eccl.* VIII, 1 y 4.

[20] Véase Euseb., *Chron. ad. a.* 301, refiriéndose al 298.

principalmente, político, pues en el caso contrario, se pudo haber empezado lo mismo por otras profesiones, por ejemplo, encarcelando de pronto a todos los obispos, como se hizo más tarde. Los emperadores no se sentían ya personalmente seguros entre tropas cristianas, no creían poder contar con su absoluta obediencia en la guerra como en la paz. Cuando se daba como razón la negativa a los sacrificios paganos,[21] no pasaba de ser una excusa, pues durante quince años se había considerado como cosa obvia el servicio militar de los cristianos.[22] Claro que se puede insinuar que los emperadores depuraron el ejército con la intención diabólica de utilizarlo sin dificultades contra los cristianos en la persecución proyectada. Lo contrario es tanto más difícil de demostrar cuanto que no conocemos el tiempo que transcurrió entre la depuración y la persecución. Pero, caso de que transcurrieran algunos años, también se disipa grandemente esta probabilidad. Se pueden proyectar y preparar con gran anticipación acciones sangrientas pero no pueden hacerse preparativos tan claros a la luz del día más que en el momento de la perpetración. En fin de cuentas, se trata de transiciones difícilmente discernibles. Si Diocleciano deseaba disponer de un ejército totalmente pagano, sería por razones de obediencia, y, probablemente, sin pensar demasiado en el empleo eventual de esa fuerza en casos extremos. De todas maneras, es bastante sorprendente que Diocleciano mantuviera toda su corte cristiana hasta una vez desatada la persecución, acaso porque en este terreno es donde más tarde quiso renunciar a una tradicional confianza personal.

[21] Cf. el martirio de Marcelo, en Neander, *ob. cit.*, p. 252. Es de suponer que había cristianos que se negaron a prestar servicios de guerra en general, porque la consideraban como algo malo; sin embargo, se trata de casos excepcionales, muy aislados. — Sobre algunos martirios aislados anteriores al año 303 cf. los resultados críticos en Hunziker, *ob. cit.*, pp. 149 y 261.

[22] El relato del martirio de Maximiliano (en Neander *ob. cit.*, p. 249) contiene una demostración decisiva, a pesar de su carácter negativo, de que a los soldados cristianos no se les obligó hasta entonces a participar en ceremonias paganas. — Cf. también *De mort. persec.* 10.

Confróntese con todo esto lo que Eusebio[23] reconoce a medias y a medias encubre, a saber, que al comienzo de la persecución se produjeron rebeliones en dos lugares, en la comarca capadócica de Melitene y en Siria. La sucesión de los acontecimientos no es muy segura en este autor, pero no tenemos otro a quien recurrir. Ha relatado la publicación del edicto, luego el comienzo de la persecución en Nicomedia y en el mismo palacio imperial; y ha descrito la muerte ejemplar de los pajes y mayordomos cristianos; después nos cuenta el amago de incendio en el palacio y los cristianos asesinados en esta ocasión y cómo son desenterrados los pajes que habían sido ejecutados; llegado a este punto, añade: "Como poco después otros, en la región de Melitene, y otros también en Siria, trataron de hacerse con el poder imperial, se siguió una orden imperial para que se encarcelara a los presidentes de las comunidades y se los aherrojara." Con razón o sin ella, el caso es que se atribuyó a estos intentos usurpatorios un origen cristiano, y se puso mano a los obispos; pero los actores directos debieron de ser, en parte, soldados —sin los cuales no podemos figurarnos en esta época ninguna usurpación— y, tratándose de soldados cristianos, quienes estaban ya fuera

[23] *Hist. eccl.* VIII, 6, que Valesio, puso sin razón, en relación con varios pasajes de los discursos del Libanio, comprendidos todos en el primer volumen de la edición de Reiske, pp. 323 *s.*, 644, 660 *s.* En estos discursos se habla, de un modo algo obscuro, de disturbios producidos en Antioquía bajo el reinado de Diocleciano, que probablemente se extienden a todo un año. Un tribuno de nombre Eugenio, que tuvo a su cargo al mando de 500 soldados la limpieza del puerto de la cercana Seleucia, no pudo resistir a su propia tentación y a las insinuaciones amenazadoras de sus soldados, y tomó por asalto la desprevenida Antioquía. Vestido con el manto de púrpura de un ídolo, sorprende con su pandilla de borrachos y salvajes a la ciudad, pero al día siguiente él y todas sus tropas fueron aniquilados por los habitantes. Las autoridades, que se habían mostrado débiles, fueron objeto de severas investigaciones criminales. Como éstas afectaron también a la familia pagana de Libanio, y éste no alude lo más mínimo a partidos religiosos, podemos suponer que los disturbios sirios de que habla Euseb. fueron cosa muy distinta, y más aún los de Capadocia. — Sobre los últimos existen relatos posteriores (Hunziker, *ob. cit.*, p. 174, notas), según los cuales sólo después del edicto "toda la Gran Armenia y la Capadocia" se habían preparado para la separación. Pero esto presupone un estado de ánimo previo poco tranquilizador.

de servicio. Se puede objetar que tales usurpaciones surgieron por la desesperación causada por la ordenada persecución, pero con la misma verosimilitud podemos sostener que muy bien pudo tener noticia el emperador de la agitación reinante entre los soldados expulsados. Si las referencias de Eusebio concernieran a épocas y acontecimientos que nos interesaran sólo científicamente y, por lo demás, nos fueran indiferentes, sin duda que la crítica concedería sin dificultad que los emperadores se encontraron en este caso con una hostilidad política armada y que la combatieron.

Finalmente el contenido del edicto, en la medida que lo conocemos, no se encamina a la aniquilación de los cristianos sino a su degradación total, con la cual se les quería forzar a la apostasía. Se prohibirían sus reuniones religiosas, se demolerían sus iglesias y se quemarían sus libros sagrados; los que poseyeran dignidades y puestos de honor se verían privados de ellos; se aplicaría el tormento en el proceso judicial contra los cristianos de todas las clases; les serían negados los beneficios del derecho común y los esclavos cristianos no podrían ser emancipados mientras fueran cristianos.[24] Estas fueron, poco más o menos, las medidas que se hicieron públicas el 24 de febrero del año 303, primero en Nicomedia, residencia de Diocleciano y Galerio, y luego en todo el Imperio.

Ya el día anterior, que correspondía a la fiesta de las Terminalias, había comenzado la persecución en Nicomedia, pues el prefecto de la guardia, acompañado de oficiales y funcionarios, ordenó a sus pretorianos el saqueo y la demolición de la gran iglesia.[25]

Después de la publicación del edicto cayó como primera víctima un cristiano de nota, que rasgó el edicto mientras hacía el comentario irónico de que otra vez se volvían a anunciar victorias de godos y sármatas. Fué quemado. Semejante resistencia no tendría

[24] El texto del edicto no lo conocemos. — Sobre su contenido según Eusebio y Lactancio cf. Hunziker, *ob. cit.*, p. 163.

[25] *De mort. persec.*, cap. 12. Se puede leer cómo los dos regentes discutían en palacio si la iglesia debía ser destruída por fuego o por otros medios.

sentido si no suponemos que en aquellos críticos momentos había una secreta esperanza de una resistencia general.

Se nos informa luego de la cruel tortura y ejecución de varios pajes y funcionarios de palacio, entre los que se menciona a Pedro, Doroteo y Gorgonio. Eusebio nos dice, brevemente, que padecieron por causa de su fe, pero por esta sola razón la ley se hubiera contentado con su degradación. ¿A qué se debe esta crueldad con gentes que, a pesar de ser conocidas como cristianas, habían sido tratados por el emperador como hijos de la casa? Los emperadores creían, sin duda, hallarse en presencia de un complot.

Entre tanto, por dos veces estalla el incendio en el palacio de Nicomedia. Según Lactancio, el mismo Galerio lo habría provocado para echar la culpa a los cristianos, que se habían entendido con los eunucos, y Diocleciano, que se creía, por lo demás, tan sagaz, lejos de sospechar la trampa se entrega a una furia salvaje contra los cristianos. De nada nos sirve en este punto una obra tan tendenciosa, pero quien estudie la historia de Diocleciano se convencerá de que, llegado un caso semejante, habría dado con el engaño. El fuego estalló en la parte del palacio donde habitaba Diocleciano; ahora bien, Galerio hubiera sido el último en atreverse a tanto. Todo nos mueve a sospechar que los culpables[26] eran cortesanos cristianos, que se sentían amenazados, aunque su intención bien pudo limitarse a intimidar supersticiosamente al emperador y no a matarlo. En la forma más torpe, Constantino, que andaba entonces por Nicomedia, trató más tarde, en una ocasión solemne,[27] de disculpar a todo el mundo, sosteniendo que había sido el rayo el que había provocado el incendio, como si un incendio de esta clase no se distinguiera muy bien de cualquier otro. Los dos emperadores estaban convencidos de la culpabilidad de los cristianos y la instrucción criminal en palacio tomó un giro muy sangriento. "Fueron matados también los

[26] Cf. Hunziker, *ob. cit.*, p. 168.

[27] En el discurso *Ad. Sanctorum coetum,* inspirado directamente pero no redactado por él, cap. 25; de una época, por cierto, en la que nadie osaba contradecirle, dijera lo que dijera. — Euseb. *(H. e.* VIII) no conoce la causa del incendio.

eunucos más poderosos, que en otro tiempo habían mandado en palacio y en los emperadores." Nada de extraño que, bajo la impresión de este incidente, se empezara a aplicar el edicto general con el máximo rigor y se lo completara con otras medidas.

Poco después ocurren las citadas rebeliones cristianas en Oriente, que trajeron como consecuencia el segundo edicto, con la orden de detención contra los que presidían las comunidades cristianas.

Acaso sienta el lector cierto malestar por el sesgo que llevan estas conjeturas. ¿No sería injusto inferir de la persecución una culpabilidad? Así procedió el partido fanático en Francia en 1572 y así también en la Valtelina, en 1620; para justificar sus espantosas matanzas, le inventan al vencido enemigo un complot sangriento al que hubo necesidad de adelantarse.

Pero tenemos que decir, en primer lugar, que nadie habla aquí de un complot cristiano general contra los emperadores o contra el pueblo pagano. Lo supuesto por nosotros se limita, poco más o menos, a lo siguiente: algunos, quizá muy pocos, cortesanos cristianos y algunos generales cristianos de las provincias, creerían que con un golpe de mano podrían poner el Imperio en manos cristianas o amigas de los cristianos y acaso con la intención de respetar las vidas de los emperadores.[28] También es posible que, de hecho, Galerio tuviera noticias de lo que se tramaba antes que Diocleciano y que éste se dejara convencer con dificultad.

En segundo lugar, tampoco se podrá negar que entre los cristianos de entonces había gentes que no repugnaban tanto un golpe de estado. La caracterización que nos ofrece Eusebio habla, a este particular, con bastante claridad. Y, por otra parte, nunca el poder en la tierra ha procedido suavemente cuando se ha sentido en peligro.

La gran desdicha vino de que los emperadores generalizaron el suceso y comenzaron a proceder contra los cristianos como partido comprometido y de que la ley de aquel tiempo manejaba con tanta

[28] Sería una hipótesis seductora, pero más que osada, suponer un acuerdo entre estas gentes y el joven Constantino, que se encontraba entonces en la corte. El odio de Galerio contra Constantino se explicaría más fácilmente.

facilidad el tormento y las penas capitales más crueles. Pero tendríamos que poseer mejores testimonios que pueden serlo, por lo general, las actas de los mártires, para poder enjuiciar con rectitud cada uno de los casos. De todos modos, sabemos que una gran mayoría se decidió, a la larga, a participar en los sacrificios y los últimos edictos de Diocleciano, de los que hablaremos luego, quizás se apoyaban en el supuesto de que ya se había logrado el éxito en conjunto y no había que vencer más que un resto de resistencia. Por otra parte, la entrega de los libros sagrados trataría de sustraer para siempre a los comunidades su respaldo espiritual.

Pero quedaron rescoldos bastantes para mantenerlo todo en agitación. No es misión de este libro describir al detalle el espantoso acontecimiento. Entre los corregentes, el Augusto Maximiano prosiguió con celo la persecución, mientras que el moderado y monoteísta César, Constancio Cloro, parece que se contentó en sus dominios de las Galias y Britania con desmantelar las iglesias;[29] sabemos, por lo menos, que mantuvo cristianos en su corte de Tréveris o de York, en los rangos militares. Pero con tanto mayor rigor se procedió en las otras comarcas del Imperio. De los innumerables tormentos y martirios se trasluce que la investigación correspondió, en parte, a manos torpísimas, pero tampoco podemos olvidar que los jueces creían hallarse en presencia de un proceso político en el que había que sonsacar como quiera las confesiones. Por lo demás, el comportamiento de los funcionarios fué muy diverso. En Africa, donde acaso no contó la sospecha política y se trató, por lo tanto, más que nada de la entrega de los libros sagrados, se dió a entender diversamente a los cristianos que tampoco en esto las cosas iban tan en serio. Pero muchos declararon expresamente que tenían en custodia libros sagrados que no entregarían jamás y sufrieron la muerte por este motivo; otros los en-

[29] Euseb., *H. e.* VIII, 13, no admite ni esto. — España nunca fué regida por Constancio; además, ocurren allí algunos martirios muy conocidos, como el de San Vicente, Santa Eulalia, etc., a los cuales cien años más tarde dedica Prudencio una gran parte de su libro *Peristefano*. En la crónica del Fl. Julio Dexter (ed. Bivarius, Lugd. 1627) se mencionan por decenas los mártires españoles de aquellos años, pero sabemos que tal crónica es una falsificación.

tregaron inmediatamente de dada la orden y fueron estigmatizados más tarde con el nombre de *traditores*. Por todas partes se manifestaban temples muy diferentes, desde la debilidad más cobarde hasta la provocación fanática, y tampoco faltaban magníficos ejemplos de resistencia tranquila y serena. Conocemos en esta ocasión las capas bajas de las comunidades cristianas; había gentes que tenían cuentas con la justicia y querían pagar sus deudas con un martirio cristiano, completamente en el sentido de aquellos millares de ladrones y asesinos que tomaron parte en la primera cruzada; otros debían enormes sumas al estado o tenían grandes deudas privadas, y trataban de sustraerse a esta miseria con la muerte; o abrigaban la esperanza de que, con su aguante en la tortura y en la prisión, incitarían en su favor la ayuda de cristianos ricos; finalmente, había pobres gentes miserables que en las cárceles conocían una vida mejor que fuera, porque los cristianos solían ayudar a sus hermanos prisioneros sin miedo alguno con más de lo necesario. Frente a tales abusos el obispo de Cartago, Mensurio, tuvo el valor de pedir que no fueran honrados como mártires los que buscaban el martirio sin necesidad.

Entre tanto, en poco más de un año, el proceso se había convertido en una verdadera persecución de los cristianos. Después del segundo edicto, que ordenaba la prisión de los clérigos, se decretó un tercero por el cual los encarcelados serían puestos en libertad si sacrificaban y, en caso contrario, serían obligados de todas maneras a sacrificar;[30] tenemos todavía en el año 304 un cuarto edicto, que extendió esa última orden a todos los cristianos e implicaba, de hecho, una pena capital. La persecución prosiguió en Oriente con este rigor durante cuatro años y, con ciertas oscilaciones, otros cinco años más; en el Occidente cesó antes.

La historia eclesiástica ha considerado desde siempre como un deber sagrado conservar la memoria de los más bellos y edificantes

[30] Se trata del decreto de amnistía general, promulgado en el año 303, con ocasión de las *vicennalias;* se aplicaba a reclusos de cualquier clase; sin embargo, para los cristianos existía la restricción arriba mencionada. Cf. Euseb., *De mart. Palaest.*, cap. 2.

martirios de esta época sangrienta. Tenemos que contentarnos con remitir para los detalles a Eusebio y a las copilaciones de leyendas. A pesar de todo lo que la crítica histórica pueda decir sobre cada una de las circunstancias y, en especial, sobre los milagros añadidos,[31] constituye un espectáculo histórico de primera magnitud ver cómo esta nueva sociedad, con su nueva religión y su nueva concepción del mundo, lucha y consigue la victoria, a través de la derrota, frente al más poderoso de los estados con su paganismo y su cultura milenaria.

Probablemente los perseguidores se desmoralizaron por completo cuando Diocleciano y el otro emperador depusieron su dignidad (305), Galerio cobró el título de Augusto, junto a Constancio, y Severo y Maximino Daza ocuparon su lugar de Césares. A partir de este momento, la lucha se convierte en los dominios del último —el sudeste del Imperio— en una verdadera guerra de aniquilamiento, cuyas escenas de verdugo, demasiado espantosas, preferimos ahorrar al lector.

Tornemos hacia la historia política, que iba camino de las evoluciones más importantes.

Poco después de la persecución, en la primavera del 303, marchó Diocleciano hacia el Occidente y retornó en otoño a Roma para celebrar, junto con Maximiano, el triunfo, tan largamente demorado, por tantas victorias y, al mismo tiempo, las vicenalias de su gobierno.[32] Comparado con la ostentación de un Carino, el fasto del triunfo y la duración de las fiestas fueron más bien parcos, y como los romanos murmuraran, el emperador comentó irónicamente que no había que derrochar mucho en los juegos en la presencia del censor.[33] Puso de manifiesto la poca consideración que le merecían las habla-

[31] Punto en el cual Euseb., *Hist. eccl.* VII, 7, pide demasiado del lector. Su fe en los milagros postapostólicos, V, 7; VI, 9, 29 y otros de la *ob. cit.*

[32] Contra la opinión admitida de que Diocleciano ya había ido a Roma a celebrar la victoria en el 302 y que volvió en el 303 para las vicenalias. Cf. Preuss, *ob. cit.*, p. 157, notas.

[33] *Hist. Aug.* Caro. 20.

durías romanas al abandonar, el 20 de diciembre, la capital sin esperar siquiera la llegada del año nuevo y las ceremonias del cambio de consulado. Desde que era emperador sólo esa vez había visitado Roma; no parece que se le agradeció mucho el que hubiera construído (desde 298) las Termas más gigantescas; tampoco cambió la disposición de la gente el fabuloso donativo en dinero que hizo en esta ocasión a los romanos (un *congiarium* de 310 millones de denarios, unos 62 millones de táleros), como ninguno de sus predecesores: la gente esperaba circenses más espléndidos y se sintió defraudada.

En el año nuevo (304) entró Diocleciano en Rávena. Enfermó gravemente en el viaje invernal a Nicomedia y hasta el momento de la abdicación (1º de mayo 305) apenas si se dejó ver públicamente. De esta gran ceremonia[34] nos ofrece Lactancio una descripción detallada, sólo que no merece mucho crédito. Podemos aceptar el montículo a tres mil pasos de Nicomedia, la columna con la imagen de Júpiter, las lágrimas del viejo emperador cuando se dirige a sus soldados, el carro de viaje preparado para él; pero ponemos muy en duda que todo el mundo esperara la proclamación de Constantino, allí presente, en lugar de la de Severo o de Maximino y que la aparición repentina del hasta entonces desconocido Maximino causara el mayor asombro, en tal forma que se habría pensado en sorprender a los soldados. ¿Qué sabía la gente de Nicomedia del sistema de adopción del emperador supremo? ¿Y qué sabía acerca de su propósito de proclamar nuevas adopciones en aquel punto y lugar? Cierto que pudo haber gentes que desearan la proclamación de Constantino, aunque es dudoso que en el ejército, pues como mero tribuno de primera categoría difícilmente se pudo haber granjeado una gran popularidad. No sabemos lo que por este tiempo pensaba Diocleciano de él; antes le apreciaba por sus campañas, cosa que Constan-

[34] El que se escogiera el primero de mayo del año 305 como día de la abdicación de Diocleciano en Nicomedia y de Maximiano en Milán se debía al hecho de que esta fecha señalaba el vigésimo aniversario del reinado del César Maximiano. Véase Vogel, p. 118, y Hunziker, p. 202.

tino le agradeció más tarde con discursos peyorativos[35] y falseamientos arteros.

Antes, hemos tratado de poner en claro los motivos de la abdicación. Si no nos hemos equivocado, el imperio tenía que ser limitado a una duración fija de veinte años para regularizar en lo posible la sorprendente dinastía sin herederos y asegurar una sucesión tranquila de las adopciones. Es probable que también la superstición haya tenido su parte, por lo menos en el grado en que Diocleciano levanta su sistema contando firmemente con la obediencia de los corregentes. Sin duda que trató de convencer a todos los sucesores de la necesidad de la medida apelando a secretas razones fatalistas.

Sea como quiera, se sintió contento y feliz en su palacio marcial de Salona, por lo menos durante cierto tiempo. Habla mucho en su favor que después de una larga vida guerrera y de un gobierno de veinte años[36] buscara los lugares y las ocupaciones de su juventud y trabajara con sus propias manos en su huerto. ¿No podremos inferir de aquí que, a pesar del ceremonial oriental que introdujo, siempre se mantuvo en su interior a gran altura? ¿Que muchas veces le acompañó en Nicomedia la añoranza de su patria dálmata? [37] Será imposible separar en esta figura sorprendente lo que en ella hay de ambición vulgar, de fe en el destino y de ímpetu del genio político. Sabía cómo proporcionar al Imperio romano aquello que necesitaba para salvarse, a saber, la continuidad del mando; esto debió llevarle irresistiblemente al trono, para dar cuerpo a sus pensamientos. Había cumplido con su misión y volvió de nuevo a la vida apacible. Maximiano, que tuvo que abdicar al mismo tiempo, muy contra su gusto, en Italia,[38] marchó a una bella residencia campestre de Lu-

[35] Entre otros Euseb., *Vita Const.* II, 49. — Detalles, más abajo.

[36] Sobre la situación y la forma del palacio de Salona, además de la monografía de Lanza *(Dell'antico palazzo di Diocleziano etc.,* Trieste 1855), la excelente descripción de Preuss, *ob. cit.*, p. 163.

[37] Miguel Glycas le atribuye el dicho de que "ya estaba harto de aventuras", κόρος τῆς τύχης. — Tenía sólo 59 años.

[38] Sin duda, entregó por el mismo tiempo la púrpura al nuevo César del Occidente, Severo. No Galerio, sino Constancio Cloro fué el empera-

cania, mientras que su hijo Majencio prefirió como sede la despreciada Roma o sus alrededores. Majencio, también despreciado, considerado indigno de mandar, reveló así sus intenciones, y es difícil suponer que Galerio le permitiera habitar estos lugares de buena gana. Acaso hubo una protesta pero, por las buenas, nada había que hacer. En el sistema de Diocleciano faltaba, como ya dijimos, una última consecuencia: o había que promover a los hijos de emperadores o ejecutarlos. Pero había sido evitada la dinastía hereditaria, por razones que también hemos explicado, y nada quería saber Diocleciano, a lo que parece, del puro sultanismo, como tampoco quiso saber nada de las proscripciones después de la caída de Carino. Por lo demás, Majencio se había casado con una hija de Galerio, posiblemente contra su propia voluntad y la de Galerio y para acomodarse a una combinación del viejo emperador.

Durante unos meses la sucesión pareció marchar por la vía señalada, pero a comienzos del año siguiente (306) aparece en este drama sorprendente un nuevo personaje. Constantino, a quien con razón conoce la Historia con el sobrenombre de Grande, abandona la corte de Nicomedia y aparece junto a su padre, Constancio Cloro, cuando éste se disponía a embarcar para Britania desde el puerto de Gessoriacum (Boulogne).

La memoria de Constantino ha padecido en la Historia el mayor infortunio. Se comprende que los escritores paganos tuvieran que serle adversos y esto no habría de perjudicarle ante los ojos de la posteridad. Pero es el caso que ha caído en las manos del más antipático de todos los panegiristas, que ha falseado por completo su imagen. Nos referimos a Eusebio de Cesárea y a su "vida de Constantino".[39] Este hombre, poderoso e importante a pesar de todos sus defectos, hace figura de un piadoso devoto cuando, por otra parte, tenemos noticia de tantas fechorías suyas. Y esta alabanza

dor máximo, que tenía que alternar el Imperio entre Oriente y Occidente, como se deduce del hecho de que en el título común de los dos Augustos se antepuso el nombre de Constancio.

[39] Para no hablar del panegírico del año 336: *De laudibus Constantini.* El material es el mismo que el de la *Vita*, pero la elaboración es todavía peor.

equívoca es, en el fondo, desleal; Eusebio está hablando de la persona y a lo que se refiere, propiamente, es a una causa, a saber, el interés de la jerarquía, establecida de modo tan fuerte y rico por Constantino. A esto se añade, para no hablar ya del estilo verdaderamente odioso, un modo de expresarse conscientemente equívoco, de suerte que el lector tropieza en los pasajes más importantes con escotillones y trampas. Quien lo nota a tiempo, fácilmente propende a pensar en lo peor, por lo mismo de que se le quiere ocultar algo.

La biografía comienza[40] en términos de arrobo: "Cuando contemplo en espíritu a esta alma, tres veces bienaventurada, unida con Dios, despojada de toda envoltura mortal, con su vestidura centelleante y la radiante diadema, pierdo la voz y la razón y abandono a otro mejor que yo la tarea de entonar una alabanza digna." ¡Ojalá y que hubiera sido verdad! Si dispusiéramos de la descripción de un pagano sensato, como Amiano,[41] por ejemplo, la persona de Constantino, ya que no salvada moralmente, estaría infinitamente más cerca de nosotros como una gran figura histórica. Entonces podríamos ver lo que ahora sólo vislumbramos, a saber, que Constantino no se presentó a lo largo de su vida como cristiano y que no comprometió hasta última hora la libertad de su convicción personal. Que Eusebio era muy capaz de olvidar y de encubrir un hecho semejante, él mismo lo demuestra con la caracterización que hace antes de Licinio, a quien nos presenta nada menos que como un emperador cristiano y amado de Dios en lucha contra Maximino Daza, aunque demasiado sabía que no era más que un pagano tolerante. Muy verosímilmente, no procedió mejor con Constantino. Teniendo en cuenta esto, se disipa aquella repelente hipocresía que desfigura su traza y no nos queda más que el calculador político que utiliza reflexivamente todas las fuerzas físicas y espirituales de que dispone

[40] Euseb., *Vita Const.* I, 2.

[41] Desearíamos tener las memorias de Constantino, citadas con frecuencia por Joh. Lydus. También son sensibles las pérdidas de las descripciones de Praxágoras y de Bemarquio, e incluso Eunapio sería muy conveniente en algunos puntos.

con una sola mira, afirmar su señorío, sin entregarse a nada ni a nadie por completo. Claro que un egoísta de este calibre no por eso cobra un aspecto edificante, pero la Historia encuentra ocasión bastante para habituarse con caracteres así. Por lo demás, fácilmente podemos cerciorarnos de que Constantino, desde sus primeros pasos, obró ateniéndose implacablemente a ese principio que la ambición enérgica ha titulado siempre "necesidad". Es esa maravillosa cadena de acciones y destinos que parece arrastrar con una fuerza misteriosa al ambicioso de gran envergadura. Es inútil que el sentimiento de justicia levante su protesta, inútil que millones de oraciones de los oprimidos se dirijan a Némesis; el gran hombre ejecuta, muchas veces sin saberlo, decretos superiores, y en su persona encarna una edad del mundo mientras él mismo cree dominar y dirigir su época.

En Constantino es decisivo el juicio que merece su primer paso. Galerio, según se dice, le tenía preparada la muerte, primero en la guerra con los sármatas y luego en unas aparentes luchas gimnásticas con animales salvajes, pero el héroe impertérrito triunfó sobre príncipes bárbaros y sobre leones y rindió pleitesía al nuevo emperador supremo.[42] Galerio, a pesar de las repetidas cartas en que Constancio Cloro le pide que le envíe a su hijo, mantiene a éste junto a sí como a un prisionero y no cede sino cuando ya no puede oponerse más. Constantino, ya con el permiso, parte antes de la fecha fijada con el mayor secreto y en las primeras estaciones inutiliza los caballos del correo imperial para que no le puedan seguir.[43] De todo esto lo único que se puede sacar en limpio es que se sentía seriamente

[42] Además de por la mayoría de los autores cristianos estos hechos son mencionados en los fragmentos de Praxágoras (en Mueller, 1, cap. IV, p. 2), que probablemente fué pagano. Sin embargo, Galerio debía disponer de otros medios para matar a Constantino, de haberlo querido. Eumenio, *Paneg.* VII, 3, menciona el duelo con el bárbaro como una hazaña para demostrar su valor. Euseb. calla este hecho.

[43] Diferente y, probablemente, mejor es la descripción del *Anonym. Vales.* 4. Sobre toda esta cuestión, véase Hunziker, p. 212. Lactancio lo relata con gran vivacidad, cap. 24, 25. Sin embargo, no se le debió de ocurrir hacer llegar la primera noticia de York a Nicomedia *paucis post diebus.*

amenazado. Galerio tenía que odiarlo por su condición de hijo de emperador pospuesto y, sin embargo, ambicioso, pero lo dejó marchar, aunque es muy probable que Constantino estuviera muy comprometido en las intrigas de la corte desde los tiempos de la persecución. De todas maneras, Constancio tenía derecho para llamar a su hijo a su lado.

Llegado donde su padre, le acompañó en su victoriosa campaña de Escocia contra los pictos. No estaba Cloro a la muerte, como nos cuentan Eusebio y Lactancio para conmovernos, ni tampoco había llamado a su hijo por esta razón, pero muy poco después de volver de la guerra murió realmente (en York, el 25 de julio del 306). Según la disposición de Diocleciano, a quien todos los interesados debían sus puestos, Galerio tenía que nombrar un nuevo Augusto y colocar, junto a éste, un nuevo César. Pero si se quería aliar el derecho de herencia a este derecho imperial, los hijos de Constancio y de la hija adoptiva del viejo Maximiano, Flavia Maximiana Teodora, Dalmacio Anibaliano y Julio Constancio, poseían un derecho preferente. Pero eran todavía muy jóvenes, pues apenas si el mayor llegaba a los trece.

En su lugar tenemos a Constantino. Es mucho pedir que nos apasionemos por este régimen tan singular de Diocleciano, pero si existía legítimamente, Constantino es un usurpador. Era hijo de Constancio y de una concubina, Elena,[44] nacido en Naissus de Servia el año 274, y no tenía tampoco ningún título de sucesión si miramos con rigor el derecho hereditario. El panegirista Eumenio lo convierte en hijo legítimo y opina que de camino había pedido permiso

[44] Sobre su origen y su supuesto matrimonio véase el tercer apéndice a la obra de Manso, *Das Leben Constantins des Grossen*. Además de los pasajes que aquí se mencionan se debe consultar Eutych. Alexandrin. ed. Oxon., pp. 408 y 456; Elena procedería de Cafar Facar, Mesopotamia, y sería cristiana. Según *Hamza Isaphanens.*, p. 55, era de Edessa y cayó allí mismo como prisionera en manos de Cloro. — Sirvió en una taberna de Naïssus. — Es de esperar que su hijo mayor no dictara pensando en ella la ley *Cod. Teodos* IX, 7, 1, (del año 326), por la cual, y más por desprecio que por misericordia, las dueñas de tabernas y sus sirvientas fueron excluídas de las leyes de *adulteriis*.

a los emperadores abdicados, pero todo esto no son más que palabras.[45] Sin embargo, este panegírico no deja de tener cierta importancia, pues en él se defiende con verdadero ardor la santidad del derecho sucesorio. Atendiendo a su descendencia de la familia del gran Claudio Gótico, le dice a Constantino: "Tan alta es la nobleza de tu linaje que el imperio no te puede prestar una mayor dignidad... No es el acuerdo accidental de otros, no es la fortuna repentina la que te ha convertido en señor; por tu nacimiento merecías ya el señorío como un regalo de los dioses."

Y, sin embargo, ese acuerdo y favor de los demás no fué tan insignificante para su elevación al trono. No podemos saber, dada la unilateralidad de las fuentes, si su padre le nombró efectivamente sucesor; acaso había llamado a su hijo,[46] entonces un decidido joven de treinta y dos años, perito en materia militar, para que protegiera a la desamparada familia. Autores posteriores como, por ejemplo, Zonaras, encuentran una bonita explicación: "Constancio Cloro estaba enfermo y se lamentaba de que sus otros hijos valieran tan poco;[47] se le apareció entonces un ángel y le mandó que cediera el cetro a Constantino." Otros, como Eusebio, Lactancio y Orosio ni siquiera se molestan en buscar la motivación, sino que hacen como si la sucesión de Constantino fuera la cosa más natural del mundo. El hecho es que los soldados de su padre le proclamaron Emperador Augusto.[48] La voz cantante la llevó un jefe de los alamanes a Croco (o Eroco), a quien Constancio había tomado, junto con su gente, para el servicio de la guerra contra los pictos. Claro que la esperanza de un copioso donativo influyó también. El panegirista citado se

[45] *Panegyr.* VII (Eum. Constantino, del año 310) especialmente cap. 2, 3, 8.

[46] Suidas, *S. v. Constantinus,* dice: "El padre vió que era muy fuerte e hizo caso omiso de los hijos de Teodora."

[47] De lo que no se sabe nada más.

[48] Creo necesario hacerlo constar frente a la opinión de que hubiese sido elevado únicamente al rango de César (Hunziker, *ob. cit.*, p. 215). Los soldados estaban mucho más acostumbrados al título de emperador. Sin embargo, no podemos negar que Constantino se conformó al principio con el simple título de César o *filius Augustorum.*

cuida de la descripción patética del acontecimiento. "Ya en la primera cabalgada te revistieron los guerreros, a ti, que llorabas, con la púrpura.. Quisistes sustraerte a esta demostración de la adhesión celosa y picaste espuelas a tu caballo; pero esto era, a decir verdad, un error juvenil. ¿Qué corcel hubiera sido lo bastante veloz para sustraerte al señorío que te perseguía?" [49] Sería ocioso tratar de adivinar al pormenor las intrigas que estuvieron en juego.

Cuando Galerio se enteró de lo sucedido hizo lo que pudo; se daba cuenta de que tratar de eliminar a Constantino equivalía a desatar una guerra intestina peligrosa, así que lo reconoció pero sólo como segundo César y dió a Severo el título de Augusto y a Maximino Daza el de primer César.[50] La verdadera consagración la consiguió Constantino en los varios años de guerra contra los germanos, de los que ya hemos hablado. Por entonces sólo podía dominar en las Galias quien fuera su defensor y salvador, y en este campo le quedó al hijo la cosecha cultivada por su padre.

La consecuencia inevitable de la usurpación de Constantino fué la usurpación de Majencio. Lo que pudo hacer un hijo de emperador era difícil prohibírselo a otro. Su padre Maximiano se resistió largamente,[51] por respeto a las disposiciones de Diocleciano, pero no pudo, a la postre, resistir a la propia tentación y accedió. Majencio, aunque conocido acaso como un carácter desenfrenado y perverso, encontró un aliado natural en la malquerencia de la Roma abandonada por los emperadores y en los fuertemente reducidos pretorianos; también es verosímil que la última salida precipitada de Diocleciano de Roma, en el año 303, estuviera en relación con los comienzos de un complot de este tipo. Por si era poco, Galerio había sobrepasado todos los límites al incluir a la vieja capital del mundo dentro de su nuevo impuesto. Majencio se ganó a unos cuantos ofi-

[49] Con expresiones parecidas Euseb., *Vita C.* I, 22 y 24, quien encuentra la diferencia entre Constantino y los demás emperadores en el hecho de que aquellos fueron elevados a sus rangos por las votaciones de otros, mientras que Constantino, "sólo por Dios".

[50] Sus propósitos anteriores, diferentes, *De mort. pers.*, cap. 20.

[51] Aurel. Vict., *Caess.* 40.

ciales, a un gran abastecedor y a los pretorianos, que le proclamaron sin más miramientos. El prefecto de la ciudad, dispuesto a la resistencia, fué asesinado oportunamente. Parece que muy pronto toda Italia cayó en manos del usurpador.

Esta vez Galerio no se podía contentar con ver pasar las cosas. En el año 307 envió a su otro emperador, Severo, quien, como heredero de los dominios de Maximiano, tenía que ser también señor de Italia. Pero no había manera de utilizar el ejército de Severo, compuesto en su mayoría de viejos soldados de Maximiano, contra Majencio; hubo traición, retirada y hasta entrega personal en Rávena, que ni siquiera pudo proteger al desdichado Augusto de un asesinato traicionero.[52] Acudió Galerio para vengarlo, pero tampoco su ejército pareció más de fiar y tuvo que volverse rápidamente.

Entre tanto el viejo Maximiano, como dijimos, había traído a su lado a su hijo, si es que Majencio era realmente hijo de él y de la siria Eutropia y no un hijo supuesto, según afirmaban algunos paganos y cristianos, lo que es menester recordar como ilustración del valor que se atribuyó, una vez más, al derecho de sucesión. La relación entre padre e hijo carecía en tal grado de todo rasgo de piedad que aquel rumor tuvo que producirse casi fatalmente. Tampoco a los soldados les era muy simpática la figura del viejo, acaso porque temían su disciplina; por lo menos, no encontró ningún eco cuando poco después trató de actuar contra su hijo; le contestaron sarcásticamente y él parece que explicó la cosa diciendo que había tratado únicamente de poner a prueba su estado de ánimo. Zonaras, que nos cuenta esto, también nos dice que antes sondeó al senado para que declarara a su hijo incapaz para el gobierno. En todo caso nos hallamos en presencia de una desviación sorprendente del principio imperial de Diocleciano y más si tenemos en cuenta la hostilidad mencionada de Maximiano contra los senadores.

[52] Sobre estos sucesos y los que siguen cf. Manso, *Das Leben Constantins des Grossen*, quinta edición, y Hunziker, *ob. cit.*, pp. 216 *ss.*, donde se demuestra también que Severo fué asesinado por órdenes de Majencio y únicamente después de la salida de Maximiano a las Galias.

Cuando el inquieto anciano se vió defraudado en sus esperanzas de emperador máximo, marchó a las Galias para tratar de conseguir con Constantino lo que le había fracasado con Majencio. Tenía consigo una prenda, su hija más joven, Fausta;[53] la casó con Constantino y, además, le invistió del título de Augusto. Se tenía pensado esperar por el momento, hasta que Majencio se viera enredado en guerra con Galerio, quien estaba con ganas de pelear, para actuar entonces con mayor vigor. Pero Constantino acogió la hija y el título, pero le negó a Maximiano cualquier otra colaboración, con lo que no le quedó a éste otra salida que marchar de nuevo a Roma y ponerse a disposición de su hijo.

Conservamos un discurso de ceremonias de aquellas bodas.[54] Acaso jamás un orador de circunstancias ha tenido un tema más espinoso que este retórico galo desconocido, que tenía que callarlo y decirlo todo, y hay que reconocer que salió airoso de su cometido. Nos interesa, sobre todo (cap. 2), el parabién en razón de la fundación definitiva de una dinastía: "¡Ojalá que el imperio universal de Roma y la posteridad de los emperadores sean igualmente eternos e inmortales!" Pero en forma sorprendente se ignora la existencia de un hijo, Crispo, de un matrimonio anterior de Constantino con Minervina, mientras que este mismo matrimonio es mencionado expresamente (cap. 4) a cuenta de la fama moral de Constantino; en compensación, ensalza el orador la gran dicha que supone el recibir en la familia Herculios, es decir, hijos de Fausta.

Mientras Galerio se armaba para ir contra Italia, Maximiano se enzarzó de nuevo con Majencio; tuvieron una escena pública[55] en la que el padre quiso arrancar al hijo el manto de púrpura. Una vez más, tuvo que salir de Roma.

En medio de esta confusión general apeló Galerio a la prudencia del viejo Diocleciano, que a ruego suyo (307) acudió a una re-

[53] Como es sabido, a la hija mayor, Teodora, la cedió en matrimonio 15 años antes a Constancio Cloro, cuando éste fué nombrado César.

[54] *Panegyr.* VI (Incerti Maxim. y Constantino, pronunciado en Tréveris en el año 307).

[55] Acaso corresponde a este lugar lo antes mencionado de Zonaras.

unión en Carnuntum (Santa Petronila, no lejos de Haimburgo). Lactancio nos refiere que unos años antes Diocleciano se había vuelto loco, pero parece que los corregentes no habían perdido la confianza en sus fuerzas mentales cuando acudieron a orillas del Danubio. En esta ocasión se nombró Augusto, en lugar del asesinado Severo, a un viejo compañero de armas y amigo de Galerio, el ilirio Licinio. Pero se presentó también el viejo Maximiano, quien, en lugar de encontrar apoyo y ánimos, fué obligado nuevamente a abdicar; Licinio habría de ser el único emperador legítimo de Occidente.[56] Pero Maximiano estaba desatado y cuando perdió de vista a los corregentes y volvió de nuevo a las Galias con Constantino, no pudo resistir a la tentación de probar, a costa de su yerno, lo que le había fracasado dos veces con su hijo. En la campaña que hizo Constantino contra los francos, se invistió por tercera vez de la púrpura, se apoderó del tesoro y de las provisiones y se refugió en la amurallada Arelatum (Arlés), de donde huyó hacia Massilia al verse perseguido por Constantino. A lo que parece, su propio ejército lo entregó al yerno, que le regaló de nuevo vida y libertad. Pero Maximiano las utilizó una vez más para peligrosas travesuras, de las que dió conocimiento a Constantino la propia Fausta.[57] No hubo más remedio que hacer desaparecer de este mundo al peligroso viejo. Le cupo escoger el tipo de muerte y prefirió el estrangulamiento (310). A comienzos del siglo XI se encontró su sepulcro en Marsella; el cadáver, todavía bien conservado, ricamente embalsamado y enjoyado, estaba depositado en un sarcófago de plomo y éste, a su vez, en otro de mármol. El arzobispo Raimbaldo de Arlés hizo arrojar al mar a este

[56] Es posible que Galerio tuviera ya en el año 305 la intención de elevar a Licinio a la condición de Augusto, pero Lactancio, que nos informa sobre esto (cap. 20) no podía estar mucho más enterado que nosotros. Lo que ya es una invención es que Galerio quisiera conservar al mismo tiempo el título de César para su hijo Candidiano, entonces de nueve años. Candidiano no era hijo habido con Valeria, sino un bastardo, aunque adoptado y educado por Valeria. — Cf. Preuss, p. 170.

[57] Manso, pp. 38 y 302, se deja engañar en este punto por un cuento absurdo de Lactancio (cap. 30). — La comparación de las diversas narraciones, en Hunziker, *ob. cit.*, pp. 235 *ss.*

enemigo de Dios y de Constantino. El punto donde se sumergió su cadáver bulle desde entonces día y noche.[58]

¡Cómo tuvieron que amargar estos sucesos los últimos años de Diocleciano! La ambición, apoyada en el derecho hereditario, había quebrantado a medias su sistema y tuvo que conocer también el sinsabor de que, fuera de las familias imperiales, asomara su cabeza la usurpación al estilo del siglo tercero, después que un Eliano y un Amando, un Carausio y un Allecto, un Aquileo y un Julián habían pagado sangrientamente, con los suyos, el intento. Un gobernador de Africa, el frigio Alejandro, obligado torpemente por Majencio a rendirle homenaje, se deja proclamar, un poco a desgana, por sus soldados (308).[59] No podemos tomarle a mal al viejo hortelano de Salona, escrutador del futuro, si cree acercarse la calamidad más espantosa y hasta el ocaso mismo del Imperio. Como es natural, todas estas guerras civiles repercutieron siempre en la persecución, de suerte que las varias recaídas en el rigor más extremado, que tienen lugar del año 308 al 313, entre pausas de relativa tranquilidad, guardan estrecha relación con las cuestiones del trono. Eusebio nos cuenta de Majencio que, por lo menos durante cierto tiempo, toleró a los cristianos por su enemistad con Galerio y hasta que se hacía pasar por cristiano, y también Maximino Daza cambiaba de humor respecto a los cristianos según tratara de adular o de resistir a Galerio.

Entre tanto, comienzan a simplificarse las cuestiones del trono. Galerio murió en el año 311, en Sárdica, según se nos dice, de una enfermedad espantosa. Dejemos complacerse a Lactancio con el cuerpo comido de gusanos del emperador, pero señalemos que este príncipe rudo, ciertamente, e inhumano con los cristianos, entre los pa-

[58] *Chronicon Novaliciense*, v, 54.

[59] Sobre el particular, un pasaje capital muy obscuro en Zósimo, II, 12. Las guarniciones africanas, en el fondo partidarias de Galerio, quisieron primero, por temor a un desembarco de Majencio, retirarse a Alejandría, pero en el camino se encontraron con una potente fuerza de combate (¿de Majencio?) y retrocedieron otra vez hacia Cartago. De aquí se sigue la amenaza personal de Alejandro por Majencio y todo lo demás. No es posible lograr luz sobre los motivos.

ganos[60] es celebrado como "un hombre valiente y un militar de valía"; tampoco podemos olvidar que tuvo carácter bastante para renunciar a las pretensiones de su familia al trono, entregándolo a su amigo Licinio, al que consideraba el más digno. Poco antes de su muerte había reconocido en un hosco edicto de tolerancia el fracaso del poder público en su lucha contra los cristianos y, al final del mismo, pedía a los hasta entonces perseguidos que patrocinaran su persona delante de su Dios. También los corregentes Constantino y Licinio firmaron, y hasta, indirectamente, Maximino Daza, ya que un decreto de su funcionario supremo prestó el mismo servicio. Los cristianos, que volvían de las cárceles y de las minas, fueron amistosamente saludados, a veces, por la población pagana, que ya estaba muy cansada de tantas escenas truculentas. No conservamos otras disposiciones que siguieron al edicto y sólo podemos adivinarlas por un decreto posterior; parece que fueron redactadas con la misma aspereza y el mismo tono amenazador del edicto.[61]

Una complicación que parecía inevitable con motivo de esta sucesión al trono, se resolvió rápidamente de manera inesperada y pacífica. Maximino Daza, el antiguo César de Galerio, que ya en otra ocasión se había procurado el título de Augusto,[62] temía que Licinio, destinado a ser el Augusto de Occidente, perjudicara seriamente su imperio oriental; ambos aprestaron sus ejércitos, pero se reconciliaron en una conferencia que tuvo lugar en una nave, en medio del Helesponto (311), convirtiendo este mar y el archipiélago en límite de sus dominios, de modo que a Licinio le quedó toda la península entre este mar y el Adriático. No sabemos nada de lo que pensaría Diocleciano de semejante reparto.

Por la misma época los generales de Majencio sometieron al Africa insurrecta; fué derrotado el usurpador Alejandro, perseguido

[60] Eutrop. x, 1. — Tampoco el viejo Aurelio Víctor (cap. 40) puede hacer otro reproche, después de una gran alabanza, que la falta de cultura.

[61] Cf. la conferencia de *Zahn, Constantin der Grosse und die Kirche*, Hannover, 1876, pp. 11 y 33.

[62] Sobre esto Hunziker, *ob. cit.*, p. 232.

y estrangulado, y la desventurada provincia castigada con mano dura. La ciudad de Cirta padeció tanto que hubo de ser reconstruída bajo Constantino.[63] Majencio, en el triunfo que se siguió en Roma, recordó la enemistad de la vieja Cartago.[64]

Tenemos así, otra vez, dos regentes occidentales y dos orientales, Constantino y Majencio, Licinio y Maximino Daza. Pero sus relaciones distan mucho de ser las del armonioso tetracordio de Diocleciano y sus corregentes. No se reconoce ninguna subordinación ni obligación recíproca, cada uno es Augusto por propia cuenta y mira con recelo a los demás; sus dominios se hallan bien delimitados y nadie pretenderá intervenir en el país del otro, pero tampoco nadie acorrerá al otro antes de que una combinación egoísta les mueva a pactos particulares. El Imperio estaba partido en cuatro y el primero que quebrantó la paz, Constantino, tuvo como tarea inmediata la de establecer una nueva conexión en lugar de la antigua.

Vamos a repasar su vida empezando por el modo y manera como cumplió con esta misión.

Entre sus tres colegas escoge al más capaz y, al mismo tiempo, más legítimo y se alía con él; Licinio se desposó con Constancia, hermana de Constantino. Con este motivo se produce la guerra contra Majencio (312).[65] Entre tanto, éste se había aliado con Maximino, primero contra Licinio, al que pensaba arrebatar el país de Iliria; en vano trató Constantino de acercarse a él, pues Majencio rechazó al "asesino de su padre" y se armó en contra suya. Queda en el aire a quién de los dos hay que atribuir la ruptura franca; Eusebio atribuye la hazaña a Constantino, la celebra expresamente y nos habla de su gran compasión por el pobre pueblo romano oprimido; "No hubiera tenido ningún gusto en la vida de haber dejado a la

[63] Esta ciudad recibió el nombre de Constantina(e), que lleva todavía hoy.

[64] Zosim. II, 14.

[65] Además de Euseb. y Zósimo las fuentes principales al respecto, *Panegyr.* IX y X.

capital del mundo padecer todavía."[66] He aquí un rasgo que difícilmente puede caracterizar la mentalidad de Constantino, pero sí el estilo de Eusebio. Majencio disponía de fuerzas enormes,[67] que no le traicionaron en el momento decisivo, y que le hubieran llevado a la victoria a no ser por su incapacidad estratégica y por su cobarde indolencia. Las fuerzas de Constantino no las componían, sin duda, las legiones celestiales mandadas por el beato Constancio Cloro que le atribuyen los escritores de las dos religiones,[68] tampoco la simpatía de los cristianos —ni siquiera la desesperación de la desbaratada Italia, pues las poblaciones apenas si cuentan en estas luchas[69] —sino la eficiencia militar de sus cien mil hombres (britanos, galos y bárbaros) y su propia personalidad. De no haber sido celebrada esta guerra por fuente tan sospechosa, habría que admirarla como la campaña italiana del joven Napoleón, con la que quizá tenga de común más de una batalla. El asalto de Susa, la batalla de Turín, donde fué aniquilada la caballería pesada del enemigo —armadura de caballo y jinete—[70] la entrada en Milán, el encuentro de las caballerías en Brescia, se parecen a los comienzos de la campaña de 1796; y los terribles combates de Constantino por Verona pudieran parangonarse con la debelación de Mantua. Pero tampoco los enemigos serían indignos de ser comparados con los enemigos de Napoleón; lucharon con valor y aguante y no se pasaron a Constantino, de modo que, por ejemplo, tuvo que aherrojar a todos los prisioneros de Verona para que no se fueran de nuevo con Majencio. La matanza no la permitía ni la avanzada humanidad ni la conveniencia bien entendida del Imperio, pero tampoco parece que se podía fiar en su palabra; no hubo más remedio que convertir sus espadas en grilletes.

[66] Euseb., *Vita C.* I, 26 y 37, donde Constantino quiere devolver a los romanos hasta ¡la libertad de sus antepasados!

[67] Según Zósimo, 170,000 infantes y 18,000 de a caballo.

[68] Con mucha seriedad relata por ejemplo Nazario en *Panegyr.* x, cap. 14, su intervención.

[69] Es cierto que las ciudades llaman a Constantino (*Paneg.* IX, 7) pero después de que ha vencido.

[70] Los así llamados clibanarios o catafractos, copiados del arte militar de los persas.

Verona se entregó después que otra parte del ejército de Constantino se había apoderado por asalto de Aquilea y de Módena.[71]

Así se logró una base firme para la conquista de toda Italia; fueron sorprendidos Majencio y sus generales y lo que pudieron haber logrado fácilmente con la ocupación oportuna de los pasos de los Alpes no lo pudieron conseguir con ríos de sangre al pie de los Alpes y en la llanura. Los estrategas podrán decidir si Majencio tenía razones para dejar avanzar al enemigo hasta Roma. Los autores nos lo describen unas veces como un sedentario cobarde, otras como un supersticioso conjurador [72] y ambas cosas pueden ser en parte verdad. Pero no es posible dudar que los habitantes de Roma odiaban a Majencio; en una lucha con sus soldados habían caído seis mil hombres; su vida desatada y sus confiscaciones tenían que crearle muchos enemigos; pero nada de esto es decisivo. Disponía todavía de un gran ejército y, para el caso de un sitio, Roma contaba con abundantes abastecimientos y fué rodeada de atrincheramientos en forma que se podría contener al enemigo y hasta envolverlo rápidamente. Pero si la famosa batalla que comenzó en *Saxa rubra*, a catorce kilómetros de Roma, y terminó en el puente mílvico, fué dispuesta en la forma que nos cuentan los autores, apenas si cabe hablar de razones estratégicas. El ejército de Majencio fué colocado en largas líneas con el Tíber a sus espaldas; pero este río de precipitada corriente no parecía disponer de ningún otro puente que el mílvico y otro puente de barcas muy cerca. En estas condiciones, la primera confusión tenía que ser funesta, y lo que no sucumbió ante la espada pereció en el río; los pretorianos, que rodeaban a Majencio, que era su hechura, aguantaron, pero Majencio huyó y se ahogó en la corriente; aquéllos, como en otros tiempos la cohorte de Catilina en Pistoria, se dejaron matar en el sitio mismo que habían ocupado al comienzo de la batalla. Su aniquilamiento tuvo un gran valor para

[71] *Panegyr.* x, 26, donde la *oppugnatio,* se refiere también, sin duda, a estas dos ciudades. No nos debe desorientar el silencio en *Panegyr.* IX, 11; el autor no quiere ser tan descomedido que vaya a hablar hoy de hechos de armas en que no participó su héroe.

[72] Así también Zósimo, II, 16.

el vencedor, pues, de lo contrario, habría tenido que enfrentarse de nuevo con ellos. Cosa fácil, ahora, arrasar el campamento de los pretorianos.

Con esta batalla todo el Occidente recibe un señor; también el Africa y las islas corresponden al vencedor. Entre dos ilegítimos, el talento superior y la resolución se aseguraron la victoria. Constantino, conocido hasta entonces por las guerras de la frontera, se presenta ante la opinión pública con todo el renombre del héroe. Ahora se trata de asentar en lo posible el nuevo poder sobre otras bases que el puro poder de los soldados.

Si prestamos oído a los oradores oficiales, Constantino, después de haber acabado con los peores abusos y persecuciones de Majencio, se apresuró a enaltecer al senado completándolo con gentes de provincia. Pero no es menester una gran perspicacia para ver que, después de los acontecimientos de los tres últimos años, no era posible la colaboración del senado en el gobierno. Podía Constantino honrar externamente a la corporación para dar gusto a los romanos, pero mal podía esperar de ella un apoyo decisivo, así que debía de serle bastante indiferente en el fondo; acaso ya por ese tiempo abrigaba los planes que habrían de provocar una profunda hostilidad entre los dos. Nueve años más tarde, un panegirista que acaba de calificar al senado de flor del mundo entero y a Roma de fortaleza de todos los pueblos y reina de todas las comarcas, deja entrever la verdad: "Esta alma honorable del pueblo romano,[73] restablecida al estado que tuvo desde siempre, no muestra cínica arrogancia ni medroso acabamiento; advertencias constantes de los divinos príncipes la han puesto en tales vías que inclinándose y moviéndose a sus señales, no se somete ante la intimidación sino a la bondad."[74] En otras palabras: el senado, compuesto en su mayoría de paganos y sin influencia alguna en el gobierno, se encuentra en una posición equívoca frente al emperador. Se reúne todavía regularmente y el calendario señala los

[73] Es decir, el senado.

[74] *Panegyr.* x (Nazar. Constantino, del año 321) cap. 35.

días: *senatus legitimus*, día de sesión del senado, pero, fuera del mes de enero, tales reuniones no tienen lugar arriba de una vez al mes.

Entre tanto, el emperador se había proclamado protector del cristianismo. Dejemos de lado, por ahora, lo que se refiere a su religiosidad personal y preguntemos únicamente por las razones políticas que pudieron mover a un emperador romano a dar semejante paso. Los cristianos seguían siendo todavía una pequeña minoría,[75] con la que no era menester contar; ¿cómo es posible que su tolerancia pudiera parecer al ambicioso un recurso de poder o, por lo menos, un asunto de conveniencia?

El enigma se aclara tan pronto como admitamos que la mayoría de aquellos paganos cuya opinión importaba más desaprobaba la persecución, miraba con desgana la perturbación de la vida civil y con temor la sed de sangre despertada en el pueblo, pues en los últimos años se habían hecho significativas comparaciones entre la situación, si no floreciente por lo menos tranquila, de las Galias, y el vértigo de ejecuciones en el oriente y el sur. Todo terrorismo se amortigua en cuanto la masa media ha satisfecho su pasión y comienza a sentir las consecuencias desagradables; los fanáticos que la pretenden perpetuar, o se hunden por su propia consecuencia o son echados a un lado. Los mismos emperadores perseguidores habían implantado a veces la tolerancia, como medio político o para mortificar a Galerio, y este mismo había dictado aquel sorprendente edicto de tolerancia durante su última y espantosa enfermedad (311). Así, pues, Constantino no innovó demasiado con sus dos edictos de tolerancia de Roma y de Milán (312 y 313) y tampoco explotó el asunto en contra de los demás emperadores; al revés, en la ciudad de Milán (invierno 312-313) hizo participar en aquellas medidas a Licinio, emparentado entre tanto con él, y ambos negociaron con Maximino Daza para que se obligara en el mismo sentido, lo que su-

[75] La tradición ofrece en este punto una laguna muy sensible. Inmediatamente después de la persecución las conversiones al cristianismo deben haber aumentado extraordinariamente. Eusebio, Sulpicio Severo y otros no pasan de ciertas generalidades, *mirum est quantum invaluerit religio*, etc., en lugar de dar cifras exactas.

cedió también en un grado menor. Con esto tenemos que la tolerancia con los cristianos habría sido, sencillamente, cosa de necesidad y no haría falta ninguna otra explicación. El edicto de Milán, rubricado también por Licinio, fué, sin embargo, demasiado lejos; por primera vez declaró la libertad absoluta de todos los cultos, comprendidas las numerosas sectas cristianas; por lo que se refiere al reconocimiento oficial, se colocó al cristianismo al nivel de las viejas creencias; recibió el carácter de una corporación y recuperó las iglesias y propiedades que habían pasado al fisco o a manos de particulares.

Pero hubo un detalle que reveló la relación efectiva del nuevo señor de Occidente con la religión romana oficial y, ciertamente, no pasaba de la indiferencia. Después de la batalla en el puente mílvico el senado y el pueblo le habían acordado, junto con otros honores, un arco de triunfo, que fué construído con bastante rapidez, aprovechando en parte bellos trozos de un arco de Trajano. Acaso se sabía que Constantino llamaba a Trajano, en gracia a las numerosas inscripciones en las que era eternizado su nombre, el "musgo de paredes" [76] y por eso mismo se procedería con tal desparpajo. La inscripción actual del arco nos dice que Flavio Constantino Máximo ha triunfado contra el tirano y todo su partido, etc., "por inspiración de la divinidad"; pero tras estas palabras asoma el viejo epígrafe: "por la señal del sumo y bonísimo Júpiter".[77] Probablemente, el cambio se realizó en el momento en que el emperador vió por primera vez la inscripción (redactada sin su conocimiento) en su visita a Roma, en el año 315, cuando su posición religiosa era más clara. La primera redacción nos indica que, inmediatamente después de la victoria, no se sabía otra cosa sino que el emperador era un pagano romano. La rectificación no niega esto y mucho menos lo presenta

[76] Aurel. Vict., *Epitome*.

[77] En lugar de la inscripción actual INSTINCTV. DIVINITATIS se decía NVTV. I. O. M. etc. Yo debo esta noticia a la amable información del Dr. Henzen en Roma. Se descubrió esta corrección cuando en la época francesa se rodeó el arco de andamiajes para copiar los relieves.

como cristiano; lo único que hace es evitar cualquier profesión directa de fe y le deja libre el monoteísmo. Los relieves del arco representan, en parte, como sabemos, sacrificios paganos, dedicados a Apolo, Diana, Marte y Silvano, junto con suovetaurilias.

Vemos, pues, que no sólo Eusebio sino un monumento oficial califica a Majencio de tirano, es decir, en el sentido de entonces, de usurpador, de ilegítimo. Esta calificación convenía no menos a Constantino, pero las gentes se decían que Majencio no era más que un hijo supuesto y que su misma madre lo reconocía. En cuanto se puede escoger y no hay que someterse a un desalmado príncipe de sangre se desea el derecho hereditario y se anhela una dinastía. El panegírico nos habla de Constantino como del único legítimo y de los demás como tiranos.[78]

Diocleciano, con su sistema de adopciones, que descansaba en tantas renuncias, se había equivocado frente a la ambición ingente. Se dió voluntariamente la muerte por este tiempo (313) por hambre o con veneno.[79] Constantino y el increíblemente ofuscado Licinio le quisieron preparar una trampa y le invitaron a la boda de Constancia, en Milán, ciudad que, sin duda, ya no hubiera podido abandonar con libertad o con vida. No les complació sino que se excusó con sus sesenta y ocho años. Le enviaron cartas amenazadoras, reprochándole que andaba intrigando con Maximino Daza como antes con Majencio. Diocleciano estaba demasiado cansado de la vida o demasiado convencido del curso de su destino para arrojarse realmente en los brazos de Daza y tampoco quería dejarse estrangular por aquéllos. Aunque murió como persona particular, se le acordó (seguramente por el senado) el honor de la apoteosis, por última vez en el viejo sentido pagano. Probablemente el gracioso templete en el palacio de Salona, Espalato, que antes sirvió de santuario de Esculapio, no fué otra cosa que la tumba erigida en vida del gran

[78] Este es el tenor de Euseb. También Juliano en su obra juvenil, *Encomium ad Constantium*, ed. Schaefer, p. 10.

[79] Aur. Vict., Epit. — *De mort. pers.* 42, 43. — Sobre la inexactitud del año de la muerte 316, cf. Clinton I. c. ad. h. a.

emperador[80] y el sarcófago que se encuentra todavía en las proximidades con los relieves de la cacería caledónica contuvo en otro tiempo su cadáver. El Meleagro que persigue al jabalí no es otro que Diocleciano en un momento decisivo de su vida. No todo el mundo podía ver estos relieves; todavía una generación después un tapiz de púrpura cubría el sarcófago.[81]

¿Qué hubieran sido los emperadores de entonces sin él? A lo sumo, generales con mayores o menores perspectivas de subir al trono y de ser asesinados por los soldados o los conspiradores. Gracias, únicamente, a la estabilidad que había logrado en los asuntos del trono, gracias al golpe decisivo que había dado al cesarismo desenfrenado, se había hecho posible de nuevo el hablar de un derecho al trono y hasta, muy pronto, de un derecho hereditario, aunque no se había avanzado mucho en esto. Sin Diocleciano no hubiera habido Constantino, es decir, ningún poder que hubiera sido lo bastante fuerte para conducir el Imperio, sin conmoverlo, de la vieja situación a una nueva y de desplazar el centro de gravedad del gobierno a otros puntos, a tenor de las necesidades del nuevo siglo.

La próxima víctima en turno era Maximino Daza. Disipado, supersticioso en demasía, poseía, sin embargo, aquella decisión osada que está tan bien en los que mandan y que es la que movió a Galerio a adoptarlo; su gobierno, por lo demás, como se desprende de su comportamiento con los cristianos,[82] es cruel y artero, pero resulta difícil juzgarlo al detalle porque, lo mismo que más tarde Juliano, había caído en una formal corregencia con sacerdotes y magos. Ha-

[80] Según el supuesto aclarado de Lanza, *Dell'antico palazzo*, etc., pp. 14 *ss*.

[81] Ammian. Marcell. XVI, 8.

[82] Euseb., *Hist. eccl.* VIII, 14, así como todo el libro noveno y el apéndice *De martyr. Palaest.* — La caracterización de Maximino en Aurel. Vict., *Epit.* 40 es: Aunque pastor de origen y de educación, le gustaba el trato de los más prudentes y educados; de temperamento sosegado, sentía, sin embargo, debilidad por el vino y en estado de embriaguez dió muchas órdenes crueles; como solía arrepentirse luego, mandó que se aplazara su ejecución hasta que se le hubiera pasado el efecto. — Cosas parecidas se dicen de Galerio en *Anon. Vales* 11.

bía accedido a la petición de los otros dos emperadores para tomar parte en las medidas de tolerancia pero, a lo que parece, obligado, de suerte que los cristianos, recordando su duplicidad anterior, no se atrevían a descubrirse.[83]

Hacía años había sospechado que tendría que defender su existencia y por eso había participado en aquella alianza secreta con el usurpador Majencio, lo mismo que Licinio con el usurpador Constantino. Sin embargo, no socorrió a aquél en la hora del peligro, acaso porque sabía que nada había que hacer; ahorró sus fuerzas para un nuevo y repentino ataque contra Licinio (313). Con la rapidez del rayo, volvió de Siria a Europa a través del Asia Menor, y se apoderó, en los dominios de su enemigo, de Bizancio y de Heraclea. Entre esta ciudad y la de Adrianópolis tuvo lugar la batalla con el sorprendido enemigo. Contra la voluntad de los dos, se trataba en esta ocasión de una pugna entre cristianismo y paganismo, pues ya se sabía que, de ser vencedor Maximino, reanudaría las persecuciones en la forma más terrible; pero ya resulta más dudoso si los ejércitos en lucha tenían conciencia de esto, a pesar de que Lactancio (cap. 46) hace que el ejército de Licinio aprenda de memoria una oración que un ángel habría recomendado al emperador en sueños. Maximino sucumbió, probablemente, a la superioridad técnica o a la popularidad guerrera de su adversario, a quien se pasó una parte de su ejército. En su huída llegó hasta Capadocia y trató de obstruir el paso del Tauro con atrincheramientos pero murió, probablemente de muerte natural,[84] en Tarso de Cilicia. Licinio, que se había apoderado de nuevo de Nicomedia y había decretado un nuevo edicto de tolerancia, se adueñó sin mayor resistencia de la herencia de Asia y de Egipto.

Sin duda que Constantino vería con agrado cómo los dos legítimos se combatían entre sí y, de este modo, se libraba de uno de ellos.

[83] Más detalles en Hunziker, *ob. cit.*, pp. 247 *ss.* Entre otras cosas, Maximino creó puestos de sumos sacerdotes en las provincias, nombrando a gente destacada, para reforzar así el paganismo.

[84] *Morte simplici,* dice Aurel. Vict., *Epit.* 40. — *Fortuita morte,* en Eutrop. x, 4.

Además, Licinio le prestó el servicio de acabar con las familias de Galerio, Severo y Maximino Daza (sucumbieron niños inocentes); también Prisca y Valeria, viuda e hija, respectivamente, de Diocleciano, fueron apresadas en Salónica y decapitadas. El sistema de Diocleciano hubiese hecho inútiles y hasta imposibles crueldades de este género. Pero desde que en la cabeza de los hombres se dió otra vez una especie de derecho sucesorio, tales príncipes y princesas podían ser peligrosos; el nuevo señor del Oriente encontró la compensación más natural en el sultanismo corriente, que asesina hasta que ya no exista ningún posible pretendiente.[85] Parece que Licinio tiene algunos méritos como gobernante en lo que se refiere a la clase campesina, de la que él mismo procedía, y también a la prosperidad de las ciudades; si hablaba de la educación literaria como un veneno y una peste del estado, es que en la situación de necesidad del Imperio desearía, con razón, que hubiera menos retóricos (es decir, administradores) y más manos para el trabajo y la defensa; la mayor crueldad que se nos cuenta de él [86] (que hizo matar en el circo a dos mil antioqueños para castigar sus burlas mordaces) no pasa de ser una leyenda según la crítica moderna; pero es cierto que nunca retrocedió ante barbaridades provechosas y acaso entren en este capítulo aquellas ejecuciones de gente rica de que se nos habla.[87] Además de las fortunas, también las mujeres debieron corresponder al disoluto viejo.

Entre tanto se recuerda de la época diocleciana que, para dar cierta seguridad al trono, conviene designar sucesores o Césares. Constantino es el primero en proponer a un cierto Bassiano, que se había casado con su hermana Anastasia. Pero el hermano de él, Senecio, un pariente de Licinio, instiga a Bassiano contra Constantino y éste se ve obligado a acabar con su cuñado y a reclamar de Licinio,

[85] Sobre la suerte desdichada de esta familia cf. Lactancio 39, 40, 50, 51, quien, no obstante la compasión que se le escapa en ocasiones, encuentra perfectamente que Dios destruya las familias de los perseguidores de su nombre.

[86] En Malalas, L.XII, ed. Bonn., p. 314.

[87] En *Anonymus Valesii,* cuyas afirmaciones en este punto admito, mientras que en lo demás sigo a Fr. Görres *(Kritische Untersuchungen ueber die licinianische Christenverfolgung,* Jena 1875) pp. 92 *ss.*

su otro cuñado, la entrega de Senecio, cosa que se le niega abiertamente; las cosas llegan al extremo de que en una ciudad fronteriza del occidente de los dominios de Licinio, en Emona (Laybach), se arrojan al suelo las estatuas de Constantino.[88] Con estos acontecimientos, que presuponen alguna intriga familiar implacable, estalla una terrible guerra en la que Constantino ha debido de ser la parte atacante; por lo menos, sabemos que penetra en los dominios de su cuñado, lo derrota (8 octubre 314) en Cibalis del Save (la actual Svilaja) y lo persigue hasta la Tracia, donde se entabla una segunda batalla, probablemente menos decisiva, en la llanura márdica. Licinio había ya nombrado por sí, en calidad de César, a un comandante de fronteras, de nombre Valente; la primera condición de la paz que se negoció en seguida[89] fué su reintegro a la condición privada, para que no surgiera una tercera dinastía; además, Licinio tuvo que desprenderse de todas sus posesiones europeas, es decir, de los países al sur del Danubio y de toda la Grecia con excepción de Tracia y la costa póntica.[90]

A este punto había llevado las cosas el legítimo gracias a su alianza anterior con el usurpador, tan superior espiritualmente a él, y contra el cual tendrían que haberse unido todos, después de la muerte de Galerio, para poder sostenerse. Cuanto menos seguro se halla un poder de su origen legítimo, tanto más propende, necesariamente, a hacer la limpia de todos los legítimos. Era todavía difícil aniquilar por completo a Licinio, pero ya la superioridad había pasado a manos de Constantino. En apariencia tenemos un derecho igual para los dos señores; después de cierto tiempo (317) ambos

[88] Por muy extraño que nos parezca esto que nos cuenta *Anonymus Valesii*, 14, 5, contiene, aunque en forma un poco deformada, la verdadera causa de la guerra que sigue, mejor que las indicaciones generales de Zósimo y los demás. Eusebio y Lactancio, quien, a juzgar por el cap. 51, escribió su libro no antes de fines del año 314, tienen sus motivos para no mencionar la guerra.

[89] Petrus Patricius, *Legat. fragm.* 15 en Mueller, *ob. cit.*, vol. IV, p. 189. La cólera de Constantino contra "el mísero esclavo" Valente, no deja de tener importancia.

[90] Más detalles en Görres, pp. 29 *ss.*

nombran como Césares a sus propios hijos, Constantino a Crispo y al joven Constantino, Licinio a Liciniano. Pero si tenemos en cuenta la edad de estos Césares se nos revelará la distinta posición de los emperadores; Crispo era un joven vigoroso, apto para mandar el ejército, Liciniano un niño de veinte meses y, además, el hijo único de su anciano padre, que a su muerte sería fácil de eliminar. Por eso el emperador legítimo, siguiendo el sistema de Diocleciano, quiso adoptar como Césares a compañeros de armas, como Valente y, más tarde, Martiniano, pero Constantino no se lo consintió. Pero él mismo se permite un segundo nombramiento; junto al hijo mayor de su primer matrimonio, Crispo, coloca en reserva al hijo, todavía muy joven, tenido de Fausta.

Esta situación la aguanta Constantino hasta el año 323, en que se incorporará los dominios de Licinio. Dejó madurar el fruto hasta que casi le cayó a las manos.

Eran los años decisivos en que miraba atentamente al cristianismo para ver en qué grado podía servir a un gobernante inteligente. Cuando se convenció, gracias al crecimiento de las comunidades, a la naturaleza ya más desarrollada de su jerarquía, a la traza de su sistema sinodal y a todo el carácter general del cristianismo, que esta poderosa fuerza se podía convertir en un apoyo del trono o que, en todo caso, había que asegurarse oportunamente de ella, pues ya empezaba a afirmar su poder, en ese momento encontró la palanca más fuerte contra Licinio. Este había cometido la torpeza de hacer pagar a los cristianos su justificada inquina contra Constantino,[91] como si fueran culpables de la implacable ambición de éste (desde 319). Pero de haber poseído o querido aplicar los medios para una renovación de la persecución, el terror tenía que ser su aliado y pudo haberse desencadenado una guerra de principios en grande escala. Se limitó a expulsar a los cristianos de su corte y a pequeños fastidios que, debido a la resistencia de la crecida muchedumbre cristiana, asumieron pronto el carácter de una semiper-

[91] La fecha del comienzo de la persecución y todo su curso, con mucha precisión en Fr. Görres, *ob. cit.*

secución.[92] Todo el elemento cristiano, de los obispos para abajo, constituyó una propaganda natural en contra de él y a favor de Constantino, que tampoco desaprovecha seguramente la ocasión de incitarlos; la situación mucho más favorable que desde siempre había reconocido a los cristianos bastaría ya para irritar a éstos. Todo sínodo, toda reunión de obispos resultaba, de hecho, peligrosa y Licinio las prohibió; las prácticas de culto resultaban también sospechosas como asambleas y ordenó que hombres y mujeres se reunieran aparte y desterró todo el culto de la ciudad al campo, donde el aire es mejor que en las casas de oración; como los clérigos trataban de influir en los hombres a través de las mujeres, ordenó que éstas serían instruídas en la doctrina por maestras.[93] Degradó a los oficiales cristianos; algunos obispos, especialmente sospechosos, fueron asesinados y algunas iglesias desmanteladas o, por lo menos, clausuradas. "¡No sabía (suspira Eusebio) que en estas iglesias se solía rogar por él; creía que rogábamos sólo por Constantino!" Licinio no dictó ninguna orden general que estuviera en contradicción con los edictos de tolerancia de tiempos anteriores, y hasta arrianos, como el obispo Eusebio de Nicomedia, pudieron conservar su favor hasta última hora, pero se sucedieron las confiscaciones, los destierros a islas desiertas, las condenaciones a las minas, las atimias de distinto género, las ventas en calidad de esclavo, sin exceptuar las gentes distinguidas. El en otros tiempos tolerante príncipe, que hasta ese momento había considerado provechoso mantener la duda de los súbditos acerca de su creencia personal,[94] se muestra ahora como el viejo pagano rodeado de

[92] Sulpic. Sever., *Sacra hist.* I. II. *Sed id inter persecutiones non computatur,* etc.

[93] Así lo dice Euseb. *Vita Const,* donde en I, 49-50; II, 1-20 se habla de Licinio. — Los obispos del imperio de Licinio se proclaman, según I, 56, "amigos del gran emperador, amado de Dios", es decir, de Constantino. — La amplitud de la persecución liciniana nos la indica el edicto, en Euseb. II, 24-42. Pero los pretendidos mártires son, casi todos, de dudosa autenticidad; cf. las investigaciones de Görres, *ob. cit.* De todos los martirios de soldados el único completamente seguro es el de los 40 guerreros de Sebaste, *ob. cit.,* pp. 104 *ss.*

[94] Así que Eusebio y Lactancio se pueden sentir defraudados. En la *Hist.*

magos y sacrificadores egipcios; interroga a los intérpretes de sueños y a los oráculos, entre otros el Apolo Milesio, que contesta con dos hexámetros ominosos; finalmente, según nos cuenta Eusebio, reúne a sus amigos más íntimos y a su guardia en un prado ornado con estatuas de dioses; después de un sacrificio solemne, les dirige un discurso cuyo sentido es que la lucha que se avecina supone una decisión entre los viejos dioses y el nuevo dios extranjero.

¿Qué fué lo que movió a Licinio a dar este paso desesperado? No tenía que pensar mucho para ver que le convenía, por el contrario, emular a Constantino en favorecer a los cristianos. Probablemente le sacó de quicio el darse cuenta de la malignidad de su enemigo y renegó de su condescendencia anterior con los cristianos, representados por un caudillo tan implacable. Pero un ataque a los dominios de Constantino era tan inverosímil como en el año 314; Eusebio (II, 3) cree honrar una vez más a su héroe haciendo que se arme por pura compasión de los desgraciados súbditos de Licinio, es decir, sin que éste le haya dado el menor pretexto.[95]

De pronto irrumpen los godos a través del Danubio en los dominios de Licinio. Constantino acude contra ellos, sin ser llamado, los rechaza y les obliga a entregar los prisioneros; Licinio se queja, sin embargo, de esta intervención en sus dominios.[96] Hasta aquí la noticia de un recopilador posterior, escueto pero muy importante,

eccl. IX, 9, redactada anteriormente, Licinio todavía es un emperador piadoso y amado de Dios, pero en la *Vita Const.* I, 49; II, 1 y 46; III, 3 se habla de él como de un animal terrible, el demonio malo, la serpiente falsa, e incluso fué representado como dragón pisoteado por Constantino. Ya en los añadidos e interpolaciones posteriores de la *Hist. ecclesiastica* se habla en el mismo tono de Licinio, lo que se halla en completa contradicción con los anteriores elogios, no borrados. Cf. *Hist. Eccles.* X, 8 y 9.

[95] Todavía en los suplementos a la *Hist. eccl.*, añadidos probablemente en seguida de la guerra (X, 8, 9.), Euseb. consideró necesario hablar de conatos de ataques y persecuciones de Licinio, y en la *Vita Const.* (II, 3) su héroe tiene desde un principio la razón en todo lo que hace y no le son menester aquellos motivos, por lo que puede empezar la guerra como quiera. Así se le enjuiciaba ya alrededor del año 340.

[96] Lo que Zósimo II, 21, pone en su lugar, la historia de la guerra de Constantino contra los sármatas mandados por Rausimodo, no puede confundirse con esta invasión y corresponde probablemente al año 319

el llamado Anónimo Valesiano. Júntese a esto lo que nos cuenta el conocido historiador de los godos Jordanes (cap. 21): "Ocurre a menudo que los godos son invitados (por los emperadores romanos) y también su irrupción fué solicitada por Constantino; arremetieron contra su cuñado Licinio y una vez vencido, cercado en Salónica y despojado de su imperio, fué sacrificado por la espada del vencedor." Quien sigue con atención a Constantino presume que todo esto puede ser muy cierto.[97] En todo caso, la irrupción de los godos cuenta entre los antecedentes más inmediatos de la guerra.

Pasamos por alto los diversos incidentes de esta segunda lucha por el imperio del mundo, esta segunda guerra de Accio. Desde el 314 Constantino había aumentado en forma importante (con Tesalónica y los demás puertos de Grecia) su poder marítimo y pudo armar doscientas naves, mientras que Licinio, que disponía de las costas del Oriente, trescientas cincuenta. La misma proporción se observa en lo restante, pues Constantino pudo equipar ciento treinta mil hombres mientras que Licinio ciento sesenta y cinco mil. Desde los tiempos de Septimio Severo, en ninguna guerra civil se habían enfrentado fuerzas tan considerables. Pero Constantino tenía una gran ventaja: que las gentes de la provincia de Iliria marchaban bajo sus banderas. En Adrianópolis, donde venció por primera vez Constantino, cayeron treinta y cuatro mil hombres; poco después su armada, al mando de Crispo, derrotó a la de Licinio, mandada por Abanto (Amando), no lejos de la entrada del Helesponto y una tormenta acabó con los restos; pero Licinio, que ya no se podía sostener en Europa, marchó de Bizancio a Calcedonia y nombró César a Martiniano, uno de los funcionarios de la corte. Esta medida pudo haber sido decisiva a comienzos de la campaña. El emperador legítimo, valiéndose de oportunas adopciones en el sentido de Diocleciano, se podría haber ganado para su causa, sin preocuparse de las pretensiones del usurpador, a los tres o cuatro generales más seguros. Pero

[97] No debe confundirnos en esto la ley del 27 de abril de 323, *Cod. Theodos.* VII, 1, que condena a la muerte por el fuego a los que dieran ocasión a los bárbaros para saquear a los romanos.

ahora, en medio del abandono y de la traición, la medida llegaba demasiado tarde.

Después de una pausa se reanuda la lucha; Martiniano, estacionado en Lampsaco para impedir un desembarco del enemigo en el Helesponto, fué nombrado a toda prisa por Licinio jefe militar del Bósforo, que Constantino había logrado atravesar. La suerte se decidió en la gran batalla de Crisópolis en Calcedonia, en la que apenas si se salvaron treinta mil de los ciento treinta mil soldados de Licinio (entre los que había también godos).[98] El desgraciado emperador huyó a Nicomedia, donde fué cercado, mientras que Bizancio y Calcedonia abrían las puertas al vencedor. Constancia, esposa de Licinio y hermana de Constantino, que llegó al campamento para negociar, recibió, bajo juramento, la promesa de que se respetaría la vida de su esposo y, después de esto, el viejo camarada de armas de Probo y de Diocleciano salió de la ciudad, se arrodilló ante el vencedor y entregó su manto de púrpura. Fué enviado a Tesalónica y Martiniano a Capadocia. Pero al año siguiente (324) pensó Constantino que era más conveniente matarle: "Había sido instruído por el ejemplo de su suegro Maximiano Herculio y temía que Licinio pudiera investirse de nuevo con la púrpura para perdición del Imperio."[99] Con esta motivación de innegable oportunismo, podría darse por satisfecha la posteridad tratándose de un carácter como el de Constantino; pero es el caso que más tarde se inventa una rebelión de soldados en Tesalónica a favor del emperador depuesto,[100] de lo cual algo nos hubiera dicho Eusebio si hubiera ocurrido de verdad. Pero, con su manera insuperable, sale del paso del perjurio

[98] El *Anonym. Vales.* 27, dice que del ejército de Licinio perecieron 27,000 hombres por lo menos y que los demás huyeron. — No sabemos si tras el nombre del jefe de los godos, Aluquaca, mencionado en esta versión, no se oculta un *alique causa.* Euseb. reprocha a Licinio el haber reclutado para sus campañas a los bárbaros (*V. C.* II, 15), sin pensar en que su héroe hizo lo mismo.

[99] *Anon. Vales.* 29. — Euseb., *Vita Const.* II, 18. Zosim. II, 28. Sócrates I, 4. Sozom. I, 7 y otros más.

[100] En Zonaras son los soldados los que piden su muerte. Frente a esta petición, ¡el benévolo Constantino quiere todavía consultar al senado!

y demás circunstancias con la fría observación de que el enemigo de Dios y sus perversos consejeros han sido juzgados y castigados con arreglo al derecho de guerra. Sabemos que el viejo emperador fué estrangulado y el César asesinado por la guardia. Pronto nos ocuparemos de la suerte no menos triste de Liciniano.

Eusebio idealiza toda esta guerra convirtiéndola en una pura lucha de principios; Licinio es el enemigo de Dios y lucha contra El; Constantino, por el contrario, combate bajo la directa dirección divina que cobra figura visible en el Semeion, el conocido fetiche que es llevado a la batalla; no faltan, como es natural, apariciones celestiales, ejércitos de espíritus que entran en las ciudades de Licinio y cosas parecidas. Eusebio no es ningún fanático; conocía el alma profana de Constantino y su fría y terrible ambición de poder, y conocía también, sin duda alguna, las verdaderas causas de la guerra; pero se trata del primer historiador absolutamente insincero de la Antigüedad. Su táctica, que tuvo un éxito extraordinario en su época y en toda la Edad Media, consistía en convertir a toda costa al primer gran protector de la iglesia en un ideal de la humanidad en el sentido suyo, sobre todo en un ideal para príncipes futuros. Con esto hemos salido perdiendo el retrato de un hombre genial, que nada sabía en política de preocupaciones morales y que miraba la cuestión religiosa únicamente desde el ángulo de su utilidad política. Veremos cómo después de esta guerra consideró conveniente aproximarse todavía más a los cristianos y cómo de este modo se llevó a cabo la elevación del cristianismo a religión del estado. Pero Constantino era más sincero que Eusebio; más cosas ha dejado que sucedan que realizado efectivamente y, por lo que toca a sus convicciones personales, no equivocó más la opinión de sus súbditos que Napoleón cuando firmó el concordato.

Por lo demás, hubiera sido demasiado hacerse pasar por cristiano. No mucho después del concilio de Nicea manda matar en Pola de Istria (326) al excelente Crispo, hijo del primer matrimonio, discípulo de Lactancio, y poco después manda ahogar en el baño a su propia esposa Fausta, la hija de Maximiano; también Liciniano, ape-

nas de 11 años, fué asesinado, probablemente al mismo tiempo que Crispo. No podemos decidirnos entre las diversas hipótesis: si Fausta era una Fedra con el hijastro o porque lo calumnió ante el padre, si le interesaba la elevación de sus propios hijos o si, realmente, las lamentaciones de la vieja Elena por su nieto movieron al emperador. Pero el asesinato de Liciniano nos hace pensar que estas espantosas crueldades no se debieron a meras cuestiones de familia sino también a consideraciones políticas.[101] Con esta ocasión se suele hablar de Felipe II y de Pedro el Grande, pero el verdadero paralelo lo ofrecen Solimán el Magnífico y su noble hijo Mustafá, que sucumbe por las malas artes de Roxolane.[102] Con el derecho de sucesión se presenta, inevitablemente, como complemento suyo, el sultanismo, es decir, que los emperadores no se sentían seguros en ningún momento en medio de sus hermanos, hijos, tíos, sobrinos y primos, presuntos herederos, si no se ayudaban a tiempo con los asesinatos convenientes. Constantino se adelantó en esto y ya veremos cómo prosiguieron sus hijos.

Estos hijos, Constantino II, Constancio II y Constante han sido nombrados, entre tanto, Césares;[103] el linaje de los Herculios va subiendo al trono después que el padre ha hecho desaparecer de este mundo a la madre, al abuelo materno, al tío Majencio y al hermanastro. La simiente de tantas maldiciones habría de prosperar más tarde espléndidamente.

Descuidemos por el momento la conversión de Bizancio en Cons-

[101] Gibbon (en el volumen tercero) ofrece un cuadro hipotético de todo el suceso. — Vogel *(Der Kaiser Diocletian,* p. 71) sospecha que Crispo pudo haberse acarreado su propia caída por haberle recordado al padre la proximidad de sus vicenalias, en las que tendría que abandonar el trono según el sistema diocleciano (tal como nosotros lo suponemos). — Es muy posible.

[102] Cf. Ranke, *Fürsten und Völker von Südeuropa* I, p. 34. — Se podía deducir que la opinión de los cortesanos no absolvía a Constantino, si recordamos que el prefecto de la guardia, Ablavio, pegó un epigrama a la puerta de palacio, pero esta anécdota (en Sidon. Apollinar., *Ep.* v, 8) no está muy autorizada.

[103] Habían nacido en 316, 317 y 323 y se convirtieron en Césares en 317, 323 y 333. Véanse los comentaristas a Euseb., *Vita C.* IV, 40.

tantinopla, haciéndola metrópoli del orbe. Tenía necesidad de una residencia y de una población sin historial, que todo se lo debiera a él, que se tuviera que apoyar en él y pudiera funcionar como centro y patrón para tantas cosas nuevas del estado y de la sociedad. Pues sin una tendencia expresa de este género, muy bien podía haber continuado en Nicomedia. Se trata del acto más consciente de todo su gobierno.

Mucho más difícil resulta explicar la última gran decisión política de Constantino, es decir, el reparto del Imperio.

Entre los hermanos de Constantino, Dalmacio tenía dos hijos, Dalmacio y Anibaliano; Julio Constancio también dos hijos, todavía niños, Galo y Juliano (el mismo que la posteridad ha bautizado de apóstata). De estos cuatro sobrinos, Constantino nombró a Dalmacio, que ya había poseído un consulado (333), César, dos años antes de su muerte (335). Ya había distinguido especialmente a su padre, el viejo Dalmacio,[104] y lo había enviado a la importante y acaso peligrosa Antioquía (332) con el título poco significativo de Censor, del mismo modo que una generación después Constancio estableció en esa ciudad a Galo, tanto para vigilar la vieja y abandonada capital del Oriente como para favorecerla; y al viejo Dalmacio se le atribuyó más tarde (335) una especie de realeza sobre Capadocia. El nombramiento de César por el mismo año de su hijo homónimo[105] tuvo acaso su motivo particular en la feliz dominación de una rebelión en Chipre, donde un inspector de los dromedarios imperiales, Calocero, se presentó como usurpador;[106] el joven Dalmacio pudo apresarlo y lo hizo quemar vivo en Tarso, "como a un esclavo y ladrón".

Pero muy poco después, en el año 335 todavía, dos antes de la muerte de Constantino, tiene lugar un reparto del Imperio en el

[104] Sobre esto, especialmente Sócrates I, 27, y la nota del editor. No es nada seguro cómo se deben repartir las noticias entre padre e hijo.

[105] *Adsistentibus valide militaribus*, como agrega Aurel. Vict., *Caess.* 41, de un modo algo enigmático.

[106] Aurel. Vict., *Caess.* 41, califica a esta empresa de insensata; sin embargo, se plantea la cuestión de si Calocero no podía esperar un apoyo.

cual Constantino II recibe los países de su abuelo Cloro, Britania, las Galias y España, Constancio II, Asia, Siria y Egipto, y Constante, Italia y Africa; y todas las tierras entre el Mar Negro, el Egeo y el Adriático, es decir, Tracia, Macedonia, Iliria y Acaya (con Grecia) corresponderían a su sobrino Dalmacio, y hasta el hermano de éste, Anibaliano, que no se había distinguido por ningún mérito especial, recibió la realeza sobre la Armenia romana, el Ponto y las tierras cercanas, no sabemos si en forma ilimitada o bajo la soberanía de Constancio II, y casó entonces, o acaso antes, con una hija de Constantino y hermana de su coheredero, Constancia. Este testamento imperial fué, sin duda, un testamento público, conocido de todo el mundo. Pero su contenido sólo el segundo Aurelio Víctor nos lo ofrece adecuadamente, mientras que los demás autores lo mutilan, o lo silencian, como Eusebio, con su cuenta y razón.

La primera cuestión que surge es la siguiente: ¿por qué hizo este reparto Constantino cuando la unidad del Imperio había costado la sangre de cientos de miles? Sorprende también que la región central con su nueva capital la cediera a los sobrinos y no a los hijos. Acaso la respuesta la tengamos en el carácter de estos últimos. Podemos leer en Eusebio[107] un capítulo conmovedor acerca de su educación en el temor de Dios y en todas las virtudes imperiales, de lo que ya nos ocuparemos más tarde; pero, en realidad, se trataba de una ralea despreciable, sin honor ni lealtad. Si el padre hubiera nombrado a uno de ellos heredero único, en cuanto cerrara los ojos se produciría el asesinato de los demás hermanos y parientes y ¿qué había de pasar en el Imperio si se encontrara de pronto sin ningún miembro de la familia de los Herculios ni de la de Constancio? Constantino tuvo que hacer el reparto para preservar a la dinastía. Previó, sin duda alguna, las guerras intestinas entre sus hijos, pero podía abrigar la esperanza que. de las tres o cinco familias principescas de su linaje, quedaría por lo menos algún heredero con vida caso de que hubieran contado con tiempo para casarse y procrear. No por nada dispersó a sus hijos en vida mandándolos a provincias determinadas.

107 *Vita Const.* IV, 51 *s.* — Algo parecido en *Juliani Encomium*, p. 14.

Pero el hecho de que atribuyera al sobrino toda la península grecoilírica junto con Constantinopla se deba acaso a que pensó que de estar esta perla del Imperio en manos de uno de los tres hijos se convertiría en seguida en el objeto de la envidia más terrible, como efectivamente sucedió después. Se podría objetar que de este modo se colocó a Dalmacio en una posición peligrosa. Pero los recursos estaban en proporción con el peligro, pues quien dispusiera entonces de los países ilíricos, de sus generales y de sus soldados, podía resistir a todo el resto del Imperio.

La parte de Anibaliano parece, finalmente, una consecuencia sencilla de la de su hermano. No podemos pronunciarnos sobre su misión especial en la frontera norte del Asia Menor.

No será fácil aceptar este intento de explicación y motivación del punto más oscuro de la historia de Constantino, ya que presupone enemistades muy antinaturales dentro de la familia imperial. Pero no creo haber sobrepasado los términos de lo verosímil.

Acaso la única relación sana en torno a este gran Constantino, "quien persiguió a los que estaban cerca de él y asesinó primero al hijo y a un sobrino, después a la esposa y luego a toda una serie de amigos",[108] es la que mantiene con su madre Elena. Cualquiera que hubiera sido su posición con Cloro, para la mentalidad oriental se hallaba suficientemente legitimada pues que de ella había nacido el emperador. Parece que Constantino siempre estuvo abierto a su consejo;[109] rodeada de honores oficiales muy especiales,[110] llenó sus últimos días con obras de caridad, peregrinaciones y fundaciones de iglesias. Falleció con más de ochenta años, probablemente no mucho

[108] Eutrop. x, 6.

[109] Odiaba, con fundada razón, a los hijos de Dalmacio y de Julio Constancio, que durante su vida fueron mantenidos alejados de la corte. Eran los nietos de Teodora, por cuya causa había sido repudiada por Cloro. — Cf. Manso, p. 208, junto con las citas recogidas de Libanio.

[110] Euseb., *Vita. Const.* II, 46, 47. — Las numerosas inscripciones de honor, recopiladas por Ang. Mai, *Vett. Scriptt. collectio,* vol. v. — Sobre la fecha de su muerte véase Manso, *ob. cit.,* pp. 292 *ss.* — Sobre su estatua, que hacía *pendant* a la de Constantino en el Foro de Constantinopla, véase Suidas s. v. 'Ελένη, et s. v. Μίλιον.

antes que su hijo. Drepanum de Bitinia recibió de ella el nombre de Helenópolis.

Estando ocupado Constantino en los preparativos para una guerra defensiva contra Sapor II de Persia, fué víctima de una enfermedad mortal. Ahora es cuando ingresa como catecúmeno en la iglesia de los mártires de Helenópolis y se hace conducir luego a la villa Aquirona en Nicomedia, donde recibió el bautismo y falleció en el último día de la pascua de Pentecostés del año 337.

En torno a su cadáver, que los soldados condujeron a Constantinopla y expusieron con gran solemnidad en una de las salas de palacio, ocurrieron las cosas más extraordinarias, cuya cola llega hasta muy dentro del año siguiente.

El relato comienza con las violentas lamentaciones fúnebres de los soldados; los soldados rasos desgarran sus vestidos entre lamentaciones y los oficiales claman por su orfandad.[111] Este dolor era profundo y sincero entre los germanos de su guardia, que consideraban su relación con el emperador como una relación de fidelidad personal. El fallecido había sido un gran general y se había ocupado paternalmente de los soldados;[112] pero ¿qué les importaba lo demás? Estos soldados plañideros son también, en ausencia de los herederos, la autoridad que toma las primeras disposiciones y decide, por ejemplo, aplazar el enterramiento del emperador hasta la llegada de uno de los hijos. "Entre tanto los oficiales (y especialmente los tribunos) envían gentes de confianza a comunicar la noticia de la muerte a los Césares. Y, como por una inspiración superior, todo el ejército coincidía en una sola cosa, en no reconocer a nadie por heredero sino a los hijos. Para esto consideraron conveniente que ya no se llamasen Césares sino Augustos. Los ejércitos se comunica-

[111] Euseb., *Vita Const.* IV, 63 *s.* La idea y la explicación causal, que Beugnot, *ob. cit.*, I, pp. 133 *ss.*, intercala en estos acontecimientos, me parecen falsas y arbitrarias. No puedo recelar "una reacción del lado pagano, preparada hacía mucho tiempo" en esta historia de asesinatos que hablan por sí solos.

[112] Aún mucho más tarde, bajo Constancio, los soldados mencionaban con respeto los generosos donativos de Constantino. Cf. Julian., *Encom.*, p. 10.

ron por escrito esta opinión suya y por todas partes se conoció esta unanimidad militar." Eusebio no considera necesario decirnos más sobre el particular.

Pero ¿dónde estaba Dalmacio? En la parte del Imperio que le correspondía, en su capital, se hallaba el cadáver, y eran los soldados quienes mandaban; ¿por qué no es nombrado ni una sola vez mientras le despojan del Imperio? En lugar de esto, tenemos que Constancio se apresura a venir y conduce la solemne comitiva funeral desde palacio a la iglesia de los Apóstoles. ¿Es que Constantino había supuesto que el sobrino era más resuelto de lo que en realidad lo fué? ¿O era demasiado poderosa la intriga tramada contra él? No lo sabemos. Acaso fué detenido inmediatamente, acaso fué mantenido durante cierto tiempo con una sombra de corregencia.[113] Pero a los pocos meses estalló (338) el gran golpe de estado del que algunos autores quieren exculpar inútilmente a Constancio, diciendo que más bien lo consintió que lo incitó.[114] Los soldados, u otros asesinos, despachan primero a Julio Constancio, hermano del gran Constantino; sus hijos Galo y Juliano no fueron tocados, el primero porque se hallaba muy enfermo, el segundo por su misma juventud. Pero se asesinó a Dalmacio y a Patricio Optato, luego[115] al antes poderoso prefecto de la guardia Ablavio[116] y finalmente a Anibaliano. No deja de ser una excusa decir que los soldados no pretendían otra cosa que reconocer a los hijos; sin duda que lo más natural para ellos, en especial para los germanos, podía ser muy bien el derecho de herencia, pero de no haber sido acuciados no hubieran pasado a tales extremos. Para las gentes que todo lo tragan se inventó la historia[117] de que el gran Constantino había sido envenenado por su

[113] Lo último si se quiere combinar a Sócrates II, 25, con *Anonym. Vales.* 35.

[114] La autoridad de Zósimo II, 40, se ve apoyada por la mayor probabilidad.

[115] La sucesión es diferente en Hieronym., *Chron. ad. a.* 341.

[116] Sobre su muerte mayores detalles en Eunapio *(sub. Aedesio)*. Los mensajeros de Constantino intentaron comprometerle todavía más trasmitiéndole la púrpura, para tener así un pretexto.

[117] Philostorgius II, 16.

hermano, pero que, habiéndose dado cuenta de la fechoría, incitó en el último momento a la venganza al primero de sus hijos que tuviera ocasión para ella. No es posible dar con un relato más simple.

No es objeto nuestro tratar de explicar la suerte ulterior y los repartos del poder supremo del Imperio. Constantino lo había fortalecido extraordinariamente con su nueva organización del estado y de la iglesia y por eso los hijos se pudieron permitir muchas cosas, hasta que todo el capital heredado fué consumido por completo, del mismo modo que los hijos de Luis el Piadoso, cuya historia nos evoca tantos sucesos de la presente, pudieron entregarse durante más de una generación a sus guerras fratricidas hasta que la sombra de Carlomagno perdió toda su virtud mágica. La primera disputa surgió, naturalmente, con ocasión de la sucesión de Dalmacio, en torno especialmente a la posesión de Tracia y de Constantinopla; las otras compensaciones que debían de seguirse, es decir, la corregencia de Africa e Italia exigida por Constante, condujeron a la guerra (340), en la que sucumbió Constantino II sin dejar una dinastía. El vencedor, Constante, tendría que repartir con Constancio de no estar éste retenido por la guerra contra los persas. De esto se daba cuenta también la gente que rodeaba a Constante, en su mayoría germanos, entre los que se sentía más seguro que entre los romanos en medio de sus fechorías. Suponiendo que, pasara lo que pasara, el emperador del Oriente no podría intervenir en el Occidente y en Africa, se levantó el franco Magnencio, en otros tiempos general de los Jovios y los Herculios, en un banquete celebrado en Autun (350). Constante, que debía ser apresado en una cacería, recibió aviso a tiempo pero se vió abandonado de pronto por los soldados y la población y no le cupo más remedio que huir. Los asesinos, a cuya cabeza iba el franco Gaiso, le dieron caza en el Pirineo. Mientras todo el Occidente caía en poder de Magnencio, las guarniciones del Danubio pretendían el mismo derecho a la usurpación y proclamaron al viejo general Vetranio. Y para que no faltara el capítulo cómico, un sobrino del gran Constantino por parte de su hermana Eutropia, Nepotiano, se hizo proclamar emperador en Roma; pero

este desdichado príncipe colateral, que pretendía desempeñar otra vez el papel de un Majencio, no disponía como éste de una guarnición pretoriana sino de los cuarteles de los gladiadores, así que el ejército enviado por Magnencio acabó pronto con él. Pero se equivocaron por lo que respecta a Constancio; interrumpió la guerra persa y trató por todos los medios de acabar con sus enemigos. Encontramos en Zósimo la sorprendente noticia de que Constancio supo entusiasmar a sus soldados por el principio dinástico, de suerte que proclamaban que los emperadores ilegítimos tenían que ser aniquilados.[118] En todo caso, dió muestras en este tiempo de talento y resolución. Después de haber entretenido durante cierto tiempo a Vetranio, lo expulsó, con una gran presencia de ánimo, delante de su propio ejército; envolvió luego a Magnencio en una guerra que cuenta entre las más espantosas de estas luchas intestinas y en ella se esparcieron por todo el Occidente un enjambre de espías y soplones para perseguir a los partidarios del usurpador. Pero las ideas más negras acerca del futuro del Imperio debieron amargar al vencedor a pesar de todos sus éxitos. Mientras que el ejército no quería ya tener ningún señor ilegítimo, sus propios parientes, que no habían podido ser eliminados, le eran sospechosos o mortalmente odiados;[119] su matrimonio con Eusebia fué estéril y, así, el hijo de Constantino el Grande se veía colocado, a consecuencia del sultanismo desatado de dos generaciones, en el mismo punto del que partió Diocleciano: se veía forzado a apelar a las adopciones. Tenía una hermana, digna de él, Constancia (o Constantina), la viuda del asesinado Anibaliano, que fué utilizada luego para ganar la confianza de Vetranio, ofreciéndole su mano. Cuando se trató más tarde de la perdición de la última rama, todavía viva, de la familia, los hijos de Julio Constancio, asesinado en el año de 338, casó con el más viejo de ellos, Galo, y aunque murió antes del asesinato de éste no podemos dudar de que tuvo también su participación. Cuando ya no quedaba más que el hermano más joven, Juliano, al que el Imperio miraba con

[118] Zosim., II, 44.
[119] Zosim., III, 1.

respeto como salvador de las Galias y vencedor de los germanos, el malvado primo no le dejó más que la elección entre la muerte y la usurpación, pero murió cuando estaba a punto de estallar la guerra, siendo reconocido Juliano por todos. Con su memorable gobierno de dos años acaba la familia de Constantino, pues de su matrimonio no tuvo hijos.

Las sucesiones inmediatas, las de Joviano y Valentiniano, fueron cosa del ejército, como la mayoría de las del siglo tercero. Pero el derecho hereditario del trono imperial había hecho presa de tal modo en el ánimo de las gentes que en seguida se volvió a este sistema y se quiso aferrarse a él.[120] Siguen la dinastía valentiniana y la teodósica, ésta por el entronque con aquélla, y ambas escapan, por lo menos, al sistema sultánico de asesinatos familiares. Desde mediados del siglo cuarto hasta mediados del quinto la posesión del trono o de ambos tronos se vió discutida diversamente por la usurpación y por necesidades de todo género, pero en ningún momento se dudó de la legitimidad de la sucesión. La convicción de los generales, en su mayoría germanos, y la opinión de los cristianos, apoyada en el Antiguo Testamento, colaboraron en este triunfo tardío del principio dinástico. Mantiene su valor en toda la época bizantina y, a pesar de todas las interrupciones debidas al sultanismo y al pretorianismo, proporciona constantemente nuevas dinastías, algunas de larga duración.

[120] Había usurpadores que creían poderse legitimar por èl matrimonio con viudas de emperadores, Ammian. Marc. XVIII, 3. Un pariente lejano de Juliano, Procopio, que se levantó en el año 365 contra Valente, se apoderó de la única hija, todavía muy joven, de Constantino —de su último matrimonio con Faustina— y recibió la ayuda de los godos, pues éstos le creían emparentado con la familia de Constancio. Ammian. Marc. XXVI, 10. — Zósimo IV, 1 y 12, nos informa de cómo el ejército reclamaba de Valentiniano una dinastía, Cf. Ammian. Marc. XXVI, 4.

SECCION NOVENA

CONSTANTINO Y LA IGLESIA

SE HA intentado muchas veces penetrar en la conciencia religiosa de Constantino, esbozando un cuadro de las presuntas transiciones de sus opiniones religiosas. Es un esfuerzo totalmente ocioso. Tratándose de un hombre genial al que la ambición y el ansia de poder no le dejan un momento de sosiego, no se puede hablar de cristianismo ni de paganismo, de religiosidad o irreligiosidad conscientes; un tipo semejante es esencialmente arreligioso, aun cuando se figure hallarse en medio de una comunidad eclesiástica. Lo sagrado lo conoce, únicamente, como reminiscencia o como aparato supersticioso. Los momentos de recogimiento interior, que en el hombre religioso están dedicados a la piedad, en él son consumidos por un fervor bien distinto; planes que abrazan el mundo entero, sueños poderosos le llevan rápidamente a los ríos de sangre de ejércitos deshechos; se figura muy bien llegar al sosiego cuando haya conseguido esto y aquello, cuando haya poseído todo lo que le falta para ser dueño de todo; pero, entre tanto, todas sus potencias corporales y espirituales andan tras las grandes metas del señorío y si por algún momento piensa en su verdadera fe ésta no será otra que el fatalismo. Pero en el caso presente no se quiere uno convencer de que un teólogo importante, un investigador de escaso sentido crítico pero de gran aplicación, un coetáneo tan cercano a los sucesos, Eusebio de Cesárea, nos haya podido repetir cientos de veces, a través de cuatro libros, idéntica falsedad; se busca el apoyo en edictos cristianos inflamados de celo. en un discurso del emperador "a la congregación de los santos" que sería imposible en boca de un no cristiano. Pero este discurso, digámoslo de pasada, ni fué redactado por Constantino ni pronunciado

jamás,[1] y en cuanto a los edictos, dejó en parte mano libre a los clérigos cristianos. Ahora bien, Eusebio, a pesar de haber sido seguido por todos los historiadores, no puede ya figurar como fuente decisiva luego de las innumerables deformaciones, ocultaciones y fantasías que han sido evidenciadas en él. Es un hecho triste, pero muy comprensible, que tampoco los demás voceros de la iglesia revelaran, por lo que sabemos, la verdadera posición de Constantino y que no pronunciaran la menor palabra de reproche contra el egoísta asesino que tenía el gran mérito de haber comprendido al cristianismo como una potencia mundial y de haber obrado en consecuencia. Podemos figurarnos muy bien la alegría que produciría el poseer, por fin, una garantía firme contra las persecuciones, pero en modo alguno nos hallamos obligados a participar en el estado de ánimo de entonces mil quinientos años después.

Como una de las reminiscencias que trajo consigo Constantino de la familia de Cloro se presenta el monoteísmo tolerante,[2] al que se había entregado éste. El primer testimonio religioso vivo nos lo ofrece[3] la visita de Constantino al templo de Apolo en Autun (308), antes de reanudar el ataque contra los francos; parece que interrogó al oráculo y depositó ricas ofrendas. Este culto de Apolo no se halla acaso en contradicción con aquel monoteísmo de la casa paterna, pues el mismo Cloro concebía al ser supremo como un dios solar. También su sobrino Juliano[4] solía hablar de un culto especial de su tío a Helios. Creemos que se trata de la personificación del sol como Mitra, apoyándonos en el conocido reverso de la moneda constantiniana que representa al dios solar con la inscripción SOLI. INVICTO.

[1] De haber ocurrido esto, por ejemplo durante un sínodo, no nos faltarían, sin duda, noticias sobre ello.

[2] La inscripción en Orelli 1061 en honor de Mercurio no demostraría nada en contra, teniendo en cuenta la concepción de los dioses en aquella época.

[3] *Panegyr.* VII, 21.

[4] Véase la cita de Orat. VII, Fol. 228, en la obra de Neander, *Kirchengeschichte,* vol. III, p. 13. — En los *Césares,* p. 144, Juliano se burla sobre la relación piadosa de Constantino con la diosa Luna (Selene).

COMITI. Quien esté familiarizado con monedas antiguas sabe que de entre cinco piezas constantinianas cuatro no tienen otro reverso, de donde resulta, con una gran probabilidad, que este sello se conservó hasta la muerte del emperador. Además, abundan sobre todo Victorias, el *Genius populi Romani*, Marte y Júpiter con diversos apelativos, y toda una serie de personificaciones femeninas. Por el contrario, las monedas con indudables emblemas cristianos que nos dicen que mandó acuñar están todavía por encontrarse.[5] En la época en que gobernó con Licinio aparece la figura del dios solar con la inscripción: COMITI. AVGG. NN., es decir, "al acompañante de nuestros dos emperadores" y también muchas monedas de Crispo y de Licinio presentan el mismo reverso. Continuamente se nombra a Constantino en inscripciones y en monedas *Pontifex maximus*[6] y se deja retratar en condición de tal con la cara velada; en las leyes de los años 319 y 321[7] reconoce como legítimo el culto pagano y prohibe tan sólo el uso secreto y peligroso de la magia y de la aruspicina, mientras que permite el ensalmo de la lluvia y el granizo, y cuando cae el rayo en los edificios públicos reclama expresamente el informe del arúspice. Zósimo, si hemos de creer a este pagano del siglo V, confirma esta solicitación de sacerdotes y sacrificadores paganos en mucha mayor medida y la deja subsistir hasta el asesinato de Crispo (326) que, en su opinión, indicaría la fecha verdadera de la supuesta conversión de Constantino.

Contra todo esto tenemos, sin embargo, que desde la guerra con Majencio (312) Constantino no sólo tolera el cristianismo como una religión legal sino que extiende en el ejército una imagen simbólica que cada uno podría interpretar a su manera pero que los cristianos tenían que entenderla en su sentido. Las letras X y P entrelazadas, que constituyen el comienzo de la palabra Cristo en griego (ΧΡΙΣΤΟΣ), se colocaron ya, como es sabido, antes de la guerra en

[5] Especialmente las mencionadas por Euseb. l. c. IV, 15, donde el emperador estaría representado en oración.
[6] Así también los emperadores siguientes hasta Graciano, Zosim. IV, 36.
[7] *Cod. Theodos.* IX, 16; XVI, 10.

los escudos de los soldados.[8] Al mismo tiempo, o quizá más tarde, se coloca en un gran estandarte el mismo monograma, rodeado de oro y pedrería, y este lábaro fué objeto de un culto especial e inspiraba a los guerreros la máxima confianza en la victoria. Muy pronto se preparan para todo el ejército estandartes parecidos *(labarum, semeion)*; su custodia en los combates se confía a una guardia especial; hasta se le dedica una tienda propia, en la cual se recoge el emperador secretamente ante cualquier asunto importante. ¿No tiene todo esto la significación de una conversión pública?

Obsérvese, en primer lugar, que Constantino no se dirige con estos emblemas a la población sino al ejército. Este le conocía desde la guerra con los francos como un caudillo competente y afortunado, procedía en parte de su padre y con él se había acostumbrado a toda clase de símbolos y emblemas. Entre los galos y los britanos con que contaba ese ejército habría, sin duda, muchos cristianos y muchos paganos indiferentes, y en cuanto a los germanos, la religión del jefe les traía sin cuidado. Por su parte no se trataba más que de un ensayo, que no le comprometía por encima de la tolerancia que ya reinaba de hecho en los dominios en que había mandado y que luego extendió a los conquistados. Cristo podía pasar como un dios junto a los demás, y sus creyentes como súbditos junto a los creyentes en los dioses paganos. No negamos la posibilidad que en Constantino surgiera una cierta superstición en favor de Cristo, en tal forma que acaso estableciera una confusa combinación entre ese nombre y su dios solar; pero lo que le importaba era el éxito; de haber encontrado en Italia una resistencia obstinada contra el X P, de seguro que lo habría mandado retirar de escudos y estandartes. Pero parece que, por el contrario, se convenció de que la gran masa de los paganos era hostil a la persecución y que no corría ningún riesgo erigiendo en Roma una estatua suya con el lábaro en la mano y la inscripción al pie de que este signo salvador era la prueba verdadera

[8] *De mort. persec.* 44. — Sobre abreviaturas muy parecidas, en tiempos precristianos, en estandartes del Oriente, como abreviaturas del sol, cf. Zahn, *Constantin der Grosse und die Kirche,* p. 14.

de todo valor.[9] De haber pretendido ofrecer una genuina profesión de fe cristiana hubiera sido menester una declaración bien diferente. Una ojeada al año 312 podría aclararlo todo si estuviéramos mejor informados de las circunstancias generales. Nada más difícil de probar y, sin embargo, nada más probable que en aquel momento crítico, al final de las persecuciones, el ánimo de los paganos se hallara mejor dispuesto que nunca; no presumían, o lo olvidaron por un momento, que el cristianismo, una vez tolerado, se convertiría rápidamente en la religión dominante.

Acaso tampoco lo presumía Constantino, pero dejó correr las cosas y mantuvo alerta la mirada. Tan pronto como su claro entendimiento empírico le dijo que los cristianos eran buenos súbditos, que eran muchos y que la persecución no podía tener ya ningún sentido en una administración racional del estado, su decisión estaba tomada. Y, desde el punto de vista político, no hay más remedio que admirar en alto grado su ejecución práctica. El lábaro en sus manos victoriosas encarna, de una vez, el dominio, el mando militar y la nueva religión. El espíritu de cuerpo de una tropa que ha vencido a uno de los ejércitos más poderosos de la historia antigua presta al nuevo símbolo la consagración de lo irresistible.

Pero el famoso prodigio que Eusebio y los que escriben inspirándose en él nos cuentan que ocurrió en la campaña contra Majencio hay que eliminarlo de la exposición histórica, porque ni siquiera tiene el valor de una leyenda ni origen popular alguno sino que fué contado mucho después por Constantino a Eusebio y descrito por éste en una forma deliberadamente enfática y confusa.[10] El emperador juró al obispo que no era cuento sino que vió de verdad aquella cruz en el cielo con la inscripción "con este signo vencerás" y que Cristo se le apareció en sueños,[11] etc.; pero la Historia no tiene mucho que hacer con un juramento de Constantino el Grande, pues

[9] Euseb., *Vita C.* I, 40. *Hist. eccl.* IX, 9. Probablemente traducido del latín de modo incorrecto.

[10] *Vita Const.* I, 27 y *s.*

[11] *Et animam et mentem, cum qua Dii nocte loquantur!* hubiera dicho Juvenal.

entre otras cosas, mandó matar a su cuñado después de haberle asegurado de lo contrario bajo fe de juramento. Y tampoco es Eusebio demasiado honesto para no inventar todavía dos terceras partes del cuento.

Es innegable que en la actitud exterior de Constantino se manifiesta una gran desigualdad; adopta el monograma de Cristo como insignia de su ejército y manda suprimir el nombre de Júpiter en el arco de triunfo mientras que conserva en las monedas a los viejos dioses, especialmente al dios solar, como acompañante invicto, y en ocasiones importantes se manifiesta como un puro pagano. Esta duplicidad más bien crece que disminuye en sus últimos años. Unicamente trataba de ofrecer garantías a las dos religiones y era lo bastante poderoso para mantener esta posición equívoca.

Sus edictos de tolerancia, de los que conservamos el segundo, dictado en Milán (313) en compañía de Licinio, no hacen más que permitir la libertad de conciencia y de religión, si bien la última en forma ilimitada y absoluta. Con esto se había suprimido de hecho el concepto de una religión oficial, hasta que el cristianismo se vistió de este uniforme arrebatado al paganismo. Pronto se sucedieron las medidas, especialmente cuando Maximino Daza hostilizó al cristianismo por oponerse a Licinio y más tarde el mismo Licinio por oponerse a Constantino. Se devolvieron los lugares de reunión y otras posesiones de las comunidades cristianas, confiscadas durante la persecución, los cristianos fueron protegidos públicamente y se amparó oficialmente el proselitismo. En las leyes arriba citadas del año 319, en las que se prohibe rigurosamente el empleo privado de la aruspicina y los sacrificios domésticos, probablemente porque la interrogación en secreto de los arúspices y los sacrificios a puerta cerrada podían dar ocasión a abusos políticos, se trasluce un punto de preocupación ante la reacción de los paganos. Finalmente, con el edicto a los provinciales de Palestina y el edicto a los pueblos de Oriente, después de la última victoria sobre Licinio,[12] (324) tiene lugar una entrega, al parecer total, del emperador al cristianismo,

[12] Euseb., *Vita C.* II, 24-42 y 48-60.

pues libra a los creyentes, con todo su favor, de las consecuencias de la persecución y les reintegra a la posición y posesión de antes. Se polemiza abiertamente con el politeísmo y se habla de los santuarios de la mentira, de las tinieblas, del error miserable, que todavía hay que tolerar, etc. Pero la redacción no es, en este punto, de mano del emperador, aunque Eusebio asegura haber visto el autógrafo; el genuino redactor se traiciona por lo menos en la segunda ley, cuando hace decir al emperador que al principio de la persecución era un muchacho, siendo así que en el año 303 andaba muy cerca de la treintena.[13] Pero, con todo, el contenido esencial es, directamente, obra del emperador, quien, como se observa con un atento examen, ni siquiera se presenta como cristiano; lo que hay de personal es el seco deísmo de un conquistador que necesita de un dios para poder recurrir en todos sus golpes violentos a algo por encima de sí mismo. "Partiendo yo del mar británico y de las regiones donde el sol se pone, dispersando y aniquilando, gracias a un poder superior, el mal que todo lo domina, para que el género humano, educado con mi ayuda, sea rescatado para el culto de la ley excelsa, etc., he llegado a las comarcas del Oriente, que reclamaban con tanto mayor ahinco mi socorro cuanto más profunda era la desdicha en que se veían sumidas. Todos vosotros véis cuál es el poder y la gracia que ha dispersado y destruído a los hombres más ateos y temibles de toda la especie". Son conceptos que también un califa conquistador podía haber suscrito. Y el mismo Napoleón ha utilizado giros parecidos en sus proclamas árabes en Egipto.

No es imposible que Constantino creyera poseer en su deísmo, apoyado en un principio en el Sol y en Mitra, una forma fundamental de todas las religiones, más general y, por lo mismo, superior. A veces ha buscado formas neutrales de vida en materia religiosa, a

[13] Por esto en el encabezamiento del capítulo se corrigió παῖς por νέος. El redactor no sabía cuándo había comenzado la persecución. Como Lactancio, califica a Diocleciano de cobarde, δείλαιος, habiendo convenido en esta palabra. Pero se me hace muy difícil convenir con Hunziker (*ob. cit.*, p. 156), que Constantino habría dado una edad falsa para que el lector superficial no se preguntara porqué no había defendido a los cristianos.

las que debían someterse cristianos y paganos. A este género pertenecen el día de domingo común y el *Pater Noster* común.[14] "Instruyó a todos los ejércitos a honrar el día del Señor, que también es llamado día de la Luz y del Sol... También los paganos tenían que marchar en domingo al campo y elevar las manos pronunciando una oración, aprendida de memoria, en honor de Dios, autor de todas las victorias: A ti sólo te reconocemos como Dios y como Rey, a Ti sólo te imploramos como socorro nuestro. De Ti hemos recibido la victoria, gracias a Ti hemos vencido a los enemigos. A Ti te agradecemos el bien que hemos recibido y de Ti esperamos el bien que ha de venir. A Ti te imploramos y rogamos para que nos conserves incólumes y victoriosos, por muchos años, a nuestro emperador Constantino y a sus hijos, amantes de Dios." Esta fórmula podía gustar también a los cristianos; los paganos a quienes podría chocar un monoteísmo tan explícito, eran antes que nada soldados. Que también se pensó muy especialmente en los creyentes de Mitra, lo da a entender con bastante claridad Eusebio con su día de la Luz y del Sol. ¡Y qué característica es, por lo demás, esta pretendida oración! Emperador, ejército y victoria, y nada más; ninguna palabra que hable al hombre moral, ninguna sílaba para los romanos.

Antes de proseguir adelante, examinemos también brevemente todo lo demás que Eusebio aporta en favor del pretendido cristianismo de su héroe. Desde la guerra contra Majencio sacerdotes cristianos le acompañan hasta en los viajes, como "comensales";[15] en los sínodos se sienta entre ellos. No son más que hechos fácilmente explicables; para él se trata, en lo esencial, de captar la mentalidad de la iglesia y también cuenta con informadores que le instruyen de cada

[14] Euseb. *Vita Const.* IV, 18-20. Según el comienzo del cap. 19 se podía creer que la oración se refería sólo a los paganos; sin embargo, después se habla otra vez de "todos los soldados". Parece que la oración estaba adaptada para servir a las dos religiones. — La prohibición del trabajo manual y de las sesiones de los tribunales los domingos procede del año 321; cf. Manso, *ob cit.*, p. 95 N. Los paganos no le hicieron mucho caso. Cf. Euseb. I, cap. IV, 23. — Solían celebrar los *Dies Saturni*, cf. Tertullian., *Apolog.* 16.

[15] Euseb. *Vita Const.* I, 36, 42, 44. Ya como "guardián de su alma" y como "patrono", *ibid.*, II, 4; IV, 14, etc.

una de las sectas. A uno de ellos, Estrategio, le apellida Musoniano,[16] por el agrado que le producía su elocuente exposición. Un emperador alerta y fuerte no podía abandonar la presidencia de los sínodos, pues representaban una nueva potencia en la vida pública, imposible de abandonar. Podemos, si queremos, condenar este egoísmo, pero un poder inteligente de origen equívoco actuará siempre así. Cuando se nos informa, además,[17] de las muchas veces que el emperador adoró imágenes divinas, de cómo en la tienda donde se guardaba el lábaro ayunaba y oraba en secreto, de cómo se encerraba todos los días para implorar a Dios de rodillas, de cómo entretenía a su guardia nocturna con elevados pensamientos sobre cosas divinas, etc., tenemos que decir que todas estas noticias precedentes de un Eusebio que conocía bien la verdad, no son más que patrañas despreciables. Más tarde, Constantino se ha entregado todavía más a los obispos, y les ha concedido trato de preferencia en la corte, probablemente porque veía que tenían el mayor interés en proteger al trono, de cualquier modo, y porque, ya al final, no podía hacer otra cosa. En las circulares se les designa como "queridos hermanos"[18] y él mismo se presenta como "obispo común", como uno de los suyos.[19] En parte les abandonó la educación de sus hijos[20] y llevó las cosas de modo que pasaban como cristianos; toda su servidumbre, todo su séquito se componía de puros cristianos, mientras que el padre, según lo confiesa indirectamente Eusebio, no tuvo inconveniente en conservar junto a sí, como presidentes de las provincias, a altos dignatarios paganos, y esto hasta los últimos tiempos.[21] También la prohibición de las luchas de gladiadores fué, sin duda, una concesión hecha a su cortejo de

[16] Ammian. Marc. xv, 13.

[17] Euseb. I. c. I, 47; II, 12, 14; IV, 22, 29. Uno de los más bonitos equívocos de este autor, IX, 22, θείας ἱεροφαντίας ἐτελεῖτο, en una época en la que Constantino no podía ser un catecúmeno y no digamos cristiano.

[18] Euseb. I, c. II, 46.

[19] Euseb. I, c. I, 44; IV, 22, 24.

[20] Euseb. I, c. IV, 51, 52.

[21] Euseb. I, c. II, 44; IV, 52. Entre los altos dignatarios del Imperio varios, τινες, eran cristianos; de los "presidentes" la mayoría, τοὺς πλείους.

clérigos, a pesar de que la ley correspondiente[22] habla sólo de "la paz del país y el sosiego doméstico" perturbados por los espectáculos sangrientos. Por lo demás fué una de aquellas leyes que se dictaron para caer en olvido en seguida y ni el mismo Constantino la tuvo en cuenta más tarde.

Completamente misteriosas parecen las prédicas que algunas veces sostuvo Constantino en presencia de la corte y ante "muchos miles de oyentes".[23] Pretendía dominar también a sus súbditos "hablándoles con fines educativos" y "hacer del gobierno un gobierno de palabra" (λογικὴν). Se organizaron reuniones a este propósito; en ellas se presentaba el señor del mundo con gran naturalidad, y hablaba; al tocar el punto de la religión, la voz y la expresión cobraban un tono de profunda humildad; las aclamaciones las contenía señalando al cielo. Su tema solía ser, por lo general, la refutación del politeísmo, el monoteísmo, la Providencia, la redención y el juicio de Dios. Llegado a este punto (prosigue el obispo cortesano) trata de impresionar a los oyentes apostrofando a los ladrones, a los violentos y a los codiciosos; sus palabras restallan en algunos de los presentes, que miran a tierra... Su intención era buena, pero ellos eran sordos y obstinados; aplaudían, sí, pero su voracidad no les permitía conmoverse. Constantino escribía estos sermones en latín y los intérpretes los traducían al griego.[24] ¿Qué pensar de toda esta historia? Constantino, que prosiguió con tanto celo en el estilo "representativo" de Diocleciano y que tanto cuidaba de su majestad personal, se presenta, sin más, ante las masas de la capital. La crítica a la que se exponía era lo de menos, y los oyentes renunciarían a ella con su cuenta y razón; pero ¿para qué discursos cuando se posee el poder, es decir, el gran privilegio de actuar? Acaso se trasluzca un motivo. En esta época de crisis religiosa el discurso público, limitado hasta en-

[22] *Cod. Theodos.* xv, 12. Del año 325. — Cf. Euseb. *Vita C.* iv, 25.

[23] Euseb. i, c. iv, 29-33.

[24] Es imposible que el discurso *Ad sanctorum coetum* sea un ejemplo de esta clase, como afirma Euseb. i, c. iv, 32. Acaso se haya urdido sobre un esquema imperial todo un tratado teológico. Un análisis suficiente en Gfrörer, *Kirchengeschichte* ii, p. 14.

tonces a ejercicios retóricos y a panegíricos, debió de cobrar tan enorme influencia con los púlpitos que acaso tampoco Constantino quiso prescindir de este instrumento de poder, poco más o menos como en la actualidad los gobiernos más poderosos tienen que estar representados en los periódicos. Si a él, no bautizado, ni catecúmeno, se le podía ocurrir dárselas de obispo,[25] también podía representar a un predicador cristiano. No sabemos cómo habrá tratado en esa ocasión a los dogmas cristianos, pero ni siquiera es probable que se haya presentado como cristiano. El mismo Eusebio nos delata la finalidad secundaria de estos sermones; era la ocasión propicia para mostrar gracia y desgracia, para infundir espanto a la corte[26] y poder dar a conocer en forma deliberadamente equívoca todo un montón de cosas que no se pueden decir ni en los edictos más prolijos. Son los discursos de Tiberio en el senado, sólo que en otra forma. No hay que olvidar que Constantino mató, entre otros, "a toda una serie de amigos suyos", como dice el poco sospechoso Eutropio y que el más que sospechoso Eusebio encuentra bueno callar.[27]

Todavía rodea a Constantino un cierto halo venerable porque muchos cristianos respetabilísimos de todos los siglos lo han considerado como uno de los suyos. También este halo tiene que desaparecer. La iglesia cristiana nada tiene que perder con este hombre terrible pero políticamente grandioso, como tampoco el paganismo tenía nada que ganar. Por lo demás, también los paganos cayeron en el error de ver en él una conversión real y no puramente externa.

[25] Autores posteriores como, por ejemplo, Glycas, que no acababan de comprender cómo un no bautizado podía presidir en Nicea, se adherían con gran fervor a la conocida leyenda de que había sido bautizado ya en Roma por San Silvestre.

[26] En el último discurso edificante de poco antes de su muerte se dirigió muy expresamente hacia "la fila de los sin dios" y parece que quiso señalar a los "circunstantes". Euseb. I, c. IV, 55.

[27] Se dice también que Constantino fué muy vanidoso, lo que no vamos a discutir. Además del don de la palabra, poseía también el de escuchar pacientemente a los demás, Euseb. I, c. IV, 33, 46. *Panegyr.* IX, 1, acaso porque se le adulaba de lo lindo en tal ocasión. Era muy capaz de despreciar a los oradores y considerar, sin embargo, que la adulación era conveniente en esos tiempos tan retóricos.

Zósimo relata (II, 29) la conocida versión adversa[28] de su conversión: cuando la ejecución de Crispo y de Fausta y el perjurio con Licinio los terribles remordimientos de conciencia le movieron a dirigirse a los sacerdotes paganos (según Sozomeno al famoso neoplatónico Sopater) pidiéndoles una manera de expiar; cuando se le contestó que no había ninguna expiación para tales atrocidades, un egipcio (probablemente Osio), llegado a Roma desde España, logró aproximarse a él gracias a las damas de la corte y le convenció de que el cristianismo podía limpiar toda clase de manchas; poco después dió a conocer su conversión con las medidas contra la pagana indagación del futuro y edificando además una nueva capital. Es posible que el relato contenga un núcleo de verdad, pero esta versión no es seguramente la justa. Acontecimientos tan espantosos y en la propia familia tuvieron que despertar sin duda en el alma de Constantino lo que había todavía en él de fe romana y, a pesar de toda su cultura, era lo bastante rudo como para esperar una purificación, un alivio de la espantosa presión apelando a exorcismos y conjuros, pero la conexión causal que sigue es probadamente falsa.

En los últimos diez años de su vida Constantino da señales muy claras de simpatías no cristianas y hasta paganas. Mientras que él y su madre van enriqueciendo las grandes ciudades del Imperio con magníficas iglesias, manda erigir en la nueva Constantinopla templos paganos; dos de ellos, el de la Madre de los dioses y el de los Dióscuros pueden ser meros templetes de adorno para las estatuas allí erigidas como obras de arte, pero el templo y la imagen de *Tyche*, personificación divinizada de la ciudad, dispondrían de un culto propio. Al consagrar la ciudad se celebraron, como es sabido, ritos misteriales paganos y la ocasión se acompaña de toda clase de supersticiones que en vano autores posteriores tratan de conciliar con la devoción cristiana.

También en otros lugares permitió Constantino la edificación

[28] La que trata de rebatir Sozomeno I, 5, con razones muy débiles.

de templos paganos. Una inscripción[29] del pueblecito úmbrico de Spello (entre Foligno y Asís) que se ha considerado como apócrifa por su extraño contenido y que parecía justificar este juicio por su redacción descuidada y bárbara, representa con toda probabilidad un testimonio auténtico de ese favor con los paganos y, por cierto, en los dos últimos años de su vida. Permite a los hispelatas, a su linaje, que él designa como *gens Flavia*, la construcción de un templo magnífico[30] y pone como única condición que no sea manchado por el "engaño de supersticiones contagiosas", con cuya expresión cada uno se podía figurar lo que quería. También nos da noticia del sacerdocio pagano del lugar y del traslado de los juegos desde Bolsena a Spello, con mención expresa de los gladiadores. En el mismo año dispensa a ciertos colegios paganos, los *sacerdotes* y los *flamines* vitalicios, de los cargos locales a los que, especialmente en Africa, querían obligarles los cristianos.[31] Con su previo conocimiento, sin duda, el senado manda reconstruir en el año 331 el templo de la Concordia,[32] para no hablar de algunos altares de dioses en el año anterior.

En esta última época el paganismo hasta personalmente se halla cerca del emperador. El neoplatónico Sopater, discípulo de Yámblico, asoma en su séquito con todas las pretensiones de un orgulloso sofista griego; "los demás hombres le son poca cosa; se apresura hacia la corte imperial para ejercer, sin más contemplaciones, una influencia preponderante sobre toda la acción y el pensamiento de Constantino.[33] El emperador se deja ganar muy pronto por él y le hace sentarse a su derecha, despertando la envidia y el recelo de todos los cortesanos". Hasta aquí Eunapio, del que debemos fiarnos tan poco como de Filostrato cuando se pone a presumir de las grandes rela-

[29] En Muratori, *Inscr.* III, p. 1791, impreso entre los falsos.

[30] En Africa, después de la victoria sobre Majencio, Constantino permitió la fundación de sacerdocios en honor de su familia, Aurel. Vict., *Caess.* 40.

[31] *Cod. Theodos.* XII, 1 y 5.

[32] Gruter, *Thes. inscr.*, p. 100.

[33] Cómo los obispos temían la influencia de la sofística pagana sobre el emperador se infiere, por ejemplo, de una anécdota del obispo Alejandro, en Sozom. I, 18.

ciones de los filósofos. Pero en el caso actual hay algo de verdad; Sopater ha mantenido relaciones importantes con Constantino.[34] No sabemos si en efecto negó la posibilidad de expiación por la ejecución de Crispo; pero no cabe duda que intervino en las ceremonias de consagración de Constantinopla. Más tarde, en todo caso después del 330, cae por las malas artes del prefecto de la guardia Ablavio, quien, se nos dice, con ocasión del hambre que aqueja a la nueva capital, hace creer al emperador que es Sopater el que, con su gran ciencia, ha sujetado los vientos que habían de empujar las naves cargadas con el trigo de Egipto. Lo cierto es que Constantino mandó ejecutar al sofista. Pero es más que dudoso, por lo que revela una noticia de Suidas, que fuera la pura envidia de Ablavio la que consiguiera este efecto:[35] "Constantino, nos dice, mandó matar a Sopater para demostrar que en cuestión de religión ya no era pagano. Pues antes había intimado mucho con aquél". Más adelante (al referirnos a Atanasio) insistiremos sobre nuestra presunción de que los sacerdotes cristianos habían llegado a intimidar al senescente emperador, quien en sus últimos años ya no pudo sostener tan abiertamente su libertad personal, largamente mantenida.

Algunos pretenden que Constantino hasta llegó a prohibir por completo los sacrificios paganos;[36] y si Eusebio (IV, 25) mereciera nuestra confianza, no sólo se habrían suprimido los sacrificios sino también la interrogación de oráculos, la erección de estatuas a los dioses y las fiestas de los misterios. El mismo Zósimo, (II, 29) nos confirma que alguna vez después del año 326 se dió una ley contra la interrogación de los oráculos. Pero hay que andar con mucha cautela[37] en estas cuestiones. Aunque el decreto para la ciudad de

[34] Recordamos una vez más a Nicágoras de Atenas, neoplatónico y portador de antorcha en los misterios eleusinos, quien recibió una beca de Constantino para realizar un viaje de visita a Egipto. En la inscripción (Böckh 4470) agradece a los dieses y a Constantino el haberle concedido esto.

[35] Como supone también Zósimo II, 40. — Cf. Suidas s. v. Sopater.

[36] Una ley de Constantino del año 341, *Cod. Theodos.* XVI, 10, se apoya muy vagamente en una prohibición general de los sacrificios por su padre.

[37] Como en la prohibición anterior, muy vaga, que menciona Euseb. I, c. II, 45.

Spello fuera apócrifo, no escasean otros indicios. Precisamente el testimonio principal de la subsistencia en masa de sacrificios y misterios, la obra del cristiano Fírmico, procede de los años inmediatos a la muerte de Constantino, cuyos hijos son instigados con las más violentas palabras a que hagan aquello que el padre habría hecho ya: "¡Arráncalos de cuajo, con el hacha, todos estos ornatos de los templos! ¡A la fundición, a hacer monedas con estos dioses! ¡Todas las ofrendas son vuestras, tomadlas y empleadlas!" [38]

Ya en vida de Constantino se han demolido templos y se han fundido estatuas de dioses.[39] Un santuario como el de la Diosa Celeste de Afaca, en el Líbano, no mereció mejor trato que el que fueran enviados soldados para arrasarlo (hacia 330); el lugar "no valía la pena que fuera iluminado por el sol". Ya era de más cuidado la destrucción del famoso templo de Asclepios en Aegae, Cilicia, tan visitado por los peregrinos en busca de sueños medicinales. Probablemente el dios (el "engañador de las almas" como lo llama Eusebio) había consentido también preguntas políticas.[40] En Heliópolis, donde tenía lugar un culto no menos escabroso que el de Afaca, no ocurrió más que una sencilla prohibición y la institución forzada de un obispado, que luego, a fuerza de dinero, se convirtió en comunidad.[41] En otros lugares ocurrió que la población convertida destruyó por propio impulso el templo pagano del lugar, pidiendo para ello el permiso imperial; Majuma, la ciudad porteña de Gaza, recibió el nombre de Constancia y otra localidad fenicia el de Constantina, probablemente en gracia a un servicio semejante.[42]

Además Constantino, por avaricia o por necesidad, mandó saquear varios templos. En este caso Eusebio trasluce, contra su voluntad, la verdadera razón y la amplitud de estas expoliaciones. No le preocupan tanto las estatuas de mármol como esas otras cuyo nú-

[38] Firmicus, *De errore*, etc., p. 39. — Su petición para que se termine de una vez violentamente con el paganismo, p. 28.
[39] Euseb., *Vita C.* III, 54-58. *De laudibus Const.* 8.
[40] ¿Y habrá desempeñado un papel en la sublevación de Calocero?
[41] Sobre el supuesto exterminio de los sacerdotes del Nilo. cf. arriba.
[42] Sozomeno II, 5. Euseb., *Vita C.* IV, 37-39.

cleo lo forma una materia especial —Eusebio nos habla de cráneos, de fémures, de trapos, de paja, etc.— aunque seguramente se trata del núcleo en madera o del armatoste vacío de las llamadas estatuas crisoelefantinas, es decir, estatuas de oro y de marfil como la de Zeus Olímpico. En el panegírico de Constantino (cap. 8) se reconoce plenamente el hecho: "Las partes preciosas fueron fundidas y el resto informe se abandonó a los paganos, para eterno recuerdo de su vergüenza." [43] No sabemos cuántas y cuáles obras (acaso del mejor arte griego) fueron afectadas por tan fatal destino debido a la nobleza de su material. Pero también echó mano para el ornato de su nueva capital de estatuas de dioses de un valor material no muy elevado, como vamos a ver; de las de bronce se nos dice, por ejemplo, en otro pasaje: "Estos dioses de viejas fábulas fueron conducidos como prisioneros, tirados por cuerdas." Su desplazamiento fué confiado a comisarios de confianza conocidos de la corte. En ningún lugar encontraron resistencia; los sacerdotes tuvieron que abrirles las cámaras más secretas. Pero es muy probable que Constantino se atreviera a tanto en las ciudades predominantemente cristianas y seguras de las proximidades de su residencia. Con gusto hubiera dejado sin tocar las estatuas de oro y de plata pero el asunto era demasiado cómodo y la tentación demasiado fuerte dada la apremiante necesidad de dinero, lo que en dominadores de este tipo prevalece sobre cualquier otra consideración. A la misma categoría pertenece, sin duda, el arranque de puertas[44] y frisos de varios templos; estas partes eran a menudo de bronce macizo y valía la pena fundirlas. Habiéndose iniciado así la destrucción y estropeado el interior por derrumbamiento y por la acción de la intemperie, no era fácil impedir después que los mismos vecinos se atrevieran con las columnas y otras partes arquitectónicas, aunque no fuera más que para alimentar los hornos de cal. Se halla confirmado oficialmente[45] que esto ocurrió, por lo

[43] Véase cómo Arnobio trató de ridiculizar los ídolos por medio de un análisis de su interior, *Adv. gentes* VI, p. 201.

[44] Euseb., *Vita C.* III, 54.

[45] Debido a una ley de Constancio, *Cod. Theodos.* IX, 17.

menos desde el año 333, con monumentos funerarios paganos. Con anterioridad se había suspendido, mediante una ley, la reparación de templos en mal estado o sin terminar.[46] No sabemos qué es lo que sucedió con los bienes; seguramente que en algunos casos fueron confiscados, pero ya con los sucesores de Constantino se trata de una acción general y planeada. En tiempos de Constantino no puede hablarse de una ley que hubiera ordenado la destrucción total de los templos, como refiere la crónica de San Jerónimo para el año 335. Lo que mandó o dejó hacer fué cosa ocasional, por frívola avaricia y bajo la influencia oscilante de los clérigos y, por eso mismo, en forma irregular. Será inútil pretender encontrar un sistema consecuente en un hombre que, en este terreno, fué deliberadamente inconsecuente.

Quede a la apreciación de cada cual el juicio de su conversión cristiana y de su bautismo en el lecho de muerte.[47]

Son bien conocidos los grandes cambios externos que experimentó la posición y, con ella, la constitución de la iglesia cristiana por virtud de Constantino, y sólo brevemente nos ocuparemos de ellos. Los clérigos (*clerici*) fueron reconocidos en la época del primer edicto de tolerancia como un estamento o corporación, lo que habría de tener una importancia enorme para todo el desarrollo ulterior de la iglesia. Ellos mismos se habían venido preparando para esta eventualidad, pues si, por un lado, se apartaban de los laicos, por otro ejercían en común algunas funciones, las sinodales, por ejemplo, que les daban carácter de corporación. Sin embargo, el estado, que por entonces no pasaba de ser tolerante, no parece que tuviera necesidad de dar este paso. Podía ignorar al clero en cuanto tal y dirigirse directamente a la comunidad de los fieles. Pero Constantino encontró al clero tan políticamente organizado y tan realzado por la persecución que, o bien gobernaba a través de esta corporación

[46] Del año 326. *Cod. Theodos.* xv, 1.

[47] Sobre la suerte ulterior del paganismo, de sus instituciones y de los bienes de los templos, bajo el reino de los hijos de Constantino hasta Justiniano, cf. Lasaulx, *Der Untergang des Hellenismus*, etc., Munich, 1854.

y de su prestigio o más tarde o más temprano ella se le enfrentaría. Por eso le aseguró todo su favor hasta el punto de establecer una especie de corregencia con el clero y éste, por su parte, fué el más celoso propagandista de su poder, llegando al extremo de pasar por alto el hecho de que el emperador se apoyara todavía con un pie en el paganismo y que sus manos estuvieran manchadas y muy manchadas de sangre.

Al adoptar esta medida aceptó también sus aspectos menos satisfactorios. La persecución, además de sus nobles consecuencias morales, acarreó también un maligno espíritu de disputa; el partido de la resistencia fervorosa se convirtió en oposición fanática no sólo contra los que durante la persecución habían apostatado o entregado los escritos sagrados sino también contra los que se habían salvado utilizando medios lícitos de sagacidad cristiana; así surgió en el Africa del Norte la escisión de los donatistas y en Egipto la de los meletianos, casi durante la persecución misma. Fueron primeras ocasiones para que el tolerante emperador interviniera en las disensiones eclesiásticas, pues una vez puesto de acuerdo con la iglesia ya no se podía hablar de neutralidad. En esta ocasión, lo mismo que después en el caso más importante de los arrianos, mostró por lo general un gran tacto; se declaró por un partido pero no le permitió ninguna acción penal contra el otro. La unidad de la iglesia le tenía que parecer, sin duda, cosa deseable, porque figuraba como un paralelo de la unidad del poder; pero supo también componérselas con una iglesia escindida y estaba muy lejos de comprometer el poder imperial mediante el rigor en pro o en contra de cosas y hombres que no podían inspirarle a él ningún fanatismo. Había observado muy bien la actitud de los cristianos ante las persecuciones de toda clase; precisamente las dos primeras disensiones mencionadas habían sido extremadas gracias a los martirios. Claro que podía presumir que no todos sus sucesores procederían con la misma independencia; una vez cristianos, se podía prever que serían personalmente víctimas del celo en pro o en contra de las facciones en pugna dentro de la iglesia. Sin embargo, los tiempos posteriores mostraron que el poder imperial se

hallaba, por otra parte, lo suficientemente fundado para no oscilar ni con los intentos más extremados (como, por ejemplo, la cuestión de los iconoclastas en el siglo VIII).

Los clérigos, en su condición de corporación o estamento, fueron dispensados por Constantino de todas las obligaciones públicas *(munera)* [48] (313 y 319), que se componían, en parte, de cargos onerosos, en parte de impuestos, o que juntaban ambas cosas, como el malfamado decurionato. (Parece que ya al año siguiente, 320, se trató de poner coto, mediante una prohibición general, a la afluencia de gente rica a la carrera eclesiástica, que se refugiaba en ella para liberarse de las cargas, pero tal ley debió de ser burlada no pocas veces.) El segundo signo importante de su reconocimiento corporativo lo tenemos cuando se le concede a la iglesia la capacidad de heredar (321),[49] y tampoco escasearon las herencias. Más tarde, probablemente después de la victoria sobre Licinio,[50] se le concedió una considerable pensión oficial, especialmente en tierras y rentas de cereales. Con esto se aseguró una existencia desahogada y una propiedad territorial importante y, por si fuera poco, todavía el estado le cedió parte de su poder; hasta entonces, los cristianos solían acudir en sus pleitos a los obispos, como a una especie de jueces de paz, con preferencia a los jueces paganos oficiales, aunque con un derecho de apelación; Constantino suprimió este derecho y otorgó a las resoluciones de los obispos, una vez que se había acudido a ellos, fuerza de ley. De este modo se redujo la competencia de los jueces seculares y, al mismo tiempo, se eliminó la ocasión de una disputa entre los dos órdenes, que siempre hubiera sido peligrosa, fuera el juez oficial pagano o cristiano. Esta consideración sola explica una concesión tan extraordinaria, tan obviamente peligrosa para todo régimen estatal vigoroso. En esta ocasión, como en el tratamiento de las cuestiones eclesiásticas en general, Constantino no ha innovado nada,

[48] *Cod. Theodos,* XVI, 2.
[49] *Cod. Theodos,* XVI, 2.
[50] Como se puede inferir de Sozom. I, 8. Cf. Euseb., *Vita C.* IV, 28. — *Hist. eccl.* X, 6, indica la dotación provisional de las iglesias africanas.

sino que se ha limitado a fijar y regular lo que existía de antemano. Es muy fácil, desde el punto de vista de las teorías modernas, reprocharle que no separó debidamente la iglesia y el estado[51] pero ¿qué había de hacer si, por la fuerza misma de los tiempos, la iglesia se le convertía en estado y el estado en iglesia, si cada funcionario cristiano, en el ámbito de su competencia, cada juez cristiano en su jurisdicción, podía tergiversar sus obligaciones mezclando puntos de vista religiosos y civiles y si la intercesión de un obispo, o de un ermitaño[52] tenido por santo, en favor o en contra de un hombre o de un asunto, podía trastornarlo todo? La teocracia que se iba desarrollando no era obra del emperador, protector de la iglesia, ni tampoco el resultado deliberado de la acción de algunos obispos astutos, sino consecuencia necesaria de un proceso histórico-universal. Desde un punto de vista superior podemos lamentar que el evangelio se convirtiera también en ley para aquellos que no creyeran en él, y, además, gracias a un gobernante que no estaba él mismo tocado interiormente por la esencia de la religión que imponía a los demás. "El cristianismo queda desnaturalizado cuando es convertido en ley para los nacidos y no para los renacidos." [53] Constantino quería una iglesia oficial, y ello por razones políticas, pero es difícil saber si otro en su lugar, aunque de un carácter más puro y convencido cristiano, no hubiera tenido que proceder lo mismo.

Sorprende el rápido aumento de las pretensiones teóricas que sostiene el clero una vez que ha sido exaltado por encima de la sociedad. Pretensiones o exigencias para los suyos y frente a los demás. Ya se empieza a hablar de celibato; el estado debería suprimir las sanciones a la soltería;[54] y si en el concilio de Nicea no se hubiera levantado contra tal pretensión un asceta y conjurador de demonios sin par, el viejo y ciego Pafnucio,[55] acaso se hubiera impuesto desde

[51] Neander utiliza las acertadas expresiones: cristianización del estado y politización de la iglesia.

[52] Un ejemplo de este último género en Sócrates I, 13.

[53] Zahn, *Constantin der Grosse und die Kirche*, p. 32.

[54] Ley del año 320, *Cod. Theodos.* VIII, 16. Cf. Euseb., *Vita C.* IV, 26.

[55] Sócrates, *Hist. eccl.* I, 11. Sozom. I, 10. Athanas., *Vita Anton.* col. 468.

entonces el celibato del clero. La ordenación fué cobrando un mayor valor místico y hasta mágico por relación a hombres y cosas, siendo considerada como una comunicación de fuerzas sobrenaturales. Dentro de la misma casta sacerdotal se agudizaron las antiguas distinciones y se crearon nuevas; el presbítero se diferenció del diácono, el obispo del presbítero; también entre los obispos hubo diversos grados de influencia según el rango de sus ciudades, influencia que acabó por concentrarse en los patriarcados (posteriores) de Roma, Alejandría, Antioquía, Constantinopla y Jerusalén. Y para mantener el cargo episcopal en un rango superior se suprimió, poco después de la muerte de Constantino, el grado inferior, los llamados obispos rurales (χωρεπίσκοποι), es decir, los obispos de lugares sin categoría de ciudad. Según la importancia de la localidad, la ambición del particular en cuestión y las facciones existentes, la elección de obispo solía degenerar a veces en luchas violentas que hasta llegaron a perturbar en ocasiones a toda la iglesia. La gente que escalaba esos puestos pocas veces era la mejor; con demasiada frecuencia, los talentos retóricos y políticos, especialmente financieros, y las influencias personales ganaron la partida a los verdaderamente dignos. Hacia abajo, la jerarquía no se limitó, como hasta entonces, a la clase de celadores y acólitos, sino que se organizó todo un grupo de servidores, el de los llamados parabolanos o *fossores*, es decir, enfermeros y enterradores, de los que encontramos en Constantinopla unos mil y en Alejandría unos quinientos.

Esta iglesia poderosa y rica pronto se revistió de un gran aparato externo; fué exaltado el culto con iglesias magníficas y con un ritual imponente; la vida de las altas jerarquías tenía un tono principesco (por lo menos en las grandes ciudades). Pero estas consecuencias, tan naturales, cuando se destacan bien es en los tiempos de los hijos de Constantino y después. En un aspecto, sobre todo, podríamos darnos cuenta de qué medios de poder se había desprendido el estado; toda la enorme beneficencia, con su influencia sobre las masas, se hallaba, por concesión del estado, en manos de los clérigos, que en muchas localidades fundaban asilos, hospederías, hospicios, hospitaies

y otras instituciones por el estilo, mientras que el estado entraba en contacto con los particulares a través, únicamente, de sus soldados y de sus recaudadores de contribuciones, que no tenían la mano floja.

¿Quién podría impedir a la larga que este clero, una vez convertida la mayoría pagana, se constituyera en gobierno? ¿De qué medios disponía todavía el gobernante para seguir siendo el señor o, por lo menos, no el servidor o el asalariado de sus clérigos? El emperador y los obispos recibían ambos sepultura en la iglesia de los Apóstoles de Constantinopla, "ya que el sacerdocio es, por su honor, parejo al poder y, en los lugares santos, hasta le precede".[56]

En una consideración más atenta encontramos, sin embargo, que se había cuidado del emperador y de su poder. Por fortuna el Antiguo Testamento, aunque relata a menudo las disensiones entre los reyes y los sumos sacerdotes de Israel, no cuenta de ninguna revolución teocrática contra la realeza sino que abandona el destronamiento a Dios y al rey de Babilonia. Se apeló en todo momento al régimen político del Antiguo Testamento, como único precedente no pagano; se ignoró por completo, lo mismo que ocurrió con los puritanos ingleses, que ese régimen era propio de una nación particular, ya fenecida; pero el Nuevo Testamento, al cual se habría recurrido más a gusto, no se ocupa de formas estatales ni de nacionalidades porque su misión es universal.

Mientras el emperador se presentara como creyente nada había que hacer contra él; lo que pudiera ser como hombre y como regente no entraba ya, mayormente, en cuenta. La Historia no puede apoyarse demasiado en la posición especial de Constantino, que fué adulado en forma desorbitada, pero es el caso que también encontramos una teoría del derecho divino en favor de emperadores posteriores, teoría que apenas si cede al endiosamiento de los emperadores paganos y que la supera, por mucho, en lo que se refiere a la sinceridad. "Cuando el emperador ha recibido el nombre de Augusto (se nos dice a fines del siglo IV) [57] se le debe lealtad y obediencia y un

[56] Sozomeno II, 34. Cf. Sócrates I, 40.
[57] Veget, *De re milit.* II, 5, con ocasión del juramento de la guerra.

servicio absoluto, como a un Dios presente y encarnado. Pues lo mismo en la paz que en la guerra, la lealtad al emperador que manda por disposición de Dios es tanto como servir a Dios."

Pero también desde el punto de vista material, el imperio, con su poder militar barbarizado y neutral en asuntos religiosos y con su sistema administrativo, se hallaba sólidamente establecido para que tuviera necesidad de ceder ante el mero gobierno sacerdotal.

Finalmente, Constantino había sido lo bastante cauto o afortunado para convertirse él mismo en cabeza y cetro de la iglesia y para legar a sus sucesores, junto con todos los demás atributos del poder, esta otra posición bien consolidada.

Ya sabemos cómo pretendía figurar como el "obispo común". No se trata de una mera frase; la iglesia no poseía, en realidad, ningún otro centro. Lo vemos, en primer lugar, en las elecciones de obispos, en las que, en los casos más importantes, la corte podía ejercer una influencia decisiva, pues los obispos de la provincia en cuestión, que se reunían y hacían la propuesta de un nuevo pastor para la diócesis, tenían en cuenta los deseos imperiales porque ellos mismos esperaban llegar más arriba gracias al favor imperial. Para poder aprovechar convenientemente su posición, esta iglesia hubiese tenido menester, antes que nada, de un espíritu superior, de una mentalidad más alta. Además, en los grandes sínodos del Imperio llevaba el emperador la ventaja, puesto que él fijaba tiempo y lugar, y, más todavía, porque había muchos que trataban de adivinar su voluntad para plegarse a ella. De no estar él mismo presente, enviaba sus comisarios con plenos poderes y retenía la aprobación final, sin la cual no era válida ninguna resolución del concilio y con la cual se convertía en ley del Imperio. Finalmente, los sínodos, con su igualdad de voto, eran un medio excelente para contrarrestar el poderío de los obispados de más rango en cuanto le parecieran a la corte un poco incómodos.

La idea del concilio, que ya se había desarrollado en los primeros siglos del cristianismo, era elevada: que una asamblea de los que presiden a las comunidades cristianas está asistida por el Espíritu

Santo cuando se prepara fervorosamente para deliberar en común sobre asuntos importantes. Una sentimiento de este género inspirará a toda asamblea que se ocupe de las cosas más altas y cuyos miembros han ofrecido ya u ofrecerán acaso la vida por la causa. Pero los tiempos de la iglesia triunfante y secularizada, cuyos concilios fueron cada vez más brillantes y más numerosos, muy pronto nos ofrecerán el cuadro de la más triste degeneración.

La primera gran ocasión fué la del concilio de Nicea (325), cuya misión principal consistiría en poner término a las disputas arrianas. Uno de los espectáculos más tristes de toda la historia es ver que la iglesia, especialmente la de las regiones orientales del Imperio, apenas salida de las persecuciones, fué presa de las más violentas disputas acerca de la relación de las personas de la Santísima Trinidad. La obstinación oriental y la sofistería griega, bien repartidas en las sedes episcopales, se engarabitan en torno a las palabras de la Escritura al objeto de lograr algún símbolo que haga comprensible lo incomprensible y ofrezca alguna concepción que sirva para todos; la disputa del *homousios y homoiusios* ("igual y parecido") se prolonga a través de cien metamorfosis distintas y de cientos de años y fragmenta a la iglesia oriental en sectas, una de las cuales se funde con el Imperio Bizantino en calidad de iglesia griega ortodoxa. Toda una serie de otros intereses, en parte muy mundanos, se entremezclan en la pugna y se encubren tras ella de tal suerte que va cobrando el aspecto de un mero pretexto hipócrita. La iglesia se va vaciando por dentro, gracias a esta disensión; deja secar al hombre interior a fuerza de ortodoxia y ella misma, desprovista de savia moral, agota su efecto moral superior sobre los individuos. Y, sin embargo, ¡cuán alta significación histórico-universal corresponde a todo este tráfago poco simpático! Esta iglesia, con sus sectas colaterales, anquilosada y sustraída a todo desarrollo, durante un milenio y medio tendría fuerza para mantener las nacionalidades bajo la presión de los bárbaros y hasta para representarlas, pues era más fuerte que el estado y la cultura, y por eso sobrevivió a los dos; sólo en ella se alberga la

quintaesencia del bizantinismo, no desprovisto de porvenir; la ortodoxia constituye su alma.

Con esto hay que reconocer que aquellas pugnas en torno a la segunda persona de la Santísima Trinidad tenían su amplia justificación histórica. Nos guardaremos muy bien de interesarnos por la dogmática y nos limitaremos a algunas indicaciones en lo que se refiere a las relaciones entre el gobierno y el clero, tales como se manifiestan en el concilio de Nicea y en los acontecimientos que le siguen.[58]

Cuando el presbítero alejandrino Arrio sostuvo su doctrina de la subordinación del Hijo al Padre se levantaron contra él el diácono alejandrino Atanasio y el obispo Alejandro. Este convocó en el año 321 a un sínodo de los obispos de Egipto y Libia, que condenaron y proscribieron a Arrio. Con esto se dió a su doctrina y a su postura una importancia que en sí mismas no tenían; el partidismo aumentó sobremanera en los dos bandos mediante la predicación, el apostolado y la comunicación epistolar. Como el obispo Eusebio de Nicomedia tomó partido por el extraño y vanidoso pero práctico Arrio,[59] pronto cobró la pugna el aspecto de una lucha entre las sedes de Alejandría y Nicomedia; también aquí, o en las proximidades, se reunió un sínodo que se declaró en favor de Arrio. Por entonces, estaba también a su favor Eusebio de Cesárea, quien nos ofrecerá más tarde, en la *Vida de Constantino,* una descripción de esta disputa que resulta única por su falta de honradez y deliberada parquedad.

Así estaban las cosas (323) cuando Constantino se hizo amo del Oriente a consecuencia de su última guerra contra Licinio. Heredó la disensión en todo su esplendor. Su interés y su inclinación tenían que encaminarse, indefectiblemente, en el sentido de acabar con el asunto, ya fuera por una mediación, o poniéndose al lado del

[58] Una reseña satisfactoria, por ejemplo, en Gfrörer, *Allgemeine Kirchengeschichte,* vol. II, pp. 199 *ss.*

[59] Para introducir su doctrina en el pueblo, Arrio escribió canciones de marineros, molineros y canciones de marcha, con melodías cantables. Philostorg. II, 2.

partido más fuerte o más inteligente o jugando sagazmente con los dos partidos.

Uno de los obispos destacados de los dominios de Licinio, aquel mismo Eusebio de Nicomedia que ya antes gozó de mucha influencia con Constancia, la hermana del emperador y esposa de Licinio, logró atraerlo, casi por completo, al lado arriano. Pero un teólogo cortesano del Occidente, el obispo Osio de Córdoba, que veía en peligro su propia influencia con Constantino, se entendió con el obispo de Alejandría y confundió las cosas de tal manera que el emperador no tuvo más remedio que convocar a un concilio general; además, la ocasión le sería bienvenida para conocer personalmente a las jerarquías de sus nuevos dominios, imponiéndose con su presencia personal y dando término al peligroso desorden de los sínodos provinciales independientes. De los trescientos dieciocho obispos que se encuentran en Nicea (junio de 325),[60] apenas si una media docena son occidentales; el obispo Silvestre de Roma no estuvo personalmente, sino que envió en representación a dos presbíteros, siguiendo la táctica acertada, que inspiró también a sus sucesores, de no visitar los sínodos orientales. Por otra parte, de entre los obispos orientales, cuyo número se elevaría acaso al millar, sólo fueron invitados, mediante un oficio imperial,[61] aquéllos cuyo voto se necesitaba.

Constantino inauguró personalmente el concilio de Nicea cuando con la "corona sacerdotal entretejida de abigarradas flores" se tuvo la "réplica de la asamblea de los apóstoles", la "repetición de la primer fiesta de Pentecostés", encontrándose presentes, además de los obispos, un nutrido acompañamiento de presbíteros y una muchedumbre de "laicos expertos en dialéctica". Apenas podía moverse a fuerza de púrpura, oro y pedrerías, y Eusebio lo compara con un ángel del Señor de los cielos. Pero no quedaron las cosas en esta presencia personal imponente. En el curso de las negociaciones se vió que Osio había predispuesto al emperador en contra de los arrianos

[60] Probablemente según la cifra de los 318 circuncisos de Abraham, *Genes.* XIV, 14; XVII, 26.

[61] Euseb., *Vita Const.* III, 6 *s.*

y que con su partido estaba trabajando por todos los medios a la gran masa de los indecisos, recordándoles el favor imperial. No fueron, pues, los discursos de Arrio ni las réplicas de Atanasio en honor de la eternidad del Hijo las que decidieron el resultado. Una orden del emperador puso fin a los debates, declarándose Constantino en favor de la expresión *homousios* contra la voluntad de la mayoría, que se sometió pacientemente. Sólo dos obispos se negaron a firmar y merecen, por lo tanto, ser nombrados, aunque hayan obrado así por una obstinación poco religiosa: Teonas de Marmarica y Segundo de Ptolemáis. Su recompensa fué la destitución y el destierro. Eusebio de Nicomedia firmó, pero, como no fué depuesto, se pidió de él y de otros la firma de un artículo adicional por el cual debían condenar sus opiniones anteriores; al negarse, fué desterrado a las Galias y lo mismo le ocurrió a Teognis, obispo de Nicea. Arrio fué desterrado a Iliria.

Constantino conoció así a su clero oriental y aprendió también a despreciarlo en su mayor parte. ¡En qué forma estos hombres, que podían levantar el Imperio sobre sus goznes, se habían inclinado ante él! Muchos de ellos[62] le mandaron acusaciones secretas; hizo quemar estos libelos y los amonestó para la concordia. Antes de partir, se preparó un gran banquete en la corte; "un círculo de guardias con relucientes espadas protegía las puertas de palacio, pero los hombres del Señor pasaron sin miedo entre ellos y llegaron hasta la cámara interior".[63] El emperador les dió para el viaje regalos y advertencias de paz. Hizo que se escribiera a la comunidad de Alejandría: "lo que ha placido a trescientos obispos no es otra cosa que la voluntad de Dios".

Pero ahora es cuando comienza de verdad la lucha. Constantino, que no tenía ningún contacto íntimo con el aspecto teológico de la cuestión, encontró tres años más tarde (328), posiblemente por indicación de un presbítero arriano recomendado por Constancia en su lecho de muerte, que era conveniente, y hasta acaso justa, una

[62] Sócrates, I, 8.
[63] Euseb. I, c. III, 15.

nueva fórmula. Se llamó de nuevo a Arrio y a todos los depuestos; Osio fué destituído o, por lo menos, desapareció durante mucho tiempo de la vida pública; el obispado de Antioquía fué tomado, por decirlo así, por asalto, y se colocó en la sede a un arriano, ocasión en la que se desplegó un trapicheo repugnante y la población de la ciudad, ya de por sí peligrosa, fué agitada profundamente. Eusebio de Nicomedia, que en todos estos sucesos desempeñaba el primer papel, trató de dar el golpe a la odiada sede de Alejandría. Pero tropezó con un enemigo fuerte, Atanasio. Es el primero de toda esa serie de caracteres consecuentemente desarrollados que nos ofrecen los jerarcas medievales; impregnado desde la niñez[64] de la dignidad del oficio sacerdotal, lleno de grandes ideas y fines como, por ejemplo, la conversión de Abisinia, sin respetos humanos ni consideración alguna de las circunstancias que pudieran oponerse a sus principios, dispuesto a cualquier sacrificio en favor de la causa y, al mismo tiempo, duro con los demás como consigo mismo, incapaz de admitir el punto de vista de los otros, y no siempre demasiado escrupuloso en cuanto a los medios. No se puede desconocer que el destino de la ortodoxia en los tiempos inmediatos dependió, en la medida en que podemos juzgarlo, de su persona. Constantino le pide la rehabilitación de Arrio; se niega y se la deja estar. A esto los adversarios promueven contra él estúpidas calumnias políticas, pues no había manera de atizar a Constantino con motivos religiosos; Atanasio se apresura a dirigirse a la corte y se gana personalmente al emperador. Por fin, los adversarios creen haber encontrado un medio seguro; acusan al obispo de intolerante, de perseguidor de la secta meletiánica, que había logrado en Nicea la paz eclesiástica. Atanasio no era completamente inocente en este asunto, pero se había azuzado deliberadamente a los meletianos contra él. El emperador ordena que un sínodo que habría de reunirse en Cesárea de Palestina investigue el asunto; Atanasio declara (334) que no comparecerá ante autoridades compuestas por sus enemigos mortales. Y nuevamente cede Constantino.

[64] Sócrates I, 15. Sozom. II, 17. Cuentan cómo de muchacho jugaba con sus amigos a los sacerdotes, haciendo él de obispo.

Sin embargo, pueden más las incesantes acusaciones, y al año siguiente (335) se reúne un sínodo en Tiro, desde donde los padres tienen que marchar inmediatamente a Jerusalén, para consagrar la iglesia del Santo Sepulcro. La presidencia correspondió a un distinguido funcionario de la corte, de nombre Dionisio. Atanasio deshizo brillantemente las acusaciones más graves y, por lo que respecta a las de menor monta, una comisión partidista marchó a Alejandría y, basándose en su informe, se siguió la condenación; esta vez triunfaron los arrianos, como en Nicea los ortodoxos. Pero casi en el mismo momento se presenta Atanasio en la corte; "Cuando yo entraba (escribía el emperador) en Constantinopla, salió de pronto a mi encuentro con los suyos; Dios es testigo que ni siquiera lo reconocí y que, en un principio, nada quería saber de él, etc." La consecuencia de este encuentro fué que Constantino convocó a los padres de Tiro para que acudieran a la capital a explicar rápidamente su comportamiento y sus acuerdos. Aquí es cuando osaron la primera desobediencia; en lugar de acudir todos, aparecieron sólo los seis jefes del partido y Constantino cedió, aunque no de una manera absoluta, y desterró a Atanasio a Tréveris, pero dispuso que no se ocupara la sede alejandrina, a lo que parece con la intención de guardarla para Atanasio en tiempo oportuno.[65] No es fácil adivinar si Constantino se asustó por la resistencia de los obispos o qué otra cosa pudo inspirar su decisión; los acusadores le dijeron que Atanasio había amenazado con sabotear la partida de la flota egipcia cargada de trigo, pero esto no lo creyó el emperador, aunque les diera a entender que lo creía. A poco, llamó a Arrio a Constantinopla, al parecer con los propósitos más santos, pero, después de una visita al palacio imperial (336), Arrio se sintió repentinamente malo en la calle y falleció en una letrina pública de las inmediaciones, letrina que cien años después se enseñaba todavía como cosa digna de verse. No sabemos

[65] No es nada inverosímil que tratara de ponerlo a salvo de sus perseguidores, como se afirma en una carta de Constantino II. Sócrates II, 3.

si recibió veneno y de quién; Constantino no tenía ningún interés en el asunto.[66]

Sin duda le hubiera gustado disponer de una iglesia oficial firme y concorde, pero ya se habían anunciado las oscilaciones más fuertes. Dada su neutralidad íntima, no le fué difícil mantener en la balanza a los partidos eclesiásticos y no entregarse definitivamente a ninguno. Por eso los deja triunfar alternativamente y, mediante sus intervenciones vigorosas, busca tan sólo que no se olvide su persona y su poder. Probablemente, comprendió, desde un principio, que la disputa se mantenía, en su mayor parte, por la disputa misma y que cualquier intento de conciliación estaría desplazado. Esto es lo que descuidaron sus sucesores, pues ellos mismos se hallaban seriamente trabados por las cuestiones teológicas y dejaron mano libre para la violencia y la venganza al partido favorecido por ellos.

Tenemos un vivo testimonio de esto en el conocido edicto contra los herejes,[67] del año anterior a su muerte. El redactor eclesiástico zarandea de lo lindo a todos los herejes, novatianos, valentinos, marcionitas, catafrigios, etc.; pero, a pesar de todos los insultos, todo se reduce a despojarles de sus locales; Eusebio se exalta: "¡Fueron arrojados, dispersados como animales!", pero notamos que no le parece bastante. Expresamente nos dice de los novatianos que Constantino quiso sólo asustarlos un poco; persecuciones de verdad las hubo, a lo que parece, sólo contra los montanistas o catafrigios, que podían ser peligrosos por fanáticos, y aun éstos fueron tolerados por lo menos en Frigia, tierra de la secta. Es cierto que Constantino adoptó algunas medidas sorprendentemente inconsecuentes; después del destierro de Arrio dicta, por ejemplo, una orden[68] a todas las iglesias para que

[66] Sócrates, I, 38, atribuye la muerte de Arrio a las oraciones del obispo ortodoxo Alejandro de Constantinopla y trata de borrar con su relato de la muerte la sospecha de un envenenamiento. Sozom. II, 30.

[67] Euseb. l. c. III, 63-66. Sozom. II, 32. Una ley del año 326, *Cod. Theodos.* XVI, 5, elimina a los herejes de todas las emancipaciones, que se refieren a los fieles, y amenaza a aquellos con cargas civiles de todas clases, pero todo ello de un modo muy vago.

[68] Sócrates, I, 8.

quemen todas sus obras, con las palabras finales: "quien oculte un libro será muerto. Dios os conserve". Pero al mismo Arrio se le deja vivir tranquilamente en el destierro y luego se le honra de nuevo.

A la muerte de Constantino, sus hijos se entregan personalmente a las facciones eclesiásticas; habían sido educados en esa línea y la perversidad de su índole no podía detenerles en este camino. Sócrates (II, 2) nos cuenta, por ejemplo, cómo fué ganado Constancio para el arrianismo; un presbítero cuyo nombre desconocemos, que le entregó el testamento de su padre y que, con esta ocasión, se afincó en la corte, ganó al partido arriano al gran mayordomo Eusebio, un eunuco, y luego a los demás eunucos; estos y el presbítero se atrajeron luego a la emperatriz y, por fin, se les pasó el mismo Constancio. Con este motivo se dividió toda la servidumbre de palacio, el cortejo militar y la ciudad de Constantinopla. En palacio disputan eunucos y mujeres, mientras que en la ciudad cada casa se convierte en escenario de una guerra dialéctica y la moda se extiende por todo el Oriente, mientras que en el Occidente Constantino II y después Constante son atanasianos. En el curso de los acontecimientos se llega pronto a las persecuciones más espantosas, a los destierros y asesinatos; vuelven a aparecer todos los martirios y todos los géneros de tortura de la época de Maximino;[69] hasta la comunión y el bautismo se convierten en objeto de imposición policíaca y las facciones se disputan violentamente las sillas episcopales.

Estas crisis se salen ya de nuestro campo. Junto a esta iglesia desgarrada por una obstinación y una ambición incurables y por una dialéctica absurda, crece por entonces el muchacho Juliano, difícilmente salvado de la muerte general con la que Constancio abatió a la familia. El y su hermano Galo fueron criados en la villa Macellum, lejos, en Capadocia, para ser destinados al sacerdocio; su diversión consistía en construir una capilla al mártir Mamas. Bajo estas impresiones se fué formando el futuro reaccionario pagano.

[69] Cf. por ejemplo, Sócrates II, 26, 27, 28, 38; IV, 16. Sozom. VI, 14.

Pero no hay que olvidar que, junto a esta iglesia tan rápidamente degenerada en medio de la victoria, existía todavía una religión. Las bellas consecuencias morales que supuso la introducción del cristianismo se sustraen fácilmente a la vista, mientras que se adelantan a un primer plano, en forma desproporcionada, las disputas dogmáticas y jerárquicas. Los grandes hombres de esta década y de las que siguen, Atanasio, Basilio, Gregorio Nacianceno, Jerónimo, Crisóstomo, llevan, junto a su religiosidad, un cuño más o menos fuerte de eclesiástica exterioridad y se nos presentan, por lo tanto, como más unilaterales y menos simpáticos que los grandes y enterizos hombres de la Antigüedad, tan armónicos; pero, con todo, su principio vital es incomparablemente superior.

Sobre todo, no debemos medir las consecuencias morales que el cristianismo produce en las naturalezas profundas por las ideas de un Eusebio, quien, sin más, cohonesta la conversión al cristianismo con las promesas de la felicidad terrestre y del mando como recompensa divina.[70] Se trata, por lo contrario, de una relación completamente nueva con las cosas terrenas, de la que se tuvo unas veces más conciencia y otras menos. La gran masa se arregló su vida dentro del cristianismo en forma tan placentera como era posible y lo permitía la policía de costumbres del estado; pero los hombres de calidad renunciaron a muchos placeres; ya a fines del siglo tercero se lamenta un escritor cristiano[71] de que, en virtud de la vida separada de marido y mujer, se daña al matrimonio; y por lo que se refiere a los bienes seculares, muchos se sintieron obligados a repartirlos con los pobres y con las iglesias, o a renunciar a ellos por completo en lo que respecta a su persona. Las dos grandes manifestaciones vitales del cristianismo de entonces son la beneficencia y el ascetismo, si prescindimos de una tercera, las misiones entre los pueblos paganos, por tratarse de una cuestión casi exclusiva de los clérigos.

[70] Euseb. I. *c.* I, 3, 4, 18 y otros de la *ob. cit.*

[71] Seudo-Cipriano, cf. Weingarten, *Der Ursprung des Moenchthums*, p. 6.

Por lo que se refiere a la beneficencia, el cristianismo podía comenzar, como aconseja el refrán, por su propia casa, con sus esclavos,[72] ya fuera dándoles un trato más humano o emancipándolos. La esclavitud, por sí misma, no pasaba por cosa injusta: hasta los monasterios pudieron disponer, mucho más tarde, de esclavos; sin embargo, pronto se consideró como una buena obra la manumisión y, así, ya en tiempos de Diocleciano el prefecto de la ciudad de Roma, Cromacio, dejó en libertad a mil cuatrocientos esclavos. A fines del siglo cuarto tienen lugar muchas emancipaciones en masa dentro del círculo devoto de San Jerónimo, si bien entre gentes que habían renunciado al mundo; pero ya Crisóstomo pedía la supresión de la esclavitud. Martín de Tours conservó su único esclavo mientras fué soldado, pero ejercitó la humildad descalzándole en ocasiones y sirviéndole a la mesa.[73] El mismo Constantino trató de suprimir[74] el derecho del amo a disponer de la vida del esclavo pero la distinción jurídica entre la muerte del esclavo "después" de los malos tratos y "a consecuencia" de ellos permitía siempre al amo buscar fácilmente una salida. Hasta se admite el caso de que un esclavo puede morir de muerte natural bajo los golpes por "una necesidad del destino". Los paganos se mantuvieron teóricamente en sus viejas ideas sobre la esclavitud; Temistio no atribuye al nacido esclavo ninguna capacidad para las inspiraciones humanas superiores y Macrobio trata muy seriamente de si poseían categoría de hombres y de si también los dioses se ocupaban de ellos.[75] Pero en la realidad, el trato que recibían de la mayoría de los paganos no era malo.

La beneficencia en sentido estricto, que se basaba, en parte, en la idea de la comunidad de los bienes terrenos y, por otra, en el deber

[72] Cf. Möhler, *Gesammelte Schriften und Aufsätze*, vol. 2.

[73] Sulpic. Sever., *Vita S. Mart.* I.

[74] *Cod. Theodos.* IX, 12. — Prohibición de que ningún judío pudiera tener a un cristiano como esclavo, en Euseb. *Vita. Const.* IV, 27. — Para más detalles indicamos la valiosa obra de Chawner: *The influence of christianity upon the legislation of Constantine the great*, Cambridge y Londres 1874. — De la legislación constantiniana en general dice el autor, en la p. 19: *the spirit was new, but the actual change in the laws was not great.*

[75] Themist. Βασανιστής. — Macrob. *Sat.* I, 11.

de aliviar la indigencia, ofrecía, como se manifestó en seguida, grandes inconvenientes desde el punto de vista de la economía pública. Encomendada hasta entonces, dentro de la iglesia, a los diáconos, se había prestado siempre a muchos abusos, pero en aquella situación de guerra de la *Ecclesia pressa* tiene algo de grandioso que no se les concediera mayor atención; era el resultado de un temple de ánimo superior, dispuesto a hacer frente a todo. Además, los diáconos, dado el carácter local de su misión, podían conocer mejor a los necesitados. Ahora, por el contrario, se repartieron limosnas en masa en las formas más diversas y sin circunspección. Nuestra época, con su consigna del trabajo, no puede comprender ni aprobar esto, pero la cuestión es si (prescindiendo de una ley agraria) había otro camino abierto en un Imperio casi exclusivamente agrícola que había consentido que el reparto de la tierra adoptara formas de máxima desigualdad, cuyas ciudades estaban ocupadas en su mayor parte por un proletariado desposeído y cuya población rural había disminuído a tal grado que fué menester ayudarse con colonias de bárbaros. Desde hacía siglos se hallaba en uso una limosna colosal en favor de los habitantes de las ciudades, aunque no era considerada como tal; nos referimos a la distribución de víveres, al principio limitada a la ciudad de Roma, cuyos habitantes se consideraban los señores del mundo, pero extendida luego, por concesión imperial, a toda una serie de ciudades importantes y, finalmente, a ciudades pequeñas. El Imperio, cuyos ingresos se componen en su mayor parte de especies naturales, alimenta a las ciudades con el producto del campo. También en la época de Constantino encontramos algunas concesiones de este tipo.

Con el reconocimiento del cristianismo la iglesia dispone, gracias a las donaciones, de medios muy importantes; por esta doble razón se ve obligada, en mayor o menor grado, a encargarse de las limosnas. Más arriba enumeramos las diferentes instituciones fundadas con estos fondos por obispos y comunidades bien intencionadas, aquellos enodoquios, ptocotrofios, gerocomios, nosocomios y orfanotrofios, cuyo ideal y compendio podemos considerar la *Basilias*,

edificada a fines del siglo cuarto, por obra de Basilio el Grande.[76] En su mayor parte se trataba de instituciones en favor de gente verdaderamente desamparada y en tal sentido representaban una novedad muy grande frente al viejo mundo pagano, aunque éste hacía tiempo que había comenzado a orientarse en el sentido de la beneficencia pública.[77]

Como observamos arriba, el estado dejó que la iglesia actuara en este aspecto y disfrutara de este medio de influencia; el mismo Constantino concedió, por ejemplo, a la iglesia de Alejandría una *annona* especial (cosecha de trigo) para que la repartiera entre los pobres[78] y junto a ella persistiría, sin duda, la *annona* general otorgada por Diocleciano a la ciudad. No se trataba de un puro medio de proselitismo, aunque las donaciones de Constantino tienen el aspecto general de "cajas de convertidos". Cuando, por ejemplo, fundó en Heliópolis un obispado y la ciudad siguió siendo casi íntegramente pagana, entregó grandes sumas para el sostenimiento de los pobres cristianos "para que así se conviertan más a la Palabra".[79] También sus limosnas y protecciones personales eran, en muy gran parte, de índole política y sólo en apariencia arbitrarias; y también se dejó guiar en esto, más tarde, por los sacerdotes. Cuando después de la victoria sobre Majencio se quiso ganar el favor de Roma, repartió abundantemente entre ricos y pobres el dinero que trajo o que encontró; gentes de rango venidas a menos recibieron sumas importantes y dig-

[76] Desde el punto de vista económico-estatal estas instituciones eran ya para el pagano Zósimo (v, 23) en el siglo quinto causa de un gran disgusto: "Se apoderaron de las mejores haciendas bajo el pretexto de dar de todo a los pobres; debido a esto todo el mundo se ha vuelto pobre."

[77] Debemos recordar en primer lugar los *pueri et puellae alimentariae:* Nerva, Trajano, Antonino, Marco Aurelio y Alejandro Severo gastaron grandes sumas para la educación de niños pobres de los dos sexos, sin embargo, no en sentido filantrópico general, sino únicamente para los niños de origen libre, y, a lo que parece, sólo para italianos, con la intención de aumentar la población, muy escasa, de la metrópoli. — Sobre la beneficencia privada cf. en Pausan. II, 27, 7 la construcción de hospitales por el senador Antonino en Epidauro.

[78] Sócrates II, 17.

[79] Euseb., *Vita C.* III, 58; IV, 28.

nidades; señoritas de la buena sociedad tuvieron un novio de su séquito y, además, una dote; a los mendigos del foro se les distribuyó limosnas, comidas y ropas, éstas, probablemente, porque desagradaba el desnudo.[80] En los últimos años, la mañana de Pascua era ocasión de grandes regalos.[81] El obispo de la corte cobra acentos patéticos en tales ocasiones, pero no hay que olvidar las incisivas palabras de Amiano:[82] "Como lo han demostrado claramente los documentos, Constantino fué el primero en abrir el gaznate de la gente de su alrededor y Constancio lo alimentó luego con el tuétano de las provincias." Sin embargo, los regalos de un emperador no ofrecen ningún criterio cierto, pues pocas veces se podrá aclarar por qué da y de dónde toma. Hasta las limosnas de la anciana Elena[83] tienen algo de político y de equívoco. Cuando su excursión por Oriente fué regalando grandes sumas a los habitantes de las ciudades y todavía fué dando personalmente a quien se le acercaba; también repartió grandes sumas entre los soldados; además, los pobres recibieron dinero y vestidos y a otros les ayudó en sus deudas, en su destierro y en violencias de todo género. Sin duda Constantino había considerado conveniente y a tono con el espíritu del Oriente semejante viaje circular del único miembro completamente fiable de su familia.[84] De su sistema financiero, en el que se apoyaba esta generosidad, nos ocuparemos más tarde, aunque sea brevemente.

Abandonemos por el momento a este egoísta vestido de púrpura en el que todo lo que hace y permite que se haga está calculado para aumentar su propio poder. Con este poder estatal, íntimamente frívolo, contrasta la entrega entera de tantos que se desprendían en vida de toda su fortuna para dedicarse al servicio de Dios; en estos casos la beneficencia se aliaba íntimamente con el ascetismo. Hom-

[80] Euseb. I, c. I, 43. Para otros repartos de ropa, que ya tuvieron lugar con emperadores anteriores, pero sólo como regalos de lujo para los romanos de la urbe, cf. IV, 28, 44.
[81] Euseb. I. c. IV, 22.
[82] Ammian. Marc. XVI, 8.
[83] Euseb. I. c. III, 44.
[84] Su pomposa presentación, Euseb. I. c. III, 45.

bres y mujeres, en parte pertenecientes a las clases más altas, acostumbrados a todos los goces de la vida, toman al pie de la letra el consejo que dió Cristo al rico joven; vendían lo que tenían y entregaban el producto a los pobres para, en medio del mundo, rodeados del rumor de su capital, entregarse en pobreza voluntaria a la contemplación de las cosas más altas. A otros no les basta con esto sino que huyen del mundo y de la civilización y mueren para él llevando vida de anacoretas.

La Historia que, por lo demás, acostumbra a ocultarnos el origen de las cosas grandes, nos transmite con bastante minuciosidad el modo y manera como surgió la vida de los anacoretas y, de ella, el monacato. Apenas si hay otra dirección u otro acontecimiento que caracterice mejor los últimos días del siglo tercero y, en general, el siglo cuarto.

Hay un rasgo de la naturaleza humana por el cual el hombre, al sentirse perdido en el ancho y agitado mundo, trata de encontrarse a sí mismo en la soledad. Esta soledad habrá de ser tanto más cerrada cuanto más profundamente se haya sentido el hombre íntimamente desgarrado. Si a esto la religión añade el sentimiento del pecado y la necesidad de una unión imperecedera con Dios, desaparecerá toda consideración terrenal y el anacoreta se convertirá en asceta, en parte para expiar, en parte para no deber al mundo más que el puro vivir, finalmente, para mantener al alma en trato constante con las cosas más altas. Naturalmente, tratará de defenderse de cualquier recaída en el estado anterior mediante toda clase de votos; al coincidir en la soledad varios inspirados por el mismo afán, tanto el voto como el tipo de vida cobrarán el carácter de algo común, de una regla.

Esta vida eremítica no presupone, claro está, un estado completamente sano de la sociedad y del individuo; es más propia de las épocas de crisis, cuando muchas almas quebrantadas buscan el sosiego y muchos corazones templados se desengañan de la vida y tienen que luchar por Dios lejos del mundo. Pero quien, entregado al tráfago moderno de los negocios y a un concepto subjetivista de la vida,

gustara de encerrar a todos esos anacoretas en un instituto de trabajo, piensa que él mismo se halla muy sano; pero no lo está más que muchas gentes del siglo cuarto, demasiado débiles o frívolas para adivinar siquiera las fuerzas espirituales que empujaban a aquellas naturalezas gigantes por los caminos de penitencia. Pero prescindiendo de la ganancia o pérdida personal que podía obtener el asceta de la Tebaida o de las montañas de Gaza, queda siempre una acción histórica enorme que el historiador tiene que apreciar a su manera. Esos eremitas han sido los que han comunicado a todo el estamento clerical de los siglos siguientes la actitud superior, ascética, ante la vida, o por lo menos la pretensión de ella; sin su ejemplo, la iglesia, es decir, el único instituto de todos los intereses espirituales, se hubiera secularizado por completo y se habría sometido al rudo poder material. Pero nuestra época, que disfruta de la bendición del trabajo y movimiento espiritual libres, olvida con demasiada facilidad que sigue viviendo de los resplandores del sobrenaturalismo con que la iglesia ungió a la ciencia en la Edad Media.

Los primeros anacoretas cristianos son egipcios y palestinenses que llevan una vida solitaria, o a lo menos retirada, en las inmediaciones de su patria, y que acogen a gente joven para instruirla.[85] Pero a caracteres como un Pablo (nacido en 235, muerto en 341), un Antonio (252-357), un Hilarión (292-372), no les satisfacía esta vida solitaria a medias; para asegurarse por completo de las seducciones del mundo y entregarse del todo a Dios, desaparecen del mundo y

[85] Una institución semejante debió ser el ἀσκητήριον, en el cual, según Sócrates I, 11, fué educado ya en el siglo tercero el famoso Pafnucio. Cf. también la obra de Atanasio *Vita S. Antonii* (únicamente en latín, ed. Commelin). — *Col.* 445 indica como una costumbre, alrededor del año 270, que quien quería vivir en Dios, *non longe a sua villula separatis instituebatur.* Sobre lo demás cf. Hieron. *Vita S. Pauli* y *Vita S. Hilarionis; Regula S. Pachomii* y sus *Praecepta.* Todo en la edición veneciana de San Jerónimo; vol. II, pars. I. — De las epístolas de San Jerónimo, especialmente *Ep.* 22, ad. *Eustochium,* cap. 33 hasta 36. — Sozomeno, *Hist. eccles.* I, 13; III, 14; VI, 20 y 28. — Sócrates I, 11 y s.; IV, 23 y s.; VI, 7 y otros de la *ob. cit.* — Sulpic. Severo, *Dial* I. — Rufino, especialmente el principio del segundo volumen. — Evagrio I, 21. — Cf. la nota al final de nuestro libro.

viven sesenta, ochenta años en medio del desierto. Algunos entran en la vida eremítica huyendo de las persecuciones de los romanos,[86] pero la mayoría la busca por sí misma y no puede abandonarla porque se le ha convertido en segunda patria y es incapaz de pensar sin espanto en la vida del siglo, en la corrompida sociedad. Y "cuando el mundo se viste de cristiano, no son los miembros más indignos de la sociedad cristiana los que se marchan al yermo por cierto tiempo o para siempre en busca de la libertad que parece haber desaparecido de la iglesia triunfante. En el siglo primero de su existencia, este monacato es un testimonio digno frente a la mentira de la creación constantiniana".[87]

Pablo el ermitaño vivía en un escondrijo rocoso, donde en tiempos de Cleopatra solían operar falsificadores de moneda; habían cavado grutas en las rocas, y todavía se encontraban yunques, martillos y útiles de acuñación, todos enmohecidos; al amparo de una vieja palmera, un arroyuelo regaba el seguro asilo. Antonio, que se preparó en un principio para la vida de anacoreta no lejos de su patria (en Heracleópolis, en el Egipto central) y pasó luego largo tiempo en un sepulcro y vivió más tarde en un castillo abandonado y lleno de serpientes, escapó de la importunidad de los devotos a aquel oasis protegido por peñascos del que nos ocuparemos luego. Hilarión de Tabata, en Gaza, busca deliberadamente, para servir a Dios, la malfamada ribera entre el mar y los pantanos, habitáculo de ladrones, y vive sin cobija alguna, luego en una pequeña cabaña, por último, en una celda de piedra de cinco pies de alto. Las privaciones a que se someten estos hombres criados en la abundancia son tan terribles que sólo un organismo extraordinario podía aguantarlas;[88] más que la escasez y mala calidad del alimento nos impresiona en la actualidad la suciedad espantosa y los insectos, a cuya tolerancia se creían obligados estos hombres lo mismo que en el siglo XIV el hermano Ar-

[86] Cómo los destierros podían dar ocasión al anacoretismo se puede deducir de Euseb., *Hist. eccl.* VI, 11.
[87] Zahn, *Constantin der Grosse und die Kirche*, p. 30.
[88] La dieta de S. Hilarión está exactamente indicada en su vida, cap. 11.

mando y otros. Una reacción de este tipo era, por lo demás, completamente natural, luego que las generaciones precedentes se habían entregado a todos los lujos en las suntuosas Termas. Y no tomamos en cuenta la privación mayor: el trato con los hombres; el único medio de sostén espiritual era que los eremitas se sabían la Biblia de memoria. Pero esto no les protegía contra las violentas luchas que a veces se exteriorizaban en peleas con el demonio. Podríamos pensar en la personificación de todo lo espiritual, peculiar a la Antigüedad, pero no es menester acudir a esto. Unas veces sus propios pecados, otras el recuerdo de la vida anterior, además, el efecto del desierto y de sus horrores naturales, le fabrican al anacoreta sus espantosas visiones. Bien famosa, aunque Jaques Callot la ha colocado para siempre en el plaño de lo burlesco, es la aparición del gran ejército infernal en el sepulcro que habitaba San Antonio: se abrieron los muros y aparecieron los demonios en forma de serpientes, leones, toros, lobos, escorpiones y osos, todos furiosos y amenazadores; otras veces se presentan con figura humana, armando bulla, silbando y danzando, y golpean al santo hasta dejarlo medio muerto. Todavía son más grotescas las visiones de San Hilarión; todas las noches se produce en su torno un fantasmal alboroto hecho de gritos de niño, balidos de ovejas, bramidos de toros, pisadas de un ejército en marcha; a la luz de la luna, un carro tirado por caballos salvajes se precipita sobre él, pero al gritar de miedo ¡Jesús! es tragado por la tierra; aparecen mujeres desnudas y mesas bien provistas o retozan los lobos y los zorros mientras el santo reza; una vez, llegó a ver con sus ojos una pelea de gladiadores y uno que cae moribundo a sus pies le pide con su melancólica mirada el favor de la sepultura. El espíritu del mal toma también las mañas espantosas que han hecho famoso al fantasma en *Sindbad el marino;* cae sobre Hilarión, que un poco distraído, está rezando de rodillas, y le sacude las quijadas y no se desprende por nada. El combate es más fácil con ciertos demonios que se presentan honradamente con su verdadera figura, como sátiros y centauros, y hasta desean a veces la conversión y el patrocinio.

El gran San Jerónimo, que[89] en lo que se refiere a los centauros no quiere decidir si son un mero disfraz del demonio o si realmente el desierto produce tales criaturas, sostiene, por el contrario, la autenticidad de los sátiros, que le van señalando el camino a San Antonio cuando va a visitar a Pablo e imploran su patrocinio; en tiempos de Constantino se encontró una criatura semejante en el desierto, fué mandada viva a Alejandría y a su muerte, que se siguió poco después, fué resecada y enviada a Antioquía, para que el emperador, que andaba por allí, pudiera tener testimonio por sus propios ojos. El sátiro de San Antonio era, si nos fijamos en sus patas de cabra y en sus cuernos, un panida que, además, había conservado su arqueada nariz de los alegres viejos tiempos.[90]

Después de este período de espantos sigue otro en la vida del asceta que le produce un sentimiento doble. El desamparado mundo le descubre, reconoce en él lo superior y extraordinario y le sigue en el yermo. Se hace tan milagroso no gracias a misterios y fantasmagorías sino por la simple oración. ¿Ha ganado algo con esto su alma? ¿No surgirá en él una soberbia espiritual? En torno suyo se juntan los admiradores, que construyen su celda en las proximidades de la suya y a los que, poco a poco, tiene que reconocer como discípulos, y de cuyos servicios no puede prescindir ante la muchedumbre que le importuna; casi a regañadientes se convierte en un "padre", en uno que manda. Antonio, que aguantó esta nueva forma de existencia durante varias décadas, escapa en el año 310 al pleno desierto y escoge (a un lado de Afroditópolis) una montaña rocosa cuyos numerosos arroyuelos rodean un prado de palmeras; pero también aquí le descubren sus hermanos y tiene que consentir a dos de ellos, Pelusiano y el intérprete Isaac, que habiten con él. Nuevamente se inicia una gran peregrinación ininterrumpida; herejes y ortodoxos, altos funcionarios romanos y sacerdotes paganos, sanos y enfermos, acu-

[89] *Vita S. Pauli.* c. 7 s.

[90] Los cristianos debían considerar a tales seres, de cuya existencia estaban convencidos, como de la de todos los demás dioses y demonios, como ángeles caídos o como sus descendientes por ayuntamiento con hijas de los hombres.

den en tal cantidad que vale la pena establecer un correo de camellos desde Afroditópolis, a través del desierto, hasta su residencia.[91] No le queda más remedio que instalar en la cumbre de la montaña, en lo alto de unas escarpadas escaleras, una celda inaccesible, en la cual puede recogerse de tiempo en tiempo. El último suceso de su vida fué que hubo que ocultar su enterramiento, pues un rico propietario de la vecindad estaba acechando su cadáver con el propósito de erigir dentro de su finca, acaso con motivos de especulación, un "martirio", es decir, una iglesia con el sepulcro del santo. Los dos discípulos no dijeron una palabra, ni siquiera acaso a San Hilarión. Este había emprendido un viaje hacia Egipto que tampoco era otra cosa que una huída de la gente que se le allegaba y de la preocupación creciente por los miles de anacoretas que se le habían juntado en el yermo de Gaza. Su biografía, una de las obras más interesantes de San Jerónimo, describe vivamente el origen y el proceso de esta afluencia. Poco a poco se enteraron en Gaza y en su puerto, Mayoma, que un santo varón habitaba en el yermo; una distinguida dama romana, que andaba de viaje, y cuyos tres hijos sufrían de la fiebre, acude con sus sirvientas y sus eunucos donde el santo varón y le convence, a fuerza de ruegos e imprecaciones, que venga a Gaza, donde consigue curar a los niños. Desde ese momento,[92] la peregrinación desde Siria y Egipto continúa sin interrupción, pero tiene que defenderse con el mayor cuidado por hallarse en las fronteras del paganismo. El gran dios Marnas, que tenía un templo en Gaza, comenzó a competir directamente con San Hilarión, y en la alegre ciudad mercantil se produjo una división de la que apenas podemos hacernos una idea.[93] Se manifiesta sobre todo en aquel enjambre de posesos que solía ser llevado donde San Hilarión y, de seguro, se trataba de hombres quebrantados mentalmente al verse atraídos por dos religiones demoníacas. Teóricamente no se tenía conciencia de esto;

[91] Hieron., *Vita S. Hilarionis*, cap. 30.

[92] Según *Vita S. Hil.* 12 y 29 lo que sigue debe caer entre los años 310 y 356. Al final sucedió, *ut omni genere hominum solitudo per circumitum repleretur.*

[93] Cf. la excelente obra de Stark, *Gaza und die philistäische Küste*, 1852.

el demonio, según las ideas corrientes, entraba de propósito en los hombres y hasta en los animales o se dejaba llevar a ellos malignamente por la acción de los magos y, una vez, el mismo Hilarión curó un camello que estaba poseso. Se suele considerar al demonio como un doble, como una segunda persona diferente del poseso y, por ejemplo, puede hablar sirio y griego cuando éste no sabe más que latín y franco. Es una personificación de los malos dioses paganos y, esta vez, sobre todo de Marnas. De todas maneras, también el santo se ha desviado de sus principios en su lucha con los ídolos y ha opuesto a la magia pagana otra cristiana. Entre los empresarios del circo de Gaza, uno de ellos, un funcionario pagano de la ciudad, era devoto de Marnas y contaba con un mago que aseguraba la victoria de sus caballos mientras impedía la de los del contrario. Este, un cristiano de nombre Itálico, acudió a San Hilarión que en un principio se rió de él y le preguntó que por qué no vendía los caballos y entregaba el producto a los pobres. Pero se dejó ablandar por la honradez del hombre, que prefería recibir ayuda de un siervo del Señor que de un hechicero y afirmaba que estaba en juego el triunfo del cristianismo en Gaza. Le ofreció un cubo lleno de agua, con la que roció los cabellos, los carros, las cuadras, los aurigas y las vallas del circo. Cuando, ante la expectación general, tuvo lugar la carrera, ganaron holgadamente los caballos del cristiano y los paganos exclamaron: "¡Marnas ha sido vencido por Cristo!", de suerte que en ese día se convirtieron muchos. Sin embargo, en otra ocasión Hilarión había curado a un auriga mortalmente enfermo bajo la condición de que renunciaría por completo a su oficio.[94]

Así como el ermitaño se convierte en taumaturgo casi contra su voluntad, así se convierte en monje;[95] las celdas de los que le han hecho compañía en el yermo forman poco a poco un *monasterium* que se somete con el mayor fervor a su dirección.

[94] Hilarión en competencia con el sacerdote milagroso de Esculapio, es decir, de Serapis en Memfis, véase *Vita*, cap. 21.

[95] La palabra *monachus* indica, como es sabido, al anacoreta; únicamente más tarde significará también cenobita.

En Egipto se contaba con el precedente no sólo de los "terapeutas" judíos, que habían llevado una existencia de este género en el lago mareótico, sino con el de los que vivían encerrados en celdas en el templo de Serapis; la forma más rigurosa de ascetismo, que había de encontrar en el mundo cristiano una prolongación, si bien única. Además, el clima no sólo hace posible sino hasta necesaria la mayor moderación, y el mismo carácter industrial del país facilitaba, como veremos, la existencia de un proletariado soltero con ninguna o muy modesta propiedad. Ya en torno a las diversas estaciones de Antonio se habían juntado numerosos anacoretas a los que dirigía mediante la oración, el ejemplo y la admonición; pero en modo alguno veía la meta de su vida en darles una constitución firme y en dirigirlos según un plan determinado. Esto es, más bien, un mérito que corresponde a Pacomio, cuya vida abarca poco más o menos la primera mitad del siglo cuarto. En su juventud había aprendido a apreciar el valor de la disciplina en su breve vida de soldado y la realizó luego en el famoso distrito monacal de Tabenna,[96] en el alto Egipto, entre Tentyris y Tebas. Ya durante su vida se reunieron varios miles de monjes y la regla que les otorgó fué recibida también en otras colonias monacales que surgieron por entonces y más tarde. Son las más importantes la de Arsinoe, en la región del lago Meris (en tiempos de Valente comprendía diez mil habitantes); la gran colonia en el desierto nítrico,[97] al oeste del Delta; la llamada Eremica, no lejos de Alejandría; finalmente, los monasterios dispersos y celdas solitarias en toda la playa del mar interior[98] y el lago mareótico, junto a algunas otras en el Mar Rojo y en el Sinaí. Pero a todas superaba la susodicha Tabenna, donde en tiempos de San Jerónimo

[96] La cuestión de si se trata, en este caso, de una isla del Nilo, Tabena, o, más bien, de la población Tabeneso, la aborda Valesio en Sozom. III, 14, decidiéndose en favor de la segunda hipótesis.

[97] Se llama Nitria, a causa de las minas de nitrato, a toda la región montañosa alrededor de la ciudad Scetis o Scyatis. Cf. especialmente Sozom. VI, 31.

[98] Sozom. VI, 29 y 31. En Rhinocorura confluían con los monjes palestinianos.

no menos de cincuenta mil monjes solían celebrar allí la fiesta de Pascua, aunque no vivían todos en el monasterio central *(monasterium Maius)* sino que venían de todos los monasterios de la congregación correspondientes a Tabenna. Como vemos, no todas estas colonias están en el desierto; antes de terminar el siglo cuarto hay monasterios en las ciudades, a los fines de luchar contra los vestigios y recuerdos del paganismo como, por ejemplo, el templo de Canopo en la ciudad del mismo nombre, que fué transformado en el monasterio Metanoia (penitencia). Por su disposición, los claustros egipcios son, en parte, cenobios o monasterios, es decir, edificios grandes para muchos monjes y, en parte, lauros, es decir, compuestos de muchas celdas a bastante distancia unas de otras y que, por lo tanto, representan un verdadero eremitorio. En la época de que hablamos había en Egipto unos cien mil hombres dedicados a este género de vida; junto a estos monasterios tenemos ya los primeros conventos de monjas y uno de ellos contaba, hacia el año 320, con cuatrocientas bajo la dirección de la hermana de Pacomio.

Un fenómeno histórico de tal amplitud tiene sus profundas razones histórico-nacionales y si un pueblo sucumbiera en esta forma no sería más que la forma necesaria de su muerte. En Egipto, toda la cuestión religiosa tenía que adoptar formas extremadas; salido del fanatismo pagano después de terribles luchas, el egipcio no conocía límite alguno en su reacción y creía tener que entregar su vida a la nueva religión en un sentido análogo a la servidumbre simbólica de sus antepasados. Así nació este sorprendente faquirismo, el último producto histórico-universal del viejo espíritu egipcio, para el que, desde ese momento, comenzaron los siglos de pasividad.[99]

La regla que otorgó Pacomio a todo este enjambre era cosa de la mayor necesidad pero, al mismo tiempo, significó el primer paso en el sentido de la desnaturalización y de la insinceridad; desde ese momento, el ascetismo ya no es el resultado del libre entusiasmo individual, sino una ley común que encadena a miles de hombres de

[99] Si no se quiere reconocer en la postura religiosa de los califes fatimidas una última aparición de este fenómeno.

índole distinta a una práctica uniforme. Y quien quiera honrar la verdad tendrá que reconocer que Pacomio aceptó un término medio bastante bajo y que su constitución presupone el predominio de una masa de no llamados, de indignos, que ante todo quieren ser sujetados. Esto se consiguió al principio en forma conveniente mediante el trabajo de que vivían los monasterios.[100] Parece que con la aparición del monacato se produjo un gran cambio en la industria egipcia. Desde que los monasterios no sólo producían cestas con los juncos del Nilo sino que dominaron también la rama de los tejidos de lino y el curtido de pieles (para no hablar de otros productos), muchas de las fábricas del país se vieron en mala situación, ya que los monjes podían vender más barato en los mercados de Alejandría. El ecónomo de un gran monasterio, a quien incumbía distribuir el trabajo y remitir los productos, tenía una posición parecida a la de un gran fabricante. Los monjes que vivían solitarios podían vender directamente sus productos y, en ocasiones, lograron una pequeña fortuna, contrariando la regla. Por lo demás, el principio dominante era que el trabajo del monje no tanto se hacía por cubrir las necesidades de la vida como por la salud del alma[101] y que el excedente había que repartirlo entre los pobres. No se habla mucho de agricultura; pero los monasterios instalados en el río cuidaron de los transportes en gran escala, probablemente también por afán de lucro.

Junto al trabajo tenemos, además de mortificaciones de todo género, la oración y el culto como elementos esenciales de esta vida artificiosamente unilateral. No podemos esperar ocupaciones literarias, teniendo en cuenta el origen y la tendencia de esta gente; además ¿para qué les podía servir, por ejemplo, la docta Alejandría con toda su sabiduría griega y oriental? El monje perseguía fines e ideales que representaban la reacción más fuerte contra la supercultura y la inmoralidad paganas, y si en otros terrenos nos tropezamos con puntos de entendimiento y hasta de aproximación entre los dos mundos morales que se denominan paganismo y cristianis-

[100] Ἐξ οἰκείων ἱδρώτων, como lo deseaba San Serapio, Sozom. VI, 28.
[101] Hieronymi *Ep.* 125 *ad Rusticum.*

mo, en este terreno particular no encontramos más que una enemistad de principio y duradera. Cada línea de la época anterior, desde los jeroglíficos hasta los escritos griegos, se hallaba impregnada de paganismo, idolatría o magia, y no quedaban para la lectura (en la medida en que fuera permitida) más que los libros edificantes cristianos, que en parte fueron redactados por estos monjes o traducidos de otros idiomas al egipcio. Con el arte antiguo no se hallaban en mejores relaciones que con la literatura; así, de la visita que hizo Amonio a Roma se celebra expresamente que no vió nada fuera de las basílicas de San Pedro y San Pablo.[102]

La disciplina en sentido estricto[103] se propone sobre todo aislar sistemáticamente al monje de todas sus conexiones anteriores, principalmente de las familias, impidiéndoselas con todo rigor y conteniéndole por el trabajo. En virtud de este contenido predominantemente negativo la regla produce una impresión seca y policíaca y ni de lejos se puede comparar con la regla de San Benito. Los párrafos dedicados a la burla y a la diatriba entre monasterio y monasterio, a las riñas y al encizañamiento nos recuerdan muy bien en qué país nos encontramos. Ninguna regla de Occidente ha llegado al punto de hacer dormir a los monjes en asientos de madera cerrados como cajas. También es genuinamente egipcio el secreto cultivado con un pretendido lenguaje místico que habría enseñado un ángel a Pacomio y a sus discípulos Cornelio y Siro y que (a juzgar por los ejemplos que encontramos todavía) no consistía en otra cosa que en una acordada designación de algunas cosas y personas mediante las letras del alfabeto. Con el alfabeto habría jugado también Pacomio al distribuir sus monjes según sus dotes y caracteres en veinticuatro clases, designándolas por alfa, beta, gamma, etc. Pero resulta difícil creer que un hombre tan práctico haya actuado tan poco psicológicamente.[104]

102 Sócrates, *Hist. eccl.* IV, 23.

103 La *Regula Pachomii* y sus *Praecepta, Monita,* etc., deben ser completadas con Sozomenus III, 14.

104 Sobre el simbolismo infantil del hábito véase en Sozom. III, 14.

Sin duda que no debemos buscar ningún ideal de vida cristiana en estas colonias egipcias de monjes. Pero junto a esto persistía el genuino espíritu anacoreta y tenemos que reconocerle una alta legitimidad frente al mundo de entonces. Los más famosos eremitas del siglo cuarto pasan parte de su vida en los monasterios, o por lo menos en los lauros, pero se retiran antes o después a la soledad y el monasterio les provee de pan y de sal. Tampoco en esta situación se hallan siempre a resguardo de la soberbia del espíritu, de tentaciones espantosas y de fervores fantásticos; sus penitencias son, en parte, verdaderamente asesinas; pero no sólo se consideran, por lo general, contentos y como habiendo llevado una vida digna, sino que también nos dejan algunas bellas y profundas palabras[105] que revelan que su dicha no era pura imaginación sino que surgía de una ocupación constante con las cosas más altas. Los nombres de Ammón, Arsenio, Elías, los dos Macarios y otros muchos, pertenecen por siempre a los recuerdos memorables de la iglesia.

Una tercera forma del monacato egipcio la tenemos en esos *remoboth,* un poco malfamados, que vivían de a dos o tres en ciudades y castillos, sin sujeción a regla alguna y siguiendo su propia "inspiración" y que, por lo mismo, se peleaban a menudo. Se mantenían de la artesanía, que les era mejor pagada por su aparente santidad. Se dice que con sus ayunos buscan ganar fama y también que en los días de fiesta se dan a la gula sin mayor inconveniente.

No corresponden a este lugar los desarrollos ulteriores del monacato egipcio, sus sectas y su intervención en las disensiones eclesiásticas generales.

En Palestina, ya en tiempos de San Hilarión, el monacato adopta una posición distinta en el aspecto económico y cobra así una fisonomía diferente. Predominan la labranza y los viñedos; muchos monjes han conservado su peculio personal y apenas si son otra cosa que labradores célibes con siervos retribuídos. El fundador seguía viviendo en el yermo y le pesaba bastante que éste se fuera poblan-

[105] Mantenido en las diversas redacciones de las *Vitae Sanctorum patrum,* también en el *Leimonarion* de Johannes Moschus.

do por su causa. Las fincas de algunos de sus compañeros, donde prosperan la vid y los frutos silvestres, conocieron una mejor situación. Parece que con el tiempo se formó en torno suyo un monasterio pero, por lo demás, los monjes de Palestina constituyen un lauro muy disperso y poco compacto. En Egipto, Pacomio podía reunir a todos los monjes de su congregación en la fiesta de Pascua, y en la fiesta del perdón del mes *Mesore* (Agosto) podía citar a todos los directores y empleados en Tabenna, mientras que en Palestina Hilarión tenía que emprender visitas periódicas de inspección. Solía acompañarle un séquito de dos mil monjes, que en un principio llevaban sus propias viandas pero que acabaron siendo provistos por los campesinos del trayecto. Como el santo no quería descuidar ni la celda más solitaria, a menudo su visita le llevaba a las aldeas sarracenas, donde se presentaba como apóstol.

En toda el Asia romana y hasta dentro del dominio de los Sasánidas hubo desde el comienzo del siglo cuarto anacoretas sueltos[106] y no mucho después monasterios e instalaciones parecidas a los lauros egipcios. De este tipo es esa colonia de monjes de la montaña Sigorón, que llega hasta Nisibis; se denominaba a estos monjes "los segadores" porque a la hora de la comida salían con una hoz para recoger la hierba que componía todo su alimento.[107] Entre los monjes de Siria se hicieron pronto famosos los de Edesa, gracias al gran conjurador de demonios Juliano. En Armenia, Paflagonia y el Ponto tenemos al riguroso Eustacio, obispo de Sebastia, como fundador principal del monacato, en Capadocia y Galacia, más tarde, a Basilio el Grande, que estaba destinado a moldear de modo durable la vida ascética oriental. En estas regiones frías, donde no era tan fácil llevar una vida en celdas solitarias, los monjes formaron monasterios y la mayoría en villas o aldeas.

En el Occidente, más sensato, este ejemplo extremado sólo fué imitado lentamente. Hasta la segunda mitad del siglo cuarto no sur-

[106] Así, por ejemplo, el Olimpo bitínico, Eutiquio y Auxanon. Cf. Sócrates I, 13.

[107] Esto lo generaliza Evagrius I, 21.

gen monasterios dentro o en los aledaños de las ciudades, y las pequeñas islas rocosas del Mediterráneo, que hasta entonces sirvieron de puntos de destierro, se pueblan de eremitas. Occidentales entusiastas viajan al Oriente para conocer la vida ascética o para terminar allí sus días. Hasta en medio del tráfago de las ciudades, hombres, vírgenes y viudas se entregan a una vida tan rigurosa y fervorosa que nada tiene que envidiar a la de los monasterios. Es la época de San Martín de Tours, de San Ambrosio, también de San Jerónimo, que conoció y describió todo este régimen de vida con sus luces y sombras; al ocuparnos de Roma y de Palestina volveremos brevemente sobre este tema. Las Galias pronto tuvieron el sentimiento triunfal de haber alcanzado al Oriente y acaso de haberlo superado.[108]

Sería completamente desplazado en este lugar un examen general del valor ético-religioso y de la necesidad histórica del monacato y de todo el ascetismo. Las oponiones al respecto tienen que enfrentarse siempre sin conciliación posible. Una cierta disposición de ánimo sentirá aversión a cosas semejantes en la vida y en la historia, pero habrá otra que las amará y las ensalzará. Pero quien, desde el punto de vista cristiano, quisiera criticar a aquellos viejos héroes del yermo, cuídese de no caer en la postura más inconsecuente. No existe todavía la doctrina de la expiación erogatoria y el asceta se halla trabajando en su propio nombre; la penitencia le concede tan poco derecho a la beatitud como cualquier otra obra buena y, sin embargo, se afana por una negación completa de los sentidos y de todas las relaciones mundanas. ¿Por qué todo este rigor? Porque se ha cortado toda relación con el mundo al tomar en serio ciertas palabras del Evangelio y de poco sirven las componendas. Ahora bien, mientras perdure el cristianismo habrá comunidades, sectas y personas que no se podrán sustraer a esta interpretación rigurosa.

[108] Cf. Sulpic. Sever., *Dial.* II, 5; III, 1, 21.

SECCION DECIMA

LA CORTE, LA ADMINISTRACION Y EL EJERCITO. CONSTANTINOPLA, ROMA, ATENAS Y JERUSALEN

Solía decir Constantino: "Hacerse emperador es cosa del destino, pero aquél a quien la fuerza del hado ha colocado en la necesidad de mandar, esfuércese por aparecer digno del Imperio." [1]

Sopesándolo todo, él era, entre todos los contemporáneos y corregentes, el más digno del Imperio, aunque a veces haya hecho un uso tan espantoso de él. El apelativo de "Grande" que, a pesar de tanta adulación, quedará para tan pocos hombres, a él le corresponde sin disputa.[2] No es la alabanza excesiva de parte de los escritores cristianos lo que decidió al respecto sino la impresión poderosa que recibió el mundo romano de la figura de Constantino. Ese mundo primero fué conquistado por él, después investido con una nueva religión y reorganizado en los aspectos más importantes. Ante estas pruebas de energía habría que llamarle "Grande" aun en el caso de que todo lo que hiciera se hubiera disipado en la sombra. En una época menos extraordinaria difícilmente hubiese logrado Constantino semejante posición histórica, a pesar de todas sus dotes; tendría que haberse contentado con la fama de un Probo o de un Aureliano. Pero como "la fuerza del hado", según él se expresa, le puso en el linde de dos edades del mundo y le prestó un ancho imperio, su índole

[1] *Hist. Aug.* Heliogab. 33.

[2] Ya fué deliberadamente destacado por su contemporáneo Praxágoras, véase Müller, *Fragm. hist. graec.* IV, p. 2: τὸν μέγαν Κωνςταντῖνον, τῆς μεγάλης ἀρχῆς τὸν ἄξιον ἐπιζητούσης, κ. τ. λ. si no se trata de una interpolación dèl copilador Photius. — Pero de todos modos lo encontramos ya en Eutrop.: *Vir ingens*, etc.

señorial pudo manifestarse en una incomparable diversidad de aspectos.

Pero tampoco es tarea nuestra describir la historia de su vida; también pasamos por alto todo el retrato fantástico que la Edad Media trazó del héroe, su pretendido bautismo por el papa Silvestre en Roma, la donación de Italia al Papa, etc.[3] Así como hasta ahora no ofrecimos más que el perfil necesario de sus relaciones con el trono y con la iglesia, tampoco haremos más que ocuparnos brevemente del resto de su gobierno. Por lo demás, el juicio histórico sobre la mayoría de las cuestiones pertinentes no se halla firmemente establecido y hasta los mismos hechos son, no pocas veces, discutibles.

Así en lo que se refiere al perfeccionamiento del ceremonial y de las dignidades de la corte. La llamada *notitia dignitatum*, un calendario de la corte y del estado de principios del siglo quinto, enumera completa una jerarquía de los cargos de palacio y del estado que es posible que, en general, haya cobrado su forma de manos de Constantino, aunque es cosa que tampoco se puede demostrar directamente.[4] De las diversas dignidades sabemos que muchas de ellas existían ya bajo Diocleciano, y aun mucho antes, desde Adriano.[5] De todos modos la tabla, por lo mismo que no se conocen estos antecedentes, tiene algo de sorprendente ya que revela la fastuosidad del despotismo. Por todas partes resuena el adjetivo *sacer* cuando bastaría con decir "imperial"; varias dignidades son designadas, por ejemplo, por *sacrum cubiculum*, etc. Pero para llegar a una conclusión firme, para enterarnos de cómo marchaban las cosas en la corte tendríamos que saber cuáles de los numerosos cargos tenían una competencia efectiva y cuáles eran meros títulos. Conocemos todavía hoy

[3] La pequeña novela de un autor anónimo (¿del siglo trece?) *De Constantino magno eiusque matre Helena* no es siquiera una leyenda sino —con excepción de la frase final— una pura invención poética completamente arbitraria.

[4] Los datos accesibles de la *Notitia*, entre otros en Kortüm, *Römische Geschichte*, pp. 412 *ss.* Fiedler, *Römische Geschichte*, en los apéndices.

[5] Véase el famoso párrafo en Aurel. Vict., *Epit.* 14. — Cf. Preuss *Kaiser Diocletian*, pp. 95 y *ss.*

cortes que, a pesar de mostrar una organización efectivamente económica y modesta, cuentan con una cantidad extraordinaria de cargos honoríficos. Y en qué forma el mundo romano de entonces se acostumbró al sistema de títulos como símbolos de una jerarquía nos lo dicen los títulos corrientes de *illuster, spectabilis, honoratus, clarissimus, perfectissimus, egregius* y los tratamientos de *amplitudo, celsitudo, magnitudo, magnificentia, prudentia tua, etc.*, que eran, en parte, obligado acompañamiento de ciertos cargos. A propósito de Diocleciano hablamos brevemente de la importancia de estas innovaciones; tenemos que presumir también que en este caso los príncipes en cuestión no innovaron tanto como corroboraron y dieron forma y regla a lo que se respiraba en el ambiente. Cierto que Constantino se puso a la obra con plena conciencia; "Inventó (dice Eusebio, IV, 1) diversos títulos de honor al objeto de honrar a muchos." Por otra parte, los privilegios de los cortesanos, manejados consecuentemente y ampliados, tenían que producir poco a poco una nueva nobleza hereditaria;[6] no solamente han sido liberados del abrumador sistema fiscal y de las cargas municipales y colocados en una esfera superior y esclarecida, sino que también han sido protegidos contra la calamidad del común de los mortales, las *calumnias*; los privilegios no eran sólo para ellos sino también para sus hijos y nietos y persistían una vez resignadas las funciones. Ya se contaba con una aristocracia que descansaba en una creación fiscal de carácter hereditario, la aristocracia de las familias senatoriales; y ahora todo conspiraba en favor de la creación de una segunda aristocracia de palaciegos y altos funcionarios. Pero Constantino supo mantener las cosas en equilibrio por lo que respecta a su persona. Su corte era un terreno muy resbaladizo y quien por ella andaba tenía que hacerlo con precaución, cuidando de no caer. Cerca de sí tenía toda una serie de "amigos", "leales", "gentes de confianza" y otras especies parecidas. No era uno de esos tiranos herméticos; junto a su constante leer, escribir y meditar[7] sintió también las necesidades de un ánimo expansivo. Pero ello no

[6] Cf. *Cod. Theodos.* VI, 35. Leyes de los años 314, 319, 321, 328.
[7] Aurel. Vict., *Epit.* 41. — Constantino tenía por lo menos una sana

excluía una gran desigualdad y duplicidad; existen caracteres singularmente compuestos con una mezcla de entrega y falsía, de necesidad de expansión y de egoísmo artero, cosa que un señor violento del tipo de Constantino suele encubrir invocando la razón de estado. Así vemos cómo Constantino eleva y enriquece a sus amigos[8] y hasta les permite aprovecharse de la caja imperial; abusos éstos que arrancan profundos suspiros a Eusebio[9] y que Amiano (XVI, 8) fustiga como cáncer del Imperio. Pero de pronto estallan las catástrofes que hacen temblar a toda la corte; los "amigos" son ejecutados y —nos atrevemos a afirmar— sus fortunas confiscadas. Acaso aquellas prédicas del emperador, de las que nos hemos ocupado antes, servían de prenuncios o eran ya el anuncio directo de la caída. Quien fuera alerta podría estar advertido; en la conversación Constantino prefería las burlas a la amabilidad: *irrisor potius quam blandus.*[10] La ley del año 325[11] ha sido dictada con un humor bastante sombrío: "Quien, cualquiera sea su procedencia, clase o rango, pueda demostrarme con verdad la injusticia de algún juez, de algún alto funcionario, de algún amigo o cortesano mío, que venga sin temor y se dirija a mí; personalmente le escucharé y me informaré de todo y, si se demuestra, yo mismo me vengaré...; me vengaré en el que me ha engañado hasta ahora con una hipócrita inocencia. Pero quien aporte la denuncia y la compruebe será recompensado con dignidades y bienes. Y así para que la divinidad suprema me sea siempre propicia y me conserve para dicha y prosperidad del estado." No sabemos si alguien prestó oídos a estas apasionadas incitaciones y, en general, desconocemos toda la historia interna de la corte. Pero no mejoraron las cosas. Precisamente en la última década de su vida se escarnece a

aversión contra los eunucos (Euseb., *Vita Const.* IV, 25, *Hist. Aug.* Alex. Sev. 66), los que jamás pudieron prevalecer en su corte.

[8] Eutrop. X, 7. — Cf. Jul., *Césares,* al final.

[9] Euseb. *Vita Const.* IV, 29, 31, 54, 55, después de haber celebrado en IV, 1 la generosidad de Constantino de un modo completamente infantil.

[10] Aurel. Vict., *Epitome.* — Su apodo *Tracala* significa probablemente infexible, orgulloso.

[11] *Cod. Theodos.* IX, 1.

Constantino[12] como *pupillus*, es decir, como alguien que necesita de tutor, a causa de la prodigalidad del gobierno. Toda la situación tiene algo de misteriosa; un autócrata tan enérgico, que está tan lejos de permitir un gobierno de favoritos y que, sin embargo, tolera y provoca manipulaciones semejantes para intervenir de pronto con una espantosa justicia, ocurriendo en ocasiones que se arrepiente de su precipitación y levanta estatuas a los ejecutados,[13] como en el caso del asesinato de Crispo. Podemos suponer en estas cosas un plan calculado o un temple disparejo y precipitado, pero sabemos demasiado poco de Constantino para decidirnos por una explicación u otra y preferimos admitir, como señalamos, un proceder de típica duplicidad.[14] Con un poco de pragmatismo y otro poco de fantasía sería fácil escribir una novela cortesana aprovechando las noticias dispersas sobre Crispo, Elena, el prefecto Ablavio, el usurpador Calocero y el sucesor al trono Dalmacio, novela que podría ser muy interesante, sin duda, pero también falsa de punta a cabo. En todo caso existía la opinión general de que Constantino no fué, ni con mucho, en el último decenio, el regente que había sido en la flor de su vida.[15] Acerca de la degeneración completa de la corte bajo sus hijos nos ofrece Amiano (por ejemplo en XXII, 4) el testimonio más completo.

Pasamos por alto el régimen fiscal, que estaría en estrecha relación con todos estos sucesos de la corte, porque nos faltan los datos esenciales, pues, por ejemplo, no sabemos si los nuevos impuestos creados por Constantino constituyeron en conjunto un alivio o una carga mayor. También para esta época el verdadero balance del Imperio romano sigue siendo un misterio. Como dijimos, en el sistema

[12] En Aurel. Vict. *Epit.* 41.

[13] *Anonym. Bandurii*, p. 61 y en la misma colección p. 83.

[14] Podemos permitirnos una hipótesis. Cuando Constantino se hizo cargo de la corte y de los generales de Licinio, en 324, ¿trataría de asegurarse de esta gente por medio del soborno? Sus relaciones frente al clero del Imperio liciniano no eran muy limpias, como hemos visto.

[15] Eutrop. X, 7, y de un modo más fuerte Aurel. Vict., *Epit.* 41: en los primeros diez años es tratado de excelente, en los siguientes doce de ladrón, y en los últimos diez de *pupillus*, debido a su prodigalidad.

heredado había muchas cosas defectuosas; de lo que se introdujo probablemente en tiempos de Constantino o prosperó grandemente bajo él, el monopolio de numerosas ramas industriales que el estado se reservó para sí y trabajaba con sus propios siervos, es algo que hay que rechazar. Pero no hay que olvidar que sólo nuestro actual conocimiento de la economía pública acaba de suprimir este y otros capítulos parecidos.[16] La forma de cobro de las contribuciones, sobre todo la solidaridad de los decuriones por las contribuciones de su distrito, era acaso mucho peor que la voracidad de dinero del estado. Toda una serie de leyes[17] de Constantino nos instruye por qué medios, en parte desesperados, trataba de sustraerse la gente al decurionato, casándose con esclavas, refugiándose en el ejército, entrando en el senado, trasladándose a ciudades menos oprimidas, ocultándose y, más tarde, hasta pasándose a los bárbaros. Durante cierto tiempo pudo también salvarse uno entrando en el estado eclesiástico, pero una afluencia exorbitante provocó una prohibición repentina. El estado se halla siempre interesado en impedir a todo trance que las gentes escapen a esta responsabilidad fiscal. Las lamentaciones locales aumentaron cuando las iglesias cristianas locales tuvieron que ser dotadas con los bienes municipales, lo que parece que ocurrió en bastantes casos.[18]

También unas pocas palabras para la nueva división del Imperio. Ahora es cuando las diócesis y el centenar y pico de provincias de Diocleciano se agruparon en cuatro grandes prefecturas, lo que, visto desde fuera, admite toda clase de razones en pro y en contra; pero ya es una cuestión diferente saber si, con tales razones, damos con los verdaderos motivos de Constantino en cada caso,[19] pues lo cierto es que no ha realizado este gran cambio por puro afán de no-

[16] Sobre el sistema de hacienda de Constantino cf. Manso, *ob. cit.*, pp. 181 *ss.*

[17] *Cod. Theodos.* XII, 1. De los años 317 a 331.

[18] Según una manifestación, quizá demasiado general, de Sozomenus, V, 5. Cf. Manso, *ob. cit.*, pp. 228 *ss.*

[19] En su última disposición sobre el reparto del Imperio parece que el emperador se orientó por las prefecturas.

vedades. Es de suponer que el número de funcionarios aumentara grandemente con esta ocasión, pero en qué medida fuera ello algo inútil y oprimente es cosa difícil de fijar. El juicio no tiene base suficiente porque desconocemos casi siempre totalmente y otras veces de modo imperfecto la competencia, la actividad y los sueldos de este mundo de funcionarios y no tenemos ninguna idea de la proporción entre su número y el de los súbditos. Probablemente muchos y muy poderosos de entre ellos eran en tiempos de Constantino gente venal y corrompida, lo mismo que en tiempo de sus predecesores y sus sucesores.

Muy importante, y totalmente clara, es la separación entre las autoridades civiles y las militares.[20] Los antiguos *praefecti praetorio,* que en otro tiempo funcionaron como primeros ministros y dominaron a menudo al emperador, conservaron su título, pero ya no son más que los jefes máximos de la administración de las cuatro grandes prefecturas de Oriente, Iliria, Italia y Galia; el nombre ha cambiado por completo de significado. En lo que respecta al ejército tenemos dos grandes generales, el *magister equitum* y el *magister peditum*; el hecho de que fueran dos y que sus atribuciones no se definieran localmente sino por la caballería y la infantería, revela la intención de este cambio; se dificultó o se hizo imposible toda idea de usurpación, pues nada podía hacer el uno sin el otro. Esta separación de la administración civil y militar penetraba en todos los aspectos; ya no podían ser una preocupación para el trono aquellos grandes funcionarios provinciales que, en calidad de procónsules, propretores, rectores, etc., disponían también del mando militar de su circunscripción y sólo la tenían dividida con los legados, que les estaban subordinados. Las consecuencias de esta separación para la suerte del Imperio hubieran sido todavía más patentes de no haber sustituído la dinastía de Constantino la ausencia de usurpaciones militares[21] con sus crueldades familiares.

[20] Hasta qué punto fué iniciada ya por Diocleciano, cf. Preuss. *ob. cit.,* p. 120.

[21] Ya se produjo, bajo ciertas condiciones, la de Magnencio.

En lo que se refiere al aspecto militar más parecen advertirse retrocesos que progresos, a pesar de las dotes bélicas de Constantino. No corresponde a este lugar la disolución de los pretorianos iniciada bajo Diocleciano y completada después de la victoria sobre Majencio; era una cuestión de necesidad política y el Imperio no perdió mucho con aquellas gentes personalmente bravas pero muy díscolas. Como es natural, se formó una nueva guardia, los palatinos.[22] El resto del ejército se distribuyó, con los viejos nombres de legiones, auxilios, etc., por su acuartelamiento (según parece) en comitatense, que tenía su guarnición en las ciudades del interior, y en seudocomitatense, al que pertenecían principalmente las tropas de las fronteras y sus castillos. En el gran registro de los pecados de Constantino con que cierra el pagano Zósimo la historia de su vida, se recrimina ese acuartelamiento de los comitatenses en las grandes ciudades (II, 34); con esto las fronteras están medio desguarnecidas y abiertas a los bárbaros, mientras que las ciudades son oprimidas lamentablemente sin necesidad alguna y los soldados aprenden a gustar del teatro y de la buena vida.[23] Otra cosa sucedía cuando Diocleciano, pues todas las tropas estaban apostadas en la frontera, de suerte que los ataques de los bárbaros fueron rechazados inmediatamente. No es posible aceptar, sin más, ni tampoco rechazar la legitimidad de este reproche. Es posible que las grandes ciudades necesitaran ser protegidas. Es poco probable que, según nos cuenta ese autor (II, 31),[24] Constantino se hiciera tan indolente al final de sus días que huyó con todo su ejército ante unos cientos de taifales; sabemos, cuando menos, que hizo grandes preparativos poco antes de su muerte para una guerra contra los persas.[25] La barbarización creciente del ejército romano

[22] Lange, *Hist. mutationum rei milit. Romanor.*, pp. 100 *s.* De un modo diferente, Manso 1. c., pp. 140 *s.*

[23] Joh. Lydus, *De magg.* II, 10; III, 31, 40, lamenta de un modo especial el abandono de las fronteras del Danubio, indicando que las tropas que defendían estas fronteras habían sido repartidas por el Asia.

[24] Juliano considera en los *Césares* que Constantino hizo ridículamente poco contra los bárbaros y que los había comprado con tributos.

[25] Cuyos motivos, entretejidos con fábulas, pasamos deliberadamente por

era el resultado necesario del despoblamiento en el interior y del asentamiento de bárbaros[26] con que se le quería hacer frente; también es cierto que a los pueblos libres del otro lado de la frontera se les despojó de su juventud belicosa mediante el alistamiento. Sobre todo, parece que los francos ocuparon una gran posición en su ejército;[27] al menos ocurrió más tarde, bajo la dinastía constantiniana, que algunos oficiales francos tuvieron gran valimiento en la corte. El interés de la conservación del estado prevaleció sobre el de la nacionalidad romana, y también en lo que respecta a ésta se podía esperar que poco a poco se asimilarían los elementos bárbaros incorporados, como sucedió ya en las conquistas del tiempo de la República y en los primeros siglos del Imperio.

Tampoco podemos decidir si Constantino sentía realmente una preferencia por los bárbaros y en qué sentido. Fué acusado de ser el primer emperador que elevó a los bárbaros al rango de cónsules,[28] pero es cosa que no se puede demostrar. En los registros de cónsules de su época no encontramos —con excepción de personajes imperiales que se presentan a menudo— más que puros ciudadanos romanos de alto rango. Es cierto que repartió otras dignidades entre bárbaros y posible también que no fueran éstos sus nombramientos más discutibles. Compró por miles a sus gentes victoriosas, en el mismo campo de batalla, soldados bárbaros cogidos prisioneros.[29] Es posible que haya pensado en la eventualidad de llenar de bárbaros el despoblado Imperio y hasta en convertirlos en casta dominante, sin perjuicio de aquél, pero no podemos encontrar indicaciones claras al respecto. La negación más fuerte de la genuina naturaleza

alto. Cf. Joh. Lydus 1, cap. III, 33. Algunos pasajes en Pauly, *Realencyclopedie* VI, p. 794.

[26] Euseb., una interpretación muy edificante, *Vita Const.*, IV, 6.

[27] Sobre el origen de muchas otras secciones bárbaras del ejército, que aparecen durante el siglo cuarto, cf. el comentario de Boecking a las *Notitia dignitatum in part. Orient.*, cap. 4-8, 25-39; *in part. Occid.*, cap. 5-7, 24 *ss.*

[28] Ammian. Marc. XXI, 10. — Que más de un bárbaro, revestido de honores romanos, olvidó volver a su tierra, nos lo dice en general Euseb. *Vita Const.* IV, 7.

[29] Euseb., *Vita Const.* II, 13.

romana no radica en esta actitud ante lo no romano sino en la fundación de la "nueva Roma" en el Bósforo. Vamos a ocuparnos de esto.

¿Qué sentido podía tener la fundación de una nueva capital en aquellas circunstancias?

No tiene mucha importancia, en la ocasión, el simple cambio de residencia del príncipe. Se podía presumir que la residencia del emperador tendría que orientarse a menudo y por largo tiempo, dada la situación de guerra, hacia las diferentes fronteras. Y si bajo Constantino reinó en general una tregua sorprendente, cierto es que los emperadores del siglo cuarto no pudieron gozar mucho de la nueva capital y sus excelencias. Además, un mero cambio de residencia hubiera ofrecido un carácter muy distinto; Constantino hubiera construído en Bizancio un nuevo palacio, como lo hizo Diocleciano en Nicomedia,[30] hubiera embellecido la ciudad y hasta la hubiera fortificado mucho, dejando a sus sucesores el cuidado de hacer algo parecido en otro lugar. Pero en el caso actual la gran ventaja consistía en la seguridad militar que ofrecía al gobierno central la situación incomparable de la ciudad.

Pero toda la cuestión acerca de la elección del lugar se dificulta extraordinariamente a causa de nuestra incertidumbre sobre los planes políticos últimos de Constantino. Derrama verdaderos ríos de sangre para restablecer la unidad del Imperio y, sin embargo, lleva a cabo luego una misteriosa división. ¿Había adoptado ya su resolución cuando fundó la nueva capital? He aquí una cuestión cuya solución no podremos obtener nunca. El dueño del mundo no estaba ya en situación de asegurar la suerte de su dinastía porque se trataba de un linaje bastante averiado. Tenía que dejar las cosas de modo que no importa qué heredero se hiciera dueño del Imperio y de Constantinopla.

Las razones geográficas que se suelen hacer valer no deben ser sobreestimadas. Cierto que Bizancio se halla más próxima que Roma

[30] Sobre la triste decadencia de esta ciudad después de Constantino, cf. Amiano Marc. XXII, 9.

de las fronteras más amenazadas; desde ella se podía vigilar mejor a los godos del Danubio y del Ponto y a los persas. Pero tampoco se había liquidado a francos y alamanes, a pesar de todas las victorias, al grado de poder considerar como completamente seguras fronteras renanas tan lejanas. Además, cabe preguntarse si estaba bien que la capital se asentara en una de las regiones más amenazadas del Imperio, en la que, hacía unos cuantos años todavía, habían campado por sus respetos los piratas godos. Cierto que esta vez fué fortificada en tal forma que durante nueve siglos se estrellaron ante sus muros innumerables avalanchas de pueblos.

Pero Bizancio poseía una significación geográfica distinta que la de ser un reducto inexpugnable. Recordemos qué papel desempeñó el llamado triángulo ilírico, es decir, la región situada entre el Mar Negro, el Egeo y el Adriático, durante el siglo tercero; sus caudillos y soldados, incluída la misma familia de Constantino, habían salvado y gobernado el Imperio; había de pretender, pues, la residencia, y por eso Constantinopla no es sino la expresión y la corona de honor de Iliria. Una manifestación de Zonaras autoriza esta suposición; parece que Constantino pensó en un principio en una ciudad del interior, Sárdica (la actual Sofía de Bulgaria),[31] idea que le inspiró seguramente la consideración por la nación preferida del Imperio.

La ciudad de Constantinopla, cualquiera fuera su emplazamiento, no habría de ser una mera residencia sino la expresión de la nueva situación que se había establecido en el estado, en la religión y en la vida.[32] Sin duda que su fundador tuvo de esto una clara conciencia; hubo de crearse un lugar neutral sin premisa alguna, pues no contaba con ninguno. La historia, merecida o inmerecidamente, ha impreso a este hecho el sello de lo grande, de lo histórico-universal;

[31] Cf. también el anónimo en Müller, *Frag. hist. graec.* IV, p. 199. Constantino acostumbraba decir por entonces: "Mi Roma es Sárdica". No se trata de la región de Sardes en la Asia Menor.

[32] La poca importancia que daba a la idea de residencia, se deduce ya del hecho de que la nueva ciudad debería recibir "el mismo rango de Roma" (Sozom. II, 3), mientras que Roma ya no era residencia.

ha desarrollado en la ciudad de Constantinopla un espíritu político-eclesiástico peculiarísimo, un género propio de cultura, el bizantinismo que, guste o no guste, hay que considerar, sin embargo, como una potencia universal. Arriba, el despotismo, infinitamente reforzado por la unión del poder eclesiástico y del secular; en lugar de la moralidad, la ortodoxia, en lugar de una vida natural ilimitadamente degenerada, la hipocresía y la apariencia; frente al despotismo, una codicia que se presenta con modestia y una profunda duplicidad; en el arte y la literatura religiosos, una tenacidad increíble para la repetición de lo fenecido; en total, un carácter que recuerda mucho al egipcio y que tiene de común con él una de las propiedades supremas: la resistencia. Pero no tenemos que ocuparnos de las perspectivas históricas ulteriores sino de los comienzos.

Se suele suponer que Constantino sintió un expreso desvío por Roma y que los romanos lo habían provocado o habían respondido a él con su indignación por el abandono de las ceremonias paganas. Pero ya no necesitaba de los romanos. Desde Diocleciano eran cosas reconocidas la necesidad de la división del Imperio y la inadecuación de Roma para residencia. El gobierno intermedio de Majencio había mostrado, para gran daño de Roma, cuán peligrosamente se podía abusar del viejo prestigio de la señora del mundo cuando los emperadores se alejaban por el Oriente y por el Norte, pero bien sabía Constantino que una vez disuelta la guardia pretoriana nada grave había que temer.[33] Nadie esperaba en serio que trataría de residir en Roma. El centro de los asuntos máximos del Imperio radicaba, desde hacía tiempo, en el gabinete de Diocleciano, es decir, de preferencia en Nicomedia; más tarde, Constantino, señor de Occidente, había visitado de tiempo en tiempo Roma, junto con Licinio, pero la mayor parte del tiempo había residido en las Galias o en los campamentos. También puede ser que, después de su victoria sobre Licinio, no pudiera negar al Oriente (prescindiendo de las pretensiones especiales de Iliria) la condición de una capitalidad, aun-

[33] La composición de la guarnición posterior de Roma, en Preller, *Die Regionen der Stadt Rom*, pp. 30, 31, 93 *ss*.

que en otros aspectos importantes dejó, a lo que parece, que las cosas siguieran su curso. Quizá las circunstancias personales que acompañaron a la caída de Licinio pudieran aclararnos algo este extremo.

Finalmente, la pasión por construir —una de las más fuertes en el ánimo de príncipes poderosos— se había desarrollado poderosamente en Constantino. No cabe imaginar ningún símbolo exterior del poder imperial más sólido que los edificios suntuosos; además, la construcción, fomentada rápidamente con fuerzas poderosas, viene a ser como un símil del gobernante creador y un sustitutivo en tiempos de paz. Una ciudad nueva resulta para el fundador como el símbolo plástico de un nuevo mundo.

La nueva fundación fué precedida de decisiones y tanteos sorprendentes. El emperador no sólo pensó en Sárdica sino también en Tesalónica, después en Calcedonia, en la ribera asiática del Bósforo. La primera resolución en firme recayó en favor de la región de la vieja Troya, de donde en otros tiempos salió la emigración de Eneas al Lacio e, indirectamente, la fundación de Roma. No cabe hablar de sentimentalismo histórico ni en el caso de Constantino ni el de César y Augusto, quienes habían abrigado el mismo propósito.[34] Hubo, sin duda, determinados motivos de superstición pagana a los que, como señalamos arriba, no era ajeno el emperador. Troya es la vieja patria sagrada de los romanos; por algún oráculo que no conocemos[35] se les había indicado que trasladaran la sede de su señorío al mismo lugar de donde había arrancado. Constantino se personó[36] en el famoso campo donde se venía sacrificando desde hacía mil años, en los túmulos de los héroes de Homero; en el sepulcro de Ayax, en el emplazamiento del campamento griego, comenzó él mismo a trazar los linderos de la futura ciudad. Ya se habían edificado las puertas cuando una noche se le apareció Dios y le aconsejó que escogiera otra ciudad; así se decidió por Bizancio. Cien años des-

[34] Sueton., *Caes.* 79, y los intérpretes de Horacio, *Od.* III, 3.

[35] Si no nos conformamos con la *Chron. paschale*, ed. Bonn. p. 517, según la cual Constantino habría recibido un oráculo que indicaba que el poder de Roma se encontraría *cerca de su ocaso.*

[36] Sozomenus, II, 3. Más breve Zosim. II, 30.

pués, los que navegaban por delante de Troya podían contemplar la construcción que había dejado inacabada. No es fácil refutar a quien no quiera ver en este relato más que una pugna entre el cortejo pagano y el séquito cristiano del emperador. Podemos imaginarnos muy bien que los eclesiásticos cortesanos pusieron en juego todos los medios de resistencia cuando Constantino se entregó a ceremonias y oráculos genuinamente paganos.

Pero tampoco la fundación de Constantinopla prescindió de estos últimos. Acerca de las águilas que, poco antes de la reconstrucción de la nueva ciudad, roban medidas y piedras de Calcedonia y las traen a Bizancio por encima del Bósforo, pueden responder Zonaras y Cedreno; de la misma especie son otras varias consejas que no revelan más que la necesidad de los contemporáneos de signos extraordinarios. Pero Constantino se vería obligado a ceder a la superstición en razón de la población pagana del Imperio, y hasta es probable que tampoco últimamente estuviera libre de ella. Se expresa con un monoteísmo vago y, además, muy misterioso: "Hemos dotado a la ciudad, por mandato de Dios, con un nombre eterno." [37] ¿Cuál es este nombre eterno? Probablemente no se trata de Constantinopla y ni siquiera de Neorroma (νέα 'Ρώμη) sino de Flora o de Antusa, la floreciente, que era también el nombre sacerdotal secreto de Roma.[38] Pero el dios que ordenó esta designación difícilmente podía ser el Dios de los cristianos. Tampoco la historia del sueño que atribuyen al emperador cronistas posteriores[39] —una mujer harapienta le pide un vestido— presenta ningún cariz cristiano.

Se colocó solemnemente la primera piedra de las murallas occidentales[40] el 4 de Noviembre del primer año de la Olimpiada 276, es decir, del año 326, cuando el sol se hallaba bajo el signo de Sa-

[37] *Cod. Theodos.* XIII, 5.
[38] Joh. Lydus, *De menss.* IV, 51; *Chron. paschale,* ed. Bonn, p. 528.
[39] Los párrafos en Ducange, *Cpolis christiana* I, p. 24.
[40] El anónimo en Banduri, *Imperium orientale.* Vol. I, p. 3, de un modo diferente Codinus, ed. Bonn, p. 17. — Según Glycas, pars. IV, había sido llamado un famoso astrónomo, Valente, para sacar el horóscopo de la ciudad; pronosticó a ésta una existencia de 696 años.

gitario pero Cáncer dominaba la hora. Poco antes había sido ejecutado el heredero del trono y acaso también ya la emperatriz. Era por el tiempo en que Constantino se había amigado con el neoplatónico Sopater, y éste, efectivamente, actúa en la fiesta como *telesta,*[41] es decir, que ejecuta ciertas acciones simbólicas que habrían de asegurar mágicamente el destino de la nueva ciudad. Además de él se menciona a un hierofante, Pretextato, probablemente un pontífice romano. Más tarde se formó una leyenda[42] que aseguraba que debajo de la columna de pórfido del foro de Constantinopla que sostenía la estatua del fundador, se hallaba el paladion que había hecho traer secretamente de Roma. Hubiera sido un verdadero *telesma,* parecido a tantos otros que se habían practicado en la antigüedad para espantar calamidades y atraer la dicha; por ejemplo, según Apolonio de Tiana, gracias a estos medios se había conjurado en Bizancio[43] el desbordamiento del río Lico, y con ellos se remedió la plaga de pulgas y mosquitos, las enfermedades de los caballos y otras calamidades por el estilo.

Pero esta vez no se trataba de tales pequeñeces sino del destino del mundo, que había que encadenar a esta ciudad. Su vieja historia, que despertaba ahora tan gran interés, los viejos mitos y oráculos, que parecían aludir a ello, todo parecía presagiar un gran porvenir, ahora a punto de culminación. Bizancio había atraído ya las miradas del mundo al recuperarse poderosamente de su desgracia en los tiempos de Septimio Severo y Galieno, especialmente con su defensa heroica frente al primero, y ahora se hallaba destinada a ser la señora de ese mundo.

No intentaremos describir la ciudad vieja o la nueva; mencio-

[41] John. Lydus. *De menss.* IV, 2.

[42] *Chron. paschale,* ed. Bonn, p. 526. — En el *Anon. Banduri,* p. 14, se agrega al paladion: καὶ ἕτερα πολλὰ σημειοφορικά. También las doce cestas enterradas allí mismo tienen el valor de un telesma.

[43] Malalas, 1, cap. x, ed. Bonn., p. 264. — *Anon. Banduri,* pp. 15, 36, 42. Apolonio gozó más tarde entre los bizantinos de una fama mística; lo colocaron en la época de Constantino.

naremos, brevemente, nada más que lo característico de Constantino en esta gran empresa.

El mismo señaló, con una lanza, el contorno de las murallas. Acaso no sea totalmente fútil una leyenda que se enrosca a este hecho;[44] sus acompañantes consideraron que se iba desviando y uno se atrevió a preguntar: "¿Hasta dónde va a llegar, Señor?", a lo que contestó: "Hasta que se pare el que va delante de mí", como si fuera viendo por delante algún ser divino. Es muy posible que le pareciera conveniente que los demás creyeran en algo semejante o hicieran como que lo creían. Dejemos estar si las demás ceremonias no fueron más que una repetición de las que tuvieron lugar cuando la fundación de Roma, según las describe Plutarco en el capítulo 11 del "Rómulo".[45] El 11 de Mayo del 330 tuvo lugar, con grandes fiestas y magníficos espectáculos en el circo,[46] la consagración de lo construído y la imposición de nombre: Constantinopla. Que Constantino consagrara la ciudad a María, Madre de Dios, es una invención posterior. A las claras, la consagró a sí mismo y a su fama, por encima de todo. No le bastó con que le recordaran el nombre y cada piedra de la ciudad y que le estuvieran dedicados numerosos monumentos, sino que todos los años, en el día de la consagración, una gran estatua suya, sobredorada, llevando en su mano derecha extendida a *Tyche,* es decir, el genio protector de la ciudad, sería paseada por el circo en solemne procesión de antorchas, y en tal ocasión el emperador en turno se pondría en pie y se postraría ante la imagen de Constantino y de *Tyche.*[47] ¿Quién podría evitar que la citada columna de pórfido con la estatua colosal de Constantino recibiera poco a poco un culto y se encendieran luces en ella, se quemara incienso y se hicieran votos? El arriano Filostorgios culpa de esto (II, 17) a los cristianos y acaso tenga razón frente a todas las objeciones, pues cuando el señor del mundo se adelanta con un ejemplo

[44] En *Philostorg.* II, 9.
[45] La opinión de Gibbon., cap. XVII, nota 28.
[46] Lo más exacto en los apéndices al *Anonim. Banduri,* p. 98.
[47] *Chron. paschale,* ed. Bonn, p. 530.

semejante bien podían cristianos y paganos expresar libremente su divinización en vida.[48]

Este mismo espíritu se expresa en el modo y manera como fué poblada por la fuerza la nueva ciudad y preferida a las demás. Se cumplió a la letra su equiparación con Roma y por eso conoció las mismas instituciones, autoridades y privilegios;[49] poseía también siete colinas, como Roma en el Tíber. Ante todo debía tener un senado, aunque no se sabía bien para qué, pues, todo lo más, lo que la corte necesitaba era figurantes en las procesiones. Un grupo de senadores romanos se dejó convencer, mediante algunas ventajas como palacios y fincas, para trasladarse a la ciudad; y de ser verdad lo que cuenta una leyenda posterior,[50] el hecho habría sido posible gracias a la delicada atención del emperador que los sorprendió con la reproducción exacta de sus villas y palacios en las márgenes del Bósforo. Les construyó también un magnífico senado;[51] pero ni las estatuas de las Musas, que procedían del Helicón sagrado, ni las del Zeus de Dodona y la Palas de Lindos, que ahora lucían a las puertas del edificio, eran capaces de realzar la insignificancia de la nueva corporación.

Además de cortesanos, oficiales, funcionarios y senadores, la nueva ciudad tenía que contar con una masa de población digna de su categoría. Comenta San Jerónimo, a propósito del año de la consagración: "Constantinopla es consagrada mientras que casi todas las demás ciudades son desnudadas." Esto se refiere, en primer lugar, a la población. Ya sea que Constantino aprovechara los tras-

[48] Posiblemente la gente se podía disculpar, diciendo que Constantino había ocultado dentro del coloso un trozo del auténtico crucifijo (Sócrates I, 17). ¡Abajo el paladion, arriba —como veremos— un Apolo metamorfoseado en Constantino y, dentro de él, la reliquia! Cf. Lasaulx, *Untergang des Hellenismus,* pp. 47 *ss.*

[49] *Sozom.* II, 3.

[50] En el *Anonim. Banduri,* 1. c., p. 4. — En tiempos posteriores los bizantinos creyeron que Constantino había traído de Roma todo el senado y había dejado allá sólo a los pobres plebeyos. *Liudprandi Legatio,* cap. 51. Según la leyenda fué traída, para la construcción, auténtica tierra de Puteoli mezclada con la cal. Jovian. Pontan., *De magnificentia.*

[51] Zosim. v, 24.

tornos producidos en el vencido Oriente licínico para asentamientos forzados o que se procurara una población mediante incentivos de cualquier género, el caso es que consiguió lo que quería. Este deseo, según la pintura cruda y maligna del pagano Eunapio,[52] sería como sigue: "Llevó a Bizancio una población sacada de las ciudades sometidas, para que hubiera así muchos beodos en el teatro que alternaran el aplauso y el empinar el codo; le gustaban las aclamaciones de gentes que no estuvieran en sus cabales y el ser aclamado por los que no piensan en ningún nombre si no se les acostumbra diariamente a ello." Estamos ante la espinosa cuestión de la vanidad y el afán de loa de los grandes hombres, cuestión difícil de resolver si no se cuenta con fuentes de primera. Es muy posible que en Constantino esta presentación vana y ostentosa de que nos hablan varios autores encerrara una política consciente.[53] Seguro que en su interior despreciaba a los constantinopolitanos.

Pero las palabras de San Jerónimo tienen también otro sentido. El Imperio tenía que ser exprimido más o menos para cargar con los gastos de la nueva instalación. Parece que Constantino gastó 60 millones (francos suizos),[54] cantidad que más parece calculada por lo bajo si se consideran las dimensiones y el lujo de las nuevas construcciones. Un gasto constante considerable lo constituye el reparto de trigo, vino y aceite, fijado a partir del 332, y sin el cual esta población urbana no hubiera podido existir. Eunapio se lamenta de que apenas si las flotas trigueras de Egipto, Asia Menor y Siria podían abastecer a esta plebe. Cuando escribía, en el siglo quinto, la ciudad contaba ya con más habitantes que Roma.[55]

Por último, a muchas ciudades del Imperio se les arrebató sus tesoros artísticos, cosa que pudo ser muy dolorosa para gentes de edu-

[52] Eunap., *Vitae philoss., sub Aedesio.*

[53] Entre sus hijos, Constancio aparecía en las ocasiones solemnes como un estatua brillante, *tanquam figmentum hominis,* Ammian. Marc. XVI, 10.

[54] El cálculo según Codino, en Manso *ob. cit.,* p. 75 nota.

[55] Como asegura, no mucho más tarde, Sozomeno II, 3. — Para estimular el afán de construcción Constantino atribuyó a cada casa nueva una participación en los repartos anuales de trigo, cf. Manso *ob. cit.,* p. 318.

cación griega. Ya hablamos antes del despojo y la refundición de estatuas de materiales nobles; pero no hay que olvidar que se trata del despojo artístico más colosal y desastroso de toda la historia con los fines de embellecer una nueva capital. En este aspecto Constantino no es ni pagano ni cristiano —pues ofende a ambas religiones[56] al llevarse las estatuas de los dioses hacia Bizancio— sino un saqueador egoísta que trata de exaltar su propio nombre. Para los que conocen el arte antiguo apenas podrá darse una lectura más penosa que la del catálogo de las obras de arte instaladas en Bizancio por obra de Constantino y a partir de él,[57] sobre todo pensando en su destrucción con motivo de la cuarta cruzada. Claro que no siempre se trata de los verdaderos originales de las estatuas correspondientes de los templos cuando, por ejemplo, Eusebio nos habla del Apolo Pítico y del Esmíntico o de la Hera Sámica o del Zeus Olímpico, pero la pérdida de cualquier obra de arte griega es irreparable y, además, tampoco se conservan los originales. El amontonamiento de cosas heterogéneas, por ejemplo, esas 427 estatuas delante de la iglesia de Santa Sofía, ha debido de producir un efecto espantoso; en algunos casos hasta se hicieron bárbaros cambios en las estatuas[58] y, así, Constantino mandó colocar sobre una estatua colosal de Apolo una cabeza suya para que luciera en la columna de pórfido antes citada.[59] De Roma se trajo, entre otras cosas, toda una serie de estatuas de emperadores; acaso sería casualidad el que se encontrara entre ellas una de Majencio, y los paganos de la nueva capital comenzaron a rendirle un culto tendencioso, por lo que Constantino retiró la estatua

[56] Euseb. *Vita Const.* III, 54, se endulza el hecho de que se poblaran de estatuas paganas todos los lugares de la ciudad diciendo que Constantino quiso exhibir toda la impotencia de la insensata superstición.

[57] Véase especialmente el *Anonim. Banduri,* 1 c., pp. 4, 7, 14, 24, 28, 41 *s.* y 66, y en la misma colección, pp. 135-174, los epigramas de la antología que se refieren a las obras de arte de Constantinopla.

[58] Véase en Zósimo II, 31, la transformación de una estatua colosal de una Madre de los dioses en una orante.

[59] No pudo compartir la desconfianza de Manso (p. 313) contra estas afirmaciones del *Anon. Band.* p. 14. Había demasiados precedentes.

y mandó matar, según dicen, a sus devotos.[60] Pero la mayor parte procedía de Grecia y del Asia Menor. En otros tiempos los procónsules y los emperadores romanos habían saqueado esas regiones y no se les puede tomar a mal, porque Roma y su cultura se hallaban destinadas histórico-universalmente a completarse y transfigurarse gracias al arte griego;[61] Bizancio, por el contrario, no quería más que apoderarse de lo más bello con tal que no lo tuvieran las provincias; no es capaz de rendir a sus estatuas ningún otro honor que el que suponen las explicaciones y anécdotas supersticiosas[62] y las insípidas imitaciones de epigramas antiguos.

No podemos hacernos ninguna idea, a pesar de la abundancia de noticias, de los edificios de Constantinopla, que también se levantaron en parte con ayuda del robo, especialmente de las columnas de otros monumentos antiguos de los alrededores. La arquitectura se hallaba por entonces en crisis; la construcción abovedada, con su organismo estático, relativamente nuevo, se hallaba empeñada en una lucha decisiva con las formas ya impotentes y embotadas de la vieja construcción griega de templos. El carácter principal de las construcciones constantinianas debió de ser una suntuosidad abigarrada y asombrosa; cúpulas, nichos, salas circulares, incrustaciones costosas, sobredorados, mosaicos, constituyen los elementos esenciales de este conjunto rico y desasosegado. La propia impaciencia de Constantino[63] se manifestó claramente en la ejecución rápida y frágil, que se vengó con la pronta ruina de varios edificios y exigió reparaciones costosas.

Entre sus construcciones tenemos de modo innegable, además

[60] "De spectaculis", en *Banduri* 1, c., p. 92.

[61] ¿Qué hubiéramos salido ganando de haber Roma despreciado el arte de los vencidos helenos? Quien tenga en cuenta esta posibilidad estará de acuerdo con nosotros en hablar de suerte.

[62] Cómo el afán de prodigios substituye al interés por el arte, podemos verlo en el capítulo 8 del *Liber memorialis* de Ampelio (probablemente de la época teodosiana).

[63] También son características a este respecto las leyes del año 334 y 337 *Cod. Theodos.* XIII, 4, por las cuales se exime de impuestos a los artistas y maestros de obras, porque hacían mucha falta.

de muchas y magníficas iglesias, dos templos paganos.[64] Uno, que pertenecía al circo, se hallaba consagrado a los dioses Cástor y Polux, otro era el *Tycheion*, santuario de *Tyche* o diosa protectora de la ciudad. Acabamos de hablar de las procesiones anuales en el circo en las que se paseaba la estatua de Constantino con una pequeña *Tyche* en su mano extendida. Además, se mencionan[65] muchas otras imágenes de esta diosa, de las que una habría sido traída de Roma. Sin duda, este despojo de divinidades era algo más que un mero símbolo, y habría de sellar mágicamente la transmisión del poder universal a la nueva urbe. El emperador hizo los ensayos más extraños para despojar a la *Tyche* de su pura significación pagana; así, por ejemplo, colocó una cruz en su frente; y ya en las grandes fiestas de consagración del año 330 se mezclaron de un modo extraño la adoración de la *Tyche* y el *Kyrie eleison*;[66] pero el sentimiento pagano siguió siendo el predominante. Hasta se llegó a introducir en una cruz colocada en público un amuleto de la suerte. Sobre el magnífico *Milliarium* se veían las estatuas de Constantino y de Elena, que sostenían entre los dos una cruz en cuyo centro se podía ver una cadena; de esta cadena pendía un amuleto que debía asegurar a la nueva Roma la victoria sobre todos los pueblos y asegurarla de todos los ataques enemigos; también se llamaba a esta cadena la *Tyche* de la ciudad.[67] Es posible que todo este adorno fuera de origen reciente y que la significación de la cadena tuviera cabida únicamente en la fantasía de los bizantinos, pero no cabe duda que Constantino ha dado ocasión al nacimiento de tales leyendas mediante sus prácticas mágicas.

[64] Zosim. II, 31. — No queremos mencionar en este sentido un tercer templo, el de la Madre de los dioses, pues su imagen debió de haber recibido sentido diferente mediante la transformación. Acerca de los templos paganos de la antigua Bizancio, véase *Ducange* 1. cap. I, pp. 14 *s.* Las termas del *Oeconomium* recibieron siete nichos y 12 pórticos "en recuerdo" del número de los planetas y de los meses. *Anon. Banduri,* p. 3.

[65] *Anon. Banduri,* pp. 9, 10, 13, 15.

[66] Los apéndices a *Anon. Banduri,* p. 98. — El hecho de que existía un auténtico templo de *Tyche*, se demuestra con la lectura justa τυχείῳ en lugar de τειχίῳ en Sozom. V, 4.

[67] *Anon. Banduri.* p. 10.

Hemos creído reconocer la reacción por parte de los cortesanos cristianos y de los eclesiásticos en la caída y ejecución de Sopater. De los días que preceden inmediatamente a la consagración de la ciudad se nos cuenta la caída de otro filósofo pagano, Canonaris.[68] Este se presentó públicamente al emperador y le imprecó: No te levantes por encima de los antepasados porque hayas echado a tierra a los antepasados (es decir, sus costumbres y su religión). Constantino hizo que lo llamaran y le advirtió que abandonara sus prédicas paganas; pero Canonaris gritó que quería morir por los antepasados, y fué decapitado.

Abandonemos la nueva y arrogante urbe para volver nuestros ojos a la antigua.

Roma había conservado un privilegio que quizá en ese momento no pareciera pesar demasiado; el rango superior[69] de sus obispos frente a todos los dignatarios eclesiásticos del Imperio. Nadie podía presumir por entonces que, a una distancia considerable del trono bizantino, habría de originarse una sede apostólica occidental que, una vez que la jerarquía eclesiástica de Constantinopla estuviera ensombrecida por el imperio secular, y las de Antioquía, Jerusalén y Alejandría sacudidas por la herejía y la espada del Islam, convertiría a Roma en el centro de un nuevo mundo espiritual. Las relaciones personales de Constantino con la comunidad romana son muy equívocas; la pretendida donación ha sido inventada; y la suntuosidad de las iglesias mandadas construir y de las ofrendas votivas, tales como nos las describe Anastasio Bibliotecario (cap. 34), se reducen en realidad a algo bastante modesto,[70] sin contar con que podemos tener nuestras dudas en lo que respecta a la generosidad imperial; por último, el pretendido bautizo de Constantino por el obispo Silvestre en el baptisterio de la iglesia de Letrán es una pura leyenda,

[68] Véanse los apéndices al *Anon. Banduri*, p. 98.

[69] Cf. el tercer canon del sínodo de Constantinopla en el año 381.

[70] Niebuhr (*Vorträge über alte Länder- und Völkerkunde*, p. 399) admite de todas las construcciones conservadas sólo la antigua basílica laterana, y también en ésta la construcción primitiva es casi irreconocible.

nacida del deseo de sustituir al arriano Eusebio de Nicomedia por un bautizador ortodoxo.[71] Cuando las disensiones arrianas, el obispado romano estuvo muy lejos de mantenerse a salvo de todos los ataques y de poder afirmar una actitud puramente observadora y resolutiva;[72] también más tarde se vió comprometido más de una vez, y de modo profundo, por las tormentas político-eclesiásticas, y sólo poco a poco subió a la cima del poderío mundial.

La gran mayoría pagana de Roma significaba para la sede un obstáculo importante. La fisonomía de la vieja capital del orbe siguió siendo, durante todo el siglo cuarto, predominantemente pagana.

En primer lugar, en su aspecto arquitectónico. Fué menester luego una demolición prolongada y una construcción tenaz para que la Roma cristiana sobresaliera de la Roma imperial con sus basílicas, patriarquías y monasterios. Las construcciones del siglo tercero estuvieron consagradas, en su mayor parte, a exaltar el paganismo, su cultura y sus goces. Las termas de Caracalla, de Alejandro Severo, de Decio y de Filipo; más tarde, las de Diocleciano y Constantino, el ornato del foro Trajano, la magnífica villa de los Gordianos, el templo solar de Aureliano, la basílica y el circo de Majencio; finalmente, aquel proyecto del joven Gordiano, ampliado por Galieno pero no realizado, de un suntuoso pórtico de columnas, con sus terrazas, que atravesaría todo el campo de Marte y abarcaría luego la vía Flaminia hasta el puente mílvico; todo esto caracteriza el afán constructivo de la época. Se nos han conservado de la segunda mitad del siglo cuarto los libros urbanos que, por desgracia, son más parcos en su forma genuina[73] que en la interpolación que correspondería a una época anterior,[74] la que, entre otras cosas, menciona por su nombre más de mil quinientos templos. Pero mediante una inferencia legítima se

[71] Otras leyendas sobre este bautismo, que proceden de los bizantinos posteriores, no pertenecen a este lugar, pues corresponden a la Edad Media.

[72] La polémica unilateral de Amiano contra la suntuosidad del obispado romano de entonces, XXVII, 3. Los obispos conocían muy a fondo a Roma.

[73] En Preller, *Die Regionen der Stadt Rom,* Jena, 1846.

[74] Se encuentra también en *Graevii Thesaurus,* vol. III, bajo los nombres falsos: Publio Victor y Sexto Rufo.

pueden lograr resultados enormes. Estos libros catastrales (lo mismo el llamado *Curiosum urbis* que la *Notitia)* describen, no la riqueza arquitectónica de los catorce barrios urbanos sino únicamente sus límites, pero con esta ocasión mencionan un número extraordinario de templos, foros, basílicas, termas, jardines, pórticos, edificios para juegos, estatuas, etc., pero ni una sola iglesia. Esto último intencionadamente;[75] pues en la época de Constancio y de Teodosio debía de haber ya muchas iglesias importantes, que sólo el pagano ignoraba. Pero aunque nos las figuremos tan grandes y hermosas como pudieran permitirlo la riqueza y el poder de la feligresía romana, en ningún caso podían competir con la vieja magnificencia pagana. El resumen que al final de ambos libros se hace de las cosas más importantes, resulta incierto en cuanto a las cifras y, sin embargo, quedaremos seguramente cortos si a las veintiocho bibliotecas, los once foros, las diez grandes basílicas y las once gigantescas termas, añadimos nada más que dos anfiteatros, dos teatros, dos circos, etc., pues estas últimas cifras son demasiado bajas para dar cuenta de todo lo demás. A estos y otros monumentos colosales y espléndidos, la fantasía —que sólo podrá seguir con fatiga— tendrá que añadir un cúmulo de otras construcciones magníficas, a saber, los treinta y tres o treinta y seis arcos de triunfo de mármol e infinitas estatuas y grupos. Y todo esto distribuído pintorescamente por el llano y las colinas, animado e interrumpido por jardines y arboledas *(luci)*, acompañado del rumor luminoso de las fuentes que procedían de las montañas a través de diecinueve acueductos y mantenían frescos a hombres y animales y el aire y la hierba de la poderosa ciudad.[76] Muchos han sido los pueblos que han sabido construir colosalmente; pero la figura de la Roma de entonces será única en la historia, porque ya nunca más se dará la confluencia del afán de belleza provocado por el arte griego y de los medios de ejecución y de la necesidad de embellecimiento espléndido de la vida. Quien en aquellos días llegara a Roma con la impresión de Constantinopla como, por ejem-

[75] Así Becker en Preller, *ob. cit.*, p. 59.
[76] Descrito por Claud. Rutil., *Iter.* I, versos 97 *s.*

plo, Constancio en el año 356 cuando celebró su triunfo sobre Majencio, habría de quedar asombrado y pensaría ante cada cosa que nada mejor había en el mundo; pero se consideraba como la maravilla de las maravillas, según nos enteramos en esta ocasión,[77] al foro de Trajano con la basílica Ulpia.

Y toda esta magnificencia para una población cuya densidad es sobrepasada por muchas de nuestras actuales capitales. La señora del Imperio, que en tiempos de Vespasiano abarcaba ciento veinte millones de almas, nunca pasó del medio millón de habitantes.[78] La investigación moderna ha rebajado mucho los cálculos anteriores, en gran parte desmesurados, trayendo a cuenta no sólo la superficie de Roma y de sus suburbios, sino también la gran extensión del espacio deshabitado dedicado al tráfico y a la ostentación y la proporción entre la densidad de las capitales modernas y su superficie.[79] Se puede uno preguntar de dónde venían las gentes que visitaban los templos, teatros, circos, termas y jardines. Sólo el Coliseo podía albergar quizá la quinceava parte de toda la población y el Circo Máximo más de una décima parte.[80] Para llenar tales espacios era menester un pueblo que había sido educado durante siglos por sus gobernantes a estos fines, que vivía de dádivas y no conocía ni pedía más que nuevas y mayores diversiones. La considerable muchedumbre de célibes sin ocupación o con muy poca, la afluencia de provincianos ricos, el lujo, la corrupción y, finalmente, la concentración de los grandes asuntos de gobierno y de dinero, debieron acuñar un tipo urbano sin paralelo entonces.

Dentro de esta mezcla abigarrada, y atravesando todas sus capas, había dos sociedades diferentes, la gentil y la cristiana. No co-

[77] Ammian. Marc. XVI, 10.

[78] Según Dureau de la Malle, *Economie polit. des Romains* I, pp. 299 *s.*; VI, p. 405, sólo medio millón. Nosotros seguimos aquí a Friedländer (*Sittengeschichte Rom's* I, pp. 23 *ss.*, donde están recopiladas las bases para el cálculo.)

[79] Un juicio muy sensato ya en el viejo Keyssler, *Neueste Reisen*, carta XLVII.

[80] Es decir, según cálculo por lo bajo, 150,000 hombres.

rresponde a este lugar describir cómo se desarrolló y se condujo esta última en los tres primeros siglos de la fe, en la época de las persecuciones; de la época crítica de Constantino, en la que ciertamente creció y cambió interiormente, no tenemos noticias bastantes; pero las descripciones que proceden de la segunda mitad del siglo cuarto, especialmente las de San Jerónimo, nos la muestran ya muy degenerada. El mundo con sus placeres había penetrado tanto en las clases superiores como en las inferiores de la feligresía romana; se podía ser celosamente piadoso y, al mismo tiempo, muy inmoral. En ocasiones, esta comunidad fué presa de crisis terribles; sabemos por Amiano que en la disputa entre Dámaso y Ursino por el episcopado (366) hubo un día ciento treinta y siete muertos en la basílica sicínica. Jerónimo, que fué secretario del obispo victorioso Dámaso, conoció en este puesto lo grande y lo mezquino; sabía cuán frecuentes eran los abortos provocados;[81] vió casarse a dos gentes del pueblo, y el marido había enterrado ya veinte mujeres y la mujer veintidós maridos;[82] en ningún momento disimula la corrupción general. Pero describe con más detalles a las clases distinguidas y a ciertos eclesiásticos en sus mutuas relaciones. La gran dama, la rica viuda, con colorete en las mejillas,[83] lleva tren de princesa y un enjambre de eunucos rodea su silla de mano. Con el mismo acompañamiento se presenta en la iglesia y atraviesa majestuosamente una fila de mendigos repartiendo limosnas. En su casa tiene Biblias de pergamino empurpurado con letras de oro y moteado de piedras preciosas, pero los pobres pueden pasar hambre si su vanidad no es satisfecha. Un pregonero recorre la ciudad cuando la dama quiere invitar a un ágape, o a un banquete de bodas. Tiene mesa abierta y, entre otros aduladores, se presentan los clérigos, besan a la señora de la casa y hacen un movimiento con la mano que pensaríamos era para bendecirla pero que, en realidad, es para recibir una dádiva; mas nada

[81] *Ep.* XXII *ad Eustochium,* c. 13.

[82] *Ep.* CXXIII *ad Ageruchium,* c. 10. Todo el mundo tenía una gran curiosidad en saber quién de los dos moriría primero; fué la mujer, y el viudo llevó el cadáver, como un vencedor, por todas las calles de Roma.

[83] *Ep.* XXII *ad Eustochium,* c. 16 y s., especialmente cap. 32.

envanece tanto a la dama como la dependencia de los clérigos. Esta libertad de las viudas es más sabrosa que el mando de los hombres y, además, presenta una apariencia de abstinencia[84] de la que algunas se compensan con vino y golosinas. Tampoco son mejores otras que vestidas con ásperos hábitos, tienen aires de buho y suspiran constantemente, pero llevan a escondidas la mejor vida. Las relaciones de parentesco espiritual, tan buscadas y que tanto perjudican a la vida familiar, son especialmente sospechosas para el riguroso padre de la iglesia;[85] había hombres que abandonaban a sus mujeres y, bajo pretextos piadosos, seguían a otras; mujeres que adoptaban adolescentes como hijos espirituales y acababan por enredarse carnalmente con ellos y otras cosas parecidas, pero, sobre todo, algunos devotos que anidaban en las casas de las damas como una especie de confesores y vivían con ellas. Los propios clérigos no salen mejor parados. San Jerónimo condena la costumbre de su convivencia con hermanas espirituales, las llamadas "agapitas" (en otra forma "syneisactas")[86] y con mayor rigor todavía sus visitas a las casas elegantes para procurarse legados,[87] poderes y lujos. Algunos juegan al ascetismo, con largos cabellos, barbas de chivo, manto negro y pies descalzos; engañan a las pecadoras con ayunos supuestos que reponen durante la noche. Otros —en esto se pueden comparar con los abates del siglo XVIII—, se hacen consagrar presbíteros y diáconos para ver a las mujeres con mayor libertad; estos tipos van bien vestidos y acicalados, muy peinados y perfumados, y con los dedos ensortijados; para no estropear el calzado andan sobre las puntas de los pies; más tienen aspecto de novias que de sacerdotes. Así debió conducirse Joviniano

[84] *Et post coenam dubiam apostolos somniant.* San Jerónimo escribe a una muchacha noble y piadosa. La magnífica libertad con que dice las cosas con sus verdaderos nombres, es un reflejo de la ingenuidad antigua de que no tenemos idea.

[85] *Ep.* CXXV *ad Rusticum,* c. 6. San Jerónimo no se refiere siempre expresamente a Roma, pero, en general, describe la sociedad romana.

[86] *Ep.* XXII, c. 14.

[87] *Ep.* LII *ad Nepotianum,* c. 6. — Lo que sigue en *Ep.* XXII, c. 28 *s.*

con su "vestido de seda, finos aprestos de Arrás y Laodicea, las mejillas sonrosadas, la piel brillante y los cabellos ondulados hacia atrás y sobre la frente".[88] Algunos se contentan con informarse de los nombres, domicilios y gustos de las damas. San Jerónimo conocía a un clérigo de éstos que con sus habladurías de una casa en otra supo hacerse temible en todas. Paseaba por la ciudad desde por la mañana en rápidos corceles y se le conocía con el apodo de "el postillón de la ciudad" *(veredarius urbis)*; muchas veces sorprendía a la gente en su dormitorio; de lo que le gustaba hacía tales alabanzas y en tal tono que el que no era tonto se lo regalaba en seguida. No falta el retrato de un clérigo disoluto del tipo más interesante;[89] con encendida cólera nos cuenta San Jerónimo cómo entró el lobo en el rebaño, pero no podemos ampliar un episodio, que ya nos ha llevado a la segunda generación después de Constantino, con una secreta historia de amor.

La institución de los conventos de clausura, que separaba a los ascetas definitivamente de todas las solicitaciones de la vida de la ciudad, fué entonces una verdadera necesidad. Porque el ascetismo fué, sin duda, fruta del tiempo, pues eran muchos los que, en la confluencia de la vieja y la nueva religión y de las viejas y nuevas costumbres, habían perdido su solidez y buscaban la salud en una resolución extrema, sin poderse proteger, sin embargo, contra las recaídas. San Jerónimo concentra todas sus fuerzas para convertir la renuncia total en principio de vida de aquellos círculos piadosos que siguen sus inspiraciones. Es posible que el ejemplo y las admoniciones de este hombre unilateral pero poderoso hayan dominado durante toda la vida los pensamientos de sus Paula, Marcela, Eustaquio, y que los haya hecho insensibles frente a todos los incentivos de la tierra. El celibato le parece la condición ineludible de toda vida superior, y por esta razón le fueron revelados al apóstol virginal, Juan, misterios más grandes que a los demás, que estaban casados.[90] La invasión

[88] Hieron., *Adv. Jovinianum* II, 21.

[89] Se llamaba Sabiniano y pecó también en Belén. Cf. *Ep.* CXLVII.

[90] *Adversus Jovinian.* I, 26. El apóstol, evangelista y profeta al mismo tiempo. *Exposuit virginitas quod nuptiae scire non poterant.*

de los bárbaros y la conmoción inminente de todos los cimientos —*orbis ruit*—[91] reforzaron, sin duda, de modo extraordinario, en él y en los demás, la idea de la renunciación. Había ya en Roma y en todo el Occidente muchos hombres y mujeres para quienes el ascetismo era una cosa profunda y permanente; las islas rocosas del Mediterráneo y las riberas solitarias de Italia se poblaron primero de anacoretas[92] y pronto de monasterios; algunas islas fueron visitadas como cementerios de mártires como, por ejemplo, una de las islas Ponza.[93] Era posible vivir dentro de la Roma misma en un verdadero retiro como, por ejemplo, la rica Asella, que vendió sus alhajas y vivió en una estrecha celda a base de pan, sal y agua, no dirigió la palabra a ningún varón y sólo salía para visitar el sepulcro de los apóstoles.[94] Estaba separada por completo de su familia y se alegraba de que nadie la conociera. San Jerónimo se atribuye la rara habilidad de poder distinguir exactamente a estas verdaderas monjas de la ciudad de las falsas; lo que ciertamente no faltaba en la realidad, aunque está ausente en las descripciones del celoso padre de la iglesia, es el cuadro de familias cristianas sencillas, que vivían sin ascetismo una vida moderada. San Jerónimo prefiere entretenernos con lo extraordinario y lo extremado.

Coloquemos entre esta sociedad cristiana y los paganos cultos y nobles del siglo cuarto la descripción de la gran masa romana que nos ha transmitido Amiano Marcelino, cierto que no sin alguna iluminación artificial.[95]

Comienza con ocasión de un levantamiento por falta de vino y nos hace conocer así que el pueblo romano era muy aficionado a la bebida, y, hoy mismo, en Roma se bebe un poco más que en Florencia y Nápoles. Ya no bastaban los repartos de vino introducidos a partir de Constantino, y el que tenía algo que gastar se pasaba no-

[91] *Ep.* LX *ad Heliodorum*, c. 16. Cf. *Ep.* CXXIII *ad Ageruchium, passim.*

[92] *Ep.* III y CXXVII. Cf. Claud. Rutil., *Iter* I, versos 439 *s.*, 515 *s.*, donde se polemiza contra el monacato de Capraya y Gorgona.

[93] *Ep.* CVIII *ad Eustochium.*

[94] *Ep.* XXIV *ad Marcellam.*

[95] Ammian. Marc. XIV, 6; XV, 7; XIX, 10; XXVII, 3; XXVIII, 4, *ob. cit.*

ches enteras en las tabernas. Como se le atribuyó al prefecto Símaco que prefería apagar la cal con el vino que rebajar su precio, se le puso fuego a la casa. Cuando se hablaba de Roma, en seguida salían a relucir los "tumultos y las tabernas". Como ahora la "morra" era entonces el juego de dados el entretenimiento de dentro y fuera de la taberna con que se mataba el tiempo; el juego iba acompañado de un griterío bastante molesto. Si el juego con las *tesserae* pasaba por más elegante que el juego con los *aleae*, Amiano nos aclara que la diferencia no era mayor que la que existe entre un ratero y un salteador de caminos; por desdicha, las amistades entabladas en el juego son las únicas que atan a las gentes. El romano medio era un tipo obstinado, lleno de soberbia; a pesar de la gran afluencia de gente de todos los países desde hacía quinientos años, había todavía muchas familias antiguas que estaban muy engreídas con sus nombres, Cimessor, Statarius, Cicimbricus, Pordaca, Salsula, etc., aunque fueran descalzas. A veces, por lo menos en el teatro, se oía el grito de ¡fuera los forasteros!, cuando los forasteros, al decir de Amiano, constituían el único socorro de la ciudad. Pero el clamor principal era siempre *panem et circenses*. Por lo que se refiere al pan, no había momento más angustioso que aquel en que las flotas que venían del Africa cargadas de cereal eran retenidas por la guerra o por los vientos contrarios; un prefecto de la ciudad, Tertulo (359), ofreció en una ocasión semejante a sus propios hijos como prenda a la plebe enfurecida y la aplacó hasta el punto que pudo marchar a la isla siempre verde y perfumada de rosas, con un templo de los Dióscuros, que se hallaba cerca de Ostia y donde anualmente el pueblo de Roma solía celebrar una alegre fiesta; allí sacrificó Tertulo a Cástor y Pólux, y se sosegó el mar y un suave viento sur empujó a toda la flota.[96] Quienes de entre esta muchedumbre provista de pan, vino, aceite y carne de cerdo no estaban contentos, se ponían junto a las ventanas

[96] Symmachus (*Ep.* II, 6, 7; III, 55, 82; X, 29) eternizó también el ambiente de momentos de terror parecidos. En tales épocas de hambre se intentó buscar ayuda por medio de la expulsión sin cuartel de todos los extranjeros —¡con excepción del personal de los teatros!— Amiano, XIV, 6, § 19.

de una cocina señorial y gozaban por lo menos del tufillo del asado y de otros platos.

Pero el romano era insaciable más que nada en todo lo que tuviera visos de espectáculo. En el siglo cuarto ni con mucho se satisfacía esta necesidad con los dineros públicos[97] sino que se acudía a la generosidad de los altos funcionarios recién nombrados y de los senadores. Estas gentes, no siempre ricas, tenían con este renglón un gasto de consideración, pues cada cual había de superar al antecesor, no sólo por ambición personal sino por la insaciabilidad del pueblo. Una gran parte de la correspondencia de Símaco está llena de las preocupaciones que le produce el sufragar los espectáculos cuando su propia promoción y la de sus parientes y en otras ocasiones. Desde los tiempos de Diocleciano se había acabado con aquellos derroches imperiales en materia de juegos, que en una ocasión habían inspirado a Carino la idea de ocupar toda la mitad de un barrio, en la parte del Capitolio, con un anfiteatro de madera, adornándolo con toda clase de piedras preciosas, oro y marfiles;[98] y entre otras cosas se vieron animales raros como cabras monteses e hipopótamos y lucharon osos con focas. Los emperadores se ocupaban de los edificios y sabemos que Constantino restauró espléndidamente el Circo Máximo; pero los espectáculos mismos estaban a cargo de los dignatarios ricos que pagaban en esta forma al estado su exención de impuestos y sus emolumentos. De nada servía marcharse de Roma; parece que los funcionarios de hacienda celebraban en tal caso los juegos en nombre de los ausentes.[99] Ya era bastante si se conseguía la dispensa de aduana por los animales importados.[100] Lo más importante fué siempre la selección de caballos para el circo; en esta ocasión era cuando tanto el romano distinguido como el hombre de la calle daban satisfacción a su supersticiosa pasión por las apuestas, y un auriga podía alcanzar el máximo prestigio por su habilidad y

[97] *Summa decreta populi voluptatibus. Symmachi Ep.* II, 46.
[98] Calpurn. Siculus, *Ecloga* VII (XI). — *Hist. Aug.* Carus, cap. 19.
[99] *Symmachi Ep.* IV, 8.
[100] *Symmachi Ep.* V, 62.

hasta una especie de inviolabilidad. Pero el gusto romano se había refinado tanto en este aspecto que había que cambiar constantemente las razas de caballos;[101] los tratantes recorrían medio mundo para encontrar algo nuevo y extraordinario y transportarlo cuidadosamente a Roma; Símaco escribe a estos agentes con un tono tan deferente cual si se tratara de personajes importantes. Para la lucha de fieras en los teatros y en el Coliseo, y para las cazas *(sylvae)* en el Circo Máximo se tenía necesidad de gladiadores, una "gavilla de combatientes peor que la de Espartaco"; también solían presentarse a veces bárbaros prisioneros, por ejemplo, sajones,[102] pero, a tenor del gusto de la época, debieron de dominar las luchas entre animales. Los encargados de estas liturgias se encuentran siempre en grandes apuros para procurarse las fieras necesarias; osos que llegan en plena consunción o que han sido sustituídos por peor género, leones líbicos, colecciones de leopardos, perros escoceses, cocodrilos y hasta animales que en la actualidad no podemos identificar con seguridad, como los *addaces* y los *pygargi*. Ocurre a veces que los emperadores ayudan después de una victoria persa enviando unos cuantos elefantes, pero es la excepción. Al espectáculo corresponde también una especial escenificación del circo o del teatro correspondiente, a cuyo propósito Símaco hace venir una vez artistas de Sicilia.[103] Podemos suponer que cumplía con lo que le imponía el cargo y que por dentro se hallaba por encima de todas estas cosas; pero por entonces había entusiastas tan fanáticos de algunos gladiadores como en cualquier otra época imperial anterior. Los espléndidos mosaicos, aunque ya un poco rudos, con luchas de gladiadores y de fieras, de la villa Borghese, proceden acaso del siglo cuarto y en ellos cada persona que figura lleva inscrito su nombre; muchas veces el arte tenía que entretenerse en eternizar tales espectáculos, adornando fachadas en-

[101] El romano distinguía, por ejemplo, las diversas razas españolas con gran exactitud, véase *Symmachi Ep.* IV, 63. Además cf. IV, 8, 58, 59, 60, 62; V, 56, 82 83; VI, 42; VII, 100 y *s.*; IX, 20, 24.

[102] *Symmachi Ep.* II, 46. Lo que sigue en II, 76, 77; IV, 12; VI, 43; VII, 59, 121, 122; IX, 125; X, 10, 13, 15, 19, 20, 26, 28, 29.

[103] *Symmachi Ep.* VI, 33, 42.

teras y paredes con estas representaciones.[104] También el teatro propiamente dicho contaba con sus fanáticos, sin que faltaran gentes de alcurnia, como aquel Junio Messala que, en tiempos de Constantino, regaló a los "mimos" toda su fortuna y hasta los costosos vestidos de sus padres.[105] En Roma gozaba todavía de cierto prestigio la "comedia", sobre todo entre la gente del pueblo, cuyo mayor placer consistía en silbar, y contra esto se protegía el actor acudiendo al soborno. Pero sospechamos que se trata más bien del "mimo".[106] Era más importante, sin embargo, la pantomima, es decir, el *ballet*, que, según una noticia acaso exagerada, daba ocupación a tres mil bailarines y a un gran número de músicos.

Si en lo que se refiere al pan y a los juegos las fuentes históricas describen de modo suficiente la realidad, en lo que respecta a otros mil detalles, que habrían de completar la imagen de la Roma de entonces, nos hallamos completamente a oscuras. Ni siquiera por aproximación podemos responder, por ejemplo, a la cuestión capital de la proporción entre el número de esclavos y la gente libre, y los cálculos intentados[107] son muy discrepantes. Alguna vez que otra se nos abre una ventanilla que nos permite mirar en esa cosa media entre taller estatal y galera donde se trabajaba para las necesidades públicas. Así, en las grandes panaderías para los repartos de pan;[108] sus directores *(mancipes)* habían construído en su torno, con el transcurso del tiempo, tabernas y burdeles, de los que algunas veces el desprevenido cliente era llevado al taller y colocado de por vida como esclavo; a quien esto le ocurría estaba acabado y los suyos le tenían por muerto. Los romanos debían de estar al tanto porque el accidente ocurrió sobre todo a los forasteros. Las autoridades estaban tan enteradas como ciertos gobiernos modernos de la recluta de mari-

[104] *Hist. Aug.* Gordd., cap. 3; Carus, cap. 19.
[105] *Hist. Aug.* Carus., cap. 20.
[106] *Theatralem vilitatem* las llama Amiano, XXVIII, 4, al final.
[107] Cf. los cálculos ingeniosos en Dureau de la Malle, I, cap. I, 150 *ss.*, que no convencerán a nadie.
[108] Cf. Sócrates, *Hist. eccl.* V, 18.

neros, y si Teodosio puso término a este abuso en cierta ocasión no hay que pensar que se descubriera la cosa por entonces.

Lo que Amiano nos cuenta de la vida y trajines de las clases altas despierta la vehemente sospecha de que este hombre veraz se entregó esta vez a un sentimiento de vanidad mortificada y perdió los estribos. En todo caso, su condición de antioqueño no le da derecho alguno a rebajar a los romanos; y como cortesano de Constancio y de Juliano tampoco creemos que fuera muy bien acogido por las familias romanas más distinguidas. Muchas de sus recriminaciones se refieren a los incapaces que siempre y en todas partes se suelen contar entre los ricos y distinguidos; otras se refieren a la época. Se lamenta Amiano del afán por las gloriosas estatuas doradas mientras que la misma gente se complace con las modas más fugaces y una vida reblandecida; condena la afectación de no reconocer al forastero, que fué presentado, en un segundo encuentro y la de no disimular que no se nos había echado de menos cuando se presenta uno después de una larga ausencia. Describe la grosería de aquellos anfitriones que ofrecen los banquetes para no tener que deber nada a nadie y en los que los *nomenclatores* (una especie de maestros de ceremonias esclavos) introducen por una propina a gente desconocida. Ya en tiempos de Juvenal la vanidad de muchos encontraba satisfacción en correr como locos con sus carros y perder la cabeza por los caballos propios y por los del circo; también esto persistió. Muchos no se presentaban en público sino rodeados de un gran cortejo de servidores y clientes y "bajo el mando del mayordomo con su bastón, acompaña al carro todo un enjambre de esclavos tejedores, luego, vestidos de negro, los esclavos cocineros, después el resto de la servidumbre, mezclada con gente ociosa de la vecindad; el cortejo comprende un tropel de eunucos de todas edades, desde ancianos hasta niños, y todos con unas figuras macilentas y deformes." Hasta en las mejores familias la música, como ocurre también ahora, servía para encubrir toda una serie de fallas sociales. Resonaban sin cesar los cánticos y la cítara; "en lugar del filósofo se trae al cantante, y en lugar del retórico al maestro de artes agradables; mientras las

bibliotecas están cerradas como sepulcros, se construyen liras y órganos hidráulicos tan grandes como cocinas municipales". También las clases altas se apasionaban por el teatro y la coquetería de muchas damas consistía expresamente en imitar con versatilidad las actitudes teatrales. También los ademanes tenían que ser una obra de arte; conocía Amiano a un prefecto urbano, de nombre Lampadio, que tomaba a mal si no se reparaba en el estilo con que escupía. El mundo de clientes y parásitos no debió de haber cambiado mucho desde los tiempos de Juvenal, como tampoco la caza de herencias con los que no tenían hijos y muchos otros pecados de la época imperial anterior; pero hay que hacer resaltar que, a pesar de la acrimonía con que Amiano trata del asunto, ni una palabra dice de los vicios y crímenes colosales que zahiere Juvenal. No hay que atribuirlo al cristianismo; el gran cambio de los sentimientos, que produjo un nuevo punto de vista moral, se había presentado ya en el siglo tercero.

Esta sociedad distinguida se nos manifiesta todavía como pagana en primer lugar por sus supersticiones; en cuanto se trata, por ejemplo, de testamentos y herencias se acude a los arúspices para que informen después de escudriñar las entrañas de las víctimas; y gente totalmente incrédula no se atreverá a salir a la calle, sentarse a la mesa o ir a los baños sin informarse antes en las "efemérides", el calendario astrológico, del horóscopo de las estrellas.[109] Sabemos por otras fuentes que la gran mayoría del senado fué pagana hasta los tiempos de Teodosio.[110] Se hizo todo lo posible para conservar los sacerdocios y las ceremonias ¡y cuántos esfuerzos y preocupaciones no costó esto, por ejemplo, a Símaco![111] Pero junto a los *sacra* oficiales los romanos más distinguidos del siglo cuarto practican con el mayor

[109] Sobre la persistencia de la magia y sus beneficios, cf. 255. Sobre los diversos cultos de los dioses *Prudent.* en *Symm.* I, 102, 116, 127, 218, 226, 237, 271, 344, 356, 379, 610, etc.

[110] Cf. Zosim. IV, 59 y otros. Especialmente Prudentius, *Peristephanon*, Hymn. II, estrofa 112, 5; la conversión de los senadores, Prudent. en *Symm.* I, 507, 552, 567, 612.

[111] Para su punto de vista religioso son especialmente típicos las *Epp.* III, 52; IV, 33; VI, 40; VIII, 6; IX, 108, 128, 129; X, 61, etc.

celo los cultos secretos y, ciertamente, como señalamos antes, en una mezcla muy peculiar. Mientras el individuo participa en todas las iniciaciones posibles, trata de fortalecerse contra la invasión del cristianismo.[112]

En fin de cuentas es posible que este senado pagano de Roma fuera la asamblea y sociedad más respetable de todo el Imperio. A pesar de toda la maledicencia de Amiano, se encontrarían en él muchos hombres de las provincias y de la urbe de temple romano genuino, en cuyas familias reinaban ciertas tradiciones que hubiera sido inútil buscar en Alejandría o en Antioquía o en la misma Constantinopla. Ante todo los senadores mismos respetaban al senado: *asylum mundi totius.*[113] Buscaban un estilo oratorio grave y sencillo,[114] exento de toda teatralidad; siempre se procura mantener por lo menos la ficción, como si Roma fuera la de otros tiempos y el romano todavía un ciudadano.[115] No hay, si se quiere, más que grandes frases, pero las hay, y no es culpa suya si ya no salen de ellas grandes cosas.[116] En el mismo Símaco vemos el valor para salir por los fueros del oprimido,[117] lo que es algo muy respetable y que compensa, como en el caso de patriotismo de Eumenio, las inevitables formas adulonas a que se somete en otras ocasiones. Como un gran señor independiente se hallaba personalmente por encima de los títulos[118] que a tantos hacían felices.

No hay que juzgar de la cultura de estos círculos siguiendo a la letra las indicaciones de Amiano, que no concede a los romanos más lectura que la de Juvenal y las *Historias imperiales* de Mario

[112] Las numerosas inscripciones con títulos de misterios de esta época, en Beugnot 1 c., vol. I.
[113] Amiano XVI, 10.
[114] *Symmachi Ep.* I, 89. — Se denominaban entre sí *frater*, ibid. V, 62.
[115] Cf. entre otros *Symmachi Epp.* VI, 55; VIII, 41; X, 67 *civicus amor... Romanum nomen*, etc.
[116] Un par de genuinos romanos, de la época de Constantino, fueron glorificados en epigramas; *Symm. Ep.* I, 2.
[117] Especialmente *Epp.* III, 33-36 y X, 34 con una muy atrevida alusión a Valentiniano I.
[118] *Ep.* IV, 42.

Máximo, de las que, como es sabido, la primera mitad de la *Historia augusta* no es más que un pobre remedo. Tampoco hay que dar demasiada importancia a las reuniones literarias en el Templo de la Paz (donde se encontraba también una de las veintiocho bibliotecas públicas) donde pudo presentarse hasta un Trebelio Polio con sus versos.[119] Pero el círculo de amigos que se reúnen en torno a Macrobio y el ambiente en que se mueve Símaco nos muestran que en las clases altas había todavía mucha verdadera cultura. No hay que dejarse despistar por la pedantería (para nosotros tan útil) del primero ni por la imitación de Plinio del último. De todos modos se trata de una época literaria decadente, más capaz de recopilar y gozar que de crear; la epigonía se delata en esa oscilación entre arcaísmos a lo Plauto y sustantivos abstractos a lo moderno;[120] creemos reconocer ya la unilateralidad de los pueblos latinos que quisieran mantener una literatura a fuerza de diccionario; hasta en las cartas y billetes, tan lindamente retorcidos, de un Símaco, encontramos un arte muy consciente.[121] Pero la adoración por la vieja literatura —a lo que acaso debamos su conservación— tenía tanto valor para la vida espiritual de entonces como el culto de Ariosto y Tasso para la Italia de hoy. El mayor regalo que Símaco puede hacer a un amigo es un manuscrito de Livio;[122] Virgilio era verdaderamente adorado, analizado sin cesar, explicado, aprendido de memoria, preparado en centones y hasta arreglado como libro de pronósticos. Ya acaso en esta época la leyenda de la vida del gran poeta empezó a entrar por los caminos de lo maravilloso y lo mágico.

Echemos un vistazo a la vida campestre de estos romanos elegantes. El mismo señor que quería para sus hijas el huso o, por

[119] *Hist. Aug.* XXX Tyr. c. 30 (31).
[120] Cf. *Symmachi Epp.* III, 22, 44.
[121] Sus reflexiones sobre esto *Epp.* I, 45; IV, 28; V, 86; VII, 9, etc. Su amargura sobre la ineludible falta de importancia política de su correspondencia, II, 35.
[122] *Ep.* IX, 13. — Sobre su medio y actividad literaria general, cf. III, 11, 13; IV, 34 etc. ¿Serían los filósofos que él protegía y recomendaba (I, 29; II, 39), neoplatónicos?

lo menos, la vigilancia de las sirvientas hilanderas,[123] tenía docenas de villas cuya administración enorme requería gerentes, notarios, recaudadores, constructores, carreteros y postillones, y millares de esclavos labradores y de colonos. Con la extinción de tantas familias ilustres, los latifundios, que desde hacía tiempo "habían hundido a Italia", debieron de concentrarse cada vez más. Nadie niega que esto fuera una gran calamidad y la dependencia en que está Italia de las flotas africanas lo prueba de modo suficiente. Tampoco los propietarios eran siempre felices; mirados con recelo por el gobierno, cargados de obligaciones honoríficas, requeridos para acuartelamientos,[124] enredados acaso por una gestión financiera embrollada, sólo en medida limitada disfrutaban de su posición casi principesca. Pero quien tuviera la suerte de poderla gozar encontraría gran placer en sus residencias campestres, que cambiaban con las estaciones del año, y de las que las más antiguas recordarían las bellezas de las villas de Plinio. Comenzando a contar por las inmediaciones de Roma, Símaco poseía residencias campestres en la vía Apia y en el Vaticano, en Ostia, Preneste, Lavinia y el fresco Tibur, otra residencia en Formia, una casa en Capua y fincas en Samnio, Apulia y hasta en Mauritania. En un rosario semejante no habrían de faltar posesiones en las costas paradisíacas de Nápoles. Pero desde siempre los romanos prefirieron el golfo de Baia, en forma incomprensible para nosotros; era un delicioso viaje de placer navegar desde el lago avérnico sobre pintadas barcas hasta llegar al mar, en Puteoli; en la sosegada navegación resonaban las canciones de las barcas y el rumor de la algazara que procedía de las villas al borde del mar y, un poco más lejos, la animación de bravos nadadores.[125] El lujo de Lúculo es el modelo de este estilo de vida y la pretendida soledad[126] tras cuya busca se iba no parecía demasiado bien servida en este mirador de villas y

[123] *Symmachi Ep.* VI, 67, 79.
[124] Cf. *Symmachi Epp.* I, 5, 10; II, 53; VII, 66; IX, 40, 48.
[125] Symmachus VIII, 3, hace para sí mismo una deliberada excepción.
[126] *Symmachi Ep.* I, 8. *Campania... ubi alte turbis quiescitur...; Lucrina tacita... Bauli magnum silentes...* Todavía Statius (*Sylvae* V, 85) elogia a Nápoles por su tranquilidad.

palacios de una extensión de varias millas y mejor encontraremos la auténtica vida rústica romana en las fincas dedicadas expresamente a la explotación egrícola. En ellas celebraba el romano sus fiestas de otoño; "ya se ha obtenido el mosto y confiado a las vasijas; escalas conducen hasta la copa de los árboles frutales; ahora se prensa la oliva; entre tanto, el afán cazador persigue la caza mayor y perros de finísimo olfato siguen las huellas del jabalí".[127] Por lo que se refiere a la caza, que según todas las presunciones debió de ser excelente, opina Amiano que la blandura de muchos se contenta con el puro mirar,[128] pero para los que estaban en posesión de sus fuerzas la caza con todos sus rigores representaría un asunto tan vital como lo es hoy para el italiano. También en cuestiones cinegéticas se prefería el poema al libro dividido en parágrafos; así como las "geórgicas" trataban artísticamente los temas rústicos, las "cinegéticas" y las "halíeuticas", que llegan en parte hasta el siglo cuarto, celebraban la caza y la pesca. Unos cuantos versos de Rufo Festo Avieno,[129] de fines del siglo cuarto, nos ofrecen por última vez la inspiración que animaba la vida campestre del pagano romano. "Al romper el alba dirijo mi oración a los dioses, en seguida voy a visitar a los siervos y les distribuyo la faena del día. Hecho esto, me pongo a leer e invoco a Febo y a las Musas hasta que llega el momento de untarme de aceite y marchar a hacer ejercicio a la palestra, cubierta de arena. Alegremente, lejos de los negocios de dinero, como, bebo, canto, juego, me baño y reposo después de la cena. Mientras el pequeño candil va consumiendo su modesta provisión de aceite, sean estas líneas consagradas a las Camenas nocturnas."

Pocos habría que supieran gozar sin preocupaciones desde que la miseria del Imperio, la fe en los demonios y la ansiedad por el más allá habían conmovido tan profundamente a los paganos. Se iba apagando aquella peculiar concepción del mundo que había con-

[127] *Symmachi Ep.* III, 33.

[128] Los nobles de Roma se van al campo *alienis laborius venaturi,* XXVIII, 4, § 18.

[129] En Wernsdorf, *Poetae lat. min.* V; II, *Ad amicos de agro.*

ciliado un epicureísmo noble con el estoicismo y había logrado que los mejores configuraran la vida terrena en un todo digno y amable. Todavía un eco tardío, de la época de Constantino, se encuentra, por ejemplo, en el pequeño poema de Pentadio[130] "sobre la vida beata". Pero son puras reminiscencias de Horacio, que no vamos a repetir aquí por lo mismo que no sabemos si el autor las tomaba en serio.

Había aún una ciudad en el viejo Imperio que acaso no es nombrada nunca en tiempos de Constantino y por cuya vida y perduración tenemos que preguntarnos, sin embargo, con el mayor interés.

Atenas, conmovida ya en su existencia desde las guerras del Peloponeso, a partir de la conquista de Sila se había ido despoblando y reduciéndose[131] cada vez más. Pero la vieja fama de la ciudad, la vida fácil, agradable, los magníficos monumentos, el respeto por los misterios áticos y la conciencia que el mundo helénico tenía de todo lo que debía a Atenas, atrajo siempre a toda una serie de gente libre y culta; acudieron filósofos y retóricos, seguidos de numerosos discípulos. Desde Adriano —el nuevo fundador de Atenas, como le apellidó el agradecimiento—, los centros de estudio cobraron proporciones de universidad, que fué asegurada con una dotación imperial y se convirtió en la fuente de vida más importante de la empobrecida ciudad.[132]

Quien en esta época tardía conservara todavía la inspiración antigua tenía que amar sobre todo a los atenienses. Luciano[133] hace hablar en forma bella y conmovedora a su Nigrino sobre este pueblo del que son prendas inseparables la filosofía y la pobreza, y que no se avergüenza de esta última sino que se siente rico y feliz en su libertad, en su vida moderada y en su dorada ociosidad. "Reinaba allí un clima completamente filosófico, lo más bello para hombres que piensan bellamente; quien busque lujo, poder, adulación, men-

130 En Wernsdorf I, cap. III.

131 *Vacuas Athenas*, decía ya Horacio. *Epist.* II, 2, 81.

132 Para más detalles, la famosa disertación de Schlosser en el primer volumen del *Archivo de Schlosser - Bercht.*

133 *Luciani Nigrin*, cap. 12.

tira y servilismo, que vaya a Roma." Pero no es sólo el sirio de Samosata, que tan pocas cosas toma en serio, sino un Alcifrón,[134] un Máximo de Tiro, un Libanio de Antioquía y otros que acudieron después los que se entusiasman al hablar de los atenienses, aunque no sabemos si se piensa más bien en la vieja Atenas de los tiempos de oro o si las virtudes de ella se encuentran realmente todavía en la población de entonces o se las da por supuestas. Libanio dice, por ejemplo, acerca del perdón de las ofensas que se pudieran vengar que es digna "de los griegos, de los atenienses, de los hombres semejantes a los dioses". Heliodoro, el emesenio, hace escribir a una ateniense, prisionera de los bandidos egipcios: "El amor bárbaro no vale siquiera el odio ateniense." [135] Estos paganos de última hora, que no se encontraban a bien ni con el régimen político romano ni con la iglesia cristiana, se apegan con verdadera ternura a los lugares consagrados de la vieja vida helénica. Se considera dichoso quien puede vivir su vida en este ambiente.

Pero los estudios por cuya razón se agrupaban en Atenas sofistas y discípulos llevan demasiado visible la marca de la época. Así como Filostrato y Gelio son fuentes abundantes para informarnos de las escuelas de Atenas en la primera época imperial, lo mismo ocurre con Libanio[136] y Eunapio[137] en lo que respecta al siglo cuarto y no se puede decir que hubieran mejorado desde entonces. La importancia que se da a la formación retórica, y la hinchazón y la mística de los neoplatónicos, la vanidad de los docentes y el partidismo de sus secuaces, todo esto sazona la vida tranquila de Atenas con un desasosiego y unas pugnas muy particulares. Ya la recepción de los estudiantes es cosa que pone en peligro la vida; en el Pireo, cuando ya no en las laderas de Sunium, había gente apostada para com-

[134] Alcifrón es considerado ahora como un coetáneo más joven de Luciano. Brotes de entusiasmo, en *Ep.* II, 3; III, 51. La época fingida es la macedónica.

[135] Heliodor. *Aethiop.* II, 10.

[136] *Liban. opera*, ed. Reiske, vol. I. Περὶ τῆς ἑαυτοῦ τύχης.

[137] Especialmente en las biografías de Juliano de Capadocia, de Proeresio y de Libanio.

prometer al estudiante en favor de este o de aquel auditorio (*didaskaleion*) y para obligarle a desdecirse, mediante amenazas, de la decisión adoptada en casa; algunos profesores aparecían de pronto en el puerto para asegurarse su botín. Si se había llegado felizmente a Atenas, acaso bajo la protección del capitán de la nave, pronto se daba uno de bruces con la agitada situación de la ciudad; no pocas veces había hasta asesinatos, con los correspondientes procesos criminales, y todo por la competencia entre los maestros. El paisanaje jugaba un gran papel en estos asuntos; cuando Eunapio estudiaba en Atenas, los orientales mostraban su preferencia por Epifanio, los árabes por Diofanto, las gentes del Ponto por su paisano Proeresio, semejante a los dioses, al cual seguían también muchos del Asia Menor, de Egipto y de Libia. Pero uno no quedaba atado y, además, el trasiego de escuela a escuela mantenía encendidas las hostilidades. La grey estudiantil se hallaba dividida en "coros" armados, con "prostatas" a la cabeza; sus sangrientas escaramuzas les parecían "tan dignas como el pelear por la patria". Las cosas llegaron a tales extremos que dos partidos, con docentes y oyentes, tuvieron que marchar a Corinto para responder ante el procónsul de Acaya, en cuya presencia se desarrolló una verdadera y solemne porfía retórica, tanto más oportuna cuanto que el funcionario era "lo bastante culto para ser un romano".[138] No había ninguna clase de colegialidad. Hacía tiempo que los estudiantes no se atrevían a presentarse en los teatros y otros edificios públicos, para no provocar tumultos sangrientos; los sofistas de buena posición se construían ellos mismos pequeños teatros domésticos. Eunapio nos describe la habitación de Juliano, arreglada a estos efectos: "Una casa pequeña, modesta, pero se respiraba a Hermes y las Musas, que tal era su aspecto de santuario, con las efigies de los amigos del dueño; el teatro era cuadrado, imitación en pequeño de los teatros públicos." Pero quien fuera tan pobre como Proeresio, que en un principio compartía con su amigo

[138] Los sofistas seguramente no notaban siempre la ironía con que procedían algunos procónsules. Un ejemplo, probablemente, en *Vita Proäresii vet. ed.* pp. 139 *s.*

Hefestio la propiedad de un vestido, un manto y unos cuantos sarapes, se las arreglaba como podía.

En los "coros" de estudiantes reinaban viejos abusos. A su llegada, los novatos eran obligados, bajo fe de juramento, a dar una recepción brillante y a aportar otras contribuciones permanentes que no pocas veces les forzaban a entrar en tratos con los usureros. Durante el día, se jugaba mucho a la pelota; por la noche se deambulaba por las calles y se prestaba oídos a las sirenas de dulce canto; algunos hasta entraban a saco en casas indefensas.[139] Cuando Libanio se pudo librar, no sin esfuerzo, de estos compromisos, se contentó con excursiones pacíficas, sobre todo a Corinto. Probablemente muchos visitarían los juegos olímpicos, ísmicos y otros, que en tiempos de Filostrato y todavía entonces gozaban de gran prestigio. Pero lo más alto que un celoso pagano de Atenas podía conocer eran las consagraciones de Eleusis.

Toda esta vida afanosa se agitaba entre los monumentos más excelsos del mundo, en los que la forma más noble y los recuerdos históricos más grandes concurrían para producir una impresión inefable. No sabemos lo que estas obras dirían todavía a los sofistas del siglo cuarto y a sus discípulos.[140] Era la época en la que se iban apagando poco a poco, uno tras otro, todos los intereses vitales del espíritu griego, que iba desembocando en una dialéctica conceptista y en la recopilación muerta. Con su venerable y acaso intacto señorío, el Partenón de Palas Atenea y los Propileos seguían dominando la ciudad; a pesar de la irrupción de los godos en tiempos de Decio y de los saqueos en los de Constantino, se conservaba la mayor parte de aquello que en el siglo segundo había visto y descrito Pausanias. Pero ni la armonía pura de las formas arquitectónicas ni la libre grandeza de las estatuas de los dioses hablaban ya con bastante claridad al espíritu de la época.

[139] Posiblemente se puede comparar con esto la vida universitaria, tristemente célebre, de Padua en el siglo diecisiete.

[140] Sobre Atenas alrededor del año 400 cf. *Synesi Epistolae* 54 (p. 190) y 135 (p. 272). En esta época se produjo una completa decadencia de las escuelas.

El siglo había arrancado con el intento de buscar un nuevo hogar para sus ideas y sus sentimientos. Para los cristianos piadosos existía ya esta patria terrena y celestial: Palestina.

No queremos repetir lo que nos cuentan Eusebio, Sócrates, Sozomeno y otros acerca del embellecimiento oficial de la comarca por manos de Constantino y Elena, acerca de las magníficas iglesias de Jerusalén,[141] Belén, Mamre, sobre el Monte de los Olivos, etc. Un motivo completamente exterior movió a Constantino a estos dispendios; a lo más que llegaba en la veneración de objetos sagrados era a una especie de fe en los amuletos, y por eso mandó convertir los clavos de la cruz en bocado de caballo y en casco militar que le habrían de servir en la guerra.[142]

Pero en numerosos creyentes se despertó, irresistible, el afán natural por conocer en persona los santos lugares. Es cierto que el hombre espiritual puede prescindir de tales peregrinaciones, que enajenan en parte lo santo y hasta parecen "vincularlo al terruño". Sin embargo, si no es demasiado rudo, visitará por lo menos una vez aquellos lugares consagrados por los recuerdos del amor o de la piedad. Al correr del tiempo, cuando un asunto del corazón se ha convertido en costumbre, el sentimiento de los peregrinos fácilmente tomará el aspecto de una supersticiosa santidad de las obras, pero nada quiere decir esto en contra de la belleza y pureza de los orígenes.

Ya desde los tiempos apostólicos debieron de sentirse las pisadas de piadosos peregrinos en los lugares de Palestina donde anidaban los recuerdos de la vieja alianza entre Dios y los hombres en una trabazón tan conmovedora con la nueva. Acaso la primera peregrinación larga[143] fué la del obispo de Capadocia, Alejandro, quien visitó en

[141] Bastará con indicar la excelente monografía de T. Tobler *Golgatha,* que junto con la obra *Bethlehem* del mismo autor resuelve una serie de cuestiones arqueológias.

[142] Sócrates I, 17. Sozom. II, 1. La discusión sobre el momento de la Invención de la Santa Cruz (que se cita por primera vez por los autores que refundieron las obras de Euseb.) se encuentra, por ejemplo, en Sybel y Gildemeister: *Der heilige Rock von Trier,* seg. ed., pp. 15 *ss.*

[143] Euseb., *Hist. eccl.* VI, 11.

tiempos de Caracalla a Jerusalén —entonces Aelia Capitolina— "por razón de la oración y de la historia del lugar". También acudió Orígenes para seguir las huellas de Cristo, los apóstoles y los profetas. Pero en tiempos de Constantino el afán por visitar Palestina coincide de manera muy clara con el culto creciente de los sepulcros de los mártires y de las reliquias.[144] Jerusalén es como la reliquia mayor y más santa, a la que, durante varios días de camino, se le junta toda una serie de lugares sagrados de primer rango. Del librito de estaciones de un peregrino de Burdeos,[145] que visitó los santos lugares en el año 333, se puede colegir cómo ya por entonces la leyenda sagrada, y acaso también la especulación, habían poblado todo el país de lugares clásicos de cuya autenticidad tampoco dudó la Edad Media. Se enseñaba la cámara en la cual Salomón escribió el libro de la sabiduría, las manchas de sangre del sacerdote Zacarías en el suelo del antiguo templo, la casa de Caifás y la de Pilatos, el árbol sicomoro de Zaqueo y otras muchas cosas que pueden provocar la burla de la crítica histórica. Unos cuantos años más tarde, al describir San Jerónimo el viaje de Paula[146] enumera mucho más circunstancialmente los lugares sagrados desde Dan hasta Berseba. El mismo, por lo demás tan desconfiado en cuestión de reliquias, se ha afincado en Belén para el resto de sus días, siguiéndole todos los que de él dependen. A fines del siglo cuarto Jerusalén y sus alrededores están poblados de una gran colonia de gente piadosa que, procedente de todos los rincones del Imperio, vive en una profunda renuncia;[147] "hay casi tantos salmódicos coros como naciones diferentes". Había occidentales de alto rango y gran riqueza, que lo habían abandonado todo para vivir el resto de sus días con una alma pura, como no po-

[144] Hieronym., *Contra Vigilantium* I, p. 390, es muy instructivo en este sentido. Bajo Constancio se creía estar en poder de las verdaderas reliquias de Andrés, Lucas y Timoteo, y las mandó llevar a Constantinopla. Bajo Arcadio los restos de Samuel son trasladados de Judea a Tracia.

[145] *Itinerarium Hierosolymitanum*, entre otros en la ed. del *Itinerar. Antonini* de Parthey y Pinder.

[146] Hieron., *Ep.* CVIII, 8 *s. Ad. Eustochium.*

[147] Cf. *Epp.* XLVI, LVIII, LXXVI, CVIII, CXXIX, CXLVII y otras.

dían hacerlo en ningún otro lugar. Quien por las circunstancias no podía tomar esta decisión, se consumía por dentro; San Jerónimo escribió más de una epístola para tranquilizar a estas gentes y decirles que la salud eterna no depende de la visita a Jerusalén.

Pero tampoco esta envidiada existencia era ideal. Prescindiendo del peligro exterior que significaban los bandidos sarracenos, que llegaban hasta las puertas de Jerusalén, el paganismo se sostenía con una desesperada obstinación en las proximidades, en la Arabia Pétrea, en Celesiria; además, la demonología, de largo tiempo arraigada en Palestina, resurgió en forma más violenta que nunca. Ya conocimos a San Hilarión como exorcista de demonios; el mismo San Jerónimo nos conduce a los sepulcros de los profetas, no lejos de Samaria, donde toda una muchedumbre de posesos esperaba la curación; desde lejos se oían sus gritos, como aullidos de animales diferentes. Son como los espíritus perdidos que vagan en este campo de batalla de todas las religiones, el país comprendido entre el Jordán, el desierto y el mar.

Una sorprendente coyuntura ha querido que lo que Constantino hizo por Palestina repercutiera histórico-universalmente durante muchos siglos. Sin el esplendor que extendió sobre Jerusalén y los alrededores la devoción del mundo romano y, consecuentemente, de la Edad Media no se hubiera apegado con tanto ardor a estos lugares ni los hubiera liberado después de conocer quinientos años de servidumbre bajo el Islam.

ADICIONES Y RECTIFICACIONES

A la página 51. Olvidamos señalar en esta ocasión que los alrededores de las termas de Diocleciano forman parte, en la época actual, de los barrios más animados de Roma.

A la página 262. En la literatura romana tardía despierta a menudo un gran afán por la descripción justa, y así tenemos retratos realistas minuciosos, sólo que en palabras. Cf. por ejemplo, Sidon. Apolinar. *Epist.* I, 2; III, 13; IV, 20.

A la página 266. Con ocasión de las descripciones de paisaje hay que recordar la obra de H. Motz: *Ueber die Empfindung der Naturschönheit bei den Alten* (Leipzig, Hirzel, 1865), que aúna un conocimiento riquísimo de las fuentes con un sentimiento profundo y refinado para el tema.

A la página 310. La hipótesis de que las palabras en cuestión de la inscripción, en lugar de INSTINCTV. DIVINITATIS se leían antes NVTV. IOVIS O. M. procede de Borghesi. Cierto que recientemente se ha puesto en duda este cambio (Rossi en el *Bullettino di Archeologia cristiana,* 1863, p. 57) y se sostiene la originalidad de las palabras INST. DIV. Pero el último comentador (Schultz en el *Zeitschrift fur Kirchengesch.*, de Brieger, vol. III, 1879, p. 294) está convencido, sin embargo, que existe una corrección, puesto que han sido juntadas en ambos frontispicios en forma irregular y que se desvía de modo visible de las restantes partes de la inscripción; pero confiesa, también, que no se puede demostrar este supuesto.

A la página 332. "El primer emperador que amnistió en masa a cristianos condenados, Cómodo, fué un celoso adorador de Mitra" (Zahn, *Constantin und die Kirche,* p. 10.)

A las páginas 332-33. En el tan ilustrativo ensayò de Brieger: *Constantin der Grosse als Religionspolitiker (Z. f.* K. G. IV, cuaderno II, Gotha 1880) encontramos en las páginas 176 y 180 una recapitulación referente a las monedas con reverso pagano y las (de los últimos años) que llevan el monograma cristiano. La frecuencia mucho mayor de las monedas con el reverso citado por mí en el texto, parece indicar que siguió hasta la muerte del emperador.

A las páginas 333-34. Acerca del monograma cuyas dos formas son sin duda de significación cristiana y probablemente anteriores a Constantino, cf. la explicación de Brieger, pp. 194 *ss.*

A la página 334. La estatua de Constantino no tendría, como se dice en el texto, el *labarum* sino una cruz, según las palabras de Eusebio, cosa que me parece, como a Brieger (200), poco verosímil para aquel momento.

A la página 336. Al señalar el contenido del edicto del año 324 debí haber destacado (como lo veo en Brieger) que, junto a todas las expresiones de desprecio, se ordena expresamente la tolerancia del paganismo. Constan-

tino quiere una especie de paridad que, en la realidad, tenía que ceder en favor del cristianismo. Pero no quiere precisarla demasiado y, por otra parte, resulta difícil captarla en forma de principio. Con este motivo séannos permitidas unas palabras en torno al hecho histórico de Constantino en su conjunto. Osó una de las cosas más atrevidas que se puedan imaginar y ante la cual más de un emperador acaso había retrocedido: desvincular al Imperio de la vieja religión, que en su estado de disolución ya no ofrecía ayuda alguna para el poder estatal, a pesar del obligado culto oficial. Esto presupone que ya en su juventud, y antes de la persecución, se hizo una idea clara acerca de la iglesia cristiana. A pesar de la pequeña minoría que representaba frente a todo el mundo pagano, constituía —prescindiendo del ejército— la única fuerza organizada del Imperio, mientras que todo lo demás era polvo. El haber adivinado en esta fuerza un apoyo futuro para el Imperio y haberla tratado de este modo constituye la gloria eterna de Constantino. Junto a una inteligencia superior y fría, junto a una total independencia interior de toda sensibilidad cristiana, era menester también una decisión extraordinaria y un sentido político enorme; Constantino, lo mismo que Enrique VIII de Inglaterra, supo adaptar cada una de sus medidas a las corrientes imperantes y hasta el fin de sus días veía la situación lo bastante clara para ofrecer al paganismo, al mismo tiempo, resistencia y un poco de favor.

A las páginas 367 ss. Toda la concepción acerca del desarrollo efectivo y cronológico del monacato ha sido modificada considerablemente no ha mucho por la obra de Weingarten, *Der Ursprung des Mönchthums in nachconstantinischen Zeitalter*, Jena 1877, donde se señala a la *Vita Pauli* como una novela de San Jerónimo, a la *Vita Antonii* como no procedente de Atanasio, además de otros numerosos resultados críticos. Si a pesar de esto no modifico esencialmente mi exposición, me justifico teniendo en cuenta que esas ficciones —caso de que lo sean— tuvieron que ser fingidas con el espíritu de aquellos tiempos y comarcas y, por lo tanto, pueden pretender una verdad histórico-cultural. (En lo que se refiere a la persona de Antonio creo muy posible la unión del ascetismo más extremado con una formación teológica y filosófica anterior.) Por otra parte, creo que el anacoretismo tiene mucha mayor importancia, como etapa previa del cenobitismo, de lo que da a entender el autor. Además, la demostración *ex silentio* aplicada a Eusebio y a otros obispos (que apreciaban poco el monacato y tenían que hablar de cosas que les parecerían mucho más importantes) me parece un poco peligrosa. Finalmente, considero al ascetismo en general y hasta en sus grados más terribles como una consecuencia posible de la doctrina y la visión cristianas rigurosas. No niego que esos sorprendentes *reclusi* del templo de Serapis pervivan en los *reclusi* de los tiempos cristianos, pero estos últimos han sido casos raros y un *reclusus* y un eremita libre —viva con todo el rigor que se quiera— son cosas mucho más diferentes de lo que supone el autor, p. 44.

INDICE DE ILUSTRACIONES

Frente a la pág.

INDICE GENERAL

SECCION TERCERA

SECCION CUARTA

SECCION QUINTA

SECCION SEXTA

SECCION SEPTIMA

SECCION OCTAVA

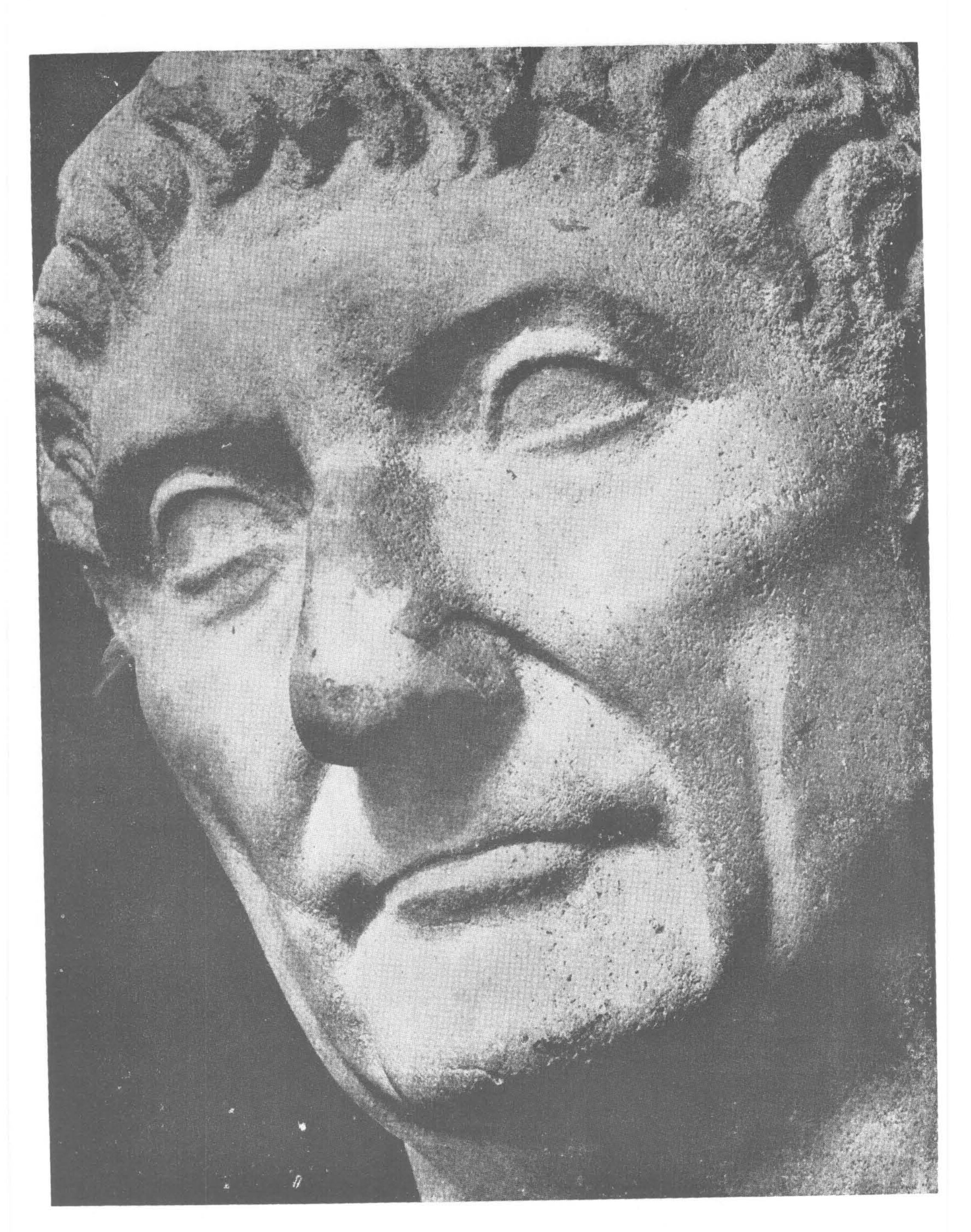
SECCION NOVENA

SECCION DECIMA

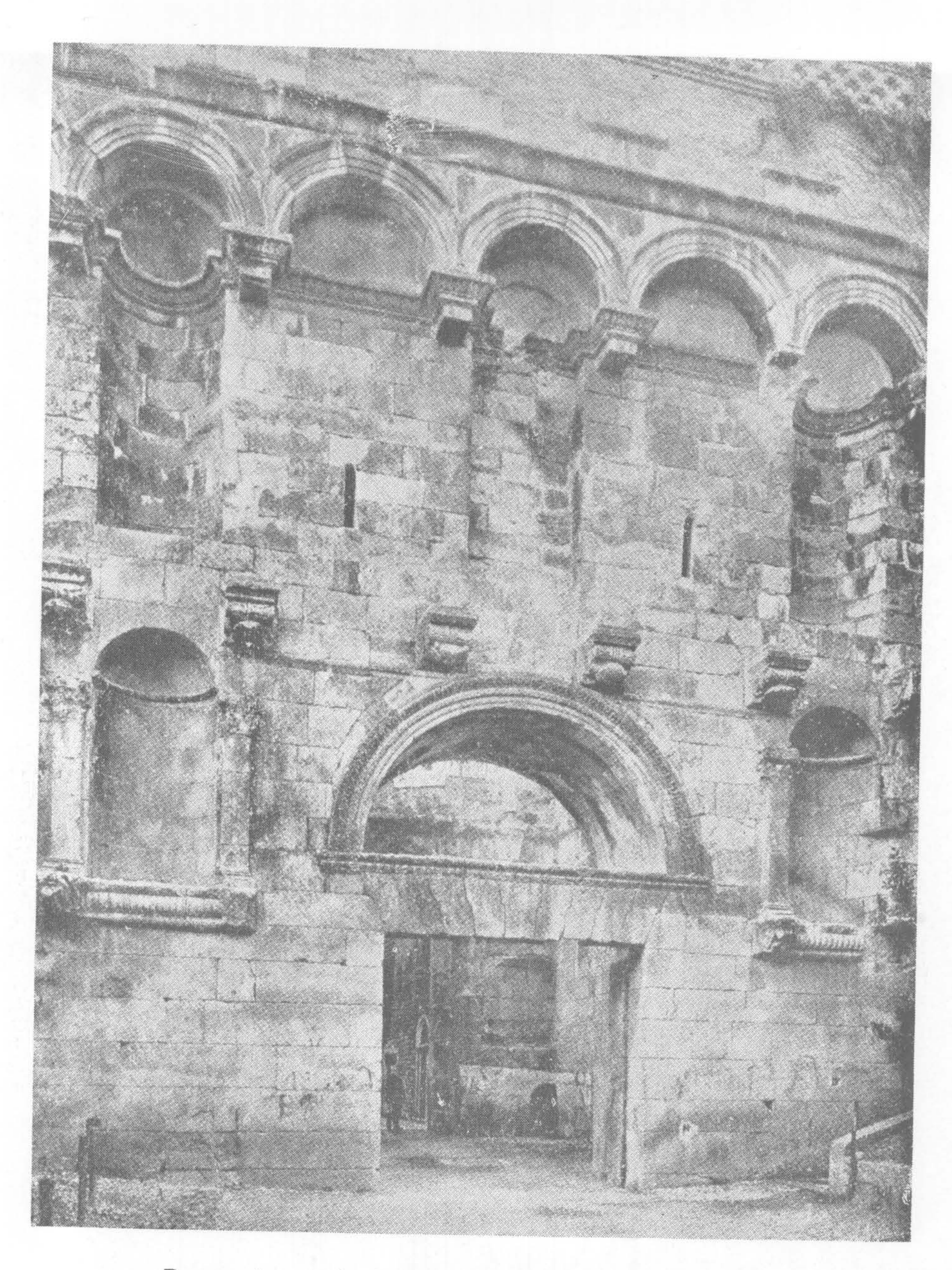
Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de julio de 1996 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F.
Se tiraron 3 300 ejemplares.

Colecciones del FCE

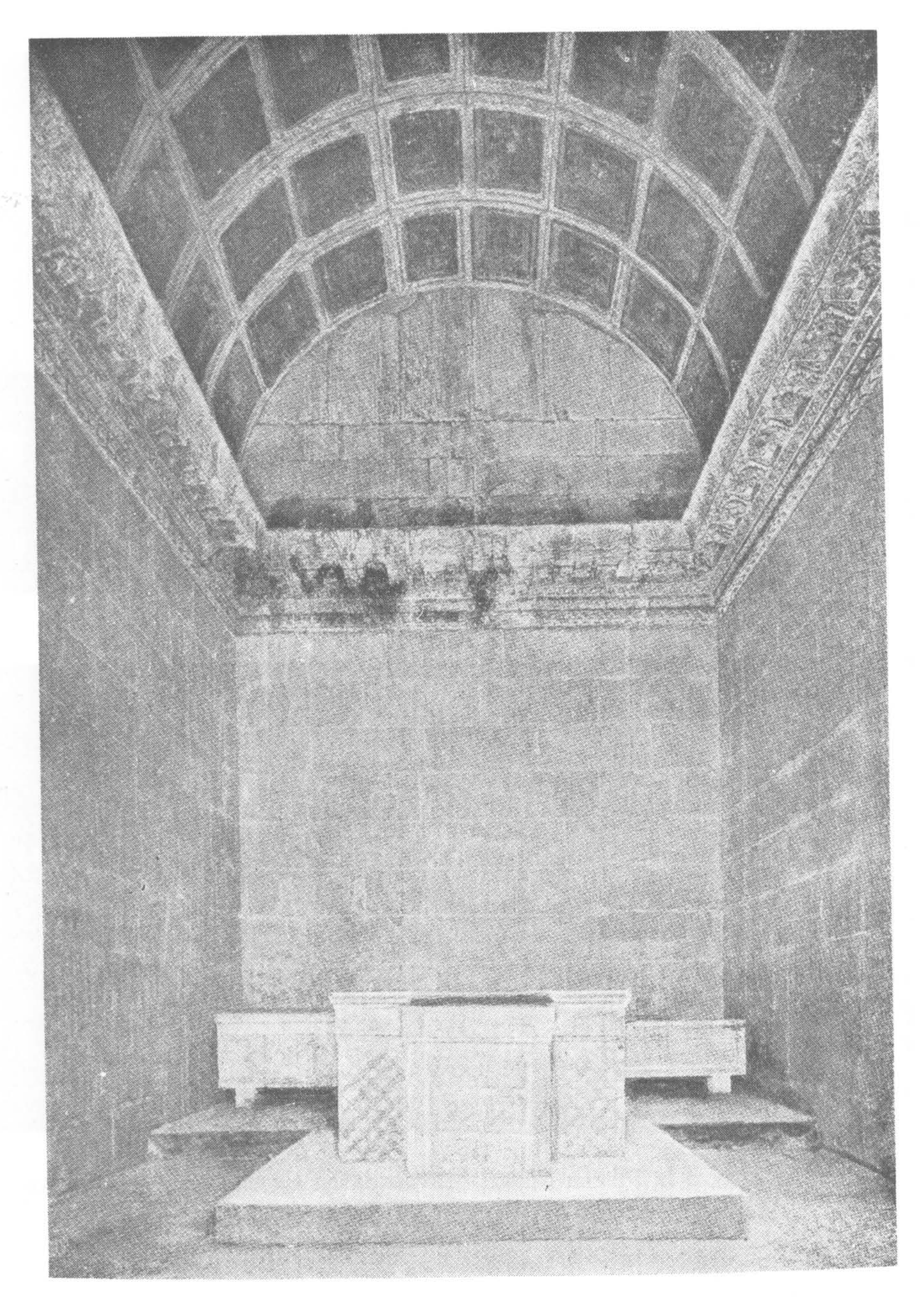
Economía
Sociología
Historia
Filosofía
Antropología
Política y Derecho
Tierra Firme
Psicología, Psiquiatría y Psicoanálisis
Ciencia y Tecnología
Lengua y Estudios Literarios
La Gaceta del FCE
Letras Mexicanas
Breviarios
Colección Popular
Arte Universal
Tezontle
Clásicos de la Historia de México
La Industria Paraestatal en México
Colección Puebla
Educación
Administración Pública
Cuadernos de La Gaceta
Río de Luz



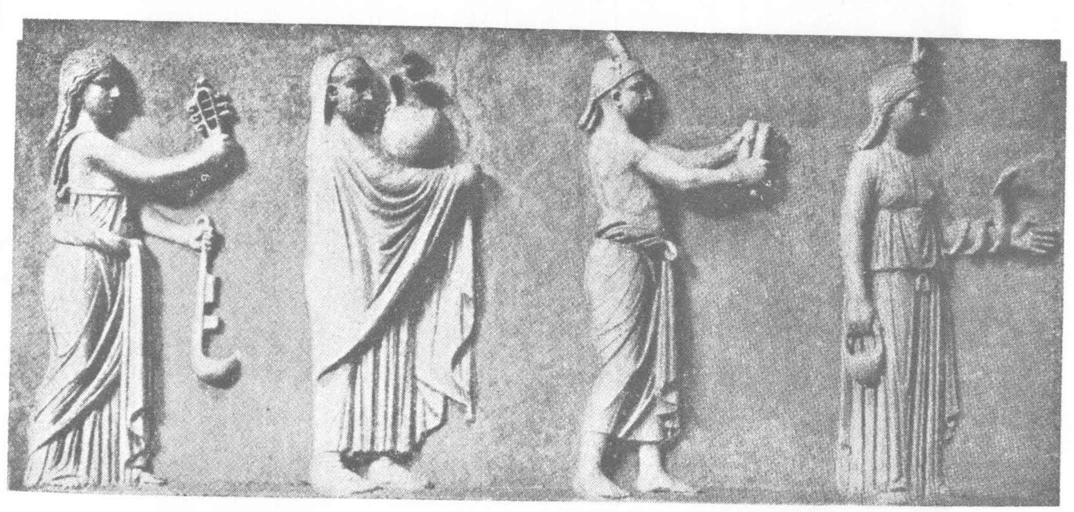
Diocleciano



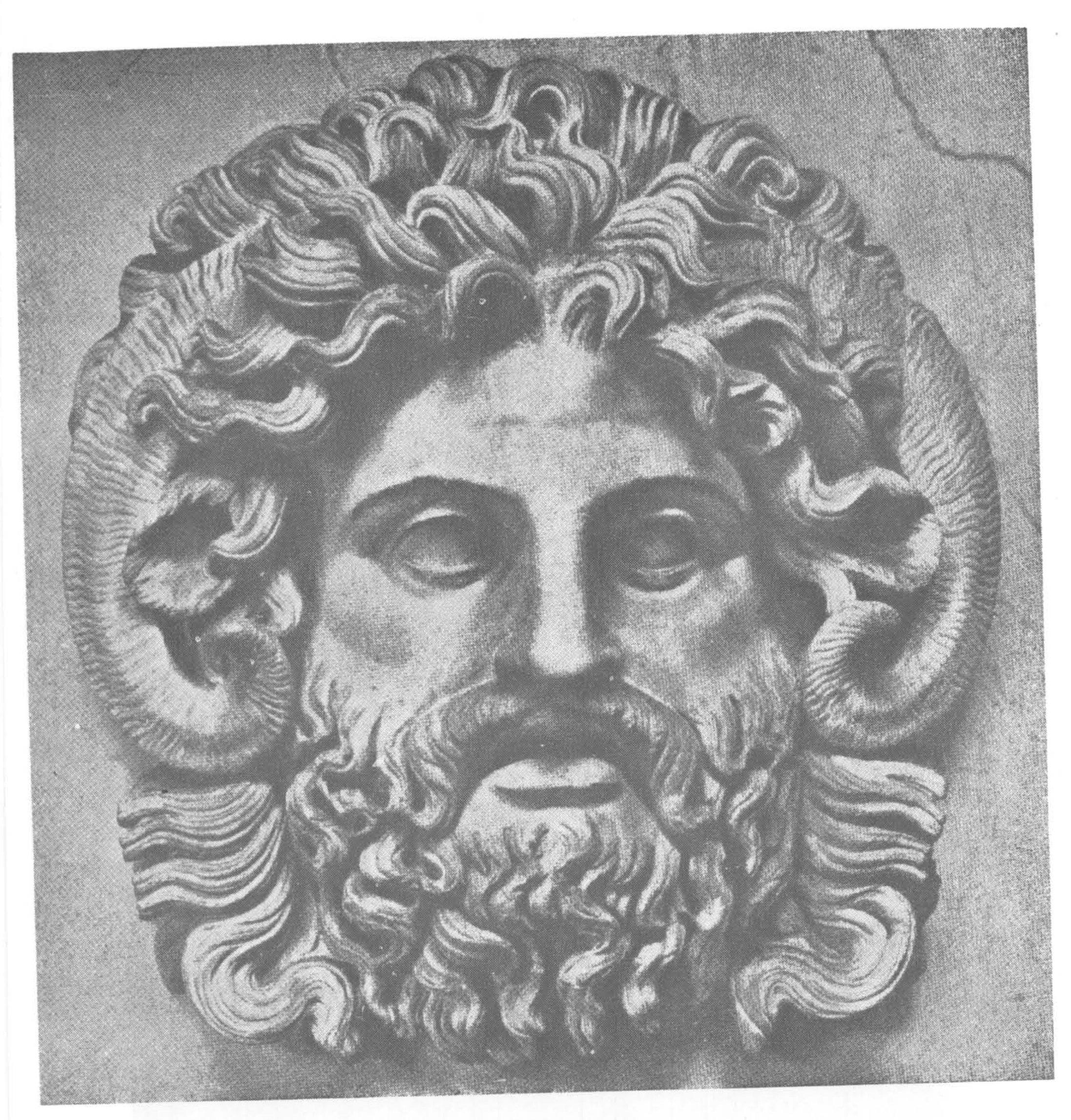
Puerta Aurea del Palacio de Diocleciano en Espalato



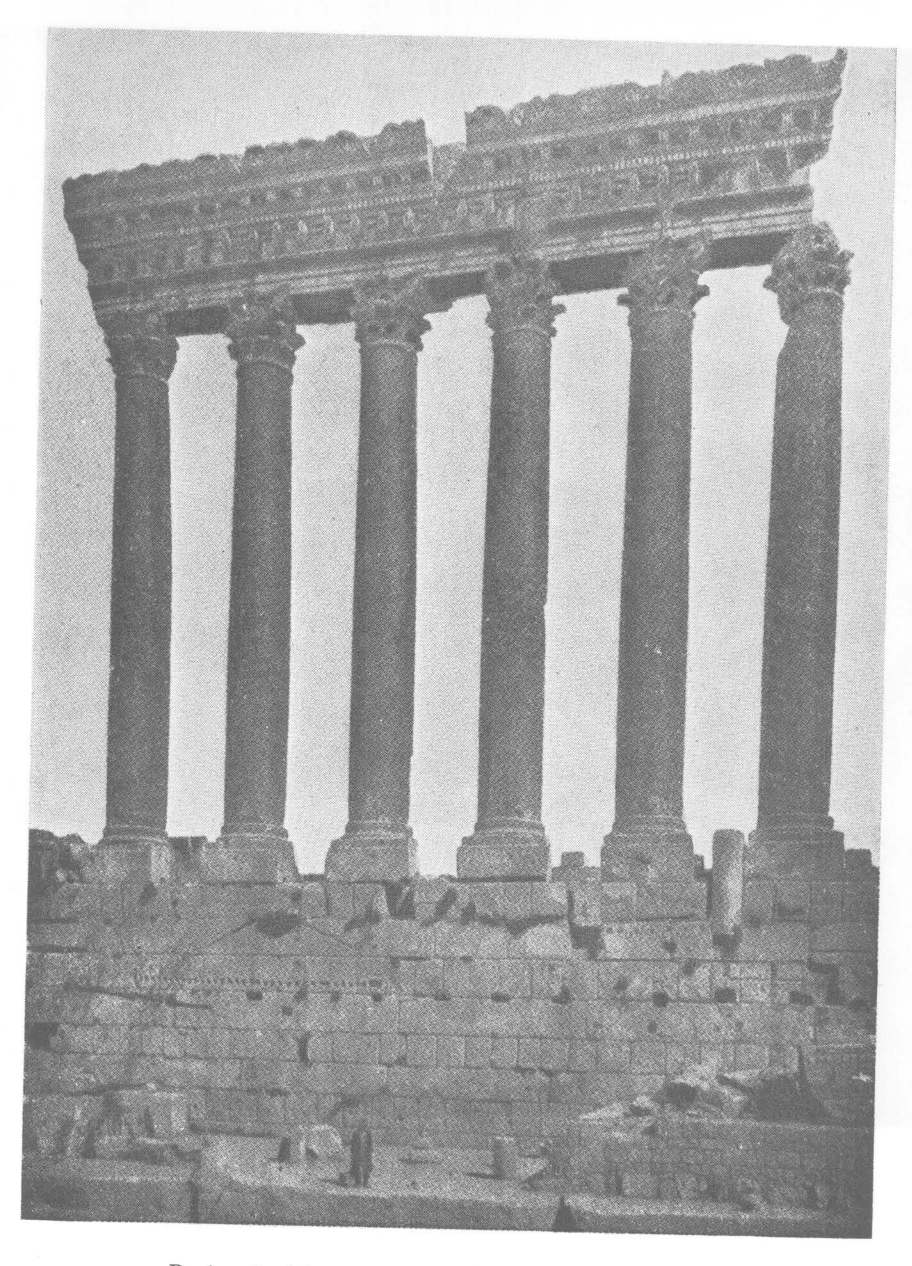
Interior del templo de Júpiter en el Palacio de Diocleciano (Espalato)



Arriba: Atargatis, o la Magna Mater, convertida en Cibeles por los romanos
Abajo: Hieródulos de Isis, con los adminículos sagrados



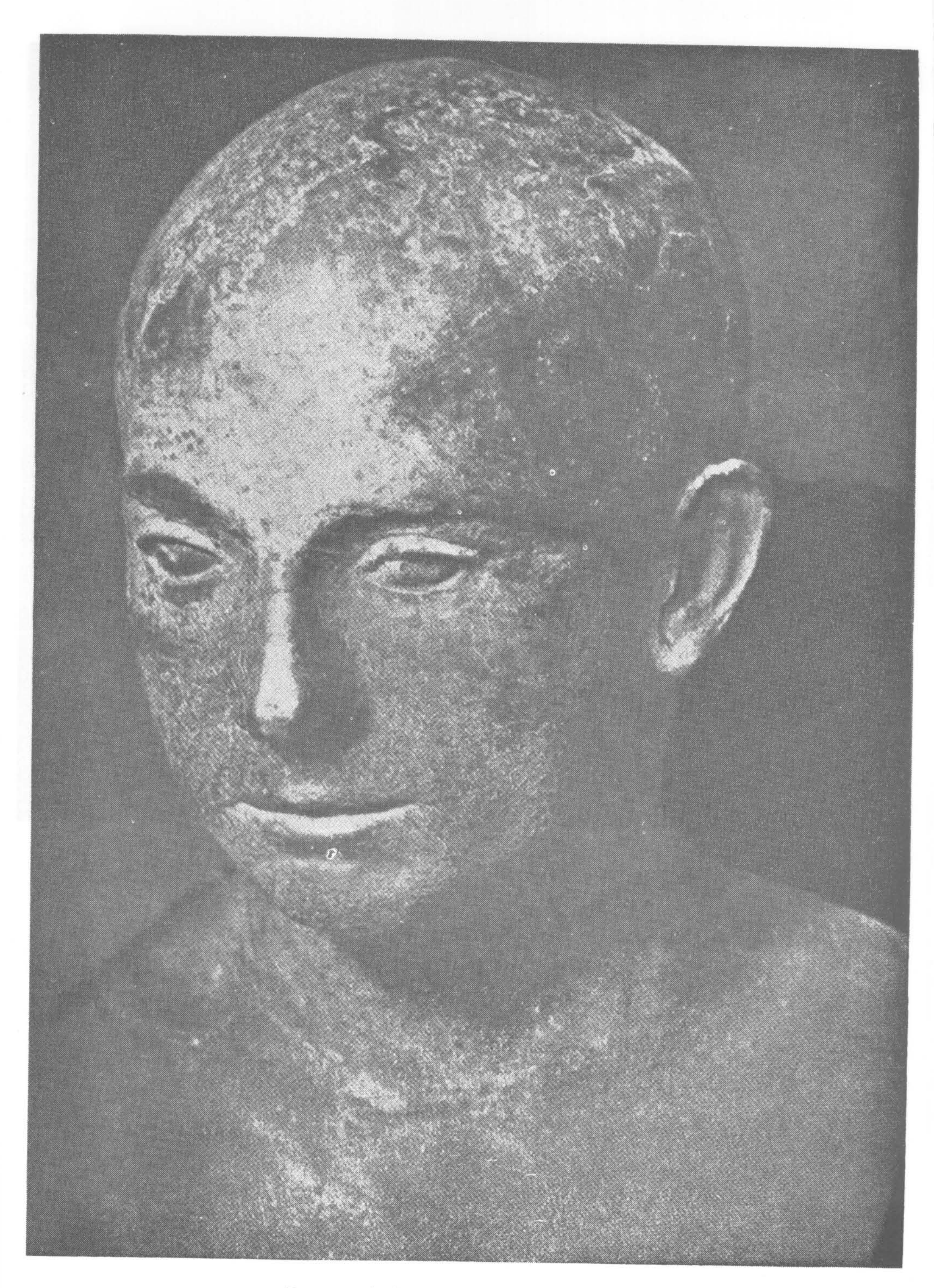
Cabeza de Júpiter Ammon



Perístasis del gran templo de Júpiter en Baalbek



Isis, Cronos y Anubis



Devoto de Isis, con la cabeza afeitada



Arriba: Atys asexuado, recostado sobre la cabeza de Cronos
Abajo: El mito solar de Mitra

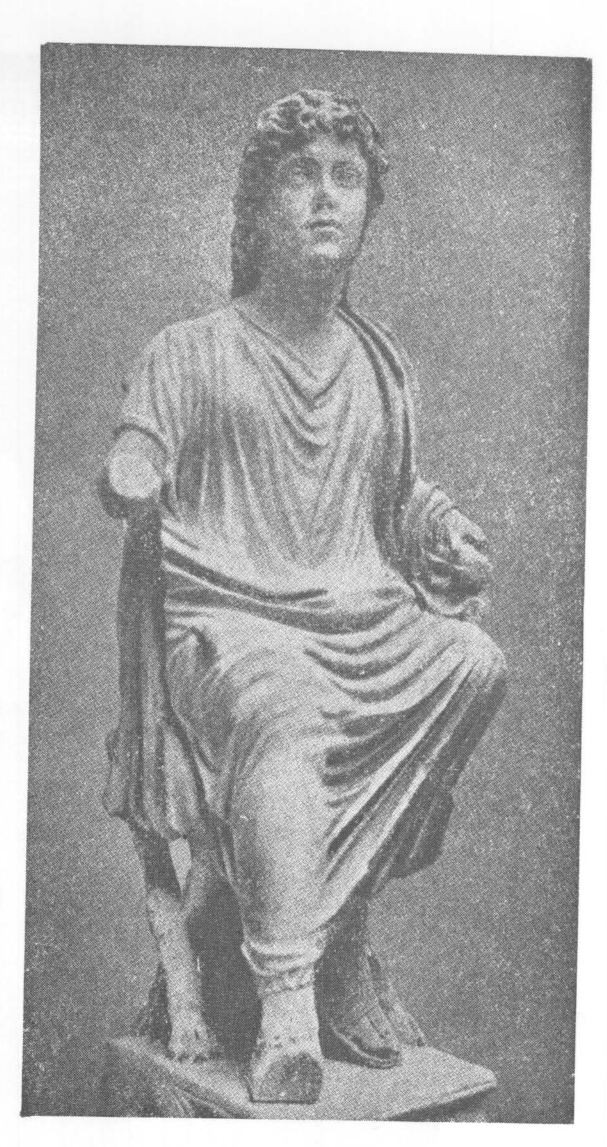


Arriba: Ofertorio a Baco ante el ara en que está el ídolo fálico
Abajo: Instrucción en los ritos báquicos

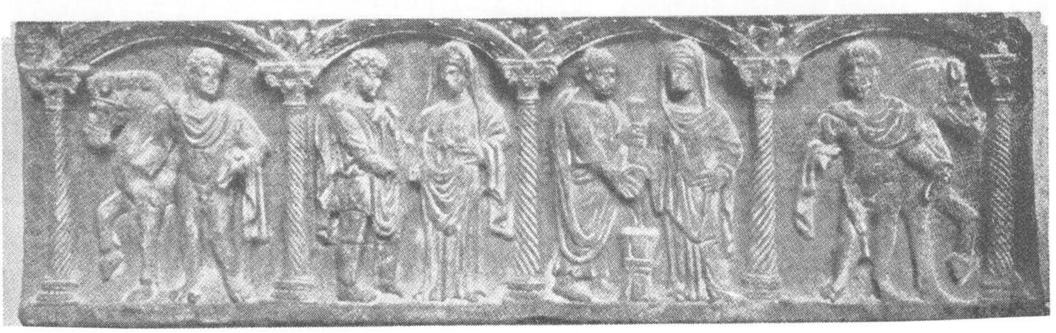


Iniciación en los misterios dionisíacos (Pompeya)

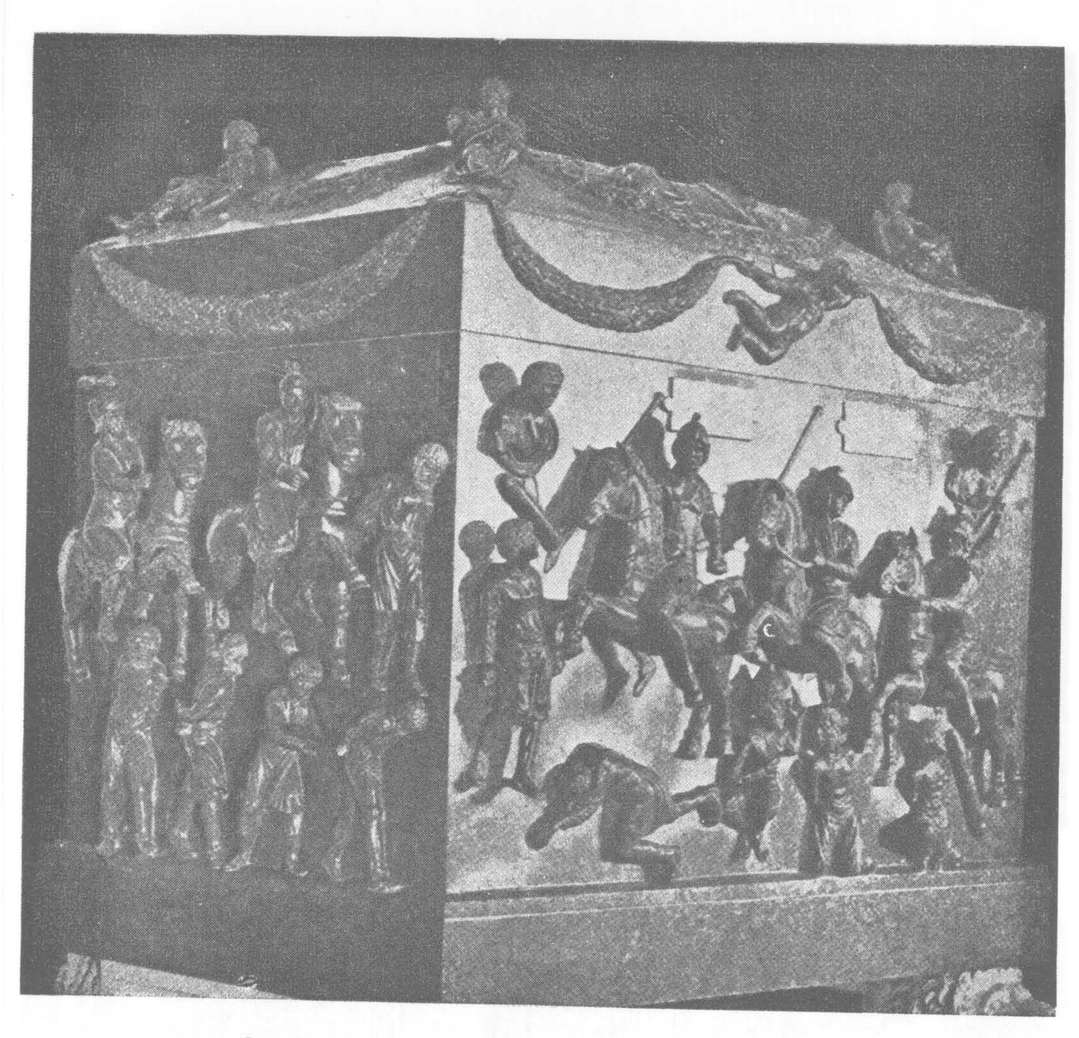




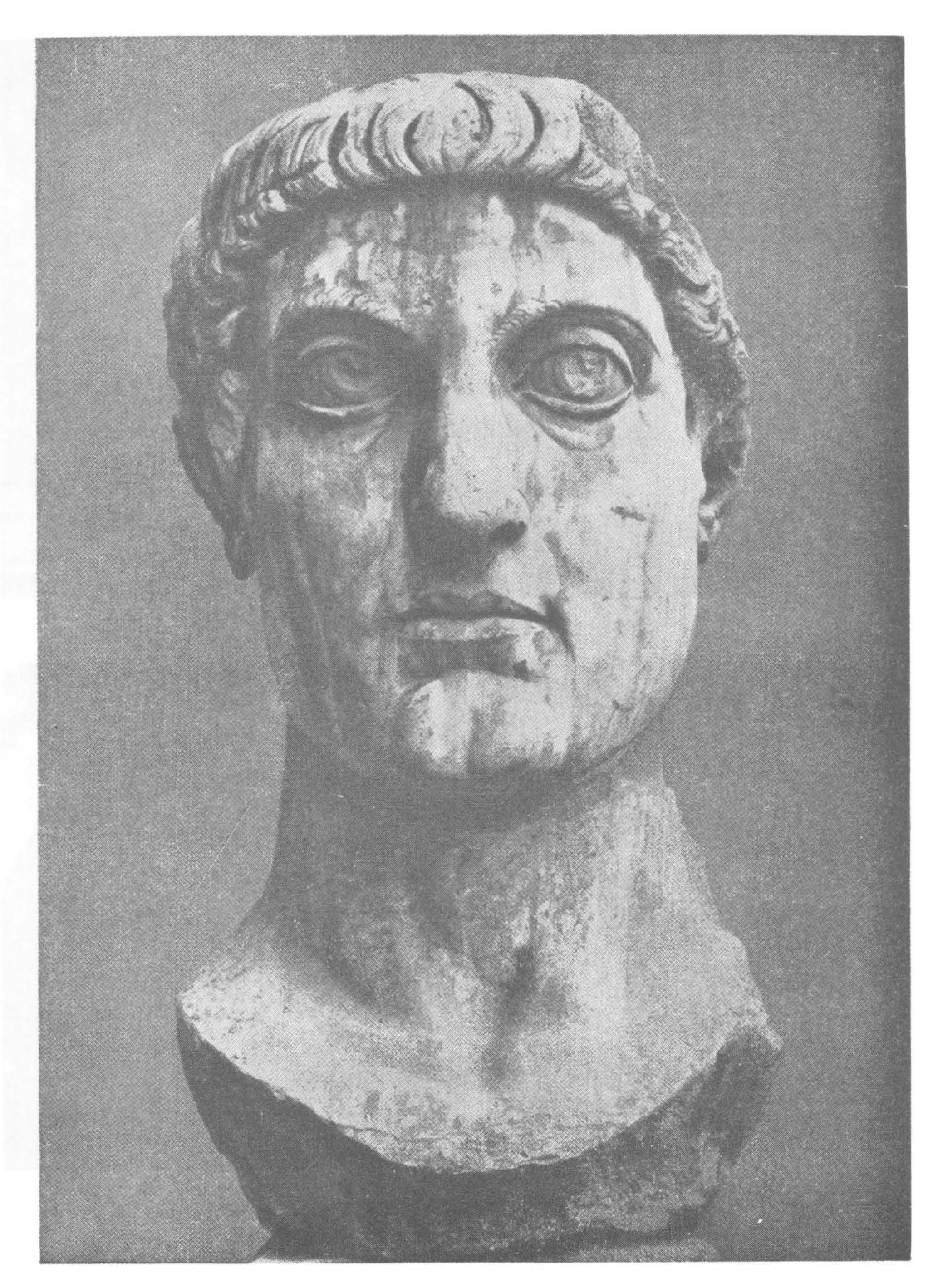
Pedro como Buen Pastor y el Cristo *rhetor*



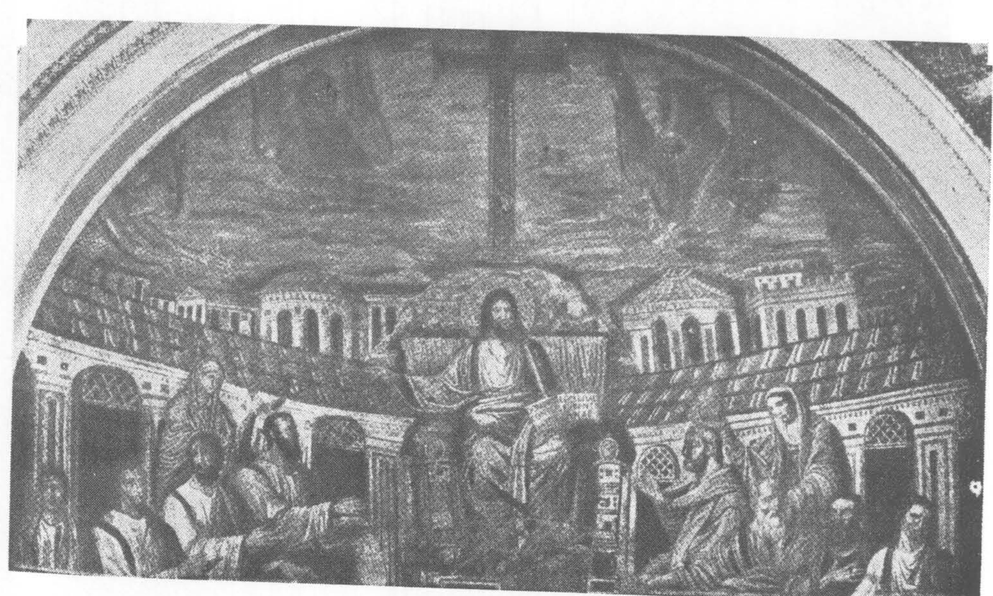
Arriba: Sarcófago gnóstico con relieve alusivo a la inmortalidad
Abajo: Sarcófago gnóstico, con escenas del viaje de Cástor y Pólux



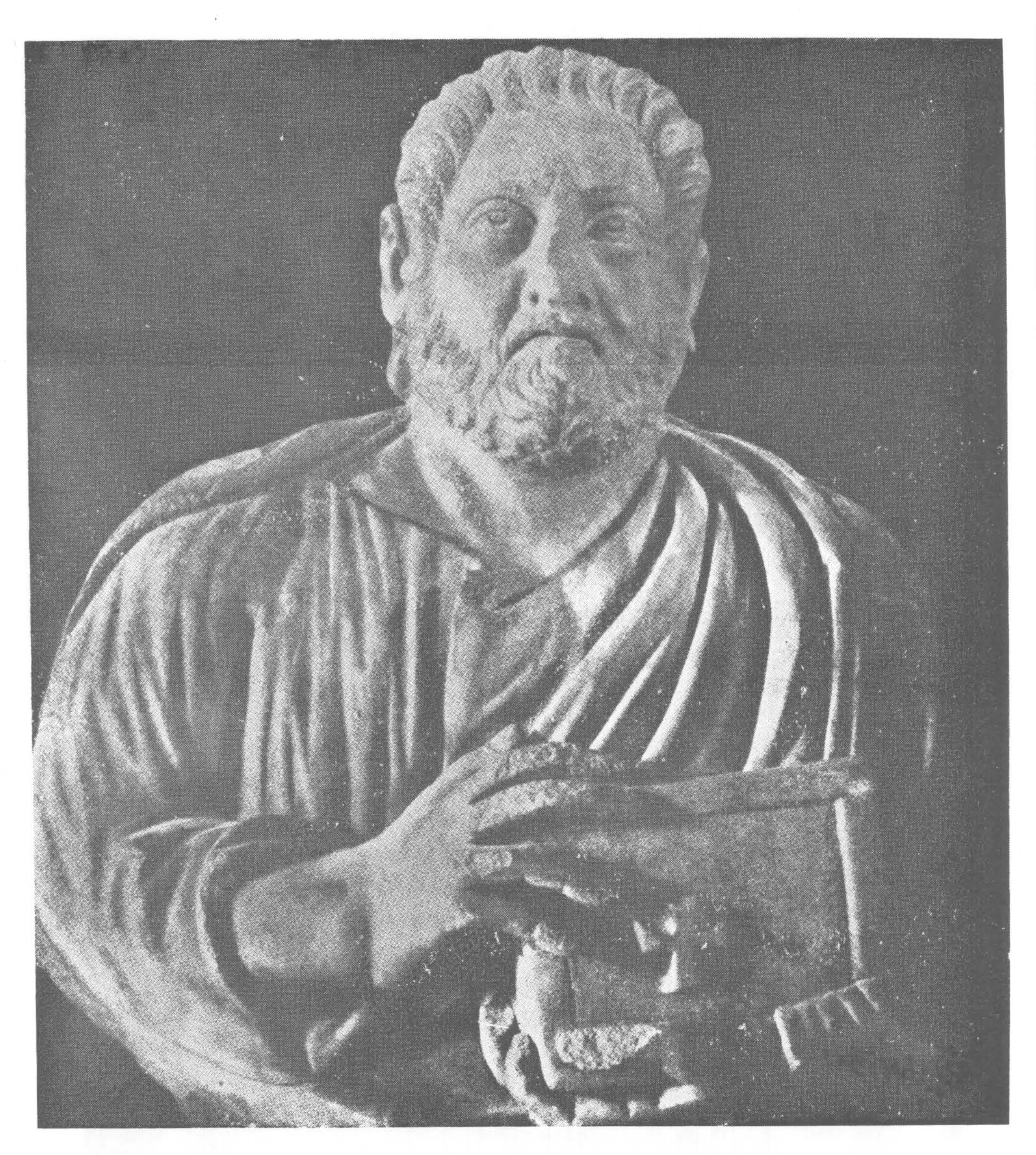
Sarcófago de Santa Elena, madre de Constantino



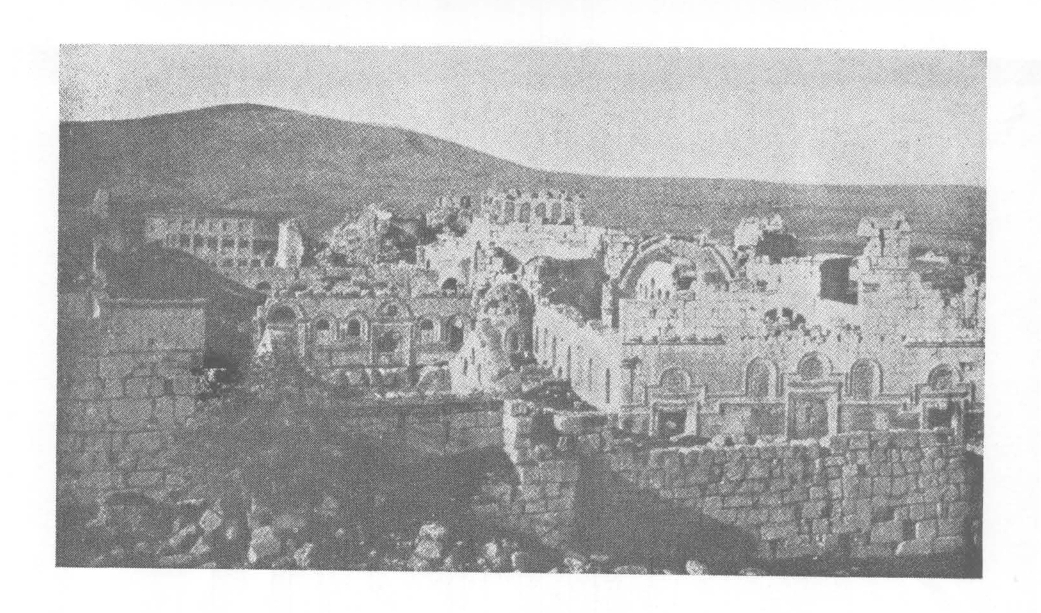
Cabeza colosal de Constantino el Grande



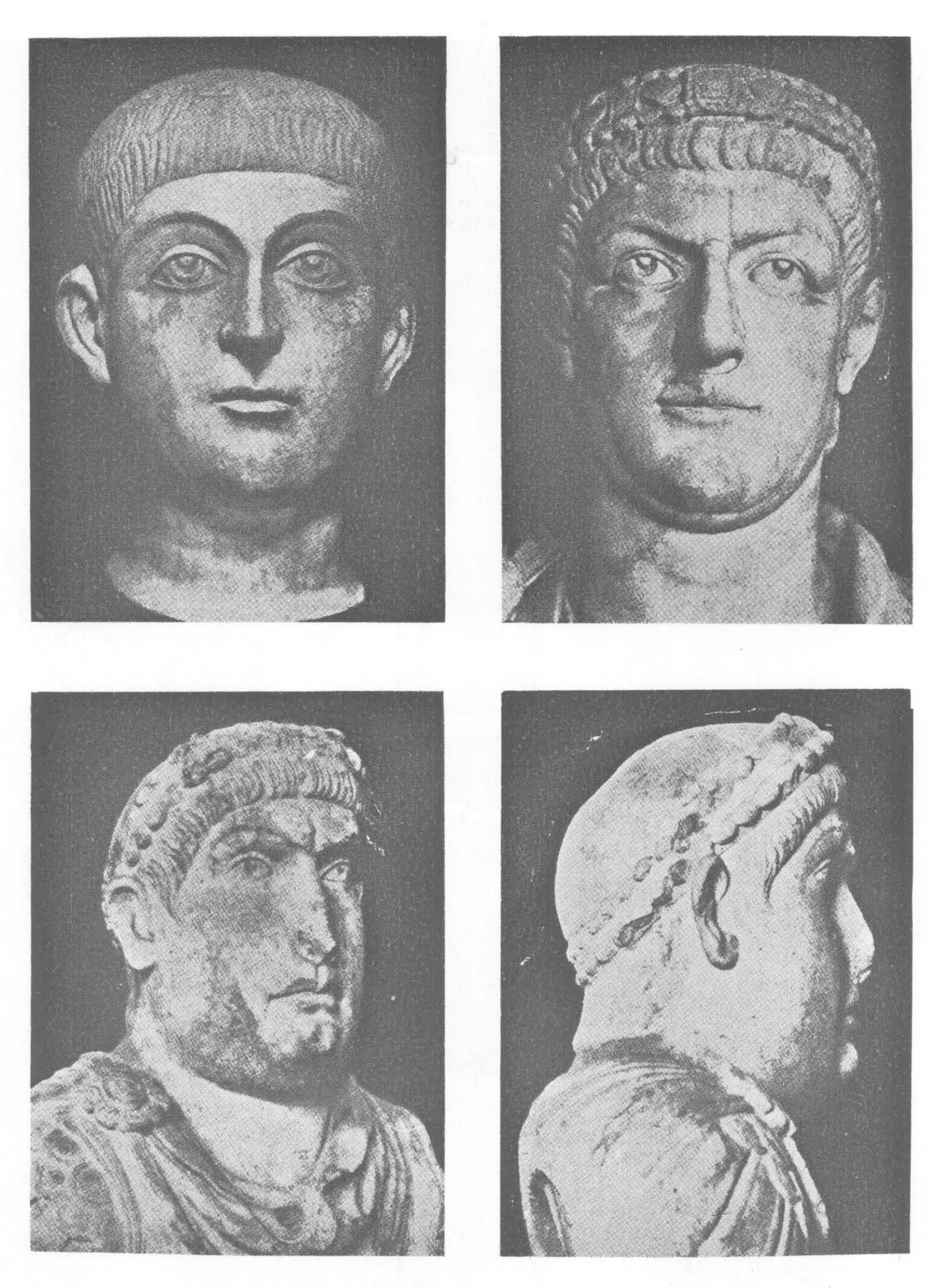
Arriba: La llamada basílica de Constantino en Roma, comenzada por Majencio
Abajo: Hemiciclo del *Martirium* de Constantino, en Jerusalén



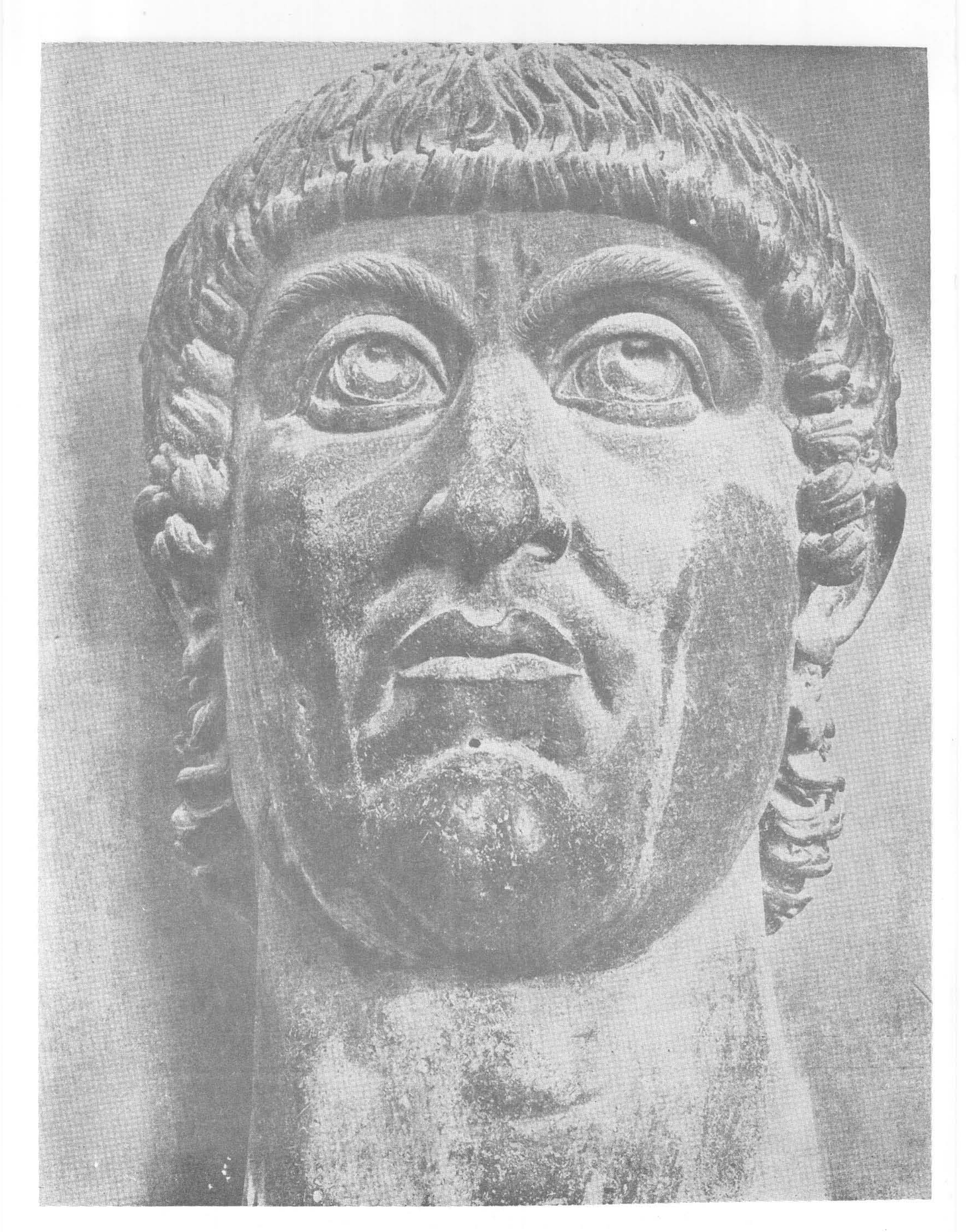
Retrato de un obispo bizantino (siglo IV)



Arriba: El monasterio de San Simeón Estilita (Kalat Siman)
Abajo: Patio octogonal con los restos de la columna sobre la cual hizo penitencia el santo



Arriba: Constancio, de joven y ya de edad
Abajo: Magnencio, usurpador a la muerte de Constantino



Constancio II